

# Sue Grafton

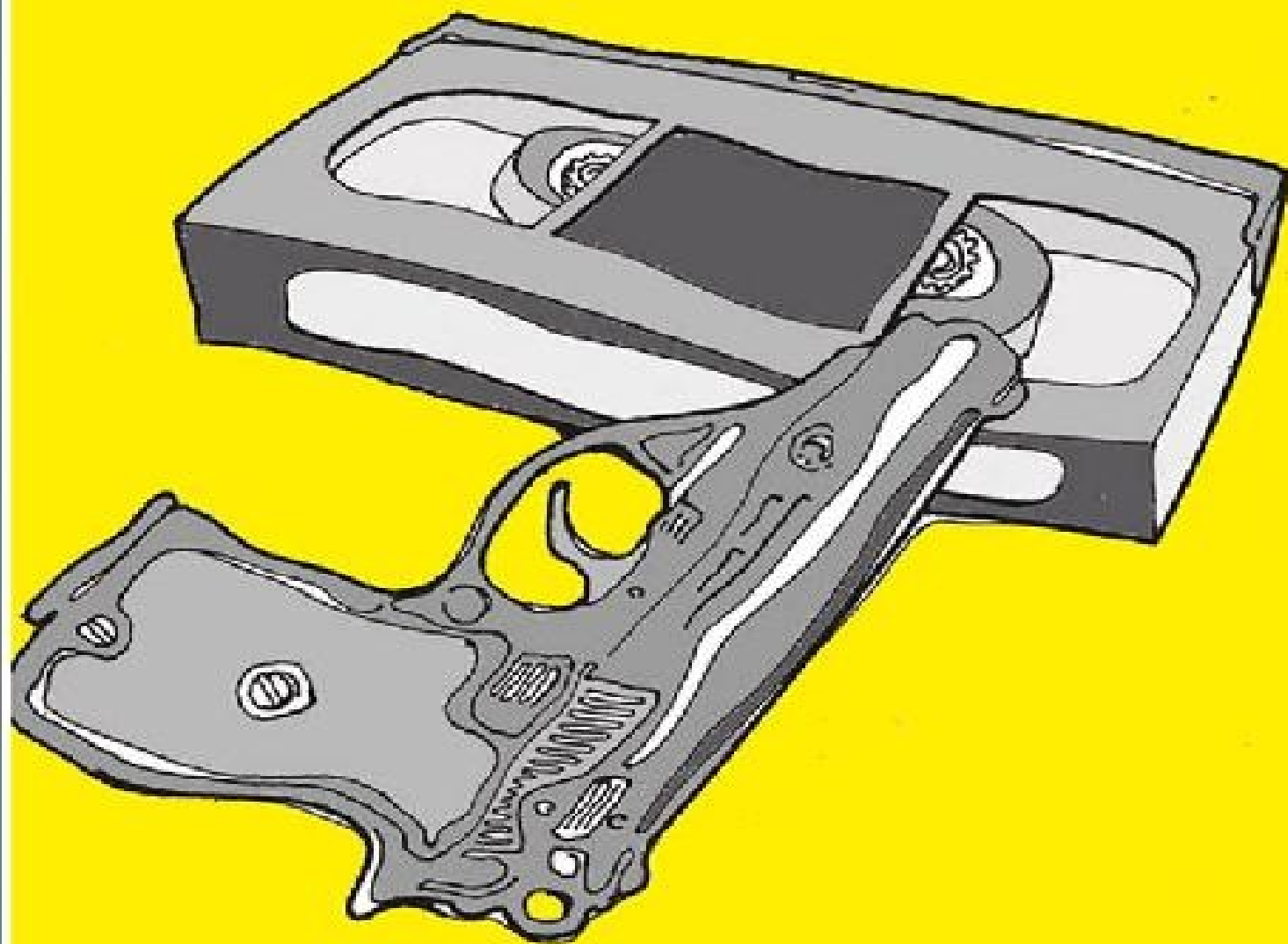
# Y de Yesterday

colección *andanzas*



Serie  
Detective Kinsey Millhone

*«Soy escéptica, y no confío en que los demás digan la verdad. Dios sabe cuánto me cuesta a mí decírla.»*



TUSQUETS  
EDITORES

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Agradecimientos

1. El robo Enero de 1979

2. Viernes, 15 de septiembre de 1989

3. Sábado, 16 de septiembre de 1989

4

5. El rechazo. Mayo de 1979

6. Lunes, 18 de septiembre de 1989

7. Iris y Joey. Lunes, 18 de septiembre de 1989

8. Martes, 19 de septiembre de 1989

9

10. La cinta. Mayo de 1979

11. Miércoles, 20 de septiembre de 1989

12. Iris y Joey. Miércoles a última hora de la mañana, 20 de septiembre de 1989

13. Miércoles por la tarde, 20 de septiembre de 1989

14. Miércoles por la noche, 20 de septiembre de 1989

15. La amenaza. Mayo de 1979

16. Jueves, 21 de septiembre de 1989

17

18. Iris y Joey. Jueves, 21 de septiembre de 1989

19. Viernes, 22 de septiembre de 1989

20. La fiesta junto a la piscina. Junio de 1979

21. Viernes, 22 de septiembre de 1989

22

23. Sábado, 23 de septiembre de 1989
  - 24
  25. Lunes, 25 de septiembre de 1989
  26. Iris y Joey. Miércoles, 27 de septiembre de 1989
  27. Lunes, 2 de octubre de 1989
  28. El estallido. Junio de 1979
  29. Martes, 3 de octubre de 1989
  - 30
  31. Miércoles, 4 de octubre de 1989
  32. Jueves, 5 de octubre de 1989
  33. La pistola. Junio de 1979
  34. Jueves, 5 de octubre de 1989
  35. Viernes, 6 de octubre de 1989
  36. Iris y Joey. Viernes, 6 de octubre de 1989
  37. La ejecución. Junio de 1979
  38. Viernes, 6 de octubre de 1989
  - 39
  40. Sábado, 7 de octubre de 1989
- Epílogo
- Créditos

## Sinopsis

En 1979, una fiesta de compañeros de un prestigioso instituto de Santa Teresa, regada con mucho alcohol y cuyo ambiente fue tensándose, terminó, trágicamente, con el asesinato de una joven; después del juicio, dos de los adolescentes entraron en prisión, pero un tercero, el cabecilla y quizá instigador del crimen, huyó. Diez años después, en 1989, cuando sale de la cárcel uno de los condenados, llamado Fritz McCabe, empiezan a aflorar otros asuntos turbios relacionados con el pasado de esos adolescentes, y Fritz recibe una amenaza de chantaje. La adinerada familia de éste contrata entonces a Kinsey Millhone para que les ayude a descubrir al chantajista.

Pero la detective, además, tiene que lidiar con un asunto pendiente: al parecer, Ned Lowe, un asesino buscado por la policía, y que ya atacó a Kinsey en X de rayos X, ha regresado para acecharla. Y está muy cerca.

Y SUE GRAFTON  
de YESTERDAY

Traducción de Victoria Ordóñez Diví

TUSQUETS  
EDITORES

Este libro está dedicado a aquellos miembros de nuestro pequeño clan que tienen todo el futuro por delante:

Addison y Taylor,  
Kinsey y Houston,  
Erin y Daniel  
y Jacob.

Que la honestidad, la compasión y la integridad os acompañen a lo largo de vuestra vida. De vez en cuando, no olvidéis lanzar un sentido hurra en honor de vuestra anciana abuela, que os quiere con toda su alma.

## AGRADECIMIENTOS

La autora desea agradecer su inestimable ayuda a las siguientes personas: Steven Humphrey; juez Brian Hill, del Tribunal Superior del Condado de Santa Bárbara; Sam Eaton, abogado (jubilado); Joyce Dudley, fiscal del distrito, condado de Santa Bárbara; Paul Ginsberg, de Professional Audio Laboratories; Sandy N. Frausto, ayudante principal del *sheriff*, Oficina del *sheriff* del condado de Santa Bárbara; Harry Hudley, alguacil de la Oficina del *sheriff* del condado de Santa Bárbara; Dan Duncan, Charmagne Horn y Andrea Veach, de Harrods Creek Auto Service, Harrods Creek, Kentucky; Jamie Clark; Florence Michel; coronel Everette L. Pace, en agradecimiento por la antigua lata de cigarrillos Lucky Strike que saca Iris; Patti Gibson, porque me lo ha pedido, y Joey Seay, como reconocimiento a su generosa contribución al Instituto Heuser de Audición y Lenguaje de Louisville, Kentucky.

## El robo Enero de 1979

Iris esperaba frente al mostrador de la secretaría, con el parte disciplinario en la mano, convencida de que le caería una reprimenda del señor Lucas, el subdirector. Ya la había llamado a su despacho dos veces desde que se matriculó en la Academia Climping el pasado otoño. La primera vez, por saltarse la clase de educación física. La segunda, por fumar junto a la sala de estudio. Le explicaron que había una zona para fumadores reservada específicamente para los alumnos, pero Iris repuso que se encontraba en el otro extremo del campus, por lo que era imposible llegar allí entre clases. Sus protestas cayeron en saco roto. Ahora estaban a principios de enero y la habían enviado al despacho del subdirector por saltarse las normas de vestimenta del colegio.

Estaba dispuesta a admitir que los partes disciplinarios no eran la mejor manera de encontrar su sitio en un colegio nuevo. Los alumnos de menor edad llevaban uniforme, pero los de los cursos superiores podían elegir su atuendo siempre que respetaran las normas. Según la interpretación de Iris, estaba prohibido llevar faldas o vestidos por encima de la rodilla, camisetas sin mangas, pantalones cortos, camisetas con eslóganes, ropa interior a la vista, chanclas de playa y botas Doc Martens. En su opinión, ella acataba las normas. Había dado por sentado que podía ponerse cualquier prenda que se le antojara, dentro de lo razonable. La Academia Climping no lo veía así. Según la dirección del colegio, el atuendo escolar debía reflejar recato, respeto, conservadurismo y formalidad.

Aquella mañana se había puesto un vestido tobillero de manga larga de terciopelo granate con cuello de volantes, medias negras y zapatillas de deporte rojas. Tenía el pelo largo y grueso, de un color entre cobrizo y rojo vivo gracias a una mezcla de tintes del supermercado. Dos grandes pasadores de plata le



apartaban la melena de la cara. Llevaba en cada muñeca una muñequera de cuero con tachuelas de latón y de plata. Al final, resultó que su modelito se salía de la norma. Pues menuda mierda.

La señora Malcolm, secretaria del colegio, reconoció la presencia de Iris con una inclinación de cabeza, pero era evidente que no pensaba interrumpir su trabajo por las tonterías de una alumna problemática. La secretaria estaba ocupada distribuyendo cartas en los casilleros de varios profesores. Poppy, una alumna voluntaria, grapaba sobres. Iris estudiaba noveno en la Academia Climping, el colegio privado de Santa Teresa situado en Horton Ravine. Era un centro tan pijo y pretencioso que la tenía alucinada. Iba al Climp únicamente porque a su padre lo habían contratado para enseñar matemáticas de nivel avanzado y para entrenar al equipo de hockey sobre hierba. El curso escolar costaba veinte mil dólares al año, cantidad que sus padres no podrían haberse permitido de no ser por el empleo de su padre: en la Academia Climping a los hijos de los profesores se les eximía del pago de la matrícula.

Su instituto anterior se encontraba en un barrio «mestizo» de Detroit, y aquello había significado drogas, matones y actos vandálicos, algunos cometidos por la propia Iris cuando se le había antojado. Sus padres la arrancaron de Michigan y la dejaron caer en la Costa Oeste a pesar de sus protestas. California era un asco. Iris esperaba encontrar surfistas, drogatas y espíritus libres, pero, por lo que había visto, aquello también era una mierda. La Academia Climping le parecía increíble: tenía un total de trescientos alumnos desde el parvulario hasta el último curso, y un profesor para cada nueve alumnos. Las expectativas eran altas, y la mayoría de los alumnos daban la talla. ¿Y por qué no iban a darla? Todos eran niños ricos, cuyos padres les proporcionaban siempre lo mejor: viajes al extranjero, presupuestos ilimitados para comprarse ropa, clases privadas de tenis y esgrima y visitas semanales a un psiquiatra, esto último por si a algún bobo le regalaban un Volkswagen nuevo en vez del BMW que esperaba recibir. ¡Qué penita daban los muy jodidos! A menudo, sus padres expresaban sus dudas acerca de enviarla a un colegio privado, alegando la presión para acatar las convenciones sociales y los peligros del materialismo. Sus padres se las daban de bohemios.

Nada más ver el modelito de Iris, la señora Rubio, su tutora, le comunicó que tendría que volver a casa para cambiarse de ropa. Cuando Iris contestó que no disponía de transporte, la mujer le sugirió que tomara el autobús. ¿El autobús? ¿De qué iba esa mujer? Iris no sabía a qué horas pasaban los autobuses, por lo tanto, ¿cómo se las iba a apañar? A diferencia de la mayoría de los alumnos, ella

no vivía en un barrio pijo como Horton Ravine. Trasladarse de Michigan a California había supuesto una desagradable sorpresa. Debido al precio desorbitante de las viviendas, sus padres habían comprado una casa destartada en el Upper East Side con una hipoteca que los convertía en esclavos de por vida. ¡Menudos bohemios! Iris era hija única. Sus padres, de entrada, no habían querido tener hijos, cosa que no dejaban de recordarle. Desoyendo los consejos médicos, su madre decidió hacerse a los veinticinco años un ligamento de trompas y descubrió que estaba embarazada. Tanto a ella como a su marido les costó decidir si debían interrumpir el embarazo, y al final concluyeron que sería aceptable tener un solo hijo. A veces se felicitaban ante Iris por cómo la estaban educando, que consistía principalmente en animarla a ser independiente; es decir, tener la capacidad de distraerse sola y no exigirles casi nada a ellos.

Su madre tenía una licenciatura en ciencias políticas y ahora daba clase a tiempo parcial en el City College de Santa Teresa. También trabajaba como voluntaria dos tardes a la semana en una clínica abortista, donde se sentía llamada a defender los derechos reproductivos, el control femenino del propio cuerpo y la conveniencia de que las mujeres consideraran otras opciones en lugar de cargar con hijos no deseados.

Entretanto, tras haber sido testigo del refinamiento que imperaba en Horton Ravine, Iris se avergonzaba de la vida que se veía obligada a llevar. Sus padres eran muy desordenados, pensando, quizá, que desorden y superioridad intelectual iban de la mano. Iris era incapaz de recordar la última vez que los tres habían comido juntos. Los platos se amontonaban en el fregadero, ya que ni su madre ni su padre se molestaban en fregarlos. Sacar el polvo y pasar la aspiradora eran tareas demasiado rutinarias para ellos. Ninguno hacía la colada. Si uno de los dos cedía y acababa poniendo una lavadora, las prendas quedaban amontonadas en el sofá del salón hasta que alguien las necesitara. Iris se lavaba su propia ropa. Sus padres pensaban que tener ayuda en la casa equivalía a explotar a las clases bajas, por lo que todas esas tareas domésticas quedaban a menudo por hacer. También defendían la igualdad entre hombres y mujeres, y eso generaba una competición soterrada para ver cuál de los dos podía obligar al otro a pasar por el aro. El dormitorio de Iris era la única habitación ordenada de la casa, y allí pasaba casi todo su tiempo libre para aislarse del caos.

El señor Lucas apareció en la puerta de su despacho y le indicó que entrara. Era un hombre guapo, alto y esbelto, dado a llevar chalecos de cachemira y camisas con las mangas arremangadas. Tenía el pelo del color de la arena de las playas californianas y algunas arrugas en la cara que no le restaban atractivo.

Parecía discreto, relajado y competente. Tiró una carpeta sobre su escritorio, se sentó y entrelazó los dedos por encima de la cabeza.

—La señora Rubio se ha quejado de cómo vas vestida. Pareces salida de una feria renacentista.

—Sea eso lo que sea —replicó Iris.

—Es el tercer parte disciplinario que te ponen desde que llegaste al colegio. No entiendo a qué se debe este patrón de rebeldía.

—¿Por qué lo llama patrón cuando sólo he hecho dos cosas mal?

—Tres, contando lo de hoy. Estás aquí para aprender, no para enfrentarte a la dirección del colegio. Me parece que no aprecias la oportunidad que se te ha dado.

—Eso me importa un huevo —respondió Iris—. Todos mis amigos están en Detroit. Con el debido respeto, señor Lucas, la Academia Climping es una mierda.

Iris vio que el señor Lucas estaba dispuesto a pasar por alto sus palabrotas. Probablemente no era el momento de recriminarle su afición al lenguaje soez.

—He revisado tu expediente. En tu último colegio sacabas buenas notas, pero aquí parece empeñada en enfrentarte a todo el mundo. Echas de menos a tus amigos, y lo entiendo. También entiendo que no es fácil vivir en California si estás acostumbrada al Medio Oeste, pero si sigues comportándote así, tú serás la primera perjudicada. ¿Te parece razonable lo que te estoy diciendo?

—¿Entonces qué va a pasar? ¿Tres faltas y me expulsarán?

El señor Lucas sonrió.

—No solemos tirar la toalla tan pronto. Te guste o no, pasarás aquí tres años más. Queremos que esos años sean agradables y productivos. ¿Serás capaz de soportarlo?

—Supongo.

Iris bajó la mirada. Por alguna razón, le dolió el tono amable del señor Lucas. Parecía realmente preocupado por ella, lo cual complicaba aún más las cosas. Iris no quería encajar. No quería adaptarse. Quería volver a Detroit, donde sabía que la aceptaban por lo que era. En aquel momento, Iris se percató de que había incumplido la estrategia que solía adoptar en situaciones como aquélla. El truco consistía en simular arrepentimiento y explicar con detalle los motivos por los que había cometido la infracción, que podían ser ciertos o no. Desplegaba toda su verborrea y se disculpaba al menos dos veces, procurando parecer sincera pese a que no le importaba una mierda la regañina. El secreto radicaba en no ofrecer ninguna resistencia, táctica que le había funcionado bien hasta

entonces. La resistencia propiciaba los sermones y animaba a los adultos a pontificar.

—¿Y qué hay de mi ropa? —musitó—. No sé conducir, así que no puedo ir a casa a cambiarme.

—En eso te puedo ayudar. ¿Dónde vives?

—En el Upper East Side.

—Espera un momento.

El señor Lucas se levantó del escritorio y se dirigió a la secretaría, abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Señora Malcolm, ¿podría hacerme el favor de prestarme a Poppy media hora? Iris necesita que la lleven a su casa en el Upper East Side. Ir y venir, treinta minutos como máximo.

—Por supuesto. Si a ella le parece bien.

—Claro, la llevaré encantada —dijo Poppy.

Iris notó que el corazón comenzaba a latirle con fuerza. Poppy era una de las chicas más populares de Climp, hasta el punto de que Iris apenas osaba dirigirle la palabra. Le aterrorizaba la idea de compartir vehículo con Poppy aunque fuera diez minutos, y no digamos ya treinta.

Al llegar al aparcamiento, Poppy se volvió hacia ella y le dirigió una sonrisa.

—Qué modelito tan guay, nena. Ojalá tuviera tanto morro como tú.

Las dos subieron al Thunderbird de Poppy. Después de cerrar la puerta de golpe, Iris rebuscó en su bolso y sacó una lata antigua de cigarrillos Lucky Strike. Estaba llena de porros liados con mano experta.

—¿Te apetece una calada?

—¡Joder, pues claro! —respondió Poppy.

Aquello sucedió en enero, y las dos se habían vuelto inseparables desde entonces. Iris fue un modelo de buena conducta durante los tres meses siguientes, lo cual dijo mucho en su favor.

Cada tarde iban a casa de Poppy, supuestamente para estudiar, pero en realidad se dedicaban a fumar porros y a asaltar el mueble bar de los padres de Poppy. Iris tenía un don para preparar combinados valiéndose de cualquier bebida disponible. Bautizó su última creación con el nombre de «lanzallamas», una mezcla de Kahlúa, licor de plátano, *crème de menthe* y ron. Los padres de Poppy no bebían ron, pero guardaban una botella por si algún invitado lo pedía. El padre de Poppy era un cirujano torácico y su madre tenía un cargo administrativo en un hospital, lo que significaba que ambos trabajaban muchas horas y les obsesionaban los asuntos médicos, incluyendo los cotilleos laborales.

Las dos hermanas mayores de Poppy habían ido a la universidad. Una estudiaba medicina, mientras que la otra trabajaba para una empresa farmacéutica. Todos los miembros de la familia eran inteligentes y ambiciosos. Poppy fue un añadido inesperado a la familia, y llegó mucho después de que su madre se creyera liberada de los pañales, los problemas de dentición, los pediatras, las reuniones escolares y los entrenos de fútbol. Iris y Poppy tenían en común su condición de alienígenas. Era como si ambas hubieran descendido de una nave espacial, obligando a los perplejos terrícolas a criarlas lo mejor que pudieran.

Las dos chicas pasaban la mayor parte del tiempo solas, y pedían pizza por teléfono o cualquier otra comida a domicilio que pudieran cargar a una tarjeta de crédito. Al menos Poppy sabía conducir, y a menudo llevaba a Iris a su casa a las diez de la noche. Los padres de Iris nunca protestaron: probablemente agradecían que prefiriera la compañía de Poppy a la suya.

En abril, Iris se quedó estupefacta cuando el subdirector volvió a llamarla a su despacho. ¿Qué habría hecho esta vez? No tenía ningún parte disciplinario y se había esforzado al máximo por integrarse y portarse bien. ¿Es que nadie la valoraba?

Incluso la señora Malcolm parecía sorprendida.

—Hacía tiempo que no te veíamos por aquí. ¿Qué ha pasado ahora?

—Ni idea. Estaba la mar de tranquila cuando me llega una nota donde pone que el señor Lucas quiere verme. Ni siquiera sé por qué me ha llamado.

—Pues yo tampoco.

Iris se sentó en uno de los bancos de madera destinados a los alumnos descarriados e impenitentes. Llevaba los libros y la carpeta para poder ir a su clase siguiente —historia mundial en este caso— después de aguantar la bronca de rigor. Abrió la carpeta y fingió repasar sus apuntes. Procuró no mostrar interés en los sobres marrones que estaba distribuyendo la secretaria, pero sabía lo que contenían: las pruebas de aptitud académica del estado de California. Se celebraban al principio y al final del penúltimo curso de secundaria, y estaban concebidas para medir el nivel de cada alumno en matemáticas y en inglés. Poppy llevaba semanas quejándose: si no mejoraba de nivel, tendría que sufrir la afrenta de ir a clases de recuperación. En determinadas circunstancias, los resultados de las pruebas podían determinar si a un alumno del penúltimo curso se le permitiría pasar al curso superior. Iris se preguntó si habría alguna forma de echarle mano a una copia del examen. ¡Sería un golpe maestro! Poppy era su

mejor amiga, una alumna aplicada, aunque no demasiado inteligente. Iris era consciente de sus limitaciones, pero hacía la vista gorda porque Poppy era muy popular en el colegio. El novio de Poppy, Troy Rademaker, se encontraba en una situación similar. Las calificaciones de Troy eran excelentes, pero no podía permitirse bajar de nota. Estudiaba en Climp gracias a una beca que debía conservar a toda costa. Además, Austin Brown y él estaban entre los candidatos al premio en memoria de Albert Climping, concedido anualmente a los alumnos más destacados de noveno, décimo, undécimo y duodécimo, los cuatro cursos de secundaria. El colegio premiaba la distinción académica, los logros deportivos y los servicios a la comunidad. Austin Brown, líder indiscutible del penúltimo curso, era un alumno tan admirado como temido por sus comentarios cáusticos sobre sus compañeros de clase.

Poppy no era una belleza convencional, pero tenía mucho estilo y caía bien a todo el mundo. Los deberes escolares siempre habían sido su cruz. Poppy era una de esas alumnas mediocres que, año tras año, pasaban de curso sin que se les exigiera dominar las asignaturas principales. Gracias a la manga ancha de sus profesores, Poppy había podido estudiar junto a compañeros a los que conocía desde la guardería. Lo malo era que, a medida que se iba haciendo mayor, le permitían pasar de curso por motivos cada vez más dudosos, lo que significaba que cada vez le costaba más esfuerzo aprobar. Ahora los sentimientos de Poppy oscilaban entre la frustración y la desesperanza. El papel de Iris consistía en lograr que Poppy se olvidara de sus problemas escolares, de ahí los porros y la comida basura.

Iris ignoraba el motivo por el que el señor Lucas la había mandado llamar. Llevaba meses sin recibir un parte disciplinario, y se preguntó si el subdirector sería consciente de lo mucho que le había costado portarse así de bien. No estaría de más una palmadita en la espalda, o algún tipo de refuerzo positivo por su madurez y su autocontrol. Era más fácil portarse mal. Le encantaba la sensación de dejarse llevar, de actuar impulsivamente y hacer cualquier cosa que se le ocurriera.

El señor Lucas entró en el despacho y le hizo un gesto a Iris para que se levantara del banco y lo siguiera. Cuando se hubo acomodado ante su escritorio, el subdirector la miró con expresión perpleja.

—¿En qué puedo ayudarte?

—No lo sé. Me han dado una nota en la que pone que usted quería verme.

El señor Lucas se la quedó mirando unos instantes y entonces cayó en la cuenta.

—Es verdad, lo siento. No tiene que ver contigo, sino con tu amiga Poppy. Iris lo miró con interés. Aquello suponía un cambio en el guion.

—¿Qué le pasa a Poppy?

—Se juega mucho si no aprueba. Los profesores están preocupados por sus notas, que cada vez son peores.

Las palabras del señor Lucas desconcertaron a Iris.

—No lo entiendo. ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—A Poppy le cuesta mucho estudiar, seguro que tú también te has dado cuenta. Es curioso, pero te considera un modelo.

—Sí, muy curioso. ¿No te fastidia? ¿Cómo voy a ser un modelo para nadie cuando sólo tengo catorce años?

—No te subestimes, eres muy lista. Puedes permitirte avanzar sin mucho esfuerzo porque consigues aprobar casi sin estudiar. Poppy debe esforzarse mucho más que tú. La semana que viene tiene la prueba de aptitud, y es fundamental que no se despiste. Si no saca buenas notas no podrá ir a la universidad que ha elegido, que creo que es Vassar.

Iris se echó a reír.

—¿Vassar? ¡Ni de coña! Tendrá suerte si la aceptan en el City College para hacer una carrera de dos años.

—Eso no nos toca decidirlo a nosotros. La cuestión es que podrías serle de gran ayuda si la animaras a estudiar en vez de hacer el vago. Necesita tu apoyo.

—No necesita mi «apoyo» —repuso Iris, ofendida—. Se las arregla muy bien sola. No entiendo por qué me echa la culpa a mí de que a Poppy le aburra el colegio.

—Es más que aburrimiento, ¿no te parece?

El señor Lucas formó un círculo con el pulgar y el índice y se los llevó a los labios, como si le estuviera dando una calada a un porro.

Iris procuró disimular. ¿Cómo narices se habría enterado el subdirector?

—Si insinúa que Poppy y yo fumamos porros, no sé de dónde lo habrá sacado, pero está muy equivocado. Puede que yo fumara un par de veces cuando vivía en Michigan, pero lo dejé. No tengo ni idea de lo que hará Poppy, eso deberá preguntárselo a ella.

—Mira, Iris, no te he llamado para discutir contigo —dijo el señor Lucas armándose de paciencia—. Esperaba que me ayudaras.

—¿Que lo ayudara cómo? ¿Dejando de ver a mi mejor amiga? Porque eso es lo que sugiere que haga, ¿no?

—No te pido que dejes de verla. Sólo que reduzcas el tiempo que pasáis

juntas, como medida temporal.

—¿Me está diciendo con quién puedo salir y con quién no?

—Te estoy pidiendo ayuda. Hasta ahora, a Poppy le ha ido más o menos bien en el colegio, pero está empezando a fallar.

—¿Y eso es culpa mía?

A Iris le pareció indignante que el señor Lucas no la hubiera llamado para recompensarla por su buen comportamiento, sino para adularla con la esperanza de que ayudara a Poppy Earl.

—Ejerces una buena influencia en ella, y tienes una personalidad fuerte. Poppy no aprende tan deprisa como tú. Creo que le vendría muy bien que te apartaras un poco y la dejaras centrarse en los estudios.

Iris abrió la boca para protestar, pero la cerró en el acto. Le ardían las mejillas sólo de pensar que la estuvieran culpando de las malas notas de Poppy. Y, para colmo, el señor Lucas esperaba que sacrificara su amistad, fuera por el motivo que fuera. Si Poppy necesitaba mejorar su expediente académico, seguro que había formas de conseguirlo que no implicaran abandonar a una amiga.

—Lo pensaré.

Al señor Lucas pareció sorprenderle que Iris cediera tan pronto.

—Muy bien. Estupendo. Sólo te pedimos que reflexiones sobre la influencia que ejerces en Poppy, y que te alejes un poco de ella.

—Vale.

El señor Lucas continuó hablando, pero Iris ya no le escuchaba. Le enfurecía que los profesores la hubieran señalado a ella al comentar las notas mediocres de Poppy, como si fueran responsabilidad suya. ¿A qué cojones venía aquello? El señor Lucas soltó algunas chorradas más y ella le siguió la corriente. Fingió que todo iba bien cuando, en realidad, estaba cabreadísima.

En cuanto acabó el encuentro, Iris esperó a que el señor Lucas cerrara la puerta de su despacho para escabullirse por el pasillo, ciega de ira. Se detuvo un instante y centró su indignación en un punto de la pared: entre los lavabos de las chicas y el armario del conserje había una alarma contra incendios. El proceso era sencillo: romper el cristal y luego pulsar el botón. Echó una ojeada en ambas direcciones para asegurarse de que el pasillo estuviera vacío y entonces usó una esquina de su libro de historia para romper el cristal. Al pulsar el botón empezó a sonar una sirena ensordecedora. Entró en el baño de las chicas y se encerró en un cubículo. A continuación se sentó en el retrete, levantó los pies y los apoyó en la puerta. Si alguien miraba por la rendija inferior, pensaría que el cubículo estaba vacío. Más allá del silencio del baño, oyó puertas que se abrían de golpe y el



vocerío de los alumnos que salían en tropel de sus aulas.

El señor Dorfman, director de la Academia Climping, ordenaba a profesores y alumnos por el interfono que se dirigieran a la salida de forma ordenada. Habían repetido el simulacro centenares de veces, pero casi siempre lo anunciaban con cierta antelación. Al oír el griterío, Iris dedujo que nadie sabría si esta vez el incendio iba en serio. La posibilidad de que un colegio quedara reducido a cenizas le pareció muy excitante. Al cabo de pocos minutos se hizo el silencio en los pasillos. Iris se levantó, salió del cubículo y miró a su alrededor por si alguien inspeccionaba los lavabos en busca de algún rezagado. No se veía ni un alma, así que volvió a toda prisa a la secretaría, que también estaba vacía.

Iris inspeccionó el casillero de los profesores y se hizo con el primer sobre marrón que vio. Estaba en la casilla de la señora Rose, cerrado con un cierre metálico. La fotocopidora aún emitía un ligero zumbido, y a Iris le llevó menos de un minuto reproducir la prueba de aptitud con su hoja de respuestas correspondiente. Volvió a meter las páginas en el sobre, presionó el cierre y lo devolvió a la casilla de la señora Rose. Luego salió al pasillo y se mezcló con los alumnos que volvían al edificio. Se moría de ganas de contarle a Poppy lo que había hecho. Gracias a ella, Poppy Earl y Troy Rademaker podrían respirar tranquilos.

Más tarde, Kinsey Millhone se preguntaría si las cosas habrían sido distintas de haber estado ella presente en el despacho del subdirector aquel día. Nadie podría haber predicho las consecuencias de las impetuosas acciones de Iris en respuesta a la petición del señor Lucas. De hecho, Kinsey tardaría aún diez años en conocer a los protagonistas de esta historia, y para entonces la suerte ya estaría echada. Resulta curioso que el destino dependa tan a menudo de una simple conversación.

Viernes, 15 de septiembre de 1989

Estábamos de nuevo en septiembre y Santa Teresa se hallaba inmersa en un otoño artificial provocado por el cuarto año de sequía. La vegetación estaba reseca y el pantano que abastecía de agua a la ciudad se encontraba en su nivel más bajo. En California, la escasez de árboles de hoja caduca priva a sus habitantes de la espléndida gama de colores cambiantes que anuncian el otoño en otras partes del país. Aquí, incluso los árboles de hoja perenne parecían exhaustos y el césped de los jardines estaba muerto, salvo el de los ricos que podían permitirse traer agua en camiones. En aquellas condiciones meteorológicas tan extremas se había declarado un número sin precedentes de incendios forestales por todo el estado. Hasta aquí, el boletín meteorológico. Me llamo Kinsey Millhone. Soy investigadora privada, tengo treinta y nueve años y vivo y trabajo en esta ciudad del sur de California situada a ciento cincuenta kilómetros al norte de Los Ángeles. Además, estoy soltera y me fastidia que me lo saquen a relucir. El pequeño estudio que llevo alquilando desde hace más de ocho años había sido un garaje para un solo coche, que luego amplió, diseñó y construyó Henry Pitts, mi casero de ochenta y nueve años. No es que él lo construyera con sus propias manos, claro, pero supervisó a los obreros muy de cerca para asegurarse de que todo se hiciera de acuerdo con su alto nivel de exigencia.

Por razones ecologistas, Henry había arrancado todo el césped de su jardín trasero y había dejado el suelo de tierra, con algo de arena y un camino de piedras. Sus dos tumbonas de madera estaban colocadas una frente a la otra por si se daba la remota posibilidad de que quisiéramos disfrutar de un cóctel al atardecer, algo que no había sucedido nunca. No quería sentarme a contemplar aquel erial de tierra compactada sin un triste arbusto, pues, en mi modesta opinión, no es que promueva la relajación precisamente. El banco y los guantes

de jardinero de Henry ya no servían de nada, y la hilera de herramientas de mayor tamaño que había colgado en la pared lateral de su garaje —palas, horquetas de jardinería con mango de madera y tijeras de podar— llevaban tanto tiempo en desuso que las arañas habían tejido en ellas sus telas y ahora se ocultaban en siniestros túneles arácnidos con la esperanza de atrapar alguna presa. *Ed*, el gato de Henry, parecía considerar el jardín de atrás un arenero gigante y lo usaba cada vez que se le presentaba la ocasión, razón de más para evitar toda la zona.

En cuanto a mi vida profesional, el marzo anterior había sufrido un violento encontronazo con un hombre llamado Ned Lowe, el cual casi consigue estrangularme. Aún no tenía muy claro por qué no me había matado, pero me pareció que debería estar preparada por si Ned volvía a arremeter contra mí en el futuro. La mayor parte del tiempo no pensaba en él en absoluto, probablemente por un mecanismo de defensa. Sin embargo, había momentos en los que su imagen me venía a la mente con una nitidez perturbadora. Ned seguía vivo en algún rincón del mundo, y mientras él viviera, yo tendría que mirar por encima del hombro, preguntándome si podía reaparecer de repente. Era un hombre obsesionado, y yo no volvería a sentirme a salvo hasta que estuviera muerto y enterrado.

Poco después de la agresión solicité una licencia para llevar armas ocultas, y me fue concedida. Ya tenía una pistola Heckler & Koch P7, metida en un baúl cerrado con llave a los pies de mi cama o en un maletín que guardaba en el maletero del coche. Aboné las tasas correspondientes, hice un cursillo de capacitación y pasé el control de antecedentes penales y huellas dactilares. El Departamento de Policía quedó satisfecho con mi «conducta intachable» y, al parecer, mis motivos para solicitar la licencia resultaron convincentes, aunque Ned Lowe ya se hubiera esfumado. Empecé a prepararme para otro encuentro, del que estaba resuelta a salir victoriosa. Para ello necesitaba fortaleza, resistencia, determinación y habilidad. Una pistola cargada tampoco estaría de más.

Por culpa de la agresión de Ned había renunciado a correr los cinco kilómetros de rigor al amanecer, así que decidí volver al gimnasio, donde mezclé el levantamiento de pesas con la cinta. El gimnasio me aburría soberanamente, pero al menos hacía ejercicio en una sala llena de fanáticos del *fitness*. La mayoría eran hombres, aunque también había alguna que otra mujer cachas. Agradecía las luces fuertes, el ruido, la música mala y los concursos televisivos con el volumen bajado. Pero, por encima de todo, agradecía la sensación de

seguridad. Mis sesiones de ejercicio tenían lugar al mediodía, y cuando salía del gimnasio, aún había luz fuera. A veces iba a hacer *jogging* por el carril bici de la playa a plena luz del día, cosa que seguía prefiriendo siempre que hubiera bastante gente a mi alrededor.

Aquel viernes por la tarde estaba redactando un informe sobre mi último caso, en el que tuve que trabajar como recepcionista y secretaria temporal para una médica de cabecera. La doctora, a la que le habían robado varias veces medicamentos y dinero para gastos menores, quería que alguien descubriera al culpable. Tenía dos socios y doce empleados, y no sabía cómo identificar al autor de los robos. Su secretaria personal llevaba tres semanas de baja tras una operación de espalda, por lo que nadie sospecharía si la doctora contrataba a alguien para cubrir la vacante. Yo tenía la suficiente experiencia escribiendo a máquina, archivando y contestando al teléfono para hacerme pasar por una oficinista avezada. No sería difícil explicar mi desconocimiento de la profesión médica, ya que, supuestamente, me había enviado una agencia de trabajo temporal.

Mientras cumplía con mis obligaciones encontré varias excusas para quedarme trabajando hasta tarde, lo que me permitió fisgonear a placer. Al final resultó ser la secretaria la que había metido la mano en la caja: complementaba su sueldo con los fondos para gastos menores, y aliviaba su dolor de espalda con los medicamentos que mangaba del armario de suministros. Los representantes de las farmacéuticas dejaban montones de muestras cuando visitaban a los médicos de la consulta, así que la secretaria podía elegir entre los remedios más recientes. La doctora que me contrató se resistía a denunciar a su empleada por la vía penal, pero yo cumplí con mi cometido y, lo que era más importante, cobré por ello.

Acababa de sacar la última página del informe de mi fiel Smith Corona portátil y estaba separando cuidadosamente los papeles carbón de los originales cuando sonó el teléfono. Descolgué el auricular y lo sujeté entre la oreja y el hombro izquierdos mientras ordenaba las páginas y las metía en una carpeta.

—Investigaciones Millhone.

—¿Puedo hablar con Kinsey?

—Al habla.

—Ah. Me alegro de encontrarla. Me llamo Lauren McCabe. Lonnie Kingman me dio su nombre y me sugirió que la llamara para comentarle algo que ha pasado.

Lonnie había sido mi abogado durante los últimos diez años, por lo que

cualquier cliente que me enviara me parecía bien de forma automática. Al menos hasta que se demostrara lo contrario, claro. El nombre de Lauren McCabe me sonaba vagamente, pero no sabía de qué. «Algo que ha pasado» podría significar cualquier cosa.

—Le agradezco a Lonnie que le haya dado mi número. ¿En qué puedo ayudarla?

—Preferiría hablarlo en persona, si le parece.

—De acuerdo. Podemos quedar cuando usted quiera. ¿Qué día le va bien?

—Ojalá pudiera ser hoy, pero los viernes juego al bridge y estoy fuera de casa casi todo el día. Esperaba que pudiera pasarse usted mañana por la tarde. Vivimos en un edificio del centro, no tiene pérdida.

—Perfecto. ¿Por qué no me da la dirección?

Apunté el número de State Street, a tres manzanas del despacho que había ocupado cuando trabajaba para la aseguradora La Fidelidad de California. En aquella época investigaba incendios provocados y muertes sospechosas, casos que ya no solían llegarme ahora que trabajaba por mi cuenta.

—¿A qué hora le vendría bien? —pregunté.

—¿Qué le parece a las cuatro? Mi marido estará fuera de casa y tendremos tiempo para hablar a solas. Sé que es sábado, y siento inmiscuirme en sus planes para el fin de semana.

—No se preocupe. Nos vemos en su casa.

—Estupendo. Le agradezco la flexibilidad.

Nada más colgar recordé de qué me sonaba el apellido McCabe: había aparecido en la portada del periódico local algún día de las dos últimas semanas. Desgraciadamente, el enorme montón de periódicos acumulados se encontraba bajo el escritorio que tengo en casa.

Miré el reloj y vi que eran las cuatro y cuarto. La llamada era una excusa más que válida para cerrar el despacho temprano y volver a casa. Entre el caso que acababa de cerrar y el nuevo trabajo que tenía en perspectiva, pensé que ya había cumplido y merecía tomarme el resto del día libre. Tardé diez minutos en llegar en coche a mi estudio, cosa nada sorprendente dado el tamaño de la ciudad, de no más de 85.000 almas. Santa Teresa está encajada entre el océano Pacífico y los montes de Santa Inés, una de las pocas cordilleras orientadas tanto hacia el este como hacia el oeste. Entre los dos límites geológicos tenemos palmeras, tejados de tejas rojas, buganvillas y edificios de estilo español intercalados con mansiones victorianas. La mitad de los ricos viven en Montebello, barrio situado en un extremo de la ciudad, y la otra mitad en Horton

Ravine. Podría decirse que unos son ricos de toda la vida y los otros nuevos ricos, pero la separación no está tan clara.

Al llegar a casa me puse a rebuscar en el montón de periódicos. Aquello parecía una excavación arqueológica, durante la que fui descubriendo en orden inverso los distintos sucesos que habían tenido lugar desde la publicación del artículo. Saqué el ejemplar en cuestión y me encaramé a un taburete de la cocina para ponerme al día. En la página uno de la primera sección había un artículo sobre la puesta en libertad obligatoria del hijo de Lauren McCabe, recluido hasta entonces en el Correccional de Menores de California por asesinato en primer grado en conformidad con la doctrina que regula el homicidio preterintencional. Es decir, un homicidio perpetrado durante la comisión de otro delito, en este caso un secuestro. Dado que el chico ya había cumplido los veinticinco, el Estado estaba obligado a soltarlo. Me fijé en que la autora del artículo era mi colega Diana Álvarez, una mujer que me provocaba sentimientos encontrados. Ella y yo habíamos chocado tiempo atrás y no nos teníamos demasiada simpatía. Por otra parte, las dos éramos lo bastante pragmáticas para saber que podíamos prestarnos ayuda mutua de vez en cuando.

El artículo ofrecía un resumen de una serie de acontecimientos que habían tenido lugar diez años atrás, cuando Fritz McCabe mató a tiros a una adolescente llamada Sloan Stevens. Ambos estudiaban en la Academia Climping, el exclusivo colegio privado de Horton Ravine. Antes de aquello, en un escándalo ampliamente difundido, dos alumnos consiguieron un ejemplar robado de la Prueba de Aptitud Académica de California y copiaron las respuestas a fin de mejorar sus respectivas puntuaciones. Sloan Stevens lo sabía, y alguien la acusó de haber enviado un anónimo a la dirección del colegio. En la nota aparecían los nombres de los dos alumnos implicados en el engaño, Troy Rademaker y Poppy Earl, quienes posteriormente serían expulsados. A raíz de aquello, Sloan Stevens, la supuesta chivata, sufrió el rechazo de todos sus compañeros.

Después se produciría un enfrentamiento entre Sloan y otro compañero de clase llamado Austin Brown, a quien la adolescente creía culpable de su ostracismo social. En el transcurso de una fiesta para celebrar el fin de curso, las tensiones estallaron y, al parecer, Brown ordenó que llevaran a Sloan por la fuerza a una zona aislada, donde más tarde la mataron. Brown también fue identificado como la persona que proporcionó a Fritz McCabe el arma usada en el homicidio. De los cuatro chicos involucrados en el crimen, uno testificó en el juicio a cambio de inmunidad. Fritz McCabe fue declarado culpable de asesinato en primer grado, secuestro y manipulación de pruebas. Lo sentenciaron a la pena

máxima, a cumplir en el Correccional de Menores de California hasta que tuviera veinticinco años. A esa edad debía ser puesto en libertad de acuerdo con la ley. Troy Rademaker fue declarado culpable de obstruir la justicia, manipular pruebas, cooperar en un delito y mentir a la policía. Austin Brown, el supuesto instigador del homicidio, había huido de Santa Teresa y aún lo estaban buscando.

Diana había incluido las siguientes citas de Fritz: «He pagado mi deuda con la sociedad. Cometí un error, pero tengo que dejarlo atrás para seguir con mi vida». Cuando le preguntaron por sus planes, Fritz respondió: «Tengo ganas de estar con mi familia, y luego espero encontrar trabajo para convertirme en un miembro respetable de la comunidad».

Supuse que la llamada de Lauren McCabe guardaría relación con la puesta en libertad de su hijo. Había mucha tela que cortar, y ya sentía curiosidad por saber para qué quería contratarme.

Subí al altillo por la escalera de caracol, me puse un chándal y me dirigí al carril bici que discurre paralelo a la playa. Lo usan viandantes, ciclistas y niños con monopatines, y está salpicado de letreros municipales en los que se nos aconseja compartirlo con educación. Bajo aquel cielo tan azul, sin una sola nube, resultaba muy agradable correr al aire libre. No me gustaba tener que cambiar mi plan de entrenamiento por culpa de Ned Lowe, pero tampoco me gustaba sentirme vulnerable. Hubiera preferido salir a correr armada con mi semiautomática, pero me pareció excesivo. Lo último que supe de Ned Lowe fue que había prendido fuego a su autocaravana en el desierto, y que al parecer había huido a pie. Tras su desaparición, en el cuarto oscuro donde revelaba los negativos aparecieron numerosas fotografías de las chicas a las que había matado.

Acabé mi sesión de *jogging* a un ritmo más pausado para enfriar, y al llegar a casa me duché. Pasé las dos horas siguientes con una novela policiaca de Elmore Leonard, maravillándome una vez más de su oído para reproducir los diálogos de los bajos fondos.

A las seis dejé el libro y me dirigí al local de Rosie, el antro húngaro que está a media manzana de mi estudio. Suelo cenar allí tres o cuatro noches por semana, lo que resulta un tanto vergonzoso, pero no por ello menos cierto. Como no sé cocinar, si me entra hambre, las opciones son limitadas.

Al entrar no vi por ninguna parte a William, el hermano de Henry. William había sucumbido a un virus estomacal de veinticuatro horas que lo había tenido encamado cinco días. Llevaba casado con Rosie tres años y se ocupaba de mil cosas, desde atender el bar a charlar con los clientes, mientras ella cocinaba y

acosaba a los incautos para que probaran lo que denominaba «Especial *du jour* del día».

Detrás de la barra, Rosie envolvía cubiertos de acero inoxidable en servilletas de papel. Vi a mi amiga Ruthie sentada sola a una mesa. Ruthie me saludó con la mano y me indicó mediante un gesto que me uniera a ella. Levanté un dedo para comunicarle que tardaría unos minutos y me dirigí a Rosie.

—¿Cómo está William?

—Sigue potando por un extremo y jiñándose por el otro.

Levanté la mano para bloquear las imágenes mentales. William tenía noventa años, y no me apetecía conocer los detalles de sus problemas digestivos.

Durante las últimas semanas del verano todos habíamos ido contrayendo una enfermedad tras otra: catarros, fiebre, bronquitis, faringitis, laringitis, sinusitis, pleuresía y otitis media. William, que ya tenía cierta tendencia a la hipocondría, estaba eufórico: en todas estas dolencias veía un claro recordatorio de nuestra mortalidad, que, según él, era inminente. Los demás no lo teníamos tan claro. Cuando nuestras febrículas y toses secas duraban más de la cuenta, íbamos a la consulta del matasanos más próximo y salíamos con recetas de antibióticos, lo que nos reconciliaba con el mundo. Rosie no compartía nuestra afición a las pastillas y rechazaba de plano cualquier intervención médica. Creía que el jerez lo curaba casi todo, incluso una neumonía galopante. Dado que ella era la única de todos nosotros que aún no había sucumbido a ninguna enfermedad, me sentí inclinada a aceptar su recomendación.

—¿Un vinito? —preguntó.

—¿Por qué no? —respondí. El vino de Rosie tenía las mismas propiedades bactericidas que un popular colutorio.

A continuación me acerqué a la mesa de Ruthie, que tenía la mirada clavada en mi prima Anna. Anna estaba sentada con Cheney Phillips, un inspector de homicidios del Departamento de Policía de Santa Teresa. Los dos resolvían un crucigrama con las cabezas muy juntas. Mi prima estaba muy atractiva para alguien que viste sin ceder a los dictados de la moda. Llevaba un jersey gris de punto grueso que le venía grande con una camiseta blanca debajo, unos pantalones cargo muy anchos y lo que parecían ser unas botas de combate. Se había hecho un moño en la parte alta de la cabeza y lo había sujetado con un par de agujas de tejer. Cheney estaba sentado a su lado, con la mano en el respaldo del asiento de Anna y las piernas estiradas.

—Parecen estar tan a gusto juntos como un matrimonio de viejos —comentó Ruthie—. Una pena que no te lo hubieras agenciado tú cuando tuviste la



oportunidad.

Ruthie era la viuda de un detective privado llamado Pete Wolinsky, al que habían asesinado el año anterior. Pete dejó varios apuntes de trabajo que me condujeron hasta Ned Lowe, el estrangulador de mujeres. Ruthie se refería a la aventura que yo había tenido con Cheney dos años atrás, y pese a que aquello quedó en nada, me había vuelto muy posesiva desde entonces y pensaba que mi prima se estaba pasando de la raya. Nunca le expliqué los detalles de la relación, pero Anna tendría que haber adivinado que no me haría ninguna gracia tanto coqueteo. No me lo tomé muy mal porque no me sorprendió. Anna atraía a los hombres como un imán. ¿Quién iba a resistirse a una chica tan guapa y tan solícita? Por no hablar de aquellas tetas, el doble de grandes que las mías. Algunos la llamarían «fácil», pero no entremos en eso ahora. Pese a mis prejuicios, no podía negar su atractivo. Era abierta y poco pretenciosa, y estaba claro que le gustaban los hombres. Desgraciadamente, no tenía intenciones ocultas. Hubiera preferido que la corroyera el odio para que los hombres que caían bajo su hechizo se percataran enseguida de que dejaba mucho que desear. Al parecer, no era el caso de Cheney.

—Por mí se lo puede quedar —dije.

—Sí, claro —respondió Ruthie poniendo los ojos en blanco.

—Lo digo en serio.

—No te lo discuto, sólo expreso mi escepticismo.

Observé que el local se iba llenando de agentes fuera de servicio. El Departamento de Policía de Santa Teresa al completo irrumpió en el restaurante de Rosie como una bandada de palomas mensajeras cuando el Café Caliente, su anterior guarida, cerró sus puertas después de incendiarse la cocina. Antes, el local de Rosie había acogido a un grupo de hinchas escandalosos, que solían abarrotarlo durante la Super Bowl y muchos otros acontecimientos deportivos. Sus trofeos de sóftbol aún estaban a la vista, junto a un suspensorio que alguien había colgado del pez espada disecado que Rosie tenía encima de la barra. Aquellos migrantes escandalosos se habían ido a otra parte, como en respuesta al cambio de las estaciones. Los policías fuera de servicio eran un soplo de aire fresco en comparación: sus conversaciones siempre giraban en torno al mundillo criminal, lo que encajaba con mis intereses, y significaba que siempre había alguien dispuesto a dar la murga sobre todo tipo de robos, asesinatos, agresiones y exhibiciones públicas de ebriedad.

Rosie trajo un martini solo para Ruthie y una copa de vino blanco para mí, recién servido de un garrafón de cuatro litros que tenía escondido en un estante.

Lo escondía para que sus parroquianos no pudieran ver la etiqueta de la marca barata que compraba. Bastaba con un sorbo para saber que se trataba de un vino peleón, pero ninguno de nosotros se atrevía a rechistar. Rosie podía ser muy abusona cuando te tomaba nota. Siempre te decía lo que tenías que pedir, que era inevitablemente un extraño plato húngaro lleno de despojos y crema agria. Si algunos trozos estaban llenos de nervios o de grasa, había que escupirlos disimuladamente en la servilleta de papel y tirarlos al volver a tu casa. Creedme, seguro que os pillaría si tratarais de usar uno de sus ficus artificiales como papelera. Era preferible no rechistar.

—¿Vas a cenar? —preguntó Ruthie cuando Rosie ya se había ido.

—Eso pensaba. ¿Ha dicho algo sobre el menú de hoy?

—Higadillos de pollo a la crema con chucrut como guarnición.

No pude evitar fruncir los labios.

—A lo mejor consigo convencerla para que me prepare una sopa.

—No lo creo —dijo Ruthie—. Ha hecho una olla de algo llamado, y no te tomo el pelo, «sopa en celebración de la matanza», además de un asado cocinado con la grasa de la cavidad abdominal del cerdo.

—Me parece que esperaré y me prepararé un bocadillo al llegar a casa.

—Yo que tú lo haría. Yo ya he cenado antes de venir —explicó Ruthie.

El menú de Rosie bastó para quitarme el apetito, pero cuando apareció Jonah Robb volví a animarme y le indiqué con un gesto que se acercara a nuestra mesa. Jonah era otro policía de Santa Teresa con el que había tenido una aventura, cosa que podría hacerme parecer a mí también algo «fácil», pero no era el caso. Sí, salí con dos polis, pero fueron los únicos. Vale, de acuerdo, también salí con Robert Dietz, pero no era un poli de Santa Teresa. Robert era un investigador privado de Carson City, Nevada, al que no había visto en meses.

Mis devaneos con Jonah tuvieron lugar durante una de sus numerosas separaciones de su esposa Camilla, cuya idea del matrimonio incluía episodios de infidelidad permitida; la suya, no la de Jonah. Camilla había vuelto a casa tras su última aventura y Jonah lo había aceptado, como de costumbre. Mi relación con él nunca fue muy en serio, porque me reventaban sus constantes desavenencias matrimoniales. Aun así, Jonah continuaba siendo una magnífica fuente de información, y yo me aprovechaba de sus contactos sin un ápice de vergüenza cada vez que se presentaba la ocasión. Jonah se dirigió a la barra, pidió una cerveza y después vino tranquilamente hacia nosotras.

—¿Te acuerdas de Ruth Wolinsky? —le pregunté cuando llegó a nuestra mesa.

—Sí, claro. Me alegra verte de nuevo.

—Lo mismo digo —contestó Ruthie.

—¿Os importa si me siento?

Dejó la cerveza sobre la mesa y sacó una silla.

—En absoluto.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Muy bien —respondí.

Jonah tenía el pelo oscuro y los ojos azules. Estaba más delgado desde que Camilla había vuelto a casa. Al parecer, el regreso de su mujer le había quitado el apetito, y a mí también. Sus dos hijas adolescentes, Courtney y Ashley, eran unas chicas despampanantes que ahora revoloteaban alrededor de mi prima Anna, como casi todo el mundo. Sospeché que las hermanas no tardarían en aparecer, pero por el momento Jonah me prestaba toda su atención.

—Espero que no te importe si te hago unas preguntas.

—Adelante.

—Tengo una cita con Lauren McCabe, cuyo hijo acaba de salir del Correccional de Menores de California.

—¿Ese chico está libre? —preguntó Ruthie—. Me parece demasiado pronto.

—Estoy seguro de que mucha gente opina lo mismo —dijo Jonah—. ¿Qué quiere la señora McCabe?

—Me dijo que prefería contármelo en persona, pero supongo que guardará relación con su hijo. Es demasiada coincidencia que no haga ni dos semanas que lo han puesto en libertad. Lauren McCabe habló primero con Lonnie Kingman, así es como conseguí mis datos.

—¿Para qué quería contratar a Lonnie?

—No estoy segura. Aún no he hablado con él —respondí—. Me preguntaba qué podrías decirme sobre Sloan Stevens. Sé que la acusaron de chivarse de que dos compañeros de clase habían hecho trampas en un examen.

—Es cierto. Alguien envió un anónimo al colegio en el que ponía que Troy Rademaker y Poppy Earl habían tenido acceso a las respuestas del examen. Los dos eran buenos amigos de Sloan, que juró que no los había delatado.

—¿Quién robó el examen?

—Una alumna de un curso inferior llamada Iris Lehmann. La expulsaron de Climp cuando el robo salió a la luz, y ella acabó en el instituto de Santa Teresa. Aquel incidente debió de ser una llamada de atención, porque después de testificar en el juicio se distanció de sus amigos de Climp y se dedicó a sus asuntos. Acabó la secundaria con matrícula, así que puede que al final saliera

algo bueno de todo aquello.

—No estoy tan segura, teniendo en cuenta que murió una chica —observó Ruth.

Yo aún intentaba encajar todas las piezas a fin de encontrarle sentido a aquella historia.

—¿Crees que Sloan decía la verdad? —pregunté.

—Apostaría que sí. Era una adolescente muy íntegra. Según los chicos que la conocían, a Sloan no le pareció bien que sus amigos copiaran, pero nunca los habría traicionado. La cuestión es que a un chico llamado Austin Brown se le metió en la cabeza que Sloan merecía ser castigada por el chivatazo, y convenció a sus compañeros de clase para que le hicieran el vacío.

—Eso lo leí —dije.

—Pues aquí es donde se complica la historia. Al parecer, por aquella misma época se grabó un vídeo de contenido sexual. El asunto llegó a oídos de la policía, pero la cinta nunca apareció. Los chicos no quisieron explicar de qué iba, y no conseguimos sacarles quién había participado en la grabación. Seguro que Austin Brown era uno de ellos. Creemos que Sloan consiguió la única copia, y luego amenazó a Austin con sacarla a la luz si no ordenaba a sus compañeros que dejaran de rechazarla.

—Ah, entiendo. ¿Y qué pasó con la cinta?

—Nadie parece saberlo, pero la amenaza debió de surtir efecto. Los dos declararon una tregua temporal, y Austin la invitó a una fiesta junto a la piscina de la cabaña que tenían sus padres cerca de la autopista 154. Aquello no pintaba nada bien. Porros, un barril de cerveza y toda la tensión generada por el encontronazo, que en principio estaba desactivada pero seguía latente. Austin y Sloan habían salido juntos algún tiempo atrás, y ella no parecía sentirse amenazada por él. Austin pensaba asustarla para que le entregara la cinta, algo que Sloan no tenía la más mínima intención de hacer. También circuló el rumor de que Sloan lo había insultado y él se había ofendido. Cuando quedó claro que Sloan no pensaba ceder, Austin y tres amigos más la llevaron en coche aquella noche hasta Yellowweed. Austin, Troy Rademaker, Fritz McCabe y otro chico llamado Bayard Montgomery. Ya conoces el final de la historia.

En un principio, Yellowweed había sido el emplazamiento de un campamento para *boy scouts* que se trasladó a otro lugar veinte años antes del asesinato de Sloan. Las instalaciones se destinaron entonces a un campamento para los niños de familias desfavorecidas, que cerró cuando dejaron de subvencionarlo dos años después. La zona acabaría convirtiéndose en un

reclamo para adolescentes, el lugar ideal donde pasar la noche y celebrar fiestas improvisadas.

—¿Y qué hay de la pistola? —pregunté.

—Un Astra Constable registrada a nombre del padre de Austin. Al parecer, Fritz la encontró durante la fiesta y se la llevó al escenario del crimen. A saber en qué estaría pensando. Blandía el arma cuando Sloan huyó en dirección al bosque. Fritz no tenía ninguna experiencia con semiautomáticas. Disparó varias veces, hasta que no se oyó ningún ruido procedente de la maleza. Sloan recibió tres disparos. La última herida le provocó la muerte, aunque Fritz declaró que no pretendía matarla. Tenía quince años, lo juzgaron como menor y lo enviaron a un correccional. No es que fuera un preso modelo, precisamente. Lo acusaron de asesinato frustrado, vendió droga e intentó fugarse una vez. No sé en qué otros problemas se metería, pero al cumplir los veinticinco tuvieron que soltarlo. Nunca encontraron la pistola. Troy condujo la camioneta que usaron aquella noche.

—Trabaja de mecánico en el taller al que suelo llevar el coche —interrumpió Ruthie—. Es bueno en lo suyo, pero cuesta mirarle a los ojos si conoces su pasado.

—Y Austin Brown desapareció —dije.

—El mismo día en que descubrió que Fritz había confesado —explicó Jonah—. Se rumorea que salió del país, pero no estoy seguro de cómo lo logró. Tenía tanta prisa que se olvidó el pasaporte. No le costaría mucho conseguir uno falso, pero le habría salido muy caro.

—¿Tenía dinero?

—Cuatro chavos. Es posible que sus padres le hayan estado enviando algo a lo largo de estos años, aunque no nos consta. Estuvimos controlándoles el correo durante algún tiempo, pero no encontramos nada.

—¿Qué crees que pasó con la cinta?

—Debía de tenerla Sloan cuando la mataron, aunque no ha aparecido. Pedimos una orden de registro e inspeccionamos a fondo su dormitorio, pero no dimos con ella. Después, su madre cerró la habitación con llave y la ha tenido cerrada desde entonces.

La puerta se abrió de nuevo y Camilla Robb entró en el restaurante. Pasó como una exhalación junto a nuestra mesa sin saludarme siquiera con la cabeza y se dirigió a un reservado situado al fondo del local, donde se sentó de espaldas a nosotros. Jonah se levantó de inmediato y puso la silla en su sitio.

—En cualquier caso, si necesitas ayuda, dímelo.

—*Ciao* —contesté a falta de algo mejor que añadir.

Jonah cogió la cerveza y caminó con paso tranquilo en dirección a Camilla, intentando no parecer un perro que responde a la llamada de su amo. Al llegar al reservado se sentó frente a ella. Yo sólo alcanzaba a ver una parte del hombro izquierdo de Camilla, su brazo izquierdo y su mano izquierda, en la que llevaba el anillo de casada. Ahora lo hacía girar con el pulgar.

Ruthie la miró fijamente.

—¿Quién demonios es ésa?

—La mujer de Jonah. Me sorprende que no te hayas topado con ella alguna vez.

—¿Acaba de pasar de ti olímpicamente o es que la vista me engaña?

—Ni me ha mirado. No le caigo muy bien.

—¿Qué le has hecho?

—Me acosté con su marido durante una de sus muchas separaciones.

—Mírala, qué traviesa ella. ¿Hace poco?

—Siete años.

—¡Caray! Pues sí que es rencorosa la chica.

—Y que lo digas.

Ruthie sacudió la cabeza, pero habría jurado que me miró con más respeto.

A las siete ya estaba en casa, agradecida por la advertencia sobre el plato especial de Rosie. Acabé el día zampándome un bocadillo caliente de huevo duro con demasiada mayonesa y mucha más sal de la cuenta. Cabe destacar que seguí leyendo la novela de Elmore Leonard mientras comía, lo que me permitió disfrutar el doble. Pese a que entonces no era consciente de ello, aquél fue el momento de calma que precedió a la tempestad que se avecinaba, si es que vamos a ponernos metafóricos.

Sábado, 16 de septiembre de 1989

La dirección de los McCabe en State figuraba, con un estilizado número 1319, en un azulejo de estilo español incrustado en la pared estucada de un edificio contiguo al Teatro Axminster. Una puerta de madera, pintada de color turquesa, daba a una escalera alicatada con los mismos azulejos decorativos. La escalera quedaba interrumpida hacia la mitad por un descansillo que facilitaba el ascenso a la primera planta. La hilera de edificios de la planta baja albergaba la sala de lectura de la Ciencia Cristiana, una tienda de muebles caros, dos restaurantes, una floristería y una tienda de la cadena Pendleton.

Cuando llegué a lo alto de la escalera llamé a una segunda puerta, esta vez interior. Al cabo de un momento me abrió una asistente que salía de la casa. En la mano izquierda llevaba el bolso y una gran bolsa de papel marrón. En la derecha, una aspiradora pequeña. Tuve miedo de que diera un traspie y cayera rodando por las escaleras.

—¿Necesita ayuda?

—No, gracias. Pesa menos de lo que parece —dijo señalando la aspiradora. Luego gritó por encima del hombro—: Tiene una visita, señora McCabe.

—Gracias, Valerie. Salgo enseguida.

—Nos vemos el martes.

La asistente siguió bajando por la escalera. Lauren apareció en el umbral vestida con unos pantalones ajustados de lana de color azul marino, una blusa verde azulada de seda de manga larga y unas bailarinas bordadas. Rondaría los cincuenta años, pero parecía más joven, posiblemente gracias a algún que otro retoque estético, aunque no detecté señales evidentes de que hubiera pasado por el quirófano.

Nunca había visto a una mujer engalanada con tantos diamantes: anillos, pendientes, un collar y un sinfín de pulseras. Tenía los ojos azules y el pelo liso,

de un gris brillante que lucía sin complejos en una melenita corta que le enmarcaba la cara. Estaba muy bronceada, y resultaba atractiva sin llegar a ser guapa. Apareció envuelta en una nube de colonia que olía a lirio de los valles, como un leve soplo de primavera.

—Debes de ser Kinsey. Yo soy Lauren McCabe —dijo tendiéndome la mano.

—Encantada de conocerte —saludé. Al darnos la mano me sorprendió la fuerza de sus dedos finos y fríos.

—Entra, por favor.

Lauren se hizo a un lado para dejarme pasar delante de ella. Desde el pequeño recibidor se accedía a un salón de techos altos. La luz entraba a raudales a través de varias cristaleras que daban a una galería. Las paredes eran blancas y los muebles estaban tapizados en tonos neutros. En lugar de combinar colores, el decorador había optado por distintas texturas: lana, terciopelo, pana, cachemira y seda. El piano negro de media cola quedaba empequeñecido por la amplitud de la sala, pavimentada con baldosas rojas cubiertas por una enorme alfombra oriental de tonos apagados. Los visillos revolotearon al soplar una brisa pasajera y por un momento el piso pareció frío. Lauren cerró dos de las cristaleras para amortiguar el ruido del exterior. Me invadió una sensación momentánea de admiración, más que de envidia. Viviendo aquí, a un paso del centro, podías ir andando a todas partes: tiendas, hoteles, restaurantes, cines, incluso consultorios médicos y dentales.

—Este piso es increíble. ¿Es el único del edificio?

Lauren sonrió.

—Sólo vivimos nosotros. Teníamos una casa en Horton Ravine, pero la vendimos hace ocho años para poder pagar las facturas judiciales. —Lo dijo con naturalidad sin añadir más detalles, probablemente dando por sentado que yo ya los conocía—. He hecho café, si te apetece.

—Sí que me apetece, gracias.

Lauren ya había dispuesto todo lo necesario: tazas con sus respectivos platitos, crema de leche, azúcar, servilletas de tela, un plato de biscotes y un gran termo de café caliente. Supuse que tendríamos que hablar de naderías antes de pasar al meollo de la cuestión. Sentía cierta curiosidad, pero no me corría demasiada prisa escuchar lo que Lauren tuviera que decirme. Disfrutaba de la sensación de bienestar, tratando de imaginar una vida rodeada de lujos. Después de aquel agradable preámbulo, Lauren entró en materia.

—Hollis no volverá a casa hasta las seis, tenemos tiempo de sobra para



charlar.

—¿A qué se dedica tu marido?

—Es abogado tributario, gestiona las inversiones de algunos clientes del banco. No me gusta alardear, pero la verdad es que le va muy bien. Yo no he tenido que trabajar nunca.

—¿Y dónde está Fritz?

—Se ha ido a pasar el fin de semana con unos amigos.

—He leído algún artículo sobre su puesta en libertad. Estaréis contentos de tenerlo en casa.

—Desde luego, aunque su llegada ha provocado un problema que nos ha pillado desprevenidos.

—Y por ese motivo te pusiste en contacto con Lonnie.

—Exacto —respondió Lauren—. Esperábamos que pudiera ayudarnos, pero él nos sugirió tus servicios.

—¿Entonces no se trata de un asunto legal?

—Sí y no. Es complicado.

Me pregunté por qué Lonnie Kingman habría rechazado el trabajo. Según mi experiencia, a los abogados les encanta adentrarse en cuestiones legales espinosas y exponerte con detalle todos tus problemas, que —te asegurarán sin dilación— son mucho peores de lo que pensabas en un principio.

—¿Me puedes contar de qué se trata?

Lauren se inclinó hacia delante y cogió un sobre que había depositado en la mesa auxiliar más próxima.

—Recibimos esto hace tres días.

Me mostró un sobre acolchado marrón, de esos que tienen burbujas para proteger su contenido. Cuando llegó, el sobre estaba grapado y cerrado con cinta adhesiva. Ahora estaba abierto, y palpé los contornos de lo que parecía ser un libro, o una caja de algún tipo.

—¿Puedo? —pregunté, para no parecer descortés.

—Por supuesto. Quizá necesites una breve introducción para saber lo que tienes entre las manos.

Lo que saqué del sobre acolchado era una cinta de vídeo con una etiqueta en la que ponía: «Un día en la vida de... 1979». Sentí una descarga de adrenalina. Se la mostré a Lauren esperando una explicación, aunque ya sabía de qué se trataba: ésta tenía que ser la película de contenido sexual grabada diez años atrás.

—Esto venía en el mismo sobre —explicó Lauren, y me entregó una nota escrita con un ordenador, todas las frases estaban en mayúscula.

VEINTICINCO MIL EN EFECTIVO O ESTO CAERÁ EN MANOS DEL FISCAL DEL DISTRITO. NO LLAMÉIS A LA POLICÍA, NI AL FBI. TENED EL DINERO LISTO EN BILLETES PEQUEÑOS. DEJARÉ UN MENSAJE TELEFÓNICO CON LAS INSTRUCCIONES.

—¿Ésta es la única comunicación que habéis recibido?

—Por el momento, sí. Hollis fue a RadioShack y compró tres grabadoras de llamadas para instalarlas en los teléfonos, por si se ponían en contacto.

Estaba a punto de admitir que Jonah me había contado cuatro cosas sobre la cinta, pero ¿qué sentido tenía interrumpirla? Me interesaba conocer su versión, y no vi ninguna razón para ponérselo fácil.

—¿Por qué tenéis que pagar por este vídeo?

Por primera vez, a Lauren se le sonrojaron ligeramente las mejillas.

—¿Has oído hablar de Sloan Stevens?

—La chica a la que mataron a tiros.

—Desgraciadamente, sí. Alrededor de una semana antes de aquello, Fritz, Troy y otro amigo empezaron a grabar un vídeo doméstico, creyéndose la mar de ingeniosos. Les pregunté varias veces de qué iba, pero no quisieron decírmelo. Todo eran guiños y risotadas. Una tarde encontré el vídeo en el dormitorio de Fritz y no pude contenerme. Mi hijo estaba en clase de tenis, así que parecía la oportunidad perfecta para echar un vistazo. Me imaginé que sería algún melodrama: hombres lobo, vampiros, o quizás un tiroteo.

»Cuando vi la cinta me horroricé. Ya sabrás por qué cuando la veas, claro, pero te lo advierto: es repulsiva. Los chicos agreden sexualmente a una pobre niña borracha. Ni te imaginas el asco que me dio.

—¿Se lo echaste en cara?

—No tuve ocasión. Dejé la cinta en el vídeo de Fritz, donde la había encontrado. Me pareció imprescindible hablar primero con Hollis para que pudiéramos tomar una decisión juntos. Pensé que Fritz debería responder por lo que había hecho, aunque ignoraba cómo. Entonces Sloan se presentó en casa preguntando por él, pero le dije que llegaba en mal momento. No insistió. Le expliqué que tenía que recoger a Fritz en el club de tenis y me contestó que ya hablaría con él en el colegio, así que no le di más importancia a su visita. Cuando salí del garaje, Sloan estaba en la calle con *Butch*, su perro, y supuse que se dirigía hacia su casa porque iba en esa dirección. Ahora sospecho que esperó a que yo doblara la esquina para dar media vuelta y meterse de nuevo en nuestra casa.

—¿Robó la cinta?

—Digámoslo así: cuando Fritz y yo llegamos, la cinta había desaparecido. A Fritz le dio un ataque. Estaba convencido de que yo se la había cogido. Me hice la tonta y le juré un montón de veces que no sabía de qué hablaba.

—¿Podía habérsela llevado otra persona?

—Supongo que sí, pero Sloan era la culpable más obvia porque se presentó justo antes de que yo saliera de casa.

—¿Quién más formaba parte de aquel grupo de amigos?

—Poppy Earl, para empezar. Sloan y Poppy fueron amigas íntimas hasta que llegó Iris Lehmann; es la chica que sufre la agresión sexual en el vídeo. La verdad es que sólo Sloan pudo haber entrado y salido de mi casa durante el poco tiempo que estuve fuera.

—¿No cerraste la puerta con llave?

—Sí, pero era fácil entrar. Los amigos de Fritz podían venir cuando quisieran, y todos sabían dónde guardábamos la llave.

—Erais muy confiados.

—Queríamos que se sintieran a gusto; que nuestra casa fuera una especie de refugio donde pasar el rato.

—¿Dónde estaba la llave?

—Colgada de un gancho en el garaje, que dejé abierto al salir.

—¿Qué le dijiste a Hollis?

—Le describí lo que había visto, pero como la cinta había desaparecido, no le quedó más remedio que aceptar mi palabra. Pensó que exageraba cuando, en realidad, le había dado una versión suavizada.

—¿Y qué pasó después?

—Nada. La cinta desapareció y no volví a tener noticias hasta ahora. Entretanto, Sloan murió y detuvieron a los chicos. Salvo a Austin, claro, y nadie sabe dónde está.

—¿Austin es el adolescente que tuvo la idea de hacerle el vacío a Sloan?

—El mismo. También estaba detrás del plan que provocó la tragedia. Al parecer, Sloan quería usar la cinta para obligarlo a ceder.

Volví a leer la nota.

—Veinticinco mil dólares parece una cantidad un tanto extraña. Lo normal sería que os pidieran bastante más.

—Hollis tiene la teoría de que el chantajista no nos quiere pedir una cantidad astronómica de entrada. Piensa que los veinticinco mil son una especie de anticipo, razón de más para no pagarlos. De todos modos, antes de seguir

adelante deberías ver la cinta. El vídeo está en la biblioteca.

Me levanté y la seguí por el pasillo. Pasamos junto a un espacioso comedor y alcancé a ver la modernísima cocina a través de una puerta abierta en la pared del fondo. La biblioteca era más bien pequeña, íntima incluso en comparación con las otras estancias. Las paredes estaban revestidas de nogal oscuro. Una mezcla de libros y obras de arte colocados con gusto ocupaban las altas estanterías. Vi el escritorio antiguo de rigor, así como un mueble que no sólo albergaba el televisor, sino también el reproductor de vídeo y varios aparatos más. Habían orientado algunas butacas hacia la pantalla del televisor. Me imaginé a Lauren y a su marido disfrutando de sendos cócteles mientras veían el noticiario de la noche.

Lauren introdujo la cinta en el aparato, agarró el mando a distancia y fue pulsando los botones de *play* y *pause* en rápida sucesión. Cuando encontró la parte que buscaba, me pasó el mando.

—Te parecerá que no se acaba nunca, pero sólo dura cuatro minutos. Me voy a la cocina hasta que acabes de verla. Entonces Iris estudiaba noveno en la Academia Climping, y no dejaba de meterse en problemas. También deberías saber que Poppy y Troy salían juntos, hasta que Poppy descubrió que Iris había tenido relaciones íntimas con su novio. Lo de «íntimas» no parece muy apropiado, teniendo en cuenta que lo hicieron delante de varios testigos mientras los grababan.

—Entiendo lo que quieres decir.

Lauren vaciló.

—Para serte sincera, cuando vi la cinta hace diez años estaba dispuesta a permitir que Fritz cargara con las consecuencias. Pero entonces murió Sloan, y Fritz fue a la cárcel por su participación en el homicidio. Ahora que vuelve a estar libre, he cambiado de postura. Sigo enfadada por lo que hizo, pero ya no tengo tan claro que merezca otro castigo. Ha pagado su deuda, y no veo de qué serviría que lo metieran de nuevo en la cárcel.

Nada más desaparecer Lauren por el pasillo le di a *play*. Aun sabiendo que la cinta podía tener consecuencias graves no estaba preparada para su contenido, que me pareció tan vulgar como violento. Las imágenes iniciales no me escandalizaron: dos adolescentes recién salidos de la piscina bebiendo cerveza y fumando porros. La escena parecía grabada en un sótano convertido en sala de juegos, en el que había una barra de bar, varios taburetes y una mesa de billar que entraría en juego a mitad de la cinta. Supuse que el chico más joven sería Fritz McCabe. El que parecía algo mayor, un pelirrojo con el pelo cortado al

cepillo, tenía que ser Troy Rademaker.

A continuación apareció una chica muy joven, envuelta en una toalla. Tenía el pelo mojado y bebía una lata de cerveza. Fritz le pasó el porro, y luego le llenó un gran vaso de plástico con ginebra de una botella que reposaba sobre la barra del bar. Hicieron unas cuantas payasadas y después la cinta dio un salto en el tiempo. Ahora la chica estaba despatarrada en el sofá, completamente borracha. Se dirigió a Austin, el cual no aparecía en la imagen, suplicándole que la besara. Tras un rápido cambio de plano apareció en pantalla el infame Austin Brown, vestido con americana y corbata pese a que los otros iban en bañador. Austin estaba sentado en una butaca tapizada, con las piernas colgando sobre uno de los brazos mientras hojeaba una revista, al parecer indiferente a la escena que se desarrollaba ante él. Pulsé *pause* y lo estudié. Tenía el tipo de cara que yo habría asociado a la aristocracia de haber conocido a algún aristócrata: larga, afilada y arrogante. Era consciente de que la explicación de Jonah había influido en mí, pero, de todos modos, el chico me provocó rechazo. No me costó imaginármelo dando órdenes a sus amigos con un aire de indiferencia que lo hacía parecer superior.

—Porfa, Austin —dijo la chica.

Austin parecía aburrido.

—¿Que te bese, Iris? Ni hablar. Soy el director, no un actor secundario. Soy el que está al mando.

—El *auteur* —interrumpió Troy.

—Exacto. El cerebro —dijo Austin mirando a Iris—. Además, parece que ya te diviertes tú sola.

La respuesta de la chica se oyó fuera de cámara.

—Aguafiestas. Qué muermo de tío.

La imagen saltó a Fritz y a Troy, ahora desnudos y excitados. Ambos agredían sexualmente a la misma chica, que estaba inmóvil e inconsciente debido al alcohol, a la hierba o a ambas cosas. No pude evitar fijarme en que Troy también tenía el vello púbico pelirrojo. No me disculparé por la observación, ya que estoy cualificada para hacerla. Soy una profesional, y para eso me pagan. Resultaba penoso ver la forma en que se comportaban esos chicos, porque imaginé que a ellos les debía de parecer un juego. Disfrutaban alardeando de su virilidad, demasiado ensimismados para comprender el alcance de sus actos pese a que eran, sin ningún género de duda, criminales. Ambos serían considerados legalmente responsables si la cinta acababa en el despacho del fiscal del distrito. La amenaza del extorsionista ponía a los McCabe en una

situación imposible: si pagaban los veinticinco mil dólares, se arriesgaban a ser chantajeados de por vida. Si acudían a la policía con la esperanza de perder de vista al chantajista, Fritz y su amigo Troy serían acusados de violación, agresión sexual y quién sabe cuántos delitos más. Hasta donde yo recordaba, las violaciones con agravantes no prescribían.

Supuse que Iris no sería consciente de lo que le habían hecho o, en todo caso, que no lo habría denunciado. Si hubiera emprendido acciones legales en su momento, el pleito —ya fuera por lo penal o por lo civil— se habría fallado y la amenaza estaría neutralizada. Me imaginé a los chicos alardeando de su conquista sexual. Probablemente culparían a Iris por ser tan promiscua y, por tanto, merecedora de la forma en que la habían tratado. Debieron de considerarlo una travesura que les permitiría presumir de su potencia viril ante sus amigos. Sabía de situaciones similares, en las que los fotogramas de una agresión sexual habían circulado entre los amigos de los agresores. No me cabía en la cabeza qué podría llevar a alguien a grabar unos actos tan abominables.

Me percaté de que Lauren, ahora situada a mi espalda, veía los últimos quince segundos de la cinta. Al parecer, había entrado en la habitación sin que yo me diera cuenta. Procuré no exteriorizar mis emociones. Pese a que el contenido de la cinta me parecía abominable, sería poco profesional dar muestras de repugnancia o de reprobación. Los médicos se rigen por el mismo código de conducta, de ahí que repriman los gritos de horror y las caras de asco al descubrir los síntomas de tu enfermedad de transmisión sexual durante un examen pélvico.

—Supongo que el chico de más edad es Troy Rademaker —dije.

—Sí. Fue el que acabó conduciendo la camioneta la noche en que murió Sloan.

—¿Sabes si también lo han chantajeadó?

—Me parece que está sin blanca, así que no tendría mucho sentido que lo hicieran.

—¿Y qué hay del cámara?

—Creo que era Bayard Montgomery, otro amigo de Fritz. Hollis trabajaba para el padre de Bayard en aquella época. Tigg Montgomery murió un año después.

—¿Cuando todo esto aún no se había acabado?

—Durante el juicio de los chicos, pero antes de que dictaran sentencia. No se lo contaron todo porque estaba muy enfermo.

—¿Cáncer?

—De un tipo poco frecuente. Desconozco los detalles —dijo Lauren—. De hecho, a Bayard no lo acusaron. Tigg llegó a un acuerdo con la fiscalía: inmunidad a cambio del testimonio de su hijo, que resultó muy perjudicial para el resto de los acusados.

Procesé el dato mientras Lauren continuaba hablando.

—Hollis y yo vimos el vídeo después de que nos llegara por correo, y es evidente que el extorsionista confiaba en nuestras ansias de proteger a Fritz para obligarnos a pagar. Francamente, no tengo ni idea de lo que podemos hacer, salvo intentar localizar a la persona que nos lo envió.

—¿Se te ocurre quién podría ser? —inquirí—. Sé que la pregunta te parecerá obvia, pero a lo mejor se os pasó por la cabeza alguna posibilidad cuando recibisteis el vídeo.

—Tendría que ser alguien que estuviera muy unido a Sloan. La mataron una semana después del robo, así que si se llevó la cinta, y estoy convencida de que lo hizo, entonces probablemente la tendría ella cuando murió.

—¿Crees que sus padres podrían haber descubierto la cinta mientras revisaban sus cosas?

—Es posible. Lo que no puedo entender es por qué alguien ha esperado tanto tiempo.

—Quizás el extorsionista prefiriera sacarle el máximo partido a la situación. Si la cinta salía a la luz después de que Fritz ingresara en la cárcel, la revelación pasaría desapercibida. Mejor esperar a que lo pusieran en libertad, y entonces amenazarlo con divulgarla.

—No se me había ocurrido, pero tienes toda la razón.

—Has dicho que la chica del vídeo era Iris Lehmann. ¿No es la misma que robó aquel examen?

Lauren asintió con la cabeza.

—Fue la que provocó el escándalo de las respuestas copiadas, aunque no estoy segura de que haya admitido el papel que tuvo en todo aquello. Por lo que sé, nunca ha expresado el más mínimo arrepentimiento.

—¿Y qué hay de Fritz? ¿Tiene alguna idea de quién podría estar detrás de todo esto?

—Aún no sabe lo de la cinta, ni lo del chantaje. Hollis y yo creemos que deberíamos tener algún plan antes de contárselo todo. Él no podrá hacer nada hasta que sepamos a qué atenernos.

—¿Cuál era la amenaza de Sloan? ¿Que entregaría la cinta a la policía?

—Eso creo. Puede que Fritz nos lo aclare cuando se entere de lo que ha

pasado.

—¿Y ahora qué? —pregunté.

—Obviamente, no podemos ir a la policía sin exponer a Fritz a las acusaciones de violación y agresión sexual. Nuestra única esperanza consiste en averiguar quién está detrás de esto y pararlo.

—Supongo que no pensáis pagar ese dinero.

—Se nos pasó por la cabeza cuando nos dimos cuenta del lío en el que estábamos metidos.

—Yo que vosotros no lo haría.

—Eso mismo nos aconsejó Lonnie. Si no hay más remedio, pagar sería preferible a la alternativa. Veinticinco mil dólares es poco en comparación con el montón de facturas de abogados a las que tendríamos que hacer frente si volvieran a acusar a Fritz.

—No pretendo desanimarte, pero os van a jorobar tanto si optáis por un plan como por el otro. Lo más probable es que esta cinta no sea la original. El extorsionista sería muy tonto si os entregara la única copia sin recibir nada a cambio. Lo que significa que, si esta cinta es un duplicado, no veo qué ganaríais pagando. Seguro que hay más copias circulando por ahí, y si es así, correríais el mismo riesgo.

Lauren cerró los ojos, como si fuera incapaz de contemplar esa posibilidad.

—La cuestión es: ¿puedes ayudarnos?

—Haré lo que esté en mis manos, pero no te hagas muchas ilusiones.

—Ahora nos limitamos a sobrevivir, dejamos de hacérselas hace mucho tiempo —explicó—. Doy por sentado que querrás un anticipo.

—Te lo agradecería. Cuando vuelva al despacho, prepararé un contrato y te lo mandaré por correo.

—¿Cuánto necesitas?

—Dos mil quinientos por ahora. Mientras dure la investigación os entregaré varios informes escritos y os tendré al corriente por teléfono. Si acabo en un callejón sin salida, podemos quedar para discutir qué hacer a partir de entonces.

Saqué una tarjeta del bolso y apunté el teléfono de mi casa en el dorso.

Lauren le echó un vistazo y la dejó sobre el escritorio. Después abrió un cajón y sacó un talonario de cheques. Me extendió un cheque por dos mil quinientos dólares, lo arrancó del talonario y me lo alargó por encima del escritorio.

Le di las gracias, doblé el cheque y me lo metí en el bolsillo de los vaqueros.

—Le explicaré a Hollis lo que hemos hablado —dijo Lauren—. Si él quiere



añadir alguna cosa, ya te llamaré.

—Tendré que hablar con Fritz en algún momento.

—Desde luego. Hollis y yo le pondremos al corriente. No me apetece nada tener esa conversación, pero soy consciente de que debemos decírselo. No tengo ni idea de cómo reaccionará.

—Mientras tanto, si el chantajista vuelve a ponerse en contacto con vosotros, avísame enseguida.

—Por supuesto —dijo Lauren.

Nada más volver al coche, me senté y anoté unos cuantos datos en mis fichas. Recordaba varios nombres: Iris Lehmann, Troy Rademaker, Bayard Montgomery y Poppy Earl. Austin Brown debería encabezar la lista, pero se había fugado y nadie parecía saber dónde se encontraba.

Lauren me había confiado la cinta con su envoltorio, así que dediqué unos instantes a examinar el sobre marrón. No entendía de qué podía servir que lo tuviera yo. Era un sobre de burbujas normal y corriente, sin ninguna característica distintiva. Ni siquiera tenía una marca comercial visible. Se vendían artículos idénticos a diario en tiendas de suministros de oficina y papelerías de todo el país. No tenía acceso a los registros de ventas, por lo que me sería imposible localizar a la persona que lo había comprado. Lo mismo sucedía con las huellas dactilares, suponiendo que las hubiera. Disponía de un equipo para tomar huellas y sabía cómo espolvorear el sobre, pero no podía acceder a ninguna base de datos para hacer las comparaciones de rigor. Y tenía el mismo problema con la saliva del sello. Probablemente el culpable habría usado agua del grifo y una esponja. ¿ADN? Ni soñarlo. Ésta es una de las pegas de un trabajo como el mío: carezco de los recursos necesarios para desentrañar ciertos detalles. En algunas ocasiones les he pedido a Cheney Phillips o a Jonah Robb que comprobaran el número de una matrícula, pero se supone que no deben usar el ordenador para consultas externas, y no quiero que ninguno de los dos se meta en líos por mi culpa.

Me pregunté por qué había aceptado el encargo de encontrar al extorsionista. Si conseguía localizarlo, ¿de qué iba a servir? Si llegaba a enfrentarme al responsable del chantaje, seguro que él —o ella— no lo admitiría. Los McCabe no podían amenazarlo con denunciar el asunto a la policía, porque eso era precisamente lo que el extorsionista amenazaba con hacerles a ellos. Me recordó a un duelo entre dos vaqueros que se enfrentan con las pistolas desenfundadas:

ninguno puede arriesgarse a disparar primero.

En cuanto a la cinta, no veía cómo alguien podía pedir que le hicieran una copia en una tienda de fotografía. Tendría a la poli en su casa antes de una hora. Por otra parte, el extorsionista seguro que no había enviado la cinta original, así que ésta tenía que ser un duplicado. Inspeccioné el vídeo, que era del tipo estándar que se vende en innumerables tiendas.

Miré rápidamente el reloj. Eran las cinco menos cuarto, de modo que quizás aún tenía tiempo de ir a alguna tienda de fotografía antes de que cerrara. Arranqué el coche y me dirigí hacia el centro de la ciudad. Por lo que recordaba, había una tienda en Milagro que me caía cerca.

Aparqué y me apresuré hacia la puerta. Según el horario que figuraba en el letrero del escaparate, la tienda estaba abierta hasta las seis, por lo que al menos no tendría que ir con prisas. Entré y esperé a que el dependiente más próximo acabara de atender a otro cliente y finalmente me prestara atención a mí.

—¿En qué puedo ayudarla?

Veintitantos, alto y delgado, con el pelo recogido en una coleta, una perilla algo rala y el lóbulo de la oreja izquierda atravesado por una tuerca y un tornillo. Tenía la cara salpicada de granos, y llevaba una pajarita y unos tirantes rojos que no le pegaban nada. ¿Qué imagen pretendía dar?

Le mostré la cinta.

—Me preguntaba si podrías decirme cómo duplicar una cinta de vídeo.

—¿Ésa?

—No, lo pregunto en general.

—¿Cuándo la necesita?

—Eso no importa, es una pregunta hipotética.

—Explíquese.

—El contenido es personal y me incomodaría dejar la cinta en una tienda de fotografía para que la reprodujeran allí.

—¿Por qué?

—Esto..., pongamos que, por ejemplo, me hubiera grabado a mí misma desnuda.

—¿Con qué propósito?

—Puede que sea una exhibicionista y que quiera excitar a mi novio.

—Pues sería mejor que le enseñara sus atributos al natural. Eso es lo que me gustaría a mí, si yo fuera él —dijo el dependiente.

—Es un problema teórico.

—Si usted lo dice...

—La verdad es que en la cinta aparecen algunas acciones cuestionables. El contenido podría considerarse criminal.

—¿Por qué iba a meterse en algo así una buena chica como usted?

Pasé por alto la pregunta, que me pareció impertinente.

—Si una tienda de fotografía no pudiera o no quisiera reproducir la cinta, ¿cómo podría hacerlo yo?

El dependiente se inclinó sobre el mostrador y apoyó la barbilla en el puño.

—Supongo que podría proyectarla en una pantalla y grabar una cinta de la cinta.

Consideré su sugerencia.

—Bien pensado. Me gusta la idea. Quieres decir que podría copiar tantos vídeos como cintas vírgenes tuviera.

—Exacto.

El chico levantó el dedo índice.

—O alguien como yo podría estar dispuesto a hacerlo por usted si la compensación valiera la pena.

—No lo creo —dije—. Puede que te sintieras obligado a ponerte en contacto con la policía.

—¿Es una peli *snuff*? Porque si es así, estoy dispuesto a llamar a la policía ahora mismo.

—¡No, no es ningún vídeo *snuff*! ¿Por quién me has tomado?

—Por alguien que tiene un vídeo doméstico guarro de contenido que «podría considerarse criminal», en sus propias palabras.

Tuve que ejercitar mi paciencia, el zen de no arrancarle la oreja de un mordisco por ser tan imbécil.

—A ver qué te parece esto. Supongamos que quiero alquilar una cámara de vídeo. ¿Podría alquilarla aquí?

—No. No lo creo. Normalmente, sí, pero después de lo que me ha contado, me despedirían.

—Gracias de todos modos —dije mientras volvía a meterme la cinta en el bolso.

—A su servicio —contestó él.

Al diablo con el plan. Pero al menos tenía una idea de cómo habría conseguido el extorsionista duplicar la cinta, que yo pensaba devolverle a Lauren lo antes posible. El maldito vídeo era como una bomba de relojería. Tictac, tictac... Me pregunté cuántas copias circularían por ahí, y si le habrían exigido dinero a alguien más. Mientras volvía a casa, intenté planificar una estrategia sin

demasiado éxito. En aquel momento tenía muchas preguntas y muy pocas respuestas.

Encontré un sitio increíble para aparcar a una puerta de mi estudio, lo que me alegró el día. Crucé la verja chirriante, invadida por un optimismo poco habitual en mí. Entonces me detuve en seco. El camino de entrada estaba lleno de trastos: una mochila, un saco de dormir, una esterilla impermeable, un petate, una tienda de campaña pequeña y una silla de ruedas portátil, así como dos bolsas de papel marrón atiborradas de ropa que apestaba a hollín incluso desde donde me encontraba yo. Perpleja, rodeé el edificio y vi a Pearl White frente a mi estudio, aporreando la puerta. Se apoyaba en un par de muletas que parecían estar a punto de combarse bajo su peso.

—¿Pearl?

—Hola, Kinsey. Cuánto tiempo sin verte.

—¿Qué haces tú aquí?

—Estoy buscando a Henry. Llevo un buen rato llamando a su puerta, pero no me abre.

Había conocido a Pearl muchos meses atrás, cuando investigaba la muerte de un sintecho que apareció muerto en la playa. Seguía siendo muy voluminosa; llevaba unos vaqueros que probablemente eran de la talla 54 y una sudadera XXXL con las siglas UCST de la Universidad de California en Santa Teresa, como si acabara de graduarse. No es que tenga nada en contra de la gente corpulenta, pero una ducha habría ayudado en su caso. Todos aquellos trastos desperdigados por el camino de entrada sin duda eran suyos, pero ¿qué hacía Pearl aquí? Aparentaba cuarenta y tantos, aunque la vida la había tratado tan mal que puede que fuera más joven. Tenía la cara ancha y sonrosada, con las mejillas surcadas de capilares rotos. Llevaba el pelo muy corto y le faltaban bastantes dientes inferiores.

Le hice una pregunta obvia.

—¿Para qué buscas a Henry?

—¿No es aquí donde vive?

Señale la puerta trasera de mi casero.

—Ésa es su casa, y ésta la mía.

—Ah, sí, ahora me acuerdo. Le alquilas este estudio. Mira qué bien. ¿Supongo que no querrás una compañera de piso? Porque yo estoy buscando algún sitio donde instalarme.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté señalando las muletas.

—Me atropelló un coche. Y encima en un paso de peatones. Puede que yo

cruzara en rojo, pero eso no es delito en este estado. Me rompí la cadera. Pienso demandar a ese cabrón, si puedo encontrar a algún abogado dispuesto a llevarme el caso sin cobrar. ¿Conoces a alguno que sea bueno?

—No —respondí—. ¿Has ido a rehabilitación?

—Sí, pero ya la he acabado. Lo malo es que los médicos no querían dejarme marchar a menos que tuviera algún sitio adonde ir. Me acordé de Henry porque fue muy amable cuando murieron Terrence y Felix. Le pedí a la mujer del centro de rehabilitación que lo llamara y estuvieron charlando un buen rato. Henry dijo que sería bienvenida en su casa todo el tiempo que quisiera.

—¿En serio? ¿Henry dijo eso?

—Si no me crees, pregúntaselo a él —respondió Pearl.

—¿Y qué hay de Harbor House? ¿Por qué no te alojas allí?

—Un albergue para los sintecho no está adaptado para alguien como yo. El muy borde del director dijo que no enseguida. Como llevaba tanto tiempo viviendo allí pensaba que me aceptaría. Lo amenacé con tumbarlo de un mamporro, pero ni por ésas.

Justo en aquel momento apareció Henry vestido con su atuendo habitual: pantalones cortos, camiseta y chanclas. Llevaba la mochila de Pearl en una mano y las dos bolsas de papel marrón en la otra. No pareció sorprenderse de su presencia, lo que consideré un indicio de que Pearl me había dicho la verdad.

—¡Ah! Estás aquí —dijo Henry—. No te esperaba hasta después de la cena.

—Pensé que cuanto antes llegara, mejor. Así tendría más tiempo para instalarme —explicó Pearl—. Como soy hipoglucémica, si paso demasiadas horas sin comer me pongo a temblar y a sudar.

—No te preocupes —dijo Henry—. Ya tengo preparada la cena. Kinsey, ¿por qué no traes la silla de ruedas que está en la entrada mientras Pearl se pone cómoda en mi casa?

Estaba segura de que la consternación se me leía en la cara, pero Henry no pareció darse cuenta y a Pearl no le importaba lo que pudiera pensar yo.

—Claro —musité, en vez de coger una piedra y partirme con ella los dientes.

Volví a la verja de la entrada, donde abrí la silla de ruedas plegable y apilé los trastos restantes en el asiento antes de empujarla hasta el jardín posterior. La puerta de la cocina de Henry estaba abierta y vi luces encendidas en la habitación de invitados. Nada menos que Pearl. ¿Habría perdido el juicio este hombre? Puede que estuviera bebiendo cuando recibió la llamada. Era un buenazo por naturaleza, pero acoger a Pearl White en su casa me parecía el colmo. No sabía por qué me molestaba tanto su compasión. Siento admitir que

los gorriones y los parásitos no me dan ninguna lástima. Mi tía Gin me advirtió muchas veces que no debía pedirles nada a los demás. Concedía una gran importancia a la autosuficiencia, y no veía con buenos ojos tener que agradecer favores ajenos. Dado que me crio desde que yo tenía cinco años hasta su muerte, cuando cumplí los veintitrés, la advertencia de mi tía se me había grabado a fuego en la memoria.

Me tomé la libertad de abrir la puerta mosquitera para meter las posesiones de Pearl en la casa. Todo lo que tenía olía a humo de cigarrillo. Oí el murmullo de la voz de Henry al fondo de la casa y me detuve un momento, preguntándome si debería tener una charla breve con él. No, probablemente no. Uno de los dos acabaría enfadándose. Volví a mi estudio y entré. Era evidente que no iba a cenar con Henry en su casa, ni en ningún otro sitio. No tuve agallas para volver al local de Rosie, dado su entusiasmo por los platos húngaros a base de casquería.

Desesperada, busqué alguna película en la cartelera del periódico y acabé en un cine del centro, donde me tragué *Dulce hogar... ¡a veces!* Cené palomitas con mantequilla y una Pepsi *light*, tentempié que no contenía ninguno de los principales grupos alimenticios, a menos que el maíz cuente. Cuando se acabó *Dulce hogar... ¡a veces!* sólo eran las ocho y cuarto, así que me di el capricho de ver un programa doble y compré una entrada para *Socios y sabuesos*.

Volví a mi estudio pasadas las diez. La casa de Henry estaba a oscuras, por lo que supuse que se habría ido a la cama. La tienda que Pearl había plantado en medio del jardín trasero era ofensiva a la vista. Puede que las sábanas limpias le resultaran insoportables. En mis tratos con indigentes aprendí que muchos prefieren dormir al raso antes que bajo techo, especialmente aquellos que han estado en la cárcel. Al gato *Ed* también parecía desconcertarle la tienda. Se había sentado justo al lado y contemplaba la cremallera con la cabeza ladeada. Adiviné lo que estaría pensando el minino: ¿por qué iba a querer dormir alguien en medio del arenal en el que hacía sus necesidades?

Conseguí evitar a Henry y a Pearl el resto de la semana. La verdad es que no era asunto mío si Henry invitaba a alguien a vivir con él. Me aconsejé a mí misma tener la boca cerrada, lo que no es tarea fácil.

El lunes por la mañana, cuando fui a trabajar, la tienda seguía allí y la tierra que la rodeaba olía a pis. Supongo que a Pearl le daba pereza usar el retrete de la casa en plena noche. Si Henry pensaba resucitar su jardín algún día, antes que nada tendría que reemplazar la capa superior de tierra. Me pregunté si los

excrementos humanos se consideraban abono. De ser así, Pearl podría proporcionarle a Henry una cantidad más que suficiente para fertilizar sus rosas.

Al llegar al despacho llamé a Lonnie Kingman. Afortunadamente, estaba disponible.

—Hola, Lonnie. Soy Kinsey. Tengo una pregunta que hacerte.

—Déjame que la adivine. Te ha llamado Lauren McCabe.

—Exacto. Te agradezco la recomendación, pero me preguntaba por qué rechazaste tú el trabajo.

—Porque me ponía en una situación muy incómoda. Si aceptaba representar a los McCabe en el asunto de la extorsión, tendría que mencionarle la cinta y su contenido al fiscal del distrito, lo que podría suponer el procesamiento de Fritz. Equivaldría a decir «están extorsionando a mis clientes con esta cinta que muestra a su hijo involucrado en una violación». Y entonces, ¿qué? ¿Debería defender a Fritz de esa misma acusación de violación? Olería fatal. Porque, a fin de defenderlo como es debido, tendría que convencer a los McCabe para que no llamaran a la policía, lo cual no estaría nada bien.

—Te entiendo. Probablemente yo también tendría que haber rechazado el trabajo, pero los McCabe me dan lástima. Fritz podría enfrentarse a otra querrela criminal nada más salir de la cárcel, y sus padres ya han pagado una fortuna por su defensa. ¿Quién quiere enfrentarse a una nueva tanda de problemas legales?

—Desde luego —admitió Lonnie.

Después de colgar consideré la situación. Aquél fue, viéndolo ahora en retrospectiva, el momento en que podría haberme echado atrás dignamente, alegando dudas sobre mi capacidad para desentrañar el caso. Puede que Lauren se sintiera decepcionada o se enfadara, pero a mí me bastaría con devolver el anticipo y no habría más que hablar.

Sin embargo, el caso ya me había atrapado. El pequeño terrier que hay en mí estaba ocupado persiguiendo el problema, escarbando la tierra con las patas mientras cavaba su agujerito. Allí había gato encerrado, y quería encontrarlo yo solita.

Mecanografié el contrato detallando el trabajo que Lauren McCabe me había pedido hacer. Luego le extendí un recibo por el anticipo, que incluí junto a una copia del acuerdo. Mientras rellenaba los papeles, se me pasó por la cabeza una vez más la vaguedad de mi cometido: «Encuentra al extorsionista y pon fin a la amenaza». Cielo santo. Era mejor no pensar demasiado en lo que me esperaba.

Además del cheque de Lauren, cogí un par de cheques más que debía llevar al banco y rellené el resguardo del ingreso. Activé el sistema de alarma, cerré el



despacho con llave y me metí en el coche. Estuve fuera quince minutos, y al volver al despacho me topé con un coche patrulla blanco y negro y a un agente uniformado que venía hacia mí. Bastante joven, unos treinta y pocos. Esbelto, bien afeitado, con aspecto de ser competente. Llevaba una placa en la que ponía T. SUGARBAKER.

—¿Hay algún problema? —pregunté.

—¿Ésta es su casa?

—Mi despacho.

—¿Me puede decir su nombre?

Le dije mi nombre y le mostré el permiso de conducir y una tarjeta de visita, sin dejar de observarlo mientras anotaba todos los datos. Se guardó la tarjeta y me devolvió el permiso de conducir, que metí de nuevo en el bolso.

—¿Qué ha pasado?

—Se disparó su alarma, y la empleada de la empresa de seguridad llamó al número que usted había dejado. Como no contestaba nadie, la empleada se puso en contacto con el Departamento de Policía de Santa Teresa. Me han enviado para que inspeccione el edificio. La ventana de la cocina está rota, parece como si hubieran lanzado una piedra.

—¡Caray! Pagué un poco más por un par de sensores de rotura de cristales, pero pensé que me estaba volviendo paranoica. ¿El tipo llegó a entrar?

—Parece que no. Probablemente se asustó al oír la alarma, pero será mejor que lo compruebe usted misma.

—Le agradezco que haya venido tan rápido.

Abrí la puerta del despacho y el agente me siguió. Los dos recorrimos el local, él más pendiente de los posibles destrozos y yo de los robos. Le aseguré que no parecía que se hubieran llevado nada.

—Levantaré un atestado. Si quiere poner una denuncia, pase por comisaría en los próximos días. No creo que valga la pena pedirle a su compañía de seguros que pague por unos daños tan pequeños, pero no está de más que consten en acta. A veces lo vuelven a intentar si creen que pueden conseguir medicinas u objetos de valor.

—No tengo ni una cosa ni otra, pero me mantendré alerta.

Después de que se fuera, me senté al escritorio e intenté restarle importancia a lo sucedido, pese a la oleada de pánico que me invadió al quedarme sola. Pensé en Ned Lowe. Hay veces en las que cuestiono mis reacciones, pero ésta no era una de ellas. Mis sospechas no eran ninguna tontería, y no me reprendí a mí misma por sacar conclusiones precipitadas. No tenía pruebas de que se tratara de

Ned a menos que hubiera dejado huellas dactilares, y seguro que se había cuidado de no hacerlo. No se me ocurrió cuál sería su propósito, pero, en cualquier caso, era un tipo muy retorcido y lo que él consideraba un motivo legítimo habría supuesto una retención en un psiquiátrico de setenta y dos horas para cualquier otro. Un 5150, para ser exactos.

A fin de reducir mi ansiedad, llamé a Diana Álvarez con la teoría de que si me enfadaba con ella acabaría olvidando mis temores. En el escritorio guardaba el artículo que Diana había escrito sobre Fritz McCabe. Diana contestó al tercer timbrado y me identifiqué.

—Caramba, Kinsey. Qué sorpresa tan inesperada.

—Como todas las sorpresas —repuse.

—Pues es verdad. ¿A qué debo el placer?

—Tengo delante tu artículo sobre Fritz McCabe, y me preguntaba si averiguaste algún dato que no llegaras a incluir después.

—Expresé mi opinión, pero el director cortó esa parte.

—¿Y cuál es tu opinión?

—Pienso que Fritz tuvo la suerte de ser juzgado como menor. Si lo hubieran juzgado como adulto, quizá lo habrían condenado a muerte, o a cadena perpetua sin derecho a libertad condicional. En vez de eso, cumplió ocho años y ahora está libre.

—¿Algo más?

—También está lo de Austin Brown. Pensé que merecía una mención. Figura en la lista de las diez personas más buscadas por el FBI. ¿Sabías que le han puesto precio a su cabeza? Cincuenta mil pavos.

—Caramba, qué generosos. ¿Y la recompensa lleva esperando todo este tiempo?

—Intacta. O bien nadie sabe dónde se esconde Austin, o no están dispuestos a dar la cara. Esperaba que la crónica sobre Fritz McCabe suscitara interés por el paradero de Austin.

—A lo mejor podrías escribir otro artículo.

—Me temo que no. El director de mi periódico dice que ya es agua pasada.

—Pero Austin Brown es un mal tipo. Pensaba que valía la pena mencionarlo.

—No en opinión de mi director. Yo creo que se trata de una historia épica y que merece ser contada entera, de principio a fin.

—De momento aún falta el final.

—Es cierto, pero aparte de eso, tiene toda una serie de elementos que la vuelven apasionante: juventud, sexo, dinero, traición.

—Muerte —añadí.

—Exacto. Sé que sonará cínico, pero Austin Brown es el último cabo suelto.

—¿Tienes alguna teoría sobre su paradero? —pregunté.

—¿Por qué? ¿Lo estás buscando?

—Por cincuenta de los grandes, quizá —respondí, aunque la idea no se me había pasado por la cabeza.

—Lo han visto en media docena de sitios, pero todas esas pistas resultaron ser falsas. La gente está tan dispuesta a ayudar, que sufre alucinaciones. ¿Por qué te interesa tanto?

—Sólo por curiosidad.

—Una curiosidad que podría suponerte cincuenta mil dólares —comentó Diana.

—¿Puedo contarte mi problema?

—¿Por qué no? Ya me has interrumpido el trabajo.

—Lo siento, pero deja que te lo explique: quiero hablar con las personas involucradas en este caso, pero no sé qué excusa voy a darles para conseguir que me contesten. No puedo hacerme pasar por periodista.

—Claro que puedes —repuso Diana—. La gente tiene más ganas de hablar de lo que crees. Lo veo constantemente cuando salgo a la caza de entrevistas. Éste es el truco: da a entender que ya tienes la información, y que esperas que te la confirmen. Mejor aún, diles que te gustaría conocer su versión de los hechos antes de publicar tu artículo. Explícales que el director de tu periódico quiere una actualización de la noticia, y que te ha sugerido que hables con ellos.

—¿No necesitaría acreditarme como periodista?

—Sólo si quieres colarte en un concierto de rock. La gente da por sentado que eres quien dices ser.

—¿Y qué hay de la madre de Sloan? ¿Crees que aceptaría verme?

—¡Cuántas dudas! Pensaba que tenías más agallas. Hazme caso, hablará contigo. No hace otra cosa que hablar sobre la muerte de Sloan. Los que la conocen dicen que está obsesionada. No ha tocado nada en el dormitorio de Sloan desde que su hija murió. Cerró la puerta con llave y no volvió a abrirla.

—Alguien más me lo ha mencionado. Parece que aún no hubiera asimilado la pérdida.

—No estoy segura de que un dolor así pueda llegar a desaparecer. Entretanto, le encanta volver sobre los «detalles del caso» con la esperanza de poder cambiar el final. Búscala en el listín bajo el apellido Seay.

—Deletrámelo.

—S-E-A-Y. Como «sea», con una Y al final. Vive en Horton Ravine.

—Gracias, la buscaré —dije. Eché un vistazo a la lista de nombres que había anotado después de mi encuentro con Lauren McCabe—. ¿No tendrás por casualidad la dirección y el teléfono de Iris Lehmann?

—¿La chica a la que expulsaron de Climp? ¿Por qué quieres hablar con ella?

—Me gustaría saber qué ha hecho desde entonces.

—Supongo que no demasiado. Conservo el número que conseguí hace años, es el de su casa. Puede que ya no valga, pero inténtalo si quieres. Lo último que supe de ella era que trabajaba en la tienda esa de ropa antigua de State. Seguro que podrás encontrarla allí, pero si quieres, puedo darte el número de su casa.

—Te lo agradecería.

—Espera un momento.

Le llevó unos minutos localizar su agenda de direcciones y buscar el dato. Finalmente me dio el teléfono de Iris, pero con una condición.

—Tienes que jurarme que si descubres algo nuevo me lo contarás. Podría proporcionarme argumentos para ampliar la cobertura del caso.

—Te lo comunicaré sin falta en cuanto me entere. Y te agradecería que hicieras lo mismo por mí.

—Desde luego. Aunque entonces me deberás un favor, claro.

—Me parece bien.

—Mucha suerte. Me muero de ganas de saber lo que se siente estando en deuda conmigo —dijo Diana.

Después de que Diana colgara, me quedé ahí sentada con la mirada fija en el número de teléfono de Iris Lehmann. El suyo era el primer nombre de la lista de personas con las que quería hablar, pero, por algún motivo que no acertaba a comprender, me resistía a ponerme en contacto con ella. ¿Y si era la chantajista? No se me ocurrió por qué querría extorsionar a alguien con un vídeo en el que la agredían sexualmente. No me parecía que su aparición en la película pudiera acarrearle problemas legales, pero sin duda se avergonzaría si la cinta salía a la luz.

## El rechazo Mayo de 1979

Sloan se sentó en un banco del vestuario de las chicas, donde se quitó las espinilleras y las botas de fútbol. Luego se despojó de la camiseta mojada y se secó el sudor del cuello. Se quitó los pantalones cortos y el sujetador deportivo y los dejó en el montón de ropa empapada que se había acumulado en el suelo. Después se dirigió a las duchas, que estaban vacías. Era un viernes por la tarde de finales de mayo, y nadie le había dirigido la palabra en varias semanas. Sloan se había convertido en una marginada porque, supuestamente, le había enviado un anónimo al subdirector de la Academia Climping en el que acusaba a Troy Rademaker y a Poppy Earl de copiar en la Prueba de Aptitud Académica de California tras conseguir una copia de las respuestas. La noticia de esta traición se extendió por todo el colegio en menos de un día. Sloan admitió haber exhortado a Poppy a abandonar el plan de copiar, así que, cuando llegó la nota mecanografiada, Austin Brown convenció a toda la clase de que Sloan era culpable de traicionar su confianza. Nadie quiso contemplar la posibilidad de que fuera inocente. La declararon culpable del delito que se le imputaba, e incluso a ella le sonaron huecas sus airadas protestas. Sloan era alta, fuerte y ágil. Una deportista consumada. También era inteligente, estudiosa y tenaz. Aun así, aquel aislamiento la estaba agotando.

Mientras cruzaba el suelo embaldosado se quitó la goma de la trenza que le llegaba a media espalda. Una cascada de ondas le cubrió los hombros como una capa. Si se lavaba el pelo tardaría horas en secársele, pero era preferible a tener la cabeza sudada. Como de costumbre, la ducha olía a lejía, un olor que asociaba tanto a las victorias como a las derrotas. El agua caliente tenía un efecto reparador, y Sloan no lamentaba disponer del vestuario para ella sola. Empezaba

a acusar los efectos del rechazo, y aunque fingía indiferencia, era muy consciente de la desaprobación de sus compañeros. Nadie le hablaba. Nadie reconocía su presencia. Nadie la miraba a los ojos. Si se dirigía a algún compañero de clase, recibía la callada por respuesta. Incluso algunos alumnos de los cursos inferiores se habían sumado a la prohibición. Los del último curso se abstendrían de participar, pero Sloan tenía la sensación de que la miraban con desprecio, convencidos de que se lo había buscado.

El escándalo del examen copiado se desencadenó cuando Iris Lehmann pulsó el timbre de la alarma contra incendios y esperó a que los pasillos y las aulas se hubieran vaciado. Entonces se metió a toda prisa en la secretaría del colegio y fotocopió el examen y la hoja con las respuestas, que la secretaria había distribuido en las casillas de los profesores. El examen tuvo lugar el viernes 13 de abril, y unas tres semanas después de que se publicaran las notas, el anónimo apareció sobre el escritorio del subdirector. En un principio nadie sospechó de la puntuación de Troy, porque solía sacar buenas notas. A Poppy le fue bastante mejor de lo esperado, lo que provocó las sospechas de algunos de sus profesores. En un torpe intento de disimular el engaño, Troy y Poppy habían respondido de forma incorrecta a las dos mismas preguntas. El señor Lucas los llamó a ambos a su despacho, donde los sometió a un interrogatorio. Poppy podría haberse librado a base de labia, pero Troy se derrumbó y la implicó también a ella.

Sloan se enteró de sus intenciones con antelación y no les ocultó su disconformidad. Puede que no se hubiera enterado de no ser por el grupito de alumnos que propagaron la noticia. La mitad de la clase sabía lo que iba a suceder, pero sólo ella fue culpada del chivatazo. Pese a que detestaba a los tramposos, nunca los habría delatado. Poppy y Sloan habían sido amigas íntimas desde que coincidieron en la guardería de la Academia Climping. A Sloan siempre le fue mejor en el colegio; sacaba buenas notas sin esforzarse, mientras que Poppy obtenía resultados mediocres en el mejor de los casos. Sloan era incapaz de contar el número de veces que había ayudado a Poppy con el inglés y con las matemáticas, o que le había preguntado las lecciones de historia y sociales. A medida que pasaban los años parecía que Poppy no avanzaba, y Sloan a veces se sentía culpable de que a ella le resultara todo tan fácil.

Después de ducharse se vistió, se recogió el pelo mojado en una cola de caballo y se dirigió al aparcamiento. Cuando llegó al elegante MG rojo de su padrastro, vio que alguien había rayado la palabra CHIVATA en el lado del conductor. Inspeccionó los rayajos, consciente de que se vería obligada a contarle a Paul lo que sucedía. Esperaba soportar el ostracismo en silencio, pero

aquel coche era el tesoro de su padrastro y cualquier reparación tendría que facturarse a su seguro. No serviría de nada confiar en su madre, porque casi siempre estaba borracha o colocada por culpa de las pastillas que se tomaba para un sinfín de enfermedades, imaginarias o no. Su madre respondía al estrés metiéndose en la cama. Si se enterara de que le hacían el vacío a Sloan, su primer impulso sería llamar al colegio y presentar una queja larga e inconexa, cosa que empeoraría aún más la situación.

Sloan y su madre habían estado muy unidas años atrás, pero su relación cambió de repente. Sloan había sido concebida fuera del matrimonio, concepto un tanto extraño que su madre le explicó cuando tenía cinco años. Margaret le dijo que conoció a su padre en Squaw Valley el invierno después de haberse graduado en una pequeña universidad metodista de Santa Teresa. Quería cambiar de aires y consiguió un empleo de camarera en un hotel de lujo. Cory Stevens trabajaba de monitor de esquí en el mismo hotel. Era un chico guapo y esbelto, de carácter afable e intrépido. Margaret supuso que sería de familia rica, ya que no disponía de una fuente de ingresos conocida. Tuvieron un idilio apasionado, y en Navidad, cuando descubrió que estaba embarazada, Margaret se vino abajo. Pensó que Cory no querría saber más de ella, pero, para su sorpresa, el monitor pareció tomarse bien la noticia. Aunque no estaba dispuesto a casarse, le aseguró que la apoyaría hasta que naciera el niño y que colaboraría generosamente en su manutención. Dos semanas más tarde, Cory murió en una avalancha. A Margaret sólo le quedó una fotografía suya y una serie de promesas que ya no podría cumplir. Margaret se trasladó a Long Beach, dio a luz a su hija y se adaptó lo mejor que pudo a sus nuevas circunstancias.

Como madre soltera, trabajó de secretaria para una serie de constructoras, en las que apenas se ganaba la vida. Conoció a Paul Seay en una feria de muestras celebrada en Las Vegas en 1966. Paul, propietario de la empresa Merriweather Homes de Santa Teresa, era un hombre estable y realista que adoraba a Margaret y a su hijita. Margaret y Paul se casaron cuando Sloan tenía cuatro años y Margaret acabó volviendo a Santa Teresa, la ciudad en la que había estudiado. Paul tenía dos hijos de trece y quince años de un matrimonio anterior. Justin y Joey vivían con su madre durante el curso escolar y pasaban las vacaciones navideñas y los veranos en Santa Teresa.

De niña, Sloan suspiraba por el padre al que nunca conoció. En la fotografía donde aparecía, tomada en la estación de esquí, su padre tenía los ojos oscuros, la piel bronceada y los dientes muy blancos. Llevaba las gafas de esquí apoyadas en el pelo, que también era oscuro. A medida que Sloan crecía, la imagen de su

padre dio origen a diversas fantasías. Sloan esperaba que, en realidad, no hubiera muerto en aquel accidente. Su madre le dijo que no encontraron el cuerpo, lo que llevó a Sloan a suponer que quizás estaba sano y salvo en alguna parte. Puede que hubiera aprovechado la excusa de la avalancha para rehuir su inminente paternidad. En lugar de ofenderse al pensar que su padre la había abandonado antes de nacer, Sloan leía cuanto caía en sus manos sobre el mundillo del esquí con la idea de ir en su busca algún día.

A los diez años, mientras leía detenidamente una pila de revistas viejas de esquí, Sloan dio con un artículo sobre Karl Shranz, el esquiador austriaco que había competido en el Campeonato del Mundo de 1962. Shranz ganó la medalla de oro en la prueba de descenso, la de plata en el eslalon gigante y una segunda medalla de oro en la prueba combinada. La cara del hombre que aparecía en la fotografía que acompañaba al texto era la de Cory Stevens. De hecho, la fotografía era una copia de la que Sloan tenía sobre la mesilla de noche. El descubrimiento la dejó estupefacta. ¿Su padre era un esquiador austriaco que había ganado varias medallas?

Se lo preguntó abiertamente a su madre.

—¿Karl Shranz es mi padre?

Margaret la miró asombrada.

—No conozco a nadie llamado Karl Shranz, Sloan. ¿A qué viene esa pregunta?

Sloan le enseñó las dos fotografías, una junto a la otra.

—Éste es Karl Shranz, y éste mi padre. ¡Son iguales, y tú me has mentido! No está muerto. Lleva vivo todo este tiempo.

Margaret lo negó al principio, pero Sloan siguió insistiendo hasta que su madre se derrumbó y admitió lo que había hecho. La historia sobre Cory Stevens y el invierno en Squaw Valley era pura invención. Margaret había recortado la fotografía de Karl Shranz de una revista, y la había enmarcado para que Sloan tuviera una imagen a la que recurrir siempre que precisara el consuelo de una figura paterna. El verdadero padre de Sloan, le reveló Margaret, era alguien a quien conoció en el pasado, pero con el que había tenido poco contacto desde entonces. Sloan no supo qué pensar. Confundida y disgustada, le contó la historia a Poppy confidencialmente, y le hizo jurar que guardaría el secreto. Poppy juró y perjuró que no diría nada, y dos días después la historia ya circulaba por todo el colegio. Poppy negó habérselo contado a nadie, y a Sloan no le quedó más remedio que restarle importancia al asunto y tragarse la humillación.



A decir verdad, la versión de Margaret cambiaba cada vez que Sloan le exigía información, hasta que ésta comprendió que su madre no tenía ninguna intención de contarle la verdad. El único fragmento de la historia original que Margaret había repetido siempre era que el padre biológico de Sloan apoyó su embarazo y prometió contribuir generosamente a la manutención de la niña. Margaret se negó a revelar nada más. Puede que el dinero estuviera pensado como un premio de consolación, pero como no llegó a materializarse, tampoco es que supusiera un gran consuelo. La furia y la decepción que sentía Sloan agriaron su relación con Margaret, y el vínculo jamás se restableció. Madre e hija acordaron una tregua precaria, pero Sloan nunca llegó a perdonar a su madre. La trataba con desdén, rechazando incluso sus muestras más bienintencionadas de cariño y preocupación. Paul Seay había llenado el vacío dejado por su padre biológico y Sloan redirigió su veneración hacia él. En un par de semanas, Paul y Margaret recogerían a los chicos en Tucson y los traerían a Santa Teresa para que pasaran el verano con ellos.

Cuando Sloan volvió del colegio, su perro fue a recibirla a la puerta ladrando alegremente, como si no esperara volver a verla. *Butch* era un perro de raza gran Pirineo, más de sesenta kilos de lealtad, paciencia y afecto. Tenía dos años y era blanco, con la cola en forma de penacho y un pelaje áspero que se le ondulaba alrededor del cuello. Sloan besó su cabeza lanuda y le frotó las orejas. Mientras colgaba la chaqueta en el perchero del recibidor dirigió la mirada al salón. Su madre estaba tendida en el sofá, con un cigarrillo encendido entre los dedos. Sloan detestaba aquel hábito de su madre casi tanto como sus andares tambaleantes y sus dificultades para hablar al final del día. Ya era media tarde y Margaret aún dormía, borracha como una cuba. Sloan le quitó la colilla, la apagó en el cenicero y subió a su dormitorio seguida de *Butch*.

Se puso un chándal, tomó la correa que colgaba en el recibidor y sacó al perro a pasear. Aquél era el momento favorito de *Butch*, y también el de Sloan. Paul se lo había regalado al cumplir los catorce, una enorme bola de pelo con un corazón igualmente grande. Por la noche, *Butch* dormía en su dormitorio, al pie de su cama. Durante el día, se tumbaba en el recibidor y esperaba a que Sloan volviera del colegio. El sol de mayo se ponía un poco más tarde cada día, y Sloan notó cómo se le levantaba el ánimo a medida que avanzaban por la calle. Media hora después, cuando volvieron a casa, Sloan se sorprendió al ver a Bayard Montgomery sentado en la mecedora blanca del porche delantero. Tenía

un vaso de porexpán en la mano, un refresco de tamaño grande que sorbía a través de una pajita.

*Butch* corrió a su lado y lo saludó con entusiasmo, jadeando alegremente mientras Bayard dejaba la bebida en el suelo y acariciaba la noble cabezota del perro.

—¿Cómo estás, chico? ¡Qué perrazo tan guapo!

Era evidente que *Butch* adoraba a Bayard. No dejaba de mover la cola con la boca abierta en una especie de sonrisa perruna.

—Hola. ¿Cómo te va? —preguntó Bayard mirando por fin a Sloan.

—No me lo creo. ¿Me hablas a mí?

Bayard la observó con mirada socarrona.

—Quiero volver a trabajar para tu padre. Me deja conducir su bulldozer y su excavadora. Guay, ¿no? He pensado que vale la pena hacerte la pelota.

—¿Me tomas el pelo? Soy una apestada. Si Austin descubre que has hablado conmigo, arderás en el infierno.

—¡Dios mío! —exclamó Bayard con voz de falsete. Se metió los dedos de la mano derecha en la boca y se los mordió fingiendo pavor. Era un gesto que solía exhibir como muestra de irreverencia. Llevaba el pelo enmarañado, con mechones levantados en todas direcciones. Al igual que el gesto de morderse la mano, la mata de pelo oscuro y alborotado y el brillo travieso de sus ojos constituían su seña de identidad. Como sucedía con Poppy, Sloan lo conocía desde la guardería.

Aún recordaba cómo era Bayard en aquella época, un niño retraído que guardaba las distancias con todo el mundo. Bayard era hijo único, y sus padres estaban enzarzados en un agrio proceso de divorcio. A los cinco años, incapaz de escoger entre los dos, se convirtió en la víctima de sus forcejeos. Un año después, su madre ganó la pugna y se lo llevó a Santa Fe para que tuviera una vida mejor, según dijo. Aquel plan funcionó hasta que Bayard cumplió doce años y empezó a rebelarse. Lo hiciera de forma consciente o no, se distanció tanto de su madre que ésta se lo devolvió a su ex marido, renunciando de paso a todos sus derechos maternos. Tigg Montgomery matriculó de nuevo a Bayard en el Climp, donde por haber estado ausente durante seis años se convirtió en un alumno exótico: un inadaptado disoluto que continuaba sin integrarse en el estrecho círculo de sus antiguos amigos.

Sloan se sentó en el sofá de mimbre, absurdamente agradecida de estar en compañía de Bayard. El perro se acomodó a sus pies.

—No hablemos de Austin, ni del colegio.

—¿De qué quieres hablar?

—De cualquier cosa. Me han dicho que tu padre está enfermo.

Bayard hizo un gesto desdenoso con la mano.

—No le queda mucho —dijo con voz suave—. Estoy seguro de que mi madre se pondrá contentísima. Lo odia a muerte desde hace años. Claro que mi viejo es un cabrón, así que, ¿por qué no iba a odiarlo?

—Pensaba que te llevabas bien con él.

—Lo adoraba, y suponía que el sentimiento era mutuo. Eso demuestra lo gilipollas que soy.

—Al menos sabes quién es, que ya es mucho. Yo soy una bastarda entre comillas, lo que resulta bastante ridículo hoy en día.

—¿Y cómo es eso?

—No tengo ni idea. Mi madre se niega a contarme nada sobre mi padre biológico.

—¿Por qué?

—Tiene que ser por un sentido equivocado de la lealtad, o como autoprotección. Lleva mintiéndome desde que yo era pequeña, y cuando finalmente encontré pruebas de su embuste, se cerró en banda y ya no me contó nada más. Si se lo pregunto ahora, suelta la lagrimita, desvía la mirada y se sirve otra copa.

—Puede que no sepa quién es tu querido papá. Quizás haya muchos tipos que podrían haberlo sido.

—No lo creo. No es nada promiscua, va siempre con mucho cuidado.

—A lo mejor entonces era distinta. Un espíritu romántico. Ese tío podría haber sido su gran amor.

—Ahora ya no importa. Por suerte, mi padrastro ha resultado ser un hombre estupendo. La verdad es que se ha portado de maravilla, especialmente teniendo en cuenta que mi madre cada vez está peor.

—¿Cuándo empezó a beber?

—Quién sabe. Mi padrastro dice que no bebía mucho cuando se conocieron. Un cóctel de vez en cuando, pero no iba siempre pedo.

Bayard se encogió de hombros.

—¿Ahora te enteras de que los padres son un coñazo? Mi padre es un mago: te da algo con una mano y te lo quita con la otra. ¡Puf! Visto y no visto. A la que te descuidas, te ha dado por saco.

—No lo entiendo.

Bayard rechazó el comentario con un gesto.

—No merece la pena entrar en detalles. Digamos que ahora que le queda tan poco, mi padre quiere volver atrás para reparar todo el daño que ha hecho.

—Pero eso no es malo, ¿no?

—Puede hacer lo que quiera, siempre que no me toque a mí pagar el pato.

—¿Qué tiene que ver su arrepentimiento contigo?

—Nada, según él. Durante años, mis padres se me han ido pasando como si fuera una pelota. Igual que una patata caliente que va de mano en mano porque quema. Estoy harto de que me engañen.

—Pero aquí has sido feliz, ¿no?

Bayard le dirigió una sonrisa sarcástica.

—¿Y qué significa ser feliz? Tienes que cuidarte, es todo lo que sé. Nadie va a hacerlo por ti, eso está claro.

Bayard agitó el hielo en el vaso de refresco, intentando calcular cuánto le quedaba. Dio un buen sorbo con la pajita y vació la mitad del contenido.

—¿Quieres un poco? Última oportunidad.

—¿Qué es?

—Bourbon y Coca-Cola.

Sloan torció el gesto.

—No, gracias.

—No te culpo. Sabe fatal, pero me alegra el corazón, o al menos lo que queda de él.

—No deberías beber.

—No debería hacer un montón de cosas, pero las hago. —Bayard dejó el vaso a sus pies, apretó las rodillas contra el pecho y apoyó la barbilla sobre los brazos cruzados—. Además, la que necesita ayuda eres tú.

—Sobreviviré. Ya empiezo a encontrarme mejor ahora que Austin no me chupa toda la energía.

—Menudo mal rollo, y encima saliste con ese tío. Además de asfixiarte, seguro que intentó llevarte al huerto.

Sloan se echó a reír.

—¿Cómo lo sabes?

—Austin y yo tuvimos algo —contestó Bayard sin darle importancia.

—¿Qué quieres decir con «algo»?

—¿Qué te parece que quiero decir? A Austin le va tanto la carne como el pescado. No le importan las sutilezas, le gusta la caza. Le gusta seducir, y luego se aburre.

—Por eso no quise acostarme con él.

—Chica lista. Empezó a salir contigo nada más dejarme a mí.

—Lo siento, Bayard. No tenía ni idea. Debió de hacerte daño.

—Hacer daño es lo que más le gusta. ¿Te estás preguntando si soy marica?

—No digas eso. A mí no me importa.

—A mi madre sí que le importó, por eso se me quitó de encima y me dejó tirado en casa de mi papuchi.

—Joder. ¿Lo sabe él?

—Cielo santo, claro que no. Sólo me faltaría eso. Mi padre es homófobo, se sube por las paredes cada vez que sale el tema. Si Austin tira de la manta, mi padre me pondrá de patitas en la calle. Por no hablar del dinero: se asegurará de que yo no reciba ni un centavo. Algo que Austin sabe de sobra.

—¿Te ha amenazado con contárselo a tu padre?

—Por supuesto. Siempre dice: «Una llamada, Bayard. Basta con una llamada». Y entonces levanta así el dedo y ya no tiene que decir nada más. ¿Y sabes qué es lo más patético? Que aún estoy colgado de él. Fíjate en Fritz: él también está colado por Austin.

—Pero si te sacara del armario a ti, ¿no se descubriría también él?

—Nadie se atrevería a decir nada, es un tipo a prueba de balas. Los chicos le tienen un miedo atroz.

—Y yo también se lo tengo, si quieres que te diga la verdad.

—Escúchame bien, Sloan: tú eres más fuerte que él. Te odia porque no puede dominarte, pero podría estar marcándose un farol. Quién sabe, puede que sea un fanfarrón cagado de miedo. Un imbécil sin cojones, hablando en plata.

—A mí no me mires. No pienso enfrentarme a él.

—¿Les has contado a tus padres lo que pasa?

—No me quedará más remedio. Alguien ha escrito «chivata» en el coche de Paul. Hablaré con él, pero no quiero que, además de soplona, me tachen de chismosa. Y pasa lo mismo con el colegio: si se lo digo al señor Lucas o al señor Dorfman, parecerá que quiero que intervengan. Sería como cavar mi propia tumba.

Bayard bajó la vista.

—Puedo proporcionarte una salida.

—¿Cómo?

—Pregúntale a Austin por la cinta.

—¿Qué cinta?

Bayard cogió el vaso y agitó los cubitos.

—Fritz, Troy y él se lo montaron con Iris cuando estaba borracha y colocada.

Se la follaron como perros en celo y lo grabaron todo en un vídeo. Iris sale repantingada en la mesa de billar, totalmente ida, mientras Fritz y Troy hacen el imbécil a su alrededor y le meten un taco de billar por el chocho. Tu amigo Austin también estaba, claro. No participó en la juerga, pero fue idea suya. El tío es un *voyeur*.

—¿Cuándo grabaron esa cinta?

—El fin de semana pasado.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio.

—¿Y tú cómo te enteraste?

—No es que me enterara, yo también estaba allí. ¿Quién crees que lo grabó todo?

—¿Y no interviniste?

—Me comportaba como un reportero. Me dediqué a grabar la realidad sin imponer mi voluntad ni mi punto de vista. Capté aquellas escenas para la posteridad. ¿Qué hay de malo en eso?

—¡Por favor! Eres peor que ellos.

—Soy despreciable —dijo Bayard con una sonrisa pícara—. La cuestión es que ella se lo buscó. Es una niña necesitada de cariño, capaz de hacer cualquier cosa para llamar la atención. ¿Por qué crees que robó el examen? Para congraciarse con Poppy. Y, además, Troy la pone cachonda.

—No te creo. ¿Lo dices en serio?

—Claro que sí. Siempre lo está sobando.

—Pero Troy y Poppy salen juntos. Troy le dio a Poppy su anillo de graduación.

—Hay muchas cosas que Poppy no sabe sobre ese tío. En cuanto a Iris, flirtea con cualquiera.

—Pero, Bayard...

—Qué Bayard ni qué hostias. Te lo aseguro, esa cinta es pura dinamita.

—¿Qué haría yo con una cinta porno? Todo esto me parece asqueroso.

—Puedes usarla para que Austin te deje en paz. Sería una prueba contundente, por así decirlo. Dile que se la entregarás a la policía.

Sloan le dirigió una mirada escéptica.

—Pero has dicho que él no participó.

—Él fue quien lo organizó todo y azuzó a los otros, lo que lo vuelve tan culpable como los demás, ¿no te parece?

—Austin no lo verá así.

—Puede que no, pero ¿para qué va a arriesgarse? ¿Y si se enteran sus padres? Ésa es la madre del cordero.

Sloan negó con la cabeza.

—¿De qué sirve echar leña al fuego? Si lo desafío, las cosas se pondrán aún más feas.

—No lo creo. Necesitas un as en la manga para poder apretarle las tuercas. Si tienes la cinta, podrás acabar de una vez con todo este asunto.

—¿Dónde está?

—En casa de McCabe. Fritz está pensando en retocar el montaje, como si fuera una película importante y a él lo hubieran nominado para recibir un premio.

—Fritz no me la dará así por las buenas. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Claro que no. Tendrás que buscar la manera de mangársela sin que él lo sepa. No puede ser muy difícil, ese tío no se entera de nada.

—No me parece bien. No puedo meterme en más problemas de los que ya tengo.

—Te equivocas. Esto es justo lo contrario: es tu tarjeta de «queda libre de la cárcel».

—No me gusta.

—¿Sabes cuál es tu problema? Que no entiendes a los hombres. Crees que si te muestras modosita y amable con ellos todo irá bien. Austin juega sucio, tienes que darle donde más duele. Es un jugador muy astuto.

—Yo no quiero andarme con juegos.

—¿Por qué no? Si va por ti, tienes que darle una patada en el culo. Si no lo haces, nunca te respetará. Ahora mismo te tiene bien pillada.

—No puede seguir controlándolo todo siempre.

—¿Lo dices en serio? Esto irá a más. Si crees que ahora estás mal, espera a que Austin vaya a por todas. ¿No quieres pagarle con la misma moneda?

—Lo único que quiero es que todo este mal rollo se acabe de una vez.

—Exacto. Vete a casa de Fritz y consigue la cinta. Si sospecha que has sido tú, mejor aún. Así le irá con el cuento a Austin. Seguro que Austin se echa a temblar por una vez en su vida. Si das muestras de debilidad sabrá que te ha ganado la partida.

—Me da miedo.

—Pues trágetelo. Te crees inferior a Austin, pero son imaginaciones tuyas.

Sloan se lo quedó mirando durante un buen rato y luego bajó la vista. Bayard tenía razón. Quizás había llegado el momento de dejar de hacerse la víctima y

tomar el control de la situación. Se levantó y llamó al perro chasqueando los dedos.

—Espero que funcione. Si no, te echaré la culpa a ti.

—No lo dudo —dijo Bayard.

Sloan le puso la correa a *Butch*. El perro se levantó y trotó obedientemente a su lado. Bayard la observó salir hasta la calle por el camino de acceso. Distraídamente, le quitó la tapa al vaso y se acabó la bebida.



Lunes, 18 de septiembre de 1989

Encontré un espacio para aparcar en la bocacalle más cercana y cerré el coche con llave. A continuación doblé la esquina hasta State Street y recorrí media manzana. La tienda de ropa antigua se llamaba Yesterday y tenía un escaparate lleno de prendas de otras épocas. A juzgar por la selección, había una gran demanda de artículos victorianos, así como de ropa de los años sesenta.

Cuando entré en la tienda, una campanilla antigua tintineó alegremente. El interior olía a incienso, a polvo acumulado y a una mezcla de perfumes evaporados. El suelo de madera crujió cuando crucé el local. Las estanterías estaban llenas de zapatos, de bolsos y de sombreros. De dos percheros colgaban abrigos de paño y abrigos y estolas de piel. También había faldas, blusas y vestidos colgados por todas partes, separados por décadas y alineados según la talla. En las vitrinas de cristal que dividían la tienda en varios pasillos vi todo tipo de prendas interiores femeninas —corsés, camisolas, ligueros, medias, bodis y sujetadores— que evidenciaban los cambios en la silueta femenina a lo largo de los años. Hubo una época en la que la gordura estaba asociada a la prosperidad. Luego vino un periodo en el que estar delgada equivalía a ser disciplinada, esforzarse mucho y vigilar la alimentación. Ahora estar delgada significa que tienes el dinero suficiente para pagar a entrenadores personales y a nutricionistas, y para costearte liposucciones al cabo de menos de una semana de haber dado a luz.

Saqué un lápiz y un cuaderno esperando transmitir una imagen de profesionalidad, aunque fuera falsa. Iris Lehmann se acercó desde el fondo de la tienda con un aspecto muy similar al que tenía en la cinta, aunque ahora estaba de pie e iba vestida. Llevaba una blusa de manga larga de encaje que empezaba a amarillear y una falda larga de terciopelo gris. Por debajo del dobladillo asomaban unos zapatos de cordones, con las puntas tan agudas que tenían pinta

de apretar mucho. Ahora Iris llevaba el pelo más corto, de un tono cobrizo con mechas rojas, sujeto con toda una colección de pasadores y peinetas. Tenía las orejas perforadas por una serie de aritos de oro dispuestos a lo largo del cartílago a intervalos de cinco milímetros. También tenían pinta de doler, y me pregunté si su forma de vestir no sería, en parte, una penitencia autoinfligida.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Espero que sí. ¿Usted es Iris Lehmann?

Iris sonrió, al parecer, esperando algún comentario agradable. Pobre chica.

—Sí.

—Me llamo Kinsey Millhone. Estoy escribiendo un artículo sobre la salida de Fritz McCabe del Correccional de Menores de California y quisiera hacerle algunas preguntas.

Su expresión pasó del optimismo al recelo.

—No tengo nada que decir sobre Fritz McCabe.

—Vaya, lo siento. Me habían dicho que usted, Fritz y Troy Rademaker eran amigos en el colegio.

Iris vaciló unos instantes y advertí cómo se debatía. Debió de quedarle claro que yo disponía de algunos datos, lo que quizá redujera su intención de mentirme.

—Los conocía, pero no diría que fuéramos amigos. Coincidimos en Climp durante el primer año que pasé allí. Eso fue todo.

—Tengo entendido que la expulsaron por robar la copia de un examen.

Iris me miró fijamente.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Rebusqué en los ficheros antiguos. Esperaba que pudiera llenar algunos huecos.

Iris entrecerró los ojos.

—¿Cómo ha dicho que se llama?

—Kinsey Millhone.

—¿Y el artículo es para el *Santa Teresa Dispatch*?

—No, para una publicación de Los Ángeles. Descubrimos el caso a través de una agencia de noticias y mi director me pidió que lo investigara.

—No tengo nada que decir.

—¿Nada?

—Ya es agua pasada. A nadie le importa ese asunto.

—Se sorprendería. Nuestros lectores aún están muy interesados en la muerte de Sloan Stevens. ¿Sabe que Fritz salió del correccional de menores hace dos

semanas?

—Ya lo ha dicho antes, y me importa un carajo.

Garabateé algunas notas con gesto de concentración y luego la miré.

—¿Alguna cosa más que quiera contarme?

—Mire, estoy muy ocupada. Lo que le pase a Fritz no tiene nada que ver conmigo.

—Yo no estaría tan segura. Hay alguien que no está nada contento de que lo hayan puesto en libertad y quiere vengarse de él.

Mi comentario captó su atención.

—¿Qué quiere decir?

—Una persona anónima amenaza con entregar a la policía cierta cinta de vídeo grabada en 1979. Probablemente conocerá la cinta a la que me refiero, ya que usted aparece en ella.

—¿Y qué más da? Esa cinta desapareció hace diez años.

—Pues ahora ha vuelto a salir a la luz, junto a una nota en la que el chantajista exige una cantidad considerable. Si no la recibe, enviará una copia al fiscal del distrito, quien podría presentar una querrela criminal contra los chicos que participaron en la película.

—Eso es ridículo.

—No para la persona que exige el dinero. En absoluto.

—Pero se trata de un chantaje, ¿no?

—No va dirigido a usted, pero podría verse envuelta en todo el lío.

—Creía que el fiscal del distrito no podía hacer nada sin mi colaboración.

—Eso no es cierto. La cinta es la prueba de un delito. Investigarlo no depende de si usted da su permiso o no. El fiscal del distrito puede presentar cargos de todos modos.

—Si están chantajeando a Fritz, ¿de cuánto dinero hablamos?

—No es un dato relevante, ya que las víctimas del chantaje no piensan pagar. Confiamos en identificar al culpable antes de que la situación se descontrole.

—Vaya, un plan estupendo. No puede fallar. ¿Cómo van a conseguirlo?

—Hablando con personas como usted.

—No entiendo por qué se ha metido en esto. Es periodista, no policía.

—Periodista de investigación —repuse corrigiéndola—. Y éste es mi trabajo.

—No puedo ayudarla. No he vuelto a ver a ninguno de esos chicos desde el juicio.

—¿No ha tenido contacto con ninguno de ellos? —pregunté.

—Ya le he dicho que no. He visto a Roland Berg y a Steve Ringer, los dos

fueron compañeros míos de clase. Todo el mundo llama a Steve Ringer «Stringer», por si nadie se lo ha mencionado. He hablado con Bayard un par de veces, eso es todo.

—¿Cuánto hace de eso?

—No me fastidie. ¿Por qué tendría que decírselo? Puedo hablar con quien me dé la gana.

—¿Y qué hay del juicio? ¿Usted testificó?

—Tuve que hacerlo. Me llegó una citación.

—¿Le parecieron justas las sentencias?

—Sloan murió. Alguien tenía que pagar por ello.

—¿Qué piensa de la cinta?

—No llegué a verla. Cuando me enteré de que había desaparecido, pensé que ya no volvería a aparecer.

—¿Cuánto recuerda de aquel incidente?

—No fue ningún «incidente», sólo un grupo de amigos haciendo payasadas.

—¿Nunca lo denunció a la policía?

—Claro que no. Estábamos haciendo el tonto, no iba en serio.

—Si la cinta empieza a circular, a usted la humillarán públicamente tanto si iba en serio como si no. Fue víctima de una agresión sexual.

—¡No es verdad! Puede que lo parezca, pero ése no era el plan. Por lo que me han contado es un vídeo doméstico muy tonto que no pasa de cuatro minutos.

—Las violaciones no son ninguna tontería, Iris. He visto la cinta.

—Pues yo no. ¿Sabe qué es lo que más detesto de los periodistas como usted? —preguntó Iris—. Que les encanta la bazofia de este tipo. Se las dan de comprensivos, pero disfrutan de lo lindo con la degradación de otras personas. Con la vergüenza de otras personas. Si no pasa nada, generan los problemas sólo para ver cómo reaccionamos. Entonces lo escriben. Lo publican en el periódico. Sólo hacen su trabajo, ¿verdad?

—Yo no actúo así.

—¿Entonces qué está haciendo aquí?

—Esperaba poder ayudarla.

—Váyase a ayudar a otro, yo no necesito su ayuda.

—Puede que los demás implicados no estén de acuerdo.

—Pues hable con ellos.

—¿Sugiere a alguien en concreto?

—Adivínelo usted. Todo esto me está poniendo de los nervios.

—¿Qué hay de Poppy? ¿Aún vive en Santa Teresa?

—No tengo ni idea. Ya no somos amigas. Rompió con su novio por culpa de ese vídeo.

Me vino a la cabeza la imagen fugaz de Troy en cueros acercándose a Iris mientras ésta esperaba espatarrada sobre la mesa de billar. No costaba demasiado imaginar que aquello acabaría con el romance entre Poppy y Troy. Muy pocas relaciones podrían sobrevivir a una traición tan gráfica.

Busqué una página en blanco de mi cuaderno y anoté el teléfono de mi casa, que está conectado a un contestador que no hace mención de Investigaciones Millhone. Arranqué la hoja y se la ofrecí.

—Es un número local. Trabajo por mi cuenta, así que es fácil localizarme.

Iris levantó las manos, negándose a coger la nota.

—Puede que luego cambie de opinión —sugerí.

Me quitó el papel de un tirón sin mirarme a los ojos.

—¡Joder! Me caso dentro de un mes. ¡Sólo me faltaba esto!

—Esperemos que el problema se resuelva y pueda olvidarse de esta historia.

Dediqué parte de mi hora del almuerzo a ir a la ferretería, donde compré masilla y un cristal para la ventana rota de mi despacho. Sacar los trozos de cristal, raspar la masilla vieja, colocar el cristal nuevo y volver a poner masilla no era muy complicado, pero llevaba tiempo y me fastidió tener que hacerlo.

Aquella tarde, a las cuatro menos cuarto, me puse el chándal, cogí la bolsa de deporte y asistí a la cuarta clase de un programa de diez semanas de defensa personal para mujeres. Podía agradecerse a Ned Lowe. Que te asfixien hasta dejarte casi inconsciente me hizo darme cuenta de lo frágil que es la vida, y de lo fácil que podía resultar someterme. El programa incluía una mezcla de artes marciales, y todas las clases iban al grano: aprendíamos a pelear a patadas y puñetazos. Nos animaban a dar prioridad a la estrategia por encima de la técnica. Como descubrí mientras estaba inmovilizada boca abajo, con la rodilla de Ned clavada en la espalda, mis conocimientos de defensa personal no valían una mierda. En el mundo real, las agresiones suelen ser caóticas y casi nunca tenemos la oportunidad de asestarle al agresor un golpe mortal en la garganta, o un rodillazo en la entrepierna.

Por extraño que parezca, lo cierto es que a las mujeres nos han despojado de la agresividad al criarnos. Muchas somos incapaces de soportar cualquier clase de enfrentamiento sin echarnos a llorar. ¿Qué sucede si nos topamos con un matón? Que no estamos preparadas para defendernos. En mi grupo éramos ocho,

y nos advirtieron que una de cada seis mujeres sufriría una agresión violenta en algún momento. No pudimos evitar mirarnos las unas a las otras. No es que les deseáramos nada malo a las demás, pero todas esperábamos fervientemente no ser la opción estadística del malo de turno.

Pero, por encima de todo, la clase me hizo percatarme de mi pésima forma física. Había dado por sentado que el levantamiento de pesas y el ejercicio cardiovascular frecuente me bastarían para protegerme. Obviamente, no era el caso. Tras cinco minutos de lucha cuerpo a cuerpo, por simulada que fuera, acababa sin aliento y bañada en sudor. Iba mejorando, pero el aprendizaje era lento y tenía que aconsejarme a mí misma paciencia y confianza en el proceso. Las dos mujeres de mi grupo que habían sufrido agresiones encontraban los ejercicios particularmente traumáticos, ya que las peleas simuladas activaban su sensación de vulnerabilidad. Comprendía su angustia, porque yo también era consciente de mi incapacidad para protegerme de Ned Lowe. En todos los forcejeos con mi adversario profesional veía la cara triste e hinchada de Ned: la piel pálida, las bolsas bajo los ojos y aquel aire de debilidad que ocultaba un carácter despiadado. No sentía ninguna empatía hacia los demás, y por ello se mostraba implacable en su afán de dominio.

Una vez acabada la clase, mientras me duchaba y me cambiaba de ropa, casi no pude levantar los brazos. Llegué a casa a las seis menos veinticinco, completamente exhausta. Dejé la bolsa de deporte en el suelo junto al escritorio y me desplomé en el sofá, demasiado agotada para moverme. ¿Osaría cenar en el restaurante de Rosie aquella noche? De vez en cuando, Rosie complementaba su cocina a base de despojos con algunos platos más apetecibles, y me pregunté si podría confiar en su benevolencia. Los que soportábamos sus aberraciones culinarias merecíamos el alivio esporádico que nos proporcionaba el pollo asado con puré de patatas.

Estaba contemplando la posibilidad de echarme una siesta cuando oí que alguien llamaba a la puerta. Pese a las protestas de varias partes de mi cuerpo, me levanté con dificultad, crucé la habitación y miré por el ojo de buey de la puerta de entrada. Mi prima Anna esperaba en el umbral con el gato en brazos, y al verme lo levantó a modo de súplica. Puede que a ella me la hubiera quitado de encima alegando incapacidad física, pero ¿quién podría resistirse a aquel animalito tan encantador?

Si me he referido antes a mis desencuentros con mi prima, supongo que debería hacer una pausa para ponerlos al corriente. Descubrí que las dos éramos parientes durante el mismo giro de los acontecimientos que aumentó en medio

millón de dólares mi fondo de pensiones. Como soy frugal por naturaleza, consideré que ese dinero era intocable y continué viviendo como había hecho hasta entonces. Es decir, con tacañería.

En cuanto a Anna, me sería difícil definir el vínculo familiar, pues se remontaba a una generación anterior. Nuestra abuela común, Rebecca Dace, se había casado con mi abuelo, Quillen Millhone. Mi padre era el tío favorito del padre de Anna, lo que nos convertía (quizás) en primas terceras, o algo por el estilo. También es posible que yo fuera su tía. Cualquiera que fuera el vínculo, nuestra relación había empezado con bastante mal pie.

La conocí durante una visita de dos días a Bakersfield, California, en busca de la familia de un sintecho que había aparecido muerto en la playa de Santa Teresa. El viaje no aclaró demasiadas cosas, pero cuando volví a Santa Teresa, Anna me siguió, pensando que un cambio de aires podría depararle oportunidades fascinantes para animar su anodina existencia. Después descubrí que Henry, mi casero, le había ofrecido alojamiento en uno de sus cuartos para invitados. Dada la generosidad de Henry y la propensión de Anna al gorroneo, mi prima se quedó allí casi tres meses, y eso me cabreó de mala manera. Especialmente porque Henry no pronunció ni una sola palabra de protesta.

Anna encontró trabajo de manicura en un salón de belleza al que podía ir andando, y Henry la ayudó a encontrar una habitación de alquiler en casa de Moza Lowenstein, una anciana vecina que vivía a cuatro puertas de distancia. Como Anna necesitaba un lugar donde vivir y Moza necesitaba la compañía y el dinero, las dos quedaron satisfechas. Puede que mis sentimientos hacia Anna no fueran del todo caritativos, pero mantuve la boca cerrada.

Abrí la puerta y, al hacerla pasar, observé que su atuendo —una camiseta azul de manga larga bajo un peto vaquero— le disimulaba las curvas, cosa nada fácil en una chica tan escultural como ella. Se había recogido la oscura melena en un moño alto y no llevaba nada de maquillaje. Aun así, tenía mejor aspecto que yo en mis mejores días. Sé que no deberíamos compararnos con los demás, especialmente en circunstancias en las que salimos perdiendo de forma tan clamorosa, pero ante una belleza natural como la de Anna cuesta mucho no desesperarse.

Depositó a *Ed* en el suelo y lo observó con cariño mientras el gato se paseaba de un lado a otro de la habitación.

—Lo he encontrado fuera, y he supuesto que intentaba escaparse. Pensaba que era un gato de interior.

—Eso cuéntaselo a él. Intenta huir cada vez que se le presenta la

oportunidad. No es que le apetezca escaparse, pero nos quiere demostrar que es capaz de hacerlo —expliqué.

Cerré la puerta de mi estudio, volví al sofá y me senté con cuidado.

—¿Por qué cojeas?

—Acabo de salir de una clase de defensa personal y aún me duele todo. Supongo que Henry no está en casa.

—Me ha abierto Pearl. No me lo podía creer. ¿Qué le ha pasado?

—Se ha roto la cadera. En el centro de rehabilitación se negaron a dejarla salir hasta que encontrara un sitio donde recuperarse.

—Pero ¿por qué Henry? ¿Qué ha hecho el pobre para merecer algo así?

—Pearl se acordaba de lo amable que fue Henry cuando Terrence y Felix murieron.

—Vaya por Dios. Seguro que hay una moraleja en todo esto. ¿Te importa si me siento?

—Claro que no —contesté.

Al acomodarse en una de las sillas de director de cine, la lona hizo un ruido embarazoso. *Ed* le saltó al regazo y *Anna* lo besó entre las orejas. Sinceramente, si mi prima no estuviera tan loca por él, yo no sería ni la mitad de hospitalaria.

—¿Te apetece una copa de vino? —pregunté.

—No, gracias. Ayer cené en el restaurante de *Rosie* y aún tengo el estómago revuelto. ¿Vas a ir a cenar allí esta noche?

—Eso había pensado. ¿Y tú?

—No lo sé —respondió algo incómoda.

—En otras palabras, sí.

—Vale, sí. No sé cocinar, y no puedes subsistir indefinidamente a base de queso y galletas saladas, porque es malo para la salud.

—No me quiero meter en tus asuntos personales, pero me fijé en que *Cheney* y tú estabais muy juntitos el otro día —dije confiando en que no se me notara el mosqueo.

—Espero no meterme en tu terreno. Es un hombre muy agradable.

—No tengo ningún derecho sobre él.

*Anna* volvió a dejar a *Ed* en el suelo. El gato se tumbó allí mismo y empezó a asearse.

—¿Son imaginaciones mías o *Camilla* te hizo el vacío la otra noche? —preguntó *Anna*.

—Nunca le he caído bien —respondí.

—¿Y qué esperabas? Tengo entendido que te tiraste a su marido.



—Camilla se había ido con otro. ¿Qué iba a hacer el pobre Jonah?

Anna torció el gesto.

—No entiendo esa relación.

—¿No te han contado la historia? Se conocieron en el instituto. Tenían trece años los dos, y crearon un vínculo indisoluble. Lo llaman codependencia, término que he aprendido de un psicólogo amigo mío. Tal y como lo ve Jonah, dado que Camilla es la madre de sus hijos, él está moralmente obligado a soportarla.

—Tengo que admitir que han criado bien a sus dos hijas —dijo Anna—. El que lo acabará pagando es el niño, Banner.

«Ha llegado el momento de cambiar de tema», pensé.

—¿Qué tal las obras en casa de Cheney?

—Muy bien. Está quedando de maravilla.

—Me alegro. Cuando salíamos, Cheney lo dejaba todo a medias y eso me sacaba de quicio. Yo no soporto que la puerta de un armario no cierre bien, y mucho menos que le falten todos los tiradores.

—Las personas cambian —dijo Anna.

—No las que conozco yo.

—Estoy bastante de acuerdo, aunque es desalentador, ¿verdad?

—Mucho —respondí.

—¿Y cuánto tiempo va a vivir Pearl aquí?

—Hasta que Henry la ponga de patitas en la calle. Ya sabes lo blando que es.

—No puedo creer que se haya metido así en su casa. ¡Menuda gorrón!

Me abstuve de señalarle que ella había hecho exactamente lo mismo el año anterior. El suyo era un ejemplo típico de la tendencia que tenemos a proyectar nuestros defectos en otras personas, para entonces condenarlas por no dar la talla.

—¿Y qué hace esa tienda de campaña en medio del jardín? —siguió preguntando Anna.

—Esta vez he decidido no meterme donde no me llaman, y te aconsejo que hagas lo mismo. Si Henry se pone a la defensiva, sólo conseguirás prolongar la invasión. Con suerte, Pearl acabará marchándose y nos desharemos de ella.

## Iris y Joey

Lunes, 18 de septiembre de 1989

Iris salió de la tienda a las cinco en punto, tras asegurarse de haber cerrado bien. Nunca habían robado en Yesterday, probablemente porque la mercancía antigua no atraía a los delincuentes. ¿Por qué arriesgarse a ir a la cárcel por unos artículos para los que no existía un mercado secundario? Por otra parte, sí que habían sufrido un buen número de hurtos en la misma tienda, perpetrados a partes iguales por chicas adolescentes y mujeres de media edad. Las ladronas no veían mal birlar ropa interior, joyas procedentes de herencias, bolsos bordados con cuentas e incluso alguna que otra prenda de vestir, siempre que la pudieran meter fácilmente en una bolsa de la compra o en un bolso grande. Karen, la encargada de la tienda, había ordenado a Iris poner alarmas antihurto en los objetos más caros, lo que significaba que el sistema de seguridad emitiría un pitido continuado si alguien salía de la tienda con algún artículo oculto bajo la ropa o entre los paquetes. En más de una ocasión, Iris había seguido a alguna cliente hasta el exterior de la tienda y la había oído expresar sorpresa y vergüenza por haberse olvidado de pagar. Por el momento todas habían vuelto a entrar con expresión avergonzada y habían pagado lo que debían. Iris concedía a todo el mundo el beneficio de la duda, aunque sabía perfectamente quién era culpable y quién no.

Hoy Joey trabajaba hasta tarde, así que Iris recorrió a pie las diez manzanas que separaban la tienda de su piso, situado en un edificio de cuatro viviendas del Lower East Side. En el barrio vivían muchos hispanos, lo que no significa que las casas fueran baratas. En Santa Teresa, la frase «viviendas asequibles» era un auténtico chiste. Iris y Joey alquilaban un minúsculo piso de un solo dormitorio, con una cocina de seis metros cuadrados, un salón de nueve y el dormitorio de

once. En el baño cabía una bañera con ducha, un inodoro, un lavabo doble con un armario para toallas en un extremo y un espejo de cuerpo entero clavado en la parte posterior de la puerta.

Iris había hecho todo lo posible para crear un ambiente elegante. Las paredes del salón y del dormitorio estaban pintadas de azul oscuro, con molduras blancas. Al fondo del salón había una estantería también blanca, con un escritorio integrado y una extensión de metro y medio en un extremo que hacía las veces de mesa de comedor. La pared de enfrente estaba alicatada con azulejos de espejo para dar sensación de amplitud. Los muebles del salón consistían en un sofá de metro ochenta y una otomana con un asiento abatible que, al levantarlo, revelaba más espacio de almacenamiento. Tenían dos butaquitas tapizadas, una mesa auxiliar y dos lámparas de pie. Iris también había añadido algunas plantas artificiales de aspecto frondoso que aportaban calidez a la sala.

Iris precalentó el horno a 175 grados, dejó el bolso en el pequeño pasaplatos situado entre la cocina y el salón y abrió la puerta del frigorífico, del que sacó un paquete de pechugas de pollo, una lechuga romana, un tarrito con salsa vinagreta y un tubo de cartón con panecillos precocinados. Le quitó el plástico al paquete de pollo y lavó las pechugas en un colador bajo el agua fría del grifo. A continuación sacó una tabla para cortar y partió las dos pechugas grandes en dos trozos más pequeños. Mientras preparaba la comida, Iris no dejó de darle vueltas a la visita de la periodista que se había presentado en la tienda. No sabía qué pensar de aquella mujer, pero no le gustaron nada las preguntas que le hizo.

Cubrió dos bandejas para el horno con papel de aluminio, secó los trozos de pollo con un paño y los colocó sobre la bandeja. Después sazonó las pechugas y las metió en el horno. Cuando el pollo estuviera casi hecho, abriría el tubo de cartón que contenía los panecillos, los dispondría en la segunda bandeja y los metería en el horno. Sacó una caja de *fettuccine amandine*, llenó un cazo con agua y encendió uno de los fogones. Con la lechuga romana prepararía una ensalada César. Puso la lechuga en una ensaladera, la aliñó con salsa vinagreta y la espolvoreó con queso parmesano.

Mientras se asaba el pollo, Iris se quitó la ropa que llevaba en la tienda y se puso unos pantalones cortos y una camiseta de manga larga. Joey llegó a las seis y media y los dos se sentaron a cenar. Para entonces, el horno había caldeado el piso, y el delicioso aroma a pollo de piel crujiente impregnaba el aire. Era uno de los platos favoritos de Joey. Con la cena bebieron sendas copas de vino rosado.

Iris apartó el plato y encendió un cigarrillo.

—No te vas a creer lo que me ha pasado hoy en la tienda.

Joey aún comía.

—¿Qué ha pasado?

—Ha venido una periodista y me ha preguntado qué pensaba yo de que Fritz McCabe hubiera salido de la cárcel.

—¿Una periodista?

—De Los Ángeles. «Periodista de investigación» es como se ha referido a sí misma.

Mientras cortaba un trozo de pechuga, Joey dijo:

—¿Y por qué iba a importarle lo que pienses tú de Fritz McCabe?

—Eso es lo que le he dicho. Lo malo es que sabía lo del vídeo que se grabó hace años. También sabía lo de la nota.

Joey dejó el tenedor sobre la mesa.

—¿Cómo lo sabía?

—Ha mencionado a «una persona anónima» que exigía una gran cantidad de dinero, y que si no se lo daban entregaría la cinta al fiscal del distrito. He intentado sonsacarle algún dato. Sabía que se refería a los McCabe, pero no me lo ha dicho abiertamente.

—¿Qué te ha respondido cuando se lo has preguntado?

—Nada. Ha esquivado la pregunta y ha cambiado de tema.

—¿Le has mencionado que Fritz llamó a todos sus amigos y les contó lo de la amenaza?

—He pensado que sería mejor hacerme la tonta.

—¿Crees que sus padres han contratado a alguien?

—Si no, ¿cómo iba a saber esa periodista lo del anónimo? Dijimos que nada de ir a la policía. Es posible que los McCabe piensen que podían llamar a los periódicos para que la noticia saliera en todas partes. Me he cabreado mucho.

—Pero ¿por qué harían algo así? —preguntó Joey—. ¿Cómo pueden ser tan lerdos?

Iris se encogió de hombros.

—La verdad es que hicieron lo que ponía en la nota. Ésta es su manera de intentar esquivarnos. ¡Ah!, y escucha esto: la periodista ha dicho que «las víctimas del chantaje» no tenían intención de pagar. Parecía muy segura de lo que decía.

—Joder. Esto no me gusta nada.

—A mí tampoco. Le he dicho que el vídeo era una gilipollez, unos cuantos amigos haciendo el tonto, pero ella me miraba con una cara muy larga. Quería saber con quién había hablado, pero no me pareció que fuera asunto suyo.

—¿Cómo has dicho que se llama?

—Espera un momento, lo tengo apuntado.

Iris se levantó y fue por el bolso, donde guardaba el papel en que la periodista había anotado su nombre y un número de teléfono local, entonces sacó el papel doblado y se lo pasó a Joey.

—Creía que era de Los Ángeles —dijo Joey echándole un vistazo al papel—. Es un número de Santa Teresa.

—Me ha dicho que puedo contactarla aquí. Por si quiero desahogarme y confesárselo todo, supongo.

—¿Te parece que va a seguir investigando? —preguntó Joey.

—Es muy posible que le estén pagando para que lo haga, ¿no te parece? Me refiero a que no era simple curiosidad. La tía me ha acibillado a preguntas. Por otra parte, tengo entendido que los periodistas no suelen averiguar gran cosa, así que no creo que pueda hacernos daño.

—No lo sé, ése es el problema. —Joey consideró la información con expresión sombría—. Iba a sugerir que va siendo hora de hacer algo más, pero ahora pienso que no deberíamos llamar la atención.

—No estoy muy segura. Quizás.

—No me vengas con dudas y escúchame bien: no haremos nada. No compliquemos más las cosas cometiendo alguna estupidez. Es mejor esperar tranquilamente hasta que averigüemos lo lista que es esa periodista. Lo más probable es que no tengamos que preocuparnos de nada.

—Sí, claro. Eso querrías tú.

—A mí no me mires, el plan es cosa tuya.

—¿Cosa mía? ¿Y tú dónde has estado todo este tiempo? No hace mucho te entusiasmaba la idea.

—No diría que me entusiasmara, pero entendí tus motivos. Ese tío sale de la cárcel y se comporta como si no hubiera pasado nada. ¿Cómo se atreve?

—Exacto.

—Por otra parte, ocho años son muchos, se mire como se mire. Y encima pedirle que suelte un montón de pasta... Puede que nos estemos pasando.

—¡Qué dices! Tú no fuiste víctima de una agresión sexual. En mi grupo de apoyo todo el mundo piensa que tendría que machacarlo.

—¿Has hablado de esto con ellos? No me lo habías dicho. Joder...

—De esto no. No les he dicho que lo estuviéramos chantajeando, sólo que me revienta pensar que pueda irse de rositas.

—No se ha ido de rositas, lo metieron en la cárcel.

—Sigue siendo culpable de haber tenido relaciones sexuales con una menor. Ahora se comporta como si aquello no tuviera ninguna importancia. Debería pasarlo tan mal como lo pasé yo.

—¡Déjalo ya! En nuestra primera cita ya me lo contaste. Y cada vez que conocemos a alguien, te las arreglas para sacar el tema: te agredió sexualmente un amigo de la familia, alguien a quien conocías.

—Es que es verdad. La gente tendría que saberlo.

—No es que se trate de un asunto de interés general. Así consigues que te compadezcan, y por eso lo haces.

—Estás menospreciando mi experiencia. Minimizas el impacto que tuvo. Los tíos siempre subestimáis a las mujeres. «¿Por qué no lo superas? ¿Por qué no te olvidas de una vez?» —dijo Iris imitando la voz de Joey—. Lo que de verdad quieres decir es: «¿Por qué tengo que pagar el pato yo por algo que te pasó a ti?».

—No sé por qué hemos acabado peleándonos. Estoy de tu parte, te lo he dicho mil veces. Hablábamos de Fritz.

—Es lo mismo. Si dices «Fritz McCabe», yo oigo «violación».

—Hablemos de otra cosa —propuso Joey.

—Me parece bien. ¿De qué quieres hablar?

—Si conseguimos el dinero y lo usamos para hacer un viaje, ¿adónde podríamos ir?

Martes, 19 de septiembre de 1989

El martes por la tarde cerré el despacho a las cinco. Había acarreado mi Smith Corona portátil hasta la puerta y estaba a punto de teclear el código de la alarma cuando sonó el teléfono. Tuve la tentación de dejar que saltara el contestador, pero mi conciencia me lo impidió. Deposité el bolso junto a la máquina de escribir, volví al escritorio y descolgué el auricular al tercer timbrazo.

—Kinsey, soy Lauren. No sabía si te iba a encontrar.

—Estaba a punto de salir.

—Procuraré no entretenerte. Tenemos un problema.

—¿Habéis recibido noticias del extorsionista?

—No es eso, se trata de Fritz. Ayer por la noche le contamos lo que pasaba y se ha enfadado con nosotros.

—¿Se ha enfadado con vosotros? ¿Por qué?

—Porque no estamos dispuestos a acceder a lo que nos piden. Se lo hemos explicado infinidad de veces, pero no ha servido de nada. Hemos pensado que sería mejor que se lo explicaras tú. ¿Podrías pasar por aquí esta noche?

—Sí, claro, aunque no estoy segura de que vaya a servir. No conozco a Fritz, y no veo qué peso puede tener mi opinión.

—Dice que se irá si no lo ayudamos.

—¿Te refieres a que se irá de casa?

—Dice que no podrá soportar otra batalla legal.

—A ti tampoco te entusiasma la idea.

—Ya lo sé, pero no somos nosotros los que acabaremos en la cárcel. Fritz nos ha dado una explicación poco verosímil sobre la cinta, pero no tiene sentido discutirlo ahora. Puede que tú consigas hacerle entrar en razón. Merece la pena intentarlo, ¿no?

Puse los ojos en blanco. Me imaginé enzarzándome en un forcejeo verbal

con el chico, y eso sería una auténtica pérdida de tiempo. Por otra parte, Lauren me había extendido un cheque de dos mil quinientos pavos y, de momento, no creía habérmelos ganado.

—¿A qué hora?

—A las siete, si te va bien.

—Perfecto. Ya que voy, os devolveré la cinta. Nos vemos entonces.

Le di vueltas al asunto mientras conducía camino de casa. Me daba la impresión de que Fritz había asumido el control y estaba imponiendo su punto de vista pese a las objeciones de sus padres, los cuales parecían a punto de tirar la toalla. ¿Acaso carecían de autoridad? Vale, el chico tenía veinticinco años y en justicia ya tendría que haberse ido de casa, pero los años que pasó en la cárcel le habían impedido independizarse. Sin trabajo ni perspectivas de futuro, se veía obligado a vivir de nuevo con mamá y papá, y probablemente le fastidiaba depender de ellos.

Encontré un sitio para aparcar bastante decente, saqué la máquina de escribir del asiento trasero y me detuve frente al buzón al cruzar la verja. Cogí un montón de facturas, catálogos y correo basura, y fui separando mis cartas de las de Henry mientras rodeaba el edificio en dirección al jardín posterior.

Ésta es la escena que apareció ante mis ojos:

Pearl iba descalza, y se había envuelto en una sábana a modo de toga que le dejaba los hombros y los brazos al descubierto. Las tetas amenazaban con salirse de la sábana a la que se descuidara. Al parecer, había puesto una lavadora y estaba tendiendo la ropa mojada en un tendedero improvisado que había colgado entre dos de los frutales de Henry. Iba y venía con las muletas desde el tendedero hasta el cesto de la colada, donde se agachaba para coger las prendas. O bien era capaz de realizar estas maniobras con suma habilidad, o no estaba tan impedida como había dado a entender. Sus vaqueros tenían el tamaño de velas de tela tejana, y el sujetador que colgaba del tendedero era lo bastante grande para almacenar sandías. Las dos camisas que había tendido en la cuerda parecían demasiado pequeñas para ella, pero tampoco es que yo estuviera muy al tanto de su vestuario.

Deposité la máquina de escribir en el peldaño de la entrada para poder hablar con Pearl más cómodamente.

Me vio enseguida, pero no pareció pensar que su semidesnudez exigiera disculpa ni comentario alguno.

—No sé por qué Henry no planta hierba. Mira toda esta tierra, tengo los pies destrozados.



—Lo hace para ahorrar agua. O al menos lo intenta.

—Me dijo que podía lavar mis cosas, así que no me mires de esa manera.

—Te lo estaba explicando, no te criticaba —dije—. ¿Está en casa?

—Ha ido al súper.

En aquel momento, la pequeña tienda de campaña de Pearl dio una sacudida y un hombre salió a gatas por entre los faldones. Pearl debía de haber lavado la ropa de aquel tipo junto a la suya, o eso supuse porque el hombre sólo llevaba puestos unos vaqueros. Gracias a mis considerables habilidades detectivescas, deduje que las camisas que colgaban del tendedero eran suyas. El desconocido se levantó tambaleándose, lo que indicaba que había bebido alguna copa de más.

Aparté la mirada del hombre y la dirigí hacia Pearl.

—¿Quién es?

—Se llama Lucky. Es un buen amigo mío.

—¿Qué está haciendo aquí?

—¿Y a ti qué te parece? Está pasando el rato.

Le eché un vistazo rápido, procurando no mirarlo fijamente. Era un tipo flacucho, pero supuse que habría sido musculoso tiempo atrás, antes de que los años hicieran mella en él. Estaba tan lleno de tatuajes que parecía que se hubiera envuelto con la hoja empapada de un tebeo. Debieron de hacerle los tatuajes en la adolescencia, porque durante la madurez le había crecido en el pecho una densa mata de pelo que tapaba parte de los dibujos. La piel se le había descolgado con la edad y ahora los pliegues desdibujaban los tatuajes, estropeando el efecto.

Lucky se acomodó en una de las hamacas de madera de Henry y estiró las piernas. A su lado había una nevera portátil de porexpán llena de hielo y latas de cerveza de marca blanca. Sacó una, la abrió y se la bebió de un trago. Esperé un eructo poco ceremonioso, pero prevalecieron sus modales exquisitos.

Me volví hacia Pearl.

—¿Lo sabe Henry?

—¿Y a él qué más le da? Este chico está sin blanca y no tiene donde dormir, así que le he hecho sitio en mi tienda. A Henry no le costará ni una perra, y, además, no ha dicho que no.

—¿Se lo has preguntado?

—Lo haré en cuanto vuelva a casa.

—¿Lucky no estaba aquí cuando Henry se fue?

—Estaba durmiendo en la tienda, y supongo que Henry no lo vio. De todos modos, no es asunto tuyo si invito a mis amigos. Tengo los mismos derechos que

tú.

—¿Y ahora me hablas de tus derechos? —pregunté con tono incrédulo.

—Venga, chicas, no os peleéis. Sólo dormiré aquí esta noche porque el tío de Harbor House me echó a patadas. Y antes de que me lo preguntes, te lo diré abiertamente: estaba borracho y bastante alterado, y el albergue no tolera ese tipo de conductas. Ya volveré mañana.

—Al menos eres sincero. ¿Qué te hace pensar que te aceptarán de nuevo?

—¿Por qué no iban a aceptarme? Cuando estoy sobrio soy tan dulce como un corderito, pero después de ocho o nueve cervezas me vuelvo gruñón y antipático.

Al sonreír aparecieron hoyuelos en sus mejillas y vi varios espacios oscuros donde antes hubo dientes.

—No me habría bebido esas cervezas si mi perro no hubiera desaparecido. Lleva doce años conmigo y ahora no sé dónde está.

—Vaya, qué lástima —dije—. ¿Has llamado al refugio de animales?

—No, pero es muy buena idea. ¿Te importa que llame desde tu casa?

—Sí que me importa.

—Dice una que lleva un palo metido en el culo —observó Pearl.

Aproveché el momento para escapar.

Entré en mi estudio, dejé las cartas sobre el escritorio y metí la máquina de escribir debajo. El gato se coló como una exhalación y pasó por delante de mí. Podría haberlo echado, pero me hacía compañía y me puso de mejor humor. Cerré la puerta y lo tomé en brazos. Luego me encaramé a un taburete de la cocina y me lo coloqué en el regazo. *Ed* era un minino muy parlanchín, y parecía contento de tener público. Después de ronronear a placer, apoyó la barbilla en las patas y se durmió. Lo trasladé al sofá y lo dejé allí.

Me puse el chándal y me encaminé al carril bici. Correr cinco kilómetros es una forma maravillosa de combatir el estrés. No siempre me apetece, pero me obligo a hacerlo por el alivio que me proporciona. Acabé el enfriamiento y volví al estudio, donde me duché y me vestí.

A las siete menos cuarto, tras haber saboreado un sándwich de mantequilla de cacahuete con pepinillos y haber echado el trozo de papel de cocina a la papelera, cogí el bolso y las llaves y cerré con llave al salir. Llevé a *Ed* a casa de Henry y lo dejé en la cocina. Pearl y Lucky charlaban con Henry en el salón mientras el televisor emitía las noticias a todo volumen. Percibí el aroma a estofado de ternera y pan casero y sentí un poco de lástima de mí misma por la comida que me había perdido. Como no tengo hermanos y he crecido sola, el verbo «compartir» no forma parte de mi vocabulario.

Los días se iban acortando a medida que avanzaba el otoño, pero en la calle aún había luz y hacía una temperatura muy agradable. No tardé casi nada en llegar al centro, y pude aparcar sin problemas detrás del edificio. Atajé a través del vestíbulo cubierto y salí por State Street, donde torcí rápidamente a la izquierda para llegar a la puerta de madera que daba a las escaleras. Subí al trote hasta la primera planta y llamé al timbre.

Hollis me abrió la puerta.

—Debes de ser Kinsey. Yo soy Hollis McCabe. Te agradecemos que hayas venido.

Me tendió la mano al presentarse e intercambiamos las cortesías de rigor mientras me hacía pasar. Su pelo otrora castaño estaba salpicado de canas, y parecía al menos diez años mayor que su mujer. Alto, hombros caídos, vestido de forma informal con un chándal de velvetón marrón. Percibí el olor del puro que se había fumado, pero no me resultó desagradable.

Hollis me condujo hasta el salón. Me senté en el sofá mientras él se dirigía a un pequeño bar con fregadero, anexo al comedor, y se servía un bourbon con hielo.

—¿Te apetece beber algo? Probablemente te hará falta.

—Sí, gracias. Chardonnay, si tienes.

—Desde luego.

Vi una botella de vino blanco abierta, que reposaba en una cubitera escarchada por la condensación. Lauren apareció por el pasillo que conducía a la biblioteca y a los dormitorios. Vestía una casaca bordada, larga hasta las caderas, y unos vaqueros ajustados. Llevaba una copa vacía en la mano, que Hollis le llenó al tiempo que me servía otra a mí. Lauren fue hasta el sofá y se sentó en el otro extremo.

—Te agradezco que hayas venido.

—No vivo lejos. Unos quince minutos como máximo.

Rebusqué en el bolso, saqué la cinta y se la entregué.

—Gracias. No estoy segura de lo que haré con ella, pero probablemente es mejor que la guarde yo —dijo mientras la depositaba sobre la mesita auxiliar contigua al sofá.

Hollis fue hasta una butaca y se sentó tras dejar el vaso de bourbon en la mesa auxiliar.

—¿Quieres poner a Kinsey al día antes de que llamemos a Fritz?

—Debería escuchar la versión de Fritz directamente. Nos evitará las repeticiones.

—Como quieras —dijo Hollis.

Lauren dejó la copa en la mesita y se metió por el pasillo. Se detuvo frente a la primera puerta de la izquierda y llamó.

—¿Fritz? Kinsey ya está aquí.

Se oyó una respuesta ininteligible, con entonación insolente.

—Cinco minutos, por favor, ya que Kinsey ha tenido la amabilidad de venir —dijo Lauren.

—¡He dicho que saldré dentro de un momento!

—Ya te he oído la primera vez. No seas tan antipático.

Se hizo un silencio. Pensé que Lauren se pondría a contar, como suelen hacer algunas madres cuando sus hijos se portan mal. «Uno, dos..., te lo advierto, te voy a dar un azote... Tres, cuatro...» Es una estrategia muy mala, a menos que el objetivo consista en enseñar a los niños a contar.

Fritz abrió la puerta de golpe y salió de la habitación.

—Vale.

No sé cómo consiguió concentrar tanta rebeldía y tanto mal humor en una sola palabra. Ya no era el chico esbelto que aparecía en el vídeo. Había engordado, probablemente por culpa de las féculas que le dieron en el correccional. Era la primera vez que lo veía en persona. No pude evitar asociarlo al descaro con el que meneaba el pito en la cinta, imagen que me esforcé en reprimir.

—¿Por qué no le cuentas a Kinsey lo que nos has contado a nosotros? —sugirió Lauren.

Fritz se dejó caer en una butaca y cruzó los brazos.

—Jo, mamá. ¿Quieres que se lo suelte todo de golpe cuando ni siquiera nos has presentado?

—Kinsey, éste es Fritz. Fritz, ésta es Kinsey. No la hagamos perder más tiempo.

—No parece que te importe mucho hacérmelo perder a mí —repuso Fritz.

Lauren cerró los ojos.

—Fritz.

—¡Qué coñazo de tía! Si tú no me crees, ¿cómo va a creerme ella?

Hollis se acercó a ellos en dos zancadas y amenazó a su hijo con el puño.

—Te hincharé la cara a hostias si le hablas así a tu madre. Vuelve a emplear ese tono y tendrás que recoger los dientes del suelo.

El estallido me pilló desprevenida. Había dado por sentado que Hollis era un hombre afable de mediana edad, partidario de técnicas educativas tan ineficaces

como las que empleaba su esposa. El método de Lauren consistía en engatusar, regañar, persuadir y expresar aprecio ante la más mínima muestra de obediencia. No podía creer que Hollis hubiera amenazado con tumbar de un puñetazo a su propio hijo delante de una visita. La amenaza me dejó con los nervios a flor de piel, y el vello de los brazos se me erizó como si hubiera electricidad estática en el ambiente. El corazón me dio un vuelco por si yo era la siguiente.

Al parecer, Hollis le habría propinado más de un golpe a su hijo en el pasado, porque Fritz abandonó el tono chulesco. Su actitud seguía siendo huraña, pero ya no se hacía el gallito. La escena me horrorizó y permanecí inmóvil como una piedra, esperando a que se disipara la tensión. Lauren ni se inmutó. Entretanto, Hollis bajó el puño y agarró de nuevo el vaso al sentarse. La conversación continuó sin nuevas amenazas de abusos paternos.

Lauren se volvió hacia mí.

—Fritz nos ha contado que fue una gansada. Dice que grabaron la cinta para divertirse.

—Ayer hablé con Iris y me dijo algo parecido —observé.

—¡Porque es verdad! Sólo estábamos haciendo el imbécil y echándonos unas risas. Fue idea de Austin, pero Iris se apuntó enseguida al plan. Le encantó la idea de grabar una peli porno, pensó que sería un puntazo. Lo fingió todo, se hizo la desmayada pero sabía que era una broma, ¿no? —preguntó Fritz mirándome en busca de apoyo.

—La verdad es que eso no lo admitió, pero dijo que estabais «haciendo el tonto».

—Eso mismo. Pura comedia.

—¿Y por qué no lo dijiste antes? —preguntó Hollis.

—Porque sabía que responderías así. Os estoy diciendo la verdad y me llamáis mentiroso.

—Tu padre te ha preguntado que por qué has tardado tanto en dar una explicación —dijo Lauren.

—Porque no me contasteis lo del chantaje hasta ayer.

—Me refiero a hace diez años, cuando la cinta salió a la luz.

—Dijiste que no la habías visto, así que ¿cómo iba a explicártelo? Me juraste que no la viste.

—Porque tú me acusaste de haberla cogido —respondió Lauren—. Tuve que alegar desconocimiento. ¿Qué otra cosa iba a hacer? No iba a revelar los detalles sórdidos en pleno juicio. Intentaba protegerte, no empeorar las cosas.

—Retrocedamos un poco —sugirió Hollis. No vimos ningún indicio de que

Iris estuviera «haciendo el imbécil», y lo que tú y Troy hicisteis no puede calificarse de broma precisamente.

—La cinta estaba editada. Paramos cinco o seis veces para decidir lo que haríamos a continuación. Esas escenas están cortadas. No había guion, improvisábamos sobre la marcha.

—Mira, Fritz, estamos dispuestos a concederte el beneficio de la duda, pero ¿dónde están todas esas tomas eliminadas? O supuestas tomas eliminadas —rectificó Hollis.

—Ya vuelves con lo mismo. «Supuestas tomas eliminadas» —repitió Fritz con tono sarcástico, lanzándole una mirada hostil a su padre.

—Limítate a responder.

—¿Y yo cómo voy a saberlo? Bayard se encargó del montaje, y luego le pasó la cinta a Austin para que la revisara. Cuando me la dieron a mí, esas escenas habían desaparecido. Podéis ver los saltos en la cinta, debe de haber tres o cuatro. Austin debió de quedarse con las tomas eliminadas.

—Por fin vamos avanzando. ¿Te lo dijo Austin?

—No con esas palabras. Supuse que se las habría quedado él, porque era el director y tenía la última palabra. Así es como se hace en Hollywood, según dijo.

—Sí, claro. Una producción de Hollywood. Ya veo —dijo Hollis.

—Otra vez igual, ya vuelves a ponerte en plan borde. ¿Por qué no se lo preguntas a Bayard? Te dirá lo mismo que yo.

—Ya me lo imagino. Si no, se trataría de una agresión brutal a una niña. ¿Qué edad tenía entonces, catorce?

—Nosotros no la forzamos. Fue consentido, y ni siquiera era sexo auténtico. Fue un juego, y ella lo aceptó. No estaba borracha, y tampoco había perdido el conocimiento. Se partía de risa entre toma y toma.

—Hijo, no sabes lo que nos gustaría creerte, pero tal y como están las cosas, si esa cinta cae en manos del fiscal del distrito la habrás cagado a lo grande.

—¡Ya lo sé! ¡No hace falta que te repitas, hostia! Estamos metidos en un buen lío, ya lo capto. ¿Qué queréis que haga?

—Para empezar, conseguirnos pruebas de lo que dices —contestó Lauren—. De momento, no parece haberlas.

—¡No tengo ninguna prueba!

—Lo que nos pone en una situación muy difícil, ¿no te parece?

—Joder, mamá. Si pagarais a ese tío, el problema desaparecería. ¿Por qué no hablamos de eso?

—Tu madre ya te lo ha dicho antes. No pensamos pagar.

—¿Por qué no? Veinticinco mil pavos no son nada para vosotros. ¿Por qué no hacéis lo que dice?

—Porque no tenemos ninguna garantía de que pagar ponga fin a este asunto. Si pagamos, ¿quién nos asegura que ese sinvergüenza no va a volver? Podríamos vivir el resto de nuestra vida pendientes de esa amenaza.

—Si nos pescan a Troy y a mí por esto, nos juzgarán como adultos. Si no pagáis, podríamos pasar años entre rejas. ¿Es eso lo que queréis? Porque a mí me parece una auténtica putada.

Lauren se volvió hacia mí.

—¿Por qué no escuchamos la opinión de Kinsey?

—¿Y a quién le importa su opinión? Vosotros corréis con los gastos, así que dirá lo que queráis que diga.

—Correremos con los gastos a pesar de todo. Al menos ten la cortesía de escucharla.

—¿Para qué? ¿Por qué no me apoyáis, aunque sea por una vez? Es mi vida la que está en juego.

—Fritz... —dijo Hollis.

Interrumpí la conversación con la esperanza de desviar un nuevo encontronazo verbal.

—Entiendo tu punto de vista, Fritz, pero la decisión de tus padres depende de cuestiones que quizá no hayas considerado —expliqué—. Cuando surgió este problema, lo primero que hicieron tus padres fue consultar a un abogado penalista. Les aconsejó encarecidamente que no pagaran, por las mismas razones que te han dado ellos. Es necesario plantarse, y éste parece un buen momento para hacerlo. Si pagan, será como abrir la caja de los truenos.

—Pues yo no estoy de acuerdo y mi opinión debería contar para algo, ¿no le parece?

—Sólo si te sobran veinticinco mil dólares —interrumpió Hollis.

—Estupendo, cargadme a mí con toda la culpa. Ya me tienen cogido por los huevos, así que echadme aún más mierda encima.

—Cariño, ya que no respetas nuestro punto de vista, ¿tú qué sugieres?

—No perdáis más el tiempo. Dadle a ese tío lo que quiere, y decidle que ahí se acaba la historia. Decidle que no le pagaréis ni un centavo más, y que si no acepta el trato se puede ir a la mierda. No entiendo por qué os cuesta tanto verlo.

Lauren se inclinó hacia delante.

—¿Sabes cuánto hemos soltado ya para pagar a tus abogados? Medio millón de dólares. Tuvimos que vender la casa para conseguir esa cantidad.

—Entonces no os quejasteis por lo del dinero.

—Muy bien. Págalo tú, si te parece tan buena idea —dijo Lauren.

—¿De dónde voy a sacar una cantidad así? Por si no os habéis enterado, estoy en el paro y acabo de salir de la cárcel, así que nadie me va a contratar. Aunque tuviera trabajo, no podría ganar toda esa pasta ni en un millón de años.

—No nos parece que sea responsabilidad nuestra —dijo Hollis—. Tú nos has puesto en esta situación. Cabe señalar una vez más.

—Que os jodan.

Hollis cerró los ojos, haciendo un esfuerzo por controlarse.

—Sabes, hijo, ésta es la actitud que te ha causado tantos problemas. Actúas sin pensar en las consecuencias.

—¡Ya me lo has dicho antes, papá! ¿Y qué quieres que te diga? El pasado, pasado está. Ya no hay nada que hacer, no puedo cambiarlo.

—Centrémonos en el aquí y ahora —dijo Lauren.

—No hay ningún aquí y ahora. Yo me largo —espetó Fritz. Se levantó de un salto y se dirigió a su dormitorio con la cara roja de ira. Se volvió una vez y luego dijo—: Haced lo que queráis, pero prefiero colgarme antes que regresar a la cárcel, así que tenedlo en cuenta.

Fritz cerró la puerta de su habitación de golpe y ya no volvió a salir.

Aquel portazo fue el colofón perfecto a una escena que ya me parecía exagerada de por sí. Hay que reconocer que el alboroto resulta útil para desviar la atención de las cuestiones que uno espera evitar.

Hollis me miró a los ojos.

—Ya ves con qué nos toca lidiar —dijo con tono extrañamente satisfecho.



Dejé a los McCabe y volví a casa. Cuando doblé la esquina para meterme en mi calle, descubrí que aparcar sería más difícil que de costumbre porque uno de mis vecinos celebraba una fiesta. Vi una casa con las luces encendidas y varios coches aparcados en el camino de acceso, donde normalmente sólo cabían tres. No quedaba ni un sitio libre en toda la calle. Tuve que dar la vuelta a la manzana dos veces, y finalmente no me quedó más remedio que meter el Honda en un espacio semilegal cerca de la esquina de Albanil con Cabana Boulevard. Mientras cerraba el coche me fijé en un peatón solitario: un hombre envuelto en un impermeable negro que volvió la cara hacia el otro lado cuando cruzó la calle un poco más adelante. Llevaba las manos metidas en los bolsillos, y al caminar rompía la quietud de la noche. Algo en su postura y en la forma de su cabeza me recordó a Ned Lowe. Aminoré el paso y dirigí la mirada hacia las sombras, con el cerebro momentáneamente desconectado del cuerpo. Había visto a Ned en muy pocas ocasiones —puede que tres o cuatro—, lo que significaba que mi capacidad para reconocerlo en la oscuridad era bastante limitada. Bajo la tenue luz de la farola el parecido podría haber sido una ilusión óptica, pero el intento de allanamiento en mi despacho ya me había provocado cierta inquietud. Empecé a salivar igual que uno de los perros de Pávlov al oír el sonido de la campana, y me vi trasladada al pasado como si me arrastraran con el cayado de un pastor.

Sentí su peso, la presión de su rodilla en mitad de la espalda. Me encontraba de nuevo boca abajo, tendida sobre la moqueta de mi despacho. Incapaz de darme la vuelta, incapaz de moverme o de zafarme de él. Sentí cómo me tapaba la boca con la mano, cómo me pellizcaba la nariz para impedirme respirar. Los pulmones me ardían por la falta de oxígeno. Percibí el olor de su loción para después del afeitado: almizcle y pachulí, como en la sala de espera de una pitonisa; la pelusa rasposa de su mejilla sin afeitar, su piel algo grasienta.

Recordé cómo resoplaba mientras me impedía respirar. Ned era un hombre de mediana edad que parecía cansado, y su aspecto me hizo suponer que sería incompetente. Grave error el mío, dado lo cerca que había estado de matarme.

Sacudí la cabeza. El pánico desapareció tan pronto como me había invadido, y mi intelecto retomó el control. Si Ned había vuelto, ¿por qué iba a arriesgarse a aparecer en mi barrio a menos que estuviera explorando el terreno? ¿Y qué diantres querría?

Corrí hasta mi casa con la oscuridad a mis espaldas, impelida hacia delante por el miedo. Al abrir la verja, vi el resplandor de la luz del baño que había dejado encendida para cuando volviera, pero aquel ambiente acogedor no me proporcionaría demasiado consuelo si Ned había estado allí, intentando forzar la cerradura. Rodeé la esquina del estudio. Henry había apagado la luz del porche y el jardín trasero estaba envuelto en la penumbra. Permanecí inmóvil unos instantes mientras los ojos se me acostumbraban a la oscuridad. Gracias a la luz de las farolas pude distinguir una pequeña montaña gris: era la tienda de Pearl, plantada en medio del suelo de tierra. El gato *Ed* cruzó delicadamente el jardín como si fuera un espectro y luego desapareció entre los arbustos. Henry tendría que encontrar la manera de impedir que se le escapara el minino. Pearl y Lucky estaban sentados en las hamacas de madera, pero sólo alcancé a ver sus formas fantasmagóricas y las brasas de sus cigarrillos, brillando como puntos rojos en la negrura.

—Hola, Lucky. ¿Encontraste a tu perro?

—Sí, pero Henry dijo que deberíamos llevarlo al veterinario por si tiene lombrices. Como le falta alguna vacuna, el veterinario ha dicho que se lo quedará hasta mañana.

—Me alegro de que lo hayas recuperado.

—Yo también. Es el mejor amigo del hombre y todo eso.

—Hablando de amigos, el tuyo acaba de irse —dijo Pearl despreocupadamente.

—¿Qué amigo?

—Un tío que te estaba buscando. No hará más de cinco minutos. Me sorprende que no te hayas topado con él.

—Creo que lo he visto, y no es amigo mío. Es un asesino de mujeres.

Pearl se echó a reír, pero captó el tono de mi voz y su sonrisa se desvaneció.

—¿Es el cabrón que mató a esas chicas?

—Ned Lowe —respondí.

—¿Por qué te busca?

—Espera añadirme a su lista.

—Vaya, lo siento, nena. Qué putada. No tenía ni idea. Parecía un tío normal y corriente. No era tu tipo, pero ¿qué voy a saber yo? ¿Tú qué piensas, Lucky? ¿Te ha parecido amenazador?

—Me ha parecido escurridizo. Puede que estuviera oscuro, pero he visto enseguida que no era un tío normal.

—¿Ah, sí? —preguntó Pearl—. ¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Porque me lo he oído.

—Pues ojalá me lo hubieras dicho. Y yo charla que te charla con él, la mar de simpática.

—Eres demasiado confiada, Pearl —observó Lucky—. Te lo he dicho otras veces. ¿Y si te hubiera atacado?

—A mí no puede estrangularme, tengo el cuello tan grueso que ni siquiera podría rodeármelo con las manos. Si vuelve a aparecer por aquí, lo noquearé de un puñetazo —afirmó Pearl—. ¿En qué dirección iba?

—Ha girado a la izquierda por Cabana.

—¿Sabes qué? Mañana les diré a mis colegas que tengan los ojos bien abiertos. Puede que ese tío se aloje en uno de los moteles baratos que están cerca de las vías del tren, o que duerma en la playa. Incluso podría esconderse en ese campamento de vagabundos que usaban los *boggarts* antes de que los echaran de allí.

Los *boggarts* eran una banda de matones despiadados que se apostaban junto a los carriles de salida de la autopista para mendigar.

—Ese tipo es un mal bicho —dije—. Si lo ves, llama a la policía. No te enfrentes a él.

—No me metería con un tipo así, pero seguro que lo encontramos. No te preocupes. Si está por aquí, daremos con él.

Entré en mi estudio, donde comprobé que todos los cerrojos estuvieran corridos. Después subí las escaleras de dos en dos y saqué mi pistola H&K P7 del baúl cerrado con llave que tengo a los pies de la cama. Aunque había hecho ejercicios de tiro para mejorar mi puntería, no pensé que tendría que protegerme, así que había puesto la pistola a buen recaudo. Comprobé la carga y saqué la pistolera y el arnés, me los coloqué y protegí la semiautomática bajo la axila. Me puse un cortavientos sobre el jersey de cuello alto y me miré al espejo. ¿Cuál era mi plan? Ya me veía acarreado la pistola bajo la teta izquierda cada día. Me imaginé en el súper, alargando el brazo para coger un cartón de leche sin poder evitar que asomara la culata de la pistola. Si la guardaba bajo llave en la guantera

del coche, me sería tan difícil acceder a ella como si la tuviera metida en el baúl a los pies de la cama. Lo mismo podía decirse de mi escritorio en el despacho. Si no estaba dispuesta a llevarla encima, ¿de qué iba a servirme? Me hice con la linterna, que era lo bastante recia para usarla como arma en caso de apuro, y a continuación me dirigí a paso ligero hacia el restaurante de Rosie.

Pese a la *happy hour*, la taberna estaba casi vacía. Los lunes y los martes por la noche solía haber menos clientela. La cosa se animaba los miércoles, y al llegar el fin de semana, el local se llenaba a reventar. Rosie estaba sentada frente a la barra leyendo el *Dispatch*, un periódico local cuya escasa información provenía principalmente de las agencias de noticias. La interrogué para asegurarme de que mi «amigo» no hubiera pasado por allí antes preguntando por mí. Rosie conocía todos los detalles de mi encuentro con Ned Lowe y me aseguró que estaría en guardia.

Jonah acababa de levantarse de la mesa a la que estaba sentada Anna Dace, y vi cómo se ponía la chaqueta con la intención de irse a casa.

Crucé el local y me acerqué a él.

—Ned Lowe ha vuelto —dije sin más preámbulos.

Jonah se detuvo mientras se ponía bien el cuello de la chaqueta.

—¿Cuándo?

—No estoy segura. Ayer por la tarde se disparó la alarma de mi despacho, parece que alguien intentó entrar después de romper la ventana de la cocina. La empresa de seguridad llamó a la policía, y el agente que acudió al despacho encontró la piedra que habían lanzado. Hace unos minutos he visto a un hombre vestido con un impermeable que doblaba la esquina en Albanil y se metía por Cabana. No puedo jurar que fuera él, pero es muy probable. Acababa de pasar por mi estudio para preguntar por mí. Afortunadamente, Pearl y un amigo suyo estaban allí. Pearl acampa en el jardín trasero de Henry, y por una vez me alegro de tener compañía.

—Déjame hablar con el jefe de turno y ya te llamaré. Podría reforzar las patrullas de esa zona. ¿Estás bien?

—Sí, pero no dormiré tranquila hasta que lo encontréis.

—No tendría que ser muy difícil si está por tu barrio. Ya me encargaré de que emitan una orden de búsqueda, y puede que consigamos localizarlo —dijo Jonah—. ¿Quieres que te acompañe a casa?

—Necesito sentarme un rato para serenarme.

—Lo entiendo. Cuídate. Te llamaré en cuanto me entere de algo.

—Te lo agradezco.

—Oye, casi se me olvida preguntártelo. ¿Cómo te fue la reunión?

Lo miré perpleja.

—¿Qué reunión?

—Con Lauren McCabe.

Por un momento no supe qué decir. De ninguna manera podía hablarle de la cinta, ni del chantaje.

—Bien, me fue bien. Conocí a Hollis y a Fritz —añadí, como si fuera un dato relevante.

—¿Te va a contratar?

—Aún lo estamos hablando —respondí. Si me hacía una pregunta directa sobre la clase de trabajo que era, tendría que echar balones fuera o mentir, algo que prefiero no hacer con los amigos. Jonah entendería que quisiera proteger a mi cliente, pero pensé que cuanto menos dijera, mejor—. ¿Cómo están Courtney y Ashley? No las he visto últimamente.

—Camilla no quiere que vengan. Dice que esto es un antro de mala muerte, y que no tienen nada que hacer aquí.

—Pues, por lo que he visto, ella parece estar muy a gusto cuando viene.

—Es una mujer adulta, y ellas unas chicas muy impresionables.

—Venga ya. Una visita de vez en cuando no les hará ningún daño. Ya sabes que Rosie siempre está muy pendiente de ellas.

—Eso mismo le dije a Camilla. Sospecho que acabará cediendo, pero de momento es mejor que no vengan mucho por aquí. Yo tendría que hacer lo mismo —dijo Jonah—. Me alegro de volver a verte.

—Y yo de verte a ti.

Jonah saludó a Rosie con la mano al salir. Anna permaneció sentada con un gin-tonic en la mano, sin levantar la vista del *Cosmopolitan* que estaba leyendo.

Rosie apareció a mi espalda con una copa de vino blanco peleón que ni siquiera le había pedido.

—Eres un encanto —dije.

—Guardo un bate de béisbol detrás de la barra. Si viene ese tío, le romperé la crisma.

Me levanté y le di un abrazo, lo que nos sorprendió a las dos.

—Gracias, lo digo en serio. Dale en las rodillas primero —añadí en voz baja. Cuando Rosie se fue, volví mi atención hacia Anna.

—¿Te importa si me siento contigo?

—En absoluto. ¿A qué ha venido eso?

Me senté a su mesa.

—Parece que Ned Lowe ha vuelto —respondí, y luego repetí la historia de la ventana rota de mi despacho y la aparición del hombre del impermeable. Sentí cierto alivio al contarle, como si la repetición restara gravedad a los dos incidentes—. Pearl me ha dicho que un «amigo» ha pasado por allí preguntando por mí poco antes de que yo volviera a casa esta noche.

—Vaya, mal asunto.

—¿Y qué hay de ti? ¿Cómo te va? Pareces deprimida.

—¿Quién, yo? En absoluto. No es a mí a quien acosan.

—Jonah me ha dicho que hará correr la voz entre sus compañeros, pero no creo que sirva de mucho.

Me tomé media copa de vino como si fuera agua, y además tuvo el mismo efecto. No me extraña que la gente se meta en problemas por culpa de la bebida.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Anna.

—Ojalá lo supiera. Aumentaré las medidas de seguridad, aunque todavía no he decidido si debería llevar la pistola siempre encima. Solía llevarla en la zona lumbar, pero ése es el punto preferido de Ned. Puede que compre aerosol de pimienta, que es bastante eficaz siempre que no te lo dirijas a la cara.

Anna se estremeció.

—Tendríamos que volver a casa juntas.

—Me parece bien. ¿Estás lista?

—Sí, si tú también lo estás.

Apuré la copa de vino y esperé a que Anna recogiera el jersey y el bolso.

—¿Te lo apuntan en tu cuenta? —pregunté señalando su vaso.

—Está pagado.

Recorrimos la media manzana hasta mi casa siguiendo el haz de luz de mi linterna. Cuando llegamos al camino de acceso de Henry, me detuve un momento y observé a Anna cubrir la corta distancia que había hasta la casa de Moza. Subió las escaleras del porche y, después de entrar en la casa, encendió y apagó la luz de fuera dos veces para indicarme que estaba bien. Atravesé la verja chirriante y doblé la esquina hasta llegar a mi puerta, consciente de cada sombra y del crujido de las hojas movidas por el viento. No vi ni a Lucky ni a Pearl, por lo que supuse que dormirían dentro de la tienda. Me sentía más segura sabiendo que esos dos estaban ahí, como perros guardianes.

Entré en mi estudio y cerré con llave. Antes de subir al altillo por la escalera de caracol, encendí las luces de fuera. Esperaba que el resplandor no penetrara en la tienda y despertara a sus ocupantes, pero si eso sucedía tendrían que aguantarse. Me pareció sensato iluminar el exterior del estudio. Por segunda vez

en una hora, comprobé los cerrojos de puertas y ventanas. Aún conservaba la alarma para puertas que Robert Dietz me había proporcionado años atrás, cuando tuve el dudoso honor de ser uno de los cinco nombres en la lista de víctimas de Tyrone Patty. Coloqué la alarma portátil sobre el tirador, donde emitiría un estruendo ensordecedor si alguien trataba de forzar la puerta. También hice un reconocimiento rápido del estudio para asegurarme de que Ned Lowe no hubiera entrado a hurtadillas, se hubiera aplanado como una araña y se hubiera deslizado bajo mi sofá cama. No me pareció que pudiera ocultarse en un espacio de diez centímetros de alto, pero eché un vistazo de todos modos.

Cuando ya estaba en la cama con la luz apagada, consideré la situación. Ned era de esa clase de hombres que disfrutaban persiguiendo a sus víctimas. Querría asegurarse de tenerme atemorizada, porque mi desazón contribuiría a aumentar su felicidad. Yo no era una de esas mujeres de actitud desafiante empeñadas en impedir a toda costa que un hombre perturbe su tranquilidad. ¿Qué tranquilidad? Incluso la posibilidad de verlo a media manzana de distancia bastaba para mantenerme despierta por la noche. Con tal de pensar en otra cosa, recordé mi encuentro con Fritz McCabe. Había algo en aquella conversación que no me cuadraba, pero no se me ocurrió qué podría ser. Cuando quise darme cuenta, dormía como una bendita. Y entonces el despertador empezó a sonar.

Fui al trabajo por otro camino. Ned Lowe sabía dónde estaba mi despacho y tenía la dirección de mi casa, pero no me gustaba pensar en la posibilidad de que me siguiera. Mientras aparcaba en el camino de acceso del despacho, dediqué unos minutos a hacer un reconocimiento visual. Luego salí del coche, lo cerré con llave y recorrí el corto trecho hasta la puerta. Cuando tecleé el código, la luz de la alarma pasó de rojo a verde, lo que consideré una prueba de que nadie había entrado en mi despacho. Dejé las puertas de delante y de atrás cerradas con llave, y las alarmas perimetrales conectadas. Si Ned Lowe forzaba la cerradura esperando pillarme desprevenida, yo dispondría de unos cuantos segundos de advertencia.

Cuando me senté al escritorio me vino a la cabeza la pregunta que llevaba tiempo rondándome el subconsciente, en un intento de captar mi atención. Me quité el cortavientos, descolgué el teléfono y llamé a Lauren McCabe, que contestó al cabo de dos timbrazos.

—Hola, Lauren. Soy Kinsey. ¿Tienes un minuto?

—Sí, claro. Hollis se acaba de ir al trabajo y Fritz aún está durmiendo. ¿En

qué puedo ayudarte?

—Le he estado dando vueltas a un par de cosas que se mencionaron en la conversación de anoche.

—¿Qué cosas?

—Me preguntaba por qué no habíais tenido noticias del extorsionista. Lo más lógico es que ya se hubiera vuelto a poner en contacto con vosotros. Dijo que os dejaría un mensaje con instrucciones.

—Yo también me lo he preguntado. Cada vez que suena el teléfono me temo lo peor, y pasa lo mismo cuando llega el correo. He pensado que a lo mejor nos estaba dando tiempo para reunir el dinero.

—Poco probable, pero sería muy considerado por su parte.

—¿Tú qué opinas?

—Creo que se trata de alguien muy poco profesional. Ni siquiera estoy segura de que ese tipo tenga un plan. Cuanto más tarde en actuar, más tiempo os estará dando para llamar a la policía o al FBI.

—Por otra parte, éste es el momento más arriesgado en cualquier chantaje, ¿no te parece? —observó Lauren—. Cuando nos diga dónde dejar el dinero, el chantajista tendrá que jugar su baza. Seguro que sabe que podríamos llamar a la policía para que estén al acecho.

—Es cierto, pero todo esto me parece muy raro. Me refiero a que, de momento, no existe ninguna garantía de que no haya una docena de copias más. El extorsionista no puede pretender que paguéis hasta que os haya aclarado ese punto.

—No sé cómo responder a eso. Hollis da por sentado que el extorsionista nos especificará las condiciones cuando nos explique cómo pagar los veinticinco mil pavos.

—Lo que nos lleva al siguiente punto. Fritz dijo un par de veces que veinticinco mil no eran nada para vosotros. No te estoy preguntando sobre vuestra situación económica, pero imagino que tendréis bastante dinero.

—Supongo que sí. No somos ricos, pero nos va bien. Más que bien —se corrigió.

—Y cualquiera que os conozca lo sabe, ¿no?

—Sin duda. No somos ostentosos, pero tampoco ocultamos el hecho de que vivimos bien.

—Entonces, ¿por qué no os pidió el extorsionista cien mil dólares, o medio millón incluso? Esa cantidad también podríais conseguirla, ¿no?

—Dios santo, no nos desees algo así.



—En absoluto. Me preguntaba acerca de su marco de referencia. Puede que para él veinticinco mil dólares sea mucho dinero.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que hace bastantes años se cometió un secuestro en Santa Teresa. Yo investigué el caso mucho tiempo después, pero me llamó la atención que pidieran tan poco dinero. Después resultó que los secuestradores eran dos adolescentes que creían que quince mil dólares eran una fortuna —expliqué—. La otra posibilidad es que vuestro extorsionista tenga un objetivo específico en mente, y que sólo necesite esos veinticinco mil.

—¿Para qué los necesitaría?

—Quizá para independizarse.

Se produjo un tenso silencio.

—¿No insinuarás que Fritz está detrás de todo esto?

—Eso explicaría por qué insiste tanto en que paguéis.

—No nos haría algo así. Es absurdo.

—Puede que no te guste esa posibilidad, pero no es tan absurda como crees —repuse—. No recibisteis la cinta con la nota hasta que él volvió a casa.

—Pura coincidencia.

—No estaría tan segura. Doy por sentado que su salida de la cárcel es lo que provocó el chantaje. ¿Tú no lo ves así también?

—Eso no significa que el chantajista sea él.

—¿Y si ha tenido la cinta desde que lo internaron en el correccional de menores?

—Eso no es posible. Se enfadó muchísimo cuando descubrió que la cinta había desaparecido. Estoy segura de que no fingía. Además, vendimos la casa y nos mudamos mientras Fritz estaba en el correccional. Tuvimos que empaquetar todas sus cosas. Si hubiera tenido la cinta, la habríamos encontrado.

—A menos que se la hubiera confiado a algún amigo suyo. Podría tener un cómplice que ahora le estuviera ayudando a coordinarlo todo.

—En ese caso, ¿por qué acusaría a Sloan de habérsela robado?

—Para desviar la atención.

Me di cuenta de que Lauren empezaba a impacientarse.

—Nos dijo que Sloan usó la cinta para amenazar a Austin, lo que significa que es mucho más probable que ella se la entregara a alguien para que se la guardara. No creo que se la hubiera entregado a Iris, pero a Poppy quizá sí. De hecho, podría habérsela dado a cualquiera. La cuestión es que no te pago para que involucres a mi hijo en esto.

—Lo único que digo es que no creo que debamos descartar nada por ahora.

—Pues yo sí que lo descarto, así que pasemos a otra cosa.

—¿Qué sugieres? —pregunté, intentando no sonar muy brusca.

—El paso más obvio sería localizar a Troy y a Bayard, y preguntarles si corroboran lo que ha dicho Fritz sobre las escenas cortadas. Si hubo cortes y la cinta era un engaño, a mi entender ninguno de los dos corre peligro.

—En teoría es así, pero sin la cinta original, ¿quién va a creerlos?

—No nos adelantemos a los acontecimientos —contestó Lauren con irritación—. Si Troy confirma lo que nos ha dicho Fritz, puedes centrarte en el asunto de las tomas descartadas e intentar localizarlas. Ahora mismo sólo tenemos su palabra. También deberías ponerte en contacto con Poppy por si sabe lo que hizo Sloan con la cinta.

—De acuerdo —acepté. Le hice una mueca al teléfono para demostrar que no pensaba pasar por el aro sin una protesta.

Después de colgar saqué la lista de nombres que había apuntado después de mi primer encuentro con Lauren. Seguía pensando que mis sospechas sobre Fritz estaban justificadas, aunque su madre no lo viera así. Pero yo era su empleada, y ella tenía todo el derecho a llevar la voz cantante. Al menos le había sugerido la idea, y si Fritz estaba involucrado en el chantaje, quizás acabaría delatándose.

Ya conocía a Iris, pero aún me faltaba conocer a Poppy, Troy y Bayard. También tendría que visitar a la madre de Sloan para averiguar lo que sabía. No me apetecía nada hablar con la madre de la chica muerta, por lo que no tardé en autoconvencerme de que sería mejor empezar por lo más fácil. Saqué la guía telefónica del cajón de abajo de mi escritorio y busqué sus números. Poppy no figuraba en el listín. Puede que se hubiera casado, o que se hubiera marchado de la ciudad en los últimos años. Sin embargo, sí encontré a un doctor Sherman y una Loretta Earl con domicilio en Eden Way, una calle de Horton Ravine. La dirección y el teléfono de la consulta del doctor Sherman aparecían a continuación, y también los copié. Al parecer, el doctor Sherman era cardiólogo. Bayard Montgomery y Troy Rademaker sí que figuraban en la guía, así que anoté sus direcciones y teléfonos respectivos. Luego hice una llamada rápida a Ruthie para que me diera el nombre del taller mecánico en el que trabajaba Troy Rademaker. Así empezaría con cierta ventaja.

Pertrechada con toda la información, me puse el cortavientos y cogí el bolso. A continuación conecté la alarma, cerré el despacho con llave y me dirigí al coche. Antes de arrancar, guardé la pistola en el maletero y lo cerré con llave. No quería alarmar a quienquiera que aceptara hablar conmigo. Saqué el callejero de

la guanterera y dediqué un par de minutos a buscar Eden Way. Un cuarto de hora después ya atravesaba la verja de hierro forjado, que estaba abierta en la entrada de la propiedad. El camino de acceso adoquinado bordeaba un tramo de césped inclinado que se extendía hacia la izquierda y acababa en un aparcamiento circular. La casa era de piedra gris y estilo Tudor, con sus listones a la vista y sus ventanas con parteluz. ¿Cuántas viviendas así tendríamos en la ciudad? Por todas partes se veían casas de estilo Tudor. Casi esperaba ver salir de ellas a Ana Bolena. Un jardinero montado en un cortacésped había creado un cuidado sendero en la hierba de un verde brillante.

Aparqué al final del camino de acceso y caminé hasta la puerta. Llamé al timbre y me volví para admirar los inmensos robles esparcidos por todo el jardín. Me percaté de que ya no se oía el ruido del cortacésped y vi que el jardinero venía hacia mí, secándose el sudor de la cara con un pañuelo.

—¿Puedo ayudarla en algo?

Llevaba vaqueros, una camiseta y una gorra de béisbol que se quitó al dirigirse a mí, revelando una calva rodeada de una franja de pelo gris.

—¿Viven aquí los señores Earl?

—Sí. Soy el doctor Earl.

Me tendió la mano y se la estreché.

—Encantada de conocerlo. Me llamo Kinsey Millhone. Pensaba que usted trabajaba aquí, así que disculpe.

—No pasa nada —dijo el hombre. Tendría cincuenta y muchos y no era corpulento, pero supuse que habría aumentado de peso a lo largo de los años y aún no había cambiado de talla de pantalón—. Hoy tengo la tarde libre. Corto el césped porque es una tarea rutinaria y me da tiempo para ordenar las ideas. ¿Usted es la investigadora privada?

—La misma. ¿Nos conocemos?

—Recuerdo haber leído algo sobre usted en el periódico cuando desapareció Dowan Purcell.

—Fue un mal asunto —dije—. ¿Era amigo suyo?

—Éramos socios del mismo club de campo, aunque no teníamos mucho trato. ¿Ha venido a preguntarme por él?

Negué con la cabeza.

—Vengo con la esperanza de localizar a Poppy. Como no figura en el listín, he pensado que a lo mejor usted podía decirme dónde encontrarla.

—Mi hija es una chica muy popular últimamente. Ese chico que acaba de salir de la cárcel también espera poder ponerse en contacto con ella.

—¿Fritz McCabe? No lo sabía.

El doctor Earl dirigió la mirada a algún punto situado detrás de mí, y al volverme vi un Lincoln Continental negro que entraba por el camino de acceso sin apenas hacer ruido.

—Mi esposa —dijo el doctor Earl.

Los dos observamos cómo aparcaba. El maletero se abrió con un ruido sordo. La mujer salió del coche y fue hasta la parte de atrás, donde sacó varias bolsas de los almacenes Saks Fifth Avenue. Llevaba un abrigo de visón largo hasta el suelo que parecía excesivo para la cálida temperatura otoñal.

Cuando se acercó a su marido, ambos intercambiaron uno de esos besos protocolarios propios de una relación conyugal amigable, pero poco más.

—Loretta, mi mujer —dijo el doctor Earl—. Y ésta es Kinsey Millhone.

Nos dimos un rápido apretón de manos antes de que Sherman Earl continuara hablando.

—Está buscando a Poppy.

—¿Por qué motivo? ¿O Sherman ya se lo ha preguntado?

Loretta tenía las raíces del pelo oscuras y mechas rubias, como si el sol se las hubiera aclarado. Sonreía de forma forzada y en su tono, si bien cortés, percibí un dejo de crispación.

—Acabo de llegar, así que su marido no ha tenido ocasión de preguntármelo. Siento haberme presentado sin avisar.

—Es un poco tarde para preocuparse de eso ahora, ¿no? —preguntó Loretta sonriendo abiertamente, como si pretendiera ser ingeniosa en vez de grosera. Menuda suerte la mía. La tipa era maliciosa además de suspicaz.

El doctor Earl se volvió a poner la gorra.

—Si a las damas no les importa, yo seguiré trabajando.

Loretta fue hacia la puerta de entrada. Hablando por encima del hombro, dijo:

—Ya que ha venido, será mejor que entre.

—Si ahora no le va bien, puedo pasar otro día.

Loretta no se molestó en contestar. Abrió la puerta y se detuvo unos instantes en el recibidor para quitarse el abrigo de visón, que lanzó sobre una silla antes de dirigirse hacia el fondo de la casa.

La seguí resignándome a mantener unos minutos de insoportable conversación, durante la que ella esquivaría mis preguntas y me suministraría la información con cuentagotas, si es que se dignaba contestar.

Pero la había juzgado mal. Afortunadamente, Loretta no era la madre de

Poppy. Era su madrastra, y tenía tan mala opinión de la chica que se moría por compartirla conmigo.

La cinta  
Mayo de 1979

Lauren McCabe se sentó a su escritorio y extendió un cheque por veintiséis mil dólares. Era viernes y el contratista quería pagar a sus obreros, además de cobrar él. A Lauren no se le escapaba que el constructor y su alegre banda de subordinados venían a trabajar cuando les convenía. Algunos días llegaban tarde y otros ni siquiera se presentaban, pero cuando querían cobrar esperaban que Lauren apoquinara en el acto. Hollis y ella tenían dinero de sobra en la cuenta corriente, pero la sacaba de quicio ver desaparecer miles de dólares semana tras semana. Arrancó el cheque del talonario y cruzó el recibidor hasta la puerta de entrada, que estaba abierta. El contratista la esperaba en el porche con las manos en los bolsillos, probablemente dispuesto a charlar un rato mientras aceptaba el cheque, pero Lauren no estaba por la labor. Aunque su relación con aquel hombre era cordial, no le apetecía tener que fingir amabilidad.

—Que pase un buen fin de semana —dijo con tono impaciente.

—Usted también. Y gracias —contestó el contratista mostrándole el cheque.

Lauren cerró la puerta sin molestarse en responder.

Los McCabe habían comprado la casa hacía un año y aún la estaban reformando. Las obras ya deberían haberse acabado, pero parecían no tener fin. El constructor se había pasado del presupuesto. Se suponía que su oferta era en firme, pero no dejaba de encontrarse con obstáculos. Por ejemplo, el dormitorio principal, que a primera vista parecía en buen estado. Los Pruitt, el matrimonio que les vendió la casa, habían añadido la nueva suite, que incluía un baño para cada uno, dos espaciosos vestidores, una sauna y un pequeño gimnasio. Pero al iniciar las obras en el ala contigua, donde tenían que derribar las paredes de la cocina, el constructor descubrió grietas en los cimientos; los daños, causados

probablemente por un terremoto, no se habían detectado hasta entonces. El constructor les aseguró que los Pruitt no podían haberlo sabido, porque las grietas no habrían salido a la luz si los McCabe no hubieran querido cambiar la distribución original. Lauren y Hollis le dieron muchas vueltas, pero a ninguno se le ocurrió cómo evitar la reparación de los cimientos.

Todo aquel asunto la había puesto muy nerviosa, porque Hollis y ella aún no estaban acostumbrados a los derroches. Al principio de su vida matrimonial tuvieron que ahorrar hasta el último centavo para que los imprevistos no los pillaran por sorpresa. El dinero no empezó a llegar hasta que Tigg Montgomery contrató a Hollis. Después de trabajar durante varios años en el sector bancario, a Hollis le ofrecieron dirigir la gestión de patrimonios en la compañía inversora de Tigg, puesto con el que siempre había soñado. Al principio, Lauren disfrutó enormemente de aquella sensación de seguridad, después de tantos años de apuros económicos. Últimamente el sueldo de Hollis se había disparado, y también recibía generosas primas al final de cada año. Tenían que hacer algo con todo aquel dinero, y al menos los bienes inmuebles eran tangibles. Tigg los animaba a celebrar su buena fortuna. Les dijo que habían limitado sus opciones; sus horizontes se habían reducido en proporción directa con su mentalidad cicatera. Según Tigg, había llegado el momento de «expandirse y abrazar las oportunidades», de permitir que la abundancia entrara en sus vidas para así disfrutar los muchos beneficios del éxito de Hollis.

Para Lauren, que había sido pobre toda su vida, esa riqueza recién adquirida le seguía pareciendo temporal. Lo que había llegado tan fácilmente podría desaparecer con la misma facilidad. Con el tiempo, acabó creyendo en su buena suerte. Hollis había apostado por un caballo ganador: Tigg era un visionario que se anticipaba a las tendencias del mercado. Predecía cambios en la economía y luego los manipulaba en beneficio propio. Cuanto mejor le iba, más atractiva resultaba su empresa. Sus amigos y conocidos estaban tan ansiosos por beneficiarse de su inteligencia financiera que Tigg había llegado al extremo de rechazar a posibles clientes, lo que aumentaba aún más su reputación como inversor.

Tigg llevaba una vida relativamente austera, y Lauren lo admiraba por ello. Aún vivía en la misma casa de Colgate que había comprado el año en que se casó con Joan. Sí, alquilaba un gran complejo de oficinas en el centro, pero no era un espacio pretencioso. Joan y él se divorciaron. Tigg se casó por segunda vez, y cuando aquel matrimonio no funcionó, se casó de nuevo. A Lauren le habían gustado las dos primeras esposas, pero apenas podía soportar a Maisie, la

tercera. Maisie, una chica de veintiocho años, pelo negro como el azabache y ojos azules, se había empeñado en colaborar en un sinnúmero de causas benéficas repartidas por toda la ciudad. Maisie era elegante, le encantaba viajar y llevaba ropa de diseño y joyas caras. No había tenido hijos, por lo que, para colmo, lucía un tipo espectacular.

Los McCabe pasaban muchísimo tiempo con los Montgomery, e incluso se iban de vacaciones juntos. Dado que Tigg era su jefe, Hollis quería que las dos parejas mantuvieran una relación estrecha. En las numerosas ocasiones en que Lauren y Maisie ejercieron de anfitrionas, Maisie siempre conseguía sobresalir. Tenía un don para organizar cenas sencillas pero elegantes, y eso provocaba cierto resentimiento en Lauren y espoleaba sus ansias de rivalizar. Hollis se aseguró de que no saliera ni el más mínimo murmullo de desaprobación de la boca de su mujer. Maisie y Tigg eran intocables, y Lauren había aprendido a guardarse cualquier comentario negativo.

A las cinco, Lauren se sirvió una copa de vino y emprendió lo que ella denominaba «el recorrido de rigor», su inspección personal de las obras para comprobar cuánto se había hecho, lo que nunca parecía ser mucho. Hollis y ella solían hacerlo juntos, pero su marido no volvería a casa hasta las siete y Fritz estaba en una clase de tenis que duraba hasta las seis. Teniendo en cuenta el ruido, el polvo, los pitidos de la maquinaria pesada al dar marcha atrás y la infinidad de obreros que entraban y salían de la casa, Lauren esperaba cambios milagrosos. De vez en cuando descubría que habían derribado un trozo de pared, o que, por motivos que se le escapaban, habían clavado un listón de madera entre dos vigas, pero buena parte de la casa aún parecía el campo de batalla que llevaba meses contemplando.

Sintió cierto alivio al entrar en el ala donde se encontraban los dormitorios para invitados. Llegado el momento volverían a pintarlos y empapelarlos, pero por ahora no hacía falta. Lauren y Hollis se habían instalado en la suite, mientras que Fritz ocupaba un dormitorio en esta parte de la casa, cerca del estudio. Fritz les había pedido que le instalaran una puerta de entrada separada, pero Lauren se había negado en redondo. Su hijo tenía quince años y aún no conducía, pese a lo cual era difícil seguirle la pista. Cuando se sacara el permiso de conducir ya no le verían el pelo. Lauren no quería darle carta blanca para que entrara y saliera a su antojo. Por el momento, Fritz se presentaba puntualmente a todas las comidas, llegaba a casa a horas decentes y ayudaba con las tareas domésticas. A cambio, Lauren había establecido una política de puertas abiertas con respecto a sus amigos, los cuales eran bienvenidos a cualquier hora. Esta muestra de



hospitalidad le permitía vigilar a los chicos con los que salía Fritz, y le ofrecía ciertas garantías de que su hijo se portaba bien. Había pasado dos años muy malos con él. A los doce y a los trece era respondón, maleducado y poco dado a colaborar. Lauren lo envió a terapia y las sesiones lo habían ayudado, así como la medicación prescrita por su psiquiatra. Ahora volvía a ser el niño feliz de antaño, el chico vivaz y divertido al que Lauren había adorado desde su nacimiento.

Al pasar frente a su dormitorio, Lauren se alegró de que no estuviera cerrado con llave. Durante los años difíciles, Fritz había protegido su privacidad y sus posesiones como si viviera rodeado de espías y traidores. Lauren sabía que en aquella época su hijo fumaba hierba porque la olía a través de los conductos de la calefacción, hecho que él ignoraba. A Lauren le gustaba saber todo lo que hacía Fritz a sus espaldas. Era una forma de asegurarse de que su rebeldía estaba bajo control. Si Fritz se hubiera apartado del buen camino, ella habría intervenido, pero el chico parecía haber dejado atrás lo que su psiquiatra denominaba «trastorno de oposición desafiante». Ahora su vicio favorito consistía en tomarse una cerveza de vez en cuando, hábito que Lauren consideró inofensivo en comparación con otras posibilidades mucho más peligrosas. El expediente académico de Fritz en la Academia Climping, el colegio privado de Horton Ravine, era otra indicación de que el chico iba por el buen camino. Nunca había sido un alumno brillante, pero cualquier alumno «normal» de Climp seguía estando a años luz de los adolescentes que estudiaban en los institutos públicos de la zona.

Había bautizado a su hijo con el nombre de Friedrich en honor a su padre, pero Hollis empezó a llamarlo Fritz el Travieso cuando aún no había cumplido los dos años y todo el mundo lo llamó Fritz a partir de entonces. Era un chico de estatura media y complexión delgada, lo que le hacía parecer más joven. Tenía el pelo castaño y lo llevaba peinado con raya al lado, aunque la raya quedaba casi tapada por sus rizos naturales, más definidos ahora que llevaba el pelo largo. Ojos marrones, piel sin granos y cara de niño, aunque Lauren suponía que en menos de un año sus rasgos se alargarían y empezaría a parecer un hombre. Había visto fotografías de su marido a los quince y luego a los diecisiete, y la transformación resultaba sorprendente.

Después de ser un muchacho solitario durante varios años, recientemente Fritz había hecho amistad con tres compañeros de la Academia Climping. Uno de ellos era un chico llamado Troy Rademaker, cuyo padre había muerto el año anterior de un infarto. Troy estudiaba en Climp gracias a una beca deportiva, que

le había sido concedida por su precaria situación económica. Troy era el menor de cinco hermanos de una familia católica irlandesa. Su padre trabajaba como delineante en un estudio de arquitectos cuando sufrió el infarto. Tenía un seguro de vida lo bastante elevado para cancelar la hipoteca de la casa, pero como no cubría nada más, Troy se vio obligado a valerse por sí mismo. A Lauren le pareció que sería un buen ejemplo para Fritz, quien no concedía la suficiente importancia a su buena suerte. Fritz y Troy nunca sintonizaron mucho, pero últimamente habían descubierto algunos intereses en común, como la grabación de vídeos domésticos.

Troy era un muchacho robusto, de ojos azules y cabello pelirrojo cortado a cepillo. Al sonreír exhibía unos dientes torcidos que ya tendrían que haberle arreglado. El segundo amigo de Fritz era Austin Brown, a quien Lauren conocía desde hacía años. Troy y Austin tenían buena reputación, sacaban unas notas excelentes y se los consideraba buenos chicos.

El tercer miembro del grupito era el hijo de Tigg, Bayard, que ahora vivía con su padre y su madrastra. Bayard se había ido con Joan a Santa Fe cuando ésta se divorció de Tigg doce años atrás. Tigg no lo veía a menudo, pero por lo que Lauren tenía entendido, el chico se portó bien hasta llegar a la pubertad. Entonces empezó a meterse en problemas: novillos, suspensos y gamberradas por las que Tigg tuvo que pagar cuantiosas indemnizaciones. La primavera anterior, presa de la desesperación, Joan se lo había enviado a su ex marido dejando muy claro que se trataba de una solución permanente. Su madre se había hartado de él.

La repentina amistad entre los cuatro había pillado a Lauren por sorpresa. Fritz era un alumno de décimo, mientras que Austin, Troy y Bayard estaban un curso por encima. Afortunadamente, cuando el escándalo del examen salió a la luz, Fritz quedó fuera de toda sospecha. Dejándose llevar por la intuición, Lauren decidió desentenderse del asunto. Después de todo, al no estar involucrado directamente, Fritz no se vio muy afectado por lo sucedido. El incidente guardaba relación con el examen conocido oficialmente como Prueba de Aptitud Académica de California, que tenía lugar al final del undécimo curso para determinar si un alumno podía acceder al último año. Al parecer, ni Austin ni Bayard corrían peligro de suspender, pero Troy necesitaba sacar una puntuación excelente para poder conservar la beca. Los pillaron copiando a él y a una chica llamada Poppy Earl, otra alumna perteneciente a una de las familias adineradas de Horton Ravine.

Tras echar un vistazo rápido al dormitorio de Fritz, Lauren se alegró al

comprobar que parecía razonablemente ordenado. Su hijo había hecho la cama, y aunque la colcha estaba arrugada y algo torcida, Lauren reconoció el esfuerzo. Había descubierto tiempo atrás que si querías que alguien hiciera algo, no podías criticar después el resultado si no cumplía con tus expectativas. Fritz había cogido su ropa sucia y la había metido de cualquier manera en el cesto. Pese a que no había vaciado la papelera, al menos su contenido no estaba esparcido por el suelo, y eso era mejor que el caos habitual. Las persianas estaban bajadas y el dormitorio olía a chico adolescente, un desagradable tufillo a glándulas sebáceas y a sudor.

Lauren dejó la copa de vino medio vacía sobre la mesilla de noche y estiró la colcha. El escritorio estaba cubierto de libros que se sintió tentada de devolver a sus estanterías correspondientes, pero no quería despertar sospechas. Fritz no tenía por qué enterarse de que ella había estado inspeccionando el dormitorio durante su ausencia. En el aparato de vídeo vio una cinta con una etiqueta escrita a mano en la que ponía «Un día en la vida de...». Lauren sonrió para sí, porque tenía una idea bastante clara de lo que era. En marzo, por su cumpleaños, Hollis y ella le habían comprado a Fritz lo que él denominó un equipo de sonido «alucinante», además de un televisor y un reproductor de vídeo. Al parecer, el vídeo inspiró a los cuatro chicos —Fritz, Bayard, Austin y Troy— a grabar un documental. Se reunieron muchas veces, y a Lauren le divertía escuchar el contenido de sus negociaciones. Habían acordado media docena de ideas para después rechazarlas, aunque finalmente se decidieron por un tema del que no soltaban prenda. Lauren sintió curiosidad, pero reprimió su tendencia natural a investigar. Supuso que necesitarían un guion, y que uno de los otros tres se habría encargado de escribirlo. Seguro que no se trataba de Fritz, cuyas notas en inglés no pasaban del aprobado. Fuera cual fuera el tema escogido, se estaban tomando en serio el proyecto y el fin de semana anterior habían trabajado hasta bien entrada la madrugada.

Fritz le contó que Bayard había editado las tomas con la ayuda de algún programa informático que le permitía retocar la cinta. Llevaba dos días montándola y por fin se la había entregado la noche anterior. Troy vino a cenar y después se había encerrado con Fritz en su dormitorio, donde estuvieron riéndose como locos. Lauren intentó engatusarlos para que le permitieran ver la película, pero Fritz dijo que aún le faltaban algunos retoques.

Así que ése era el proyecto de los chicos en su estado actual. Lauren le echó una ojeada al vídeo y se fijó en que habían rebobinado la cinta. Habría dado cualquier cosa por ver un trocito, pero ¿se atrevería a hacerlo? Vaciló unos

instantes y echó una ojeada a su reloj de pulsera: las cinco y veintidós. La madre de Troy había dejado a los chicos en la pista de tenis, y Lauren se había comprometido a recogerlos a las seis. El club de campo quedaba a menos de diez minutos de allí, por lo que disponía de media hora larga antes de salir. El mando a distancia se hallaba sobre el carrito. Lo cogió, encendió el aparato y empujó la cinta hasta el fondo. Le llevó un minuto averiguar cómo cambiar la fuente de entrada de la recepción por cable a vídeo. Pulsó la tecla de rebobinar y esperó mientras la máquina zumbaba hasta detenerse finalmente con un «clic». Lauren sabía que estaba fisgoneando, pero no pudo reprimirse.

Le dio a *play*, pendiente de la puerta por si Hollis llegaba temprano. A su marido no le parecía bien que curioseara las cosas de Fritz, pero Lauren detestaba la distancia que la pubertad había creado entre ellos. Aun así, comprendía que un niño tuviera que separarse de su madre para convertirse en un hombre. Fritz necesitaba modelos masculinos. Si bien Lauren había estado muy unida a su hijo hasta el comienzo de la secundaria, ahora Fritz buscaba la compañía y los consejos de Hollis. A Lauren empezaba a fallarle la intuición, y nada de lo que dijera parecía tener ningún peso. Hollis era más estricto con su hijo, pero también le daba más libertad. Pensaba que su función como padres consistía en hacerse a un lado para que Fritz tomara sus propias decisiones. Hollis creía que Fritz sólo lograría aprender si se arriesgaba, cometía errores y cargaba con las consecuencias. Lauren, por otra parte, pensaba que su papel consistía en vigilar el proceso e intervenir si Fritz tomaba la senda equivocada. Si su hijo se adentraba en terrenos pantanosos, ambos tenían la responsabilidad de advertírselo antes de que las consecuencias de sus elecciones le estallaran en la cara. Aún era menor de edad, por lo que debían responder por él si sus decisiones resultaban ser desacertadas.

Lauren se sentó en la silla del escritorio sonriendo al pensar en la película de tres al cuarto que habrían grabado los chicos. En las primeras imágenes reconoció la sala de juegos que los Rademaker tenían en el sótano de su casa. La cámara fue recorriendo lentamente las escaleras, la mesa de billar y la barra de bar a la que estaban sentados Troy y Fritz charlando en bañador. Bebían cerveza, o lo que parecía cerveza, a juzgar por las muchas botellas alineadas a su derecha y a su izquierda. Por lo visto, habían estado bañándose en la piscina, porque Lauren se fijó en que a Fritz se le había rizado el pelo a causa de la humedad. Troy, un año mayor que Fritz, era un chico musculoso. Tenía el pecho pecos y cubierto de un fino vello rojo, mientras que el pecho de Fritz era lampiño y estrecho. Troy y Fritz empezaron a hacer las típicas payasadas propias de

borrachos. Estallaron en estridentes risotadas, creyéndose graciosísimos. La calidad del sonido era mala y no parecía haber un diálogo coherente. Lauren vio que Fritz liaba un porro, lo encendía y le daba una profunda calada antes de pasárselo a su amigo. ¿Realmente fumaban hierba en la película o se trataba de una escena representada por motivos «documentales»?

Las imágenes no dejaban de moverse. Se trataba de una técnica denominada «cámara en mano», empleada para simular que el contenido de la grabación era real. Puede que los chicos estuvieran grabando una película de terror. Aquél parecía ser el nivel de sutileza del proyecto. Lauren casi esperaba ver una momia o un zombi acercándose a la cámara con las piernas muy tiesas. A continuación la cámara se desplazó hacia la derecha y apareció una chica envuelta en una toalla de baño. Lauren no la reconoció. Si estudiaba en la Academia Climping, seguro que no era alumna ni de undécimo ni de duodécimo, porque Lauren conocía a todos los chicos de ambos cursos. La adolescente, que iba descalza, tenía el pelo empapado y aplastado contra la cabeza, como si acabara de salir de la piscina. Tomó una botella de cerveza y echó un trago mientras se cubría el pecho con la toalla. Parecía tan borracha y atontada como los chicos, lo que no dejó de incomodar a Lauren aunque los tres exageraran para llamar la atención. Fritz le sirvió un vaso de ginebra y la chica se bebió la mitad. Los dos chicos la animaban a desnudarse. Ella empezó a contonearse con cierta desgana, y cuando Troy intentó quitarle la toalla, la chica dio un paso atrás, sujetándola como si le fuese la vida en ello. Gritó: «¡Troy, apártate!», muerta de risa. A continuación tropezó y estuvo a punto de caerse, pero no pareció enfadarse por el forcejeo.

La película se interrumpió de repente y luego continuó otra vez. Ahora la chica estaba tumbada de espaldas en el sofá, desnuda y espatarrada. Se incorporó y se apoyó en los codos, quizá con intención de decir algo, pero parecía incapaz de expresarse de forma coherente. Se movía con torpeza y le costaba enfocar la mirada. Pese a su aspecto de niña, estaba muy desarrollada: tenía los pechos grandes y abundante vello púbico, una mata oscura que contrastaba con la blancura de su piel. Se echó a reír y lo intentó de nuevo, dirigiéndose a alguien situado en el otro extremo de la habitación.

—Oye, guapo, échame una mano. Necesito ayuda.

—¿Quién, yo?

Era una voz que Lauren había oído antes, pero no logró identificarla.

—Ven aquí y dame un beso.

La cámara giró torpemente hasta mostrar a Austin Brown en el centro del encuadre. A Lauren ni siquiera se le ocurrió preguntarse quién estaría grabando

la película. Austin hojeaba una revista sentado de lado en una butaca tapizada, con las piernas colgando sobre uno de los brazos. Llevaba su atuendo habitual, americana, camisa y corbata, prendas que desentonaban con los bañadores de los otros.

—¡Porfa, Austin!

Austin sonrió sin molestarse en mirarla.

—¿Que te bese, Iris? Ni hablar. Soy el director, no un actor secundario. Soy el que está al mando.

—El *auteur* —explicó el mayor de los dos chicos.

—Exacto. El cerebro —dijo Austin, mirando de reojo a Iris—. Además, parece que ya te diviertes tú sola.

—Aguafiestas. Qué muermo de tío —dijo Iris fuera de cámara.

La película dio un salto en el tiempo: tras unos segundos de cinta en blanco se reanudó la acción. La cámara volvió a centrarse en la chica, y cuando Fritz reapareció, ya no llevaba puesto el bañador. Se lo había quitado y ahora lo agitaba por encima de la cabeza como si fuera un estríper. Lanzó su Speedo fuera de cámara y Lauren oyó las carcajadas de Troy.

—Jo, tío, esto sí que mola. ¡Vamos allá!

La cámara mostró un plano panorámico. Lauren contuvo la respiración, horrorizada. El corazón le dio un vuelco y el cuerpo se le puso rígido.

—¡No, Dios mío! —exclamó. Se tapó la boca con la mano y las mejillas se le encendieron de la vergüenza.

Los dos chicos estaban desnudos y exhibían sendas erecciones. Al parecer, la chica, Iris, había perdido el conocimiento sobre la mesa de billar mientras los chicos se hacían los machitos, retándose el uno al otro. Troy fue el primero en llegar hasta Iris, agitando su pene erecto mientras Fritz se acercaba sigilosamente a ella y le acariciaba un pecho desnudo. Lo que vino después fue una agresión sexual en toda regla. Hacían todo lo que se les iba ocurriendo, mientras la chica yacía con actitud pasiva y sin ofrecer resistencia. Puede que estuviera actuando, pero Lauren lo dudaba. Los chicos la colocaron boca abajo, y ahora su trasero desnudo ocupaba buena parte de la pantalla. Lauren la observaba hipnotizada, haciendo muecas de disgusto mientras avanzaba la cinta. Sabía que debería apagar el aparato, pero aún tenía la esperanza de que todo aquello fuera una broma. Vulgar y de mal gusto, de acuerdo, pero si la chica se había prestado voluntariamente, la cosa cambiaría. Fritz apareció por la izquierda del encuadre con una lata abierta de manteca vegetal. La sostenía en alto, fingiendo retorcerse un bigote imaginario como si fuera el malo de un melodrama. Le mostró la lata a

Troy, quien metió los dedos en la grasa blanca. En la escena siguiente, Troy estaba de espaldas a la cámara mientras penetraba rítmicamente a la chica sobre la mesa de billar.

Lauren se llevó la mano a la boca como queriendo reprimir un grito, y sacudió la cabeza horrorizada. Entretanto, Fritz cogió un taco de billar y lo introdujo en la lata, embadurnando el grueso mango de madera con la manteca mientras caminaba hacia la chica. El hecho de que Austin Brown observara la escena con aquella expresión tan fría y distante empeoraba aún más las cosas. Lauren le dio a *stop* y luego, con manos temblorosas, pulsó la tecla que expulsaba la cinta. El título de la etiqueta resultaba irónico en retrospectiva. Apagó el aparato y permaneció sentada unos instantes, tratando de serenarse. Aquellas imágenes le habían revuelto el estómago.

Repugnante. Todo era repugnante, unos actos tan repulsivos que era incapaz de asimilarlos. ¿Qué se suponía que debía hacer? Fritz y Troy habían violado a esa chica, habían abusado sexualmente de ella. Hollis se moriría si se enterara. Además de delictivo, el obscuro vídeo doméstico era totalmente depravado. Su primer impulso fue destruir la cinta —aplastarla, quemarla o enterrarla—, pero no se atrevió a hacerlo. Aquella cinta era la prueba de un delito, y si la destruía, Fritz y Troy podían negarlo todo. ¿Cómo iba a demostrar entonces lo que había visto?

Alguien llamó al timbre. Al oír el timbrado, una descarga de adrenalina le recorrió el cuerpo. Puede que otra persona lo hubiera ido a recoger y Fritz no llevara encima las llaves. Lauren no quería decirle que había visto la cinta hasta que hablara con Hollis.

El timbre sonó por segunda vez.

—Un momento —dijo Lauren, aunque desde el porche delantero nadie podría oírla.

De repente, vislumbró un futuro lleno de incertidumbre. Hollis y ella se verían obligados a llamar a la policía, así como a la madre de Troy. Tendrían que proteger la identidad de Iris, pero Lauren ni siquiera estaba segura de si la chica había sido consciente de lo sucedido. ¿La habrían drogado? En cualquier caso, ¿qué vendría a continuación, un juicio penal o una demanda civil? ¿Condenarían a Fritz y quedarían ellos en la ruina? Lauren supuso que aquel desgraciado asunto tendría consecuencias durante años.

Oyó una voz procedente del recibidor.

—¿Hola? ¿Señora McCabe? Soy yo, Sloan.

—Mierda —musitó Lauren.

Sloan pertenecía al grupo de compañeros de Fritz que entraban y salían de la casa a voluntad. Al parecer, al comprobar que la puerta no estaba cerrada con llave Sloan había asomado la cabeza para llamar a Lauren.

—¡Salgo enseguida! —gritó Lauren.

Presas del pánico, Lauren se debatió rápidamente entre dos opciones: o bien coger la cinta o dejarla donde estaba. No se atrevió a actuar por su cuenta. No podía tomar una decisión tan trascendental sin hablarlo antes con Hollis; siempre habían afrontado así las cuestiones importantes. Ese terrible incidente tendría que hacerse público, pese al escándalo que pudiera causar o a las penas que conllevara. El hecho de que Hollis y ella sufrieran era irrelevante. Fritz podría sobrellevar cualquier castigo que le impusiera la ley. Ni ella ni Hollis lo protegerían de los insultos y las muestras de indignación que caerían sobre él cuando la cinta saliera a la luz. Se lo tenía bien merecido. ¿Y aquella pobre chica? ¿Volvería a ser la misma de antes?

Lauren dejó la cinta en el aparato. No tenía tiempo de rebobinarla, pero puede que Fritz no recordara haber visto una parte la noche anterior. Quería destrozar la carcasa de plástico, arrancar la cinta y cortarla a trocitos, cualquier cosa con tal de borrar su contenido. No haría nada hasta que Hollis llegara a casa y tuvieran la oportunidad de discutirlo. En el último momento se acordó de la copa de vino que había dejado sobre la mesilla de noche y la cogió.

Salió del dormitorio de Fritz, cerró la puerta y se dirigió apresuradamente a la entrada. Mientras recorría el pasillo, depositó la copa de vino en una consola sin detenerse apenas.

Tras entrar en la casa y anunciar su presencia, Sloan hizo gala de sus buenos modales y esperó a Lauren en el recibidor. Lauren vio el gran perro blanco de Sloan en el porche, asomando el hocico por la puerta abierta. *Butch* era un gran Pirineo, un guardaespaldas de más de sesenta kilos que Sloan llevaba con ella a todas partes. Sloan sabía que en casa de los McCabe no se permitía la entrada a los perros, y al parecer *Butch* también lo sabía, aunque no por ello dejó de gimotear con la esperanza de que alguien cediera.

—Sloan, cariño, lo siento —dijo Lauren—. No te había oído llamar. ¿Qué querías?

—¿Está Fritz en casa?

—No. Me pillas a punto de salir para ir a recogerlo al club. Troy y él tienen clase de tenis.

Lauren era consciente de que su voz sonaba alterada, pero Sloan no pareció darse cuenta.



—¿Puedo esperarlo aquí?

—Hoy no, guapa. No es un buen momento. Normalmente no habría problema, pero me ha surgido un imprevisto. Lo siento.

—No se preocupe, ya lo veré en el colegio.

—Le diré que has pasado por aquí.

—No hace falta, no es nada importante. Ya hablaré con él mañana.

Sloan no parecía dispuesta a irse.

—¿Alguna otra cosa?

—No, lo siento. No la entretengo más.

Lauren se acercó a la puerta y la sostuvo, avergonzada por tener que instar a la chica a irse. Sloan le dirigió una breve sonrisa y volvió al porche. Lauren cerró la puerta y apoyó la frente unos segundos contra el marco. La pesadilla acababa de comenzar y ya la invadía la desesperación.

Fue por las llaves del coche y se encaminó al garaje. Montó en el BMW, giró la llave en el contacto y salió dando marcha atrás. Después torció rápidamente para meterse en la calle y enderezó el volante mientras se dirigía hacia el club. Cuando estaba a media manzana de su casa, vio a Sloan tirando de la correa de *Butch*. Sloan la saludó con la mano, muy sonriente.

Lauren le devolvió el saludo sin demasiada convicción por el retrovisor, como si Sloan pudiera verla. Cuando Lauren dobló la esquina, Sloan dio media vuelta con paso resuelto y regresó a la casa de los McCabe.

Miércoles, 20 de septiembre de 1989

La madrastra de Poppy se adentró por el pasillo.

—¿Le apetece un té con hielo?

—Si no es mucha molestia —respondí. En cualquier encuentro, el hecho de que te ofrezcan té o café significa que pasarás más tiempo con tu anfitrión. Si no te ofrecen ningún refrigerio, lo más seguro es que entres y salgas en diez minutos, o menos.

Cuando llegamos a la cocina, Loretta se detuvo para dirigirse a la mujer que limpiaba el fregadero.

—Q, cariño. ¿Nos podrías preparar un par de vasos de té con hielo?

«Q cariño» era una mujer blanca de sesenta y tantos que llevaba una diadema roja en el pelo como Cenicienta. Tenía la nariz prominente y mandíbula de boxeador.

—Vale —contestó la mujer—. ¿Limón y azúcar?

—Me parece muy bien. Estaremos en la otra sala.

Cruzamos el recibidor y Loretta me condujo hasta un espacioso porche acristalado, decorado con muebles de ratán que tenían aspecto de ser muy cómodos. Los gruesos cojines llevaban fundas con dibujos geométricos rojos y negros. Loretta se acomodó en un extremo del sofá y yo me senté en la butaca contigua.

—Me imagino que busca a Poppy por algo relacionado con Fritz McCabe —dijo—. Cuando leí que lo habían puesto en libertad, me pregunté si ese asunto tan desgraciado abriría viejas heridas.

La habría besado por permitirme ir directa al grano.

—Diría que sí. Parece que alguien quiere ajustar cuentas con él, y su madre me ha pedido que lo investigue. ¿Conoce a Lauren y a Hollis?

—Él se ocupa de nuestras inversiones a través del departamento de gestión

de patrimonios de nuestro banco —contestó—. Lauren y yo hemos colaborado en varios comités. Los dos son encantadores. ¿A qué se refiere con lo de que alguien quiere ajustar cuentas con Fritz? Eso no presagia nada bueno.

—Los detalles son complicados, me temo que no puedo explicárselo sin el permiso de Lauren.

—Por supuesto. No querría que desvelara ninguna confidencia. ¿Qué tiene que ver Poppy en este asunto?

—Esperaba que Poppy pudiera contarme alguna cosa. ¿Sabe si aún está en contacto con sus antiguos compañeros de colegio?

—Seguro que sí, al menos con algunos. ¿Con quién ha hablado hasta ahora?

—Con Iris Lehmann, que no ha estado muy comunicativa. Si quiere que le diga la verdad, de momento me limito a lanzar el anzuelo para ver si pesco algo. Poppy era la siguiente de mi lista. Supongo que vive en Santa Teresa.

—Sí, en una casita cerca de la playa.

Mientras Loretta recitaba la dirección, rebusqué en el bolso y saqué mis fichas. Loretta también me dio el número de teléfono y apunté todos los datos.

—¿Ahora estará en casa, o trabaja?

—Seguro que estará en casa, trabaja por cuenta propia.

—¡Ah! —exclamé. Algo en el tono escéptico de Loretta me dio a entender que trabajar por cuenta propia, en el caso de Poppy, equivalía a ser una holgazana redomada—. ¿Qué recuerda de la muerte de Sloan Stevens?

—Lo leí en el periódico, como todo el mundo. Se publicaron muchos artículos, especialmente durante el juicio. No hablábamos de otra cosa. Todos quedamos conmocionados. Eran buenos chicos, o eso creíamos. No hay ni un solo padre que no se estremezca al oír lo que le pasó a esa pobre chica. Mi marido estaba horrorizado, la conocía desde que nació.

—¿Y usted? ¿También la conocía?

—Sabía quién era. No conocía a su familia personalmente.

—¿Usted tenía algún hijo matriculado en Climp?

—Mi hijo había acabado la secundaria el año anterior. Creo que debería mencionarle que la primera mujer de Sherman, Emmie, lo abandonó por esa época, y él tuvo que enfrentarse solo a las consecuencias.

—Debió de ser muy difícil para Poppy.

—Se cerró mucho y se negó a comentar nada de aquel asunto. Todavía continúa negándose.

—¿Se refiere al asesinato o al abandono que sufrió por parte de su madre?

—No estoy segura de que Poppy sea capaz de separar las dos cosas. La

expulsaron temporalmente del colegio porque había copiado en un examen, y eso ya fue suficiente trastorno. La muerte de Sloan fue terrible, afectó a mucha gente. A ninguno de los jóvenes involucrados en el homicidio le ha ido bien. De un modo u otro, todos han acabado marcados por la tragedia.

—No lo sabía. Me han dicho que Austin Brown continúa suelto.

—Cuesta imaginárselo como un fugitivo. No diré que le tenga lástima, pero Austin creía que iba a ser un abogado tan prestigioso como los demás miembros de su familia, y ¿cómo ha acabado? —Era una pregunta retórica, pero Loretta hizo una pausa antes de continuar—. Fritz, como sabe, pasó los últimos ocho años en la cárcel, metiéndose en problemas y pagando las consecuencias. Bayard Montgomery no trabaja. De hecho, no hace nada en absoluto. Su padre le dejó una fortuna, lo que lo ha librado de la necesidad de buscar empleo. Cuando no te ves obligado a mantenerte, vas vagando a la deriva. Y luego está Iris, que es una fracasada. No sé nada de Troy.

—Es mecánico.

—Lo que confirma lo que acabo de decir —afirmó Loretta—. Mi ex marido era un abogado especializado en herencias, y cuando el padre de Troy murió, mi ex hizo todo lo posible para salvar la situación. Los Rademaker eran muy católicos, y de los cinco chicos, Troy era el único que aún vivía en casa. Su padre trabajaba de delineante en un estudio de arquitectos y murió de un infarto repentino a los cincuenta y dos años. Tenía un seguro de vida que cubría la hipoteca, pero poco más. Mary Frances pudo pagar la casa, y luego le tocó espabilarse. Todos los hermanos de Troy habían ido a la universidad, pero Troy se dio cuenta de que tendría que apañárselas solo. Creo que por eso se vio tentado a copiar, para asegurarse buenas notas y así conservar su beca. Cuando estalló el escándalo en Climp, sus planes se fueron al traste. Sin ayuda económica, le sería imposible acceder a una buena universidad. Y los años que pasó en la cárcel tampoco ayudaron, claro. Un buen mecánico es un tesoro, pero estoy segura de que Troy tenía una idea muy distinta de cómo sería su futuro.

—¿Y qué hay de Poppy?

Loretta agitó la mano.

—Es un desastre. Puede que suene duro, pero es verdad. A sus dos hermanas les ha ido muy bien. Adrienne es pediatra, y Cary, directora de investigación y desarrollo en la farmacéutica Pfizer.

—Ya.

—Las dos supieron muy pronto a qué querían dedicarse, y se esforzaron al máximo en lograr sus objetivos. La llegada de Poppy fue una sorpresa que pilló

a Emmie ya mayor, cuando no se lo esperaba. Sherman es el primero en admitir que no habían planeado tener un tercer hijo, por eso Poppy lo tuvo más difícil que las otras dos. Por lo que explica Sherman, las dos mayores estaban muy motivadas y siempre competían para ver cuál de ellas podía eclipsar a la otra. Poppy nació ocho años después, y se llevó la peor parte. Supongo que con las mayores quedó más que cubierto el cupo de inteligencia en esa familia. Sherman y Emmie eran conscientes de lo mucho que le costaba aprobar, tanto en primaria como en secundaria. Les dolía, pero no podían hacer casi nada para ayudarla. Clases particulares, por supuesto, y la academia de repaso en verano era inevitable, porque Poppy solía suspender al menos una asignatura durante el curso. Puede que tuviera alguna dificultad de aprendizaje no diagnosticada.

—¿Sus hermanas también fueron a Climp?

—Sí, claro. Eso ni se pregunta. Sherman y Emmie no sabían si enviar a Poppy o no, pero ella siempre pensó que la menospreciaban, así que no se atrevieron a interrumpir la tradición cuando le tocó el turno. En Climp tendría que haberle ido bien: clases de pocos alumnos, los mejores profesores... No es que no se esforzara, pero no podía seguir el ritmo. En mi opinión, aunque nadie me la ha pedido, claro, Poppy es una malcriada. Siempre se pone a la defensiva, y es tan tristona...

Me eché a reír porque no esperaba oír esa palabra.

—¿Tristona?

—Siempre está deprimida. Nada le va bien. Es tan competitiva como sus hermanas mayores, pero mientras ellas se esfuerzan por progresar y dedican toda su energía a abrirse paso en la vida, Poppy se compara constantemente con las dos y no hace nada más. Tengan lo que tengan, Poppy cree que ella debería tenerlo también, tanto si se lo ha ganado como si no.

—¿Usted se lleva bien con Poppy?

—En absoluto. Me sorprende que me lo pregunte. Si me gustara esa chica, no le estaría contando a usted ni la mitad de lo que le he contado. Se aprovecha descaradamente de su padre, lo que significa que él y yo nos peleamos cada vez que pasa algo. No es que yo pueda decir mucho al respecto. En cierto modo, quiero lo mejor para ella. Más que su padre, en cualquier caso. Él no lo ve así. Está muy ocupado intentando aliviar su culpabilidad por el hecho de que Poppy lo haya tenido tan difícil en la vida. A mi modo de ver, se busca los problemas ella sola, pero está convencida de que se trata de una conspiración. Y casi siempre convence a su padre de que la culpa es de él.

—¿Conoce a la madre de Sloan? Me pregunto qué papel tiene en todo esto.

—La conozco, pero no muy bien. En aquella época tenía problemas con la bebida, pero después de que mataran a Sloan, no volvió a probar ni una gota. Es lo único bueno que ha salido de este asunto.

—He estado pensando que debería hablar con ella, pero no quisiera entrometerme.

—No se preocupe por eso. Margaret no se reprime en lo referente a Sloan. Sólo habla de su hija.

—¿Tiene algún hijo más?

—Dos chicos del primer matrimonio de Paul Seay. Ambos viven aún en Santa Teresa, por lo que sé. Un año después de que muriera Sloan, Margaret y Paul se divorciaron. Los chicos estaban en una edad en la que necesitaban la influencia de su padre, así que eligieron vivir con él. No sé qué pensaría de eso su primera mujer, pero al parecer no hay resentimiento entre ellos. El mayor en particular adoraba a Sloan. Tengo entendido que ahora cuida de Margaret, que no tiene otros amigos.

»Dígale que está escribiendo un artículo. Siempre está llamando a los periodistas para intentar reavivar el interés en la historia. Margaret está convencida de que un día de éstos alguien leerá un artículo sobre la muerte de Sloan y delatará a Austin Brown, dondequiera que esté.

Le sonsaqué toda la información que pude y después volví al coche con la dirección de Poppy en la mano. Salí por la parte posterior de Horton Ravine tomando la carretera que discurría a lo largo del acantilado, y luego seguí la carretera que bajaba por la colina hasta Ludlow Beach. El City College de Santa Teresa se alzaba sobre la ladera opuesta, con unas vistas impresionantes del océano Pacífico. Recorrí otra manzana y media, torcí a la izquierda, luego a la derecha, y me metí en la calle de Poppy.

Vivía en una casita revestida de tablas y listones, una de las ocho viviendas que formaban una U alrededor de una franja de césped. En Santa Teresa había bastantes propiedades de alquiler del mismo tipo, pequeñas comunidades que compartían jardín. Pese a ser bastante pequeñas, cada una de las casas contaba con dos dormitorios, sala de estar con chimenea, cocina y baño. Los suelos eran de madera noble y las ventanas tenían postigos, además de maceteros plantados con una selección de caléndulas. Sabía todo esto porque una de las casitas estaba en alquiler, y el letrero fijado en la fachada ofrecía una descripción de las instalaciones.

La casa de Poppy era una de las tres edificaciones situadas a la derecha del patio con césped. Llamé a la puerta. Una vecina me observaba desde su ventana,

que daba al porche de Poppy.

—No está en casa —gritó la mujer a través del cristal.

—¿Sabe cuándo volverá?

La mujer agitó el dedo índice para decir que no sin ofrecer más explicaciones. Me quedé allí un momento, considerando mis opciones. Si hubiera creído que Poppy iba a volver pronto, la habría esperado, pero eran casi las doce y necesitaba sentirme productiva. Decidí no dejarle ninguna nota. Era imposible interrogarla si no la tenía delante, y tampoco quería avisarla con antelación. No hay nada peor que darle a la gente el tiempo suficiente para poner en orden sus ideas. Por otra parte, el taller mecánico en el que trabajaba Troy sólo estaba a siete manzanas, así que volví al coche y me encaminé hacia allí.

El taller de reparación de vehículos Better Brand estaba situado en un estrecho edificio que había disfrutado de una vida anterior como estación de servicio. Delante del taller, donde antes se encontraban los surtidores de gasolina, había un aparcamiento techado que en otros tiempos protegía a los clientes que aparcaban allí para llenar los depósitos de sus modelos A de Ford. El negocio actual estaba especializado en vehículos lujosos de importación: Mercedes-Benz, BMW, Nissan, Volvo. CUIDE LOS CABALLOS QUE TIENE BAJO EL CAPÓ, rezaba un letrero. Abrí la puerta y entré.

Dos oficinas contiguas ocupaban los locales que quedaban a mi izquierda, con espacio suficiente para un estrecho mostrador que separaba la recepción del despacho para dos personas con dos escritorios, dos sillas giratorias, teléfonos, una impresora, una calculadora, archivos y estanterías llenas de manuales. Junto al mostrador había dos sillas, una cafetera y un dispensador de agua con vasos de papel. La única mujer que trabajaba en el taller rondaría los cincuenta. Parecía eficiente, y algo brusca sin llegar a ser antipática. Iba peinada con un complicado recogido a base de trenzas y rizos, sujeto con pequeñas horquillas metálicas en forma de mariposa. En la muñeca llevaba toda una colección de gomas elásticas.

—Hola, busco a Troy —dije.

—Hoy ha salido a almorzar antes que de costumbre.

—¿Sabe cuándo volverá?

—No se ha ido, está aquí mismo. Lo encontrará en una mesa de pícnic en el jardín lateral.

Volví sobre mis pasos, salí por la puerta de la oficina y torcí a la izquierda, como me había indicado la empleada con el pulgar. Vi una gran papelera metálica y un palé lleno de neumáticos colocados junto a la pared lateral del edificio. Los cuatro vehículos aparcados a lo largo de la valla estaban cubiertos

con fundas de lona para coches. Cruzé el camino de asfalto agrietado hasta llegar a una pequeña extensión de césped, donde había una mesa de pícnic de madera con un banco a cada lado.

Troy había colocado su fiambarrera metálica sobre un cuadrado de papel de cera que usaba como mantel individual. Había dispuesto su bocadillo, un racimo de uvas verdes, una bolsa hermética llena de palitos de zanahoria y una galleta de avena en un semicírculo a lo largo del borde del papel. Para beber tenía un pequeño cartón de leche, como los que te dan en la escuela primaria. La fiambarrera estaba decorada con personajes de *Barrio Sésamo*: Epi, Óscar el Gruñón, Paco Pico y el Monstruo de las Galletas.

Troy se metió el último trozo del bocadillo en la boca y bebió un sorbo de leche mientras veía cómo me aproximaba a la mesa. Su pelo, de un rojo cobrizo, combinaba muy bien con el mono azul marino que llevaba puesto.

—¿Necesita algo? —preguntó, limpiándose las manos en una servilleta de papel.

—Soy Kinsey Millhone. Tú eres Troy.

—El mismo.

Tenía el mentón firme y los ojos pequeños y azules, resguardados bajo unas cejas casi rubias. Llevaba las uñas sucias y las manos manchadas de grasa. Al sonreír me mostró unos dientes torcidos encantadores. Incluso desde el otro lado de la mesa pude oler la mantequilla de cacahuete en su aliento.

—Siento interrumpirte el almuerzo.

—Seguiré comiendo, si no le importa.

—En absoluto. Y puedes tutearme.

Me senté frente a él y me puse de lado para poder pasar los pies por encima del banco, que estaba fijado a la mesa.

Troy lanzó una uva al aire e inclinó la cabeza hacia atrás para atraparla con la boca. No lo consiguió, así que la uva rebotó en la mesa y desapareció. Troy sonrió avergonzado y me ofreció el racimo. Cogí tres granos.

Se metió una uva en la boca y me miró con interés.

—A ver si lo adivino: trabajadora social, agente de la condicional o alguacil federal.

Me miré la ropa.

—¿Vestida así? Ninguna de las tres opciones.

—Investigadora privada.

—Eso es.

—Entonces has venido para hablar de Fritz.



Lo señalé con el dedo a modo de respuesta.

—¿Lo has visto desde que volvió a casa?

—No. Aunque estoy en libertad, me toca cumplir las condiciones de la condicional. Nada de alcohol ni de armas de fuego, y tampoco puedo tener contacto con delincuentes convictos.

—Estoy impresionada.

—Pues no deberías, te he soltado una trola. Sí que he hablado con Fritz. Me llamó ayer y me contó lo de la cinta. Dijo que sus padres habían contratado a un detective. Como soy medio lelo, me había imaginado que sería un hombre.

—No es la primera vez que me pasa, ya estoy acostumbrada —dije.

—¿Cómo has acabado trabajando para los McCabe?

—Me recomendó un abogado amigo mío.

Troy partió la galleta por la mitad y le dio un mordisco.

—Eso del soborno es un mal asunto. ¿Tienes idea de qué piensan hacer?

—No quieren pagar, eso está claro. Supongo que tú no has recibido una petición similar, ¿no?

—No tendría sentido, estoy sin blanca. ¿Crees que debería contratar a un abogado?

—No sé qué podría hacer un abogado por ti hasta que veamos en qué acaba todo esto.

Troy sonrió con resignación.

—De todos modos, no me puedo permitir uno, así que tacha esa idea.

—¿Quién te representó en el juicio?

—Una abogada de oficio, pero ahora trabaja en un bufete. En cualquier caso, lo hizo fatal, al menos en mi opinión —afirmó Troy.

—Todos los que van a la cárcel acostumbran a decir lo mismo.

—Pasaré por alto ese comentario. Entonces, ¿cuál es el plan? ¿Esperar sentados a que pase algo más?

—Existe la posibilidad de que atrape al chantajista primero, y eso podría cambiar las cosas.

—En una escala del uno al diez, ¿qué posibilidades hay de que lo atrapes?

—Diría que un tres.

Troy se echó a reír.

—¿Tienes familia? —pregunté.

—Madre y cuatro hermanos. Mi madre aún vive en Santa Teresa, aunque no nos vemos demasiado. Un par de veces al año como mucho. Mis hermanos están repartidos por todas partes, y tampoco los veo a menudo. Soy el hijo que

decepcionó a todo el mundo. Siempre me están diciendo que les he fallado, como si yo no lo supiera.

—Estoy segura de que aprenderías alguna cosa.

—Desde luego, pero no sé qué. Retiro lo dicho: aprendí lo fácil que es no hacer nada. Todos sabíamos que Austin era un cabrón.

—¿Qué clase de cabrón?

—Un cabrón peligroso. Era un tío que disfrutaba hurgando en nuestros secretos, y luego los usaba para poder controlarnos. A Bayard solía amenazarlo siempre con la misma frase. Levantaba el dedo índice y entonces decía: «Una llamada, tío. Una llamada».

—¿Significaba eso que bastaba con una llamada para delatarlo?

—Algo así —respondió Troy—. Y no, no sé cuál era el secreto de Bayard.

—¿Austin sabía algo acerca de ti?

—Sí, pero prefiero no entrar en eso.

—Venga, quedará entre nosotros. No se lo contaré a nadie.

Troy reflexionó un momento, y luego accedió a regañadientes.

—Vale, ahí va. Robé quinientos pavos.

—¿Cuándo?

—Después de que muriera mi padre, mi madre iba muy mal de dinero. El seguro de vida de mi padre cubriría el resto de la hipoteca, pero mi madre necesitaba un préstamo para pagar las cuotas hasta que le llegara la transferencia. Yo pedía donativos en nombre de nuestra iglesia para pagar la comida de Acción de Gracias de varias familias necesitadas. La tesorera dio por sentado que no mentiríamos al decirle cuánto habíamos recogido. Le di cinco billetes de menos, que siempre pensé en devolver. Supongo que será mejor que me ponga las pilas ahora que he sacado el tema. La cuestión es que me moría de vergüenza por lo que había hecho.

—¿Austin lo usó contra ti?

—Una vez. Por eso acabé conduciendo la camioneta aquella noche.

—Pues sí que os intimidaba.

—En parte era culpa nuestra. No teníamos agallas para enfrentarnos a él. ¿Cómo puedo reparar el daño que he causado? No dejo de repetir que lo siento, como si eso sirviera de algo. Los muertos no van a volver. Lo hecho, hecho está, y lo que hice fue terrible.

—Parece que te has vuelto más responsable.

—Lo que no borra mi remordimiento. No sé qué otra cosa puedo hacer, salvo seguir adelante y tratar de ser una buena persona.

—¿Estás casado?

—Mujer y dos niños pequeños. El mayor de dos años, y el renacuajo de tres meses. Tiene algunos problemas de salud que nos están costando un riñón, pero así son las cosas. La mitad de las parejas que conocemos están hasta las cejas de deudas. Mi mujer es estupenda. Kerry es única. Sabe que fui a la cárcel por lo que hice. Habíamos salido juntos antes de que me encerraran, y luego seguimos en contacto. No podría haberlo soportado sin ella.

—¿Dónde cumpliste condena?

—Tuve mucha suerte. Me asignaron a Mountain Home, que fue el primer campamento de conservación medioambiental móvil. Los reclusos hicimos un curso de dos semanas junto a miembros de la población civil, y luego nos pusieron en una cuadrilla que combatía incendios forestales, principalmente en los condados de Tulare y Kern. Los vientos de Santa Ana soplaban con mucha fuerza en aquella época. Y no han dejado de soplar desde entonces, ahora que lo pienso. Cortábamos matorrales, a veces durante ocho horas seguidas. Llevábamos auestas un equipo que pesaba veinte kilos, y teníamos que enfrentarnos a llamas de hasta quince metros de altura. Un trabajo agotador. Lo bueno era que nos alojábamos en camiones articulados. Nada de puertas cerradas con llave ni de alambre de espino. Nos daban comida decente. En nuestro tiempo libre jugábamos al billar, o salíamos a tirar unas canastas. A veces se te olvidaba que estabas en la cárcel.

—¿Cuánto tiempo estuviste preso?

—Me condenaron a cinco años, pero acabé cumpliendo menos. Este taller es de mi cuñado Jim. De no ser por él, estaría en el paro. Se apellida Brand, por eso se le ocurrió lo de Taller de automóviles Better Brand. ¿Cómo me has localizado?

—Mi amiga Ruth Wolinsky trae el coche aquí.

—Es muy simpática.

—Sí que lo es. ¿De qué te acusaron?

—De cómplice encubridor, obstrucción de la justicia, secuestro, mentir a la policía y cualquier otro cargo que pudieran añadir. ¡Ah! Y de colaboración delictiva, algo que se toman muy en serio.

—Me sorprende que no te acusaran de homicidio preterintencional. Creía que al haber participado en un secuestro en el que se produjo una muerte te tendrían tan pillado como a Fritz.

—Estrictamente hablando, sí. Pero el fiscal del distrito parecía más interesado en Fritz que en los demás. Fritz fue el que sacó la pistola y obligó a

Sloan a subirse a la camioneta. Está claro que hubo algún chanchullo durante el juicio, y te confieso que no hice muchas preguntas porque yo salí bien librado. De todos modos, estaba dispuesto a aceptar la mayoría de las acusaciones. Quiero decir que todos mentimos a la policía. Nos proporcionamos los unos a los otros coartadas y destruimos pruebas. Aunque te aseguro que nunca pensé que Sloan moriría, ni se me pasó por la cabeza. Austin era un hijo de puta, pero no pensé que llegara tan lejos.

—¿Qué pasó aquella noche?

—Vaya, a ver cómo te lo explico. La verdad es que intento olvidarlo. Hace diez años de aquello, pero aún me vienen a la memoria algunas imágenes terribles. Si quieres hacerme alguna pregunta, te diré lo que pueda.

—Tengo entendido que Austin dio una fiesta. ¿Dónde se celebró?

—Los padres de Austin tenían una cabaña cerca del desfiladero, y el plan era celebrar el fin de curso allí. Pensábamos pasar un buen rato, pero al final las cosas se torcieron. Es lo que pasa cuando bebes alcohol y fumas porros. Austin y Sloan empezaron a pelearse. Austin dijo que Sloan lo había insultado, y que le debía una disculpa.

—¿Qué dijo Sloan para provocarlo?

—¿Has oído hablar del escándalo del examen copiado?

—Sí. Poppy y tú conseguisteis una copia de la prueba de aptitud académica, y a Sloan la acusaron de enviar un anónimo a la dirección del colegio en el que os delataba. Austin la acusó de haberse chivado, y persuadió a sus compañeros de clase para que le hicieran el vacío.

—Las cosas fueron a peor. La misma noche en que murió, Sloan acusó a Austin de ser el autor del anónimo, cosa que tenía mucho sentido. Austin se indignó, claro, y le exigió que se retractara. Pensó que bastaría con apretarle los tornillos y ella cedería. La llevó hasta la cima de la montaña para que Sloan supiera que aquello iba en serio.

—¿Y eso pasó después de la fiesta?

—Exacto. Cuando casi todos los chicos ya se habían ido.

—¿Cuántos os quedasteis?

—Nosotros cuatro y ella.

—Quieres decir Fritz, Austin, Bayard Montgomery y tú.

Troy asintió con la cabeza.

—Se suponía que Bayard iba a llevarla a su casa en coche, pero entonces la situación se complicó. Austin no dejaba de darnos órdenes. Le decíamos que no nos diera la paliza, pero no llegamos a enfrentarnos a él. En un momento dado,

Sloan se marchó y Austin nos envió a Bayard, a Fritz y a mí tras ella.

»Sloan aún llevaba el bañador, con una camisa encima. Había cogido prestados unos zapatos del padre de Austin y caminaba por la carretera dando zancadas. Estaba muy cabreada y quería largarse de allí. Pensábamos que había ido a vestirse, y ni siquiera nos dimos cuenta de que había desaparecido hasta que Bayard fue a buscarla. Bueno, la cuestión es que dejó la ropa y el bolso en la cabaña cuando se fue. Nos olvidamos de eso hasta más tarde, cuando nos dimos cuenta de que tendríamos que deshacernos de sus cosas.

—Porque entonces habíais decidido alegar que la habías dejado en State Street, a pesar de que sabíais que estaba muerta.

—Más o menos.

—Nada de «más o menos». Sabíais que estaba muerta, pero queríais salvar el pellejo. No pretendo ponerme borde, me limito a señalar lo que es obvio.

—Sí, claro. Lo admito. Fritz cometió un gran error, pero en realidad toda la culpa fue de Austin. Mentimos para minimizar los daños, teníamos que protegernos.

Troy empezaba a ponerse a la defensiva. Yo creía que me estaba relatando lo sucedido con la máxima sinceridad posible, pero me di cuenta de que iba modificando su explicación sobre la marcha.

Sacudí la cabeza.

—Lo siento, te he interrumpido. Cuando Sloan se largó, ¿cómo os las arreglasteis para que volviera a la cabaña?

—La seguimos con la camioneta. Sólo había una carretera que llevaba a la autovía, y Sloan ya había recorrido un buen trecho. Era muy deportista y estaba en forma.

—¿Volvió voluntariamente?

—La verdad es que no. Yo conducía, así que fue Bayard el que bajó de la camioneta para hablar con ella. Intentó ser razonable, pero Sloan no creyó lo que Bayard le decía. Sabíamos que Austin estaba furioso, y que las cosas sólo podían empeorar si nos presentábamos sin ella.

—¿Qué hacía Fritz mientras tanto?

—Le habíamos dicho que se montara en la caja de la camioneta, así que oyó toda la conversación. Vio que Bayard no iba a conseguir convencerla. Como tenía la pistola del padre de Austin, bajó de la camioneta y se puso a gritar. Apuntó a Sloan con la pistola, le dijo que subiera y ella le obedeció.

—Muy valiente por parte de Fritz.

—De ahí viene la acusación de secuestro. Lo que hizo Fritz me acojonó. Era

un pringado, y no parecía propio de él intervenir así. La cuestión es que Sloan hizo lo que Fritz le ordenó. Le dijo que se sentara en el asiento de delante, entre él y yo. Esta vez Bayard se subió a la caja de la camioneta, y entonces nos fuimos.

—¿Se resistió Sloan?

—No con la pistola en las costillas.

—Así que la llevasteis de vuelta a la cabaña. Y entonces, ¿qué?

—Como era evidente que Sloan no iba a retractarse, la llevamos a Yellowweed.

—Eso está en la montaña de Figueroa, por lo que recuerdo —dije.

Troy asintió con la cabeza.

—Fritz, Bayard y Austin la obligaron a subir por un camino empinado hasta el campamento. Nada más verla, Austin empezó a darle la tabarra para que se retractara. Intentaba hacerle decir que se había equivocado, y que lo sentía. Más tarde, Bayard alegaría que lo que más le dolió fue no haber salido en defensa de Sloan. Podríamos haber evitado lo que pasó si lo hubiéramos intentado.

—¿Y dónde estabas tú?

—En la carretera, en mi camioneta. Entonces ya estaba tan asustado que me temblaban las manos. Supuse que Austin se estaría metiendo con ella. Ya sabes, que la obligaría a tragarse lo que había dicho y a disculparse, pero pensé que con eso quedaría satisfecho y que luego bajaríamos por la montaña de vuelta a Santa Teresa. Esperé un rato, y como tardaban tanto decidí subir para ver qué pasaba. Si Austin aún estaba cabreado, haría todo lo posible para calmar las cosas. Empecé a subir por el camino en la oscuridad. Cuando llegué a la mitad, oí que alguien gritaba y luego «pum, pum, pum, pum, pum». Siete u ocho disparos. Esperaba que los hubieran disparado al aire. Fritz chillaba como un loco. Esta vez yo estaba lo bastante cerca para echar un vistazo, y entonces me eché a llorar. Bayard parecía conmocionado, como si lo hubiera atropellado un camión. Fritz estaba excitadísimo. Decía que nunca había matado a nadie, sonaba muy pasado de rosca. Daba saltos como un salvaje.

»Austin me dijo que volviera a la camioneta y que sacara una pala para enterrarla. Ya le había cogido la pistola a Fritz y la estaba cargando de nuevo, la mar de tranquilo. Yo lloraba tanto que ni veía lo que hacía. Fritz se serenó al verme berrear así y se puso muy blanco. Pensé que iba a desmayarse, y entonces me di cuenta de que también lloraba.

—¿Y Bayard?

—Estaba sentado en el suelo y se balanceaba sin dejar de gemir. A todos se

nos había revuelto el estómago. Austin dijo que si no nos callábamos de una puta vez, nos pasaría lo mismo que a Sloan.

—¿Por qué movisteis el cuerpo?

—No la llevamos muy lejos. Austin dijo que así borraríamos cualquier prueba forense que pudiéramos haber dejado.

—Y ahora te toca lidiar con el vídeo.

—Huir del fuego para caer en las brasas —dijo Troy.

—¿Por qué grabasteis esa cinta?

Troy bajó la cabeza, avergonzado.

—Sé que sonará tonto ahora, pero todo empezó como una broma. Haríamos una peli pseudoporno e intentaríamos venderla. Probablemente habríamos sacado algo de dinero si hubiera salido bien. Se suponía que era una parodia, un falso documental.

—¿De quién fue la idea?

—De Austin. Él no quería ensuciarse las manos, pero parecía disfrutar dándonos órdenes.

—¿Y qué pensaba Iris de todo el asunto?

—¿Iris? También estaba de acuerdo.

—¿Ah, sí? A mí me pareció bastante borracha.

Troy se encogió de hombros.

—Yo sí que estaba borracho, de eso no hay duda. Había estado fumando porros y bebiendo más cerveza y ginebra de la cuenta. La película era un bodrio, aunque eso no es ninguna excusa. Y nosotros unos gilipollas de mierda, es lo único que puedo decir. Hace unas semanas fui a hablar con Iris e hicimos las paces. Pensé que se merecía una disculpa formal.

—Hacer las paces está muy bien, pero una película de cuatro minutos no es que sea gran cosa, fueran cuales fueran vuestras intenciones.

—Es todo lo que conseguimos grabar antes de que se nos acabaran las ideas. El caso es que ninguno de nosotros se lo tomó en serio. Era una gansada, ¿sabes? Nos partíamos el culo mientras grabábamos.

—Supongo que Austin se reiría el último.

—Seguro que aún se está carcajeando, dondequiera que se encuentre —dijo Troy—. Supongo que habrás considerado la posibilidad de que sea Austin el que está detrás del chantaje.

—No se me había ocurrido —dije—, pero no me cabe duda de que veinticinco de los grandes le vendrían muy bien ahora. ¿Tú qué opinas?

—No creo que tenga los huevos de volver. No se arriesgaría.

—¿Y si alguien recogiera el dinero en su lugar?

—Me sigue pareciendo arriesgado. Si pillan a su compinche, ¿cuánto tiempo crees que tardaría la pasma en hacerle cantar? ¿Para qué arriesgarse por un tipo como Austin?

—¿Tienes idea de quién podría haber enviado la cinta? —pregunté.

—Si la tuviera te lo diría, créeme. No le tengo ningún aprecio a Fritz, pero la amenaza de volver a la cárcel es una pesadilla.

—Un castigo cruel e inusual, como pone en la Octava Enmienda —sugerí.

—Eso mismo. —Troy parecía algo inquieto—. Debería volver al trabajo. No quiero aprovecharme, Jim es muy buen tío.

Troy se levantó, hizo una bola con el papel de cera y la echó a la basura junto al cartón de leche vacío.

Nos dimos la mano.

—Te agradezco que hayas sido tan sincero. Revivir este asunto no debe de ser nada fácil.

—No me quejo, es lo que me merezco —afirmó Troy.



Miércoles a última hora de la mañana, 20 de septiembre  
de 1989

Joey le untaba protector solar a Iris en los hombros y en la espalda sentado en el borde de la piscina. Estaban en casa de Bayard bebiendo cerveza, vino y Bloody Marys con Bayard, Poppy y Fritz. Éste había traído un flotador de porexpán azul en forma de tubo y ahora flotaba en círculos con el flotador bajo los brazos. Bayard tomaba el sol en una de las dos tumbonas idénticas que había. Estaba muy moreno y la piel le brillaba por el aceite bronceador. Poppy, vestida con un bikini blanco, descansaba boca abajo en la otra tumbona embadurnada de protector solar, tan pálida que parecía anémica.

—¿Cómo va el negocio de la construcción? Debe de ir bien, si no, no te tomarías un día libre —dijo Bayard con tono indolente.

—De maravilla. Nos va estupendamente —contestó Joey. Encendió un cigarrillo, le dio una profunda calada y se lo pasó a Iris.

—Gracias, cariño —dijo Iris, y a continuación se volvió hacia Bayard—. ¿Te ha contado Fritz a quién ha contratado su madre?

—Primera noticia —respondió Bayard—. ¿A quién ha contratado?

Fritz hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—A una detective privada. No durará mucho, a mi padre no le gusta. Bayard se echó a reír.

—¿Una mujer detective? ¿Me tomas el pelo?

—¿Por qué te hace tanta gracia? —preguntó Iris, molesta.

—No te hagas la ofendida, Iris.

—Te agradecería que te pusieras al día. Estamos en pleno siglo xx...

Bayard pasó por alto el comentario y retomó la conversación.

—¿Por qué no le gusta a tu padre?

—No cree que vaya a solucionar nada, y lo ha dejado bien claro.

—Si esa detective es tan inútil, ¿por qué no la han despedido ya? —preguntó Bayard.

—Mi padre está cabreado porque mi madre lo mangonea todo sin tener en cuenta su opinión.

—¿Y cómo es que esa investigadora tan maravillosa aún no ha hablado conmigo? —preguntó Bayard.

—Ni conmigo —dijo Poppy secundando la queja.

—Seguro que acabará poniéndose en contacto con vosotros —dijo Fritz.

—¿Alguien ha hablado con Troy? —preguntó Poppy.

Iris levantó la mano.

—Yo lo llamé, pero su mujer me dijo que estaba en el trabajo y luego colgó. Casi me deja con la palabra en la boca.

—Venga, chicos —dijo Bayard—. Troy es padre de familia. ¿Por qué iba a quedar con nosotros? La semana pasada me topé con él y casi no me miró. Ahora que ha vuelto a salir este asunto la tensión se palpa en el ambiente. Troy prefiere guardar las distancias.

Iris hizo una mueca.

—¡Menuda novedad! Lleva guardándolas desde hace años.

—No es que a los demás nos apetezca demasiado quedar —observó Poppy.

—Pues a mí sí que me apetece —repuso Fritz.

—No lo dudo —dijo Poppy.

Fritz no se desanimaba tan fácilmente.

—Lo digo en serio. Me gusta mucho estar con vosotros.

—Nosotros también pensamos que eres un encanto —dijo Bayard.

—Sí, claro.

Poppy se incorporó en la tumbona y puso los pies en el suelo. Pese al protector solar, había empezado a quemarse y tenía la piel de un rosa intenso.

—¿Sabéis qué pienso? Que el chantajista no puede ser alguien que ya supiera de qué iba la cinta hace diez años.

Bayard la miró con interés.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ha dado por sentado que todas las escenas son reales. Está convencido de que lo que se ve en la cinta pasó de verdad, cuando no era más que una broma. Si no, ¿por qué iba a creer que la cinta tendría algún valor?

—¿Eso es lo que piensas? —preguntó Bayard—. ¿Que todo fue una broma?

—Eso es lo que me dijisteis, ¿no?

Poppy miró a Bayard y luego a Joey.

—A mí no me mires, yo soy un recién llegado —dijo Joey, y luego se dirigió a Fritz—: ¿Y qué pasará con lo del dinero? ¿Hay alguna posibilidad de que tus padres cambien de opinión?

—¿Sobre qué? —preguntó Poppy.

—¡Caray, Poppy! Intenta seguir la conversación. Me estoy cansando de tener que interrumpirme cada dos minutos para explicarte las cosas —protestó Bayard—. Sus padres no quieren pagar. Lo han dejado en la estacada.

—De momento, el asunto está parado, porque no hemos vuelto a tener noticias del extorsionista —dijo Fritz.

Bayard frunció el ceño.

—¿No os está presionando para que paguéis? No parece que vaya muy en serio.

—Ese tío es un sádico —dijo Fritz—. Nos las quiere hacer pasar canutas.

—¿Tus padres saben que nos has contado todo esto? —preguntó Poppy.

—¿Estás de broma? Claro que no. Se comportan como si fuera un gran secreto. No quieren que nadie se entere.

—Entiendo que estén preocupados —dijo Bayard—. La información es peligrosa.

—La información no es peligrosa —protestó Iris.

—Sí que lo es en manos de Austin.

—En eso tiene razón Bayard —dijo Poppy—. Austin siempre airea los trapos sucios de los demás. Haría cualquier cosa con tal de avergonzarnos y humillarnos. Si no se hubiera largado cuando se largó, quién sabe la de problemas que habría causado.

—¿Qué sabía de ti, Poppy? —preguntó Bayard con tono suave.

La sonrisa de Poppy se desvaneció.

—No es asunto tuyo.

Iris se metió en la piscina y fue nadando a braza hasta el otro extremo, con la melena cobriza flotando en el agua.

Bayard se volvió hacia Fritz.

—¿Sigues acaparando el sofá en casa de Berg y Stringer?

—No estoy acaparando nada, me han invitado.

—Te aseguro que yo no soy tan generoso, así que si buscas otro organismo huésped, no vengas a mi casa.

—Menudo cabrón. No te he pedido nada —dijo Fritz.

—Mejor así.

Fritz se pellizcó la nariz, se zambulló bajo el agua y salió a la superficie salpicando a su alrededor. Después se aferró al flotador y se apartó el pelo de la cara.

—Ah, tíos, casi se me olvida. Tengo algo buenísimo que contaros, os vais a tronchar. ¿Os acordáis de lo que os dije sobre Blake Edelston y Betsy Coe?

Iris había llegado al otro extremo de la piscina y ahora volvía nadando a lo perro.

—Ya lo sabemos. Llevan meses saliendo juntos —replicó Iris.

—No me refiero a eso.

—¿A qué te refieres? —preguntó Bayard.

—Te lo diré si te callas de una puta vez.

Bayard abrió exageradamente los ojos y se mordió los dedos, como si lo hubieran reprendido.

Fritz estaba tan concentrado en su chismorreó que no captó la burla.

—Os cuento. Blake fue a una feria comercial en Las Vegas, y mientras estaba allí conoció a una pelirroja que estaba muy buena y se pasaron dos días follando como conejos. Blake pensó que nadie se enteraría. Si no abría la boca, ¿quién iba a saberlo? Pero resulta que esa tía le contagió un VPH y ahora Blake se lo ha pasado a Bets.

—¿Qué es un VPH? —preguntó Poppy.

—¿Y tú de dónde sales? Es un virus...

—Un virus del papiloma humano —explicó Bayard.

Fritz siguió hablando como si Bayard no lo hubiera interrumpido.

—Una enfermedad de transmisión sexual, so tonta. Betsy está en pie de guerra. Ahora tiene verrugas genitales y está mosqueadísima porque ella no ha follado con nadie más.

Fritz empezó a reírse a carcajadas, los mismos rebuznos atronadores que sacaban a todos de quicio.

—Qué asco, Fritz. No puedo creer que nos lo estés contando —dijo Poppy.

Fritz encontraba tan hilarantes sus revelaciones que no había captado la incomodidad de los otros.

—No, no. No voy por ahí. Blake siempre se las da de puro, de estar por encima de todo. Ha follado con otras tías cientos de veces y nunca lo habían pillado. Tendríaís que haber oído a Betsy por teléfono. Lo localizó en casa de Stringer y yo oí todo lo que le dijo. ¡Y eso que ni siquiera estaba en la misma habitación!

—¿Sabes qué, Fritz? Esta vez te has pasado de la raya —dijo Joey.

—¿Y yo qué he hecho? No he hecho nada.

—Ahora no lo niegues —dijo Iris—. La vida sexual de Blake no es asunto nuestro, y nos importa un carajo si alguien tiene una enfermedad de transmisión sexual. ¿Sabes cuál es tu problema?

—¿Además de ser un imbécil? —interrumpió Bayard.

Iris continuó hablando como si nada.

—Tú no te cortas un pelo. Sueltas cualquier parida que se te pase por la cabeza.

—Dame un ejemplo —dijo Fritz.

—Pues lo del chantaje mismo. Aparece la cinta y a los cinco minutos ya lo estás contando por teléfono. Eres un chismoso.

—No es verdad. Estaba asustado, y sois mis amigos. Os estaba avisando por si ese tío iba a por vosotros.

—También se te ha escapado la cantidad que pide, lo que han dicho tus padres, lo que has dicho tú, lo cabreado que estás... —dijo Poppy.

—¡Porque *vosotros* me lo habéis preguntado!

—Nadie te ha preguntado si Betsy pilló una enfermedad venérea —interrumpió Poppy.

Iris se echó a reír.

—Sí, por la boca muere el pez. ¿No conoces ese refrán?

—Sé muchas cosas que no le he contado a nadie —contestó Fritz, indignado.

—¿Como qué? —preguntó Poppy.

—No lo sé. Como mi teoría sobre Austin.

Bayard se dio un golpe en la frente.

—Joder, Fritz. Ya vas a irte de la lengua otra vez.

—¿Cuál es tu teoría? —preguntó Iris—. Suéltalo ya. Nosotros sí que somos capaces de guardar un secreto, aunque tú no lo seas.

—No es ningún secreto, es una idea que se me ha ocurrido. Todo el mundo se pregunta si Austin está vivo o muerto, y yo creo que está muerto.

—Muy interesante. ¿En qué te basas para decirlo? —preguntó Poppy.

—Ninguno de nosotros ha tenido noticias tuyas. Si estuviera vivo, ya se habría puesto en contacto.

—¿Por qué tendría que hacerlo? —preguntó Bayard.

—Porque somos sus amigos.

—No es verdad. Austin nunca tuvo amigos. Todos lo odiábamos.

—Yo no —repuso Fritz.

Bayard lo miró con incredulidad.

—¿Estás de coña? Te trataba a patadas. Te insultaba, y siempre se metía contigo. No recuerdo que nunca te dijera algo agradable. Y a pesar de todo, tu perdías el culo por él y le prometías amarlo y respetarlo hasta que la muerte os separara.

—Es mucho más inteligente que nosotros, por eso lo admiraba tanto. Joder, si supiera la mitad de lo que sabía él, cambiaría mi silencio por dinero en cualquier momento.

—¿Ah, sí? ¿Después de lo que te ha hecho el chantajista? Bonita actitud la tuya, Fritz. Realmente admirable.

Fritz se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga? Lo aprendí de él.

—Pues será mejor que lo olvides cuanto antes. Austin es un hijo de puta. No te conviene seguir sus pasos.

—Un momento —interrumpió Iris—. Olvidaos de eso y volvamos a lo que decías antes. Si Austin está muerto, ¿cómo murió?

—No lo sé —respondió Fritz—. Estaba sometido a una gran presión. Es uno de esos tíos que preferirían morir antes que ir a la cárcel. Si pensaba que tenía a la pasma detrás, puede que se suicidara.

—Claro que tenía a la pasma detrás. Gracias a ti —dijo Bayard.

—Austin no se suicidaría —observó Poppy—. Es demasiado egocéntrico.

—Puede que alguien lo matara —sugirió Fritz.

—¿Quién querría matar a Austin? —preguntó Poppy.

—¿Y quién no querría? —respondió Bayard.

Poppy no apartaba la mirada de Fritz.

—Responde a la pregunta, me has dejado muy intrigada.

—¿Por qué querría matarlo alguien? Pues para que no dijera nada —respondió Fritz.

—¿Para que no dijera nada de qué?

—Si sabía algo sobre vosotros, la única manera de protegeros sería matándolo.

—¿Qué quieres decir con lo de «si sabía algo sobre vosotros»? —preguntó Iris—. ¿A qué te refieres con «algo»?

—Supongamos que te gustara la pornografía infantil, y que Austin lo descubriera —respondió Fritz. Puede que te hubieran ofrecido un trabajo buenísimo y que te pidieran una verificación de antecedentes. Austin te delataría por pura diversión. Tenía información sobre casi todo el mundo.

—Todos tenemos secretos, no estás diciendo nada que no sepamos —afirmó Poppy.

—Sé lo que Austin había averiguado sobre Bayard —dijo Fritz.

—¿Sobre mí? Estupendo. ¿Ahora vas a revelar mis secretos? —bufó Bayard.

—Dame un dólar y no lo haré —respondió Fritz. A continuación señaló a Bayard y soltó una risotada—. ¡Tendrías que haberte visto la cara!

La risa de Fritz sonaba forzada, como si fuera consciente de que su broma había fracasado de nuevo. El tono general del encuentro se había agriado.

Bayard sacudió la cabeza.

—Eres incapaz de callarte, ¿verdad?

—Tu problema es que no sabes encajar una broma.

—Eres tú el que tiene problemas —interrumpió Poppy—, y no nosotros.

—¡Bien dicho! —exclamó Bayard—. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que no fue Austin el que envió el anónimo a tus padres? Si alguien sabe lo peligrosa que es esa cinta, ese alguien es él.

—¿A qué te refieres? ¿A que Austin se dedica a chantajear a la gente? Eso está muy traído por los pelos —dijo Poppy con tono escéptico.

—Pues yo creo que tiene algo de razón —repuso Joey en defensa de Bayard—. ¿De qué vive Austin? Debe de tener dinero. Ese tío no puede durar mucho tiempo en el mismo trabajo. Es un fugitivo, y siempre tendrá que andarse con cien ojos por si algún conocido lo descubre.

—¡Venga ya! ¿Piensas que está chantajeando a los McCabe? Ni siquiera Austin es tan retorcido —dijo Iris.

—Sí que lo es —dijo Bayard.

—O era, si es que tengo razón sobre lo de que está...

Fritz se pasó un dedo de un extremo al otro del cuello.

Poppy levantó la mano.

—¡Menuda gilipollez! Si alguien lo ha matado, ¿dónde está el cuerpo?

—Eso es fácil —respondió Iris—. Lo habrán tirado al océano. Es el cementerio más grande del mundo.

—Buena idea. Que se lo coman los tiburones —observó Bayard—. Eso eliminaría cualquier prueba inculpatória.

—Conozco el sitio ideal —dijo Fritz.

—¿Qué sitio es ése? —preguntó Bayard.

—Ya te lo enseñaré algún día —respondió Fritz—. Y yo no he dicho que lo mataran en Santa Teresa, podría haber sido en cualquier parte. Además, ¿cuánto tiempo lleva desaparecido?

—No el suficiente —contestó Bayard—. Si tenemos suerte, a lo mejor se ha topado con alguien poco dispuesto a aguantar su arrogancia.

—No —dijo Poppy—. No me lo trago.

—No pretendo convencerte de nada, sólo te doy mi opinión —replicó Fritz.

—Reza para que esté muerto, Fritzer —dijo Bayard—. Tú eres el que se chivó. Si Austin vuelve, querrá cortar cabezas. Para ser exactos, la tuya.

—¿Y qué pasa contigo? Tú testificaste en su contra en el juicio.

—Pero él no lo sabe. Entonces ya había ahuecado el ala.

—Puede que aún tenga amigos aquí. Supón que alguien le haya filtrado la información.

—Ahora hablas como si estuviera vivo. ¿En qué quedamos?

—¿Por qué te metes siempre conmigo?

—Porque eres un plasta.

Iris se levantó y se envolvió en un corto albornoz de algodón.

—Bueno, gente. Aunque es muy divertido escuchar cómo os peleáis, yo me las piro —dijo mientras recogía las toallas y los flotadores.

Joey también se levantó y se puso las chancletas.

Poppy se cubrió los hombros con una toalla y alcanzó sus gafas de sol.

—Será mejor que yo también me vaya. Tengo cosas que hacer, pero gracias, Bayard. Lo he pasado muy bien.

—Eh, venga —protestó Bayard—. No os vayáis todos a la vez.

—Gracias, tío —dijo Joey—. Te agradezco la invitación.

Joey y Bayard se dieron la mano.

Mientras los tres recogían sus pertenencias, Bayard dirigió la mirada hacia Fritz, que continuaba flotando en el agua.

—¿No te esperan en ningún otro sitio?

—No. Soy libre como el viento.

—Pues yo no —repuso Bayard.

—Ya vuelves a empezar...

Bayard cerró los ojos unos instantes y luego cambió de tono.

—Tienes razón, soy un capullo. ¿Por qué no te quedas a comer? Ellis nos puede preparar unos bocadillos.

—¿Y cómo voy a volver luego a casa? —preguntó Fritz.

—Ya te llevaré yo. Tengo que hacer algunos recados de todos modos.

Fritz se animó.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, muy en serio —respondió Bayard, y luego se volvió hacia los otros—.



Venga, os acompaño hasta la puerta.

Los cuatro —Bayard, Poppy, Joey e Iris— entraron en la casa por la puerta del patio y cruzaron el salón. Fritz nadó a lo perro hasta el borde de la piscina y se aupó para salir.

Ya en el coche, cuando salían por el camino de acceso, Joey preguntó:

—¿Qué piensas de la conversación sobre Austin?

—¿Lo de que si está vivo o muerto? No sé cómo se puede demostrar ni lo uno ni lo otro —respondió Iris—. ¿Qué opinas tú?

—Ni idea. Ni siquiera lo conocí. Pero te diré lo que se me acaba de ocurrir: si fuéramos listos, intentaríamos desviar la atención.

Iris se volvió hacia él.

—¿A qué te refieres?

—Necesitamos un sospechoso imaginario, un doble del chantajista. Alguien que no seamos nosotros.

—Nadie sospecha de nosotros.

—Quiero decir que nos inventemos a una especie de hombre del saco. Así, nuestra intrépida investigadora se olvidará de todo lo demás y lo perseguirá a él.

—¿En quién estás pensando?

—¿Quién es el candidato más obvio?

Iris se lo quedó mirando unos segundos.

—Austin.

—Eso es —dijo Joey.

—¿Por qué tenemos que hacer algo?

—Porque Fritz ha bajado la guardia.

—No es verdad, está cagado de miedo. Se pasa el día compadeciéndose de sí mismo porque sus papis no piensan pagar —dijo Iris.

—Sí, pero ¿qué piensa hacer al respecto? Ni una puta mierda. Tenemos que recordarle el problema que se le viene encima.

—Ja. Como si no lo supiera ya.

—Quiero decir que hay que aumentar las amenazas. Apretarle las tuercas. Llevo algún tiempo pensándolo, y ya lo tengo todo planeado. Llamamos a Fritz y le dejamos un mensaje en el contestador...

Iris lo interrumpió.

—¿Cómo sabes que no va a contestar él? ¿O sus padres?

—Si contestan, colgaré y lo intentaré de nuevo en otro momento. Cuando

salte el contestador, me puedo hacer pasar por Austin. «Soy una voz de tu pasado. Estoy harto de perder el tiempo. O consigues el dinero, o te joderé bien jodido». Algo por el estilo. Fritz acaba de decir que si Austin estuviera vivo, se habría puesto en contacto con nosotros. Cuando escuche ese mensaje supondrá que es Austin el que lo ha dejado. Esas grabaciones distorsionan la voz de todos modos, lo que juega a nuestro favor. Le daré instrucciones sobre dónde entregar el dinero, y entonces pasaremos a la acción.

—No tiene sentido decirle dónde entregar el dinero cuando aún no lo tiene —observó Iris.

—Lo haremos para obligarlo a ponerse las pilas. Para motivarlo. Si no, ¿qué incentivo va a tener para hacer algo?

—Venga, Joey. ¿Qué puede hacer Fritz? Está claro que su opinión les importa un carajo a sus padres.

—Eso no es problema nuestro. Lo tiene que solucionar él, y será mejor que se dé prisa —afirmó Joey—. Ha llegado el momento de recordarle a Fritz lo mucho que puede perder.

—¿Y cuáles son esas instrucciones que se te han ocurrido? Me muero por saberlo.

—Necesita una fecha límite. Una fecha concreta, para que esto no se alargue más. Diré que alguien lo recogerá en algún punto del centro. Le daré un día y una hora. Entonces podemos ir hasta allí y comprobar si coopera.

—¿Y si no se presenta?

Joey se encogió de hombros.

—Entonces intentamos otra cosa.

—¿Sabes qué? De momento parece como si nos estuviéramos inventando el plan sobre la marcha.

—A esto se le llama ser flexible. Si Fritz consigue reunir la pasta, ya se nos ocurrirá algún plan.

—Mientras tanto será mejor que lo vayas pensando.

—Cariño, no hago otra cosa. —Se volvió para mirarla—. Sería divertido si saliera bien, ¿no te parece?

Iris sonrió.

—Divertido no sé, pero sería una pasada.

## Miércoles por la tarde, 20 de septiembre de 1989

Mientras comía sentada a mi escritorio, marqué varias veces el número de teléfono de Poppy sin obtener respuesta. Por la tarde, a fin de pasar el rato, saqué las fichas del bolso y escribí a máquina mis notas, esforzándome en ser productiva para acallar mi conciencia. Seguía tan lejos de encontrar al extorsionista de los McCabe como al principio, y la falta de progresos estaba minando mi confianza. Empezaba a albergar una pizca de arrepentimiento por haber aceptado el trabajo. Sea cual sea el problema, las ganas de ayudar entrañan muchos riesgos, lección que por lo visto no aprenderé nunca.

A las cinco cerré el despacho y me fui a casa. En el centro había poco tráfico, y cuando llegué a Albanil en busca de aparcamiento, un pequeño descapotable rojo de la marca Mercedes-Benz pasó a mi lado como una exhalación. Volví la cabeza justo a tiempo de reconocer a Cheney en el asiento del conductor y sentí una pequeña descarga de felicidad. Entonces vi quién iba sentada a su lado: Anna Dace, tan asquerosamente guapa como siempre. Mientras los observaba, Cheney redujo la velocidad y se metió en la plaza de aparcamiento situada frente al garaje de Moza Lowenstein.

Cheney apagó el motor, bajó del coche y se plantó en dos zancadas en el lado del copiloto, donde le abrió la puerta a Anna. Mi prima llevaba un jersey largo blanco y una falda tan corta que apenas le tapaba las bragas. Cheney estaba muy serio. Anna agachó la cabeza y se secó las lágrimas de las mejillas mientras los dos se dirigían a la casa de Moza. Ninguno de los dos pareció percatarse de mi presencia. Mejor así. Anna sacó las llaves y entró en la casa. Cheney y ella hablaron durante un momento a través de la puerta abierta, y luego él volvió a su coche y se fue. Esperaba que no hubieran tenido una pelea de enamorados, los pobrecitos.

Me cambié de ropa y salí a correr sin dejar de pensar en la vida y en el amor.

Los músculos de los muslos se me quejaban, los pulmones me ardían y el sudor me bajaba por la rabadilla. Como puede afirmarse de tantas otras cosas, no era asunto mío si esos dos habían iniciado una relación. Es más, si se peleaban, tampoco era asunto mío. No había pensado ir al local de Rosie aquella noche, y estaba claro que ahora no iría. ¿Y si, estando yo allí, los dos venían a cenar? ¿Permanecería sentada fingiendo no verlos mientras hacían las paces, o mientras se dirigían tiernas miradas frente a las estrambóticas creaciones culinarias de Rosie? Ni hablar.

Corrí los cinco kilómetros de rigor y en las tres últimas manzanas aflojé el paso para enfriar. Atravesé la verja y me dirigí al jardín posterior. Ni rastro de Lucky ni de Pearl, así que fui hasta la puerta trasera de Henry, que estaba abierta para dejar pasar el aire. Llamé con los nudillos en el marco de la mosquitera.

—¡Eh, Henry! ¿Estás ahí?

Oí un «¡Sí!», pero no era la voz de Henry, sino de Pearl.

Entró ruidosamente en la cocina desde el pasillo, balanceando su voluminosa figura entre las muletas. Iba envuelta en un enorme delantal. Se acercó a la puerta trasera y descorrió el pestillo de la mosquitera. Nada más entrar en la cocina vi una gran pila de platos y utensilios sucios sobre la encimera. El suelo estaba cubierto de harina, como si hubiera caído una ligera nevada. La cesta de levado de Henry reposaba sobre el quemador trasero de la cocina, cubierta con un paño.

—Supongo que Henry no está en casa.

—Lucky le pidió el coche para ir a recoger a su perro en la consulta del veterinario. Como Lucky acababa de dar buena cuenta de seis latas de cerveza, Henry decidió que sería más sensato si conducía él.

—Entonces, ¿ahora también tenemos a un perro viviendo aquí?

—Habrà que meterlo en algún sitio, ¿no? Los de Control Animal estaban a punto de sacrificarlo, así que si Lucky no iba a buscarlo, el pobre animalito ya estaría muerto.

—¿No tenía que conseguir una licencia para el perro?

—¿Y?

—Eso cuesta dinero. Pensaba que estaba sin blanca.

—Henry le prestó el dinero —explicó Pearl—. ¿A qué viene esa cara de asco?

—No creo que te interese saberlo.

—Sí que me interesa, por eso te lo he preguntado.

—¿Sabes qué es lo que más me molesta? Que hayáis acampado en el jardín

de Henry como si fuera un parque nacional. Los del centro de rehabilitación quieren que te alojes en una vivienda con acceso a un baño, no que vayas cojeando con las muletas por un suelo de tierra, haciendo pis en las pocas plantas que Henry aún no ha arrancado.

—¿A ti te han metido una escoba por el culo?

—Me cabrea que te aproveches de él. ¿Cuándo vas a pagar tus gastos? No tienes ni ambición ni disciplina, y no sabes hacer nada.

—No es culpa mía —repuso Pearl con indignación—. He pedido trabajo en todas partes y nadie ha querido contratarme. Eso es discriminación, y ¿sabes por qué? Porque soy una mujer de más de cuarenta con obesidad morbosa, mórbida, o como se diga. Vale, soy blanca y eso es una ventaja, pero por lo demás estoy bien jodida, algo que el Gobierno sabe muy bien. Si no, no me pagarían la pensión de invalidez.

—¿Qué invalidez? —pregunté, exasperada.

—Me he roto la cadera. ¿Tú de dónde coño sales?

Cerré los ojos y practiqué el autocontrol.

—Cuando estés bien de la cadera, ¿qué clase de invalidez tendrás?

—No lo sé. ¿Mental?

—Tú no tienes problemas mentales, no digas tonterías. Estás sana, eres lista y te sobra energía. Ha llegado la hora de arrimar el hombro.

—¿Por qué? Ésta ni siquiera es mi casa. Me apuesto lo que sea a que Henry la acabó de pagar hace años, así que, ¿para qué tengo que arrimar el hombro? ¿Para pagar el aire y el sol?

—Comida. Agua, luz y gas. Lavadora y secadora. Duchas calientes...

—Todo eso ya lo tengo gratis en Harbor House.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Pues mira, chica lista, te diré lo que hago aquí. Me lo guardaba para darte una sorpresa, pero ya veo que tendré que contarte un secretito. Henry me está enseñando a hacer pan y pasteles. Así tendré un oficio, y podré trabajar de aprendiz de panadero.

—No tienes la paciencia suficiente.

—¡Claro que la tengo! Os aguanto a ti y a tu maldita boca, ¿no? La cuestión es que vi a Henry preparar la masa, y no es tan difícil. Sólo hace falta levadura, agua y harina. Se mezcla, se amasa hasta que quede bien lisa, y ya está.

Me acerqué a la cesta de levado de Henry y levanté el paño. Al fondo había una bola de masa raquílica.

—¿Ésta es tu masa?

—¡Sí! Si la pones en un sitio caliente, la naturaleza hará el resto.

Cogí el paquete vacío de levadura que reposaba sobre la encimera.

—Para que te enteres, tu masa está muerta. ¿Has visto la fecha de caducidad de este paquete de levadura? Junio de 1984.

—¡Vaya, pues no me extraña! Tuve que buscar por todas partes, y al final lo encontré al fondo de la despensa. —Pearl se acercó cojeando a la encimera y le echó un vistazo al contenido de la cesta—. Tiene muy mala pinta. Supongo que será mejor que empiece de nuevo.

—¿Por qué no esperas a que vuelva Henry y te enseñe cómo hacerlo?

—¿Por qué no me lo enseñas tú?

—Porque yo no sé hacer pan.

—¡No te jode! Es el mejor incentivo posible: si lo consigo, seré yo la que te mangonee a ti, y no al revés.

Entré en mi estudio, me duché y me vestí. Después bajé por la escalera de caracol, me senté a mi escritorio y volví a marcar el teléfono de Poppy. La verdad es que no esperaba que descolgara, así que cuando contestó al cabo de cuatro timbrazos, me entraron ganas de colgar. No quería ponerla sobre aviso de mis intenciones, y tampoco quería tener que explicarle mi propósito por teléfono. Presioné la horquilla mientras Poppy seguía repitiendo: «¿Diga? ¿Diga?».

Me monté en el coche, di la vuelta a la manzana y salí por Cabana Boulevard, donde giré a la derecha. Poppy vivía a sólo cuatro manzanas de allí, que podría haber recorrido a pie en el mismo tiempo que tardé en ir en coche. Las ocho casitas que rodeaban el patio de Poppy exhibían distintos grados de esmero decorativo: macetas con plantas en un porche, muebles de mimbre en otro. En una parte del patio vi un bebedero para pájaros, y en otra una desbrozadora puesta de lado. Me imaginé que en aquellas casas vivirían unos cuantos vecinos que cuidaban mutuamente de sus mascotas cuando uno de ellos se iba de la ciudad.

Llamé a la puerta con los nudillos, y al ver a la chica que vino a abrir, pregunté:

—¿Poppy?

—Sí.

Respondió con tanta cautela que pensé que mentía descaradamente. No aparentaba mucho más de doce años. Tenía los ojos de un azul muy claro, el pelo

lacio y rubio y la tez pálida, con alguna que otra quemadura solar. Estaba tan delgada que parecía que los huesos de los codos le fueran a rasgar la piel. Llevaba un vestido de algodón azul con mangas japonesas y una banda de tela que parecía estar atada a la espalda, como algunas prendas que yo solía ponerme en quinto de primaria. Y que ni siquiera estaban de moda entonces.

—Si pretende venderme algo, debería saber que no les compro nada a los vendedores a domicilio —me espetó.

—Lo siento. —Rebusqué en el bolso, saqué una tarjeta de visita y se la entregué. No creo tener pinta de vendedora a domicilio, pero ¡qué sé yo!—. Estuve charlando con Troy Rademaker y me sugirió que hablara contigo. No te importa que te tutee, ¿verdad? Ésa soy yo —expliqué señalando mi nombre en la tarjeta como si Poppy fuera incapaz de leerlo por su cuenta—. Tu madrastra tuvo la amabilidad de darme tu dirección.

—¿Una investigadora privada? ¿Y yo qué he hecho? No he hecho nada.

—Me gustaría hablar sobre Sloan. Tengo entendido que erais amigas íntimas.

—¿Troy te ha dicho eso?

—Y un par de compañeros de clase tuyos también. ¿Me dejas entrar?

—No hasta que me digas de qué se trata.

—Fritz McCabe salió del Correccional de Menores de California hace poco. Puede que lo hayas leído en el periódico.

—Nunca leo el periódico, me deprime.

—¿Se ha puesto en contacto contigo?

—Eso no es asunto tuyo.

Éste iba a ser mi castigo por la facilidad con la que le había sonsacado a su madrastra la mala opinión que tenía de Poppy.

—Ha cumplido su condena y ahora está de nuevo en casa —expliqué—. Ha surgido un problema relacionado con una cinta de vídeo en la que él salía.

Poppy entrecerró los ojos.

—¿Fritz te ha contratado para que vengas hasta aquí a preguntar por eso?

—Fritz no. Trabajo para otros clientes.

—¿Y todo esto qué tiene que ver conmigo?

—Me han contado que Sloan tenía la cinta poco antes de que la mataran. Supongo que aún existe la posibilidad de que esa cinta esté escondida en su dormitorio. La otra posibilidad es que te la confiara a ti para que se la guardaras.

Mientras hablaba caí en la cuenta (demasiado tarde, lo reconozco) de que no importaba quién custodiara la cinta. Puede que Sloan se la hubiera dado a alguien, o puede que aún estuviera en su dormitorio cuando su madre lo cerró

con llave. El paradero de la cinta durante los últimos diez años no importaba. Lo importante era saber quién tenía motivos para hacerle daño a Fritz McCabe. ¿Quién le deseaba algún mal, y quién quería amargarle su recién recuperada libertad?

—Lo siento, pero Sloan no me «confió» nada a mí. Sabía que ella tenía la cinta y le dije que quería verla, pero me contestó que la había dejado en alguna parte. Se suponía que me lo diría cuando la recuperara, aunque ya no tuvo ocasión de hacerlo. Pero bueno, me has pillado en medio de algo y no quiero hacer ninguna pausa.

Con el rabillo del ojo detecté movimiento en la ventana de la casa contigua y alcancé a ver a la mujer con la que había hablado brevemente en mi primera visita. Me di cuenta de que Poppy acababa de responderme, pero no capté ni una palabra de lo que dijo.

—Preferiría no tener que explicártelo de pie en el porche. Tu vecina ha estado escuchando todo lo que hemos dicho.

Poppy dirigió la vista a la ventana de su vecina. Las dos intercambiaron una mirada que Poppy sostuvo sin pestañear, hasta que la mujer se retiró.

A continuación, Poppy se hizo a un lado y me permitió entrar en su sala de estar.

Había llenado su casita con una extraña selección de muebles de los años cuarenta, diversas piezas pesadas de madera clara con incrustaciones de laminado oscuro. Los brazos de madera de las butacas tenían los bordes redondeados, y el tapizado era de felpa oscura. Me recordó a los asientos de los cines de mi infancia: pelo corto y rasposo de un color indeterminado. Solía haber pelotillas pegadas en la parte inferior de los brazos. La moqueta tenía diferentes tonos de verde, con un estampado de hojas superpuestas.

Poppy entró en la pequeña cocina y se dirigió a una mesa arrimada contra la pared. Yo la seguí como un corderito. Sobre la mesa había una tabla de cortar, un cúter, un montón de postales y un frasco con una sustancia lechosa que supuse que sería cola.

Había cortado a tiras unas seis u ocho postales y había pegado las tiras de distintos colores en una cartulina gruesa. Parecía un diseño abstracto, de no ser por las referencias aisladas a alguno de los cincuenta estados. Resultaba curioso comprobar lo decorativa que podía ser la palabra «Ohio» cuando se entrecruzaba con «Wyoming». Cerca de la cartulina vi una fotografía de Sloan apoyada contra una caja de cereales.

Alcancé la foto de Sloan y la examiné unos segundos.



—¿Qué te han contado sobre esa cinta? —preguntó Poppy.

—Sólo sé que, según Fritz, Sloan se la robó. Me preguntaba adónde habría ido a parar.

—¿Por qué no se lo preguntas a Bayard Montgomery? Sloan y él eran uña y carne en aquella época.

Poppy empezaba a ceder, y me pregunté si podría sonsacarle algo más. Estaba absorta en su proyecto, lo que parecía atenuar su hostilidad inicial.

—No tengo muy clara la secuencia de los acontecimientos. Me acuerdo de haber leído la noticia en el periódico, pero de eso hace diez años. Por lo que recuerdo, Austin Brown invitó a Sloan a una fiesta en la cabaña que sus padres tenían cerca del desfiladero, y la situación se descontroló. ¿Tú también estabas invitada a esa fiesta?

—Sí, pero me fui antes de que empezaran los problemas. Al principio todo iba bien. Habíamos acabado el curso y todo el mundo estaba de buen humor. Nos bañamos en la piscina que había junto a la cabaña, escuchamos música, freímos hamburguesas y cosas por el estilo.

Poppy usó el cúter para recortar una franja azul marino de la postal de Arizona. Estaba recreando la fotografía de Sloan en píxeles de color, pero la imagen no se apreciaba bien de tan cerca.

—¿Por qué no se celebró la fiesta en casa de Austin? ¿No vivía en Horton Ravine?

—Austin quería privacidad. Había comprado un barril de cerveza y una bolsa de maría, y no le hacía ninguna gracia que sus padres se enteraran.

—¿Quién invitó a Sloan?

—Él. Por lo que me contaron, aquella mañana Sloan había salido a correr por su barrio. Austin iba en la camioneta de Troy y le preguntó a Sloan si quería unirse a ellos. Sloan respondió que después de correr tenía que ducharse y ocuparse de su perro, así que Troy se ofreció a recogerla más tarde. Iris y yo llegamos a la cabaña antes que ellos, a las dos menos cuarto aproximadamente.

—Pensaba que todo el mundo le hacía el vacío a Sloan —comenté reconduciendo la conversación.

—Es verdad, pero Austin nos dijo que podíamos volver a hablar con ella.

—¿Y dónde estaban los padres de Sloan?

—Habían ido a Arizona a buscar a sus hermanastros. Los dos pasaban el verano aquí con su padre.

—Cuando viste a Sloan, ¿parecía asustada?

—En absoluto. Nos estábamos divirtiendo. No pensé que Sloan corriera

peligro, la verdad es que nadie lo pensó.

—¿Quién estaba en la fiesta?

—Bayard, Troy y algunos chicos más.

—¿Había otras chicas además de vosotras?

—Puede que cuatro o cinco. Iris seguro que estaba, porque yo la llevé en coche.

—¿Te refieres a Iris Lehmann?

—Sí. Entonces era mi mejor amiga.

—¿Pero ahora ya no?

—La veo de vez en cuando —respondió Poppy con cautela.

—¿Y qué hay de Fritz?

—Siempre tenía que dar la nota. Recibió su merecido.

«Vaya, vaya», pensé.

—Entonces no era una fiesta muy grande, sólo una docena de personas aproximadamente.

Poppy se encogió de hombros, pero no dijo nada más. Volvía a mostrarse cauta, y me pregunté si aquel día habría sucedido algo que no quisiera mencionar. Tendría que engatusarla para que siguiera hablando. En el comedor contiguo vi una máquina de escribir antigua de la marca Underwood, con una silla giratoria al lado. La mesa estaba cubierta de libros, archivos y papel para escribir a máquina. Alguien había arrugado varias hojas y las había tirado al suelo: el símbolo universal de la angustia ante la página en blanco.

Le señalé la cartulina.

—¿Te ganas la vida con esto? Tendría que habértelo preguntado antes.

Poppy desvió la mirada hacia la máquina de escribir.

—Estoy escribiendo un guion de cine.

—¿Eres escritora?

—La verdad es que no. Es una película sobre el asesinato.

Se le sonrojaron las mejillas y me miró muy seria.

—Todo el mundo me dice que tendría que explicarlo por escrito, ya que estuve allí y presencié lo que pasó. No me refiero a cuando la mataron.

—¿Estás escribiendo una versión novelada?

—Bueno, no es un documental, así que supongo que podríamos llamarlo una ficción realista, o algo por el estilo. Mucha gente cree que una película así podría ser un gran éxito de taquilla, especialmente si incluyo un papel protagonista para algún actor famoso, que es lo que pienso hacer.

—¿Quién te parece que debería ser el protagonista?

Era una pregunta difícil. Poppy se encogió de hombros.

—Austin, supongo.

—¿Ah, sí?

—Bueno, en realidad es el antagonista, y ahora se ha convertido en un proscrito. En un antihéroe.

—En otras palabras, alguien a quien el público admiraría —apunté.

—Ajá.

—¿Tienes un agente literario?

—No lo necesito. Hará un par de meses conocí a una mujer que trabaja para una productora de Hollywood y me prometió enseñarle el guion a su jefe tan pronto como lo acabe de escribir. Así no tendré que pagarle el diez por ciento al agente. Esa mujer dice que, en el mundillo del cine, lo principal es tener contactos.

—Eso tengo entendido. ¿Hasta dónde has llegado?

—Hasta la página veintiséis. Es más difícil de lo que había pensado. Tienes que conocer todos esos términos técnicos...

—¿Como fundido a negro, fundido encadenado y cosas así?

—Exacto.

No lograría venderlo ni por casualidad. La madrastra de Poppy había disfrutado hablándome de sus fracasos escolares, así que la posibilidad de que le pagaran por escribir algo parecía más que remota.

—¿Cómo vas a titular el guion?

—Estaba pensando en titularlo *Yellowweed* —contestó, e hizo una pausa lo bastante larga para estudiarme—. ¿Tienes hermanos?

—No, soy hija única —respondí, preguntándome por qué querría saberlo.

—Pues menuda suerte. No tienes ni idea de lo que supone crecer con hermanos que se creen muy inteligentes. Lo único que le preocupaba a mi familia era el dinero y el prestigio.

—Tengo entendido que tu madre se fue de casa hacia la misma época en que mataron a Sloan.

Su expresión se ensombreció.

—Sí. Muchas gracias, mamá. Así se hace. Mis hermanas ya se habían independizado. Fingieron estar muy afectadas, pero ¿a ellas qué más les daba? Tenían sus vidas. Yo era la que se iba a quedar atrapada en casa. Mi familia nunca ha tenido ni idea de quién soy, ni de cuáles son mis intereses. Olvídate de la creatividad, el arte o cualquier cosa original. Todos son de ciencias.

—Pues parece que te va muy bien. Esta casa es estupenda.

—Mi padre paga el alquiler, y eso cabrea de mala manera a Loretta porque es un dinero que podría estar gastando ella. No lo dice, pero sé que me considera una fracasada. Cuando venda el guion, al menos tendré bastante dinero para largarme de esta ciudad de mierda.

—Me parece estupendo que estén dispuestos a ayudarte económicamente — dije intentando darle un enfoque optimista a la conversación. Entretanto, pensé que Poppy podría haberme mentido al negar que Sloan le hubiera dado la cinta. ¿Y si la había tenido ella todos estos años? Si esa cinta había provocado el final de su relación con Troy, ¿acaso no disfrutaría Poppy vengándose de él? A Troy no le habían pedido dinero, pero si la cinta salía a la luz, a él y a Fritz los meterían en el mismo saco. Una venganza tardía por haberla traicionado. Me imaginé lo que Poppy podría hacer con veinticinco mil pavos: tocarle las narices a Loretta, como mínimo.

—Lo único que quieren es quitarme de encima —seguía diciendo la muy quejica—. Podrían darme un poco de apoyo emocional, pero supongo que es pedir demasiado.

No quería dar pie a nuevos lamentos, así que cambié de tema.

—¿Has tenido ocasión de hablar con Fritz desde que salió de la cárcel?

—Ha pasado por aquí un par de veces, pero procuro no animarlo a venir. El tío se me pone tontorrón, como si estuviera colado por mí. ¡Menudo chiste! Los guaperas no me dan ni la hora, y un gilipollas como Fritz no me deja tranquila.

—¿Te importa si te pregunto alguna cosa más sobre Sloan? Podría ser útil repasar de nuevo lo que pasó. Como estás muy ocupada con el guion, las preguntas podrían refrescarte la memoria.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Poppy a su vez, algo más calmada.

—Te debiste de llevar una impresión tremenda cuando te dijeron que Sloan había muerto.

—Desde luego. Fue horrible, al principio no me lo creí. Iris se enteró antes que yo y me llamó. Lloraba tanto que no entendí nada de lo que me dijo. Cuando comprendí qué había ocurrido, pensé que se lo estaba inventando.

—¿Eso cuándo fue?

—Cuando nos enteramos de lo que había pasado. Creo que tres días después de la fiesta, o algo así.

—¿Dónde pensabais que se había metido Sloan todo aquel tiempo?

—Ni idea. Tampoco teníamos mucha relación, no es que estuviéramos en contacto todo el rato. Austin dijo que después de cerrar la cabaña y bajar por el desfiladero dejaron a Sloan en el centro y ellos fueron directamente a su casa.

—¿Qué tenían que hacer allí?

—Estuvieron haciendo el tonto, y jugaron al pimpón y al futbolín. Sé que vieron la tele, porque recuerdo que Austin me mencionó un par de programas.

—Serían principalmente reposiciones, ¿no?

—¿Y eso a qué viene?

—Viene a que Austin mencionó esos programas para dar credibilidad a sus explicaciones. Si ya había visto los episodios en cuestión, podía recitar los suficientes detalles para resultar convincente.

—Ah.

—¿Se te pasó por la cabeza que podrían haberle hecho daño a Sloan?

—La verdad es que no. Yo estaba un poco preocupada por el perro. Sloan debió de pensar que no pasaría mucho rato en la fiesta, porque había dejado a *Butch* en el jardín de atrás. Cuando se hizo de noche, la vecina de al lado lo oyó aullar y se lo llevó a su casa. Ella fue la que llamó a la policía. Sloan nunca habría abandonado así a su perro. Habría vuelto a buscarlo, pasara lo que pasara.

—Entonces, ¿te creíste o no la versión de Austin?

—No tenía motivos para desconfiar. Parecía tan preocupado como los demás cuando descubrimos que Sloan había desaparecido.

—¿Por qué decidieron matarla?

—No lo sé. Entonces yo ya me había ido. Y, de todos modos, no creo que «decidieran» hacer nada. Sucedió y ya está.

—¿Me estás diciendo que cuatro tíos van al bosque por la noche con una pistola cargada y la chica que los acompaña va y se muere?

—Pero es que fue así. Todo salió a la luz durante el juicio. No fue premeditado ni mucho menos, salvo lo del hoyo que había cavado Austin. Y sólo lo cavó para que Sloan se lo tomara en serio.

Entorné los ojos con incredulidad.

—¿Austin cavó una fosa antes de llevarla allí aquella noche?

—Yo no lo llamaría «fosa». Era un hoyo que Austin había cavado en el campamento donde murió Sloan.

—Si era el hoyo en el que la enterraron, ¿tú no lo llamarías «fosa»?

—Bueno, visto así...

—¿Quién descubrió el cuerpo?

—Unos excursionistas.

—Tengo entendido que el arma homicida nunca apareció.

—No, pero todo el mundo sabía que era de Austin, porque la tenía en la cabaña y nos la estuvo enseñando.

—Supongo que la policía os interrogaría a todos cuando descubrieron el cadáver. Particularmente a Austin.

—Sí, claro, pero no tenían suficientes pruebas para acusarlo. A los polis les contó lo mismo que nos había contado a nosotros. Dijo que habían dejado a Sloan en State Street, y que ya no volvieron a verla. Supongo que estaría muy afectado, porque habían salido juntos.

—Estoy segura de que debió de fingir muy bien —repuse—. Y entonces, ¿qué?

—Los dos policías siguieron presionándolos.

—¿En comisaría? —pregunté.

—Sí, y también en casa de Austin. El interrogatorio duró dos o tres días seguidos, pero aún no los habían acusado de nada. Sé que los interrogaron por separado, pero todos dijeron lo mismo.

—Ya me lo imagino: para eso sirven las coartadas. ¿La policía les leyó sus derechos?

—No estaban detenidos.

—¿Ninguno pidió un abogado?

—Austin dijo que no necesitaban ningún abogado, ya que Sloan estaba perfectamente cuando la dejaron en el centro.

—¿Y los padres de Austin no protestaron? Pensaba que venía de una familia de abogados prestigiosos.

—Sí, pero Austin dijo que si contrataban a un abogado, parecería que lo necesitaba.

—¡Claro que lo necesitaba! Aún lo necesita. Estamos hablando de un homicidio.

—Creo que fue más bien un accidente desafortunado. Fritz no había disparado nunca una pistola, Austin tuvo que enseñarle a quitar el seguro.

—¿Sabías que Austin pensaba irse de la ciudad?

Poppy negó con la cabeza.

—Creo que se dejó llevar por un impulso nada más enterarse de que Fritz se había chivado.

—¿Chivado? ¿Como si fueran niños pequeños? —Sabía que sonaba indignada y sentenciosa, pero no pude reprimirme. Mientras la observaba me pregunté por qué no me miraba a los ojos. Probablemente porque le estaba hablando como a una idiota, que es lo que era. Respiré hondo, esperando calmarme—. ¿Hay algo más que quieras contarme?

—Pues no. Salvo que Iris y yo estábamos muertas de miedo.

—¿Muertas de miedo? ¿Por qué?

—¿Y si Austin aparecía de nuevo? ¿Y si venía a por nosotras? Estábamos en la cabaña el día en que mataron a Sloan. Nos podrían considerar testigos.

—¿De qué?

Poppy cerró la boca y agitó una mano delante de la cara, como si la incordiará un mosquito.

—De nada. Espero que hayamos acabado, porque tengo cosas que hacer.

Me di cuenta de que la había presionado hasta el extremo de obligarla a ponerse a la defensiva, cosa que no suele ser muy productiva.

—Supongo que esto es todo por el momento. Si se me ocurre alguna pregunta más, ¿puedo volver a hablar contigo?

—Creo que ya he hablado bastante.

—Diría que no, pero estoy segura de que encontraré la manera de llenar los espacios en blanco.

Poppy musitó algo.

—Lo siento, no te he entendido —dije.

—He dicho que tu información no está al día. La madre de Sloan decidió que había llegado el momento de vaciar su dormitorio y empaquetar sus cosas. Lo vació hará un par de semanas.

—¿Quién te lo contó?

—No me lo contaron, yo la ayudé a vaciarlo.

## Miércoles por la noche, 20 de septiembre de 1989

Volví a casa más tarde de lo normal, y después de dar las vueltas de rigor encontré un sitio para aparcar bastante decente al final de la calle. Al cruzar la verja saqué el correo del buzón, sorprendida de que Henry aún no lo hubiera recogido. No me di cuenta de que algo iba mal hasta que rodeé el estudio y llegué al jardín de atrás. Henry, en camiseta, pantalones cortos y chancletas, esperaba en su porche trasero quieto como una estatua. Pearl, apoyada en las muletas junto al tendedero, parecía clavada al suelo. En la ventana de la cocina, el gato *Ed* estaba hinchado como un globo. Tenía el blanco pelaje erizado, al igual que la pelusa de un diente de león.

La pequeña tienda de campaña seguía en el mismo sitio, con la cremallera bajada. Frente a la tienda, un perrazo negro mordisqueaba una muñequita de goma. Tenía una cabeza enorme y la cara oscura, surcada de arrugas, con un puntito dorado sobre cada ojo. Pelo corto, salvo la cola greñuda de color canela, y una franja dorada alrededor del cuello. No le quitaba ojo a su juguete, que roía con fruición sin llegar a romperlo. Nada más verme, se levantó en silencio con la cabeza gacha y las orejas echadas hacia atrás. Tenía la cola pegada al cuerpo y sorprendentemente rizada. Un ruido sordo retumbó en su pecho, como el de un motor al girar. Clavó los ojos en mí, gruñó una vez y empezó a ladrar. Aunque me había quedado paralizada, el corazón me latía con fuerza.

—Un chucho encantador —observé.

—Yo que tú no me movería —advirtió Pearl.

—No te preocupes, no pensaba hacerlo. ¿Cuánto tiempo lleváis así?

—Diría que unos veinte minutos. ¿Estás de acuerdo conmigo, Henry?

—Por ahí andará la cosa. He oído chillar a Pearl y he salido corriendo para ver qué pasaba. El perro no la dejaba moverse. He pensado en intervenir, pero al animal no ha parecido gustarle la idea. Se ha abalanzado sobre mí y se ha puesto



a ladrar tan cerca de mi pantorrilla que incluso he sentido la calidez de su aliento en los tobillos.

—¿Éste es el chucho que rescatasteis?

—El mismo —respondió Pearl.

—¿Dónde está Lucky?

—En la tienda, durmiendo la mona. Henry y él han ido a recoger al perro en la consulta del veterinario. Según ha dicho Lucky, eso lo ha estresado mucho y aún no se ha recuperado. Todos esos pobres gatitos y perritos enfermos. A uno lo había atropellado un coche, y el veterinario le tuvo que amputar la pata trasera. Lucky ha dicho que era la cosa más terrible que había visto en su vida. Al animalito sólo le quedaba un muñón. Cuando Lucky ha vuelto a casa ha tenido que beberse cuatro cervezas para tranquilizarse. Nada más entrar Lucky en la tienda, el perro se ha hecho el amo del jardín y ahora nos tiene a raya. Que no se mueva nadie, o lo destrozará a mordiscos.

Para demostrar lo que acababa de decir Pearl, el perro pegó unos ladridos tan fuertes que el pecho le tembló y las patas delanteras se le levantaron del suelo. Los tres saltamos como si nos hubieran pinchado con una picana.

—¿De qué raza es? —pregunté intentando no mover mucho los labios.

—Un cruce de mastín y rottweiler. También tiene algo de golden retriever. Las partes de mastín y de rottweiler lo convierten en un perro guardián muy leal. Y como tiene una parte de retriever, le encanta ir a buscar lo que le lances. Le he tirado su muñequita y me la ha traído enseguida, pero después de que Lucky se metiera en la tienda, el perro ya no ha querido seguir jugando.

—¿Cómo se llama?

—*Killer*.

—Le va que ni pintado. ¿Cómo estás, Henry? ¿Todo bien?

—Más o menos. Pearl ha dicho que andabas buscándome.

—Quería comentarte si te parece bien que instalemos una alarma para proteger tu casa y la mía. Ned anda suelto, y ayer pasó por aquí.

—Pearl me lo mencionó. Reforzar la seguridad doméstica nunca está de más.

—Me gustaría pagar la mitad.

—No hace falta, corre de mi cuenta. ¿Con qué empresa?

—Sistemas Operativos de Seguridad. Son los que me instalaron la alarma en el despacho.

—SOS. Muy ingenioso. Ya los llamaré.

—Aunque, con *Killer* aquí, los ladrones lo tendrían crudo —comenté, y luego me dirigí a Pearl—. ¿Alguna noticia sobre el paradero de Ned?

—Mis colegas no lo han visto, aunque no les vendría mal tener una foto —respondió Pearl—. Cuando preguntas por un tío blanco de mediana edad no es que se disparen las alarmas.

—Veré lo que puedo hacer —dije.

—¡Ah! Antes de que se me olvide, quería recordarte el cumpleaños de Rosie —dijo Henry—. Vamos a celebrar una fiestecita el viernes por la noche.

—Me alegro de que me lo comentas, se me había pasado totalmente.

—Lucky y yo también estamos invitados, así que no nos des la paliza.

—Lo celebraremos después de la cena, y yo haré la tarta —explicó Henry.

—Henry iba a hacer un pastel de ángel, que es una especie de bizcocho. Lleva claras de huevo muy batidas en vez de levadura, pero yo sugerí una tarta rectangular, porque cundirá más.

—Muy bien, Pearl. Estoy impresionado —dijo Henry.

Pearl se encogió de hombros con modestia.

—¿El viernes es el veintidós? —pregunté.

—Exacto.

—¿Y qué le regalamos?

—Eso te lo dejo a ti —respondió Henry.

Le eché una mirada a Pearl.

—¿Lucky va a seguir durmiendo mucho tiempo más?

—Espero que no, tengo que hacer pis.

—Y yo también —dijo Henry tímidamente.

*Killer* levantó la cabeza y enseñó los dientes. Como por arte de magia, se le erizó una cresta en el lomo desde los omóplatos hasta la cola, lo que le dio aspecto de perro infernal. No podía hablar en nombre de Henry ni de Pearl, pero yo estaba más que dispuesta a arrepentirme de mis pecados.

—Puede que *Killer* también tenga una parte de crestado rodesiano —aventuró Pearl.

—¿A alguien se le ocurre algún plan? —pregunté.

—A mí se me han agotado —respondió Pearl.

—¿Henry?

—Seguro que no se muestra tan receloso contigo como con Pearl o conmigo. Creo que nos asocia con la desaparición de Lucky, pero aún no sabe qué pensar respecto a ti.

—Pues a mí me parece que lo tiene bastante claro. ¿Habéis intentado llamar a Lucky a gritos para ver si lográis despertarlo?

—Ya nos hemos cansado. Cuando duerme la mona, ese tío queda fuera de

combate —contestó Pearl—. A ver si consigues que se ponga a jugar.

—¿Lucky?

—El perro, joder —respondió Pearl, exasperada—. Perdona las palabrotas, Henry. Sé que no te parecen bien.

Henry aceptó la disculpa con filosofía, acostumbrado como estaba a mis exabruptos ocasionales.

—Cuando dices «jugar», ¿a qué te refieres? —le pregunté a Pearl.

—Ya sabes, retozar por ahí y bailar sobre las patas traseras.

—¿Retozar?

—Vale, pues sáltate lo de retozar. Es pedir demasiado. Dile lo buen chico que es, alaba a su muñequita. Es un perro fiero, pero no muy listo.

—Venga ya, como si fuera a tragarse algo así.

—¿Se te ocurre una idea mejor?

—La verdad es que no.

Miré a *Killer*, pensando en todas las historias que había leído sobre humanos atacados salvajemente por sus fieles amigos de cuatro patas. Acababa de conocerlo y el chucho ya me había cogido antipatía. Observé cómo se tumbaba en el suelo y volvía a babear sobre su juguete, aparentemente satisfecho. Royó el brazo de su muñeca y luego se puso a chuparle los piecitos de goma. Desde la ventana de la cocina, *Ed* se había relajado al vigilarlo, pero seguía mirándolo con preocupación.

—Venga, empieza de una vez —dijo Pearl.

—¡Ahora voy! No me atosigues.

Lentamente, me fui agachando hasta quedar en cuclillas con las rodillas muy tensas, sin saber si llegaría a levantarme de nuevo.

—*Killer*, eres un perrito muy bueno. ¡Buen chico! ¿Ésa es tu muñequita?

El perro gruñó para sí mientras llenaba su juguete de babas, sin saber cómo interpretar mi comportamiento.

—¿Ésa es tu muñequita? ¡Qué muñequita tan mona! Me encanta. ¿Me la puedes traer?

*Killer* dejó de prestarle atención a su muñeca, quizá dispuesto a compartirla si recibía el incentivo adecuado. El perro me dirigió una mirada recelosa.

—Tráemela, *Killer*. ¡Vamos! ¡Vamos, chico!

Me di unas palmadas en las rodillas y repetí la exhortación. Me daba vergüenza tener que soltar tantas chorradas, pero al perro no parecía molestarle. Vi que empezaba a considerar mi petición: golpeó la cola contra el suelo un par de veces y la cresta se le aplanó. Sabía que su muñequita era merecedora de

elogio, y no podía evitar sentirse orgulloso.

—Tráemela aquí. Tráeme tu muñequita.

Tímidamente, *Killer* se levantó como si la idea acabara de ocurrírsele a él. Juguetón, lanzó su muñeca al aire y me miró con el rabillo del ojo para ver qué me parecía.

—¡Buen chico! ¡Qué perro tan bueno! —exclamé.

*Killer* recogió la muñequita con ternura y se me acercó un poco más. Gorjeé nuevas palabras de aliento. Más tarde caí en la cuenta de que así estaba activando al golden retriever que había en él. Finalmente, *Killer* me trajo la muñequita y la depositó a mis pies. Esperé hasta que se puso a ladrar con expectación. Luego retrocedió y meneó la cola con las patas delanteras en el suelo, la grupa levantada y la mirada clavada en su juguete.

—Gracias. ¡Buen chico! Ahora voy a cogerla, ¿de acuerdo?

No percibí hostilidad en su respuesta.

Alargué el brazo con mucho cuidado, moviéndome lentamente por si cambiaba de opinión. Agarré la muñequita y la lancé al otro extremo del jardín. *Killer* dio un salto, la alcanzó con la boca, la lanzó al aire, la alcanzó de nuevo y luego volvió y me la dejó a los pies.

—Sigue con el juego, vuelvo enseguida —dijo Henry.

Fue derecho a la puerta trasera y se metió en la casa.

—Detrás de ti —dijo Pearl, y luego siguió a Henry.

*Killer* y yo jugamos a lanzar y recoger la muñequita durante los veinticinco minutos siguientes. Ni rastro de Henry. Ni rastro de Pearl. Si mi atención decaía, el perro empezaba a enfurruñarse y me daba pánico que pudiera morderme. *Ed* nos observaba desde el alféizar de la ventana, divertido y perplejo a un tiempo. Probablemente pensaba que sólo un perro podía comportarse de un modo tan tonto. Me pregunté si acabaría volviéndome loca antes de que anocheciera. Por suerte, la muñequita también estaba agotada. *Killer* tuvo que tumbarse y colocarla entre sus patas delanteras para que la pobre pudiera descansar un poco. Me levanté tambaleándome y retrocedí lentamente de espaldas hasta la puerta de mi estudio, saqué las llaves y entré sin apartar la vista del chucho.

Entre las cartas que habían llegado había un sobre marrón de 20 30 centímetros con mi nombre escrito en el anverso. No llevaba sello ni remite. Lo examiné brevemente y lo abrí con cautela. Una vez me regalaron un par de tarántulas metidas en un sobre similar.

Las hojas que saqué del sobre eran copias de la foto de Ned Lowe para el archivo policial, junto a una breve descripción de las órdenes de arresto que pesaban contra él. La fotografía en blanco y negro no resultaba muy favorecedora. Debieron de sacársela diez años atrás, porque parecía más joven pero igual de cansado. En aquella época lucía un bigotillo ralo y las bolsas debajo de los ojos aún no se le habían hinchado hasta alcanzar las proporciones actuales. Resultaba poco atractivo, lo cual no se debía tanto a sus facciones como a su expresión derrotada. Puede que fuera esa característica la que me llevó a pensar que era inofensivo. Quizá Ned había adoptado aquella expresión por considerarla el camuflaje perfecto.

«La policía de los estados de Arizona y Nevada busca a Ned Benjamin Lowe, 53, sospechoso de la desaparición de Susan Telford, mujer blanca de 14 años, vista por última vez el 28 de marzo de 1987 por la mañana en Paseo Verde Parkway, Henderson, Nevada. Asimismo, Lowe está siendo investigado por la desaparición de Janet Macy en 1986 de su domicilio en Tucson, Arizona. En ambos casos, las víctimas fueron abordadas por un hombre que afirmaba ser un fotógrafo en busca de modelos dispuestas a trabajar en la industria de la moda.

»A Ned Lowe también lo buscan en relación con varias órdenes de detención activas por delitos sujetos a extradición. Quien posea información sobre su paradero debe ponerse en contacto con la policía estatal.»

En el texto constaban los teléfonos de ambos departamentos, y se indicaba que todas las llamadas serían tratadas de forma confidencial. También figuraba el número de una línea telefónica para la colaboración ciudadana.

Descolgué el auricular y llamé al domicilio de Jonah.

—¿Dígame?

Era Camilla.

—¿Puedo hablar con el inspector Robb? —pregunté. Mencioné su rango y su apellido para que Camilla no descubriera quién lo llamaba. ¿A que soy lista?

Se produjo un silencio antes de que Camilla me colgara de golpe. Supongo que ella es más lista que yo.

Al cabo de tres minutos sonó el teléfono.

Respondí con cautela, pensando que Camilla me devolvía la llamada para insultarme.

—Hola, Kinsey. Soy Jonah.

Me aparté el auricular de la oreja y entrecerré los ojos.

—¿Cómo sabías que quería hablar contigo?

—Camilla le ha colgado el teléfono a alguien, y he supuesto que serías tú.

—¿La tienes delante?

—Ha salido dando un portazo. Lo pagaré más tarde, pero qué le vamos a hacer. ¿Llamabas por lo de la circular?

—Sí, gracias por enviármela. Supongo que tus agentes no han encontrado ninguna pista sobre su paradero.

—No, pero aún es pronto. Este asunto se trató en la reunión de la brigada, y ahora todo el mundo está al corriente. Registraremos los moteles de la playa y luego iremos ampliando la búsqueda.

—Me parece estupendo. Tengo a un par de amigos sintecho controlando el centro cristiano para indigentes y Harbor House. También lo buscan en los pasos subterráneos de la autopista y en el antiguo campamento de vagabundos. Pensaba investigar en los moteles de Winterset y Cottonwood.

—Adelante.

La llamada se cortó de repente, por lo que supuse que Camilla habría vuelto con la esperanza de pillar a Jonah hablando conmigo.

Como *Killer* seguía tumbado en el jardín posterior, decidí que no tenía ninguna razón de peso para salir de casa. Mi despensa estaba vacía, pero probablemente podría aguantar hasta que Lucky se despertara. Decidí aprovechar el tiempo pasando a máquina mis notas, así que cogí la Smith Corona portátil y le quité la tapa. Saqué mis fichas y repasé los datos que había recopilado hasta entonces. Mientras convertía mis notas manuscritas en un informe comprensible, dejé que los datos fluyeran sin tratar de encauzar la corriente. Llegar a cualquier conclusión en esta fase de la investigación serviría para filtrar posibilidades contrapuestas. Sólo subrayé una idea para estudiarla luego más detenidamente: el chantaje se le había ocurrido a un recién llegado. Todos los que participaron en la grabación diez años atrás —Fritz, Troy, Iris, Austin y Bayard— la consideraban una broma. Al parecer, el extorsionista desconocía que la grabación era una gamberrada pseudopornográfica, por lo que nadie pagaría un rescate para recuperarla.

Percibí los contornos de una historia detrás de la versión que me habían dado, pero no conseguí adivinar de qué se trataba. Aunque había recogido diversos fragmentos, me faltaba una trama coherente. Troy se había responsabilizado de su participación en la muerte de Sloan, y su arrepentimiento me parecía sincero. Fritz seguía empeñado en señalar a otro —a cualquier otro— con la esperanza de hacerle cargar con la culpa. Austin había desaparecido, y por

consiguiente se había librado de las consecuencias. Empecé a pensar en los personajes secundarios que no habían participado en el homicidio de Sloan. Como Poppy e Iris, por ejemplo. Me pregunté cuántas ocasiones habrían tenido de dar la cara. Podrían haber llamado a la policía, o haber mencionado la situación a sus padres o a cualquiera que ocupara un puesto de autoridad. Al inhibirse, las supuestas amigas de Sloan habían sido casi tan culpables de su muerte como Fritz con su pistola. En retrospectiva, ¿reconocería alguna de la dos el precio que Sloan tuvo que pagar por la pasividad de sus amigas? Su omisión de ayuda resultaba aún más imperdonable por la ligereza con la que habían racionalizado después su comportamiento.

Leí los dos nombres que quedaban en mi lista. La madre de Sloan debería ser la siguiente ahora que había vaciado el dormitorio de su hija, pero seguía resistiéndome a llamarla. No sé qué se le puede decir a una mujer que ha perdido a su única hija. Sí, podía hacerme pasar por una periodista interesada en el caso, pero mentir a una mujer que había sufrido semejante pérdida pondría a prueba incluso mi capacidad innata para tergiversar la verdad. Soy capaz de mentir como el que más, pero no podía hacerle creer a aquella mujer que buscaba justicia para Sloan cuando en realidad me pagaban para investigar algo muy distinto, y ni siquiera estaba avanzando en la investigación.

El último nombre de mi lista era el de Bayard Montgomery. Por el momento, nadie me había hablado mucho de él. Sabía que Bayard era el cámara que había grabado el vídeo pornográfico, razón por la que no aparecía en ninguna escena. No pude evitar preguntarme si aquélla sería su forma habitual de actuar: erigirse en cronista de los acontecimientos y, al mismo tiempo, rehuir cualquier protagonismo por razones que sólo él conocía. Pasé su nombre al principio de la lista y me fui a la cama sintiéndome tan cobarde como aliviada.

## La amenaza Mayo de 1979

Sloan salió con Austin durante un intenso periodo de cinco meses a principios del penúltimo curso que ella estudiaba en la Academia Climping. Inicialmente, su autoestima se vio reforzada gracias a la atención que le prestaba Austin, un alumno brillante y muy deportista. Austin había estudiado dos cursos en un colegio privado del Este, y parte de su estilo personal consistía en llevar camisa, corbata y americana a diario. Siempre se mostraba distante, y eso le confería un aire irresistible de liderazgo. Sus compañeros de clase lo admiraban, circunstancia de la que Austin sacaba provecho. Parecía observarlo todo desde lejos. Los alababa cuando lo complacían, y les expresaba su desdén si no colmaban sus expectativas. Empleaba el sarcasmo y el menosprecio a modo de látigo, comportándose de una forma tan autoritaria que los chicos no podían evitar halagarlo. Buscaban su aprobación, y esperaban no convertirse en blanco de sus reproches.

Sloan se sabía vulnerable, razón por la que siempre había guardado las distancias. Medía un metro ochenta y se sentía acomplejada por su estatura. Les había pasado una cabeza a sus compañeros desde los once años, edad a la que las chicas parecen madurar como por arte de magia, dejando a los chicos atrás. Sloan también estaba expuesta a las críticas a causa de su dudosa ascendencia: no sólo tenía una madre alcohólica, sino que la identidad de su padre biológico era difusa. Pese a que en Horton Ravine imperaba una actitud liberal, Sloan se sentía señalada. El hecho de tener una figura escultural la exponía aún más a las miradas ajenas. Su amiga Poppy era una chica rubia y menuda de carácter complaciente y voz suave, características que Sloan admiraba pero que se veía incapaz de emular. Ella era más bulliciosa, siempre dada a disimular su



inseguridad tras sonoras carcajadas. No se maquillaba y no le interesaba la moda. Le gustaba llevar chándal y zapatillas de deporte. Iba a la iglesia casi todos los domingos, y durante los dos últimos veranos había trabajado de monitora en un campamento parroquial para alumnos desde sexto hasta noveno. Sloan era consciente de que algunos la llamaban ñoña a sus espaldas.

Un viernes de octubre, al acabar las clases, Sloan se encontraba frente a su taquilla cogiendo los libros que necesitaría para el fin de semana. Al levantar la cabeza vio a Austin apoyado contra la pared, mirándola fijamente.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó.

—No. ¿Y tú?

—Yo tampoco —respondió Austin con una sonrisa—. Gracias por preguntar.

Tenía los ojos de un verde poco corriente y llevaba una camisa del mismo color, con una corbata también verde pero de un tono más oscuro. Incluso a tres metros de distancia, Sloan percibió el aroma limpio y fresco de su loción para después del afeitado. No acababa de entender por qué motivo habría entablado conversación con ella.

—¿Querías algo? —preguntó Sloan.

—Me interesas.

—¿Ah, sí?

—¿No te parece que eres interesante?

Sloan soltó una risita incómoda.

—No.

—¿Qué ha pasado entre Poppy y tú? Creía que erais amigas íntimas.

Sloan no sabía cómo interpretar aquel cambio de tema. No quería pensar en Poppy, cuya compañía había echado en falta los últimos fines de semana mientras estudiaba.

—Aún somos amigas.

—Pero no sois íntimas. No podéis serlo si tú andas por ahí sola todo el rato.

—Eso no es asunto tuyo. He estado estudiando mucho para intentar subir la nota. Poppy y yo podemos hacer lo que nos venga en gana.

—Claro, pero me parece raro. Lo lógico sería que Poppy prefiriera estudiar contigo en vez de salir siempre con Troy.

—¿Qué quieres decir?

—Que me gustas más sin ella —respondió Austin.

—Menuda suerte.

—No te pitorrees. Estoy intentando decirte algo, si es que me dejas.

Sloan cerró la puerta de la taquilla y puso el candado.

—¿Sabes qué? No me importa lo que me quieras decir. Eres un cerdo. Eres desagradable y arrogante, y menosprecias a la gente. Son defectos que no soporto.

—Está bien. ¿Y si soy amable contigo?

—Sí, claro. ¿Durante cuánto tiempo?

—Mientras tú lo seas conmigo. ¿Te parece un buen trato?

—Pero yo no he sido nada amable contigo. Llamarte cerdo ha sido muy grosero por mi parte.

—Pero también sincero.

—Austin, esta conversación me está mosqueando. ¿Qué tramas?

—Salgamos juntos. Una cita solos tú y yo. Así podremos hablar.

Sloan lo miró con hastío.

—¿Sabes qué? Te he visto muchas veces en acción. Ésta es tu forma de tenderme una trampa.

—No te estoy tendiendo ninguna trampa. ¿Por qué dices eso?

—Le hiciste lo mismo a Michelle, y antes a Heather.

—¡Ah, ya lo entiendo! Me has estado observando. Vigilándome muy de cerca. Eso me gusta.

Sloan sacudió la cabeza indignada.

—Eres tan egocéntrico...

—Es mi mejor cualidad —repuso él—. Por si no lo sabías, Heather no es muy lista. Y Michelle dijo que la insulté, por eso cortó conmigo.

—No dijo eso.

—Sí que lo dijo. Se lo puedes preguntar tú misma.

—A lo mejor lo hago.

—Muy bien. Te llamaré mañana, después de que hayas hablado con ella. Ya te adelanto lo que te dirá: que yo no la llamaba casi nunca, y que no íbamos a ningún sitio interesante. Me preguntaba constantemente si creía que tenía las tetas demasiado pequeñas, y lo negué. No había manera de que dejara el tema, así que finalmente le di la razón. Le dije que tenía unas tetas minúsculas, y entonces se cabreó muchísimo.

—Michelle no tiene las tetas pequeñas, eso es ridículo.

—Entonces explícaselo tú. Yo me aburrí de tener que repetirme.

Sloan se echó a reír.

Sonó el último timbre y Austin se marchó. Más tarde, cuando le preguntó por él a Michelle, ésta le contestó que Austin no la llamaba tanto como ella hubiera querido, y que sólo quería estudiar cuando ella quería salir. No dijo nada de sus

tetas.

Austin la llamó al día siguiente para preguntarle si quería ir al cine, propuesta que Sloan aceptó.

A medida que pasaban las semanas, Sloan se fue dando cuenta de lo tierno y cariñoso que era Austin cuando estaban a solas. Le dijo que le gustaba estar con ella porque era seria. Ni se daba aires ni flirteaba con otros chicos. Sloan respondió a su vez de forma afectuosa, asombrada de lo abierto que era él. Con los demás era el mismo de siempre: irritable, distante y antipático. Sloan se percató de que sus amigas la miraban con curiosidad, preguntándose por qué lo aguantaba. Y, aunque no lo dijeran abiertamente, también les intrigaba saber qué le atraía a Austin de ella, cuando tantas chicas habían intentado conquistarlo sin éxito.

En un momento dado, Sloan le preguntó a bocajarro:

—¿Tú de qué vas? No te entiendo.

Austin sonrió.

—¿Me estás preguntando que por qué me gustas?

—Exacto. Y no me vengas con chorradas.

—Veamos. Será porque eres sencilla, inteligente y buena persona. Y ni siquiera te das cuenta de lo guapa que eres.

Sloan ya se temía alguno de sus habituales comentarios sarcásticos, la pulla que contradecía cualquier palabra amable que pudiera haber dicho antes. Pero esta vez Austin no dijo nada más. Se limitó a tomarle la mano y se la llevó a los labios.

¿Cómo no iba a creer en él?

Tanto Sloan como Austin venían de familias adineradas, pero el hecho de que el padrastro de Sloan trabajara en el sector de la construcción lo situaba unos escalones por debajo del padre de Austin, que era un abogado prestigioso. La madre de Austin también era abogada, así como sus dos hermanos. Todos los miembros de la familia eran cortantes y mordaces. Austin y Sloan no llevaban mucho tiempo saliendo juntos cuando él quiso presentarle a su familia. Cada vez que cenó en casa de los Brown, Sloan se sintió intimidada por toda la familia. Cuando estaba con ellos, se mostraba reservada y procuraba no llamar la atención, ansiando evitar su curiosidad indiscreta y la rapidez con la que juzgaban a la gente. Los Brown no tenían conversaciones: tenían disputas y escaramuzas, guerras intelectuales en las que todos intentaban superar a los demás. Cualquier táctica resultaba aceptable en aquellos torneos verbales. El objetivo consistía en ser rápido y en derribar a tu contrincante a la primera

oportunidad. Lo principal era tener razón, y si no la tenías, entonces debías ganar valiéndote de cualquier artimaña. Austin sabía debatir, pero no parecía capaz de imponerse. Sus padres y sus hermanos eran implacables y no le daban tregua. Sloan no soportaba verlo arredrarse a medida que se recrudecían los combates dialécticos. Los otros parecían disfrutar del reto, mientras que las heridas de Austin pasaban inadvertidas. O, si alguien las detectaba, se convertían en un nuevo objeto de sorna.

Durante los dos meses siguientes la relación avanzó a toda marcha, pero a Sloan le sorprendió descubrir cómo ansiaba Austin su compañía. Hablaban por teléfono durante horas, estudiaban juntos, jugaban al tenis, salían de excursión y veían la tele. Austin la buscaba antes y después de las clases. Al principio, Sloan disfrutaba con sus atenciones, pero no tardó en sentirse asfixiada. Nunca había tenido novio, por lo que no sabía lo que era «normal» y lo que no. Estaba acostumbrada a pasar ratos a solas, haciendo lo que le viniera en gana. Ahora tenía que amoldarse a Austin para proteger su frágil autoestima. Dada la dinámica familiar de los Brown, a Sloan no le sorprendió que Austin soliera mostrarse receloso y se apresurara a criticar a los demás antes de que ellos lo criticaran a él.

Austin anhelaba el contacto físico. Le solía pasar el brazo por los hombros, un gesto posesivo que Sloan apreciaba por considerarlo una demostración pública de afecto. Siempre la estaba besando y mordisqueando, le olía el pelo, le susurraba cosas al oído. A medida que se iba afianzando su relación aumentaban las exigencias de Austin, siempre envueltas en mimos y halagos. Sloan no sabía cómo poner freno al carácter controlador de su novio, que se volvía cada vez más sofocante.

Paul, su padrastro, fue quien finalmente la llevó aparte y le manifestó su preocupación.

—Mira, Sloan. No pretendo meterme donde no me llaman. Ya veo que Austin está loco por ti, pero hay algo en ese chico que me parece raro.

—¿Raro?

—Es demasiado intenso. Siempre lo tienes encima, no te deja sola ni un momento.

Sloan se echó a reír.

—Sí, puede ser.

—¿Es eso lo que quieres?

—La verdad es que no. Bueno, no siempre, pero no puedo decírselo porque no quiero herir sus sentimientos.

—Sus sentimientos no son responsabilidad tuya. No te estoy diciendo que cortes la relación, pero no hace falta que vayáis tan rápido. Tomaos un respiro de vez en cuando; pasad algún tiempo separados. Si no, te sentirás acorralada y luego no sabrás cómo escapar.

—¿Y qué se supone que debo decirle? No tienes ni idea de lo sensible que es. No quiero que piense que lo estoy rechazando.

—¿Sensible? ¿Me tomas el pelo? Sé cómo trata a sus supuestos amigos.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Tú, antes de salir con él. Es un chico cruel y sarcástico. Un matón. Tú misma lo dijiste.

—Bueno, pues me equivocaba. Finge serlo en público, pero conmigo no podría ser más cariñoso.

—Porque consigue lo que quiere. Espera a que le digas que no alguna vez y verás cómo es en realidad.

—¿Tú crees?

—Si no lo creyera, no estaríamos teniendo esta conversación. Si quieres saber qué opino, diría que ese chico tiene traumas emocionales muy serios y por eso se aferra a ti.

—No sabes lo que dices.

—Lo siento. La última frase está fuera de lugar. En cualquier caso, es tu decisión. Sólo quiero que sepas que tienes mi apoyo. El hecho de que te protejas no significa que no sientas cariño por él.

Paul le dio un abrazo y aquél fue el final de la conversación por lo que a Sloan respectaba. Sin embargo, después se sorprendería al descubrir lo mucho que las observaciones de su padrastro la habían afectado. Mientras hablaban, Sloan no hizo caso de sus comentarios. Paul no conocía a Austin. Ignoraba que, bajo aquel talante altanero, se ocultaba un muchacho inseguro. Sloan entendía lo que debía de pensar Paul acerca de su relación, pero las cosas no eran así. No es que estuviera en total desacuerdo con él. Simplemente, no sabía qué hacer. Austin se comportaba como si estuviera falto de cariño. Dada la forma en que lo trataban en su casa, ¿quién no se comportaría así? Sloan no veía cómo mantenerlo a raya sin hacerle daño. Lo adoraba, y no quería que se sintiera menospreciado. Todo esto era nuevo para ella, y no tenía a nadie a quien consultarle cómo manejar la situación. Hubo un tiempo en el que le habría confiado sus dudas a Poppy, pero aquella época ya había pasado. Ahora Poppy sólo estaba interesada en Iris, y Sloan se había quedado sola.

En cierto modo, se consideraba más fuerte que Austin, así que quizá le

correspondía a ella reprimir sus sentimientos por deferencia a los de él. La madre de Austin era más dura que una piedra, y Sloan había presenciado la forma en que aquella mujer lo trataba. En las discusiones familiares —y cada conversación en aquella familia era una discusión— su madre lo pisoteaba, lo menospreciaba y se burlaba de él. Sloan tendría que ir con pies de plomo para que nada de lo que dijera pudiera malinterpretarse.

El problema radicaba en la persistencia de Austin, en su forma de presionarla, en su tendencia a imponer su voluntad. A Sloan no le gustaba verlo así, pero algunas veces pensaba que cualquier conflicto que pudiera surgir entre ellos tenía un efecto estimulante en Austin. Si no estaban de acuerdo en algo, él se empeñaba en demostrar que su punto de vista era mejor, o que sus deseos deberían prevalecer. Había aprendido a comportarse así en su casa, y era incapaz de controlar el impulso que lo empujaba a querer ganar a toda costa. Con el tiempo, Sloan se fue dando cuenta de que perdía terreno. Las necesidades de Austin habían atemperado su carácter entusiasta. En sus ansias por complacerlo, Sloan había renunciado a la mayoría de sus intereses para acabar aceptando los de él.

Aquella tarde, Sloan se aplicaba esmalte rosa en las uñas de los pies recostada en las almohadas de su cama deshecha. El suelo estaba cubierto de ropa, y su escritorio había quedado sepultado bajo una capa de libros, papeles y accesorios deportivos amontonados de cualquier manera. La puerta del armario estaba abierta, la barra llena de perchas mal colgadas. Una pila de jerséis doblados sobresalía de uno de los estantes.

Austin daba vueltas por la habitación, examinando los distintos adornos que Sloan tenía a la vista.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras inspeccionaba un angelito de cerámica.

—Un ángel. ¿Qué va a ser si no? Poppy me lo dio cuando íbamos a segundo de primaria.

—¿Y esto?

Austin le mostró una fotografía.

—Mi padre falso. Ya te he hablado de él —respondió Sloan.

—Cuéntamelo otra vez.

—Mi madre se inventó toda una historia sobre él. Dijo que lo conoció en una estación de esquí muy exclusiva, donde tuvieron una aventura apasionada. Cuando descubrió que estaba embarazada, él la apoyó. No llegó a pedirle matrimonio, pero le prometió ayuda económica. Entonces murió sepultado por una avalancha de nieve, y mi madre tuvo que criarme sola. Lo único que

conservaba de él era esta fotografía. ¡Menudo chiste! Resultó ser de un famoso esquiador europeo al que mi madre ni siquiera conocía. Recortó la foto de una revista y la puso en un marco. Cuando yo tenía diez años, encontré por casualidad una foto idéntica en una revista de esquí y no podía creer lo que veía. Pensé que mi padre aún estaría vivo. No tuve esa suerte: mi madre me había mentido en todo.

—Entonces, ¿quién era tu padre biológico?

—Ni idea. Más tarde mi madre me dijo que había sido un ligue de una noche, pero probablemente eso también sea mentira. Al final tiré la toalla. ¿Qué más da? Por suerte, mi padrastro es muy buena persona.

—¿No tienes la intención de investigarlo?

—¿Basándome en qué? Sea quien sea, seguro que es un capullo. Si no, se habría hecho cargo de mí.

—Si está vivo, podrías tener motivos para demandarlo. Suponiendo que hubiera prometido ayudarte económicamente.

—No caerá esa breva —dijo Sloan—. Por cierto, ahora que me acuerdo, te quería pedir algo.

—¿Qué? —preguntó Austin con una sonrisa.

—Necesito un día para ordenar mis cosas. Tengo el dormitorio hecho un asco, y mi madre no me deja en paz.

Austin echó un vistazo a su alrededor.

—Pues a mí no me parece tan mal.

—¿Me tomas el pelo? ¡Si es una pocilga!

—Vale, pues es una pocilga. Puedo ayudarte.

—No lo creo, pero gracias de todos modos. Lo tengo que hacer yo sola. Normalmente subo el volumen del tocadiscos, así que es imposible hablar. Mi madre querrá que saque del armario la ropa que ya no uso y que la lleve a la parroquia.

—De acuerdo. Llámame cuando hayas acabado y daremos un paseo con *Butch*.

—¿Tú no tienes cosas que hacer?

—No. Todo mi tiempo te pertenece.

—Eres un encanto —dijo Sloan—. Pero la verdad es que necesito un respiro. No sabes la de tareas pendientes que tengo.

—¿Tareas? ¿Qué tareas? Dime una.

—Ésa no es la cuestión.

—Entonces, ¿cuál es la cuestión?

Sloan debería haber captado el tono de advertencia de Austin, pero estaba demasiado concentrada pintándose las uñas de los pies.

—¡Mierda! —Se inclinó hacia delante y se limpió una gota de esmalte de un dedo—. Principalmente, necesito algo de tiempo libre. No mucho, sólo un poquito.

Sloan acercó el pulgar al índice para ilustrar lo que acababa de decir.

El tono de Austin se había vuelto más distante.

—Puede que te haya entendido mal. ¿Me estás diciendo que necesitas más espacio?

—No, no necesito más espacio. Estoy hablando únicamente de un día.

—¿Te has cansado de mí?

—No es eso en absoluto. No conviertas esto en un drama.

—No te mosquees, es una pregunta muy sencilla.

—Y ya te la he contestado.

—Porque si mi compañía te aburre, o te irrita, puedo largarme. No te preocupes. De hecho, ya no hace falta que vuelva. Así tendrás todo el tiempo libre que quieras.

—Ni me aburres ni me irritas.

—Pues no es eso lo que has dado a entender. Hablas como si estuvieras deseando escaparte.

—Olvídalo. Siento haberlo mencionado.

—No, no. No lo sientas. Di todo lo que quieras.

—Te lo tomarás mal.

—No es verdad.

—Austin, estás convirtiendo esto en la tercera guerra mundial, cuando lo único que quiero es una tarde para mí sola.

—Ah, ya veo. Primero era un día, y ahora dices que quieres «una tarde». ¿En qué quedamos?

—Déjalo ya. No te pongas borde.

—Así que, de repente, es culpa mía. ¿Es algo que yo te he hecho a ti?

Sloan musitó unas palabras sin mirar a Austin.

—Sabes, me han venido con este cuento antes y no es más que una excusa —dijo Austin con expresión exasperada—. Preferiría que no te anduvieras con rodeos y me dijeras la verdad. ¿Hay alguien más?

—¿Cómo va a haber alguien más cuando pasamos cada minuto del puto día juntos?

Austin se iba poniendo cada vez más tenso.



—No sabía que mi compañía te resultara tan ofensiva. Te pido mil disculpas por la molestia. Ojalá me lo hubieras dicho antes, así podría haberte liberado de tan pesada carga.

Al levantar la vista, Sloan descubrió que Austin había salido de su dormitorio. Se dirigió una mueca a sí misma. Tonto del culo. ¿A qué venía aquello?

Estaba a punto de levantarse de un salto y seguirlo hasta la planta baja, pero oyó que la puerta de entrada se cerraba de golpe y decidió que sería mejor darle algo de tiempo para calmarse. Sloan no entendía a qué venía aquella patalata, pero era evidente que Austin no estaba de humor para atender a razones.

El lunes siguiente, al encontrarse con él en el colegio, Austin la ignoró y ya no volvió a dirigirle la palabra. Cuando sus compañeros empezaron a hacerle el vacío, fue simplemente una continuación del ninguneo a que la estaba sometiendo Austin. Hasta el momento.

Sloan se encerró en su dormitorio y vio el vídeo que le había robado a Fritz. No sabía qué esperar, pero nunca hubiera imaginado algo así. Lo que vio la avergonzó profundamente. Sólo podía pensar en Poppy, y en lo colada que estaba por Troy. Se moriría si lo viera. Menudo grupo: Iris, en cueros y comportándose como una puta. Fritz haciendo el imbécil, y Troy empalmadísimo, untándose la polla de manteca vegetal para poder hincársela a Iris. Sloan contempló la cinta con incredulidad, horrorizada por el trasiego sexual que se desarrollaba ante sus ojos. No desvió su atención hasta el plano final, en el que apareció Austin. ¿Austin era «el director»? ¿«El que mandaba»? ¡Menudo cabrón! Resultaba aberrante que Iris le pidiera un beso al que había orquestado toda la agresión. Iris era una exhibicionista que haría cualquier cosa para llamar la atención, por supuesto. Pero ahí estaba Austin con sus aires de superioridad, sonriendo desdeñosamente a los «chicos». De tan excitados, Fritz y Troy casi se habían corrido encima, mientras que Iris parecía completamente ida. Sloan vio la cinta una vez más, invadida por la ira.

Ahora sí que dejarían de hacerle el vacío, de eso no le cabía la menor duda.

El lunes siguiente por la tarde, Sloan interceptó a Austin en el aparcamiento de Climp. Los alumnos salían en tropel del edificio en dirección a sus vehículos. Algunos se volvieron para mirar a la pareja con curiosidad. Sabían que Austin era el instigador del vacío de que era objeto Sloan por parte de sus compañeros, y se preguntaron si aquel encuentro sería el preludio de un enfrentamiento. Sloan no estaba segura de que Austin volviera a dirigirle la palabra, pero ya que, en opinión de su ex novio, era ella quien lo había rechazado, Sloan pensó que él se

moriría de ganas de oír lo que tenía que decirle. Puede que esperara una disculpa. Se la imaginaría arrastrándose ante él, esperando gozar nuevamente de su favor.

—Tenemos que hablar —dijo Sloan.

—Por supuesto. Adelante. Llevo días esperando este momento.

—Estoy harta de que todos me hagan el vacío.

—¿Y?

—Yo no escribí esa nota, ni me puse en contacto con el colegio. No le dije a nadie lo que hicieron Troy y Poppy. Nunca haría una cosa así, y tú lo sabes.

Austin la miró con fingida preocupación.

—No es ése el rumor que circula por ahí.

—¿Qué rumor? Todo esto es cosa tuya. Tú lo instigaste y ahora nadie me habla, ni siquiera me miran a los ojos.

—Me atribuyes demasiado poder. Me siento halagado, pero yo no puedo obligar a tus amigos a darte la espalda. ¿Cómo iba a hacerlo?

—No lo sé, pero lo has hecho.

—Estoy dispuesto a creer que eres inocente, pero ¿cómo vas a persuadir a los demás?

—Austin, no.

—¿No qué?

—No me hagas esto. Sé que estás enfadado. Sé que te ofendiste, pero yo no tenía intención de ofenderte. Lo único que quería era un poco de tiempo a solas.

—Y tus deseos fueron órdenes para mí.

—Lo siento. De verdad.

—No tienes por qué sentirlo. Espero que hayas disfrutado.

Sloan se lo quedó mirando.

—Ya veo que esto no nos va a llevar a ninguna parte.

—Eso me temo.

—Entonces, ¿por qué no hablamos de la cinta? Y, por favor, no te hagas el tonto. Ya sabes a qué me refiero.

Sloan vio que lo había pillado por sorpresa.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Austin con un dejo de cautela en la voz.

—¿De quién fue la idea de grabar esa película, si es que podemos llamarla así?

—¿Tú la has visto?

—Claro que la he visto.

—¿Cómo te las has arreglado para verla? Se la di a Bayard para que la

montara y él se la pasó a Troy para que pudiera echarle un vistazo. Luego Troy se la devolvió a Fritz, y él juró que no la perdería de vista.

—Fritz es un tarugo. Si confías en él, eres más tonto de lo que pensaba.

—¿Pues por qué me lo preguntas a mí? Tendrías que interrogarlo a él.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque la cámara es suya. Sus padres se la regalaron por su cumpleaños.

—¿Y eso qué importancia tiene?

—¿Cómo sabes que no se le ocurrió a él la idea?

—Sí, claro.

—Mejor aún, pregúntaselo a Iris. Nos dijo que siempre había querido ser una estrella del porno. Supongo que sus deseos se cumplieron.

—Estaba borracha.

—*Fingía* estar borracha. Era un truco, Iris estuvo de acuerdo desde el principio. Nadie le tocó ni un pelo.

—¿Ah, no? No es eso lo que vi. Vi a Fritz y a Troy meterle objetos extraños por el culo mientras estaba espatarrada en una mesa de billar, con un cuelgue impresionante.

—Estaba sobria, te lo aseguro.

—¡Y una mierda! Al principio, Fritz le sirve un vaso lleno de ginebra y ella se lo bebe de un trago. Y más tarde se dirige a ti arrastrando las palabras y te suplica que la beses.

—Creía que ya te lo había dicho, yo no le toqué ni un pelo.

—Dijiste que *nadie* le había tocado ni un pelo.

—Yo no la toqué ni una sola vez. No respondo de lo que puedan haber hecho los demás.

—Pero te quedaste ahí sentado sin quitarte la americana ni la corbata, mirando cómo esos tíos la agredían. El cabrón de Fritz sacó una lata de manteca, por el amor de Dios, y ahí estaba Troy con la polla en la mano, dispuesto a engrasársela para poder metérsela a Iris hasta el fondo. Sólo tiene catorce años, y tú los incitabas a hacerlo. Tú eras el director, el que mandaba. ¿No es eso lo que dijiste? ¿Sabes cuál es la pena por agredir sexualmente a una menor?

—¿De qué agresión sexual hablas? No tienes ninguna prueba.

—Pues resulta que sí que la tengo. La cinta es la prueba.

Austin la miró fijamente.

—Eso es una puta trola.

—Ni hablar. Tengo la cinta bien guardada. Si todo el mundo sigue haciéndome el vacío, la llevaré a la policía. Y, por cierto, ya puedes despedirte

de la Facultad de Derecho. ¿Cómo crees que le sentará eso a tu familia?

—Estás chalada. Yo no tuve nada que ver con lo de Iris.

—Muy bien. Pues explícale a la policía que eres inocente.

—Esa cinta es falsa.

—No lo parece. Entonces, ¿vas a decirles que dejen de hacerme el vacío o no?

—No me hagas reír. ¿Crees que puedes darme órdenes?

—En este caso, sí.

—Siento desengañarte, pero no hay trato. Seguirán haciéndote el vacío mientras yo lo diga.

—Última oportunidad —canturreó Sloan.

—Y una mierda. Si me tocas los huevos, acabarás muy mal.

—No, Austin. El que acabará muy mal serás tú.

Jueves, 21 de septiembre de 1989

El jueves por la mañana pasé por el despacho para recoger el correo y escuchar los mensajes del contestador, y no encontré nada digno de mención. Conecté la alarma, cerré con llave y me encaminé a la dirección de Bayard Montgomery en Horton Ravine que había encontrado en la guía telefónica. La niebla costera envolvía casi todo el barranco, pero en la zona elevada donde vivía Bayard brillaba el sol. Su casa, de estructura achatada y líneas puras, estaba construida en un estilo contemporáneo, con grandes ventanales y vigas verticales de secuoya envejecida. Habían sustituido el césped por una serie de plantas resistentes a la sequía, y ahora aquello recordaba más a Arizona que al típico paisaje californiano de palmeras y buganvillas. En esta parte del estado gozamos de un clima mediterráneo, pero las tierras bajas costeras en realidad son semiáridas, y cuando el agua escasea, la región se vuelve desértica.

Pese a que la cinta me había proporcionado imágenes muy gráficas de Fritz y Troy sin calzoncillos, nunca había visto una fotografía de Bayard, por lo que el aspecto del hombre que abrió la puerta me desconcertó. Supuse que, al igual que sus compañeros de clase, rondaría los veintitantos, pero Bayard parecía estar más cerca de los cuarenta. Tenía el pelo oscuro e iba descalzo y sin afeitarse. Llevaba vaqueros y una camiseta blanca ajustada, con la palabra «factótum» estampada en la parte delantera en minúsculas negras. Supuse que factótum sería otro grupo malo de rock del que nunca había oído hablar.

Le di mi tarjeta y me presenté.

—Kinsey Millhone. Soy una investigadora privada de Santa Teresa. Disculpe si me presento sin haber llamado antes, pero confío en que me dedique unos minutos.

—Usted quiere ver a Bayard. La está esperando.

—¿Ah, sí?

—¿No viene por lo de la cinta?

—¿Cómo lo sabe?

—Digamos que me lo ha contado un pajarito. Bayard y Maisie están junto a la piscina. Sígame, por favor.

—De acuerdo.

—Me llamo Ellis, por cierto.

—Encantada de conocerlo.

Y yo que me creía muy discreta por no revelar para quién trabajaba ni por qué, cuando todos los involucrados en aquel asunto parecían saberlo. Intenté imaginar todas las llamadas telefónicas que se habrían cruzado desde el inicio de mi investigación. Puede que estos chicos no se hubieran dirigido la palabra en los últimos diez años, pero no cabía duda de que ahora tenían una comunicación fluida. Fritz se había puesto en contacto con Troy, y Troy con Bayard. No estaba segura de si habrían incluido a Iris y a Poppy en la ronda telefónica, pero parecía más que probable.

Mientras seguía a Ellis analicé lo que acababa de decirme. Al parecer, Fritz había alertado a Bayard de que sus padres habían contratado mis servicios. Si Fritz lo hubiera llamado antes del sábado simplemente para hablarle del chantaje, mi nombre no habría salido en la conversación. Aquello me evitó una explicación incómoda, pero el preaviso le habría dado tiempo a Bayard para decidir exactamente qué me contaría. Dado mi natural escéptico, desconfío de la capacidad de los demás para decir la verdad. Dios sabe lo mucho que me cuesta a mí.

Entretanto, me entretuve observando los detalles del interior de la casa, o al menos de la parte que alcancé a ver. Tenía suelos de microcemento pulido y muebles modernos, o sea, reducidos a formas geométricas básicas. Todos los tapizados parecían estar pensados para personas que llevaran bañadores mojados. El espacio era amplio, con techos altos y paredes blancas inundadas de luz natural. En medio del enorme salón, rodeada de sofás y sillones, había una mesa de café cuadrada hecha con madera de deriva. Sobre las distintas superficies reposaban algunos objetos artísticos: una vasija con pie en la que habían plantado plantas suculentas, una naranja perfecta colocada junto a un óleo de una naranja perfecta. Obviamente, todo esto era obra de algún diseñador de interiores pretencioso que disponía de un presupuesto ilimitado. Sabía que costaría un ojo de la cara porque los resultados eran muy discretos. Habría disfrutado criticando la decoración, pero la verdad es que me encantó.

Cruzamos la sala y atravesamos las cristaleras plegables que daban

directamente al patio. La piscina parecía uno de esos chillones anillos de cóctel, un gigantesco rectángulo turquesa incrustado en el suelo de piedra. Bayard y Maisie estaban morenísimos. Se acababan de embadurnar de aceite bronceador y tomaban el sol en dos grandes hamacas de madera tapizadas en blanco. No parecía preocuparles dejar manchas de aceite en la tela. En la mesa fijada al suelo que había entre los dos, vi dos Bloody Mary coronados por sendas brochetas de acero inoxidable con pimientitos rojos y verdes insertados. Maisie se había puesto un bikini azul marino y un sombrero de ala ancha, con una cinta de cuadros azules y blancos alrededor de la copa. Bayard llevaba gafas de sol y un minúsculo bañador negro de la marca Speedo. El bulto delantero permitía adivinar que ahí era donde Bayard guardaba su porra de cuero.

—Ésta es Kinsey Millhone, la detective privada —dijo Ellis.

Bayard se incorporó en la hamaca, se quitó las gafas de sol y se las colocó sobre la cabeza. Se extendió una toallita blanca sobre la nuca y usó los extremos para limpiarse el sudor de la cara. Tenía el pelo oscuro y grueso, con algunos mechones de punta que parecían ramitas rebeldes. En sus ojos color chocolate se adivinaba una chispa de sorna, como si estuviera a punto de echarse a reír.

—Encantado de conocerte —dijo Bayard tendiéndome la mano. Era delgado y musculoso, pero la hinchazón de sus facciones revelaba un estilo de vida lleno de excesos. Maisie no se movió de donde estaba. El ala del sombrero le cubría casi toda la cara.

Ellis no se apartó de Bayard por si éste lo necesitaba.

—Has venido para hablar de la cinta —dijo Bayard.

—Sí, y también de Sloan Stevens. ¿Preferirías que lo habláramos en privado?

—Buena idea. ¿Por qué no pasamos a mi despacho?

Pensé que entraríamos en la casa, pero Bayard cogió su Bloody Mary y se dirigió a una mesa de cristal con un enorme parasol de color tostado. Me señaló una silla y tomé asiento, consciente de que Maisie y Ellis podían oírnos. Supuse que habrían hablado antes de mi llegada, porque los tres parecían conocer el propósito de mi visita.

Bayard se sentó frente a mí.

—¿Te apetece beber algo? Ellis prepara unos Bloody Marys diabólicos que te reconcilian con la humanidad.

Eran las nueve y media de la mañana.

—De momento no, gracias —respondí, como si en unos minutos pudiera tener ganas de atizarme un chupito con una graduación del ochenta y seis por

ciento.

Ellis se despidió y se metió en la vivienda.

—Lo he confundido contigo —dije algo avergonzada—. ¿Es un amigo?

—Un empleado. Lleva cinco años a mi servicio. Mayordomo, ayuda de cámara, entrenador personal, cocinero experto y chófer.

—Menudo lujo. Me parece que no conozco a nadie que tenga chófer.

—Es una cuestión práctica, porque ni Maisie ni yo conducimos. Perdí el permiso después de que me pillaran conduciendo borracho tres veces, y a ella le caducó el suyo. Con lo que bebemos, le hacemos un favor a la gente poniéndolo a él al volante. No es que seamos alcohólicos ni mucho menos. ¿Sabes cómo lo sé? Porque los alcohólicos van a todas esas reuniones —dijo Bayard.

Se metió cuatro dedos en la boca y fingió mordérselos. El gesto tenía su gracia, aunque el chiste ya lo conocía.

—Ésta es Maisie. Es una grosería por mi parte no habértela presentado antes. Quitate el sombrero, cariño, y muéstrale a la señorita Millhone lo guapa que eres.

Maisie se quitó el sombrero y lo dejó sobre la mesa, honrándome con una mirada lánguida. No se levantó para saludarme, y eso me permitió estudiarla sin mostrar demasiado interés. Tenía una melena brillante de color negro azabache y los ojos de un azul límpido, bordeados de oscuras pestañas largas y espesas. Iba primorosamente maquillada, con la base de maquillaje perfecta para su tono de piel y una sutil sombra de ojos muy favorecedora. Dada la perfección de su cutis, el efecto resultaba impactante. Era alta y esbelta, y tenía un estómago que de tan plano parecía cóncavo. Supuse que su impresionante delantera sería auténtica, sin mejoras quirúrgicas. Algunas mujeres lo tienen todo. Parecía mayor que él, pero la diferencia de edad no era tan grande para que le asignaran el papel de madre en una película. ¿Una novia, quizás? Su pose relajada indicaba que no había venido a beber algo y hacer unas brazadas matutinas en la piscina, sino que vivía allí. Maisie volvió a ponerse el sombrero sobre la cara y retomó la ardua tarea de mantener su bronceado.

Bayard se inclinó hacia mí y me susurró con tono teatral:

—Es mi malvada madrastra, la viuda de Tigg. Como mi padre no le dejó casi nada al morir, yo intento compensarla. No ha trabajado en su vida. Tiene mucho estilo, pero de eso no se vive hoy en día.

Los efluvios del bourbon del día anterior emanaban de su piel como loción para después del afeitado.

—¿Y qué hay de ti? —pregunté—. ¿Trabajas en algo?



Ya conocía la respuesta, pero me intrigaba saber cómo respondería.

Bayard sonrió.

—¿Crees que podría permitirme todo esto si tuviera un empleo? ¿De qué iba a trabajar? Ni siquiera tengo un título universitario. Le pago más a Ellis de lo que gana cualquier abogado. ¿Te gusta la casa?

—Es increíble.

—La he diseñado yo. Tardaron tres años en construirla, y llevamos cinco viviendo aquí. Tigg tenía una casa muy cutre en Colgate, una vivienda al estilo de las haciendas de los años cincuenta en una urbanización con parcelas de algo más de mil metros cuadrados. Estaba muy ocupado demostrando lo humilde y sencillo que era por el hecho de seguir viviendo en la primera casa que había comprado. Vendí esa pocilga en menos de un mes.

—¿A qué se dedicaba tu padre?

—A las inversiones. Era un genio de las finanzas, e hizo muy ricos a unos cuantos habitantes de esta ciudad.

—Es una suerte que se muriera cuando se murió —lo interrumpió Maisie—. En realidad era un chanchullero que no acabó en la cárcel de milagro.

—No fue así exactamente, pero sí que tuve que cumplir algunas promesas en su nombre—observó Bayard.

—Tengo entendido que tu padre murió durante el juicio.

—Es cierto, pero no antes de negociar un acuerdo sobre el asunto del prematuro fallecimiento de Sloan. Me concedieron inmunidad a cambio de testificar. Respondí a todas las preguntas que me hicieron lo más sinceramente que pude. Pobre Fritz.

—¿Por qué «pobre Fritz»?

—Porque estaba prendado de Austin, y Austin fue el que le tendió la trampa. Aquella noche en la cabaña... Supongo que tienes una idea de lo que pasó.

—Más o menos —respondí.

—Austin sugirió que echáramos a suertes a quién le tocaría llevar la pistola. Fritz escogió la paja más corta, así que el honor le correspondió a él. Austin no nos enseñó la última pajita. Que era la suya, por supuesto. Sospecho que las dos últimas pajitas eran cortas, así que Austin ya había decidido que le tocaría a Fritz.

—Caramba.

—Fíjate en la situación: Fritz tenía quince años entonces, así que Austin supuso que lo juzgarían como menor, que es lo que era. No tenía antecedentes, y se trataba de un primer delito. No es que matar a alguien sea un asunto menor, ni

mucho menos, pero Austin pensó que Fritz se libraría de lo peor. Y podría haberse librado si se hubiera comportado de otra forma.

—¿Me estás diciendo que Austin sabía de antemano que Fritz acabaría matando a Sloan?

—Te estoy diciendo que Austin sabía que de todos los que podíamos haber usado esa pistola, Fritz era el que tenía menos experiencia, y el que dispararía de forma más descontrolada —contestó Bayard—. En cualquier caso, mejor Fritz que él. Cuando Fritz se vino abajo y confesó, Austin desapareció. Al final, ironía de ironías, Troy fue juzgado como adulto y condenado a cinco años, de los que cumplió la mitad. Fritz acabó en el Correccional de Menores de California hasta los veinticinco, es decir, ocho años. Imagínate su consternación.

—Bayard, la detective ha venido para hablar de Sloan —volvió a interrumpir Maisie con tono irritado—. Deja de enturbiarlo todo.

—¡Enturbiarlo! No sabía que tuvieras tanto vocabulario —replicó Bayard con admiración fingida.

—¿Quieres que te lo defina? Oscurecer, confundir, ensombrecer. Lo haces constantemente. Alguien te pregunta algo que no te gusta, y tú te vas por las ramas.

—Gracias, Maisie, pero nadie te ha dado vela en este entierro —dijo Bayard sin alzar la voz.

—Lo siento, señor.

Debo admitir que agradecí la intervención de Maisie, porque me permitió retomar el hilo de la conversación.

—Tengo entendido que Sloan y tú erais buenos amigos.

—Yo fui el único que la defendió cuando todos le hacían el vacío.

Bayard se acabó el Bloody Mary y depositó el vaso sobre la mesa de cristal con un golpe seco.

—Me han dicho que aquello fue idea de Austin. ¿Por qué lo aguantabas? Seguro que sabías la clase de persona que era.

Bayard esbozó una sonrisa amarga.

—La verdad es que todos estábamos un poco enamorados de él. Austin era un mal bicho, además de impredecible. Los demás éramos muy inseguros, y nadie sabía cómo manejarlo. Si te sonreía, te sentías especial y la vida te parecía maravillosa. Mientras gozaras de su aceptación, te creías importante. Si se volvía contra ti, te desesperabas y habrías hecho cualquier cosa para volver a congraciarte con él. Ahora lo veo, pero entonces no era capaz de verlo.

—¿Todo el mundo sabía que Fritz estaba colado por él?

—Desde luego. Por eso se esforzaba tanto en impresionar a Austin. Ese asunto de la pistola es un buen ejemplo de lo que digo. Fritz la sacó del cajón y empezó a agitarla. Nos acojonamos muchísimo, porque había bebido. A saber de lo que era capaz de hacer. Stringer, Patti y Betsy se fueron más o menos entonces. Era una situación imprevisible. Austin se pasó el día entero insultando a Fritz y tratándolo a patadas, mientras que Fritz se las daba de gallito intentando demostrarle a Austin que era un tío guay. Más tarde, Austin le dio la pistola y le enseñó cómo quitarle el seguro. Fritz iba pavoneándose por ahí porque de pronto era el preferido de Austin. Austin le tendió una trampa. Sabía exactamente lo que pasaría. ¿Has visto alguna fotografía suya?

—La cámara lo enfoca un momento en la película.

—No sé si pudiste apreciarlo bien. Hay algo en él que intimida, una especie de desprecio innato por los demás. Austin es un tío guapo, altivo y muy seguro de sí mismo. Se comportaba como un aristócrata, y todos le rendíamos tributo. Sloan y él tuvieron una relación muy breve, pero Austin cortó con ella.

Maisie se revolvió en la hamaca y a continuación se incorporó. Agarró el vaso, se calzó las sandalias y cruzó el patio sin decir palabra. Sus suelas de cuero resonaron contra el suelo. Había algo gélido en su lenguaje corporal.

—¿Se ha enfadado?

—No te preocupes. Es una chica muy temperamental.

No pude evitar seguirla con la mirada, hasta que entró en la casa y desapareció. Las fricciones soterradas me ponen de los nervios. Esta pareja se peleaba delante de los demás sin alzar la voz ni dejar de sonreír. Se lanzaban insultos disfrazados de chanzas, en los que las palabras volaban de un lado a otro como si fueran bolas de algodón. Volví a centrar la atención en Bayard.

—¿Por qué quería Austin que Sloan sufriera? Si ya la había rechazado, ¿no era castigo suficiente?

—No en su opinión. Le importa mucho su imagen pública, y se cuida de que nada empañe su fachada. Además, era enormemente competitivo. Nadie podía interponerse en su camino.

—Me he fijado en que vas pasando continuamente del presente al pretérito. ¿Tú crees que está vivo o que está muerto?

—Vivo. Aún estará por ahí, a menos que a ti te hayan llegado otras noticias. La muerte acaba desenmascarando a todo el mundo, ¿no te parece? Si Austin sigue vivo, podría ser cualquiera y encontrarse en cualquier parte. Pero si está muerto, lo identificarán nada más comprobar sus huellas dactilares.

—¿Sus huellas constan en algún sitio?

—Supongo que sí. Si solicitó un permiso de conducir, tendrán la huella de su pulgar, ¿no?

—¿Por qué suponía Sloan una amenaza tan grande para él?

—Si Austin vuelve a aparecer, se lo preguntaré.

—Me desconcierta la dinámica subyacente entre los dos. ¿Tú entendías lo que pasaba?

—Sabía que se habían peleado, pero desconocía qué intenciones tenía Austin, si es que las tenía.

Ellis apareció con otro Bloody Mary. Bayard le dio brevemente las gracias y el mayordomo se retiró en silencio.

—¿No sospechaste nada? —pregunté—. ¿No tenías ni idea de qué podía pasar después de aquella ruptura?

Bayard se encogió de hombros.

—Austin dijo que no teníamos que seguir haciéndole el vacío a Sloan. Al parecer, todo se había arreglado. Si aún le guardaba rencor, no lo demostró. Incluso se empeñó en invitarla a la fiesta. Si estaba enfadado, ¿por qué iba a invitarla?

—Quizá planeaba atraerla hasta allí para poder matarla —sugerí.

—¿Y por qué querría matarla?

—Eso es lo que acabo de preguntarte.

Bayard reflexionó unos instantes.

—Supongo que el plan, si es que lo tenía, se le ocurrió de improviso. No creo que quisiera su muerte. Quería su sumisión. Como Sloan le había plantado cara, Austin pensó que asustándola la obligaría a ceder.

—¿Y eso explica la fosa que había cavado antes?

Bayard me miró fijamente.

—Me había olvidado de eso.

—La fosa no salió a la luz hasta que encontraron el cuerpo de Sloan —expliqué—. Ahí es donde Austin la enterró. O debería decir «la enterrasteis», ya que todos participasteis.

—Es cierto. Hasta entonces, por lo que yo sé, no había pasado nada siniestro. Era verano, se habían acabado las clases y nos estábamos divirtiendo. Los porros y el alcohol aniquilaron cualquier presentimiento que pudiera haber tenido.

—Al menos tú no le quitas importancia a tu participación en aquella tragedia —admití.

—Ojalá pudiera apuntarme el mérito de ser franco, pero no soy tan inocente.

—Háblame de la cinta. ¿De qué iba?

—Básicamente era una broma. Una gansada. Nos partíamos el culo mientras la grabábamos. Pero dadas las exigencias del extorsionista, supongo que podríamos decir que la broma nos estalló en la cara, para desgracia de Fritz.

—Fritz dice que tú montaste la cinta. ¿Qué pasó con las tomas eliminadas?

—No tengo ni idea. Siempre he creído que Austin se las llevó cuando se fue.

—Tengo entendido que tu padre te ha dejado en una posición económica muy buena.

—Buenísima. Soy asquerosamente rico.

—Me pregunto por qué no te ha enviado el extorsionista una nota similar.

—No tendría sentido, yo no aparezco en la grabación. Si ese pobre imbécil viniera a por mí, descubriría que soy intocable.

—¿Cómo se enteró Sloan de lo de la cinta si ella no salía en la película?

—Se lo dije yo.

—¿Tú?

—Sí. Le sugerí que la robara para presionar a Austin.

—¿En serio?

Me estaba costando encajar aquellas revelaciones en la trama. Bayard no intentaba justificarse y se mostraba impasible, lo que me llevó a preguntarme cuáles serían sus motivos. No tenía claro si actuaba movido por la culpabilidad, las ansias de racionalizar lo sucedido o cualquier otra consideración.

—A Sloan no le gustó la idea, pero la convencí —explicó Bayard.

—En retrospectiva, ¿cómo te enfrentas ahora a lo que pasó?

—¿Me estás preguntando si me avergüenzo de mi papel en aquel asunto? Claro que me avergüenzo, pero es algo con lo que tengo que vivir. Ojalá hubiera salido todo de otra forma, pero no es el caso.

Esperé sin interrumpirlo. Decidí que podría averiguar más detalles si le dejaba hablar libremente. Bayard permaneció en silencio unos instantes.

—Hay algo que no le he contado nunca a nadie. Después de la muerte de Sloan, le pregunté a su madre si podía quedarme con su perro. Es un animal increíble y cuidarlo me habría reconfortado, pero ella rechazó mi oferta. Supongo que todos seguimos buscando maneras de aferrarnos a Sloan. Poppy está escribiendo un guion sobre el asesinato, y Troy expía su culpa haciendo buenas obras.

—¿A qué te refieres?

—Cuando salió de la cárcel, recaudó dinero para establecer una beca en nombre de Sloan.

—Una causa muy noble.

—Típico de Troy. Nunca hace alarde de nada —afirmó Bayard—. Se supone que no debemos alardear de nuestros logros, lo cual les quita todo el aliciente.

—¿Y qué hay de Iris? ¿Cómo ha conseguido aferrarse a Sloan?

—Muy sencillo: está prometida a Joey Seay.

—¿El hermanastro de Sloan?

—El mismo. ¿Soy el primero en mencionártelo?

—Iris me dijo que se iba a casar, pero no con quién.

Percibí una chispa maliciosa en su mirada. Estaba claro que Bayard disfrutaba de lo lindo a costa de Iris.

—Me pregunto a qué estará jugando —dijo—. Si te paras a pensarlo, Iris es responsable de todo lo que pasó. Como robó el examen, Troy y Poppy copiaron. Como copiaron, alguien los delató. Como Austin culpó a Sloan de la delación, los demás le hicieron el vacío y ella acabó usando la cinta para amenazar a Austin. Y como Austin quiso vengarse, Sloan murió. Causa y efecto. Igual que el fruto del árbol envenenado.

—Visto así, la madre de Sloan no estará muy contenta de tener a Iris en su familia.

—Eso tendrías que preguntárselo a ella. Puede que no haya llegado a la misma conclusión que yo. Supongo que todos vemos lo que queremos ver.

—Pero ¿cómo se conocieron? Me refiero a Iris y Joey. Parece muy enrevesado.

—En absoluto. Se conocieron en el instituto de Santa Teresa, que es donde acabó Iris cuando la expulsaron de Climp. Después de la muerte de Sloan, sus dos hermanastros decidieron irse a vivir con su padre. Joey iba al mismo curso que Iris. Y su hermano, Justin, dos cursos por debajo.

Bayard desvió la mirada hacia la puerta, donde esperaba Ellis.

—Tienes una llamada.

Bayard apartó la silla y se levantó.

—Lo siento. Puedes quedarte si te apetece.

—No, ya me voy. Te agradezco que me hayas atendido. Puede que vuelva a retomar esta conversación cuando tenga la oportunidad de asimilar todos los datos.

—Ven cuando quieras.

Ellis me acompañó a la puerta y volví al coche.

Tras deslizarme en el asiento del conductor, dediqué unos minutos a hacer unas cuantas anotaciones en mis fichas. Al volverme para contemplar la casa, vi a Maisie de pie junto a una ventana, con esos ojazos tan azules clavados en los

míos. Le aguanté la mirada un tanto perpleja, hasta que Maisie interrumpió por fin el contacto visual. ¿A qué venía aquello? Me metí las fichas en el bolso, arranqué y di marcha atrás. Cuando miré de nuevo hacia la ventana, Maisie había desaparecido.

Me pasé casi toda la tarde del jueves recorriendo moteles de Winterset y Cottonwood en busca de información. Interrogar a la gente, al igual que hacer labores de vigilancia, es un auténtico rollo. Los resultados no suelen guardar relación con la energía que has gastado en obtenerlos. A veces he aguardado en vano durante horas en un coche aparcado, esperando avistar a mi objetivo. En otras ocasiones, sin embargo, he dado con alguien casi por accidente. La paciencia es la clave. No tiene sentido ponerse de mal humor, porque todo esto forma parte de mi trabajo. En este caso, sentí tal alivio al dejar a Bayard y a Maisie que no era cuestión de quejarse. Dice mucho del estado de las relaciones actuales el hecho de que salir a la caza de un asesino despiadado sea más relajante que presenciar un idilio entre dos tortolitos.

La ciudad de Winterset está situada a unos ocho kilómetros al sur de Santa Teresa. Cubre aproximadamente cuatro kilómetros cuadrados, con una elevación de treinta y seis metros sobre el nivel del mar. La población, según el último censo, no llegaba a las doce mil almas. Las viviendas de estilo Cape Cod de una planta diseminadas por la ladera de la montaña, que ahora cuestan más de un millón de pavos cada una, fueron en otros tiempos residencias estivales para veraneantes de clase media blanca procedentes de Los Ángeles.

La ciudad de Cottonwood, once kilómetros más al sur por la 101, es conocida por las fuentes de brea que una expedición española descubrió en la playa en 1769. El alquitrán derivado del petróleo es de color negro, de ahí la frase «negro como el alquitrán». Las tribus nativas indias usaban esta sustancia pestilente para calafatear sus canoas. Aún se ven afloramientos de petróleo por la zona, que también alberga varias plataformas petrolíferas instaladas frente a la costa. Ha surgido toda una industria artesanal de productos para quitarte la brea de las plantas de los pies después de pasar el día en la playa de Cottonwood.

«El asfalto o betún natural, un tipo de brea, es un polímero viscoelástico.» Lo



sé porque lo busqué en la enciclopedia que mi tía Gin le compró a un vendedor a domicilio bastante marrullero. Cuando iba a cuarto de primaria, escribí una redacción sobre el tema. Sabía que todos los datos eran exactos porque los había copiado palabra por palabra. «Aunque este polímero parece sólido a temperatura ambiente y puede romperse en pedazos al chocar con algo», escribí, «en realidad es fluido y fluye con el tiempo, pero de forma extremadamente lenta. El experimento de la “gota de brea” que tiene lugar en la Universidad de Queensland demuestra el movimiento de una muestra de brea a lo largo de muchos años. Para el experimento, se vertió la brea en un embudo de cristal y se dejó que goteara. Desde el inicio del experimento en 1930, sólo han caído ocho gotas de brea. Recientemente se calculó que la brea del experimento es aproximadamente doscientos treinta mil millones de veces más viscosa que el agua.»

Para mi sorpresa, la maestra me puso un suspenso y me soltó un sermón sobre los plagios. Le añadí comillas a lo que había copiado, pero la señorita Manning se negó a subirme la nota. Menuda putada. ¿Qué esperaba aquella mujer de una niña de nueve años?

La mancomunidad de Winterset y Cottonwood cuenta con un hotel, doce moteles y tres hosterías, denominación elegante para los *bed and breakfast* excesivamente caros. Todos estos establecimientos estaban situados bastante lejos los unos de los otros y eso me obligaba a recorrerlos en coche. También me dediqué a repartir por varios restaurantes, cafeterías y estaciones de servicio el retrato policial de Ned, la breve nota sobre sus antecedentes criminales y mi tarjeta de visita. Catorce de los negocios por los que pasé no tenían nada que decir, aunque los empleados me manifestaron su alarma al saber que podrían haber atendido a un maniaco con tendencias homicidas.

El recepcionista del penúltimo motel era un hombre llamado Bradley Benoit: blanco, unos setenta años, con cejas pobladas de color gris y una calva salpicada de pecas. Cuando le pasé la circular de la policía por encima del mostrador de la recepción, Bradley la empujó de nuevo hacia mí educadamente.

—Déjeme decirle algo, señorita. La ley californiana exige a los hoteles y a los moteles que recojan y anoten los datos sobre sus clientes en papel o en formato electrónico. El registro debe incluir el nombre y la dirección del cliente, el número de personas que lo acompañan y la marca, modelo y matrícula del vehículo del cliente si dicho vehículo se estaciona en el aparcamiento del hotel; la fecha y hora de llegada del cliente, y su fecha de salida; el número de habitación que se le asigna, el precio de la habitación y el método de pago.

Estaba a punto de interrumpirlo, pero, al parecer, Bradley no había hecho más que empezar.

—Además, nos exigen que entreguemos todos estos datos a la policía si nos los solicitan. No veo ninguna razón para acatar la norma, ya que esto obliga a los propietarios de los hoteles a recoger los datos personales de sus clientes y entregarlos sin que éstos den su consentimiento. Como ciudadanos, tenemos ciertos derechos a los que no deberíamos renunciar simplemente porque estamos de viaje. ¿Sabe qué viola esta recopilación de datos?

—Ni idea.

—La Cuarta Enmienda de la Constitución de los Estados Unidos.

Di unos golpecitos sobre la circular de la policía.

—¿Ve a este caballero? Lo buscan con relación al secuestro, agresión, violación y asesinato de varias adolescentes, así que, pese a que aplaudo y apoyo su opinión, en realidad no me preocupan los derechos constitucionales del susodicho. Lo único que quiero saber es si usted lo ha visto. Bastará con un «sí» o un «no».

—No lo he visto.

Le entregué mi tarjeta.

—Muchas gracias por atenderme.

—No se ponga impertinente conmigo, señorita —dijo Bradley.

En el último motel, el Sand Bar, tuve más suerte.

Un recepcionista llamado Sebastian Palfrey reconoció a Ned, pero dijo que se había ido hacía tres días. Al igual que el recepcionista anterior, Sebastian era blanco y rondaba los setenta. Quizás ésta era una nueva tendencia laboral entre los jubilados. Sebastian llevaba gafas de montura metálica y el pelo, largo y gris, se lo había recogido en una coleta. Tenía el segundo y el tercer dedo de la mano derecha amarillentos a causa del humo del tabaco.

—¿Firmó como Ned Lowe?

—No lo creo, pero puedo comprobarlo.

—Gracias.

Sebastian sacó un montón de tarjetas de registro.

—Puede que me lleve unos minutos. Están ordenadas por fecha y aún no he archivado las últimas. —Repasó las tarjetas, leyéndolas una a una—. Aquí está. Hoover. J.E. Hoover. —J. Edgar Hoover, el director del FBI. Muy gracioso —comenté—. ¿Me permite ver la dirección?

Sebastian le dio la vuelta a la tarjeta para que yo pudiera leerla, y luego me entregó una hoja de papel.

—Probablemente falsa —comentó.

—Nunca se sabe. Como es tan engreído, puede que haya dado algún dato auténtico para divertirse. —Anoté la dirección, que estaba en Louisville—. ¿Le enseñó alguna identificación con su foto?

—Un permiso de conducir de Kentucky que me pareció válido, pero quizás era una falsificación. Nunca he visto uno auténtico, así que no hubiera podido cuestionárselo aunque se me hubiera ocurrido.

—¿Tiene idea de por qué pudo haber escogido este motel?

—Las habitaciones cuestan cuarenta y nueve dólares por noche, más baratas que en la mayoría de los sitios. Pagó al contado, se alojó aquí tres noches y salió el lunes.

—¿Y qué hay de su medio de transporte?

El recepcionista ladeó la tarjeta de registro.

—Lo puede ver aquí, tenemos una casilla para apuntar la marca y el modelo del vehículo. La dejó en blanco.

—¿No vio ningún coche aparcado frente a su habitación?

—No se me ocurrió mirarlo. No les cobramos a los clientes por aparcar, así que a mí me da igual. Aunque ahora que lo pienso, llevaba una mochila. Con un armazón de aluminio ligero y un saco de dormir de nailon rojo atado en la parte de arriba.

—Si viajaba a pie, probablemente habría llamado la atención en una zona como ésta.

Palfrey se encogió de hombros a modo de disculpa.

—Dijo que estaba de paso. Como llevaba botas y equipo de acampada, supuse que habría estado haciendo senderismo. Puede que se dirigiera a iniciar alguna ruta.

—No lo creo. Apareció en Santa Teresa el lunes al mediodía —expliqué—. ¿Le mencionó adónde iba?

—Ni una palabra. Era muy callado. Me gusta charlar con los clientes para que se encuentren a gusto cuando están fuera de casa, pero las conversaciones triviales no le interesaban. Se limitó a ser cortés, y yo también.

—Si se le ocurre algo más, ¿le importaría avisarme?

—Lo haré encantado. Ojalá pudiera darle más información.

—Ha sido de gran ayuda.

Cuando volvía a Santa Teresa me invadió la desazón. El intento de allanamiento de mi despacho el lunes coincidía con la salida de Ned del motel Sand Bar y su posterior viaje hacia el norte. Lo había visto en mi barrio el martes

por la noche, lo que lo situaba claramente en Santa Teresa. Por el momento, el Departamento de Policía de Santa Teresa y los colegas sintecho de Pearl no le habían echado el ojo. Ned era como una serpiente venenosa: mejor no perderlo de vista que preguntarse cuándo podría atacar de nuevo. Tenía que haber alguna manera de localizarlo.

Se me ocurrió que debería hablar con la segunda mujer de Ned, Phyllis Joplin, que vivía en Perdido la última vez que supe de ella. Me enteré de su existencia cuando el detective ya fallecido Pete Wolinsky captó un indicio de la patología de Ned. Pete recopiló una lista de mujeres que tuvieron una relación estrecha con él y acabaron sufriendo las consecuencias. Conocí a Pete al principio de mi carrera profesional y no tenía muy buen concepto de él hasta que comprendí lo sagaz que había sido al desentrañar la historia de Ned. La primera mujer de la lista era la novia del instituto con la que Ned había estado obsesionado, y que acabó trasladándose a otro estado. A continuación figuraba el nombre de la chica con la que se casó poco después y que murió en circunstancias poco claras. Su segunda esposa, Phyllis, había tenido la fortaleza y el buen juicio de divorciarse de él. Una psicóloga llamada Taryn Sizemore, que salió con Ned durante dos años, también consiguió librarse de su yugo.

A lo largo de veinticinco años, Ned se valió de su afición a la fotografía para presentarse como un cazatalentos de la industria de la moda neoyorquina que atravesaba el sudoeste en busca de caras nuevas. Los últimos dos nombres en la lista de Pete resultaron ser los de dos de las chicas a las que Ned había asesinado. Fiel a su palabra, cumplió con su promesa de fotografiarlas y luego las mató. La policía descubrió cientos de fotografías en el cuarto oscuro que Ned había abandonado en plena noche. No asesinó a todas sus modelos fotográficas, y tampoco existía un patrón evidente que explicara por qué algunas habían sobrevivido. En aquella época Ned estaba casado con su tercera esposa, Celeste, que fue rescatada por unos amigos poco después de que los crímenes de su marido salieran a la luz. Desde entonces la policía le pisaba los talones, pero por el momento Ned había logrado escabullirse.

No llegué a conocer a Phyllis en persona. Me la imaginaba alta y rubia, pero seguramente estaba muy equivocada. Después de la muerte de Pete hablé con ella por teléfono, y me contó que Ned se había especializado en cortejar a mujeres vulnerables a las que pudiera dominar. Cuando lo conoció, ella acababa de divorciarse, estaba en el paro, tenía sobrepeso y el pelo se le caía a puñados a causa de un trastorno nervioso. Al principio de la relación Ned se mostró encantador, aunque no tardó en agobiarla con sus exigencias y poco después

comenzaron a aflorar sus instintos asesinos. La inició en la asfixiofilia, práctica consistente en estrangular a tu amante hasta hacerle perder el conocimiento a fin de aumentar la excitación sexual. A Phyllis le avergonzaba admitir el control que Ned ejercía sobre ella, porque para entonces ya le parecía repulsivo en todos los demás aspectos de su convivencia.

Saqué la libreta de direcciones y busqué su número. Phyllis contestó al primer timbrado. Recitó de corrido el nombre de su empresa, que no capté. Sabía que era censora de cuentas, pero no tenía más información sobre ella.

—Phyllis, soy Kinsey Millhone, de Santa Teresa. Hablamos hace seis meses.

—Eres la detective, me acuerdo —dijo Phyllis—. Espero que llames para decirme que Ned Lowe está muerto.

—Ojalá. Lo han visto por esta zona y pensé que deberías saberlo.

—Te agradezco la advertencia. Tengo entendido que lo buscan en cinco estados, así que cruzo los dedos para que alguien le dispare a sangre fría.

—Qué bonito es soñar —contesté.

—Habría dicho «que alguien lo mate como a un perro», pero no quiero denigrar a nuestros amigos de cuatro patas.

—¿Qué sabes de Celeste? Me gustaría advertirle que Ned podría presentarse en su casa. ¿Se te ocurre cómo podría localizarla?

—Buena pregunta. ¿Cómo has averiguado que Ned ha vuelto?

Me di cuenta de que había evitado mi pregunta sobre Celeste, pero lo dejé pasar por el momento.

—Intentó entrar en mi despacho por la fuerza. Como hice instalar un sistema de alarma hace seis meses sólo consiguió romper una ventana con una piedra. Esto pasó el lunes pasado. El martes por la noche, cuando yo estaba fuera, fue a mi estudio y les preguntó por mí a unos amigos.

—Me está entrando mucho miedo. Creía que ya no volveríamos a verlo, pero obviamente no es así. Espero que la policía lo esté buscando.

—Hacen todo lo que pueden. Han aumentado el número de patrullas, y están repartiendo su fotografía por los moteles y los hoteles próximos a la playa. También han avisado a las comisarías de Perdido y Olvidado. Un par de amigos míos sintecho han alertado a los albergues de la ciudad. Acabo de volver de Winterset y Cottonwood, donde he distribuido fotocopias con su fotografía y un resumen de los delitos por los que lo buscan. El encargado del motel Sand Bar lo ha reconocido. Me ha dicho que Ned se alojó allí tres noches y que se marchó el lunes por la mañana.

—¿Cómo ha conseguido la policía su foto? No sabía que Ned tuviera

antecedentes.

—Agredió a una chica en Burning Oaks hará unos seis años. Lo detuvieron, lo ficharon, le sacaron unas fotos y le tomaron las huellas dactilares. Luego pagó la fianza y lo pusieron en libertad, con la obligación de comparecer ante el juez cuando lo citaran. La chica desapareció poco después y retiraron los cargos. Por lo que sé, ése es su único contacto con la policía.

—Es un cabrón muy astuto. ¿Se te ocurre qué puede estar tramando ahora?

—Eso mismo me pregunto yo.

—Te diré cuál es mi teoría: Ned quiere recuperar sus recuerdos.

—Ah, sí, los que les robó a las chicas que mató. Celeste me habló de esos recuerdos, por llamarlos de alguna manera. Encontró la llave de un archivador cerrado y se los llevó mientras él estaba en un viaje de negocios.

—No creo que Celeste fuera consciente de lo importantes que eran para Ned —dijo Phyllis—. Sólo se enteró de lo furioso que se puso al descubrir que ella se los había llevado.

—Supongo que Celeste no te dejó nada para que se los guardaras.

—Claro que no. ¿Lo dices en serio? Esos recuerdos son pruebas de los delitos de Ned. Si Celeste me los hubiera dado, yo se los habría entregado a la policía. Se los debió de quedar ella.

—Sé que Celeste no se los dio a Pete Wolinsky antes de que lo mataran. Ned registró de arriba abajo la casa de su viuda y no encontró nada. Lo que me desconcierta es la rapidez con la que ha conseguido esfumarse. Visto y no visto, como si se lo hubiera tragado la tierra. Tiene que estar por aquí, escondido en alguna parte.

—Podrías buscarlo en los parques de autocaravanas y casas prefabricadas. Le gusta llevar la casa a cuestas, es como un cangrejo ermitaño.

—Buena idea, gracias. ¿Qué hay de la casa que Celeste y él tenían en Cottonwood?

—Sigue ahí, por lo que yo sé. Si el banco hubiera ejecutado la hipoteca, habría visto el aviso en el periódico.

—¿Crees que es posible que Ned se haya ido a vivir allí?

—Quizá —dijo Phyllis sin mucho convencimiento—. Como han cortado todos los suministros, tendría un techo bajo el que cobijarse, pero poco más.

—¿Qué hay de sus amigos?

—Ned no tiene amigos.

—¿Y conocidos? Debe de conocer a alguien por esta zona.

—Lo dudo. En cualquier caso, nadie que lo conozca estaría dispuesto a

alojarlo. No puede decirse que nuestro querido Ned se haga querer. Es un robot que ha aprendido a imitar el comportamiento humano sin dejarse llevar por las emociones, por eso sabe manipular tan bien a la gente. Tiene un radar increíble para detectar tus necesidades más íntimas, y te engatusa de tal manera que acabas convencida de haber encontrado a tu media naranja. Yo misma caí en la trampa, pese a que siempre me había creído muy lista.

—¿Sabes dónde está Celeste ahora?

—Ya me lo has preguntado antes.

—Soy consciente de ello, Phyllis. Por eso te lo pregunto otra vez.

—Mira, se cambió el nombre y se mudó. A pesar de tener un nombre falso, su número no aparece en la guía telefónica. No quiere correr ningún riesgo.

—Seguro que se ha puesto en contacto contigo, si no, no sabrías tantas cosas.

—Me llamó una vez para que supiera que estaba bien. Tengo el nombre y la dirección en algún sitio. Los anoté en un trozo de papel y luego guardé el papel en una caja. Me mudé hace seis semanas y aún tengo cajas de embalaje apiladas en el cuarto de invitados.

—Cuando lo encuentres, ¿por qué no la llamas y le explicas lo que pasa? Así no tendrás que revelar ningún secreto.

Oí un teléfono que sonaba en casa de Phyllis.

—¿Quieres contestar?

—Ya saltará el contestador. Tengo una idea: ¿por qué no vienes a tomar una copa de vino y algo para picar? Podemos hablar de Ned, y a lo mejor se nos ocurre alguna idea.

—Me encantaría. ¿Cuándo?

—Esta noche estoy ocupada. ¿Qué tal mañana por la noche?

—No me va bien, tengo que ir a una fiesta de cumpleaños en mi barrio.

—¿Qué tal el sábado, entonces?

—Perfecto. Puedo llevar el vino si te parece.

—No te molestes, tengo botellas de sobra. Acabo de comprar un dúplex en una urbanización privada. Le daré tu nombre al guarda de seguridad y él te dirá dónde encontrarme. Los dúplex parecen casas adosadas. Pensarías que están todos conectados, pero en realidad están distribuidos por parejas, así que en mi número de calle hay dos pisos, A y B. Cuando llegues a mi edificio, entra en el vestíbulo y pulsa el botón que lleva mi nombre. Oiré la llamada desde mi piso y te enviaré el ascensor. O, si el ascensor ya está abajo, pulsa el botón de llamada del interior de la cabina, identifícate y llamaré al ascensor para hacerlo subir. Ven alrededor de las cinco, nos sentaremos en la terraza y veremos la puesta de sol.

Prepararé algo rápido para las dos. No soy muy buena cocinera, así que no te hagas demasiadas ilusiones.

—Yo ni siquiera sé cocinar, por lo que cualquier cosa que prepares me parecerá una maravilla.

—Apúntate mi nueva dirección.

La anoté y le dije que estaría allí el sábado a las cinco.

Al colgar permanecí sentada un rato más, preguntándome dónde estaría Ned. Ya empezaba a dudar de lo que había sugerido Phyllis sobre los parques de autocaravanas y viviendas prefabricadas. Tras una búsqueda rápida en la guía telefónica, encontré diez parques de viviendas prefabricadas en la zona: dos cerca del centro y los otros ocho en Colgate. Pese a que la sugerencia me había parecido atinada, no me pude imaginar a Ned comprando o alquilando una casa prefabricada. Las casas prefabricadas sirven de base fija de operaciones en un recinto con conexiones permanentes de agua y electricidad. Tienen dirección postal, y se paga un alquiler mensual por el terreno en el que están instaladas. Ned era la última persona del mundo que se instalaría en una comunidad donde lo buscaran por asesinato.

En cuanto a los parques para autocaravanas, había dos: uno a unos veinticinco kilómetros al norte de la ciudad, y el otro a sesenta y cinco kilómetros también al norte. Los descarté basándome en la premisa de que Ned no querría alojarse tan lejos. Al parecer, salió caminando del motel Sand Bar, e iba a pie sin ningún género de dudas cuando lo vi en Albanil el martes por la noche. Si llevaba una mochila y un saco de dormir, probablemente habría acampado cerca de allí. No pude descartar la posibilidad de que dispusiera de un coche (comprado, alquilado o robado), pero correría el riesgo de ser sancionado con multas de tráfico y de aparcamiento que podrían situarlo en el punto de mira de los agentes de tráfico.

Activé la alarma, cerré el despacho con llave y me fui a casa. *Ed* estaba sentado en la acera, frente a la verja.

—¿Qué haces tú aquí?

El gato no estaba muy comunicativo, así que me agaché, lo cogí en brazos y lo llevé hasta el jardín de atrás. Después de depositarlo en la cocina de Henry volví a mi estudio. Me puse el chándal y las zapatillas y pensé en Ned Lowe mientras corría. ¿Cuál sería su proceso mental? Necesitaría algún refugio o, por lo menos, algún lugar donde cobijarse sin ser visto. Tendría que comer, lo que significaba locales de comida rápida, cafeterías, bares y restaurantes; o, más bien, un supermercado donde abastecerse de provisiones. Necesitaría tener



acceso a un baño, lo que significaba estaciones de servicio, aseos públicos en el puerto deportivo o el baño de caballeros en algún parque de la ciudad, donde quizá también pudiera resguardarse. Dondequiera que se encontrara, yo tendría que averiguar cuanto antes su paradero, tanto por mi seguridad como por la de otras personas. Aunque no lo supiera en aquel momento, esta reflexión acabaría atormentándome más adelante.

Jueves, 21 de septiembre de 1989

Iris y Joey aparcaron en el estacionamiento público situado detrás del bar Clockworks y luego recorrieron a pie el pasaje que conducía a State Street, donde se encontraba la puerta de entrada. Aquel antro había estado frecuentado por adolescentes durante años, porque el negocio se centraba en la venta de refrescos y *snacks* baratos. Los chicos se hacían la ilusión de estar en un bar para adultos, aunque no se les permitiera beber alcohol. Servían dos clases de cerveza sin marca y vinos tintos y blancos de la casa si el cliente podía proporcionar pruebas tangibles de su edad. En aquella época la mayoría de los parroquianos eran jóvenes de menos de dieciocho que se creían maduros pese a no tener responsabilidades a las que hacer frente.

Joey abrió la puerta y la sujetó para que pasara Iris. Los dos se detuvieron en la entrada y buscaron a Fritz con la mirada. El local estaba oscuro y lleno de humo. Tenía las paredes pintadas de gris marengo y la iluminación consistía principalmente en tubos de neón de color verde y morado. Del alto techo pendían enormes móviles negros que recordaban vagamente los engranajes de un reloj: el áncora, la rueda de escape, los muelles. Dos años atrás los propietarios habían reformado el establecimiento, que ahora servía todo tipo de bebidas alcohólicas. Compraron la tienda contigua al bar y derribaron la pared que los separaba. La ampliación les había permitido doblar el espacio, que ahora incluía una segunda sala con una máquina de discos, seis mesas de billar y seis máquinas del millón. Aquel jueves por la noche el local estaba lleno hasta los topes. Los clientes eran muy escandalosos, lo que, paradójicamente, creaba una extraña sensación de intimidad. Iris vio a Fritz sentado a solas en uno de los reservados situados a la izquierda del local.

—Allí.

—Ya lo veo —susurró Joey.

Fritz también los vio y sonrió, agitando vigorosamente la mano por si no se fijaban en él.

Iris sonreía sin quitarle ojo a Fritz.

—Odio a este tío —dijo en voz baja—. Fíjate en esa sonrisita estúpida. Me apuesto lo que quieras a que aún se enorgullece de lo que me hizo.

Joey le puso la mano en la espalda y la condujo suavemente hacia la mesa de Fritz.

—No empieces otra vez con lo mismo, Iris. Tienes que hacerte la simpática para que crea que somos amigos del alma, y que estamos encantados de que haya vuelto.

—Ni se te ocurra dejarme a solas con él.

—No te preocupes tanto y tómatelo con calma.

Fritz empezó a levantarse de su asiento y casi perdió el equilibrio, pero lo recuperó. Joey le estrechó la mano e Iris le dio un beso desgano en la mejilla. Fritz estaba fumando un cigarrillo. Tenía delante un cenicero medio lleno y un vaso de whisky casi vacío. Una de las colillas no había ido a parar al cenicero y Fritz la había apagado sobre la mesa. Se sentó de nuevo, quizá más bruscamente de lo que pretendía.

—Hola, chicos. No esperaba veros.

—A Iris le apetecía salir, así que aquí estamos. ¿Qué bebes? Yo invito a esta ronda.

—Un Seagram's Seven con Seven Up.

—¿Y tú, nena? —preguntó Joey dirigiéndose a Iris.

—Una cerveza. Ya voy yo; tú siéntate y habla con Fritz.

—¿Estás segura?

—Claro. Vuelvo enseguida.

Joey le dio un billete de veinte dólares. Iris se apartó de la mesa y cruzó el bar en dirección a la barra.

Joey se sentó frente a Fritz.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

Fritz apagó el cigarrillo en el cenicero.

—Alrededor de una hora. No soporto quedarme en casa. Mis padres me están siempre encima, no paran de quejarse. —Levantó la mano y formó una boca de marioneta con el pulgar y los dedos restantes—. Bla, bla, bla. Ya me entiendes.

—Iris y yo tenemos suerte, nadie nos da el coñazo.

—Salgo de casa siempre que puedo. Paso bastante rato en el piso de Stringer y de Berg, esos colegas y yo somos uña y carne.

Fritz cruzó los dedos y se los mostró.

—¿Has sabido algo más sobre ese asunto de la cinta?

Fritz hizo una mueca.

—Malas noticias. No piensan pagar.

Joey se inclinó hacia delante.

—¡No me jodas! ¿No van a pagar? ¿Eso han dicho?

—Sí. Dicen que si pagan ahora, el tipo volverá y les pedirá más. O alguna chorrada por el estilo.

—¿En serio? El tipo ese dijo que si no le pagaban, entregaría la cinta al fiscal del distrito.

—Eso les importa un carajo a mis padres, no son ellos los que van a ir a la cárcel. Nos tocará pringar a mí y a Troy. No sé cuántas veces se lo he repetido.

Iris apareció con dos botellas de cerveza y el Seagram's Seven con Seven Up para Fritz, que le alcanzó por encima de la mesa.

—Gracias, Iris —dijo Fritz.

Iris se sentó al lado de Joey.

—¿Qué me he perdido?

—Mis padres no piensan pagar. Han contratado a un detective privado —explicó Fritz con tono malhumorado.

—¿Un detective? —preguntó Iris.

—Bueno, en realidad es una tía —respondió Fritz.

Joey hizo una mueca.

—Menuda estupidez. ¿Y qué se supone que debe hacer esa detective?

—¿Yo qué coño sé? Supongo que ir por ahí haciendo preguntas.

—Espera un momento, yo a esa tía la conozco —dijo Iris—. El otro día vino una mujer a la tienda diciendo que era periodista, y que los lectores aún están interesados en la muerte de Sloan. Me hizo la tira de preguntas, incluso si no fui yo la que robó el examen. Y entonces se puso a hablar de la cinta. Me quedé de piedra.

—¿Cuándo fue a verte?

—Creo que el lunes. Se presentó en la tienda y me dijo que lo de la cinta era una agresión sexual. Ella lo llamó violación, y me preguntó si había denunciado el incidente a la policía. Le contesté que no era ningún «incidente», que era una broma.

Fritz frunció el ceño.

—Yo le dije lo mismo. Ya sabes, que en la cinta salíamos haciendo el tonto. Troy ha dicho que nos apoyará.

A Fritz le costaba encender otro cigarrillo, por lo que Joey alcanzó disimuladamente el mechero y se lo encendió.

—¿Y qué hay de Bayard? —preguntó Joey.

Fritz intentó formar un aro de humo con los labios, sin conseguirlo.

—Él no se la juega, pero confirmará lo que digamos. Todos tenemos que decir lo mismo, que era una broma. Lo más jodido es que mis padres están dispuestos a soltar la pasta para averiguar quién intenta desplumarnos, pero no piensan pagar ni un centavo para sacarme del apuro. Troy está en el mismo barco, pero como no tiene dinero, a él no le han pedido nada.

—Pues ha tenido suerte —dijo Joey.

—Mucha —admitió Fritz.

Iris levantó la mano.

—No lo entiendo. Por una parte, dices que la cinta es inofensiva porque en realidad no hacíamos nada malo.

—Eso mismo. Les dije que estábamos haciendo el tonto, que nos tronchábamos de risa entre toma y toma. Ya sabes, como si estuviéramos improvisando.

—Vale, pero luego vas y les dices a tus padres que paguen para evitar que te metan la cárcel. Entonces, ¿qué versión es la buena? ¿Cómo van a meterte en la cárcel si todo era una broma?

—Bien pensado, Iris —dijo Joey.

Fritz rechazó el comentario de Joey agitando la mano.

—Porque me han pedido las pruebas. Se supone que tengo que enseñarles las tomas eliminadas, y les he dicho que no puedo enseñárselas. Que Austin se las llevó cuando se fue, eso es lo que les he dicho.

—Buena respuesta —dijo Iris.

Joey apoyó los brazos en la mesa.

—¿Para eso han contratado a la investigadora? ¿Para que localice las tomas eliminadas?

—Ni idea. Pero bueno, no os preocupéis por ella. Mi padre está en contra de que mi madre la haya contratado. Dice que es una pérdida de tiempo. Seguro que la despide, disfruta despidiendo a la gente. ¿Os lo había contado alguna vez? Al tío le mola el poder.

—¿Podrás convencerlos para que paguen? —preguntó Joey.

—Más me vale. O eso, o tengo que encontrar la manera de echarle mano a

un montón de pasta. Me temo que mis padres me van a dejar tirado. Si consigo los veinticinco mil pavos, saldré por piernas.

—Vaya, todo este asunto te estará volviendo loco —dijo Iris.

—Y que lo digas. Estoy tan nervioso que ni siquiera puedo dormir. Me tumbo en la cama y no dejo de darle vueltas. Me obsesiono pensando dónde podría agenciarme veinticinco mil pavos para salvar el pellejo.

Joey resopló de impaciencia.

—¿Cómo vas a conseguir una cantidad así? Olvídalo.

—A lo mejor atraco un banco. Si no, ese chantajista no me dejará tranquilo. Si las cosas no salen como él quiere, en cuanto me descuide tendré a la pasma en la puerta.

Joey negó con la cabeza.

—Joder, no sé qué decirte, tío. Este asunto apesta.

—Tus padres acabarán pagando, ¿no te parece? —preguntó Iris—. Sabes que tienen el dinero.

—Desde luego —dijo Fritz—. Los tíos están forrados.

—Yo que tú seguiría insistiendo —sugirió Joey.

—Hago lo que puedo. Si no, me joderán vivo.

—Si podemos ayudarte en algo... —ofreció Iris.

En un impulso, Fritz alargó el brazo y cubrió la mano de Iris con la suya.

—Tíos, quiero que sepáis lo mucho que significa para mí que estéis de mi parte —dijo con voz temblorosa—. Sois los únicos con los que puedo hablar de este asunto tan jodido. Mi vida es una puta mierda, lo digo muy en serio. No sé qué haría sin vosotros.

Iris sacó la mano de debajo de la de Fritz.

Joey alargó el brazo, le dio unas palmaditas a Fritz en la mano y luego la sujetó entre las suyas.

—Tómalo con calma, tío. Estamos contigo, te lo aseguro. Siempre que nos necesites.

—Gracias.

Fritz volvió la cabeza y se secó los ojos con la manga.

Viernes, 22 de septiembre de 1989

El viernes por la mañana fui directamente a Horton Ravine sin pasar antes por el despacho. Había llamado a Margaret Seay la noche anterior, y en nuestra breve conversación telefónica descubrí con alivio que hablar con la madre de la chica muerta era más fácil de lo que había pensado. Me presenté y le pregunté si podría verla para contarle algo relacionado con la muerte de su hija.

—¿Relacionado en qué sentido?

—Tiene que ver con una cinta de vídeo.

Margaret guardó silencio durante unos instantes y a continuación dijo:

—Estoy libre mañana a primera hora. A las ocho, si no le parece demasiado temprano.

—No, me va bien —respondí. Después le pedí que me confirmara la dirección y colgué.

Margaret Seay aún vivía en la casa que había compartido con Paul cuando estaban casados. La vivienda correspondía a la idea que me había hecho sobre la arquitectura del Medio Oeste: una estructura de dos plantas recubierta de listones de madera pintados de color amarillo brillante, con molduras y postigos blancos. Tenía el tejado metálico, que sin duda produciría un repiqueteo relajante en días de lluvia, en el caso improbable de que volviera a llover algún día. En el amplio porche que rodeaba la fachada había un balancín de madera de color blanco, muebles de mimbre blancos y geranios rojos en jardineras de madera pintadas de blanco.

Aparqué en el camino de acceso y me encaminé hacia la puerta. Llamé al timbre y, al cabo de un momento, me abrió una mujer de cincuenta y pocos. No dijo nada, pero me sujetó la puerta y entré en el recibidor.

—Gracias por recibirme —dije—. Se lo agradezco.

—Hace mucho que no me preguntan por Sloan. Éste es Joey, mi hijastro.

El joven al que me presentó tenía pinta de ir todavía al instituto. Llevaba vaqueros, zapatillas de deporte y una cazadora de piel. Tenía las orejas de soplillo y el pelo mojado y repeinado, con algunos mechones sueltos en la coronilla. Las arrugas que le surcaban la frente le daban un aspecto preocupado que sorprendía en alguien tan joven. Joey era el hermanastro de Sloan, y ahora estaba prometido con la famosa Iris Lehmann.

Le tendí la mano.

—Me alegro de conocerla —dije—. Soy Kinsey Millhone. Espero no interrumpirles.

—En absoluto —dijo Margaret—. Joey se pasa por aquí casi todas las mañanas de camino al trabajo. —Miró al chico y le acarició la mejilla—. ¿Por qué no charlamos más tarde?

—Te llamaré. Encantado de conocerla —dijo Joey saludándome rápidamente con la mano al salir.

—¿En qué trabaja su hijastro?

—Es director de proyectos en la constructora de su padre, Merriweather Homes. Entra a las ocho y media, así que nos da tiempo de tomar un café antes.

La seguí hasta el salón. La casa tenía una distribución que he visto decenas de veces: salón a la derecha, comedor a la izquierda y unas escaleras que iban desde el recibidor hasta la primera planta. Me imaginé que el comedor comunicaría con la cocina y que, al fondo, habría un cuarto para la lavadora que llevaría de la cocina al porche trasero, el cual probablemente se extendería a lo ancho de la casa. Junto al salón habría un estudio del mismo tamaño que el comedor. La simetría resultaba relajante. Las paredes estaban pintadas de blanco marfil, mientras que el mobiliario consistía en una elegante mezcla de antigüedades y piezas tradicionales. El sofá estaba tapizado con estampados florales; los cojines y las butacas, con telas a juego en azul verdoso y amatista. Todo parecía impoluto.

Margaret Seay era probablemente de mi estatura, metro sesenta y siete, aunque de complexión más robusta que la mía. Tenía el pelo negro cortado a lo *garçon*, un corte que podría parecer poco apropiado para una mujer de su edad de no haberle quedado tan bien. Llevaba gafas de montura oscura y cristales levemente tintados. Ojos oscuros, cutis sin imperfecciones, muy poco maquillaje y ninguna joya. Calzaba zapatos de tacón bajo azul marino que probablemente había escogido por su comodidad. Parecía seria y concentrada, poco dada a las



sonrisas o a las muestras de vivacidad.

—Siéntese, por favor —indicó. Ella se sentó en una butaquita de asiento acolchado y respaldo oval tapizada con terciopelo granate. No cruzó las piernas y dejó las manos sobre el regazo, como si posara para un retrato oficial.

Tomé asiento en una butaca que hacía juego con la de Margaret. Sólo entonces me fijé en el chucho que estaba tumbado un poco más allá: tenía que ser *Butch*, el perro de Sloan. No había visto nunca un gran Pirineo, pero éste era grande y blanco, con una cola en forma de penacho y un pelaje áspero que se le ondulaba en el cuello. Tenía el morro gris, y el pelo de alrededor de los ojos se le había vuelto de un blanco lechoso con la edad. *Butch* se despertó, se puso de pie cortésmente y a continuación se nos acercó cojeando, sin duda a causa de la artrosis. Vino hasta mí y me puso la barbilla en la pierna. Supuse que le fallaría la vista, y que ahora sólo podría distinguir entre la luz y la oscuridad. No pude evitar que se me llenaran los ojos de lágrimas. Le permití olisquearme las puntas de los dedos, aunque me pregunté si no habría perdido también el olfato. Le froté las sedosas orejas y sonreí al ver cómo cerraba los ojos.

—¿Éste es *Butch*?

—Sí.

—Qué perro tan cariñoso. ¿Cuántos años tiene?

—Trece, una edad avanzada para un perro tan grande como él, pero está bien de salud. Es un animal muy bueno, y no sé qué haría sin él.

—No me vuelven loca los perros, pero *Butch* es un encanto.

Al parecer, Margaret ya se había hartado de nuestra conversación trivial y prefirió ir directa al grano.

—Ha venido a preguntar por la cinta que se supone que guardaba Sloan cuando murió.

—¿Qué sabe al respecto?

—Sólo que hubo quien creyó que la cinta fue el motivo del crimen. Sin embargo, le diré que cuando la policía registró el dormitorio de Sloan, la cinta ya no estaba. ¿Por qué es tan importante después de todos estos años?

—Ya sabrá que Fritz ha salido de la cárcel.

—Lo leí en el periódico. Espero que no vaya a decirme que es un buen amigo suyo.

—Desde luego que no —aseguré.

—Entonces, ¿qué tiene que ver todo esto conmigo?

Permanecí un momento en silencio, intentando decidir qué podía revelarle.

—No suelo hablar de ningún caso sin el consentimiento expreso de mis

clientes, pero no veo cómo puedo pedirle que confíe en mí si yo no confío en usted.

—Me parece bien. No se preocupe, soy muy reservada.

—Eso espero, porque cuento con su discreción. Los padres de Fritz McCabe me han contratado porque alguien les ha amenazado con enviar una copia de ese vídeo al fiscal del distrito si no le entregan veinticinco mil dólares. Repito que se trata de información confidencial. Se lo cuento porque espero que pueda ayudarme.

—No veo cómo —dijo Margaret, perpleja.

—He hablado con Poppy Earl, y me ha dicho que hace un par de semanas usted decidió abrir el dormitorio de Sloan para deshacerse de sus pertenencias. La fecha coincide con la puesta en libertad de Fritz McCabe.

—¿Cree que las dos cosas están relacionadas?

—Es una posibilidad que merece la pena investigarse. Creo que la salida de la cárcel de Fritz dio pie al chantaje. Lo que ya no sé es si alguien ha estado guardando la cinta todos estos años o si apareció cuando vaciaron el dormitorio de Sloan.

—Puedo asegurarle que los agentes registraron la habitación de arriba abajo hace diez años y no encontraron nada. Cerré la puerta con llave nada más irse ellos. ¿Usted ha visto la cinta? —preguntó.

—Sí.

—¿Puede decirme por qué tendría consecuencias penales si el chantajista se la envía a la policía?

—Básicamente, la cinta contiene imágenes de una agresión sexual a una menor. Se trata de una violación con agravantes, y es posible que los violadores tuvieran que rendir cuentas incluso ahora, después de todos estos años. Según me han dicho, se suponía que era una broma, una parodia de una película pornográfica, pero las escenas que respaldarían tal afirmación han sido eliminadas.

—Supongo que Fritz McCabe es uno de los cómplices.

—Así es —admití—. Sé que Poppy la ayudó a vaciar el dormitorio de Sloan, y me preguntaba si alguien más les echó una mano.

—Los dos hermanastros de Sloan, Justin y Joey, al que acaba de conocer. Joey fue el que me convenció para que lo hiciera. Es el hijo mayor de Paul. Dijo que conservar la habitación tal y como la tenía Sloan no me iba a devolver a mi niña. Ya me lo habían dicho otras veces, pero no lo asimilé hasta que lo oí de boca de Joey. Él la adoraba, y si Joey estaba dispuesto a olvidarla, yo tendría que

hacer lo mismo. Como no habría podido vaciar la habitación yo sola, les pedí a algunos de los amigos de Sloan que me echaran una mano y cuatro dijeron que sí.

—¿Qué hizo con las pertenencias de su hija?

—Les pregunté a esos mismos amigos si querían quedarse con algo de Sloan como recuerdo. Tres escogieron algún objeto. Después, Joey y su prometida vendieron el resto de las cosas por unos doscientos dólares. Todo lo que no se vendió lo donamos a una ONG.

—¿Recuerda quiénes aceptaron quedarse con alguna cosa de Sloan?

—Poppy Earl fue una.

—¿Ah, sí? Pues Poppy no me lo mencionó.

—Sloan y ella fueron muy amigas durante años. Poppy se quedó muy afectada al ver la habitación de nuevo. Estoy segura de que le trajo muchos recuerdos.

—¿Puedo preguntarle quiénes eran los otros tres?

—Por supuesto. Patti Gibson, Steve Ringer y Roland Berg. Todos se emocionaron mucho.

—¿Y qué hay de usted? ¿Cómo le ha ido desde entonces? Yo no tengo hijos, así que no puedo ni imaginarme lo que habrá sufrido.

—Gracias, es usted muy amable. Paul y yo nos divorciamos un año después de la muerte de Sloan, porque mi marido dijo que no podía seguir viviendo conmigo. A algunos les pareció muy mal lo que hizo, pero yo no lo culpé. Yo era insufrible en aquella época. Bebí mucho durante toda la adolescencia de Sloan. Cuando ella murió, me di cuenta de lo que habría sufrido por mi alcoholismo, pero ya no había forma de reparar el daño. Ni siquiera podía pedirle que me perdonara. Dejé de beber el día del funeral, me supuso un esfuerzo enorme. Después de aquello sentí un gran vacío. Mis dos hijastros vinieron a vivir con nosotros aquel primer año, y cuando Paul se marchó, prefirieron irse con él, por supuesto. Cuando Sloan murió, tenían trece y quince años, y su presencia me causaba aún más dolor.

—Afrontar la tristeza no es nada fácil —observé—. Cuando mi tía Gin murió de cáncer, sentí alivio. Mi tía era una mujer difícil, y me crio de acuerdo con unos criterios bastante extraños de la feminidad. El alivio no duró mucho y lo sustituyó el dolor, pero al menos yo supe que mi tía se iba a morir. La muerte violenta es algo muy distinto. No sé cómo se puede superar.

—Nunca podré superarla. Sloan era mi única hija, y ahora está muerta. Lo digo porque toda mi vida gira en torno a eso. Lleva muerta diez años y ya no va

a volver. Murió a los diecisiete, no se le permitió vivir más. En el periódico, Fritz dice que ha pagado su deuda con la sociedad, pero no ha pagado la deuda que tiene conmigo. Se refiere a lo que hizo como un «error» que ahora quiere olvidar para poder seguir adelante. Intenta lavar su culpa, pero no va a librarse de mí tan fácilmente. ¿Por qué tendría que disfrutar de la vida cuando a mí me arrebataron la mía?

Sabía que Margaret no esperaba una respuesta, pero aun así me dejó helada. Continuó hablando con un tono de voz engañosamente suave dado el contenido de sus afirmaciones.

—Le he dado mil vueltas a este asunto, y he llegado a la conclusión de que la venganza no tiene por qué consistir en el típico ojo por ojo. Las represalias pueden adoptar diversas formas. No es preciso que sean burdas, ni demasiado obvias. La persona que nos ha hecho daño debería sufrir un dolor equivalente; no tiene que ser exactamente igual, pero sí comparable.

—No sé si la sigo.

—Es muy sencillo. Cuando Fritz mató a Sloan, me robó lo que más quería en este mundo. Podría pensarse que, para desquitarme, yo tendría que matar a uno de sus seres queridos, pero hay otras formas de destrozarle la vida a alguien. No dejo de pensar en lo que le haría si pudiera. Quiero que pague por sus actos.

—¿Incluso al cabo de diez años?

—El paso del tiempo es irrelevante. Ahora mismo, sólo me importa encontrar la manera de hacerle sufrir tanto como sufro yo. No hace falta que sea la misma pérdida, puede ser otra que tenga un peso similar. Me dedico a planificar cómo borraría las huellas, qué diría si la policía se presentara en mi casa.

—Le sería más difícil de lo que cree —observé—. La culpabilidad hace que te tiemblen las manos y que la sangre no te riegue el cerebro. De pronto, ya no te muestras tan sereno como pensaste que lo harías. He estado a ambos lados de la ley, y le aseguro que no le conviene ir por ese camino.

—No es la primera en decírmelo. Mis amigos insisten en que debo perdonar, pero eso es ridículo. Sloan ya no está con nosotros y nunca va a volver, ¿a quién le importa si me entretengo tramando fantasías sangrientas?

—A nadie, siempre que no las lleve a la práctica —respondí.

Nada más decirlo caí en la cuenta de que Margaret podría haber urdido el chantaje. En vez de ojo por ojo, sería sufrimiento por sufrimiento.

—Querida, llevarlas a la práctica no tendría sentido, porque entonces se acabaría el juego. Si abandonara la esperanza de poder desquitarme tendría que

renunciar a la ira, que es un sentimiento preferible al dolor.

—Déjeme preguntarle algo. Si hubiera encontrado la cinta, ¿qué habría hecho?

—Se la habría llevado directamente al fiscal del distrito.

—¿No habría considerado la posibilidad de vender su silencio por veinticinco mil dólares?

—Ya tengo todo el dinero que necesito. Lo que no tengo es satisfacción. Al parecer, eso tendrá que esperar.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que encaje la última pieza, sea la que sea. Mientras tanto, encuentro otras maneras de distraerme. Llamo a directores de periódicos, hablo con periodistas, envío copias de artículos que hablan del crimen...

—Espero que no le moleste la pregunta, pero ¿para qué lo hace? Ya se sabe quiénes son los culpables.

—Admito que, a medida que va pasando el tiempo, cuesta más despertar el interés en la historia. A veces leo la transcripción del juicio, sólo para recordarme a mí misma lo que pasó. No pone nada nuevo, pero ¿qué otra opción me queda? Continuaré insistiendo mientras Austin Brown siga suelto. Si puedo mantener vivo el interés de la gente, existe la posibilidad de que alguien vea a Austin y lo denuncie. En cualquier caso, usted no ha venido para escuchar mis problemas. ¿La puedo ayudar en alguna otra cosa? Me temo que no tengo nada que decir sobre el paradero de la cinta.

No pude evitar sacudir la cabeza.

—Creo que quienquiera que tuviera la cinta vio la salida de Fritz de la cárcel como una posibilidad de hacerlo sufrir. ¿Me podría dar los datos de contacto de Joey y de Justin?

—Espero que no piense que alguno de ellos está detrás de la amenaza a los McCabe.

—En absoluto. Sólo espero que uno u otro puedan aportar algún detalle útil. También me gustaría hablar con Patti, Steve Ringer y Roland, si le parece bien ponerme en contacto con ellos.

—Por supuesto.

Le di mi tarjeta y, a cambio, ella me facilitó los nombres, direcciones y números de teléfono que le había solicitado. Después de añadir a cinco jugadores a la lista no podía afirmar que estuviera estrechando el cerco, pero el enfoque comenzaba a ser más nítido.

## La fiesta junto a la piscina

Junio de 1979

Sloan corría por el circuito habitual de calles de Horton Ravine con *Butch* brincando a su lado. Lo llevaba sujeto con una correa, aunque no era necesario. Estaba acostumbrado al ritmo y al paso de su ama, y disfrutaba del aire matinal tanto como ella. Sloan prefería salir a correr temprano, a las seis como muy tarde, pero aquella mañana se había quedado un rato más en la cama, un lujo inhabitual en ella. El curso escolar había acabado y en dos semanas asumiría sus responsabilidades como monitora en el campamento parroquial. Estaba situado en el valle de Santa Inés, a unos cuarenta kilómetros al norte de Santa Teresa. Los prados del campamento estarían bañados por el sol y desprenderían un intenso aroma a salvia y a laurel. A la sombra de las montañas haría menos calor, aunque los cauces de los arroyos se habrían secado y la poca hierba que aún quedara estaría requemada y amarillenta.

Aquella mañana, a las ocho, sus padres salieron hacia Tucson para recoger a Justin y a Joey, los hijos del primer matrimonio de Paul. Los chicos, de trece y quince años, asistirían a las primeras dos semanas del campamento parroquial, como habían hecho en los tres veranos anteriores. Después, los cuatro — Margaret, Paul y los dos chicos— tenían planeado viajar en dirección norte desde Tucson hasta el Gran Cañón, donde pasarían algunos días explorando la zona antes de volver a Santa Teresa. A Sloan le gustaba estar sola. Tenía una lista de libros para leer durante las vacaciones y le apetecía tumbarse en la hamaca del patio trasero con *Butch* dormido a la sombra de la malla. Bayard y ella pensaban hacer un recorrido en bicicleta, pero aún faltaba una semana para la fecha de partida.

Sloan llegó a Randall Road, una calle que discurría cuesta arriba formando

un prolongado arco que la dejaría de nuevo a la altura de su casa. Jadeaba por el ascenso, y el sudor le resbalaba por la cara y se le acumulaba en la parte baja de la espalda. Un vehículo se acercaba por detrás, con la canción *Running on Empty* de Jackson Browne puesta a todo volumen. Sloan se desvió hacia la derecha y, cuando miró a sus espaldas, vio la camioneta de Troy. Austin asomaba la cabeza y el hombro derecho por la ventanilla del copiloto, llevando el compás con la palma de la mano contra la puerta de la camioneta. Troy redujo la velocidad para no sobrepasarla y Austin le dirigió una sonrisa desganada.

—Fiesta, piscina, fin de curso —dijo Austin—. Mis padres nos dejan usar la cabaña, así que hemos venido a preguntarte si estás libre.

—¿Hoy?

—Eso es.

Sloan se detuvo respirando con dificultad, se inclinó hacia delante y apoyó las manos en las rodillas. A continuación sacudió la cabeza y lo miró con expresión incrédula.

—No puedo creer que me estés invitando. La última vez que hablamos por poco nos sacamos los ojos.

—Fue todo culpa mía. Por lo que a mí respecta, podemos declarar una tregua. Les he dicho a los otros que dejen de hacerte el vacío, así que eso ya es agua pasada. Dame la cinta y estaremos en paz. Asunto resuelto.

—¿A qué viene esto ahora?

—Me estoy comportando como un adulto, y tú puedes hacer lo mismo. De hecho, ya me llevas ventaja. Bueno, ¿qué te parece?

—Lo pensaré.

—Venga, nena. No me guardas rencor, ¿verdad?

—¿Tenemos que perdonar y olvidar?

—¿Por qué no? Estamos en verano. La vida es demasiado corta para desperdiciarla discutiendo. ¿Tienes algo más anotado en esa agenda tan llena?

—No. Mis padres se han ido. Tendría que darle de comer al perro y ducharme.

—No te preocupes. Iremos al súper y luego a por un barril de cerveza. Conduciré la ranchera de mi madre. Troy puede volver para recogerte dentro de una hora. Trae el bañador.

—¿Dónde está la cabaña?

—En lo alto del desfiladero, yendo por la 154. Horizon Road se desvía hacia la izquierda poco antes de llegar a la cima. La cabaña está a otros tres kilómetros más allá.

—Dame la dirección y os encontraré allí. Prefiero ir en mi coche.

—No puede ser, hay poco sitio para aparcar. Estamos reduciendo el número de coches al mínimo para que los vecinos no armen un escándalo. Stringer llevará a un grupo en su camioneta. Seremos unos doce en total, seguro que nos divertimos. Si nos apetece, podemos estar de marcha hasta bien entrada la madrugada.

A Sloan no le apetecía ir a la fiesta, pero le pareció grosero por su parte rechazar la invitación ahora que Austin le proponía hacer las paces. Además, tampoco tenía nada que hacer.

—Vale, pero no puedo quedarme mucho tiempo. Un par de horas como máximo.

—No te preocupes. Poppy tiene una reunión familiar, así que se irá a las cuatro. Estoy seguro de que se ofrecerá a llevarte.

—Me parece bien. ¿Os hace falta alguna cosa?

Austin negó con la cabeza.

—Gracias, pero ya lo tenemos todo. *Ciao!*

Sloan los vio desaparecer a toda velocidad mientras *Butch* la contemplaba expectante. Hiciera lo que hiciera su ama, el perro estaba dispuesto a seguirla. Sloan lo miró a los ojos con una sonrisa.

—Venga, cariño. Te llevaré a casa.

Los dos corrieron a paso más lento durante el trayecto de vuelta.

Sloan llevó a *Butch* al jardín posterior, donde le cambió el agua, le llenó el cuenco de pienso y lo dejó masticando ruidosamente mientras ella cerraba la verja. No le pasaría nada si se quedaba solo en el jardín un par de horas. Tenía la caseta cerca y podía cobijarse del sol si era necesario.

Sloan entró en la casa por la puerta trasera y subió las escaleras de dos en dos mientras se quitaba la camiseta. Contempló la posibilidad de llevar la cinta a la fiesta, pero decidió dejarla donde estaba hasta asegurarse de la sinceridad de Austin. Era capaz de manipular a cualquiera, pero si hablaba en serio, estaría dispuesta a llegar a un trato. Austin no se equivocaba al afirmar que la vida era demasiado corta. Las discusiones requerían energía, y ella tenía cosas mejores que hacer.

Una vez duchada y vestida, Sloan estaba a punto de secarse el pelo cuando oyó que llamaban al timbre. Mierda. Troy había llegado demasiado pronto. Dejó a un lado el secador y se recogió la melena mojada en lo alto de la cabeza con un gran pasador de plástico. Esperaba bañarse en la piscina por la tarde, por lo que no tenía sentido preocuparse mucho por el pelo. Metió el cepillo en la bolsa de



deporte junto al bañador y bajó trotando por las escaleras. Al abrir la puerta no encontró a Troy en el porche sino a Poppy, vestida con una camiseta y unos pantalones cortos muy holgados que la hacían parecer más delgada. El pelo rubio y fino, peinado con raya en medio, le caía hasta los hombros. Había aparcado su Ford Thunderbird verde claro de 1955 en el camino de acceso y ahora llevaba las llaves en la mano. Sus padres le regalaron el biplaza el septiembre en que cumplió los dieciséis. Como suspendió dos veces el examen teórico no le dieron el permiso para conductores en prácticas, así que Sloan acabó conduciendo el coche antes que ella. De aquello hacía siglos, cuando todo iba bien entre las dos.

En rigor, Poppy y Sloan aún eran amigas, pero su distanciamiento resultaba evidente. Sloan se esforzó por sonreír.

—Vaya, menuda sorpresa. ¿Cómo estás?

—Bien. Espero que no te importe que me haya presentado sin avisar.

—En absoluto —dijo Sloan—. Troy vendrá a buscarme dentro de poco. Vas a ir a la fiesta de Austin, ¿no? Me han dicho que irías.

Poppy asintió con la cabeza.

—Llevaré a Iris. Ahora voy a por ella, y después subiremos por el desfiladero. Se supone que vendrá a mi casa, será mejor que sus padres no se enteren o se me caerá el pelo.

—Austin me ha dicho que tienes una reunión familiar a las cuatro. Contaba con que pudieras llevarme en tu coche a la vuelta.

—Claro. —Poppy desvió la vista hacia el jardín lateral y luego miró a Sloan a los ojos—. ¿Puedo entrar?

—Claro que sí, perdona.

Sloan sujetó la puerta y Poppy entró en el recibidor.

—¿Dónde está *Butch*? —preguntó.

—En el jardín de atrás, probablemente durmiendo. No quería dejarlo encerrado en casa mientras yo esté fuera.

Sloan cruzó el recibidor y entró en el salón seguida de Poppy. Era una estancia fresca y ordenada, decorada en tonos neutros. Sloan se sentó en el balancín de su madre mientras Poppy se acomodaba en el sofá. Las dos llevaban varios meses sin dirigirse apenas la palabra, y Sloan rezó interiormente para que Poppy no la interrogara acerca de la cinta. Por lo que Sloan sabía, casi nadie la había visto, pero empezaban a circular rumores maliciosos y ya se especulaba acerca de su contenido.

—¿Quieres una Coca-Cola?

—No, gracias. No puedo quedarme. Sólo quería saludarte. ¿Vas a trabajar en el campamento otra vez?

—Empiezo en dos semanas. ¿Y tú? ¿Has encontrado trabajo?

—Puede que a tiempo parcial en el McDonald's. Aún estoy esperando que me digan algo.

Sloan se quitó el pasador del pelo y se recogió algunos mechones mojados antes de volver a ponérselo.

—Tendría que acabar de secarme el pelo antes de que se me encrespe.

—Quisiera preguntarte algo —dijo Poppy. Sus pálidas mejillas habían adquirido un tono rosáceo. Sloan ya empezaba a sentirse acorralada y se temió lo que vendría a continuación.

—He oído a Kenny Ballard y a otros tíos pitorrearse de un vídeo que grabaron los chicos. Alguien comentó que tú tenías una copia.

Sloan soltó lo primero que se le vino a la cabeza.

—No lo he visto. Ni siquiera sé cómo cayó en mis manos.

Intentó fingir indiferencia, pero la frase sonó tan falsa que no le sorprendió que Poppy quisiera interrogarla.

—¿De verdad? ¿No has visto ni un trozo?

—Puede que unos quince segundos. Fritz fuma un porro y no deja de hacer el ganso. Me pareció una idiotez, así que lo apagué.

—Después de la fiesta, ¿te parece si vengo a tu casa y lo vemos juntas? Podríamos irnos hacia las tres, así tendríamos tiempo de sobra.

Sloan no podía creer que Poppy siguiera insistiendo. Nunca la había visto tan nerviosa e insegura. Sloan era la más cohibida de las dos, pero ahora se habían intercambiado los papeles. Pese a que detestaba mentir, no le quedaba otra opción. Decirle la verdad a Poppy no serviría de nada. Sloan intentó quitarle importancia al asunto, aunque no fue capaz de mirar a su antigua amiga a los ojos.

—No la tengo aquí. La tiene otra persona, y probablemente no me la devolverá hasta dentro de un par de días.

—¿Otra persona? ¿Entonces ya circula por ahí?

—No, no. La dejé en casa de alguien por error, por eso no he tenido la oportunidad de verla entera. Los chicos salen haciendo el tonto, se supone que es una parodia.

—¿Estás segura?

—No, no estoy segura. Eso es lo que me han dicho.

Poppy frunció el ceño.

—Alguien me ha contado que Troy se lo monta con Iris.

—¿De verdad? Qué raro. ¿Quién te lo ha contado?

—No lo sé, alguien lo mencionó de pasada. Me quedé muerta, pero cuando se lo pregunté a Troy, hizo como si no tuviera importancia. No sé a quién creer.

—¿Sabes qué? No me gustan los cotilleos. Creo que es mejor no propagarlos. Así es como empiezan los rumores, y mira lo que me pasó a mí.

—No son cotilleos, Sloan. Te estoy pidiendo información.

—¿Por qué no se lo preguntas a Iris? Tendrías que hablarlo con ella.

—Ya lo he hecho, pero dice que estaba borracha y que no lo recuerda.

—¿Y por qué te preocupas? Sabes que Troy no está interesado en ella. La cinta es una chorrada que se les ocurrió. Una especie de broma.

—¿Pero por qué diría alguien que Troy se la estaba follando si no es cierto? Me han contado que Fritz también participa, y eso me parece patético.

—Estoy de acuerdo, pero que la gente diga algo no significa que sea verdad. En cualquier caso, ¿por qué me lo preguntas a mí? Yo sé lo mismo que tú.

—No sé a quién más preguntárselo. —Poppy le dirigió una mirada intensa y suplicante—. Cuando te devuelvan la cinta, ¿me lo dirás? Puedo pasarme por aquí en cualquier momento.

—Poppy, déjalo de una vez, ¿vale? Ya sabes cómo son esos tíos.

—¿Crees que si se lo pregunto a Bayard me lo dirá? Él era el cámara, ¿no?

—Sí, pero aun así...

—Me sentiré muy tonta si voy a una fiesta en la que todo el mundo sabe algo que yo no sé. Seré el blanco de todas las bromas. ¿Juras que me estás diciendo la verdad?

—Te lo prometo —respondió Sloan, y a continuación miró su reloj de pulsera.

Poppy captó la indirecta y se levantó.

—Será mejor que me vaya. Gracias por aclarar las cosas. Cuando te devuelvan la cinta, dímelo.

Movida por un impulso, Poppy se inclinó hacia delante y abrazó torpemente a Sloan. Ésta le dio unas palmaditas en la espalda, sintiéndose muy incómoda. Luego se levantó del balancín y acompañó a Poppy hasta la puerta a través del recibidor. Le dijo adiós con la mano sin demasiado entusiasmo mientras Poppy se metía en su coche y se iba. Cuando por fin cerró la puerta, Sloan se apoyó en el marco durante unos instantes sintiéndose desfallecer.

Troy aparcó en el camino de acceso a la una en punto y tocó brevemente el claxon. Sloan cogió la bolsa de deporte, pulsó el botón de bloqueo de la

cerradura y cerró la puerta. Cuando llegó a la camioneta, Troy se inclinó sobre el asiento del copiloto y le abrió la portezuela. Sloan subió al vehículo y cerró de golpe.

—No vas a creerte lo que ha pasado —dijo Sloan—. Se ha presentado Poppy por las buenas y ha empezado a interrogarme sobre la cinta. No sabía qué decirle.

—Mierda. —Troy soltó un gruñido y fingió golpearse la cabeza contra el volante—. Lleva días dándome la tabarra con eso. ¿Qué puedo contarle? No recuerdo ni la mitad de lo que pasó, excepto que no estuvo bien. —Troy señaló la bolsa de deporte—. ¿Tienes la cinta?

—No la llevo encima, no soy imbécil. ¿Y si Austin se la queda y luego vuelve a tratarme a patadas? Ya veremos si cumple su palabra.

—Yo que tú no me preocuparía. Estamos en verano. No puedes hacerle el vacío a alguien a quien no vas a ver en tres meses. Además, todo el mundo se ha hartado de ese asunto.

—Me alegra saberlo —dijo Sloan—. Aunque no es que suponga un gran consuelo a estas alturas.

Troy puso en marcha la camioneta y salió del camino de acceso. Mientras atravesaba la entrada principal de Horton Ravine, dijo:

—Se necesita tener huevos para amenazar a Austin. Ese cabrón está loco.

—¿Y cómo iba a quitármelo de encima si no? Es la única baza que tengo.

—Le habrá encantado.

—Ha funcionado, ¿no? Pero no acabo de entender por qué grabasteis una película así. Me ha parecido repugnante.

—Se suponía que no iría en serio. Estábamos haciendo el imbécil.

—Pues nadie lo diría. Fritz y tú vais en pelotas, e Iris está colocada o borracha. Parece una agresión sexual en toda regla.

—Austin dijo que se suponía que era una parodia. No me pareció que estuviéramos haciendo nada malo.

Cuando llegó a la parte alta de State Street, Troy se detuvo en un semáforo.

Sloan lo miró con expresión incrédula.

—¿Lo dices en serio? ¿Os tiráis a esa pobre chica cuando está colgadísima y no te parece que estuvierais haciendo nada malo?

El semáforo se puso verde y Troy siguió por el cruce en dirección a la 154.

—Supongo que se nos fue de las manos. Pero bueno, Iris tampoco estaba tan colgada.

—Sí, claro. Ya lo vi.

—Te estoy diciendo la verdad. La parte que viste estaba montada, eliminamos todas las tomas falsas. Nos partíamos el culo al grabar, a todos se nos escapaba la risa. Por ejemplo, en una toma, a Fritz se le cayó el porro en el regazo y casi se le quema el vello púbico. Y luego Iris se cayó de culo intentando hacer un estriptis. Yo me reía tanto que la cerveza me salía por la nariz. Nos pareció descojonante.

—Sí, claro. Ja, ja, qué risa. ¿Qué pasó con las tomas eliminadas? Porque en la copia que tengo yo no sale nada de lo que dices.

—Bayard se ocupó del montaje. Debíó de eliminar todas las burradas.

—No me vengas con chorradas. Lo que vi era horrible. Troy, si esa cinta cae en manos de la policía, Fritz y tú acabaréis en la cárcel. Y Austin tampoco es que salga muy bien parado que digamos. Está sentado la mar de tranquilo muy trajeado, como si la cosa no fuera con él. Pero entonces se refiere a sí mismo como el *auteur*.

—Joder, Sloan. ¿Por qué no nos haces un favor a todos y destruyes esa maldita cinta?

—Buena idea. Lo haré. Será lo mejor para todos, incluyéndome a mí.

—Pero no se lo digas a Poppy.

—¿Y si alguien se va de la lengua?

—Entonces estoy jodido.

—¿Te importa si cambio de tema? Sabes que yo no tuve nada que ver con ese anónimo, ¿no? Nunca te haría una cosa así.

—Claro que no. Nunca creí lo que dijo Austin. Ahora no recuerdo cómo acabó señalándote a ti, pero cuando el rumor empezó a circular, todo el mundo pareció estar de acuerdo. No es que ahora importe mucho, pero me impidió competir por el premio Climping.

—Y a mí también, si los profesores sospechan que soy culpable —dijo Sloan—. Por muy inocente que sea, estoy manchada por la acusación. Todo el mundo odia a los soplones. Seguro que la opinión de los profesores se ha visto afectada, aunque no exista ninguna prueba.

Nada más pronunciar la última frase, Sloan sintió que se le iluminaba un minúsculo signo de admiración en el cerebro. No se le había ocurrido investigar por qué habrían enviado el anónimo al colegio. Había estado tan ocupada defendiéndose que no había considerado el motivo, ni lo que estaba en juego. De repente cayó en la cuenta de que Austin era el beneficiario más obvio. Había cinco alumnos de penúltimo curso nominados al premio en memoria de Albert Climping, y Austin era uno de ellos. Patti Gibson y Betsy Coe no tenían muchas

posibilidades de ganar. Sloan contaba con más opciones, pero Troy era el candidato más firme a la luz de sus servicios a la comunidad. Tutelaba a niños de familias desestructuradas, ayudaba como voluntario en el albergue para los sintecho y colaboraba en el reparto de comida a familias necesitadas. Al poner en evidencia a Troy y luego señalarla a ella con el dedo acusador, Austin había eliminado de la competición a dos de sus principales contrincantes.

Se sintió tentada de exponerle su hipótesis a Troy para averiguar qué le parecía, pero decidió callársela porque no estaba segura de que existiera algún modo de confirmar su presentimiento. La acusación era grave, y Sloan necesitaba sopesar las consecuencias. No sabía qué medidas podía tomar si tenía razón, pero le pareció razonable considerar aquella posibilidad antes de hacer nada.

Mientras observaba la carretera, una sensación de pesadez le oprimió el pecho.

Viernes, 22 de septiembre de 1989

Cuando volvía a casa tras visitar a Margaret Seay, pasé por una librería del centro pensando que un libro sería el regalo perfecto para Rosie, cuya fiesta de cumpleaños se iba a celebrar aquella noche. Los libros no tienen calorías, y no hay que preocuparse por su tamaño siempre que el tema le interese al destinatario del regalo. La vida de Rosie giraba en torno a la cocina. Y también le gustaba mangonear a la gente, pero no me pareció que un libro sobre matones fuera lo más indicado para la ocasión. Vi un libro de cocina húngara, y al hojearlo encontré recetas tan repulsivas como las que solía preparar Rosie. Saqué la tarjeta de crédito y pagué encantada dos dólares de más con tal de que me lo envolvieran para regalo.

Después me dirigí a mi despacho, entré, cerré la puerta con llave y conecté las alarmas perimetrales. En algún momento de los dos últimos días había empezado a rondarme por el cerebro una idea que todavía no había cobrado forma. Aunque me fuera la vida en ello, no era capaz de recordar dónde me encontraba cuando se me ocurrió por primera vez. Tuve una vaga sensación de reconocimiento, pero mi atención estaba centrada en otros asuntos y no le di importancia. Sabía que la revelación no tenía nada que ver con Margaret Seay ni con Sloan. Me senté a mi escritorio y di vueltas en la silla giratoria, que emitía unos chirridos maravillosos. Cerré los ojos, esperando acallar el parloteo que tenía lugar en mi cabeza. Resulta difícil conectar con tu sexto sentido cuando la cháchara no cesa en tu interior.

¿Qué sería lo que había oído sin llegar a asimilarlo?

En momentos de duda, mi estrategia consiste en volver atrás y repasar mis notas, y eso es lo que hice. Los hechos pueden parecer distintos según cómo los presentes. A veces barajo mis fichas y luego las coloco al azar, sin respetar el orden en que he ido recopilando los datos. Otras veces las dispongo como en una

mano de solitario, o finjo leerme a mí misma la fortuna con una baraja de Tarot. Esta vez reorganicé las fichas según el tema, colocando en un montón las notas que había tomado sobre la cinta, en otro montón los datos sobre la copia del examen, y en un tercer montón los detalles relativos a la muerte de Sloan.

Cogí el montón de fichas relacionadas con la cinta, que era el centro de mi investigación. A continuación las clasifiqué según la participación de los principales implicados en el asunto: Iris Lehmann, Fritz McCabe, Troy Rademaker y Bayard Montgomery. Las repasé una a una, leyendo los datos que había taquigrafiado después de cada conversación.

Me enderecé en la silla, avergonzada por haber tardado tanto en reconocer algo que debería haberme resultado obvio días atrás. Al describir los motivos para grabar la cinta, todos habían usado las mismas palabras y frases. «Era una gansada. Nos partíamos el culo.» ¿Una gansada? Me pareció que ninguno de los cuatro se había percatado de que todos decían lo mismo. Si fueran conscientes de ello, habrían tenido más cuidado al dar sus respectivas versiones.

Consulté mi reloj de pulsera preguntándome dónde habría ido a parar el día. Ya eran casi las cinco y quería comer algo, ducharme y cambiarme de ropa antes de la fiesta de Rosie. Recogí las fichas y las sujeté con una goma. Luego cogí el bolso y metí las fichas en él mientras buscaba las llaves. Cumplí con el ritual de conectar la alarma y cerrar el despacho con llave, y a continuación me dirigí al coche pensando en que todas estas medidas de seguridad se habían convertido en un auténtico coñazo.

Podría haber iniciado la siguiente conversación con cualquiera de los cuatro, pero Troy me pareció el más dispuesto a hablar. Además, Kerry y él no vivían muy lejos. Estaban a un tiro de piedra de Sea Shore Park, un parque situado sobre un risco con vistas al Pacífico. Podría haber sido una ubicación muy buscada debido a su proximidad al océano, pero las casas fueron construidas en la década de los cincuenta y su semejanza resultaba deprimente. Tenían las fachadas de estuco, pintadas en tonos pastel que se habían ensuciado con el tiempo. Los tejados eran de tablillas, y la pintura de casi todas las molduras se había desconchado. El aire salobre había corroído los marcos de aluminio de todas las ventanas y puertas correderas de cristal, así como los serpentines en los condensadores de los viejísimos aparatos de aire acondicionado, que se oían a dos puertas de distancia. Los jardines delanteros eran pequeños y planos. Casi todos estaban pelados a causa de la sequía, con escasas briznas de hierba repartidas aquí y allá.

Me vino a la cabeza que Camilla y Jonah vivían en la misma zona, pero lo



dejé pasar.

Aparqué, y mientras me acercaba a la puerta de los Rademaker, percibí los efluvios de varias cenas que se estarían cocinando en aquel momento en las casas vecinas. Llegué al porche y llamé a la puerta. Troy me abrió al cabo de pocos minutos, recién salido de la ducha. Se había cambiado de ropa y, en vez del mono azul marino del trabajo, ahora llevaba una camiseta y unos pantalones cortos. Iba descalzo.

Me dirigió una mirada inexpresiva que no podía calificarse de cordial.

—Oh. Eres tú.

—Lo siento. Sé que no es buen momento para presentarme en tu casa, pero quiero hacerte una pregunta muy rápida.

Troy salió al porche y cerró la puerta a su espalda.

—¿Sobre qué?

—Sobre la cinta.

—Mierda.

No me quedó claro si estaba aburrido o enfadado.

—¿Te importa si nos sentamos?

No pareció gustarle demasiado mi sugerencia, pero me señaló dos sillas de plástico de las que venden en las ferreterías.

Una vez acomodados en las sillas, rebusqué en el bolso y saqué mis fichas.

—He estado repasando mis notas y he descubierto algo que me ha parecido bastante raro.

—Joder, ¿no podías habérmelo preguntado por teléfono, sea lo que sea?

—Pensé que sería mejor preguntártelo en persona —respondí estremeciéndome internamente por el exabrupto. Normalmente no me importa que la gente diga palabrotas, pero esta vez me sorprendió dada su cordialidad inicial. No entendía qué podía haber cambiado. Éste no era el mismo Troy con el que había hablado hacía dos días. Aquél parecía abierto, sincero y buena persona. Obviamente, me estaba metiendo en terreno pantanoso, pero ya que había venido, no me quedaba otra opción que seguir adelante. Saqué la primera ficha y le di la vuelta.

—El martes por la noche, en casa de los McCabe, cuando Fritz habló sobre la cinta, se refirió a ella como un chiste y un juego. Según él, todos estabais «haciendo el tonto». Al preguntárselo a Iris, dijo que estabais «haciendo el imbécil». El miércoles, cuando hablé contigo, la llamaste un chiste, una parodia y un falso documental.

Troy miró su reloj.

—Cuando hablé con Bayard, me dijo que la cinta era básicamente una broma.

—Vale.

Le mostré las fichas.

—Tres de vosotros usasteis frases idénticas. Dijisteis que era «una gansada». Y también «nos partíamos el culo».

Troy me miró fijamente.

—¿Y qué?

Lo estudié mientras le hablaba.

—Decidisteis dar todos la misma versión, ¿no? —Esperé, y como Troy no decía nada, continué hablando—. No sé a cuál de vosotros se le ocurriría la idea, pero está claro que os pusisteis de acuerdo para decir que estabais haciendo el tonto si alguien os preguntaba algo. Creo que convencisteis a Iris para que dijera lo mismo. Durante la grabación estaba borracha, drogada o las dos cosas, pero ahora, milagrosamente, baila al son que le tocáis vosotros.

Troy permaneció en silencio, observando la pintura del porche. Esperé por si se debatía con su conciencia. Finalmente, levantó la vista y me miró a los ojos.

—¿Sabes qué? No pienso seguir hablando contigo.

—¿Por qué te niegas a contestarme? Si estoy equivocada, sólo te pido que me lo confirmes.

—No podemos seguir hablando. Le conté a Kerry que fuiste al taller y no le hizo ninguna gracia. Dice que no tienes ningún derecho a interrogarme sobre este asunto.

—Siento que Kerry piense así. Lauren McCabe creyó que lo que dijeras podría ser de ayuda.

—Quizá para Fritz, pero yo a ella le importo una mierda. Me echaría a los leones si pensara que eso podía beneficiar al llorica de su hijo. Puedes decirle que se meta la ayuda en el culo. Y, ahora, lárgate de mi propiedad.

Troy hablaba con tono apagado y me miraba con frialdad. La vergüenza me paralizó. Lo último que hubiera esperado era que me echara a patadas de su casa. Obviamente, fue muy ingenuo por mi parte creer que Troy confirmaría mi teoría, y que lo confesaría todo con alivio.

No recuerdo cómo me las arreglé para salir de allí, pero mi partida no fue nada elegante. Troy permaneció en el porche sin quitarme ojo, hasta que arranqué y me fui. Llevaba la parte trasera de la camisa empapada de sudor.

Por el momento el día había sido una extraña mezcla de descubrimientos y humillaciones, así que esperaba poder relajarme un rato en la fiesta de cumpleaños de Rosie. Llegué a casa con el tiempo justo para ducharme y cambiarme de ropa. Cuando salía de mi estudio vestida con un jersey de cuello alto, falda y medias, me sorprendió encontrar a Lucky frente a mi puerta, recién duchado y afeitado. Se había acicalado aprovechando la generosidad de Henry, que también le había permitido echarse su loción para después del afeitado. Delante de él, Pearl iba sentada en su silla de ruedas vestida con vaqueros y una camisa de estilo campesino que no le había visto antes. *Killer* estaba tumbado cerca de la abertura de la tienda, con la mirada fija en mí.

—Vais muy peripuestos los dos.

—Gracias —dijo Pearl—. Creo que nos hemos emperifollado bastante bien. Lucky parecía cohibido, y desplazaba el peso del cuerpo de un pie a otro.

—En honor al cumpleaños de Rosie, llevo seis horas sobrio.

—Enhorabuena. ¡Que dure! —exclamé.

—Lo malo es que no dejo de pensar que debería beber un trago para celebrarlo.

«Mejor dejar el tema del alcohol», pensé.

—¿Dónde está Henry?

—Ha salido antes para ayudar a prepararlo todo —respondió Pearl—. Nosotros hemos decidido esperarte.

—Os lo agradezco.

—Mira qué he hecho —dijo Pearl. Sobre su regazo reposaba un pan casero envuelto en papel de aluminio. La corteza era de un marrón dorado, y la parte superior se inclinaba sólo ligeramente a un lado. Olía de maravilla, como si Pearl acabara de sacarlo del horno.

Entonces me percaté de que Lucky sostenía un paquete en la mano.

—Yo también he hecho algo para Rosie —dijo tímidamente.

—No sabía que fuerais amigos.

—Claro que sí. Pearl y yo pasamos por su restaurante cada dos o tres días. Siempre nos trata bien, aunque vayamos un poco cocidos. Ayer nos dio un tazón a cada uno de una receta nueva de *Vesepörkölt* que había encontrado. Estofado de riñón de cerdo con bolas de masa hervidas.

—¡Riquísimo! —exclamó Pearl con entusiasmo—. Estaba lleno de trocitos gomosos.

Miré a Lucky.

—¿Qué le has hecho?

—Es un secreto.

—Pues me muero de ganas de verlo. Y qué hay de *Killer*, ¿también va a ir? Lucky negó con la cabeza.

—El Departamento de Sanidad no lo permite. Lo llevé un par de veces, pero Rosie me dijo que se metería en un lío muy gordo si lo dejaba quedarse allí. *Killer* estará bien en la tienda. Lo acostaremos temprano con su muñequita y uno de los huesos del caldo de Henry.

Esperé a que Lucky condujera a *Killer* hasta el interior de la tienda, lo que consiguió a base de empujones, y a continuación los tres recorrimos la media manzana que había hasta el local de Rosie. Parecía que fuéramos en procesión, portando nuestros presentes.

Cuando llegamos al restaurante, los preparativos ya estaban bastante avanzados. William se había recuperado de una disentería bacteriana, o eso nos aseguró. «No del tipo tropical», se apresuró a puntualizar.

Para la celebración, había sugerido poner un letrero en la puerta que rezara CERRADO PARA UNA FIESTA PRIVADA, pero Rosie se negó en redondo. Hubo división de opiniones: unos creían que Rosie esperaba atraer a más clientela, mientras que otros pensaban que ansiaba congregarse a un grupo de parroquianos entusiastas para crear buen ambiente. Como la fiesta no empezaría hasta después de la cena, Rosie no tendría que cocinar para sus invitados, lo que nos dio a todos otro motivo de alegría.

Los hermanos de Henry que vivían en Michigan habían decidido no hacer el viaje, porque les habría resultado tan arduo como costoso. Su hermana, Nell, aún estaba convaleciente de una operación de cadera, mientras que sus hermanos, Charlie y Lewis, no querían viajar sin ella. Todos los amigos de Rosie aceptaron la invitación: Anna Dace, Cheney Phillips, Moza Lowenstein, Jonah Robb y sus dos hijas adolescentes, Courtney y Ashley. No vi a Camilla por ninguna parte, cosa que en sí ya era un motivo de celebración. Los vecinos del barrio y los bebedores diurnos habían abarrotado el local suponiendo que servirían champán gratis, y no se equivocaron. También acudieron varios miembros del Departamento de Policía, algunos de uniforme y otros de paisano. Rosie llevaba un vestido hawaiano de color lavanda que, por alguna razón, le suavizaba las facciones.

Henry había preparado siete litros de helado de vainilla, además de una tarta rectangular lo bastante grande para alimentar a un regimiento. Todo el mundo apiló sus regalos sobre la barra, y después de que desaparecieran la tarta y el helado, William le pidió a Rosie que se encaramara a su taburete habitual para

poder abrirlos. Además del libro de cocina húngaro que le había comprado yo, le regalaron un chal de cachemira de color granate, un pisapapeles con un narciso incrustado en el centro y un juego de colonia y talco con aroma a lirio de los valles. William le compró un camisón azul claro con un salto de cama a juego, lo que provocó silbidos y aplausos. También le regaló un vale para disfrutar de una cena para dos en el hotel Edgewater, que incluía transporte en limusina a la ida y a la vuelta. En un arrebató de optimismo, Henry le regaló un pluviómetro, un sombrero para la lluvia y un paraguas a juego. *Ed* aportó un par de zapatillas afelpadas tamaño extragrande en forma de gato. Rosie no solía exhibir su lado más juguetón, pero esta vez disfrutó de las atenciones recibidas sonrojándose como una doncella, lo que socavaba su aire habitual de sargento. Dejó el paquete de Lucky para el final, y tuve que ponerme de puntillas para alcanzar a ver lo que le había regalado el amigo de Pearl. Rosie nos mostró un precioso collar hecho con tiras de tela en distintas tonalidades de granate, azul marino y lavanda, entremezcladas con tiras blancas.

Rosie se volvió hacia él.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó, sorprendida.

—Lucky es un artista —interrumpió Pearl—. En Harbor House hay un contenedor en el que recogen camisetas viejas para quien necesite completar su vestuario.

—Primero las lavo —se apresuró a añadir Lucky—. Y luego les doy mi toque mágico. Cada collar es único. Lo que hago es cortar tiras de la parte baja de las camisetas y estirarlas hasta que los lados se ondulan así. Te he visto llevar estos tonos otras veces, así que pensé que quedarían bien con tu color de pelo.

Lucky le puso el collar con tanto orgullo que Rosie se vio obligada a secarse los ojos con una servilleta.

Ésta era la tierna escena que interrumpió Camilla Robb al aparecer como el hada maléfica en el bautizo de la Bella Durmiente. Tuve la vaga sensación de que la puerta del local se había abierto y cerrado a mis espaldas, dejando entrar una ráfaga de aire frío. Supuse que sería algún invitado rezagado, por lo que ni me volví para mirar. Henry estaba frente a mí, y fue su expresión de sorpresa la que me llevó a pensar que algo iba mal. La ira es como un estornudo. Si crees que alguien está a punto de estornudar y tú te encuentras en un radio de dos metros, será mejor que te apartes para protegerte. Yo estaba en la inopia, y ni me había enterado de que la amenaza era inminente. ¡Bendita ignorancia!

Cuando Camilla apareció a mi derecha, me sorprendí pero no me alarmé. Recuerdo haber pensado que era mucho más baja de lo que creía. También me

fijé en que su abrigo sin forma de lana de color melocotón la hacía parecer unos diez kilos más gorda. Camilla llevaba a su hijo de tres años apoyado en una cadera. Se había colgado el bolso en el hombro opuesto, pero la correa era muy corta y el bolso se le deslizaba hacia abajo cada dos por tres. Banner era demasiado grande para ir en brazos, y las piernas le colgaban casi hasta las rodillas de su madre. Entre aguantar el peso del niño y subirse el bolso rebelde, Camilla parecía distraída, pero no tanto como para reprimir su ira.

Fijaos en lo tonta que fui en aquella ocasión: aunque Camilla se me plantó justo delante, ni se me ocurrió que se avecinara un enfrentamiento. Al principio tampoco pareció ocurrírsele a nadie más. Henry estaba en guardia —vi cómo se le arrugaba la frente—, pero como Rosie era el centro de atención, los invitados continuaron charlando animadamente. Cuando Camilla empezó a gritar como una posesa, su voz estaba tan cargada de furia que apenas entendimos lo que nos decía. A medida que el volumen y el timbre de sus gritos aumentaban, el barullo general se fue apagando. El efecto era similar al de las luces de un teatro que se apagan antes de levantarse el telón.

Camilla blandía un papel arrugado y me lo agitó delante de la cara.

—¡Lo has hecho a propósito, hija de puta! No creas que vas a irte de rositas...

Miré hacia atrás, preguntándome a quién le estaría gritando. Todos los demás me miraban a mí.

—Conozco a las de tu clase —dijo con voz ronca—. Siempre dándoselas de inocentes. Pues mira, te equivocas, encanto, porque a mí no me engañas. Sabía que todavía te lo estabas follando. ¡LO SABÍA!

Desconecté mentalmente para no oírla. No pude evitarlo. Era como si una mampara de cristal nos separara. Observé cómo movía los labios y absorbí su agresión verbal sin entender lo que me decía. Un intenso calor me recorrió la columna.

Nunca había visto a Camilla tan de cerca. En las escasas ocasiones en las que nuestros caminos se habían cruzado, siempre estaba a cierta distancia, normalmente en compañía de Jonah y de sus hijos. Dado el grado de dependencia emocional de Jonah, supuse que sería una belleza dotada de una irresistible combinación de carisma y *sex appeal*. Me equivocaba. Camilla era bastante gruesa, un efecto residual de su último embarazo, y tenía unos ojos azules algo saltones. La verdad es que me pareció muy poco atractiva. La insatisfacción le había trazado arrugas entre los ojos y a ambos lados de la boca. Supuse que habría sido mona años atrás, quizás en séptimo curso, cuando Jonah

y ella se conocieron y se aparearon como las termitas. No todo el mundo sabe que, en una colonia de termitas, varias especies establecen uniones de por vida. La «reina» hembra y un único «rey» macho son capaces de engendrar todo un reino.

Por extraño que parezca, aquel momento entre las dos me pareció muy íntimo. Las otras conversaciones se habían apagado como por arte de magia. Era como si Camilla y yo estuviéramos solas. Observé el papel arrugado que llevaba en la mano, parecía una factura. Otro ejemplo más de por qué mi habilidad para leer un texto del revés resultaba mucho más útil que clarividente. El papel llevaba el membrete del Colectivo para la Salud Femenina de Santa Teresa, cuyos médicos se especializaban en ginecología y obstetricia. Parpadeé cuando volvió el sonido.

—... es el truco más viejo que existe —decía Camilla— y debería darte vergüenza. Jonah es un hombre casado, por si no te habías enterado. Tiene una familia a la que adora, así que tú nunca podrás competir con *esto*. ¡Nunca!

Su última frase hacía referencia a Banner. Ahí estaba más que dispuesta a darle la razón: todos éramos conscientes del lugar privilegiado que el hijo menor de Jonah ocupaba en el corazón de su padre.

Un momento. ¿Obstetricia?

—¿Piensas que estoy embarazada? —grité.

De haber tenido una mano libre, Camilla me habría dado una bofetada. Por suerte, para poder dármele tendría que haber soltado el bolso o dejado al niño en el suelo, y cualquiera de estas acciones habría estropeado el efecto.

Mi consternación, si bien sincera, pareció desquiciarla. El rosa intenso de sus mejillas hizo que el color de su abrigo pareciera más favorecedor.

—No te hagas la tonta conmigo, guapa —dijo Camilla—. Nada más ver esto, llamé a la consulta y le dije a la recepcionista que la factura no era mía. Le expliqué que no era paciente de aquel médico, y que no había estado en mi vida en su maldita consulta. Me aseguró que me visitaron allí el diez de agosto, ¡y luego el miércoles de esta semana! Le dije que seguro que no, y que de qué demonios hablaba. Se puso muy borde, y ¿a ver si lo adivinas?: prueba del embarazo, consulta con el ginecólogo, vitaminas prenatales. Entonces fue cuando pilló el error. ¡Huy! Se suponía que no tenían que haberme enviado una factura, porque alguien la había pagado el mismo día de la visita...

No se me ocurrió qué contestar. Yo no estaba embarazada. La acusación era absurda, pero no podía refutarla sin ofrecer una excusa patética: ¡no había tenido relaciones sexuales en más de un año! Menudo chiste. Aquel hecho irrefutable

no era asunto suyo, y no me pareció que debiera proclamar la noticia a los cuatro vientos a modo de defensa.

Banner se había hartado del ataque de histeria de su madre. Hizo un puchero, abrió la boca y se puso a berrear a grito pelado, acompañando cada gemido de grandes lágrimas de cocodrilo. Courtney se abrió paso entre la multitud y lo arrancó de los brazos de su madre. Le dio unas palmaditas, lo depositó en el suelo y se lo llevó al fondo del bar, donde uno de los tres televisores emitía un partido de fútbol. Luego cogió el mando a distancia y empezó a recorrer los distintos canales hasta que se decidió por un antiguo episodio de *Te quiero, Lucy*. A Banner le interesaron más las payasadas de Lucy que el drama que se desarrollaba unos pasos más allá. Su hermana lo subió a un taburete y luego ella se encaramó al taburete de al lado. Le puso una cesta de palomitas delante y todos los problemas del niño desaparecieron como por encanto.

Entretanto, Camilla se disponía a iniciar otro asalto, pero había perdido el hilo. ¿Qué podía hacer con una respuesta mía de cuatro palabras? No mucho, lo que significaba que se vio obligada a repetirse. Obviamente, el llorón de su hijo le había cortado el rollo. Es difícil alargar un arrebato cuando se te ha pasado el tiempo.

—Camilla, ya basta —dijo Jonah.

Me volví henchida de agradecimiento, pensando que ya era hora de que alguien acudiera en mi defensa.

Jonah se acercó a Camilla, la tomó del codo y la condujo hasta la puerta. Ella se soltó mientras salían, aunque estaba claro que el que mandaba era él. Pensé que Camilla se pondría a gritar de nuevo cuando estuvieran en la calle, pero nada más cerrarse la puerta volvió la calma.

En el interior del restaurante, el tenso silencio se alargó al máximo. Moza Lowenstein estaba sorda y no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Perpleja, nos fue mirando a todos de uno en uno con la esperanza de que alguien se lo explicara. Ruthie me observó con incredulidad. Después de todo, era enfermera. Si le hubiera dicho que tenía un problema médico, me habría ofrecido su consejo profesional. Henry evitó mirarme a los ojos, imaginándose quizás una A escarlata estampada en mi pecho. William y él crecieron en una época en la que nadie mencionaba el adulterio entre la gente educada, y arrebatos verbales como los de Camilla se habrían visto como una ordinariez. Incluso la mención de un embarazo se consideraba demasiado personal si había damas presentes. Nos miramos los unos a los otros con incomodidad, preguntándonos qué sucedería a continuación.



Dada la brevedad de nuestra capacidad de concentración colectiva, la fiesta se volvió a animar cuando no habían pasado ni quince segundos. Estábamos allí para comer tarta y helado, para beber y para celebrar. A nadie le importaron un comino las sórdidas quejas de Camilla, especialmente porque yo era la furcia en cuestión. Cada grupo actúa de una forma determinada. Alguien podía haberse atragantado con una gamba, y tras una maniobra de Heimlich fallida seguida de una traqueotomía ejecutada con un bolígrafo, la reacción habría sido la misma. Una vez se hubieran llevado al paciente en la ambulancia, se habría producido el mismo silencio y todos se habrían encogido de hombros. Entonces la fiesta habría vuelto al punto en que se encontraba antes de tener lugar aquella situación tan desagradable.

Jonah había interrumpido la diatriba de Camilla y ahora ambos se habían ido. El hecho de que Jonah hubiera tomado cartas en el asunto debió de sorprender a Camilla tanto como a mí. Nunca habría creído que tuviera las agallas suficientes para enfrentarse a ella. Desde que nos conocimos, Jonah había soportado tantas humillaciones que parecía increíble que hubiera sobrevivido. Las inagotables reservas de fortaleza de aquel hombre me llenaron de admiración. Al cabo de unos segundos caí en la cuenta.

¡Un momento!

Si yo no estaba embarazada, ¿quién lo estaría?

Primero pensé en las voluptuosas hijas de Jonah. Las dos eran despampanantes, iban locas por los chicos y sin duda protagonizaban las fantasías onanistas de sus compañeros de clase más salidos. A sus quince y diecisiete años, eran las candidatas perfectas para los embarazos no deseados, las enfermedades de transmisión sexual y otras indeseables consecuencias de las libidos más desbocadas. Lancé una mirada a Courtney y otra a Ashley, pero ninguna parecía avergonzada. Courtney estaba ocupada con Banner, mientras que Ashley había decidido que la coleta le quedaría mejor convertida en una trenza francesa, que ahora se estaba haciendo con la cabeza inclinada y los brazos levantados hacia atrás.

Me fijé en la expresión preocupada de Cheney, y luego en la de Anna. Ella sí que parecía avergonzada, lo cual tenía mucho sentido. Cheney y Anna salían juntos desde hacía algunos meses. No estaba segura de cuánto tiempo haría, pero al parecer el suficiente. Anna me había seguido a Santa Teresa desde Bakersfield el año anterior. Poco tiempo después los polis migraron desde el Café Caliente hasta el bar de Rosie, y ahí fue donde sus caminos se cruzaron. El reciente trastorno emocional de Anna de repente tenía sentido. También explicaba por

qué Cheney revoloteaba siempre a su alrededor. Ahora lo entendía todo: Anna no se había puesto aquel jersey tan holgado para seguir la moda, sino para ocultar el bombo. Jonah debió de llevarla al ginecólogo. Puede que Cheney estuviera ocupado, y que Jonah se hubiera ofrecido como favor personal. Con todo, no lograba entender que Jonah hubiera cometido la estupidez de poner su domicilio en los papeles de Anna. ¿Para qué jugársela cuando Cheney estaba forrado y podía haberla llevado a cualquier médico?

Pensé: «¡Dios mío!», y de repente vi la luz.

No eran Anna y Cheney los que tenían un lío, sino Anna y Jonah. Cheney actuaba de tapadera. Los tres habían creado una ilusión óptica, y yo me la había tragado. ¿Cómo se me habían podido escapar los detalles más obvios? Naturalmente, Jonah se había sentido atraído por Anna. Aún no había conocido a ningún hombre capaz de permanecer ajeno a sus encantos. Incluso Henry y William se atolondraban en su presencia. El pobre Jonah estaba muy necesitado de afecto y se moría por tener compañía.

Cuando Anna entró en nuestras vidas, Camilla (la muy zorra) estaba con otro aprovechándose del «matrimonio abierto» que tanto defendía, siempre que ella fuera la única en disfrutar de libertad sexual. El pobre Jonah no tenía permitido serle infiel. Su breve aventura conmigo sólo había servido para alimentar su sentimiento de culpa. Y entonces llegó Anna, que no tenía el más mínimo interés en iniciar una relación. Parecía la solución perfecta: Anna no pensaba casarse, y aborrecía la idea de tener hijos. Recordé claramente cómo había equiparado la maternidad al suicidio de Virginia Woolf, que la escritora cometió llenándose los bolsillos de piedras y adentrándose en un río. Básicamente, Anna había afirmado que prefería morir ahogada antes que dar a luz. Sin duda le habría dejado muy claro a Jonah que sus ansias de libertad estaban por encima de todo. Quería viajar, y anhelaba una vida llena de aventuras. Estaba ahorrando para poder mudarse a Nueva York, donde esperaba iniciar una carrera como modelo o como actriz, suponiendo que aprendiera a actuar. ¿Qué iba a hacer ahora?

No se me ocurría cómo podía haber cometido Anna un error semejante, pero estaba segura de que acabaría enterándome. La pregunta del millón, por supuesto, era cómo pensaba arreglar la situación.

O, mejor dicho, ¿lo habría hecho ya?

La fiesta no parecía que fuera a acabarse nunca. Esperé un tiempo razonable y luego me escabullí por la puerta sin despedirme. Henry ya se había ido. Estuve intentando captar su atención, pero me evitó deliberadamente. Rosie, que solía ser cortante, crítica y muy dada a censurar, me dirigió varias miradas comprensivas. Levanté el dedo índice y lo agité en un gesto de negación como si fuera un metrónomo, esperando que captara mi mensaje sobre el malentendido. Respondió dándose unas palmaditas en el corazón para mostrarme lo mucho que lo sentía. Había demasiado ruido para poder hablar, y la única vez que la tuve cerca me tomó la mano y la apretó entre la suyas como si amasara un panecillo.

William me dirigió una mirada afligida. Probablemente estaría calculando mis posibilidades de morir de fiebre puerperal. A ojos de los asistentes a la fiesta, y dado que yo no me había subido a una mesa para pedir tampones, yo estaba «encinta». ¡Menuda estupidez! Sabía que acabaría aclarando el malentendido, pero las buenas noticias no vuelan. Eso se debe a que las buenas noticias suelen ser demasiado aburridas y la gente no quiere repetir las. La verdad pura y dura siempre cae en saco roto, mientras que los rumores más descabellados florecen como las malas hierbas.

Recorrí la media manzana de rigor, crucé la verja chirriante y rodeé el edificio para llegar a mi estudio. La casa de Henry estaba completamente a oscuras. Sabía que él se encontraba en el interior, pero sólo dio señales de vida *Ed*, cuya pálida forma parecía brillar en la oscura ventana de la cocina. El gato miró con su cara pequeña y esperanzada. ¿Cómo conseguía romperme el corazón sin emitir ni un sonido? Pearl y Lucky se habían quedado en la fiesta, donde podrían beber gratis hasta desplomarse. Como no vi a *Killer* por ninguna parte, supuse que aún estaría dentro de la tienda durmiendo plácidamente con su muñequita entre las patas.

Entré en mi estudio y cerré la puerta con llave. El ataque de Camilla me

había dejado exhausta. No estaba acostumbrada a las agresiones verbales en mi vida personal. En mi vida profesional, sí, vale, me tocaba aguantarlas. Mi trabajo suplementario, notificar citaciones judiciales, saca lo peor de la naturaleza humana. Las órdenes de desahucio o de comparecencia son pequeños avisos que te da la vida para decirte que has metido la pata hasta el fondo y que ahora te toca pagar. La hostilidad de Camilla era algo muy distinto, y yo no había sabido protegerme.

Me dejé caer en el sofá, demasiado machacada para arrastrarme escaleras arriba.

Alguien llamó a la puerta. Cerré los ojos unos instantes y supliqué que fuera Henry. Supuse que estaría demasiado preocupado para conciliar el sueño, y que finalmente se habría enfrentado a la oscuridad para asegurarse de que yo me encontraba bien. Me moría de ganas de aclarar la confusión sobre mi embarazo inexistente y así poder redimirme a sus ojos. Me acerqué al ojo de buey y encendí la luz de fuera. Vi a Anna esperando en el porche, con las manos metidas en los bolsillos de su tabardo azul marino. Parecía muy enfadada. Descorrí la cadena y abrí la puerta.

Mientras la hacía entrar, Anna me señaló con el dedo.

—No me vengas con críticas ni con acusaciones.

—Nada más lejos de mi intención. Mi única pregunta es cómo te las has arreglado para fastidiarla tanto.

—No quiero hablar del tema.

—¿Y quién querría? —Cerré la puerta y le indiqué uno de los taburetes de la cocina—. ¿Por qué no te sientas?

Anna se quitó el tabardo y echó una mirada rápida a su alrededor, sin saber dónde ponerlo. Se lo quité de las manos y lo coloqué sobre una butaca de madera. Incluso estresada por el embarazo, Anna era toda una belleza: ojos azules, pelo oscuro y cutis de porcelana. Jonah y Anna tenían el mismo color de ojos y de cabello, una combinación muy llamativa. Percibí un cambio sísmico en mi actitud hacia ella. Fuera cuales fueran sus defectos, Anna había conseguido doblegar a Camilla Robb. Un tanto para el equipo local. Después de todo, éramos parientes de sangre.

Anna se encaramó al taburete de la cocina, se inclinó hacia delante, alargó los brazos sobre la encimera y apoyó la mejilla sobre la fría superficie.

—¿Te puedo convencer para que me sirvas una copa de vino?

—Desde luego que no.

—Estoy abierta a cualquier cosa que me ofrezcas. ¿Desatascador de

tuberías?

—Herviré agua para hacerte un té.

—Sin teína, si tienes. Procuero cuidarme hasta que decida lo que voy a hacer.

—Pensaba que quizás ya lo habías hecho.

—No descarto ninguna posibilidad.

—Eh, espera un momento. ¿No te vi bebiendo un gin-tonic el martes por la noche?

—Era agua mineral con lima. Jonah me invitó.

—Vale, eso está mejor.

Cogí la tetera que reposaba sobre el fogón y la llené con agua del grifo. A continuación la puse sobre un quemador y giré el mando al máximo. Saqué la caja de bolsitas de té, el azucarero y dos tazas. El cartón de leche sólo era de hacía dos semanas y aún olía bien.

—¿Qué quiere Jonah? —pregunté.

—Que lo tenga, desde luego. De momento no lo sabe nadie, excepto él, Cheney y ahora tú.

—¿Y todos los que estaban en la fiesta de Rosie?

—Creen que la embarazada eres tú.

—Menos Camilla. Seguro que Jonah ya se lo ha dicho.

—No he hablado con él. Ha ido a llevar a su familia a casa. Bueno, a ella no. Camilla iba en su propio coche.

No entendí qué importancia podía tener que Camilla no viajara en el coche de su marido, pero en momentos de crisis solemos centrarnos en detalles prosaicos o irrelevantes.

Anna levantó la cabeza y apoyó la mejilla en la palma de la mano.

—Espero que no se lo cuentes a nadie.

—No digas tonterías. Se lo contaré a Henry en cuanto tenga oportunidad.

—Mierda. Se lo dirá a William, y entonces Rosie también lo descubrirá.

—¿Y eso qué importa? Estás embarazada a pesar de todo. Ése es el asunto del que tendrías que ocuparte.

—Ya lo hago. Más o menos.

Escuchamos el borboteo del agua a punto de hervir.

—¿De cuánto estás?

—De quince semanas.

—¿Y eso qué son, unos tres meses?

—Casi cuatro.

—Si aún piensas abortar, te queda muy poco tiempo.

—Poquísimo —admitió Anna.

—Te comprendo.

—¿De verdad?

—En absoluto. Pensé que quedaría bien decirlo.

Introduje una bolsita de té en cada taza.

—¿Qué es lo que falló? Eres demasiado lista para pifiarla así.

—No fue culpa mía. ¿Recuerdas cuando todos nos pusimos tan enfermos durante el verano? Yo pillé una bronquitis, no había manera de quitármela de encima. Tomé dos tipos distintos de antibióticos, pero nadie me mencionó que podrían contrarrestar la efectividad de las píldoras anticonceptivas.

—Es la primera vez que lo oigo. Lo tendré en cuenta.

—Resulta que no es verdad. Se lo pregunté a la doctora y me dijo que eran cuentos de viejas.

—Entonces, ¿fue mala suerte? ¿Tomabas la píldora y te quedaste embarazada de todos modos?

Anna hizo una mueca.

—Bueno, no exactamente. Estaba tomando hipérico. Es un remedio a base de hierbas que se vende como suplemento.

—¿Remedio para qué?

—Para la depresión.

—No sabía que estuvieras deprimida.

—Pues ahora lo estoy.

—¿Por qué te recetaría hipérico un médico? Parece muy raro.

—No me lo recetó un médico, sino la mujer que trabaja en la tienda naturista.

—Mira qué bien. Una especialista.

—Bueno, parecía saber de qué hablaba. Le conté que estaba ansiosa y cansada, y que no tenía hambre. No dormía bien, puede que dos o tres horas cada noche. Dijo que sonaba a depresión, y que debería tomar un frasco de hipérico. Ahora he descubierto que, si lo tomas, se supone que debes usar otro método anticonceptivo además de la píldora. Como un condón o algo así, por si acaso.

—¿No se te ocurrió que un suplemento podría tener efectos secundarios negativos?

—Kinsey, es *orgánico*. No es un medicamento fabricado por una farmacéutica. La planta crece en los prados y al lado de la carretera. Es completamente natural.

—También lo son las setas venenosas y las hojas de adelfa.

—Has dicho que no me criticarías.

—Yo no he dicho tal cosa, lo has dicho tú.

Vertí el agua borbollante en las tazas y las dos agitamos las bolsitas de té.

—Entonces, ¿qué debería hacer? —preguntó.

—Eso es asunto tuyo.

—No te pongas borde.

—¡No pienso decirte lo que tienes que hacer!

—Vale, pues muy bien. No me lo digas. ¿Tú qué harías en mi lugar?

—¿Cómo voy a saberlo? A veces hacemos elecciones teóricas basadas en nuestros principios, pero a la hora de la verdad, ¿quién sabe lo que haría cada uno? Te diré una cosa: tomes la decisión que tomes, tendrás que vivir con ella cada día durante el resto de tu vida.

—¡Joder! Siento habértelo preguntado.

Tras agotar el tema nos acabamos el té y luego la acompañé hasta casa de Moza y le di las buenas noches. Volví a mi estudio, cumplí con mi ritual nocturno de seguridad y me acosté poco después. No esperaba dormir. Había demasiada tensión emocional en el ambiente.

Me despertaron los timbrazos del teléfono. Mi primera reacción fue enfadarme, pensando que acababa de dormirme hacía un momento. Le eché un vistazo al reloj y vi que eran las siete y veintidós. Caí en la cuenta de que estábamos a sábado, y que la llamada reduciría mi oportunidad de hibernar hasta el mediodía.

Descolgué el auricular y conseguí emitir un «hola» ronco mientras intentaba sonar despierta. No sé por qué todos evitamos reconocer que nos han sacado abruptamente de un sueño profundo cuando la culpa es del que nos despierta.

—Kinsey, soy Lauren.

Me froté los ojos.

—Ah, hola. ¿Qué pasa?

No me apetecía mucho tener noticias tuyas, y si hubiera sabido lo que se avecinaba, me habría apetecido aún menos.

—Ayer por la noche recibimos una llamada de Troy Rademaker —dijo Lauren, como si conociéramos a muchos otros Troys—. Dijo que ayer te presentaste en su casa y lo acusaste —igual que a Bayard y a Fritz, debería añadir— de mentir cuando dijeron que la cinta sexual sólo era una broma.

—En líneas generales, sí.

—En líneas generales, querida —dijo Lauren con tono mordaz—, estás

despedida.

Luego colgó bruscamente.

Yo también colgué, y después me tapé la cara con la almohada, aunque sabía que no serviría de nada. Ya que estaba despierta, sería mejor levantarme y ducharme para empezar el día con buen pie. ¿Qué más daba si era fin de semana y yo estaba desempleada? Cosas peores habían pasado. Aunque, así de pronto, no se me ocurría ninguna.

Una vez me hube cepillado los dientes, duchado, lavado el pelo, afeitado las piernas, vestido, deslizado por la escalera de caracol y comido el tazón de Cheerios, le vi el lado bueno a lo que podría haberme parecido insultante a primera vista. Lauren McCabe había resultado ser una tocapelotas. Me alegraba de quitármela de encima, y también a Hollis. Fritz era un capullo integral, y lo que pudiera pasarle a partir de entonces ya no sería asunto mío.

Lavé el tazón y la cuchara y los dejé en el escurrerplatos. A continuación cogí el bolso y las llaves del coche y me dirigí a mi despacho con la cabeza lo suficientemente fría para observar todas las precauciones de seguridad. Tenía que asegurarme de que Ned Lowe no me esperara agazapado entre los arbustos cuando abriera la puerta y desactivara la alarma. Todo aquel follón me parecía exagerado, pero me resistí al impulso de bajar la guardia. Volví a cerrar con llave, activé las alarmas perimetrales, me acerqué al escritorio y cogí la Smith Corona portátil. Le quité la cubierta dura y la dejé a un lado. Busqué una hoja con el membrete de mi agencia, un papel carbón y una segunda hoja; luego preparé un pulcro sándwich de papel y lo enrollé en el carro. A fin de formalizar el cambio en nuestra relación, mecanografié lo siguiente:

«A la atención de los señores McCabe:

»En relación con nuestra conversación telefónica de esta mañana, les escribo para confirmar que nuestra relación profesional ha concluido. Les adjunto un cheque de dos mil quinientos dólares en concepto de adelanto por servicios que ustedes han considerado insatisfactorios. A partir de esta fecha, 23 de septiembre de 1989, el acuerdo comercial que establecimos queda rescindido.

»Atentamente».

Firmé y rubriqué la carta, la doblé y encontré un sobre en el que mecanografié sus nombres y su dirección. Saqué el talonario y extendí un cheque por los dos mil quinientos dólares. Metí la carta y el cheque en el sobre y lamí la solapa. Le pegué un sello, subí al coche y me dirigí a la central de



Correos, que estaba a pocas manzanas de distancia. Cuando abrieron las puertas a las diez, yo era la primera de la cola. Envié la carta por correo certificado, con acuse de recibo.

Una vez enviada, volví a casa y me puse a hacer una limpieza a fondo. El despido debió de afectarme más de lo que pensaba, porque mi complejo de Cenicienta se intensificaba por momentos. Aparté los muebles de las paredes y les saqué el polvo a los zócalos. Pasé el aspirador. Limpié la bañera, el fregadero y el retrete, fregué el suelo. Quité el polvo a los postigos. Con un cepillo de dientes limpié la lechada entre los azulejos. Cuando el estudio brillaba como una patena, me puse el chándal, salí a correr cinco kilómetros y luego fui al gimnasio, donde levanté pesas durante una hora. Después me eché una siesta, que resultó tan reparadora como un coma profundo aunque sin llevarme al borde de la muerte.

A las cuatro menos cuarto dejé la cama arrastrándome, me cepillé los dientes, me volví a duchar y me puse el jersey de cuello alto, la falda y las medias que había llevado la noche anterior. Entre la repetición de vestuario y la ausencia de maquillaje, acicalarme me llevó trece minutos exactos. Cuando salía del estudio vi a Pearl en su silla de ruedas, con los pies sobre una de las hamacas de madera. Estaba tomando el sol con los ojos cerrados, pero volvió la cara distraídamente hacia mí cuando me oyó cerrar la puerta con llave.

—Henry me ha dicho que esté al tanto por si veo a *Ed*. Lleva fuera de casa desde ayer por la noche.

—¿Ah, sí? Vaya, eso es preocupante.

—Ya lo conoces. Henry lo ha estado llamando por todo el barrio, pero de momento no ha habido suerte.

—Si no aparece pronto, dímelo y yo también lo buscaré.

—Lo más seguro es que acabe volviendo a casa por su cuenta, pero tú estate al tanto por si acaso.

—De acuerdo.

El viaje a Perdido, que tendría que haberme llevado veinticinco minutos, me llevó cincuenta. El tráfico vespertino de la 101 va muy lento incluso durante los fines de semana, por lo que tuve que salir con bastante más antelación de la habitual. Las vistas al océano que tenía a mi derecha y el tenue sol de otoño me relajaron por primera vez aquel día. Debido a la sequía, el chaparral se había teñido de un gris fantasmagórico. La reseca vegetación formaba una neblina plateada que se cernía sobre la ladera a lo largo de la costa. Las escarpadas colinas que se elevan junto a la autopista se consideran jóvenes, una cazuela

geológica de arenisca y esquistos con afloramientos de caliza en la parte occidental de la cordillera. Hace cinco millones de años estas montañas surgieron a lo largo de la falla de San Andrés, que recorre California a lo largo de mil trescientos kilómetros como la espina dorsal de algún animal prehistórico. La llanura costera de Santa Teresa está tan agrietada que es un milagro que no tiemble la tierra a diario con la suficiente intensidad para que vibre la vajilla sobre la mesa.

Tras buscar en el callejero la dirección que me había dado Phyllis, tomé la salida de Sea Side Boulevard y seguí por la carretera hacia el puerto, allí había unos cuantos restaurantes y algunas tiendas de artículos playeros. La urbanización de Phyllis, llamada El Refugio, estaba situada a dos manzanas del agua. Era un complejo de veintidós edificios más acordes con la arquitectura de Nueva Inglaterra que con el habitual estilo californiano. Las estructuras eran simétricas, con ventanas de doble guillotina, balaustradas y buhardillas. El revestimiento de madera estaba pintado de gris, con molduras blancas. El perfil de los tejados era lo bastante irregular para resultar interesante. Los edificios tenían tres plantas —baja, primera y segunda— y estaban contruidos uno al lado de otro, con los espacios exteriores dispuestos de tal modo que no resultaran visibles de un edificio a otro. La privacidad era probablemente ficticia, y supuse que aquel tipo de construcción permitiría que los ruidos se oyeran, a veces amplificados, de un piso a otro.

Tenía entendido que era una urbanización de acceso controlado, así que al detenerme junto a la entrada esperé a que el guarda de seguridad se asegurara de que mi nombre figuraba en la lista. Seguí cuidadosamente sus indicaciones y fui contando todos los giros a izquierda y derecha —ya que las estructuras eran idénticas— hasta encontrar la calle y el número que Phyllis me había dado. Incluso tras una inspección superficial, me extrañó que las puertas electrónicas de la entrada no parecieran tener ninguna utilidad. La urbanización no estaba vallada, y si bien sólo se admitía la entrada de vehículos autorizados, cualquiera podría entrar a pie desde las calles vecinas. Divisé una puerta trasera sin vigilancia, activada por los propios coches al salir de la urbanización, pero el retraso del mecanismo de cierre bastaba para permitir la entrada de cualquier vehículo sin que nadie lo impidiera ni lo controlara.

Aunque los dúplex parecían formar parte de una hilera de casas adosadas, en realidad estaban contruidos como pareados, con garajes a nivel de calle y dos plazas por piso para los coches de los invitados. Un pasaje techado conducía desde el aparcamiento hasta un jardín vallado, donde había una puerta que daba

a un vestíbulo, que a su vez daba a un pequeño recibidor. Las paredes interiores estaban recubiertas de espejos para dar sensación de amplitud. Vi varias plantas artificiales, y unos cuantos muebles coloniales de imitación. Bajo dos buzones empotrados había espacios donde dejar paquetes. Las puertas del ascensor estaban abiertas. En el interior de la cabina había un panel con dos botones de llamada, uno para cada propietario. Un interfono permitía que visitantes y residentes se comunicaran antes de que a los primeros se les permitiera acceder a las viviendas.

«P. Joplin» figuraba a la izquierda y «E. Price» a la derecha. Había un botón de subida, pero cuando lo pulsé no pasó nada. Supuse que los residentes utilizarían una llave para poner en marcha el ascensor. Si llegaba alguna visita, o si un operario necesitaba entrar, el residente enviaba la cabina desde la primera planta. Si la cabina ya estaba en la planta baja, las puertas quedaban abiertas y el botón de subida no funcionaba. Tal y como sucedía con las medidas exteriores, la seguridad interior era más ficticia que real. No vi indicios de la existencia de cámaras en el recibidor ni en la cabina del ascensor, lo que significaba que los ocupantes de los dos dúplex podían comunicarse por el interfono cuando alguien los llamaba, pero no llevaban a cabo ninguna verificación visual. La empresa propietaria del complejo se había esforzado mucho en crear una sensación de seguridad, pero había omitido la instalación de auténticas salvaguardas. Me inquietaba que Phyllis desconociera las deficiencias del sistema, ya que se había trasladado a una urbanización de acceso controlado pensando que así estaría segura.

Pulsé el botón de llamada de su casa y esperé. Como nadie respondía, miré el reloj. Eran las cinco y diez. Llamé por segunda vez, de nuevo sin obtener respuesta. Empujé la puerta que daba al patio y miré a mi izquierda. Había luz en las plantas primera y segunda de su dúplex. No estaba segura de cuál sería la distribución de las habitaciones, pero parecía probable que los espacios públicos —salón, comedor, cocina y balcón— se encontraran en la primera planta, mientras que la segunda estaría reservada para la suite principal, los dormitorios de los invitados y quizás un despacho. Tras una rápida inspección visual de los dúplex vecinos, me fijé en que también había balcones exteriores en las plantas primera y segunda, lo cual respaldó mi suposición.

Volví al ascensor y pulsé de nuevo el botón de llamada de Phyllis. Era posible que se hubiera olvidado de nuestra cita, o quizá le había surgido algún imprevisto y había intentado telefonarme después de que yo hubiera salido de mi estudio para emprender el viaje. O puede que estuviera haciendo una compra

de última hora en el supermercado. O que se hubiera «ausentado un momento», es decir, que hubiera ido al baño. Debía de haber media docena de razones más por las que Phyllis no contestaba a la llamada. Aun así, aquello no me gustaba nada.

Pulsé el botón de E. Price. Tras una breve pausa, contestó una voz masculina.

—¿Sí?

—Hola. Me llamo Kinsey Millhone. Había quedado con Phyllis para tomar algo en su casa a las cinco, pero no me contesta.

—Su invitado ya ha llegado.

—Yo soy su invitada.

—Entonces, ¿quién me ha llamado hace media hora?

—Yo no —contesté.

—Ah. Qué raro, porque me la he encontrado cuando volvía del supermercado y me ha dicho que esperaba visita.

—¿Qué le ha hecho pensar que yo ya había llegado?

—Me he equivocado. Supuse que Kinsey sería un nombre masculino, así que cuando usted, o, mejor dicho, cuando un hombre ha llamado hace un rato, he pensado que el invitado de Phyllis había llegado temprano y lo he hecho subir.

—¿Cómo sabe que se trataba de un hombre?

—Porque he hablado con él. Le he preguntado qué quería, y me ha contestado que el botón de llamada de Phyllis estaba averiado. Por eso le he enviado el ascensor.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

—¿Qué aspecto tenía?

—No lo sé. Yo estaba hablando por teléfono, así que he dejado el auricular en la encimera de la cocina mientras le enviaba el ascensor. Como sabía que Phyllis estaba en casa, he supuesto que ella abriría la puerta cuando ese hombre subiera.

—¿Usted cómo se llama?

—¿Cómo dice?

—¿Qué significa la «E» de E. Price?

—Erroll.

—Escúcheme, Erroll, creo que debería activar el ascensor para permitirme subir. O eso, o llame usted mismo a la puerta de Phyllis y compruebe si está bien.

—¿Cree que puede haber pasado algo?

—Creo que puede haber pasado algo muy grave.

Instantes después las puertas de la cabina se cerraron y el ascensor empezó a subir.

Sábado, 23 de septiembre de 1989

Erroll Price ya me esperaba cuando salí del ascensor. El vestíbulo de la primera planta era una copia del de la planta baja. Luces fuertes, paredes recubiertas de espejos, plantas artificiales y unos pocos muebles pensados para desviar la atención del hecho de que no hubiera puertas o ventanas exteriores. Se trataba de un espacio claustrofóbico, y aún me lo pareció más al ver a Erroll. Era un hombretón: alto, de huesos grandes, robusto y musculoso. Llevaba unos pantalones de chándal desteñidos de color rojo y una camiseta blanca. Iba descalzo. Tenía la piel de color chocolate, y su pelo negrísimo era un halo de rizos brillantes.

—He traído la llave por si hace falta entrar en el piso de Phyllis —explicó Erroll—. Tenemos un trato: cuando está de viaje, le cuido las plantas, le entro el correo y cosas así. Ella hace lo mismo por mí. He llamado a la puerta y he tocado el timbre mientras usted subía.

—Intentémoslo una vez más.

La puerta estaba astillada. Aun así, di unos golpes con los nudillos y llamé al timbre simultáneamente, sin obtener respuesta. Retrocedí mientras Erroll empujaba la puerta.

—¿Phyllis? ¿Estás en casa? —llamó.

Erroll asomó la cabeza y a continuación alargó el brazo instintivamente para impedirme entrar. Miré hacia el interior del piso y vi a Phyllis tendida boca abajo sobre la moqueta del salón.

—¡Dios mío! —exclamé.

Crucé la habitación y me arrodillé a su lado, sin poder evitar estremecerme al ver sus heridas. Tenía el ojo izquierdo morado y cerrado por la hinchazón; probablemente el derecho también, aunque no podía verlo por la postura de su cuerpo. Le habían roto la nariz, además de dejarle la mejilla izquierda hinchada

y magullada y la mandíbula desencajada. La sangre que le salía por la nariz y por la boca había empapado la moqueta. El brazo izquierdo le había quedado atrapado bajo el cuerpo y puede que también lo tuviera roto.

Erroll se inclinó hacia delante y le tomó el pulso en el cuello con dos dedos.

—Phyllis, ¿me oyes? Soy Erroll. Ese tipo se ha ido. Estás a salvo, vamos a cuidar de ti.

Erroll se levantó y entró en la cocina, donde había un teléfono de pared. Llamó al 911 y lo oí hablar con la operadora, a la que comunicó la situación, la dirección de Phyllis y la naturaleza de sus heridas.

Permanecí arrodillada a su lado un rato más. Me incliné sobre su pecho y escuché su respiración estertórea. Phyllis emitió un ruido gutural, mitad gemido mitad maullido. Le di unas palmaditas en la mano mientras le susurraba naderías, esperando que las oyera y las encontrara reconfortantes. La habría puesto boca arriba, pero tenía miedo de moverla.

Percibí un olor a quemado y levanté la mirada. Vi que salía humo del horno empotrado en la pared, lo que podría disparar el detector. Entré rápidamente en la cocina, apagué el horno y encendí el extractor. En el interior del horno, que aún estaba iluminado, vi una bandeja con canapés ennegrecidos que resultaban imposibles de identificar. Encontré una manopla, llevé la bandeja hasta la encimera de granito y a continuación abrí la puerta de vidrio que daba al balcón para que entrara el aire. Sobre la encimera había una tabla de cortar con rábanos, zanahorias, nabos pequeños y tallos de apio. Una botella de Chardonnay reposaba en un enfriador. Phyllis había sacado un par de copas, las había lavado y las había dejado boca abajo sobre el escurrer platos. Me partió el corazón pensar en todas esas actividades domésticas llevadas a cabo con tanta inocencia.

Erroll acabó de hablar con la operadora del 911 y volvió a mi lado.

—No sé qué estaría cocinando Phyllis en el horno, pero ahora es un amasijo chamuscado —dije.

—*Crackers* con cheddar. Las hace siempre que tiene visitas. Ese tío debió de llamar al timbre poco después de que Phyllis las metiera en el horno. Normalmente se hacen en veinte minutos.

—Lo que significa que el intruso acababa de salir cuando hemos llegado nosotros. ¿Por dónde se habrá ido?

—Habrá bajado por las escaleras de atrás.

—¿Adónde llevan?

—A un garaje para dos coches. Puede que haya salido por allí y se haya metido en alguna bocacalle.

Recorrí con la mirada las escaleras que llevaban a la planta superior.

—¿Y si aún está en el edificio?

—Espere aquí.

Erroll se dirigió a las escaleras a grandes zancadas y subió los escalones de dos en dos. Al llegar al descansillo de la segunda planta, miró en ambas direcciones y torció a la izquierda. A mí me daba la impresión de que el dúplex estaba vacío, pero no me pareció sensato hacer conjeturas. Oí los pasos de Erroll por el piso de arriba a medida que iba de una habitación a otra, abriendo y cerrando puertas. Cuando por fin volvió a bajar, traía consigo un edredón.

—El intruso lo ha destrozado todo, pero no hay ni rastro de él.

Extendió el edredón y tapó con él a Phyllis.

—Aguanta, nena. La ayuda llegará enseguida.

Erroll vino a mi lado.

—Ya he avisado al guarda de la entrada para que indique a los policías y a la ambulancia cómo llegar hasta aquí, pero voy a esperarlos fuera de todos modos. ¿Le importa quedarse sola?

—No, estoy bien.

Erroll me apretó el hombro y se fue, dejando la puerta del piso abierta. Oí cómo se cerraban las puertas del ascensor y luego todo quedó en silencio. Capté un tictac y, al volverme, vi un precioso reloj de caoba pulida junto a la pared del fondo. La esfera del reloj estaba coronada por una semiesfera con las fases lunares, ambas ribeteadas en latón y en cromo. El reloj tenía tres pesas cilíndricas de latón y un péndulo plano de latón del tamaño de un plato grande. Al oscilar el péndulo de un lado, el mecanismo producía un chasquido hueco que resultaba reconfortante.

Centré la atención en aquel entorno, que había esperado ver en circunstancias muy distintas. El salón era un gran espacio abierto, con el comedor situado a la izquierda. Una encimera de mármol blanco separaba el salón de la cocina, la cual tenía una hilera de ventanas a lo largo de la pared del fondo. En la terraza vi muebles de jardín colocados de cara al océano, que quedaba más allá de mi campo visual. Phyllis había escogido colores atípicos para las paredes: malva y verde eucalipto, con cortinas y moqueta de un azul grisáceo. En teoría, esta combinación era más interesante que las paredes blancas de rigor, pero la moqueta de tonos oscuros y las gruesas cortinas tamizaban en exceso la luz que entraba por las ventanas. En vez de ser agradables a la vista, aquellas tonalidades resultaban sombrías. Phyllis había comprado varias palmeras de interior de hojas anchas y gruesas que ocupaban mucho espacio. Los manteles largos hasta el



suelo que cubrían las mesas restaban amplitud a la sala. A Phyllis no parecían gustarle las paredes vacías ni las superficies despojadas de adornos. En vez de crear ilusión de espacio, las dos paredes recubiertas de espejos simplemente duplicaban en su reflejo la sensación claustrofóbica de las habitaciones.

Contemplé a Phyllis tendida en el suelo. Me había mencionado que tenía algo de sobrepeso cuando conoció a Ned, por lo que su pequeñez me sorprendió, así como el tono rojizo de su cabello. Lo llevaba recogido en un moño, que se le había deshecho mientras forcejeaba con su agresor. Yo estaba convencida de que se trataba de Ned, aunque no pudiera demostrarlo. Me habría apostado cualquier cosa a que Ned había hecho coincidir su agresión con la hora de mi llegada, pero no entendía cómo había conseguido localizar a Phyllis, ni cómo podía haber sabido el día y la hora de nuestro encuentro. No creo en las coincidencias. De algún modo, nuestra conversación telefónica había dado lugar a una filtración. Phyllis y yo quedamos en vernos hacía dos días. Desde entonces, yo no había hablado de aquella cita con nadie, por lo que supuse que la habría mencionado ella.

Phyllis tenía la teoría de que Ned andaba a la caza de la colección de recuerdos que les había arrebatado a sus jóvenes víctimas. Si Ned pensaba que Phyllis guardaba aquellos recuerdos, puede que hubiera descubierto que su ex mujer se había mudado al intentar encontrarla en su antiguo domicilio. Quizá la había localizado en su dirección actual a través de los suministros contratados a su nombre, o a través de algún antiguo vecino, que podría haberle proporcionado la nueva dirección de Phyllis con la mejor de las intenciones. Erroll había eliminado el último obstáculo al enviar el ascensor a la planta baja sin consultárselo antes a ella.

La cadena antirrobo de la puerta estaba arrancada, lo que indicaba que Ned había pillado a Phyllis desprevenida tras haberle dado una patada lo bastante fuerte a la puerta para astillar la madera. A la izquierda de la puerta había una mesa volcada y un plato decorativo había rebotado sobre la gruesa moqueta, donde aún reposaba intacto. Al parecer, Phyllis había conseguido llegar hasta las escaleras antes de que Ned la agarrara por detrás y la arrastrara hacia él. Vi las huellas que habían dejado sus tacones por donde Ned la había arrastrado. En algún momento, le habría asestado un golpe tan fuerte que la derribó, pero no vi ningún arma. Tenía que ser un objeto contundente. La insonorización de los pisos debía de ser mucho mejor de lo que había imaginado, porque si Erroll los hubiera oído, se habría presentado en el piso de Phyllis para averiguar qué pasaba.

En el comedor vi un elegante bolso de piel con el contenido disperso por el suelo: el billetero de Phyllis, un neceser de maquillaje, un frasco con pastillas, un cepillo para el pelo. Probablemente Ned buscaba las llaves del piso, junto a las que estaría la llave del ascensor. Mi llegada debió de interrumpir el registro, obligándolo a huir por las escaleras traseras. Quién sabe cuánto tiempo haría de su marcha cuando pulsé el botón de llamada de Phyllis por primera vez. O puede que al oírme llamar decidiera que había llegado el momento de irse.

Oí el ulular de dos sirenas, que fue apagándose hasta cesar de repente cuando los vehículos aparcaron frente al edificio. Al cabo de unos minutos sonó el zumbido sordo del ascensor que subía, y a continuación se abrieron las puertas. Erroll llegó acompañado de un agente uniformado y tres paramédicos que llevaban una camilla plegable. Necesitaban espacio para desempeñar su trabajo, así que le tendí una mano a Erroll para que me ayudara a levantarme. Los paramédicos ya habían empezado a determinar las constantes vitales de Phyllis. Era preciso evaluar la gravedad de sus heridas antes de trasladarla.

Volví la cara, incapaz de mirar cómo uno de ellos le insertaba una vía intravenosa.

—Quiero echar un vistazo en la segunda planta —dije, y me dirigí a las escaleras. Pensé que quizás Erroll me seguiría, pero tenía la atención fija en Phyllis. Los paramédicos hablaban en voz baja mientras le suministraban los primeros auxilios.

Al llegar a lo alto de las escaleras torcí a la derecha. Inspeccioné el dormitorio principal y el baño, en los que no parecía haber entrado nadie. Volví sobre mis pasos y eché una ojeada en uno de los dormitorios para invitados, donde Phyllis había apilado las cajas de la mudanza que aún estaban por abrir. Ned le había ahorrado ese trabajo: tras rasgar la cinta de embalar, había conseguido abrir diez de las trece cajas de embalaje y esparcir su contenido por el suelo. Vi un montón de libros, archivos y material de oficina desperdigados sobre la moqueta. El dormitorio tenía un aspecto caótico, pero me pareció apreciar cierto orden sistemático en aquel revoltijo. Ned se había ocupado primero de Phyllis, dejándola fuera de combate para poder llevar a cabo su búsqueda sin interrupciones. Tres cajas permanecían cerradas, lo que significaba que se había visto obligado a abandonar su tarea. Por dos veces había intentado registrar mis pertenencias en busca de sus preciados recuerdos: la primera en mi despacho, donde no había conseguido entrar, y la segunda cuando fue a mi estudio y se topó con Pearl y con Lucky. Entonces debió de cambiar de objetivo y centrarse en Phyllis. Crucé el pasillo e hice un rápido registro visual del

segundo dormitorio para invitados, que Phyllis usaba como despacho. Ned no había llegado tan lejos, porque la habitación estaba intacta.

Cuando volví a la primera planta, Erroll hablaba con el agente uniformado que había respondido a su llamada al 911. El agente estaba tomando notas, pero hizo una pausa mientras los paramédicos subían a Phyllis a la camilla y la inmovilizaban mediante correas. Erroll los acompañó hasta la puerta, donde sacaron la camilla al pasillo y la metieron con cuidado en el ascensor. Una tercera paramédica llevaba la bolsa de suero. El policía y yo nos quedamos en el salón mientras Erroll entraba en el ascensor y se valía de su llave para ponerlo en marcha.

El agente me dijo que se llamaba Pat Espinoza. Era un hombre de aspecto aseado que parecía muy seguro de sí mismo. Treinta y tantos, buena forma física. Tendrían que haber fijado su fotografía a una valla publicitaria para anunciar posibles empleos en el Departamento de Policía de Perdido, porque era exactamente el tipo de persona que querías que apareciera en el escenario de un crimen mientras tratabas de serenarte.

Erroll ya le había dado los detalles básicos, así que yo me centré en el trasfondo de la historia. El agente Espinoza me dijo que un inspector venía de camino y me preguntó si me importaría esperarlo. Después me extrañaría no ser capaz de reconstruir la secuencia de acontecimientos y conversaciones con un mínimo de continuidad. Lo recordaba casi todo, pero tenía algunas lagunas provocadas por toda una serie de emociones que intentaba reprimir.

Me percaté de que Erroll había vuelto, pero no estaba segura de cuánto rato llevaría en el piso. Lo encontré apoyado contra la pared, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados. Oí voces procedentes del vestíbulo y luego un golpecito en la puerta, que seguía abierta. Erroll abrió los ojos cuando apareció un inspector de paisano que rondaría los sesenta. Llevaba gafas bifocales sin montura y tenía el pelo ralo y gris, cejas rebeldes y bigote canoso.

Erroll se apartó de la pared.

—Erroll Price —se presentó.

—Inspector Crawford Altman, Departamento de Policía de Perdido.

Erroll y el inspector Altman se dieron la mano.

—Yo vivo enfrente —dijo Erroll—. La señorita es Kinsey Millhone, una amiga de Phyllis. Es una investigadora privada de Santa Teresa.

El inspector se volvió hacia mí y nos dimos la mano. No pude evitar fijarme en todas las arrugas que tenía en la cara, incluyendo una cicatriz plateada de quince centímetros que le distorsionaba el párpado del ojo izquierdo. Más que un

policía, parecía un científico chiflado.

—¿Por qué no se sienta? Podemos charlar cuando haya acabado de hablar con el señor Price.

—De acuerdo —respondí.

Me metí en la cocina, demasiado inquieta y sobreexcitada para sentarme. A través de la hilera de ventanas de la cocina divisé el muelle, situado a una manzana de distancia. El sol aún tardaría otra hora en ponerse, y aquel cielo tan azul parecía contrario a la tragedia que acababa de suceder. Las casas de una planta de la manzana situada entre el complejo de pisos y el muelle no tapaban la vista. Los mástiles de los barcos amarrados en el puerto oscilaron y se inclinaron ligeramente cuando una lancha motora pasó por su lado. Como era sábado, los turistas deambulaban por el paseo marítimo. Conté los negocios que se veían desde las ventanas: un restaurante de *fish and chips*, una tienda de camisetas y una pequeña galería de arte que probablemente vendía marinas pintadas por artistas de la zona.

Me volví y dirigí la mirada más allá de la encimera que separaba la cocina del salón. Erroll y el inspector Altman continuaban hablando. Pese a haber hecho una inspección rápida de la segunda planta, aún no había visto las escaleras traseras. Había dos puertas a mi izquierda. La primera daba a un espacioso lavadero que hacía las veces de despensa. Me dirigí a la segunda puerta y usé el borde de la camisa para abrirla, por si Ned había tocado el tirador. Tenía ante mí las escaleras interiores que llevaban hasta la planta baja. Bajé por las escaleras procurando no tocar nada. Si Ned había dejado huellas dactilares en algún sitio, no quería borrarlas, y menos aún añadir las mías. Al pie de las escaleras había una puerta de cierre automático, que alguien había abierto con un gato para vehículos. En el suelo vi un puñado de cubiertos de plata tirados de cualquier manera. El garaje para dos coches estaba vacío. El uso del gato me pareció una idea muy astuta: daba a entender que se estaba cometiendo un robo, y que el intruso se había asegurado de poder cargar el coche y volver después al piso para recoger el resto de los objetos que quisiera robar. Ned y sus sutilezas.

Sentí una punzada de ansiedad y reconocí la sensación: culpabilidad pura y dura. No dejaba de pensar que Ned consiguió localizar a Phyllis únicamente porque yo había quedado con ella. No sabía cómo lo habría averiguado, pero aquella agresión no era un acto de violencia gratuita perpetrado por un asaltante desconocido. Aquello era obra de Ned, y cuando me llegara el turno de hablar con el inspector Altman, me vería obligada a contarle toda la historia. ¿Habría cometido algún error? Seguro que sí. ¿Cómo podía explicar, si no, que Ned

hubiera llegado al piso poco antes que yo? No le había dicho ni una palabra a nadie acerca de mi visita a Phyllis, y ni siquiera había mencionado adónde me dirigía cuando salí de Santa Teresa en dirección a Perdido. Tenía que ser Phyllis la que, sin darse cuenta, hubiera filtrado los detalles.

El inspector Altman apareció de pronto a mi lado.

—Siento el retraso.

—Un momento —dije captando la atención de Erroll—. Phyllis tiene coche, ¿no?

A Erroll pareció sorprenderle mi pregunta.

—Un Oldsmobile Cutlass Supreme de 1988, con pintura personalizada de color rojo vivo. Es su posesión más preciada.

—Pues no está en el garaje, así que Ned debe de haberlo robado para salir de aquí.

—¿Quién es Ned? —preguntó Altman.

Saqué del bolso la circular de la policía sobre Ned Lowe y se la pasé.

—Éste es probablemente el hombre que busca. Ned es su ex marido.

—Esta circular nos llegó al departamento a principios de semana. Le pediré a Pat que lo investigue. ¿Por casualidad no sabrá el número de la matrícula? —preguntó Altman dirigiéndose a Erroll.

—LADY CPA —respondió Erroll.

Altman se ausentó el tiempo suficiente para pasarle la información al agente Espinoza. Cuando volvió, Erroll dijo:

—¿Le importa si vuelvo a mi casa? Tengo cosas que hacer.

—De acuerdo —respondió Altman, y a continuación le dio su tarjeta—. Llámeme si se le ocurre alguna cosa más.

Cuando Erroll se fue, el inspector Altman volvió a centrar su atención en la circular.

—¿Ha pedido Phyllis una orden de alejamiento contra él?

—Lo dudo. Están divorciados desde hace años, pero puede que Ned piense que Phyllis guarda algo que él quiere. Se llevó recuerdos de todas las chicas a las que asesinó, principalmente bisutería barata, por lo que tengo entendido. Ned debió de pensar que yo guardaba esos recuerdos, pero no consiguió entrar ni en mi despacho ni en mi estudio. Supongo que abandonó ese plan y decidió probar suerte en casa de Phyllis.

Le expliqué mis anteriores encontronazos con Ned y todo lo sucedido hasta aquel momento, sin entrar en muchos detalles. Supuse que el inspector me interrumpiría para hacerme preguntas si precisaba alguna aclaración.

—La cuestión es que hablamos de todo esto por teléfono hace dos días, que es cuando me invitó a tomar algo en su casa. Habíamos hablado alguna vez, pero no nos conocíamos y Phyllis sugirió que viniera a Perdido.

—¿Sabía alguien más que usted iba a venir?

—No que yo sepa. Estoy segura de que no se lo mencioné a nadie, y si Phyllis lo hizo, eso tampoco explica cómo consiguió Ned la información.

—Suerte que llegó usted en el momento en que lo hizo. Si hubiera llegado más tarde, Ned Lowe habría acabado lo que se había propuesto.

—Si pensaba matarla, la habría estrangulado o asfixiado después de dejarla inconsciente de un golpe. Ned quería que yo la encontrara, es así de retorcido. Por una parte, disfruta moliendo a palos a Phyllis, y por otra me pone a mí sobre aviso. Dos pájaros de un tiro. Lo malo es que Phyllis nunca llegó a tener esos recuerdos, por lo que Ned ha perdido el tiempo.

—He llamado a un par de agentes de la policía científica. Puede que encuentren algunas huellas latentes que vinculen a Ned con la agresión.

Pasé buena parte de la noche del sábado sentada en la sala de espera de Urgencias del Hospital Memorial de Perdido, aguardando noticias sobre el estado de Phyllis antes de emprender el viaje de cuarenta kilómetros por la costa en dirección a Santa Teresa. Phyllis aún no había recobrado el conocimiento cuando la llevaron al quirófano. Había estado ingresada en el Hospital Memorial en otra ocasión, por lo que el equipo de cirujanos no tuvo más remedio que operar dando por sentado que su historial médico estaría actualizado. Por la mañana, alguien llamaría a su compañía de seguros para averiguar si su póliza seguía vigente.

Yo no era pariente de Phyllis, por lo que, estrictamente hablando, no tenía derecho a verla, pero Malcolm Denning, el enfermero de la planta, estaba dispuesto a saltarse las normas. Cuando Phyllis salió de la sala de recuperación y la trasladaron a la unidad de cuidados intensivos, Malcolm me permitió verla un momento. Estaba muy sedada, tenía el brazo izquierdo enyesado y la mandíbula cosida con alambre. La mejilla izquierda magullada y los ojos morados e hinchados tenían peor aspecto, lo que no era de extrañar: las radiografías habían revelado una fractura conminuta del cráneo, lo que significa que estaba roto en tres o más partes y por consiguiente el edema cerebral suponía un auténtico peligro.

—Alguien se ha puesto en contacto con un neurocirujano de la Universidad de California en Los Ángeles y ya viene hacia aquí —explicó Malcolm—. No sé quién está moviendo los hilos, pero ese médico es el mejor. Phyllis estará en buenas manos.

—¡Qué buena noticia!

Le di mi tarjeta, en la que figura el número de mi despacho, y apunté el número de mi casa al dorso.

—¿Me tendrá informada?

—Me temo que no puedo prometerle tanto. No estoy autorizado para revelar información médica, pero si quiere que la pongan al día, puede preguntar en la recepción por la mañana. No creo que le digan gran cosa, pero será mejor que nada.

—Gracias.

Cuando estaba a punto de irme, vi a Erroll frente al control de enfermería. Pensé que alucinaba, pero su aspecto físico era tan inconfundible que no podía ser nadie más que él. Llevaba un terno oscuro, una camisa blanca y unos mocasines negros que debían de costar más que todo el dinero que yo les había devuelto a los McCabe.

—¿Erroll? —pregunté.

El vecino de Phyllis me vio y levantó una mano a modo de saludo. Acabó su conversación, se disculpó y recorrió el pasillo hacia donde me encontraba.

—Esperaba encontrarte aquí. ¿Tienes un momento?

—Claro.

Me tomó del codo y me condujo de vuelta a la sala de espera vacía, donde nos sentamos en sillas contiguas.

—Habría venido antes, pero tenía que ocuparme de algunos asuntos.

—¿Pero tú de qué trabajas? Cuando nos conocimos esta tarde, ibas descalzo y llevabas un pantalón de chándal. Ahora pareces un dignatario extranjero.

Se miró la ropa con una sonrisa irónica.

—Soy abogado. Tengo una empresa de gestión deportiva que representa a deportistas profesionales. Nuestro trabajo consiste en negociar sus contratos y en asegurarnos de que gestionen bien sus ingresos para no acabar en la ruina. De camino hacia aquí pasé por el despacho y llamé a un buen amigo mío que trabaja en una empresa de seguridad personal. Va a enviar a una chica que se plantará frente a la unidad de cuidados intensivos y se encargará de que Ned no pueda hacer más daño.

—Me parece estupendo. Ni siquiera se me había ocurrido esa posibilidad —admití—. Alguien me ha dicho que un neurocirujano de UCLA está de camino.

—Es otro buen amigo mío. Debería llegar pronto, pero no te aconsejo que te quedes a esperarlo. Le llevará algo de tiempo hacer un diagnóstico.

—¿Has organizado todo esto en las últimas horas?

—Se lo debo. Phyllis no estaría aquí si no fuera por mí. No sé en qué estaría pensando cuando dejé entrar a ese tipo, pero es un error que no voy a repetir.

—La seguridad en ese complejo es una mierda de todos modos. ¿Por qué no hay ninguna cámara en el ascensor?



—El tipo que vendía los dúplex recalcó las ventajas de los botones de llamada y de la llave del ascensor para controlar el acceso a las viviendas. Puso mucho énfasis en el guardia de seguridad de la entrada, pero no mencionó ninguna cámara de vigilancia —explicó Erroll—. Sólo uso el piso cuando tengo trabajo en esa zona, por lo que no es un asunto que me preocupe demasiado.

—Phyllis me dijo que acababa de mudarse.

—Así es, hace cinco o seis semanas. La conocí el primer día y congeniamos enseguida. ¿De qué la conoces tú? Antes no he tenido ocasión de preguntártelo.

Le hice un breve resumen de mis contactos con Phyllis, así como de mi amarga relación con su ex marido.

—Ahora que Ned dispone de un coche, ¿quién sabe dónde estará?

—El coche de Phyllis llama demasiado la atención, Ned no podrá conducirlo más de un día. Lo abandonará a la primera oportunidad. Altman ha dicho que se cuidaría de hacer circular la información sobre Ned, y no sólo en el Departamento de Policía de Perdido. También en la Oficina del *sheriff* del condado y en la Patrulla de Carreteras de California.

—Ned es muy escurridizo. No sé dónde se esconderá, pero ha conseguido esfumarse. Recorrimos los moteles de toda la zona, y el director de un sitio en el que Ned se alojó el pasado fin de semana me dio una pista. Después, Ned fue visto dos veces en Santa Teresa, pero no había vuelto a aparecer hasta ahora. Incluso los sintecho están en alerta roja, buscando por las playas y por otros lugares frecuentados por los indigentes. De momento, sólo tenemos pruebas del daño que Ned ha ido causando a su paso.

—¿Y tú cómo lo llevas?

—Ya ni sé lo cansada que estoy, pero va siendo hora de meterme en la cama. Iba hacia el coche cuando te he visto.

—Vamos, te acompañaré al aparcamiento por si Ned espera sorprenderte allí.

Cuando emprendí por fin el viaje de regreso, eran casi las tres de la mañana. Apenas había tráfico, así que bajé la ventanilla para que entrara el aire frío y me mantuviera despierta. No podía hacer nada por Phyllis, y tampoco con respecto a Ned, de cuya sombra siniestra no lograba zafarme. Mi principal preocupación consistía en averiguar si yo era de algún modo responsable de que Ned la hubiera encontrado. Sabía que no le había dicho nada a nadie, pero Ned había conseguido enterarse de su dirección y había ido a por ella con saña. Tenía que haberse producido alguna filtración. Phyllis no revelaba sus datos personales a cualquiera, pero puede que otros no se hubieran mostrado tan cautos.

Además de mis preocupaciones con respecto a Phyllis, aún no había

asimilado que me hubieran despedido, a pesar de que la culpa fue mía. Lauren McCabe me había dejado muy claro que su hijo no podía ser considerado posible sospechoso de la amenaza de extorsión. Al parecer, pese a su escepticismo inicial, los McCabe acabaron creyendo a Fritz cuando éste les aseguró que la cinta iba en broma. Entonces hablé con Troy y le revelé mis sospechas de que el asunto de la broma no era más que una tapadera. Grave error por mi parte. Troy debió de ir derecho al teléfono para avisar a Fritz de que yo cuestionaba aquella afirmación. Obviamente, cuando Troy me respondió con evasivas, supe que no me había equivocado. Aunque no es que eso importara demasiado: como me habían despedido, la identidad del extorsionista ya no era problema mío. Sin embargo, la cuestión aún me rondaba por la cabeza. No pensaba investigarlo. Ni siquiera sentía la tentación de hacerlo, pero el asunto había quedado por resolver y no soporto dejar los trabajos a medias.

El domingo por la mañana dormí hasta tarde, y finalmente salí de la cama a regañadientes casi al mediodía. Me cepillé los dientes y me puse el chándal y las zapatillas de deporte. Encontré una vieja riñonera, en la que metí las llaves del estudio y un billete de veinte dólares doblado. Desde la puerta trasera de Henry, que estaba abierta, me llegó un delicioso aroma a huevos con beicon. *Killer* dormía en el felpudo del porche trasero de Henry, y dado que no vi a Lucky ni a Pearl por ninguna parte, supuse que mi casero los habría invitado a almorzar. Puedo llegar a ponerme muy picajosa por cosas así, pero en aquel momento aún estaba agotada por la falta de sueño y no me importó mucho.

Crucé el jardín hasta su puerta trasera, salté por encima del chucho que roncaba y babeaba y di unos golpecitos en la puerta mosquitera. Por lo que alcancé a ver, los tres estaban acabando de comer. Henry dejó a un lado la servilleta y se levantó para abrirme.

—Kinsey, me alegro de verte. Antes he llamado a tu puerta, pero no he obtenido respuesta. ¿Por qué no entras y comes algo con nosotros?

Rechacé la invitación con un gesto.

—No, gracias. Ya me iba, pero quería saber si *Ed* ha vuelto.

—Ni rastro de él. Cuando acabemos de recoger, daremos otra batida por el barrio. Como ya lo ha hecho antes, no estoy preocupado. Todavía. Moza me ha contado que *Ed* suele visitar media docena de casas para mendigar comida.

Henry empleó en todo momento un tono cortés, pero evitó mirarme a los ojos. No me sorprendió, dado que seguía convencido de que yo estaba preñada.

—¿Crees que se lo pueden haber llevado los del Departamento de Control Animal?

—Lo dudo. Para mayor seguridad, llamé y les dejé un mensaje. No me han devuelto la llamada, pero estoy seguro de que *Ed* aparecerá.

—Bueno, tengo que ausentarme durante un par de horas. Si en ese tiempo no aparece, déjame una nota en la puerta y colaboraré en la búsqueda. De todos modos, tenemos que hablar.

—Desde luego —dijo Henry.

Estaba demasiado cansada para sacar el tema en aquel momento, y no era una conversación que me apeteciera tener delante de Pearl y de Lucky.

—Nos vemos luego —dije.

—Cuídate —respondió Henry.

Volví a saltar por encima del perro y me detuve un instante para observar cómo gemía y se retorció en pleno sueño canino. Ojalá lograra atrapar lo que fuera que perseguía. Rodeé la casa hasta la parte delantera, salí por la verja chirriante y me dirigí al sendero de la playa. Me faltaba energía para hacer *jogging*, así que me limité a andar. Seguí Cabana Boulevard a lo largo de tres manzanas hasta State Street, y luego ocho manzanas más por State, donde pasé por delante de mi antiguo despacho en la aseguradora La Fidelidad de California. El paseo me sentó bien, y me permitió apreciar cambios en los negocios del centro en los que no me habría fijado yendo en coche. Algunas tiendas habían cerrado, otras se habían trasladado y una proclamaba una liquidación más.

Ocho manzanas más allá llegué a una cantina mexicana bastante cutre, me senté a la barra y me puse ciega de féculas: huevos rancheros, sopas, arroz con frijoles, dos enchiladas de queso, un taco de pollo y tres tazas de café. A continuación recorrí las dieciséis manzanas que había hasta mi estudio. Al no ver ninguna nota en la puerta, interpreté que *Ed* habría vuelto sano y salvo. Pearl, Lucky y el perro se habían ido, y la casa de Henry estaba cerrada a cal y canto. Entré en mi estudio, cerré la puerta con llave y me fui a la cama. Eran las dos menos veinticinco y dormí el resto del día y toda la noche. Soy demasiado vieja para pasarme una noche en vela y había acabado baldada.

El lunes por la mañana ya había recuperado mi habitual optimismo. Admito que tomé una precaución extra después de la agresión de Ned: saqué mi pistola H&K y la pistolera del baúl que tenía al pie de la cama. Si Ned pensaba declararme la guerra, estaría preparada. Me puse el cortavientos azul marino y comprobé el efecto: la pistola quedaba bastante disimulada. Casi esperaba que

Henry me hubiera deslizado una nota por debajo de la puerta para confirmar que *Ed* estaba a salvo, pero no vi nada.

Cuando salía de mi estudio a las ocho y media, Cullen, el técnico de Sistemas Operativos de Seguridad SOS, apareció por la puerta trasera de Henry. Ya había empezado a instalar el sistema de alarma que proporcionaría seguridad tanto a la vivienda de Henry como a la mía.

—Hola, Cullen —saludé—. ¿Está Henry en casa?

—No, señora Millhone. Acaba de irse. Me ha enseñado dónde quería los paneles de control, y luego la señora que va en silla de ruedas y él han ido a Kinko para hacer fotocopias sobre lo del gato. Una vecina ha comentado que le pareció verlo en Bay, así que el hombre desaliñado que tiene ese perro tan grande ha salido hacia allí. Henry dice que lo tienen todo controlado, y que la llamará si necesita ayuda.

—Muy bien. Dile que me pondré en contacto con él dentro de un rato, por favor.

—¿Me enseña dónde quiere el panel de alarma?

—Ponlo al lado de la puerta, nada más entrar en el estudio. Henry tiene la llave.

—Gracias. Que lo pase bien.

—Igualmente.

Al llegar a la oficina, cumplí con mi rutina obsesivo-compulsiva de rigor: abrí la puerta con llave, tecleé el código que desactiva el sistema, activé las alarmas perimetrales y volví a cerrar con llave. De haber tenido cerrojos y cadenas antirrobo también los habría corrido. No quería vivir así, ni llevar una pistola escondida, pero tenía que ser sensata aunque mis precauciones rozaran la paranoia. Entretanto, recogí el correo que habían metido por la ranura el sábado por la tarde, me metí en el despacho y me senté frente al escritorio.

Así es como funciona el subconsciente, al menos el mío. En lo más recóndito de mi cerebro no dejaba de pensar en Phyllis y en Ned. Mientras rumiaba cómo habría conseguido Ned la dirección de su ex mujer, las especulaciones fueron calando en mi lado oscuro como una fina llovizna. Las respuestas, esas pequeñas dosis de verdad, habían cobrado vida del mismo modo que germinan las semillas cuando las condiciones son propicias. Llegados a ese punto, mi mente consciente se había aburrido del tema, ya que llevaba haciéndome las mismas preguntas sin descanso ni alivio palpables. Estaba intranquila y con ganas de pasar a un problema de más fácil solución, por lo que, en realidad, no pensaba en nada en absoluto. Y entonces fue cuando se me ocurrió la idea siguiente: había dado por

sentado que el enigma sobre el paradero de Ned y el misterio de cómo se había filtrado la dirección de Phyllis eran dos cuestiones separadas.

Pero ¿y si eran la misma?

Al principio rechacé la idea, porque parecía muy poco probable. Sólo se me ocurrió un conjunto de circunstancias en las que las dos preguntas recibirían una única respuesta. Por otra parte, si tenía razón, aquello explicaría la desaparición de Ned y su supuesta clarividencia. Alcancé el bolso y rebusqué en su interior hasta que encontré el juego de herramientas de la marca Leatherman que Henry me había regalado por mi cumpleaños. Me metí las minúsculas herramientas en el bolsillo del cortavientos, abrí el cajón de abajo del escritorio y saqué una linterna igual a la que tenía en casa. Al levantarme de la silla giratoria toqué la pistola que llevaba bajo la axila izquierda como si fuera un talismán.

Salí del despacho y me dirigí por el pasillo hasta la puerta trasera, donde hacía seis meses Cullen había colocado un segundo panel de alarma idéntico al que ya instalara en la puerta de entrada. Desactivé las alarmas perimetrales, abrí la puerta trasera y salí a la calle. Torcí a la izquierda y recorrí el estrecho camino que separa mi bungalow del bungalow contiguo, que es idéntico al mío. Mi caja de conexiones telefónicas está instalada en la pared lateral del despacho, y cuando la vi me detuve en seco.

La caja, de algún tipo de plástico resistente de color gris apagado, tenía unos ocho centímetros de fondo, quince de ancho y dieciocho de largo. En la parte delantera llevaba inscrito el logotipo de la compañía General Telephone. Estaba colocada sobre un soporte en el que ponía ACCESO PARA EL CLIENTE. Una flecha señalaba una lengüeta metálica etiquetada LENGÜETA, y otra flecha señalaba un tornillo, etiquetado TORNILLO. ¡Menudos lince! De la parte inferior de la caja salía un grueso hilo telefónico negro, otro hilo de color azul vivo y un conducto gris de dos centímetros y medio de diámetro que contenía el cable que conectaba mi caja a los hilos del poste telefónico de la calle. Los hilos negro y azul colgaban de la caja y desaparecían por el semisótano a través de uno de los respiraderos que permiten que el aire fresco circule por debajo de mi despacho.

Alguien había añadido un tercer hilo, blanco esta vez. Abrí mi juego Leatherman y saqué las miniherramientas. Podía elegir entre diecinueve, todas ellas plegadas como una navaja multihojas. Escogí unos alicates puntiagudos y los usé para aflojar la lengüeta. A continuación usé el destornillador de cruz para sacar el tornillo. La compañía telefónica probablemente disponía de herramientas especiales para hacer lo mismo en la mitad de tiempo, pero yo tuve que apañármelas como pude.

Volví a meterme el juego de herramientas en el bolsillo del cortavientos y abrí la caja de conexiones telefónicas. Tengo dos líneas en mi despacho, una para el teléfono y otra para una impresora con fax incorporado. Mi número de teléfono estaba escrito cuidadosamente con rotulador negro junto a un conjunto de hilos de cobre, mientras que mi número de fax estaba apuntado junto al segundo conjunto. Habían colocado sendas pinzas de cocodrilo en los dos contactos de mi línea telefónica. El hilo blanco, que estaba sujeto a las pinzas, salía de la parte baja de la caja y desaparecía en el semisótano junto a los otros dos hilos.

Los tres bungalows están contruidos sobre una plataforma de hormigón de un metro de alto. Habían abierto un respiradero bastante grande en el estuco justo por encima de la plataforma, para permitir que circulara el aire en el espacio que quedaba bajo cada bungalow. La tapa del respiradero era un endeble enrejado de madera que podía sacarse fácilmente para permitir el acceso al semisótano. Me agaché, quité el enrejado, encendí la linterna y eché un vistazo. El suelo de tierra estaba un metro y medio por debajo de la solera y de las viguetas de apoyo, que discurrían planas a lo largo de unos cinco metros y luego se inclinaban hacia abajo y hacia la esquina del fondo del bungalow. El suelo estaba seco, pero sospeché que un buen aguacero (si es que llovía alguna vez) formaría charcos que alimentarían a las esporas de moho que llevaban años proliferando allí. Aún quedaban escombros: ladrillos rotos y trozos de madera que se remontaban a setenta años atrás, cuando mi casero y su padre construyeron los bungalows.

Vi varios pilares de hormigón de un metro cuadrado colocados a intervalos regulares. Habían cubierto una parte de la tierra con plásticos. Los rollos de material aislante de fibra de vidrio rosa parecían fardos de heno secándose en un campo. No podía creer que el tacaño de mi casero no hubiera clavado el material aislante al suelo. Tendría que soltarle cuatro frescas cuando lo viera. No me gustaba pensar en todas esas chapuzas por las que pago alquiler. Vale, no es que pague mucho, pero el casero es un roñoso de todos modos.

El haz de mi linterna iluminó los tres hilos telefónicos que serpenteaban desde el respiradero hasta el suelo de tierra, y de ahí hasta uno de esos auriculares de la compañía telefónica usados para determinar si hay tono de marcar. Yo también tenía curiosidad por saberlo. Me arrastré lentamente por el suelo de tierra haciendo palanca con los codos. Justo cuando alargaba una mano para coger el auricular de la compañía telefónica, se oyó el timbrado de un teléfono por encima de donde me encontraba. Di un salto y me golpeé la cabeza

con una vigueta. Sin pensarlo siquiera, pulsé la tecla en la que ponía HABLAR.

—¿Sí?

—Kinsey, soy Ruthie. ¿Te pillo en mal momento?

—Me temo que sí. ¿Te importa si te llamo luego?

—Para nada, no es urgente. Sólo quería saber qué pensabas.

—¿Sobre qué?

—Sobre tu bombo.

—No tengo ningún bombo... Ah, ¿te refieres al bombo que Camilla mencionó el viernes por la noche en la fiesta de Rosie?

—¿Qué otro bombo podría ser? —preguntó Ruthie.

—Olvidalo. Hablaremos más tarde.

Pulsé la tecla de desconectar y observé detenidamente el instrumento que tenía en la mano. Pulsé de nuevo la tecla en la que ponía HABLAR y escuché el tono de marcar, que en realidad procedía del teléfono que reposaba en el escritorio de mi despacho, situado justo encima de donde me encontraba. Así era como Ned Lowe había conseguido pincharme el teléfono sin entrar siquiera en mi despacho a prueba de intrusos.

Lunes, 25 de septiembre de 1989

Entonces me percaté de algo igualmente terrible a mi modo de ver: además de haberme pinchado la línea telefónica, Ned había metido en mi semisótano su mochila con armazón de aluminio y su saco de dormir rojo. Aquel tipo llevaba casi una semana vivaqueando bajo el suelo de mi despacho. Dirigí el haz de luz de mi linterna por todo el espacio y descubrí una radio portátil, unas cuantas latas de comida, un abrelatas y un hornillo Coleman con paravientos por si soplaba un huracán. Todo estaba dispuesto cuidadosamente sobre una caja de madera que Ned había arrastrado desde el exterior. Había dejado sus botas de excursionista a un lado de la caja y recogía la basura que generaba en una bolsa de plástico de las del súper. Qué hombre tan pulcro. Además, tenía una botella pequeña de whisky de Tennessee y un termo con un tapón de rosca que usaba a modo de vaso. Me lo imaginé a la hora del cóctel, contemplando su reino subterráneo apoyado en un codo mientras bebía a sorbos el whisky y repasaba lo que había hecho durante el día.

¿Cuándo debió de ocurrírsele la idea? Caí en la cuenta de que el día en que me rompió la ventana de la cocina quizá llevaba a cabo una misión experimental para evaluar la viabilidad del plan. En los bungalows contiguos al mío no vivía nadie, y el barrio suele estar muy vacío por la noche. Una vez se hubo instalado, sólo le quedó esperar a que oscureciera y ya podría entrar y salir a su antojo. Entretanto, podía anidar bajo mi despacho durante las horas de luz diurna, a salvo de miradas indiscretas. Salvo un baño donde hacer sus necesidades (que esperaba que aliviara en cualquier otro sitio), Ned disponía de un hábitat muy acogedor equipado con todas las comodidades de un hogar.

Me agaché y metí la cabeza por el respiradero.

A la izquierda había una lata de gasolina, cosa que me extrañó a menos que Ned usara gasolina sin plomo en su hornillo. Existía otra posibilidad, por



supuesto. La última vez que salió huyendo le prendió fuego a su autocaravana y escapó a pie. No vi por ninguna parte el Oldsmobile rojo que Ned había robado, pero Erroll tenía razón: era un vehículo demasiado llamativo para conducirlo durante mucho tiempo. Ned le habría prendido fuego. O quizá lo había dejado en alguna parte y había venido hasta aquí a pie. Quemar el coche parecía algo muy extremo cuando lo único que tenía que hacer era limpiar sus huellas dactilares y abandonarlo. No tardarían ni una semana en robarlo o en desguazarlo. O quizás algún vecino sospecharía y llamaría a la grúa para que lo llevaran al depósito municipal.

Eché un vistazo a mi derecha, donde vi una trampa Havahart apropiada para capturar marmotas, mapaches y otros animales de tamaño medio. La trampilla se había cerrado, pero la trampa estaba vacía. Puede que Ned le pusiera algún cebo por la noche por si una mofeta decidía refugiarse en el campamento base que había instalado. Percibí un ruido muy débil. Ladeé la cabeza y entrecerré los ojos. Volví a oírlo otra vez: un sonido metálico que sonaba como el chirrido de una cadena. Se me pasó por la cabeza que podría ser Ned, pero descarté esa posibilidad. No había ningún indicio de que lo hubiera interceptado, a menos que me hubiera oído acercarme al semisótano y se hubiera ocultado entre las sombras.

Saqué la cabeza de la abertura e inspeccioné los alrededores del bungalow. ¿El ruido venía del interior del semisótano o del exterior? Recorrí con la mirada el trozo de calle que podía ver desde el espacio umbrío que separaba los dos bungalows. No había casi nadie, por eso me gusta el barrio. A Ned debió de gustarle por la misma razón. Tan poco tráfico. Tan pocos peatones. Ned no podía haber previsto que lo fuera a localizar, ya que la idea se me acababa de ocurrir. Por una vez iba un paso por delante de él.

Ahora que sabía dónde se ocultaba Ned, era cuestión de llamar a Cheney Phillips y pedirle que mantuviera vigilado el bungalow hasta que Ned volviera a aparecer. Cheney, Jonah o cualquier otro policía reuniría a las tropas, tendería la trampa y cazaría a Ned Lowe. Entretanto, yo no pensaba dejar ni el más mínimo indicio de mi presencia en el semisótano. Que Ned siguiera creyendo que nadie había descubierto su guarida. Mientras no apareciera en los diez minutos siguientes, todo iría bien. No me hacía ilusiones respecto a la posibilidad de cazarlo yo sola. Nada de intentar detenerlo por mi cuenta. Sé cuándo necesito ayuda, y ésta era claramente una situación que requería la intervención de la artillería pesada. Pensé en llamar al 911 en aquel mismo momento, pero una respuesta policial con sirenas ululantes pondría a Ned sobre aviso si es que

estaba por la zona. Tenía que actuar con sutileza para no alertarlo de que había descubierto lo que se traía entre manos.

Me empezaban a doler las piernas de llevar tanto rato en cuclillas. Introduje la cabeza y los hombros por el respiradero y dejé vagar la mirada por aquel paisaje desolado. Más allá del minúsculo campamento de Ned, el semisótano estaba envuelto en tinieblas, aunque la oscuridad no era total. A través de los otros tres respiraderos, uno en cada pared exterior, entraba un poco de luz, aunque el aire no parecía circular por ellos. El suelo de tierra se inclinaba hacia abajo en el lado izquierdo, por lo que el techo se elevaba hacia el centro del subsótano.

Cuando trataba de vislumbrar lo que se ocultaba en la penumbra, oí una serie de chillidos escalofriantes. Me asusté tanto que pegué un salto y me di un cabezazo contra el marco de madera del respiradero. ¡Mierda! Por un momento pensé que me iba a desmayar. Tenía el corazón desbocado y me costó recobrar el aliento. Las punzadas eran tan intensas que sentí que la oscuridad me envolvía y luego se alejaba, dejándome bizca de dolor. Me llevé la mano a la nuca, donde ya me estaba saliendo un chichón como respuesta al topetazo. Aparté la mano y me miré los dedos esperando no verlos ensangrentados. Por suerte, estaban limpios.

¿Qué diantres era aquello?

Oí un gemido ahogado que me hizo saltar por segunda vez. Obviamente, se trataba de algún animal. No podía ver de qué tipo porque un pilar de hormigón me tapaba la vista. ¿Una madriguera de ratas? ¿Un mapache? Puede que la criatura hubiera quedado atrapada en una segunda trampa Havahart, aunque no tenía ni idea de por qué Ned necesitaría dos. Hubo un momento de silencio y a continuación aquel forcejeo frenético empezó de nuevo. El animal tenía que estar atado a algo, porque su pánico resultaba palpable. Percibí un hedor repentino a orina y a heces; la criatura habría perdido el control de los esfínteres intentando liberarse. Incluso una zarigüeya soñolienta podía volverse agresiva si se veía acorralada. No quería acercarme a una bestia salvaje tan agitada, pero necesitaba averiguar qué sucedía. Por lo que sabía, debajo de mi despacho no vivía ninguna bestezuela, así que fuera lo que fuera aquel animal, Ned lo había traído consigo. Pero ¿por qué?

Ned era muy aficionado a los golpes de efecto. Como pegarle una brutal paliza a Phyllis Joplin para que yo la encontrara poco después. Había acampado bajo mi despacho para anonadarme. Seguro que se regodeaba pensando en mi reacción cuando averiguara dónde había estado él la última semana. Puede que

incluso quisiera hacerme saber que lo tenía a metro y medio por debajo de mí cada vez que me sentaba a mi escritorio. ¿De qué sirve ser tan listo si nadie se entera?

¿Cuáles eran sus intenciones? Tras haber preparado el terreno, ¿qué nueva barbaridad estaría planeando? El aullido sordo resonó de nuevo. Era evidente que aquel animal estaba muy agitado. Vacilé. En realidad, no era problema mío. Mi cometido consistía en recuperar mi línea telefónica y notificar a la policía lo sucedido. Aun así, no soportaba la idea de dejar a ninguna criatura a merced de un hombre como Ned.

¿Iba a tener que entrar en el semisótano para echar un vistazo?

No se me ocurrió otra solución mejor. Pensé en rodear el bungalow e intentarlo a través del respiradero de la fachada posterior del edificio, cosa que me habría ofrecido una vista más despejada, pero sabía que los restantes respiraderos estaban cerrados con tapas clavadas a la pared. Sólo me hubiera faltado anunciar a golpes y martillazos que conocía el paradero de Ned.

Me quité la chaqueta y la introduje por la abertura. Luego me quité la pistolera, cogí la H&K y me la metí en la cinturilla de los vaqueros a la altura de la zona lumbar. No sin dificultad, me fui introduciendo por el respiradero. Primero extendí la pierna izquierda y luego el resto del cuerpo, esperando no volver a darme un cabezazo. Una vez dentro, me agaché en un espacio que apenas me permitía anadear hacia el pilar de hormigón que me tapaba al animal. Me dije que sólo tenía que acercarme lo suficiente para ver a qué me enfrentaba. Si no podía liberar a aquella criatura por mi cuenta, llamaría al Departamento de Control Animal y les pediría que enviaran a alguien para salvar al pobre bicho. No quería descubrir mis cartas, pero, dadas las circunstancias, era preferible tener en cuenta la naturaleza depravada de Ned y hacer cuanto estuviera en mi mano para evitar más brutalidades.

Decidí que avanzaría más deprisa si me ponía a gatas o si me arrastraba por el suelo, valiéndome de los codos y los dedos de los pies para impulsarme. La tierra tenía un olor metálico. No me atreví a mirar hacia la solera que tenía justo encima porque podría ser un vivero de arañas o de ciempiés, y ver a cualquiera de esos bichos me habría hecho dar un respingo. Al imaginármelo, el corazón se me aceleró y luego se fue apaciguando, como si hubiera sufrido una sacudida interna seguida de varias réplicas. Bajé la cabeza intentando dominar el pánico. ¿Aquel objetivo merecía tanto riesgo? Supuse que Ned entraría y saldría por la noche. Pero ¿y si se presentaba ahora? No sabía muy bien qué me asustaba más: encontrarme cara a cara con un animal desesperado o estar a menos de cinco

metros de la libertad y descubrir que Ned Lowe aparecía inesperadamente y me bloqueaba la huida.

Me entraban sudores sólo de pensarlo. Se me ocurrió que una vez que hubiera salido del semisótano y hubiese vuelto a mi despacho, tendría que asegurarme de que Ned no hubiera entrado en el bungalow mientras yo estaba debajo. No quería que intentara asfixiarme de nuevo y aún no estaba lista para exhibir mi dominio de las artes marciales, ya que no llevaba ni cinco semanas asistiendo a clase. Gateé hacia delante unos cuantos metros y volví la cabeza para mirar el respiradero, que ahora me pareció más pequeño. Cada vez estaba más lejos del mundo exterior, y aún no podía identificar al animal. Sólo percibía alguna que otra rotación cada vez que la criatura forcejeaba en su intento por zafarse de las ataduras que la constreñían. Habría tirado la toalla, pero sabía muy bien cómo funcionaba la mente de Ned. Lo malo de los psicópatas es que son increíblemente crueles desde su más tierna infancia. Incluso antes de que su patología se desarrolle por completo, se muestran fríos y distantes, y carecen del más mínimo atisbo de empatía.

Fui avanzando a tientas, algo más tranquila gracias a la voluminosa pistola que me había metido en la cinturilla del pantalón. Llevaba la linterna en la mano y sólo me quedaba un metro por recorrer. No tenía sentido preocuparme del riesgo porque ya me había comprometido. Puede que estuviera cometiendo una locura, pero había llegado tan lejos que ahora era más fácil avanzar que retroceder. Me arrastré medio metro más, apoyándome en los codos mientras me impulsaba con los pies. Me incliné hacia delante y escruté la oscuridad. Encendí de nuevo la linterna y dirigí el haz de luz a la zona situada detrás del pilar de hormigón.

Cuando reconocí lo que veía, emití un grito ahogado de sorpresa e incredulidad: era *Ed*, flácido a causa del agotamiento, con los ojos cerrados y el pelaje apelmazado. Ned lo había metido en un arnés que colgaba de una de las viguetas. Había visto arneses similares en las tiendas de animales: un ligero chaleco de nailon, para usarlo si pensabas que a tu gato le gustaría que lo sacaras a pasear como si fuera un perro. La mayoría de los gatos detestaban la idea. El chaleco no le hacía daño a *Ed*, pero la argolla cosida en la espalda del arnés estaba colgada de un cáncamo que Ned había atornillado a una de las viguetas. Ned se había asegurado de que la cadena conectada al arnés fuera muy corta para que las patas del gato apenas tocaran el suelo. ¿Cuánto tiempo llevaría colgado en aquella postura? A Ned debía de divertirle el forcejeo de *Ed* porque no existía la posibilidad de escapar.

Cogí a *Ed* en brazos como si fuera un bebé, sujetándolo con una mano debajo de la barriga para que se sintiera seguro. Al principio trató de desasirse, dispuesto a librar batalla. Mi dulce *Ed*, con un ojo verde y el otro azul, con su colita recortada. El pobre tenía el corazón desbocado, y supuse que la reacción de lucha o huida le habría activado todo el organismo. Me senté con la espalda encorvada y la cabeza ladeada para evitar chocar con las viguetas y mantuve el brazo izquierdo lo bastante elevado para aguantar a *Ed* e impedir que colgara arrastrado por su propio peso. El gato temblaba por la tensión, pero juraría que me había reconocido.

Mi impulso inicial fue desabrochar el arnés, pero caí en la cuenta de que, si lo liberaba, *Ed* saldría de allí como una exhalación. Si iba directo al respiradero y se escapaba, Ned podría capturarlo de nuevo, posibilidad que ni me atrevía a contemplar. Esperé un rato, y cuando *Ed* estaba algo más calmado, me tendí de espaldas y estiré el cuerpo para poder buscar el juego de herramientas Leatherman en el bolsillo de los vaqueros. ¡Vaya! No lo llevaba encima. Recordé entonces que me lo había metido en el bolsillo del cortavientos, que estaba a más de seis metros de donde me encontraba. Alargué el brazo, busqué a tientas el cáncamo y conseguí hacerlo girar con mucho esfuerzo. Usaba el pulgar y el índice, por lo que apenas podía agarrarlo. Había estado levantando pesas desde que Ned intentó estrangularme, así que al menos tenía fuerza en los brazos. No obstante, me costaba sujetar al gato con la mano izquierda mientras trataba de desenroscar el cáncamo con la derecha. El sudor me resbalaba por la cara y tuve que detenerme un par de veces para secármelo con la manga.

Volví a intentarlo, consciente de que tenía que salir de allí cuanto antes. Iba muy lenta, y cuando hubiera conseguido desenroscar el cáncamo, aún tendría que decidir cómo sacar al gato mientras volvía arrastrándome hacia el respiradero. Oí que alguien cerraba la puerta de un coche en la calle. El corazón me dio un vuelco y me detuve de nuevo. Como si percibiera mi preocupación, el gato se contorsionó y arqueó la espalda tratando de liberarse. Era ágil y rápido, y aunque conseguí controlarlo no sabía si podría sujetarlo mucho más tiempo. Tenía que haber una manera mejor de hacer las cosas.

Posé la vista en el auricular de la compañía telefónica que había permitido a Ned espiar todas mis llamadas. No podía creer que no se me hubiera ocurrido antes. Lo único que tenía que hacer era llamar pidiendo ayuda, una solución mucho más sensata que forcejear con un gato y desenroscar un cáncamo al mismo tiempo. Oí el crujir de pasos que se aproximaban por el camino que separa los bungalows. Cogí el auricular con la mano derecha y tecleé el número

de Henry con el pulgar, intentando mantener al gato calmado.

Un timbrazo.

Entre dientes, susurré: «¡Venga, venga! ¡Contesta de una vez!».

Ladeé la cabeza y miré hacia el respiradero. Alguien se había plantado delante, impidiendo que entrara la luz.

Dos timbrazos.

Henry, Pearl y Lucky aún debían de estar buscando al gato por las calles.

Tres timbrazos. Cuatro.

Finalmente saltó el contestador, y tuve que esperar a que Henry pronunciara su jovial saludo. Después de oír la señal, susurré: «Henry, soy yo. Escucha, tengo un problema. He encontrado a *Ed* y estoy...».

La línea se cortó.

Cerré los ojos. Había dejado la caja de conexiones abierta y el enrejado de madera apoyado contra la fachada lateral del bungalow. Ahora mi cortavientos azul marino se veía claramente a través del respiradero. Sabía quién estaba ahí fuera. Mi viejo amigo Ned había vuelto de sus andanzas por el mundo y no le iba a gustar nada encontrarme en su espacio personal. Miré al gato que llevaba en brazos. Sería mejor que se las arreglara por su cuenta. Lo sujeté con una mano mientras desabrochaba el arnés con la otra. *Ed* salió disparado hacia el fondo del semisótano y desapareció en la oscuridad.

Me palpé la espalda y saqué con cuidado la H&K de la cinturilla del pantalón. Después di media vuelta, apartándome de la zona que quedaba a la vista a través del respiradero. Durante un momento, me cobijé detrás del pilar de hormigón mientras trataba de poner en orden mis ideas. Me incliné hacia delante y dirigí la vista al respiradero. Ned se había apartado de la abertura, pero estaba segura de que no habría ido muy lejos. Me aparté de la columna y rodé hasta quedar boca abajo, con los brazos extendidos delante del cuerpo. Agarré la empuñadura de la pistola con el pulgar derecho y el dedo corazón. La culata de la H&K reposaba sobre el suelo de tierra, lo que me permitía sujetarla firmemente sin cansarme. Mantuve el brazo derecho bien tieso, y lo afiancé tirando ligeramente de él hacia atrás con la mano izquierda. Así impedí que se me movieran las manos y las muñecas. Desbloqueé el seguro y deslicé hacia atrás la corredera.

Ned y yo aún no habíamos intercambiado ni una palabra. Ned sabía que yo estaba debajo del bungalow, pero no estaba seguro del lugar exacto. Yo sabía que él se encontraba entre los dos bungalows, pero no podía ver dónde. Hay algo en la naturaleza humana que nos lleva a mirar a nuestro interlocutor a los ojos

cuando mantenemos una conversación. No quería que Ned metiera la cabeza en la abertura, porque si me veía obligada a disparar le daría en la parte superior del cráneo, una herida casi siempre mortal. Por no hablar del revoltijo de sesos volando en todas direcciones.

Estaba hecha un manojo de nervios. Me concentré en respirar y vacié la mente de todo lo que no fuera mi objetivo inmediato. Mi cerebro, por razones que desconozco, reprodujo de repente la conversación telefónica que había tenido con Phyllis, casi palabra por palabra. Habíamos comentado que Ned querría recuperar los recuerdos robados a sus jóvenes víctimas. Le pregunté a Phyllis si Celeste se los había entregado, y Phyllis contestó que, de haberlos tenido, se los habría llevado como prueba a la policía. Deduje por tanto que dichos recuerdos aún estarían en posesión de Celeste. Le pregunté dos veces si sabía dónde se encontraba ésta. La primera vez se hizo la tonta y cambió de tema. La segunda vez me respondió que Celeste había cambiado de nombre y de domicilio y que, aun así, su número telefónico no figuraba en el listín. Phyllis lo había escrito en un trozo de papel que había metido en una caja de la mudanza hacía seis semanas. Cuando hablamos aún no había vaciado todas las cajas, por lo que no tenía el papel a mano. Le dije que se guardara esa información. Sólo quería que Celeste supiera que Ned había vuelto. Poco después, Phyllis me invitó a tomar algo en su casa, y fue entonces cuando me dio su nueva dirección. Ned, oculto en el semisótano en el que yo me encontraba ahora, probablemente habría ido anotando los datos al mismo tiempo que yo.

Había dejado a Phyllis inconsciente de una paliza al suponer que ésta habría encontrado el papel con el nuevo nombre de Celeste y su dirección actual. Debí de pensar que Phyllis le ocultaba algo. El hecho de que después registrara sus cajas de embalaje indicaba que Ned no había obtenido la respuesta deseada y se había visto obligado a buscarla. Estaría buscando afanosamente aquellos datos cuando yo llamé al timbre de Phyllis.

—¿Sabes qué tengo aquí fuera? —preguntó Ned.

No dije nada y apunté hacia abajo.

—Una lata de gasolina. Iba a usarla para pegarle fuego al Oldsmobile, pero también podría servir para quemar esta casa.

—Mi casero tiene un seguro de incendios, así que no me importa un carajo lo que hagas.

—Creo que sí que te importará, porque aunque las llamas no te maten, la inhalación de humo acabará contigo.

—Ned, querido, tengo delante una lata de gasolina. A menos que hubieras

ido a comprar otra, mientes como un bellaco.

—Si crees que miento, ¿por qué no me pones a prueba?

—Porque ahora te toca a ti adivinar lo que tengo yo.

—Ya sé lo que tienes —dijo con sorna—. Un gato de mierda que me ha llenado de arañazos.

—Además del gato.

—Muy bien, ¿qué?

—Una pistola.

—No importa. Porque ¿sabes qué es esto?

Oí cómo vertía algún líquido, y al sonido le siguió un intenso olor a gasolina.

—No quiero tener que dispararte, Ned.

Me dirigí una mueca a mí misma. ¿Qué diantres estaba diciendo? Este hombre estaba a punto de convertirnos a *Ed* y a mí en briquetas de carbón. Dadas las circunstancias, descerrajarle cuatro tiros era la única respuesta apropiada, pero primero tenía que adivinar si se encontraba a la izquierda o a la derecha del respiradero. Y luego era cuestión de dispararle antes de que sacara el encendedor.

Hice los cálculos pertinentes en cuestión de segundos. Supuse que, dado que estaba tumbada y apuntando al respiradero, la bala le alcanzaría entre la cadera izquierda y el muslo. La bala también tendría que atravesar la pared de madera del bungalow, la barrera antihumedad, el yeso y el estuco de la fachada. Mi cargador tenía capacidad para nueve cartuchos de calibre 9 mm Parabellum. Me pareció que bastarían. Apunté a la izquierda de la abertura y apreté el gatillo. El disparo sonó tan fuerte que supe que me zumbarían los oídos durante una semana. Luego apunté al lado derecho del respiradero, tomé aire, exhalé y volví a disparar.

Ned gritó como una niña. Debía de tener el pulgar sobre la rueda del encendedor, que soltó cuando lo alcanzó la bala. Oí cómo caía al suelo con un agudo sonido metálico. A través de la abertura, alcancé a ver a Ned apretándose el muslo derecho, que debía de arderle como si lo tuviera en llamas.

Apreté el gatillo y disparé de nuevo. Esta vez no tenía intención de alcanzarlo, sólo quería que supiera que iba en serio. También esperaba que algún vecino llamara a la policía para denunciar los disparos. Oí a Ned avanzar dando traspies por el camino que separaba los dos bungalows. Respiraba de forma entrecortada y me pareció que se esforzaba en reprimir los sollozos. Por su forma de andar, resultaba evidente que cojeaba. Caminaba arrastrando un pie, y probablemente sangraba a través de la pernera del pantalón. Al cabo de unos



instantes oí el sonido inconfundible de un coche que arrancaba y el chirrido estridente de los neumáticos.

Entretanto, la llama del encendedor debía de haber alcanzado el charco de gasolina, porque el líquido se incendió con el ruido sordo de un quemador de cocina al prender. Apareció una nube de humo negro, acompañada del aura trémula creada por las llamas.

Pistola en mano, corrí despavorida hacia el respiradero de la pared del fondo. Me tumbé de espaldas, destrocé el enrejado de dos violentas patadas y a continuación salí al exterior a través de la abertura. *Ed* surgió de entre las sombras y, con su infinita sabiduría felina, salió disparado justo detrás de mí.

Miércoles, 27 de septiembre de 1989

El miércoles por la tarde Iris y Joey se sentaron en su minúsculo patio, en el que sólo cabían un par de sillas de mimbre y una mesita colocada en medio de las dos. Dado que su edificio estaba algo apartado de la calle, el ruido del tráfico no les molestaba. Los negocios iluminados que se extendían desde el cruce conformaban una escena tan cambiante y atractiva como la leña que crepita en una chimenea. Iris y Joey nunca se cansaban de ver pasar los coches, ni de observar a los peatones y a los vecinos que paseaban con sus perros. Joey le volvió a llenar la copa de vino a Iris y luego encendió dos cigarrillos, uno para cada uno.

Cuando sonó el teléfono, se inclinó hacia atrás y alcanzó el auricular. Habían estirado el cable tantas veces que la espiral estaba lisa en algunas partes.

—¿Sí?

Joey se incorporó en la silla.

—Ah, hola, ¿cómo estás? —preguntó.

Mientras escuchaba, Joey se levantó, rodeó la silla y se acercó a la puerta del patio. Llevó el largo cable telefónico consigo para que no se enredara en ningún sitio. Procuró mantener el contacto visual con Iris, que intentaba adivinar la identidad de la persona que llamaba a partir de las respuestas de Joey. Éste tapó el micrófono con la mano y movió los labios en silencio para que su novia supiera que se trataba de Fritz.

Iris podía oír la voz lejana de Fritz, una especie de zumbido insistente, pero no entendía lo que decía.

—¿En serio? —preguntó Joey con interés.

Era evidente que Fritz estaba sobreexcitado. Iris lo adivinó por el tono de su

voz y por lo rápido que hablaba. Lo oyó reírse una vez, muy satisfecho de sí mismo.

—No me lo creo —dijo Joey—. Me tomas el pelo. Dímelo otra vez más despacio, por el amor de Dios.

Joey le indicó a Iris mediante gestos que se pusiera a su lado. Iris apagó el cigarrillo, se levantó de un salto y cruzó el salón para colocarse al lado de Joey. Al parecer, Fritz le estaba repitiendo la noticia, fuera cual fuera. Iris acercó la oreja al auricular.

—¿Cómo has conseguido agenciarte veinticinco mil pavos? —preguntó Joey.

—No he dicho que tenga el dinero, sino que tengo un plan para conseguirlo —respondió Fritz—. Es infalible. Bueno, casi.

—No me jodas. ¿Qué plan es ése?

—No te preocupes, no hay ningún problema. Lo tengo todo controlado.

—¿Es legal o ilegal?

—Digamos que es semilegal. O bastante legal, en cualquier caso —respondió Fritz—. Nada de armas ocultas.

Fritz se rio de su propia frase, disfrutando de la superioridad momentánea que le proporcionaba saber más de lo que sabía Joey.

Joey tapó el micrófono con la mano e intercambió una mirada de incredulidad con Iris. Ésta puso los ojos en blanco y abrió las manos como para decir: «¿Y ahora qué?». Joey volvió a concentrarse en Fritz.

—¿Y qué pasará cuando se enteren tus padres?

—No se enterarán hasta que ya sea demasiado tarde. Una vez hayamos pagado se acabará toda esta historia, ¿no? ¿Cómo van a quejarse?

Joey se pasó la mano por la cabeza.

—Tío, me estás asustando.

—No te preocupes.

—Me preocupo por ti, Fritz, así que escúchame. Digamos que consigues el dinero. Y entonces, ¿qué?

—Por eso te llamo. El chantajista dejó un mensaje en nuestro contestador. Me va a recoger en la esquina de State con Aguilar el viernes al mediodía. Para entonces tendría que haber conseguido el dinero.

—Me cuesta creer que hayas aceptado subirte al coche de un desconocido.

—No he aceptado nada —dijo Fritz—. Ni siquiera he hablado con él. Ésas son las instrucciones que ha dejado.

Joey levantó el pulgar y se lo mostró a Iris. A ambos les sorprendió lo bien

que estaba funcionando el plan.

—¿Y si cambia de opinión y te secuestra para pedir un rescate o algo por el estilo? Te podrías meter en un buen lío.

—No seas gilipollas. Si ese tío tiene pinta de matón, le echaré el dinero en el asiento de delante y me iré a pie. ¿Qué va a hacer, atropellarme?

—Pero una vez que lo hayas visto, ¿no tendrá miedo de que lo delates? No puede permitir que andes suelto por ahí. ¿Y si hablas con la pasma y te enseñan fotos de delincuentes fichados?

—Estoy pensando que podría tratarse de Austin —dijo Fritz con tono vacilante.

—¿Ah, sí? Vaya, ésta sí que no me la esperaba. ¿Cómo has llegado a semejante conclusión?

—Porque ha dicho: «Ésta es una voz de tu pasado...». Tiene que ser él casi seguro, ¿no te parece?

—Creía que estabas convencido de que Austin había muerto.

—Dije que, si estaba vivo, se pondría en contacto. ¿No dije eso? Bueno, pues ahora se ha puesto en contacto.

—Crees que Austin está detrás de toda esta historia del chantaje —dijo Joey. Lo afirmó en lugar de preguntárselo, para ver si Fritz se lo confirmaba.

—Vale, sí. Supongo que eso es lo que creo.

—Siento tener que recordártelo, pero Austin juró que volvería para matar a cualquiera que se fuera de la lengua sobre lo de Sloan. Fuiste tú el que lo delató, ¿no?

Se produjo un momento de silencio.

—¿Por qué iba a volver para cobrar veinticinco mil pavos y luego liquidarme?

—¿Y por qué no? Así mataría dos pájaros de un tiro. Tú le das el dinero y él acaba contigo. Misión cumplida.

—La verdad es que se me pasó por la cabeza, y es una de las razones por las que te he llamado. Quiero que vengas conmigo para que a Austin no se le ocurra ninguna tontería.

—¿Yo?

—Sería como una póliza de seguros. Así todo se haría a las claras.

Iris llamó la atención de Joey y negó con el dedo vigorosamente.

—No estoy seguro, suena muy arriesgado —dijo Joey.

La voz de Fritz subió media octava.

—¿Qué quieres decir con que no estás seguro? Me dijiste que harías

cualquier cosa para ayudarme. Esto es ayudarme. Es lo que te estoy pidiendo.

—¿Por qué no se lo pides a Bayard?

—Supongo que tendré que llamarlo si tú no me ayudas. Esperaba que me dijeras que sí.

—Deja que se lo pregunte a Iris —dijo Joey—. Ahora ha salido, pero hablaré con ella cuando vuelva. ¿Estás en casa?

—Sí. Llámame lo antes posible. Cuento contigo, colega.

—Muy bien. Mientras tanto, intenta convencer a Bayard.

—Joder, tío, muchas gracias. Menuda ayuda. Olvidaba mencionar que Bayard no cree que la voz del contestador sea la de Austin. Cree que es la tuya.

—Vaya chorrada —replicó Joey—. ¿De dónde ha sacado esa idea?

—Le dejé oír el mensaje.

—Tío, tú estás chalado. ¿Por qué iba a hacerte yo una cosa así?

—No lo sé, Joey. ¿A ti qué te parece?

—Vale, muy bien. A tomar por culo. Ya me he hartado de hablar contigo.

Después de colgar, Joey e Iris se miraron tratando de asimilar el giro inesperado de los acontecimientos.

—¿De qué va ese plan tan fantástico de Fritz? —preguntó Iris.

—Has oído lo mismo que yo. Ahora va y se anda con evasivas. Menudo capullo.

Iris negó con la cabeza.

—Ese mensaje fue un error. No tendrías que haber dicho lo que dijiste, porque ahora estamos atrapados.

—Espera un momento. Hemos amenazado a Fritz, pero aún no hemos hecho nada. Si nos hacemos con el dinero, seremos culpables de hurto mayor, apropiación indebida o algo por el estilo.

—De eso se trata, del dinero —dijo Iris—. Es como cuando un jurado te concede una indemnización por... ¿Cómo se llama? Por daños. Merezco una compensación por todo el dolor y el sufrimiento que me han causado.

—Olvídate del dolor y del sufrimiento. Estabas colgadísima, no tienes ni idea de lo que pasó.

—No es verdad. Te equivocas. La cinta me lo ha hecho recordar todo. Lo que me hicieron fue muy humillante.

—No pienses en eso ahora. Concentrémonos en el presente.

—¿Por qué no te callas? Pareces un psicólogo. Te olvidas de que no vamos a «hacernos con» el dinero. Él nos lo va a dar.

—Pero bajo coacción. La extorsión es un delito.

—Joey, eso lo sabíamos desde el principio. ¿Por qué vamos a preocuparnos ahora?

—Vale. Pues entonces no pensamos en las consecuencias.

—No hables por los dos, Joey. Tú no pensaste en las consecuencias, porque no creías que fuera a salir bien.

—Oye, tú tampoco lo creías, o sea que no me culpes a mí de todo.

—No entiendo por qué te preocupas tanto. Se nos ocurre un plan y resulta que funciona. ¿Por qué te cuesta tanto aceptarlo?

—Porque, hasta ahora, siempre habíamos tenido la posibilidad de olvidarnos del asunto y seguir como si nada. Sin delito no hay culpable. Pero ahora ya no podemos dar marcha atrás. Si recogemos a Fritz en esa esquina, sabrá que hemos sido nosotros.

—¿Y qué? Está de suerte: tratará con sus amigos, y no con algún pringado cubierto de tatuajes.

—Las cosas no funcionan así. Le hemos mentido descaradamente fingiendo ser amigos suyos cuando, en realidad, le estamos robando a mano armada. No podemos hacerlo.

—Vale. Joder. No lo recojamos, y nunca sabrá que hemos sido nosotros —dijo Iris, exasperada—. ¿Qué ganamos con eso?

—Fritz puede devolver el dinero y decirles a sus padres que todo ha sido un gran error.

—¿Y cómo se las va a arreglar él para corregirlo?

—No lo sé. Pongamos que consigue el dinero y que va al punto donde el chantajista le dijo que lo recogería, pero el tipo no se presenta. Así que Fritz devuelve hasta el último dólar, sus padres meten el dinero de nuevo en el banco, y ahí se acaba la historia. El extorsionista ya no vuelve a ponerse en contacto con ellos. Problema resuelto.

Iris parpadeó.

—La verdad es que no es mala idea —admitió a regañadientes.

—Nos proporciona una salida, y nadie tiene por qué enterarse de nada.

—¿Y qué hay de todo el tiempo y toda la energía que le hemos dedicado a este asunto?

—Un sueño imposible. ¿Qué más da? Nos hemos divertido. Ha sido una venganza imaginaria, sin consecuencias.

Iris ladeó la cabeza y pensó en lo que Joey acababa de decirle.

—Por favor, hazlo por mí —imploró Joey—. No somos delincuentes. Somos un par de cabezas huecas que han estado acosando a un gilipollas que se portó

mal contigo hace diez años. Será mejor que lo dejemos.

—Qué putada. Estaba lista para meterle caña.

—Si lo hacemos, nos pillarán. Lo presiento.

Iris suspiró.

—Vale. De acuerdo, joder. Tuviste una idea genial con lo de inventarnos a un sospechoso imaginario. Si lo dejamos aquí, esa investigadora privada dará palos de ciego. A ver cómo se las apaña.

—Muy bien, pero ahora te toca a ti llamar a Fritz para decirle que no podemos ayudarlo.

—¿Por qué a mí?

—Porque le he dicho que tú tendrías la última palabra.

—¿Y qué voy a decirle?

—Joder, Iris, invéntate algo. Improvisar se te da de coña.

Iris descolgó el auricular a regañadientes.

—Lo dices porque quieres echar un polvo.

—Ahí le has dado —admitió Joey.

Lunes, 2 de octubre de 1989

La semana posterior al incendio fue muy tranquila, y di por sentado que mi vida había vuelto a la normalidad. Como Lauren McCabe me había despedido, ya no tenía que preocuparme por Fritz ni por el chantaje. Debería haber imaginado que aquello no era más que la calma que precedía a la tempestad. Durante aquel agradable paréntesis, no pude evitar repasar toda la secuencia de acontecimientos: el descubrimiento de que Ned acampaba bajo mi despacho, el enfrentamiento que tuve con él y los tiros que le disparé mientras él rociaba de gasolina el bungalow con la intención de prenderle fuego. Tras escuchar mi mensaje cortado, Henry llamó de inmediato a los bomberos y a la policía. No tuve tiempo de decirle dónde me encontraba, pero Henry supuso que si no estaba en casa, estaría en el despacho, así que allí fue adonde envió al Séptimo de Caballería para que acudiera a rescatarme. Cuando llegaron las tropas, yo ya había apagado el fuego con el extintor que guardaba bajo el fregadero de la cocina. Hacía años que lo tenía, y fue muy gratificante poder comprobar su eficacia. Funcionó a las mil maravillas, por supuesto. Una inspección superficial de la estructura del bungalow reveló que las tres balas habían astillado la madera, por lo que esperaba que ahora estuvieran incrustadas en el muslo de Ned Lowe. Con un poco de suerte, él habría salido peor parado que yo. La gasolina no llegó a empapar el revestimiento de estuco del bungalow, y, de todos modos, Ned no había vertido la suficiente para causar daños graves. Aun así, dediqué los cuatro días siguientes a tratar con la compañía de seguros de mi casero. El perito no conseguía entender qué habría provocado toda aquella serie de contratiempos.

El Departamento envió a los agentes de la policía científica, quienes se pusieron a recoger pruebas enseguida: las botas de excursionismo de Ned, su saco de dormir y el armazón de su mochila, que sin duda estarían impregnados con su ADN. No sólo tenía varias órdenes de detención pendientes por múltiples



acusaciones de asesinato, sino que también lo buscaban por robo de vehículos, incendio provocado, allanamiento de morada, conducta criminal y maltrato animal. *Ed* no había sufrido ningún daño, pero estaba traumatizado por lo sucedido y tardó una semana en salir de la casa de Henry.

Pese a que el fuego no se había propagado, mi despacho olía a humo, a madera chamuscada y al agua con que los bomberos habían regado el bungalow para apagar cualquier rescoldo del incendio inicial.

Mi paranoia estaba alcanzando cotas insospechadas. Pasaba veinte minutos cada día gateando por el suelo de mi despacho en busca de dispositivos de escucha. Ya que el sistema de alarma le había impedido entrar en el bungalow, Ned habría tenido que recurrir a los micrófonos de contacto y a las grabadoras activadas por voz. Hice una búsqueda rápida de equipos de espionaje instalados por encima del nivel de la cintura, pero no encontré nada. Como de costumbre, mecanografié un informe del incidente con la teoría de que podría surgirme la necesidad de investigar de nuevo el asunto. Me calmó saber que no se había producido ningún daño importante. *Ed* estaba a salvo. Yo estaba a salvo. Por una vez, más que un motivo de preocupación, estar en el paro suponía un profundo alivio. Me senté en la silla giratoria y me dediqué a pensar en cosas agradables. Cuando oí que alguien llamaba a la puerta, tuve la tentación de no abrir. Tras echar un vistazo rápido a mi agenda vi que estábamos a lunes 2 de octubre, y que no esperaba a nadie. Habría ignorado a mi visita fingiendo no estar en el despacho, pero cualquiera que se plantara frente al bungalow me vería sentada al escritorio a través de la ventana.

Era Lauren McCabe.

Fui hasta la puerta, desactivé las alarmas perimetrales, abrí y la hice entrar. Si notó el olor a quemado que aún impregnaba el bungalow, no dijo nada al respecto. Entonces me di cuenta de lo absorta que estaba en sus problemas. No sé por qué me sorprendió tanto. Supuse que habría venido para discutir acerca del dinero que les había devuelto, así que, como muestra de indulgencia, estaba dispuesta a meter de nuevo los dos mil quinientos dólares en mi cuenta. Volví a la silla giratoria. Ella se sentó en uno de los dos asientos para los clientes que tengo al otro lado del escritorio y depositó su bolso de cuero en el de al lado.

No tenía buen aspecto, pese a ir arreglada como correspondía a una mujer de su posición social. Llevaba una casaca blanca con un grueso cinturón plateado, pantalones de lana gris y zapatos planos de charol negro que le hacían los pies enormes. Puede que a las mujeres altas les queden mejor los zapatos de tacón. Tenía el cutis lleno de manchas y el pintalabios se le había borrado casi por

completo, dejándole un extraño reborde rojo vivo alrededor de la boca. El corte a lo *garçon* aún le enmarcaba perfectamente la cara, pero sus canas habían perdido brillo.

—Supongo que habrás recibido mi nota —dije. Me pareció muy considerado por mi parte introducir el tema de mi despido, ahorrándole así el mal trago de que tener que sacarlo ella.

Me miró con expresión ausente.

—¿Qué nota?

—La nota que te envié, junto a un cheque para devolverte el adelanto de dos mil quinientos dólares que me habías pagado.

—Llevo días sin mirar el correo. He estado demasiado preocupada por Fritz.

—Ah —dije.

Aquello supuso un revés. A decir verdad, una vez recuperada de la afrenta me alegró librarme de un caso que me había parecido sospechoso desde el principio. La única razón de que no me hubiera horrorizado ver a Lauren en la puerta de mi despacho fue que sabía que ya no ejercía ningún poder sobre mí.

Lauren frunció el ceño, perpleja.

—¿Y por qué has devuelto el anticipo?

—Porque tú me despediste. En la nota te confirmaba la ruptura de nuestra relación profesional a partir del veintitrés de septiembre.

Lauren se sonrojó y, pese a que hablaba con tono calmado, percibí un dejo de terquedad en sus palabras.

—Creo que me entendiste mal. Puede que no compartiera algunos de los pasos que habías dado, pero no hay necesidad de devolver el anticipo mientras la investigación siga en marcha.

—Ya no está en marcha, ésa es la cuestión. De hecho, yo también te despedí a ti.

—Fue una decisión precipitada y completamente innecesaria. Creo que al menos podrías haber tenido la cortesía de hablarlo conmigo antes de dar un paso tan radical.

Finalmente caí en la cuenta de que Lauren había venido por otro motivo.

—Estás disgustada por otro motivo.

—Fritz se ha ido.

—¿Desde cuándo?

—No estoy segura. No nos hemos dado cuenta de su ausencia hasta hace un rato, y por pura casualidad.

—¿Qué casualidad?

—Yo tenía cinco cheques sobre el escritorio, endosados y listos para ser ingresados. Sé que estaban allí el jueves por la tarde, porque hice algunas llamadas y recuerdo haberlos visto. Esta mañana habían desaparecido. Se lo he preguntado a Hollis, pero él no tenía ni idea de dónde estaban. De hecho, Hollis pensaba que yo había ido al banco, y yo creía que había ido él.

—¿Te refieres al jueves pasado, el veintiocho?

Lauren asintió con la cabeza.

—¿Cuándo viste a Fritz por última vez?

—A eso iba. Ha pasado varios fines de semana con sus amigos. Desde que salió del correccional se irrita mucho cada vez que le pregunto adónde va o dónde ha estado, así que procuro no hacerlo. Cuando me di cuenta de que no había dormido en casa las tres últimas noches, no presté mucha atención. Esta mañana he ido al banco y he hablado con uno de los empleados. Parece que Fritz se presentó con un comprobante de ingreso, metió setenta y ocho mil dólares en nuestra cuenta de ahorro y sacó veinticinco mil en efectivo.

—¿Y el banco permite algo así?

—El nuestro sí. Los cinco cheques ascendían a ciento tres mil dólares en total, así que el hecho de que sacara una parte en efectivo no les pareció raro.

—¿Y si los cheques no hubieran tenido fondos?

—No habría pasado nada. Tenemos más de quinientos mil dólares en esa cuenta.

—¡Caray! —exclamé—. ¿Qué interés os dan por una cantidad así? ¿El uno por ciento?

—A Hollis le gusta tener liquidez.

Medio millón en activos líquidos me pareció una barbaridad, pero no quise interrumpirla para discutirle esa locura porque no venía a cuento.

Entretanto, Lauren continuaba hablando.

—Normalmente, el banco habría bloqueado el dinero unos días, pero la cajera sabía que los veinticinco mil estaban cubiertos porque lo comprobó. Hace veinte años que somos clientes, y nunca hemos tenido ningún problema. La cajera me conoce, conoce a Hollis y conoce a Fritz. No le pareció que hubiese nada irregular.

—¿No hacía falta una firma para que le dieran a Fritz los veinticinco mil en efectivo?

—Mi firma ya constaba en el comprobante de ingreso. Fritz la falsificó.

—Pues debió de falsificarla muy bien.

Lauren se puso algo tensa, pero pasó por alto mi comentario.

—¿Cuándo hizo Fritz el ingreso? —pregunté.

—El viernes por la mañana. Pidió que le dieran el dinero en billetes de veinte y de cien.

—¿Recuerdas haberlo visto después?

Lauren negó con la cabeza.

—Ni Hollis ni yo lo hemos visto.

—¿Y qué hay de su ropa, o de sus artículos personales? ¿Los metió en una bolsa?

—Guardamos las maletas en un trastero de la planta baja, pero no he tenido ocasión de comprobarlo. Su armario siempre está hasta los topes, así que no hay forma de saber si se llevó algo o no. La cajera del banco recuerda que Fritz llevaba una mochila. Quizá roja, o negra. No estaba segura.

—Bueno, no iría muy desencaminada. ¿Fritz tiene el permiso de conducir californiano en regla?

—No le ha dado tiempo de solicitarlo. El suyo caducó mientras estaba en la cárcel.

—¿Dispone de algún vehículo? ¿Cuántos tenéis vosotros?

—Tenemos dos, están en el garaje subterráneo. Fritz debe de haberse ido a pie.

—A menos que alguien lo recogiera.

—Cierto.

Estaba a punto de mencionar dos posibilidades obvias: o bien Fritz había ideado el chantaje y finalmente se había apropiado del dinero, o el extorsionista le había dado instrucciones sobre cómo entregar el rescate y Fritz había conseguido esa cantidad y se la había entregado al chantajista, pensando que así pondría fin a la extorsión.

—¿Tienes alguna teoría? —pregunté.

—Sé que estaba desesperado. Hollis y yo tendríamos que haberlo apoyado más, ahora me doy cuenta.

En mi opinión, el «apoyo» de sus padres era lo que lo había metido en problemas, pero no creí que Lauren quisiera oír mis reflexiones.

—¿Se te ocurre adónde puede haber ido?

Lauren negó con la cabeza.

—¿No tiene parientes cercanos?

—No en esta zona, y de todos modos ninguno lo acogería sin decírnoslo primero a nosotros.

—¿Y qué hay de sus amigos? Has dicho que Fritz ha pasado varios fines de

semana con sus amigos. ¿Se ha puesto en contacto con ellos?

—No sé quiénes son. Fritz nunca los menciona por su nombre.

—¿No os dejó ningún número de contacto por si necesitabais llamarlo?

—Sé que sonará ridículo, pero nos sentimos tan aliviados al saber que aún tenía amigos que no le preguntamos nada.

—¿Tu hijo tiene una libreta de direcciones?

—Encontré una de antes de que lo metieran en el correccional. La mayoría de los nombres y de los teléfonos no son actuales.

—¿A cuántos llamaste?

—A cinco o seis. Los taché, por si quieres echarles un vistazo.

Lauren tomó el bolso de la silla que tenía al lado y lo abrió. Rebuscó en el interior y sacó una libreta de direcciones con la imagen de la portada de un disco de Led Zeppelin en la tapa. La imagen en blanco y negro mostraba una nave rígida en forma de puro, con el extremo posterior en llamas.

—Los números que marqué estaban desconectados o se los habían reasignado a otros usuarios —explicó Lauren mientras me alcanzaba la libreta de direcciones por encima del escritorio.

Fritz había apuntado nombres y números de forma descuidada, con borrones y tachaduras que los volvían casi ilegibles. Tras hojear rápidamente la libreta, el único nombre que reconocí fue el de Iris Lehmann, pero supuse que ya no tendría el mismo número. Dejé la libreta de direcciones sobre el escritorio.

—¿Qué piensas hacer ahora? ¿Denunciarás la desaparición de tu hijo a la policía?

—No creo que haya desaparecido. Simplemente, se ha ido. Esperaba que tú pudieras localizarlo.

—Pero yo ya no trabajo para ti.

—Pensaba que ya lo habíamos aclarado. Me entendiste mal.

—No voy a discutir contigo, pero no podrías haber sido más clara. Me dijiste que estaba despedida y lo acepté.

—Bueno, pues entonces supongo que te debo una disculpa.

—No estaría de más —dije. Esperé, pensando que se disculparía, pero Lauren parecía creer que con mencionarlo era más que suficiente. Me puse la mano detrás de la oreja para indicar que esperaba una respuesta.

—Espero que seas consciente del aprieto en el que me vas a poner si te niegas a ayudarme —dijo—. Dadas las circunstancias, no puedo contratar a nadie más sin revelar antes el asunto del extorsionista.

—Pues entonces será mejor que confíes en que Fritz vuelva a casa por su

cuenta.

Parecía nerviosa.

—¿Es todo lo que tienes que decir?

—¿Y qué esperabas?

—Pensaba que estarías dispuesta a ayudarnos.

—Y yo pensaba que tú te disculparías, así que supongo que ninguna de las dos ha conseguido lo que quería. ¿Te gustaría intentarlo de nuevo?

Lauren se aclaró la garganta.

—Lamento que lo hayas entendido mal.

—No puedes lamentar mi comportamiento ni mi estado mental. Sólo puedes lamentar los tuyos.

Lauren permaneció en silencio unos instantes, como si intentara traducir el concepto a su lengua materna, que al parecer no era el inglés.

—Siento haberme entrometido. No lo volveré a hacer. Te agradecería que aceptaras ayudarnos.

—Primero, veamos si realmente tenéis un problema. Si Fritz ha pasado varios fines de semana con sus amigos, ésa podría ser la explicación más sencilla. Llámame mañana a primera hora si aún no ha aparecido.

—¿Y el dinero que falta?

—Cada cosa a su debido tiempo.

No me apetecía mucho que me pegaran una paliza en mi clase de defensa personal para mujeres, pero me obligué a ir de todos modos. Es muy fácil acabar saltándote las clases. Si me perdía una, ya podía despedirme del resto. A las tres y media pasé rápidamente por casa, donde me puse el chándal y cogí la bolsa de deporte. A las cuatro ya estaba sentada con las piernas cruzadas sobre una de las esterillas junto a mis compañeras de clase, escuchando los comentarios introductorios de nuestra instructora.

En relación con el tema de las armas que pueden usarse en defensa propia, nos dijo que en la mayoría de los estados es legal llevar un aerosol de gas lacrimógeno siempre que no pese más de setenta gramos.

—Es importante recordar que los delincuentes no hacen ni caso a esas normas —dijo—. De hecho, cuesta imaginar que un violador vaya a quejarse a la policía si no habéis cumplido la ley.

El comentario provocó algunas risas. A continuación nos recordó que deberíamos reconocer y eludir las situaciones peligrosas. Entre otros consejos,

nos pidió evitar las zonas oscuras y desiertas, caminar en compañía de otros, aparcar cerca de las farolas y exhibir confianza y decisión. Estas perlas de sabiduría ya me las habían inculcado antes. Todas obedecían al sentido común, pero me parece increíble cómo solemos pasar por alto lo más obvio. Lo malo es que resulta casi imposible vivir en un estado permanente de alerta. La subida sostenida de la tensión sanguínea por sí sola nos llevaría a la tumba antes de tiempo. Entonces, ¿qué se suponía que debíamos asimilar? Teníamos que ser conscientes de los peligros que corren únicamente las mujeres: las violaciones y agresiones físicas a manos tanto de desconocidos como de conocidos. La mayoría de las violaciones las perpetran hombres a los que conocemos, lo que debería llevarnos a reflexionar antes de salir con cualquiera. Me consideré sensata por haber limitado mi vida sentimental a polis y otros ilustres representantes de la ley a los que al menos podía recitar el código penal pertinente.

Como habíamos pagado una fortuna por las clases, nos regalaron un llavero del que colgaban una pequeña linterna y un silbato para que pudiéramos pedir ayuda si nos agredía algún maleante. El silbato era minúsculo y emitía un pitido agudo en un rango de frecuencias que sólo oírían los perros, pero era mejor que dar por sentado que gritaríamos pidiendo ayuda. Al principio de la clase practicamos los gritos en un ejercicio ideado para detectar si alguien se nos aproximaba por la espalda. Una de nosotras empezaba a andar y el falso agresor se le acercaba por detrás, acortando distancias con sigilo. Nada más percartarte de la aparición de tu posible agresor, se suponía que debías darte la vuelta de repente y gritar con todas tus fuerzas. Yo lo hice bastante bien, pero la mayoría sólo consiguió soltar un gritito ridículo. Una mujer dijo que le preocupaba herir los sentimientos del hombre en cuestión si ella había malinterpretado sus intenciones.

Pasamos el resto de la clase practicando toda una serie de ejercicios —como patadas y puñetazos simulados—, concebidos para poner a prueba y fortalecer los músculos que tanto habíamos ejercitado. Al igual que la semana anterior, no tardé en acabar derregada y cubierta en sudor. Durante los últimos treinta minutos, luchamos con varios contrincantes contratados para que nos acostumbráramos a responder con rapidez al atacar y ser atacadas. Al final de la clase me di una ducha bien caliente, sintiéndome llena de energía y eufórica por el esfuerzo. Sabía que, al cabo de media hora, se me agarrotaría tanto el cuerpo que no sería capaz ni de levantar los brazos. Volví a casa con la esperanza de tener algún ibuprofeno a mano.

Al llegar a mi barrio, encontré uno de esos milagrosos espacios para aparcar que tan pocas veces aparecen en mi camino. Sólo estaba a cuatro puertas de mi casa cuando cerré el coche y subí a la acera. Oí los chirridos de la verja y, al levantar la mirada, vi a Pearl en su silla de ruedas intentando pasar por la abertura con una rueda trabada en la valla. Le daba golpes con una de las muletas, como si la valla la hubiera atacado y ella tuviera que defenderse. Nunca la había visto tan enfadada. Cuando consiguió liberarse, vino a toda velocidad hacia mí por el camino de acceso. Movía los brazos tan deprisa que la silla de ruedas se inclinó ligeramente al topar con una grieta provocada por la raíz de un árbol. Pensé que volcaría y que se quedaría ahí tirada con las ruedas rodando en el aire, pero en vez de volcar casi me arrolla.

—¡Eh! —exclamé—. ¡No tan deprisa! ¿Qué te pasa?

—Estoy cabreada, eso es lo que me pasa. ¿No has visto nunca una pataleta? Pues ahora ya sabes cómo son.

—¿Qué te ha cabreado tanto?

—No es qué, sino quién.

—Pues entonces, ¿quién te ha cabreado tanto?

—Henry, ¿quién si no? Y no es que esté enfadada, ¡estoy furiosa!

—¿Por qué?

—Porque la he fastidiado. Ojalá no me hubiera animado a hacer pasteles, porque no consigo que me queden bien. No sé ni por qué me he molestado en intentarlo.

—No entiendo qué ha pasado.

—Te lo voy a decir. Preparé un pastel y lo metí en el horno tal y como ponía en la receta. Pero todo el centro se hundió, y cuando lo corté, era como una baba pastosa.

—¿No se supone que tienes que tocar el centro del pastel y ver si rebota antes de sacarlo del horno?

—¿Y ahora encima me vas a criticar?

—Lo siento. ¿Qué te ha dicho Henry?

—Me ha dicho que el termostato del horno funcionaba mal, pero eso es una trola que me ha soltado para que no me disgustara. Y que llamará a la compañía del gas, aunque sé que lo decía para quedar bien.

—Henry no haría eso. Si el termostato del horno funciona mal, a él le habría pasado lo mismo que a ti, o sea que claro que tendrá que llamar a la compañía. Y aunque hubieras cometido un error, ¿qué más da? ¿Es que nunca te equivocas?

—No, nunca. ¿Y quieres saber por qué? Porque no soporto sentirme así. Me



ha pasado un montón de veces, y jode de mala manera. Recuerdo que en primaria no sabía hacer sumas en la pizarra y escribía con montones de faltas de ortografía. Tenía ocho años, no me he sentido tan humillada en mi vida. Le conté a mi madre lo mal que lo pasaba, ¿y quieres saber qué me contestó ella? Me dijo: «Pearl, no tendrías que verlo así. No eres muy lista, así que no deberías esperar tanto de ti misma. Haz lo que puedas con lo que Dios te ha dado, que en tu caso no es tanto como para preocuparte».

Me eché a reír sin poder evitarlo.

—¡Será posible! Tu madre era tonta. No te pasa nada en absoluto. No te gusta hacer las cosas mal, ni a mí tampoco. ¿Quién quiere sentirse estúpido, incompetente o inepto?

—Pero tú sabes hacer un montón de cosas.

—No es verdad. Sé hacer unas cuantas cosas bastante bien. Todo lo demás intento evitarlo. De vez en cuando aprendo algo nuevo por casualidad, pero ahí se acaban mis logros.

—Dime una cosa nueva que hayas aprendido.

—He aprendido a ponerle gasolina al coche yo sola.

—Eso es ridículo. ¿No sabías ponerle gasolina al coche?

—¿Y ahora eres tú la que me critica a mí?

—Bueno —dijo Pearl a regañadientes. Y luego no pareció ocurrírsele nada más—. Me voy al bar de Rosie. Me dijo que podía ayudar en la cocina pelando patatas, y que me pagaría. El salario mínimo, pero no puedo quejarme.

—¿Quieres decir el salario mínimo?

—Eso es lo que he dicho. El salario mínimo.

—Mira qué bien. Un empleo remunerado.

La puerta trasera de Henry estaba abierta y *Killer* dormía en su esterilla, lo que me obligó a saltar por encima de él para llamar a la puerta mosquitera. Ahora ya sabía que *Killer* era un buenazo, pero es mejor no asustar a un animal de ese tamaño cuando está sumido en un sueño perruno. La otra norma es no molestar a un perro cuando quiere comer. Eso los puede volver muy gruñones. Henry estaba sentado en su mecedora, bebiendo un Black Jack con hielo mientras leía el periódico. Cuando me oyó llamar, gritó: «Está abierta», cosa que interpreté como permiso para entrar.

Parecía tan contento como sorprendido de verme. Dejó a un lado el periódico para poder levantarse y darme un abrazo muy digno que no implicara un gran

contacto corporal. Henry tiene ochenta y nueve años y yo treinta y nueve, pero no nos permitimos muchas confianzas.

—Anna ha pasado antes y me ha confesado que es ella la que está en estado de buena esperanza, así que te debo una disculpa.

—No me la debes, pero te la acepto de todos modos. ¡Menuda escenita! Me dejó estupefacta.

—Ya me lo imagino. La conducta de la tal señora Robb me pareció sumamente indecorosa. Y ahora todos están metidos en un lío de espanto —explicó ruborizado—. Disculpa mis modales. Debería haberte ofrecido una copa de Chardonnay.

—Gracias, me apetece mucho. También un par de ibuprofenos, si los tienes a mano. A mí se me han acabado. Vengo de una clase de defensa personal y espero no tener agujetas.

Henry volvió a su mecedora y dobló el periódico. No tardó en traerme una copa de buen vino blanco y una caja de antiinflamatorios, lo cual propició una larga conversación sobre Ned Lowe y mi consternación al descubrir que había estado viviendo en el semisótano de mi despacho justo debajo de mis pies. Esto le recordó a Henry que quería enseñarme los nuevos paneles de alarma, iguales a los que yo había instalado en mi oficina.

—¿Dónde está Lucky? —pregunté—. No lo he visto en el jardín.

—Ha ido a Harbor House a apuntarse para que le asignen una cama. Perdió la que tenía cuando lo echaron por culpa de su alcoholismo, y eso hizo que lo enviaran al final de la cola. No sé cuánto se tarda en llegar al principio de la lista de espera, pero Lucky hace lo que puede —explicó Henry—. Supongo que no te has encontrado con Pearl al entrar por la verja.

—La verdad es que sí. Deduzco que ha metido la pata al hacer un pastel y se ha cogido un buen berrinche.

—Esa mujer tiene un genio de mil demonios. He intentado explicárselo, pero me ha dicho que la trataba con condescendencia y me he callado —dijo Henry—. En cualquier caso, ahora la que me preocupa más es tu prima Anna. ¿Qué piensa hacer?

—Estaba a punto de preguntarte si te había dicho algo.

—Me ha preguntado qué haría yo en su lugar, pero me he negado a meterme donde no me llaman. No es una decisión que deba tomar precipitadamente, pero, por lo que dice, se le está acabando el tiempo. ¿Conociste a sus hermanos en Bakersfield?

Asentí con la cabeza.

—Ethan y Ellen. Los dos están casados y tienen tres hijos cada uno. A Anna le horrorizan sus vidas.

—¿Tú piensas lo mismo?

—En absoluto. Vi a Ethan con sus hijos y me pareció un buen padre: los controla, pero también les da libertad. Por desgracia, su carrera musical no ha despegado a pesar de que tiene mucho talento. Le resulta imposible compaginar familia y trabajo. Estoy segura de que muchos lo logran, pero Ethan no se encuentra entre ellos. No sé cómo lo lleva Ellen. La cuestión es que, según Anna, tener hijos es una trampa mortal.

—Me parece una lástima que no tenga una amiga que pueda servirle de ejemplo. Un modelo positivo podría hacerle cambiar de opinión.

Henry preparó la cena: ensalada verde y tortillas de queso con hierbas frescas. No era consciente de lo mucho que lo había echado de menos hasta que volvimos a charlar de nuestras cosas. A las nueve ya estaba en casa. Antes de hacer nada, saqué mi kit para limpiar armas y me senté frente a la encimera de la cocina. Cuando me aseguré de que la pistola funcionaba bien y estaba impoluta, la envolví en un trapo limpio y la guardé bajo llave en el baúl situado al pie de mi cama. Al deslizarme entre las sábanas me dolían todos los músculos del cuerpo, pero tenía el corazón en paz.

## El estallido Junio de 1979

El ascenso por el desfiladero les llevó veinte minutos, lo que no era mucho cuando te parecía estar a miles de kilómetros del centro. Desde la carretera que serpenteaba hacia la cima, Santa Teresa parecía a lo lejos una medialuna con el océano Pacífico acunado en su curva. Una ligera bruma se cernía sobre las playas. A pocos metros de la cima, Troy torció a la izquierda por Horizon Road, una calle que atravesaba un terreno montañoso que parecía aislado y remoto. Las pocas casas frente a las que pasaron estaban construidas a cierta distancia de la calle, en parcelas pobladas de árboles donde apenas se veían espacios abiertos. Había bastantes vehículos alineados a lo largo del arcén, lo que daba fe de la popularidad de la zona pese al peligro de incendio.

Sloan se iba fijando en los números de las casas, y señaló el de Austin cuando lo vio en un buzón metálico emplazado cerca de la calle. Troy aparcó la camioneta en un espacio vacío, con las ruedas ligeramente ladeadas contra la colina. Unos metros más allá, Sloan vio el coche de Bayard aparcado de forma similar, con las ruedas del lado izquierdo pegadas a la pendiente. Delante del coche de Bayard estaba el Thunderbird de Poppy, y algo más lejos la camioneta de Stringer. Troy y Sloan subieron trabajosamente por el empinado camino de grava que conducía hasta la casa. Cerca de la cima, donde habían talado gran parte de los árboles, se veían amplios espacios abiertos bajo un cielo soleado. La madre de Austin había dejado su ranchera aparcada frente a la propiedad.

La cabaña de los Brown estaba recubierta de troncos partidos, como si la hubieran construido los pioneros, aunque la casa no tendría ni veinticinco años. Sloan se fijó en el tejado de tablillas, que sin duda sería ignífugo. Dos chimeneas de piedra flanqueaban la estructura principal, y el amplio porche delantero estaba

amueblado con sillas rústicas de madera alabeada. A través de la puerta abierta se oía música procedente del fondo de la cabaña.

Cuando cruzaban el salón de camino a la cocina, Sloan y Troy vieron a través de la gran cristalera corrediza que la parcela era plana, y lo bastante grande para albergar una piscina con unas vistas impresionantes de la costa. La zona que rodeaba la piscina estaba pavimentada con baldosas de Saltillo, y había una gran barbacoa de piedra en un extremo. Una enorme parrilla de la marca Weber reposaba junto a la barbacoa. Los adolescentes pululaban alrededor de la piscina. La mitad de las tumbonas estaban ocupadas y el aire olía a Coppertone, a productos químicos para piscinas y a algún que otro porro.

Sloan vio que Fritz hacía la bomba desde el trampolín de la piscina, provocando un tsunami de salpicaduras. Las chicas chillaban y se apartaban para protegerse el pelo. El disco *Help!* de los Beatles sonaba a todo volumen en un radiocasete. Patti Gibson y Steve Ringer, más conocido como Stringer, bailaban descalzos sobre el suelo de cemento junto a la parte honda de la piscina. Sloan reconoció a dos alumnos de décimo, Blake Edelston y Roland Berg, con ninguno de los cuales tenía excesivo contacto. Bayard estaba fumando un porro. Sonrió a Sloan y a continuación dio un trago de bourbon con Coca-Cola del vaso que siempre llevaba encima.

Austin estaba sentado en un balancín metálico de color verde junto al otro extremo de la piscina. Iba en bañador y ya tenía la piel bronceada, de un bonito marrón rojizo. Su antigua novia Michelle, vestida con una camiseta rosa y unos *shorts* azules muy ajustados de la marca OP, estaba sentada en un cojín a sus pies como si fuera su acólita. Tenía una voluminosa maraña de rizos oscuros que le caían por los hombros. Michelle puso una mano con ademán posesivo en el muslo de Austin y miró a Sloan con los ojos muy abiertos. Al parecer, los dos volvían a salir. Quizás aquél era el motivo de que Austin se mostrara más benévolo. Mientras liaba un porro, miró a Sloan con una sonrisa lo bastante amistosa como para llevarla a pensar que no mentía acerca de la tregua. Puede que Sloan acabara acallando sus sospechas de que Austin era el autor del anónimo. Sería mejor dejar que su antagonismo mutuo se disipara sin echar más leña al fuego.

Habían puesto el barril de cerveza a la sombra junto a la parte trasera de la cabaña. Sobre una mesa reposaba una gran ponchera de plástico llena de un líquido rosa chillón en el que flotaba una isla de hielo sólido. También había un cubo con cubitos y una pila de vasos de plástico transparente. Iris servía el ponche en bikini, con la piel muy bronceada. Sloan supuso que Iris tomaría el sol

en su jardín casi todos los fines de semana. Fritz bebía ponche con tanto desenfreno como los demás; cualquier cosa con tal de sentirse parte del grupo.

Iris le sirvió a Sloan un vaso de ponche y le ofreció un segundo vaso a Troy.

—Zumó de alegría —dijo Iris—. A menos que preferáis una cerveza.

—El ponche ya me vale —respondió Sloan.

—Yo soy más de cerveza —dijo Troy cogiendo un vaso de plástico vacío.

Iris se bebió el ponche que le había servido a Troy y luego hizo una pausa para encender un cigarrillo. Probablemente se creía sofisticada para sus catorce años. Sloan no podía dejar de pensar en Iris espatarrada sobre la mesa de billar, mientras una cámara de vídeo que no dejaba de moverse grababa las despiadadas imágenes de su vejación.

Sloan bebió un sorbo de ponche. Tenía tanto alcohol que apenas se percibía el ligero sabor a fruta.

—¿Qué lleva esto? ¡Puaj! —exclamó Sloan haciendo una mueca.

—Sólo ingredientes naturales, excepto el colorante rojo. Vodka, limonada rosa y licor de endrinas, sea eso lo que sea. Las fresas son de cultivo biológico. Muy sanas.

—No veo ninguna fresa.

Iris le echó una mirada a la ponchera.

—¡Vaya! Me he olvidado de echarlas. Bueno, pues imagínatelas tú misma.

—No es asunto mío, pero ¿estarás bien aquí? Poppy me ha dicho que se suponía que ibas a dormir a su casa.

Iris hizo un gesto de fastidio.

—Mis padres están en un retiro que dura todo el día. Yoga tantra. Descubriendo su naturaleza espiritual a base de follar como conejos. No volverán a casa hasta después de la cena.

—Pues ten cuidado.

—Claro que sí.

Sloan cruzó el patio hasta donde se encontraba Austin y observó cómo se liaba otro porro, que guardó junto a varios más en una pitillera antigua.

—Veó que has llegado bien —dijo Austin.

—Esto es una maravilla. Cuando dijiste «cabaña», me imaginaba una como la de Abraham Lincoln.

—No es tan tosca. Echa un vistazo si te apetece.

—Gracias.

Sloan cogió el vaso de ponche y entró en la cocina. No estaba acostumbrada a beber alcohol, pero no quería parecer mojigata. Además, siempre se ponía un

poco tensa en compañía de Austin y el ponche la estaba ayudando a relajarse. Habían dejado todas las compras sobre las encimeras: paquetes de panecillos para hamburguesas, bolsas de patatas fritas, cebollas, condimentos, platos de papel y cubiertos de plástico. El fregadero estaba lleno de hielo, refrescos y botellas de agua. Parecía como si la cocina de propano con seis quemadores no se hubiera usado nunca. Al fondo se oía a los Beatles cantando *Yesterday*.

El salón estaba amueblado con dos grandes sofás tapizados y varias butacas de aspecto cómodo. La mesa de centro era un tablón de madera, en consonancia con la fantasía de la vida de la frontera. Sloan observó los suelos de madera de cerezo pulida, las alfombras de retales y las persianas de láminas pintadas de un azul suave. Una chimenea ocupaba el centro de la pared lateral, con un montón de leña apilada sobre el hogar de piedra. El interior de la casa olía a humo de leña, mezclado con un inevitable tufillo a mohó.

A un lado del amplio pasillo, Sloan vio literas en un dormitorio para invitados y camas dobles en los otros dos. La segunda chimenea se encontraba en la suite principal, que era más lujosa que muchas de las que había visto en Horton Ravine. Cuando Sloan estaba pasando frente al dormitorio principal, Poppy salió del cuarto de baño vestida con un bañador rojo sin tirantes. Llevaba los zapatos en la mano, y la ropa doblada cuidadosamente sobre el brazo. A través de su piel sedosa y traslúcida se adivinaba una tracería de venas azuladas. Bajo un sol intenso, se quemaría en media hora y pasaría una semana pelándose.

—Hola de nuevo —dijo Poppy.

—Oye, cuando te he pedido si me podías llevar en coche, no he pensado en que Iris subiría contigo. ¿Cómo va a volver a su casa?

—Si no me equivoco, la llevará Bayard.

—Estupendo. —Sloan intentó pensar en algo más que decir, pero Poppy y ella ya no eran capaces de hablar de naderías—. Bueno, te veré en la piscina.

Sloan se encerró en el baño, donde se puso el bikini deseando estar en cualquier otra parte. El rechazo de sus compañeros había tenido un curioso efecto secundario: se sentía distanciada de todo el mundo. Ahora entendía con qué facilidad podía traicionarse la lealtad, y qué poco significaban la mayoría de las relaciones. Dejó la ropa en una silla del dormitorio principal y se puso bien la parte de abajo del bikini. Aunque el bikini la favorecía, resultaba demasiado revelador para su gusto. Cruzó el recibidor y pasó por el salón y por la cocina en dirección al patio.

Fritz estaba en la parte menos honda de la piscina, con el agua hasta la cintura.

—¡Eh, Troy! ¡Coge esto!

Agitó las manos para salpicar a Troy, que estaba a punto de saltar a la piscina desde el trampolín.

El agua le dio a Troy en la cara. Las risotadas histéricas de Fritz resonaron por encima de los vítores cuando Troy saltó y se zambulló en el agua sin salpicar apenas. Austin observaba a Fritz con mal disimulado desprecio. Fritz iba un curso por detrás de ellos en Climp, y sus ganas de llamar la atención eran propias de su inmadurez. Bayard había sugerido que Fritz estaba colado por Austin. En aquel momento Sloan no dio demasiado crédito al comentario, pero era consciente de las continuas miradas furtivas que Fritz le lanzaba a Austin, como un niño que espera recibir la aprobación de su madre.

Sloan observó a Austin mientras éste se encendía un porro, aspiraba el humo y lo contenía durante unos diez segundos. Austin se volvía muy desagradable cuando se colocaba, por lo que Sloan esperaba no convertirse en la diana de sus cáusticos comentarios. Pese a los halagos que Austin le había dirigido durante su breve romance, las opiniones mordaces eran más habituales en él.

Sloan depositó el vaso en el borde de la piscina, cerca de la parte honda, y se sentó con los pies colgando en el agua mientras miraba cómo se besaban Patti y Stringer.

Poppy apareció de repente a su espalda.

—¿Me dejas beber un poco? —preguntó señalando el vaso de ponche.

—Claro, acábatelo. Es demasiado fuerte para mí.

Poppy cogió el vaso, bebió la mitad del ponche rosa e hizo una mueca similar a la que había hecho antes Sloan.

Sloan se deslizó por el borde de la piscina hasta meterse en el agua. Se dio la vuelta y se agarró al borde unos instantes antes de zambullirse hasta el fondo para disfrutar del silencio y de la sensación de libertad. El agua estaba bastante fría. Se impulsó hacia arriba desde el suelo de hormigón y cruzó la piscina a braza por debajo de la superficie del agua. Tendría que encontrar a alguien que la llevara a casa. No aguantaría ni veinte minutos en el coche de Poppy si ésta pensaba sonsacarle información tal y como había hecho antes. De momento parecía haberse olvidado del asunto, pero a saber cuánto tardaría en volver a las andadas.

Nada de esto merecía tanto rencor. Sloan decidió destruir la cinta tan pronto como llegara a casa. Desde la aparición de la cinta, todos los demonios del infierno se habían liberado. Había llegado el momento de meterlos de nuevo en la caja. Si Austin incumplía el trato, Sloan ya encontraría la manera de



solucionarlo. Por otra parte, creía que ni Troy ni Iris admitirían lo que habían hecho, pero si a uno de ellos le remordía la conciencia y lo confesaba todo, Sloan aún podría alegar no haber visto esa parte de la cinta. ¿Quién iba a contradecirla?

Cuando llegó al otro extremo de la piscina, salió del agua, cogió una toalla que colgaba de la tumbona que tenía detrás y se secó la cara. Luego se retorció el pelo y se colocó los mechones mojados detrás de las orejas. Stringer y Patti Gibson habían entrado en la casa. Betsy Coe y Roland bailaban al son de *Ticket to Ride* de los Beatles. Poppy se les acercó contoneándose y se unió al baile. Buen humor, mucha energía, bellos cuerpos. Todos tan jóvenes y sanos.

Con el rabillo del ojo, Sloan alcanzó a ver unos pies descalzos que se movían. Alguien se dirigió a ella.

—¿Me has robado la toalla? Eso no está nada bien.

Sloan se volvió y vio a Bayard tendido en la tumbona.

—Lo siento. No te había visto.

—Soy la invisibilidad personificada.

—¿Puedo comentarte algo? —preguntó Sloan de improviso—. Es confidencial, porque es posible que esté muy equivocada...

—¡Uy, me encanta! Suena muy jugoso.

—Bueno, puede que sí o puede que no. Cuando veníamos en la camioneta, Troy mencionó que el hecho de que lo pillaran copiando lo había eliminado de la competición por el premio Climping.

—No es ninguna sorpresa.

—No voy por ahí. La cuestión es que a mí también me eliminaron de la competición. Todo el mundo está convencido de que escribí el anónimo, y estoy segura de que los profesores sabían perfectamente que mis compañeros me hacían el vacío por esa razón. Son los profesores los que votan. Ninguno dijo nada, pero lo deduzco por la forma en que me miran. Es como si dijeran: «Mala suerte, chica, pero te lo mereces». ¿Entiendes lo que quiero decir? Me han metido en el mismo saco que a Troy y a Poppy, pero por chivarme, lo que aún es peor. Si copias, sólo te perjudicas a ti; si te chivas, perjudicas a otras personas.

—Oye, no te preocupes por eso. Ya es agua pasada.

—No lo creo. Escúchame: si Troy y yo ya estamos fuera de la competición, ¿quién crees que saldrá beneficiado?

La sonrisa de Bayard se desvaneció.

—Austin.

—Exacto, y fue él quien puso a toda la clase en mi contra.

—Ya lo capto.

—¿Te parece que voy muy desencaminada?

—No, creo que tienes razón. ¿Qué piensas hacer?

—Sin pruebas no puedo hacer gran cosa, y no creo que vaya a conseguirlas. Sólo tenía curiosidad por saber si opinarías lo mismo que yo.

—Claro que sí.

—¿Podrías llevarme a casa? Se suponía que me iba a llevar Poppy, pero preferiría ir contigo. Lo malo es que tengo que irme pronto para ocuparme de *Butch*.

—No te preocupes. Iris puede ir con Stringer, tiene sitio para ella en su camioneta. —Bayard dio unas palmaditas en el borde de su tumbona—. Siéntate aquí, pareces un poco tensa.

Sloan se levantó, se puso la toalla sobre los hombros y se sentó a su lado.

—Austin no es muy relajante que digamos.

—No dejes que te afecte lo que diga. Sólo tiene el poder que tú estés dispuesta a darle.

—¡Ja! Qué más quisiera yo.

Austin salió de la cocina y se acercó a la ponchera.

—¿Queréis acabároslo? Voy a preparar más.

—Vale —respondió Sloan.

—Yo paso —dijo Bayard.

—Vaya, pues será la primera vez.

—Austin, tengo que irme dentro de poco —dijo Sloan—. He dejado a *Butch* solo en el jardín.

—¿Por qué no llamas a aquella vecina, la señora Chumley? Tiene la llave de tu casa, ¿no?

—Sí, por si hay alguna emergencia.

—Pues pídele que vaya al jardín y deje entrar a *Butch* en casa. Puede encargarse de darle comida y agua, y tú no tardarás mucho en llegar.

A Sloan no le gustó el plan, pero no quiso poner reparos. Le pediría a Bayard que la acompañara cuando encontraran la forma de escabullirse.

Austin cogió la ponchera y se la llevó a la cocina.

Sloan se levantó.

—Debería echarle una mano —susurró.

—De acuerdo. Será mejor que no parezca que estamos conspirando —dijo Bayard.

Sloan entró en la cocina justo cuando Austin vaciaba una botella de vodka en

el ponche, que ahora era de un verde chillón. A través de la puerta, Sloan vio a Fritz sentado en el suelo del salón. Aún llevaba el bañador mojado. Intentaba cambiar los canales del televisor con el mando a distancia pulsando los botones repetidamente, al parecer sin éxito.

—Eh, Austin. ¿Tienes pilas para este chisme?

—En el cajón de la mesita auxiliar. Si no ves ninguna, mala suerte.

Stringer asomó la cabeza desde el pasillo.

—¿Hay algo de comer por un casual? Me muero de hambre, y Patti acaba de potar un litro de bilis rosa.

—Estoy en ello —respondió Austin.

Echó la botella vacía de vodka al cubo de la basura que había bajo el fregadero y salió por la puerta trasera. Se detuvo al pasar junto a Michelle, que tomaba el sol tendida boca abajo en una tumbona. La espalda desnuda le brillaba a causa del aceite bronceador.

—¡Oye! —dijo Austin—. Vete a buscar las hamburguesas mientras enciendo la parrilla.

Michelle levantó la vista, irritada.

—Soy una invitada. No sé dónde están las cosas en esta casa.

—Tampoco lo saben los demás, así que adivínalo. Espabila, joder. No eres lo bastante guapa para ser tan inútil.

—Muchas gracias.

Michelle no se movió. Austin se la quedó mirando fijamente. La chica puso los ojos en blanco con expresión de fastidio, pero se levantó de la tumbona y se ató las tiras de la parte de arriba del bikini. A continuación se dirigió a la cocina.

—Capullo —musitó.

Austin volvió la cabeza.

—¿Qué has dicho?

—Nada. Voy a buscar la carne. ¿Alguna cosa más, su alteza?

—De paso, vacía la mesa grande y dile a Betsy que saque los condimentos. Nos los podemos servir dentro y luego comer aquí fuera.

Austin se dirigió a la barbacoa Weber, que funcionaba con un depósito de propano. Levantó la tapa, cogió un cepillo de alambre y rascó la parrilla. A continuación encendió los quemadores y bajó la tapa para que se calentara el interior de la barbacoa.

Troy se le acercó sin prisas.

—¿Necesitas ayuda?

—Vigila esto mientras voy a buscar aceite para la parrilla.

Sloan los vio hablar a través de la ventana abierta de la cocina. A su espalda, Michelle sacó un plato de hamburguesas de la nevera y lo dejó sobre la encimera. Luego cogió un cuchillo y una tabla de cortar y se puso a pelar una cebolla.

Iris apareció en el patio cuando Austin se acercaba a la puerta de la cocina. La chica extendió los brazos, le paso uno a Austin por los hombros y se colgó de él. Austin se esforzó por no perder el equilibrio, y cuando intentó quitársela de encima, Iris emitió un gemido de protesta.

—Suéltame —dijo Austin, enfadado—. ¿Qué te pasa, joder?

—Venga, Austin. ¿Por qué eres siempre tan borde conmigo?

—¿No te ha entrado en ese cerebro de mosquito que mi novia está aquí?

—A la mierda Michelle. ¿No te parezco mona?

—Como una tarántula. Me pones los pelos de punta.

—Pues haría cualquier cosa por ti —afirmó Iris.

—No hace falta que lo jures —replicó Austin apartándola.

—Lo digo en serio.

Mientras se dirigía con paso vacilante hacia la parrilla, Iris tropezó, se agarró a una tumbona y se desplomó encima, riéndose de sí misma.

—Llevo un pedo de la hostia.

Troy la miró con preocupación.

—Cálmate. Estás haciendo el ridículo.

Iris se tapó los ojos con la mano.

—¿Y tú por qué te metes?

—Te estoy dando un consejo. Alguien como Austin no le conviene a una tía tan colocada como tú. Tienes la reputación por los suelos, no la ensucies aún más.

—Sé cuidarme sola.

—Sí, claro. Ya lo hemos visto. ¿Crees que no se va a aprovechar de ti?

—Estoy enamorada de él.

—No es verdad.

—Sí que lo es.

—Pues no se lo digas. Si se entera, acabará metiéndote en algo bueno para él y no tan bueno para ti.

—No tienes ni idea.

Sloan escuchó la conversación con el corazón encogido. Iris era una adolescente insensata y descontrolada. Algún día su comportamiento le acabaría pasando factura. Sloan abrió un paquete de panecillos para hamburguesas y

después otro de platos de papel. Contó una docena y los puso sobre la encimera, junto a una pila de servilletas de papel. Austin se acercó a la cocina, abrió el armario de encima y sacó una aceitera con aceite de oliva.

—¿Cómo va por aquí? ¿Necesitas algo?

—Bien. ¿Tienes una cuchara de servir para la ensalada de patata?

—Voy a buscar una.

Austin se metió en la despensa.

Iris entró tambaleándose. Se apoyó en la mesa de la cocina y se sentó con cuidado en una silla de madera.

—¿Adónde ha ido?

—¿Quién?

—Austin.

—Está ocupado. Va a empezar a freír las hamburguesas —dijo Sloan con tono irritado. Dado el constante estado de embriaguez de su madre, no tenía paciencia con los borrachos.

—Eso ya lo sabía.

Fritz entró desde el salón.

—Eh, mirad lo que he encontrado.

En la mano derecha sostenía una pistola automática de pequeño tamaño.

Michelle lo miró alarmada.

—¡Joder! ¿De dónde la has sacado?

—Estaba en el cajón. Tíos, qué pipa tan acojonante. ¿Es una Smith and Wesson?

Austin salió de la despensa con un puñado de cubiertos de servir.

—No, imbécil. Es el Astra Constable de mi padre. Nos sentamos ahí fuera y disparamos a las ardillas.

—¿Los vecinos no se quejan? —preguntó Stringer.

—El club de tiro está a un kilómetro y medio de aquí. Se oyen disparos constantemente.

Stringer alargó el brazo para coger la pistola mientras Fritz fingía apuntar.

—Suéltala, tío. ¿Estás chalado o qué?

Fritz la apartó, intentando evitar que Stringer se la quitara.

Austin los miró a los dos.

—Cálmate, Stringer. No está cargada. Venga, Fritz, dámela.

Fritz le dio el Astra a Austin, y éste sacó el cargador y lo blandió como si hiciera un truco de magia.

—¿Ahora puedo verla? —preguntó Fritz.

—No lo sé, Fritz. ¿Te parece que sabrás manejarla?

—¿Hay algún truco?

—Claro que sí, capullo. Tienes que quitarle el seguro. ¿No ves series de polis? Y deja de agitarla o te dispararás en el pie. Vuelve a meterla en el cajón antes de que te acabe disparando yo.

Fritz volvió al salón, fingiendo disparar mientras hacía ruidos con la boca. Abrió el cajón de la mesita auxiliar y volvió a dejar la pistola donde la había encontrado.

Se oyeron carcajadas procedentes del patio, donde los Beach Boys cantaban: «*Fun, fun, fun till her daddy takes her T-Bird awa-hay*», se lo pasará de miedo hasta que su padre le quite el Thunderbird.

Poppy entró a toda prisa, hablando por encima del hombro.

—Muchas gracias, tíos. Yo también os quiero.

Austin le dio un vaso de ponche verde.

—¿Y qué hay de lo del vídeo? —preguntó Poppy.

Austin la observó atentamente, como un zorro en presencia de un conejo. Sloan se quedó paralizada. Blake y Roland entraron desde el patio peleándose en broma, sin percatarse de la quietud que de pronto había invadido la habitación. Troy, que entraba por la puerta trasera, percibió el silencio sepulcral y se detuvo en seco.

—¿De qué vídeo hablas? —preguntó Austin.

—Del que media clase no deja de chismorrear —respondió Poppy—. Una cinta guarra.

—¿Por qué no se lo preguntas a tu amiga Sloan?

—Ya se lo he preguntado, pero ella aún no la ha visto.

Austin sonrió.

—Y una mierda. Claro que la ha visto. Ahora estamos negociando para devolvérsela a su legítimo propietario.

—¿Quién es?

—Yo —contestó Austin—. El proyecto fue idea mía.

—Pero lo grabamos con mi equipo —gritó Fritz desde el salón—. Quiero que se me reconozca el mérito.

—Cállate, Fritz. Eres idiota.

Poppy esbozó una sonrisa vacilante.

—¿De qué va?

—¿La película? —preguntó Austin—. Es un programa de cocina en el que se usa manteca vegetal, que es el ingrediente de moda.

Blake y Roland se echaron a reír, y la carcajada estridente de Fritz se oyó desde el salón.

Poppy aún sonreía, pero su falta de seguridad en sí misma resultaba evidente.

—¿Por qué os troncháis todos? Venga, tíos. Contadme el chiste.

—Eres demasiado puritana —dijo Roland.

—¡No es verdad!

—Roland no sabe lo que dice —interrumpió Austin—. Él tampoco la ha visto, así que no te lo tomes mal. Se titula «Taco de billar: una historia de amor». Es el *show* de Iris y Troy.

Iris se contoneó y casi se cae de la silla.

Troy se dirigió a Poppy por detrás.

—¿Por qué no lo dejas?

Poppy se volvió. Parpadeó rápidamente, con las mejillas sonrojadas por la vergüenza.

—¿El qué?

—Ya sabes qué.

—¿A qué se refiere Austin con lo del «*show* de Iris y Troy»? Quiero saber lo que hicisteis.

—Deja de interrogarme, no tengo que darte cuentas de nada —dijo Troy.

—No he dicho que tengas que dármelas, sólo he preguntado por la cinta.

—¿Y por qué te importa tanto?

—Porque me dijiste que me querías y me diste tu anillo.

—Joder, Poppy —gruñó Austin—. Parece la letra de una canción mala.

—Pues es lo que me dijo.

—Devuélvele el maldito anillo. Obviamente, a Troy no le importas tanto como para decirte la verdad. ¿Quieres que te la diga yo, o prefieres oírlo de su boca?

—¿Oír qué?

Troy emitió un gemido gutural y se dio de cabezazos contra la pared. Miró a Sloan en busca de ayuda, pero ésta no fue capaz de mantener el contacto visual.

—¿Oír qué? —repitió Poppy.

—Vale, me la follé. A Iris —respondió Troy con irritación—. ¡Qué carajo, Poppy! No te pertenezco.

Cualquier atisbo de vivacidad se desvaneció del rostro de Poppy. Si antes había sonado vacilante y ofendida, ahora parecía petrificada. Se volvió lentamente hasta situarse frente a Sloan, que seguía de pie junto al fregadero.

Poppy se acercó a Sloan y la abofeteó. El ruido de la bofetada sobresaltó a

todo el mundo y se hizo un silencio sepulcral. Sloan estaba tan aturdida que ni siquiera reaccionó. Poppy la abofeteó de nuevo, y sólo entonces se llevó Sloan la mano a la mejilla, asombrada.

—Joder, Poppy. ¿Por qué la tomas conmigo? ¡No he sido yo la que se ha tirado a tu novio, ha sido Iris!

Poppy habría abofeteado a Sloan por tercera vez de no haberla agarrado Austin por la muñeca.

—Cálmate —dijo Austin.

—¡Cálmate tú, capullo! —replicó Poppy, indignada. A continuación se dirigió a Sloan—. Tendrías que haberme dicho la verdad. Se supone que somos amigas.

—Iris es tu amiga, Poppy. A mí me dejaste tirada.

—Nunca te lo perdonaré. ¡Nunca! Lo has sabido todo este tiempo y has dejado que hiciera el ridículo. Búscate a otro imbécil para que te lleve a casa.

Poppy cogió la ropa y el bolso. Al pasar por delante de Iris, se detuvo un momento.

—Eres patética —le espetó, y luego continuó andando.

Iris la observó salir de la cabaña con expresión apesadumbrada.



Martes, 3 de octubre de 1989

El martes por la mañana me encontré a Iris Lehmann y a su prometido, Joey Seay, sentados en un escarabajo Volkswagen de diez años aparcado frente a mi despacho. Cuando entré en el camino de acceso, los dos salieron del coche y se dirigieron a la puerta. Después de un breve intercambio de saludos, esperaron a que yo cumpliera con el ritual de abrir con llave y desactivar la alarma, hecho lo cual los hice pasar a mi despacho. El cartero había metido un puñado de facturas y catálogos por la ranura de la puerta. Me agaché, lo recogí todo y lo dejé sobre el escritorio. Les indiqué que se sentaran y luego me acomodé en la silla giratoria.

—¿Os apetece un café? —pregunté.

Iris estaba sentada con los brazos cruzados, procurando no mirarme a los ojos.

—No tengo tiempo. Joey me tiene que llevar al centro para que abra la tienda.

—Como quieras.

No pude evitar fijarme en las diferencias que había entre los dos. A Joey aún le quedaban cicatrices del acné que probablemente socavó su confianza durante la adolescencia. No es que tuviera las orejas enormes, pero una otoplastia no le habría venido nada mal. De nuevo me impresionaron las arrugas de preocupación que surcaban su frente. Me lo imaginé a los cinco, diez y quince años con la misma expresión agobiada. Aún vestía como un adolescente canijo. Llevaba unas zapatillas de deporte hechas trizas, unos vaqueros sujetos con un cinturón de cuero marrón abrochado en el último agujero y una camiseta de manga larga con anchas rayas horizontales en rojo, amarillo y verde. Me pregunté qué pensarían de sus dotes de mando los obreros que estaban a sus órdenes, dado que Joey tenía la mitad de los años que ellos y parecía incluso más

joven.

Iris llevaba un conjunto retro que consistía en una falda larga de seda azul marino y una blusa de manga larga y cuello alto con volantes. La blusa estaba hecha con una tela denominada «batista» en las pocas novelas románticas que había leído. La batista es una tela casi transparente, de modo que la blusa le cubría púdicamente el pecho y a la vez revelaba y resaltaba sus formas generosas. Mientras que Joey era como un niño que aún no se ha desarrollado del todo, Iris parecía tan lozana como un melocotón. Me fijé en que a Joey se le iban los ojos al escote de su novia con una expresión entre aturdida e incrédula. Que un pardillo como él tuviera acceso a tanta exuberancia probablemente lo mantenía despierto por las noches, maravillándose de su suerte.

—La madrastra de Joey me ha enseñado tu tarjeta —dijo Iris—. Cuando viniste a Yesterday dijiste que eras periodista, y ahora descubro que eres investigadora privada...

—Entiendo que quizá no te ha sentado bien.

—¿Que *quizá* no me ha sentado bien? ¿Me tomas el pelo? ¡Me has mentido!

—Es verdad, y lo siento. Buscaba información y no se me ocurrió otra forma de conseguirla.

—Pues mira qué bien. Supongo que piensas que eso justifica el engaño, pero no creo que mentir sobre tu profesión pueda excusarse.

—Lo siento, Iris. Si te hubiera conocido habría adoptado un enfoque más directo, lo que puede que hubiera sido mejor para las dos.

—Mejor para ti, quizá...

Joey le puso una mano consoladora en el brazo y le habló con voz suave.

—Nena, la señora Millhone se ha disculpado. No nos desviemos del tema, porque esto no tiene nada que ver con la razón por la que hemos venido.

Iris lo fulminó con la mirada, pero pareció aceptar su sugerencia. Obviamente, Joey sabía cómo manejarla y le reconocí una madurez que no se apreciaba a primera vista.

Ahora los dos parecían incómodos. Fue Joey el que rompió el hielo.

—La razón por la que hemos venido es que ha pasado algo, y mi madrastra cree que deberíamos contártelo.

—Soy toda oídos —dije, antes de recordar que le sobresalían las orejas como los retrovisores de un coche.

Joey se volvió hacia Iris.

—¿Quieres hablar tú o prefieres que lo haga yo?

—Ya hablo yo —dijo Iris. Aún parecía enfurruñada y decaída, pero al menos

había dejado de meterse conmigo—. Lo que ha pasado es que me pareció ver a Austin Brown un par de veces la semana pasada.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo?

—La primera vez fue el martes de la semana pasada. Joey y yo estábamos jugando al billar en el Clockworks, un bar que está en la parte baja de State Street. Yo me preparaba para tirar cuando miré por casualidad a mi izquierda y vi a Austin en la otra sala. Sólo un momento, pero supe que era él.

—¿Cómo lo supiste?

—¿Has visto fotos tuyas? Una cara como la de Austin no se olvida tan fácilmente. Es un tío muy guapo. Tiene los pómulos marcados y una sonrisita despectiva, como si se creyera mejor que los demás. Se ha dejado crecer el pelo y llevaba gafas de sol de espejo, pero al verme se las quitó y nos miramos a los ojos. Me puse tan nerviosa que fallé el tiro, y cuando volví a levantar la cabeza, ya se había ido.

—¿Crees que Austin quería que lo vieras?

—No hizo ningún esfuerzo para esconderse. Por otra parte, si yo no hubiese levantado la vista en aquel momento, puede que él hubiera seguido andando sin detenerse.

—¿Qué crees que hacía en el Clockworks?

—Solíamos quedar allí después del colegio. Yo ya no iba tanto cuando salí de Climp, pero muchos otros chicos sí. Puede que Austin fuera pensando en los viejos tiempos.

Me la quedé mirando, intentando encontrarle sentido a lo que acababa de decir.

—Me extraña bastante.

—¿Por qué?

—No parece muy inteligente por su parte. Ha conseguido desaparecer durante diez años. ¿Y ahora vuelve de repente y entra en un bar en el que podrían reconocerlo?

—Es justo al revés. Austin siempre actúa como si lo tuviera todo bajo control. Puede que no esperara verme, pero cuando se dio cuenta de que yo lo había visto a él, tuvo que simular que había sido idea suya. Como si lo hubiese hecho a propósito, aunque yo lo hubiera pillado.

—Entiendo. Has mencionado que lo has visto más de una vez.

—También lo vi este viernes. Iba en un coche que pasó por mi lado en State.

—¿El viernes pasado? ¿Estás segura?

—El viernes es el día que voy al banco. Iba hacia allí cuando pasó Austin.

—¿No te vio?

—Miraba hacia otro lado.

—¿Conducía él?

Iris asintió con la cabeza.

—¿Iba alguien más en el coche con él?

—Llevaba un pasajero, pero no conseguí verlo bien desde donde me encontraba. Me pareció que era Fritz, pero puede que me equivoque.

—¿Qué hora era?

—Debió de ser poco después de la hora de comer, porque tuve que cerrar la tienda veinte minutos para hacer un ingreso en la sucursal de Wells Fargo que está en la esquina de State con Fig.

—¿Estás segura de que era Austin?

—No al cien por cien, pero bastante segura sí —respondió Iris—. Si no lo hubiera visto el martes, puede que ni me hubiese fijado en él.

—Qué curioso —dije.

—¿Le vas a contar el resto? —preguntó Joey.

—Supongo —respondió Iris de mala gana—. El día que viniste a la tienda no me preguntaste si había visto a Fritz, pero sí que lo había visto. Cuando salió del correccional llamó a Stringer, Steve Ringer, y dijo que sería estupendo si Steve pudiera reunir a unos cuantos de la antigua pandilla. El compañero de piso de Stringer es otro amigo nuestro llamado Roland Berg, así que nos invitaron a mí y a algunos amigos más a su casa. Joey no fue porque no conocía a nadie de Climp.

—¿Quién más fue, además de ti?

—Patti Gibson. Ahora está casada, y su marido también fue. Veamos... Betsy Coe, Michelle y yo. Bayard, por supuesto. Blake Edelston estaba invitado, pero yo tuve que irme antes de que llegara.

—¿Y Troy?

—Él no. No tiene mucha relación con la peña de Climp últimamente.

—¿Cómo fue?

—¿La fiesta? Aburrida. No tengo nada en común con esos tíos. Fui para no ser maleducada y porque tenía curiosidad, pero tampoco tanta.

—¿Qué te pareció Fritz? ¿Crees que la cárcel lo ha cambiado algo?

—Estaba tan insoportable como siempre. Tiene una risa que me saca de quicio. Delante de otros chicos de Climp siempre parecía inseguro y un poco ido. Sigue igual.

Joey, el apuntador de Iris en la gran obra de la vida, preguntó:

—¿Vas a contarle lo que dijo Fritz?

Iris lo miró sin comprender.

—Sobre el chantaje —aclaró Joey.

—Ah, vale.

—¿Sabes lo de la extorsión? —pregunté.

—Todo el mundo lo sabe. Tú lo mencionaste cuando viniste a la tienda haciéndote pasar por periodista —contestó Iris, incapaz de resistirse a lanzarme otra pulla—. Nada más enterarse del chantaje, Fritz nos llamó para protestar por lo de los veinticinco mil dólares. Estaba muy cabreado porque sus padres no querían pagar. Se quejó a todo el mundo.

—Vaya, por eso estabais todos tan bien informados —observé—. Y yo que creía que era un asunto privado.

—No hay nada privado para Fritz. Nunca dominó el arte de tener la boca cerrada.

—¿Comentó quién creía que estaba detrás del chantaje?

—No, pero en mi opinión parece algo propio de Austin. Le gustaba tenerte bien pillado para poder obligarte a hacer lo que él quisiera.

—¿Crees que ha vuelto por eso?

—No me sorprendería. Como Fritz siempre le cayó mal, ¿por qué no apretarle las tuercas?

—Hablando de Fritz, ¿cuándo hablaste con él por última vez? —pregunté.

—No recuerdo la fecha exacta. En algún momento de la semana pasada.

—Bayard nos invitó a su piscina y Fritz estaba allí —explicó Joey.

—Y luego nos llamó cabreadísimo porque el extorsionista había dejado un mensaje en el contestador de sus padres —añadió Iris—. Mencionó a Austin, así que seguro que pensaba lo mismo que yo.

Negué con la cabeza.

—No estoy segura de entender de qué va todo esto.

—Pues estamos en el mismo barco —dijo Iris.

Joey se revolvió inquieto.

—Bueno, ya no hay nada más que decir. No es que quiera meter prisa, pero los dos tenemos que ir a trabajar.

—Os agradezco que hayáis venido —dije—. Si veis a Austin de nuevo, ¿me llamaréis?

—Claro —respondió Joey. Al levantarse extendió el brazo y me estrechó la mano—. Siento las prisas, gracias por atendernos. Me alegro de volver a verte.

—Lo mismo digo.

Nada más irse Iris y Joey, llamé a Lauren McCabe.

Cuando me identifiqué, percibí la decepción en su voz.

—Esperaba que fuera Fritz —explicó.

—¿Aún no ha dado señales de vida?

—No. Mencionaste la posibilidad de denunciar su desaparición, y a Hollis le pareció buena idea. Esta mañana ha ido a la comisaría.

—Muy bien, me alegro. Es una buena decisión.

—Dijiste que si Fritz no había aparecido ya, tú nos ayudarías.

—Por supuesto, pero lo haré a mi manera. Si yo me equivoco, la responsabilidad será mía. Si vosotros os entrometéis, abandonaré la investigación.

—De acuerdo, siempre que le expliques tus condiciones a Hollis —dijo Lauren—. Cree que el que debe llevar la voz cantante es él. Entiendo tu punto de vista, y aunque yo estoy dispuesta a darte carta blanca, puede que él no se muestre tan conforme. No tendría sentido que yo no me entrometiera pero Hollis sí. Ahora mismo está enfadadísimo conmigo.

—¿Por qué?

—Porque dice que tendría que haberle permitido ocuparse de este asunto desde el principio.

—La última vez que hablamos del tema me dijiste que los dos estabais de acuerdo. ¿Qué habría hecho Hollis de otra forma?

—Habría fingido aceptar las condiciones y entonces se habría enfrentado al extorsionista antes de darle el dinero.

—¿Y si el extorsionista hubiera exigido que el dinero se depositara en algún lugar remoto? La mayoría de los chantajistas no aceptan encontrarse cara a cara con sus chantajeados. Quieren el dinero, no que sepas quiénes son.

—Hollis habría insistido. Si no, no habría llegado a ningún trato.

—Venga, Lauren. Eso es ridículo. Puede que el extorsionista se hubiera negado a colaborar y hubiese enviado la cinta directamente al fiscal del distrito.

—Entonces no habría conseguido ni un centavo.

—Das por sentado que el motivo es económico.

—¿Qué otro motivo podría haber?

—Haceros sufrir. Destrozaros la vida. Algo por el estilo.

—Dios mío.

—No debería haberte dicho eso. Lo siento. Me pasaré por tu casa lo antes posible.

Colgué, recogí el correo y me lo metí en el compartimento exterior del bolso.

Ya me había levantado y me disponía a salir cuando sonó el teléfono. Como de costumbre, tuve la tentación de dejar que saltara el contestador, pero decidí contestar por si era Lauren de nuevo.

—Kinsey, soy Erroll.

Volví al escritorio y me senté con el corazón desbocado.

—¿Cómo está Phyllis? ¿Está bien?

—Confiamos en que sí. Sternberg le ha practicado un coma inducido.

—¿Te refieres a tu amigo el neurocirujano?

—Sí, lo siento. Tom Sternberg. Dice que cuando el cerebro se inflama después de una herida así, la presión puede dejar sin oxígeno algunas zonas. El tejido inflamado también puede dañarse al presionar la parte interna del cráneo. Es cuestión de reducir la actividad eléctrica y ralentizar el metabolismo cerebral para minimizar la inflamación. Tom tendrá más datos cuando la saquen del coma. De momento está estable, es todo lo que sabemos.

—¿Se recuperará?

—No existe ninguna garantía, pero Tom se muestra optimista —respondió Erroll—. Ha pasado algo más, y no es una buena noticia. Ned ha vuelto.

—¿Al piso? ¿Cuándo?

—Ayer por la tarde.

—¿Cómo sabes que era él? Pregunta estúpida, olvídala. ¿Cómo entró?

—Aún tenía las llaves de Phyllis. Esperé a que me fuera a trabajar y abrió la puerta. Puede que yo no me hubiera dado cuenta, pero contraté a una empresa para que viniera a limpiar la sangre de la moqueta aquella misma tarde. Cuando abrí la puerta para que entraran los de la limpieza, vi que Ned había destrozado el piso.

—¿No habían cambiado la cerradura?

—Se lo notifiqué al administrador de la finca y le pedí que enviaran a un cerrajero, pero no ha venido hasta esta mañana, y para entonces el daño ya estaba hecho.

—¿Por qué volvería Ned? Corría un riesgo enorme.

—Para inspeccionar las cajas de embalaje que aún no había abierto.

—¿Todas?

—Eso parece. Fue muy sistemático y esta vez se tomó todo el tiempo del mundo.

—¡Mierda! —exclamé.

—No me has dicho qué es lo que buscaba.

—Cree que su ex mujer tiene una caja con los recuerdos que él les quitó a

todas sus víctimas. Por eso necesita averiguar el nuevo nombre de su ex y su dirección actual. Phyllis me mencionó que había anotado los datos en un trozo de papel que luego metió en una caja de embalaje.

—¿Cómo se enteró Ned de eso?

Le conté todo lo que había sucedido hasta entonces y le expliqué que no sólo descubrí dónde se escondía el fugitivo, sino también cómo había conseguido pincharme el teléfono.

—Instaló una extensión, así que lo único que tenía que hacer era tumbarse allí abajo y escuchar todas mis conversaciones.

También le relaté el intento de Ned de quemarme viva, y cómo le disparé a través del respiradero.

—Eso explica que haya dejado el piso hecho un asco. Se quedó allí el tiempo suficiente para cambiarse la venda de lo que debe de ser una herida muy fea. Usó una botella de agua oxigenada, gasas y cinta adhesiva. Luego robó el Valium y los analgésicos que le recetan a Phyllis y echó los frascos vacíos a la basura. Al parecer, no puede resistirse a mostrarnos lo listo que es...

—¿Podrías poner al inspector Altman al corriente?

—Es la siguiente llamada de mi lista.



Cuando llegué al piso de los McCabe, Hollis estaba en casa. Había ido a la comisaría a denunciar la desaparición de su hijo y luego había llamado a su secretaria para decirle que aquel día no iría a trabajar. Los tres nos sentamos en el salón. Por si la conversación que íbamos a tener no fuera a ser ya lo bastante difícil, Lauren no le había dicho a Hollis que me había despedido. Cuando repetí las condiciones que había estipulado para seguir investigando, Hollis no tenía ni idea de lo que le decía. Pasamos diez minutos aclarando los detalles, lo que pareció mosquear bastante a Hollis. Menuda sorpresa.

Lauren procuró suavizar las cosas.

—Supongo que querrás ver su habitación —dijo—. Puede que así se te ocurra adónde ha podido ir.

Dado que nunca había estado en la habitación de Fritz, no me pareció que tuviera mucho sentido verla, pero ahora los tres nos esforzábamos por ser amables y preferí seguirle la corriente.

—Te dejaré para que eches un vistazo —dijo Lauren después de mostrarme el dormitorio. A continuación se marchó, cerrando la puerta tras de sí. Supuse que Hollis y ella tendrían otra discusión tensa, probablemente la continuación de la que tuvieron al descubrir que Fritz había falsificado la firma de su madre y se había largado con veinticinco mil dólares en efectivo. Cada vez que levantaban la voz me venía a la memoria el motivo por el que me alegró tanto de ser soltera.

La habitación de Fritz no era como me esperaba. Creía que lo habían malcriado, por lo que supuse que tendría de todo y más: su propio teléfono con contestador, un televisor, un tocadiscos con altavoces, cámaras, raquetas de tenis, esquís, una tabla de surf, monopatines, guitarras, y cualquier otra cosa que un chico como él considerara imprescindible. No me equivocaba respecto al teléfono con contestador, pero sí respecto a todo lo demás. Su dormitorio era tan austero como una celda de cárcel, lo que ahora tenía cierto sentido. Lauren no

mintió al afirmar que el armario de Fritz estaba lleno hasta los topes, pero sólo porque Hollis y ella habían metido allí todas las posesiones de su hijo antes de que éste ingresara en la cárcel. Las perchas estaban tan apretadas que costaba determinar qué había allí, por no mencionar lo que podría haberse llevado Fritz. Casi todas las prendas parecían típicas de un chico de quince años, aproximadamente la edad que tenía cuando las bombas legales empezaron a estallarle en la cara. Su vida se interrumpió bruscamente durante ocho años, y ahora que había vuelto a casa, toda su ropa estaba pasada de moda y probablemente le quedaba pequeña.

No vi libros de ficción ni de texto, ni revistas, ni fotografías, ni cuadros, ni discos ni casetes. Tampoco vi ningún *walkman*, ni correspondencia personal. No había basura en la papelera. Nada estaba desordenado porque sus posesiones eran muy escasas. En el baño, vi la maquinilla de afeitar, el desodorante, el cepillo de dientes y el dentífrico alineados en el estante de cristal encima del lavabo. En la ducha, su jabón en forma de Mickey Mouse colgado de la barra. En el botiquín, un frasco de aspirinas y una caja por abrir de tiritas de distintos tamaños. No me pareció que se hubiera llevado ninguno de los artículos de aseo habituales. En cuanto a las mudas de ropa, era imposible saberlo.

Recorrí de nuevo su habitación y estudié el teléfono y el contestador. No parecía haber mensajes, pero pulsé *play* de todos modos. Una voz monótona me aseguró que Fritz no tenía mensajes. Abrí y cerré los cajones de su escritorio, pero no encontré nada de interés. A fin de demostrar la minuciosidad con que una investigadora de mi calibre actúa en estos casos, me puse a cuatro patas y miré bajo la cama. También inspeccioné la parte inferior de los cajones de la cómoda, el interior y la parte posterior del depósito del retrete y el espacio que había entre el colchón y el somier. Por primera vez, le tuve lástima. No es que mi compasión fuera a servirle de nada, pero ahora sabía lo desgraciada que era su vida.

Cuando salí del dormitorio de Fritz, Hollis estaba de pie junto al bar, preparándose una copa. Eran las dos de la tarde, probablemente su hora habitual para empezar a beber.

—¿Qué, Sherlock, has encontrado alguna pista? —preguntó Hollis—. ¿Algún mensaje secreto escrito con tinta invisible?

El tono jocosos apenas disimulaba su agresividad.

—No necesito encontrar mensajes secretos. O bien Fritz pensaba entregar los

veinticinco mil al extorsionista, o se los ha llevado para quedárselos él —respondí.

—Desde luego que se los ha llevado para quedárselos —saltó Hollis—. ¿No se te ha ocurrido hasta ahora? Lauren no puede aceptarlo, pero a mí me parece evidente.

—Lo único que tenía que hacer era pedírnoslo —dijo Lauren—. Le habríamos dado el dinero si hubiéramos sabido que era tan importante para él.

—¡No le habríamos dado ni un centavo! ¿Acaba de salir de la cárcel y ya se cree con derecho a recibir esa cantidad? ¿Por hacer qué?

Cerré los ojos unos instantes, deseando chasquear los dedos y desaparecer. Ésta era exactamente la razón por la que no quería trabajar para los McCabe.

Hollis se volvió hacia mí.

—No habría venido mal que esto se te hubiera ocurrido antes de que Fritz nos estafara.

—Ya se le ocurrió —dijo Lauren conteniendo las lágrimas—, pero yo no quise escucharla.

—¿Por qué te alteras tanto? ¿Ya te vuelve a entrar la llorera? —preguntó Hollis.

Levanté una mano.

—Lo único que hice fue sugerir la posibilidad. No parece que Fritz se haya llevado ninguna de sus pertenencias. Seguro que no se ha llevado sus artículos de aseo, lo que indica que no esperaba estar fuera mucho tiempo.

—Al menos esta vez te estás ganando el sueldo, para variar —dijo Hollis.

—Puedes ahorrarte el sarcasmo, Hollis, si no te importa —repliqué. Ya me habían despedido una vez, así que un segundo despido me daría igual. Aunque no había peligro de que eso sucediera, porque los dos pasaron por alto mi comentario.

—Tendríamos que haber ido a la policía desde el principio —dijo Lauren—. Fritz ha decidido actuar por su cuenta y seguro que acaba metiendo la pata.

—¡Ya la ha metido! —exclamó Hollis.

—No creo que sea demasiado tarde para hablar con la policía —dijo Lauren—. Fritz tendrá que apechugar con las consecuencias. Nosotros intentamos protegerlo, pero sólo estamos empeorando las cosas.

—¿Cómo pueden empeorar aún más? Fritz ya ha robado el dinero. Ni siquiera sabemos dónde está —dijo Lauren.

Dirigí la mirada al contestador que reposaba sobre una mesita colocada bajo el arco que separaba el recibidor del salón.

—¿Os importa si le echo un vistazo al contestador?

—¿Para qué? Si hubiera mensajes nuevos, la luz parpadearía —respondió Hollis.

—Me interesan los mensajes antiguos —expliqué—. Iris ha pasado por mi despacho esta mañana para decirme que vio a Austin dos veces la semana pasada. También ha mencionado que el extorsionista dejó un mensaje para Fritz en vuestro contestador. He comprobado el de su dormitorio y no hay ningún mensaje.

Lauren se encogió de hombros como muestra de conformidad.

Me dirigí al aparato y pulsé *play*. El mayordomo mecánico que se ocupa de estos asuntos me aseguró que no había mensajes nuevos. Y a continuación dijo: «Tiene diez mensajes antiguos».

Mientras seguía presionando la tecla *play*, la máquina dijo: «Primer mensaje». Se oyó un pitido. «Lauren, cariño, soy Florence. Lo siento, pero no podremos ir el martes por la noche.»

Cuando Florence explicaba por qué ella y Dale no podían ir, Lauren interrumpió para decirme que borrara el mensaje.

Pulsé el botón de borrar y el mayordomo mecánico empezó de nuevo desde el principio de la lista modificada. «Primer mensaje.» Pitido. «Señor McCabe, soy Harley, de Richard's Auto Care. Su Mercedes está listo. Díganos si quiere que pasemos a recogerle.»

Miré a Hollis, que frunció el ceño con impaciencia.

—Bórralo —dijo señalando hacia el contestador con el vaso.

Borré el mensaje y pulsé nuevamente *play*. Escuchamos siete mensajes antiguos, ninguno de los cuales resultó relevante. El último decía así: «Hola, Fritz. Espero que reconozcas esta voz de tu pasado. Basta de excusas de mierda. Suelta la pasta o sabrás lo que es bueno. Quiero ese dinero, así que será mejor que encuentres la forma de conseguirlo. Te recogeré en la esquina de State con Aguilar el viernes al mediodía. Si no te presentas, buena suerte, colega. La vida se te va a complicar muchísimo».

La expresión de Hollis pasó de la impaciencia a la consternación.

—¿Quién coño es ése?

—Supongo que podría ser Austin —contesté—. Iris lo vio por segunda vez el viernes al mediodía, conduciendo por State. A Iris le pareció que Austin llevaba a un pasajero, pero no pudo ver quién era. La hora coincidía con las instrucciones que recibió Fritz.

—¿Estás diciendo que el chantaje es cosa de Austin? —preguntó Lauren.

—Eso parece.

—¿Crees que ha guardado la cinta todo este tiempo?

—¿Y eso qué importa? —interrumpió Hollis—. O bien ya la tenía, o sabía dónde estaba y volvió para recogerla. Sea como sea, el imbécil de tu hijo acaba de darle veinticinco mil dólares a un fugitivo, así que ya te puedes despedir de ese dinero.

—No es el dinero lo que me preocupa.

—Ahora dices eso, pero no es lo que decías cuando empezó toda esta historia.

—¿Crees que tú no has cambiado de opinión? Si hubiéramos hablado con el FBI de entrada, ahora no estaríamos metidos en este lío.

—No sé de dónde sacas una cosa así. Si hubiéramos puesto una denuncia, Fritz ya estaría en la cárcel.

—Eso tú no lo sabes, ni yo tampoco —repuso Lauren.

—Bueno, al menos no habríamos perdido los veinticinco mil. Podríamos haberlos usado como anticipo para que algún abogado de campanillas nos sacara de ésta.

—¡Un momento! —exclamé—. Todas estas discusiones no conducen a ninguna parte. Necesito una foto reciente de Fritz. La enseñaré en las taquillas de la estación de autobuses, en la de trenes y en el aeropuerto para ver si alguien recuerda haberle vendido un billete.

En el coche, mientras volvía a casa, repasé mentalmente la discusión que habían tenido sobre la fecha de la llamada crucial, que podrían haber recibido en cualquier momento de los últimos diez días. Ninguno tenía la costumbre de escuchar los mensajes. Fritz había ido al banco el viernes por la mañana, y nadie lo había visto desde entonces. Parecía que el extorsionista era Austin Brown. No estaba del todo convencida, pero tampoco tenía razones para dudarlo. La cuestión era que Fritz se había encontrado con alguien el viernes al mediodía, y ahora estábamos a martes por la tarde. Si habían salido de la ciudad juntos, me llevarían cuatro días de ventaja. ¿Cuánto les iban a durar los veinticinco mil? Austin no me parecía muy dado a compartir, por lo que probablemente se desharía de Fritz más pronto o más tarde.

Di dos vueltas por el barrio y encontré sitio para aparcar a una manzana y media de mi casa. Mientras me dirigía a pie a mi estudio, decidí que tendría que encontrar algo de tiempo para correr los cinco kilómetros de rigor. Me agaché y

recogí el periódico de la acera al cruzar la verja. En la portada vi la misma fotografía en blanco y negro de Ned Lowe que había visto en la circular del Departamento de Policía de Santa Teresa. Al pie de la fotografía se resumía el historial delictivo de Ned.

«La policía busca a un hombre de California que agredió e hirió de gravedad a una residente de Perdido antes de huir de la zona el pasado sábado 23 de septiembre. La identidad de la víctima se mantendrá en secreto hasta que sus familiares hayan sido notificados. Ned Lowe, de 55 años, fue visto por última vez el lunes en el centro de Santa Teresa, donde roció de gasolina la fachada lateral de un bungalow con intención de prender fuego a la estructura. Existen indicios de que llevaba viviendo en el semisótano de la pequeña oficina una semana antes de que se descubriera su presencia. La inquilina del bungalow disparó y probablemente hirió al fugitivo poco antes de que éste huyera a pie. Se busca a Lowe en relación con las muertes de cinco adolescentes de California, Nevada, Arizona, Nuevo México y Texas a lo largo de los últimos seis años. También se lo considera sospechoso de la muerte de su primera esposa, Lenore Redfern Lowe, acaecida en Burning Oaks, California, en 1961.

»Según la Patrulla de Carreteras de California, se cree que Lowe conduce un Oldsmobile Cutlass Supreme rojo de 1988 robado, con la matrícula de California LADY CPA. De acuerdo con la descripción policial, Lowe es de raza blanca, mide 1,80 y pesa 88 kilos.»

Esto empezaría a mover las cosas.

Me jorobaba que el administrador no hubiera cambiado de inmediato las cerraduras del piso de Phyllis. Según dijo Erroll, Ned se dedicó a inspeccionar todas las cajas de embalaje de Phyllis y luego destrozó el piso. Parecía lógico suponer que Ned no hubiera encontrado lo que buscaba. De haberlo encontrado, habría salido a toda prisa de la ciudad en busca de Celeste. Suponiendo que ésta aún guardara los recuerdos de Ned, por supuesto. La prensa había advertido a la gente del peligro de que ese hombre anduviera suelto. Entre los artículos y su herida de bala supurante, Ned necesitaría otro lugar donde esconderse.

Me puse el chándal y fui andando hasta Cabana Boulevard, donde el carril bici discurría paralelo a la playa. Recorrí el primer kilómetro con escaso entusiasmo porque estaba muy oxidada. Aún tenía los músculos agarrotados después de mi clase de defensa personal del día anterior. Era una tarde agradable, con una temperatura de alrededor de veinte grados y una brisa que

encrespaba las olas en el océano. Por el momento dejé a un lado el espectro de Ned y me centré en otro problema.

En nuestra última conversación, Henry planteó un tema interesante: que las opiniones de Anna respecto a la maternidad se debían, en cierto modo, al hecho de haberse visto expuesta a actitudes en gran parte negativas. Su hermano Ethan y su hermana Ellen tenían seis hijos entre ambos. Aunque Ellen parecía felizmente casada, su vida estaba lastrada por el agotamiento. Durante mi breve estancia en Bakersfield no llegué a conocer a sus tres hijos, pero Ellen no me pareció un dechado de amor maternal. El matrimonio de Ethan distaba mucho de ser ideal, y si bien sus métodos de crianza me parecieron respetables, la presencia de los niños había frustrado su carrera como músico. Lo vi actuar en un pequeño bar de Bakersfield, donde cantaba acompañándose con una guitarra. La transformación resultaba asombrosa. Me pareció evidente que verse confinado en Bakersfield reduciría sus posibilidades de ser descubierto por un agente o una discográfica. Por lo que yo sabía, Anna carecía de talento y de ambición, pero ansiaba una vida mejor y, a su modo de ver, los niños suponían un impedimento.

Se me ocurrió que mi amiga Vera, con sus cinco chiquillos tan preciosos y bien educados, podría ser un modelo positivo para Anna mientras ésta sopesaba sus opciones. Cuando acabé de correr, me duché, me vestí y llamé a Vera para explicarle la situación.

—Me encantaría que Anna te viera en acción —dije—. Ahora cree que tener hijos equivale a enterrarse en vida. Incluso ha hablado de llenarse los bolsillos del abrigo de piedras y meterse en el río. Aunque no es que tengamos uno por esta zona...

—Entiendo. No te preocupes. Ven con ella hacia las cinco. Los gemelos ya tendrían que haber vuelto del colegio a esa hora.

—Espera un momento. ¿Scott y Travis van al colegio? No puede ser. ¡Si sólo tienen seis meses!

—Lo decía en broma, querida. Si recuerdas, no conociste a Abigail hasta que cumplió un año y medio.

—¡Pero conocí a los gemelos hace unos meses! Incluso les tejí a los dos unos patucos con ositos en las suelas.

—Es verdad, y eran adorables. No tenía ni idea de tu afición al ganchillo. Cambiando de tema, Neil está de guardia esta noche. No llegará a casa hasta muy tarde, así que cenaremos lo que nos apetezca. Ven dentro de un rato y Anna podrá presenciar cómo les doy de comer. Es mejor que ir al zoo.

Cerré con llave y a continuación recorrí al trote las tres puertas que me separaban de la casa de Moza Lowenstein y llamé a la puerta. Cuando Moza apareció, recordé que no sólo era dura de oído, sino que seguiría pensando que yo estaba embarazada. No tenía tiempo de aclararle las cosas.

—Busco a Anna. ¿Está en casa?

—Está durmiendo la siesta.

—¿A estas horas? Es casi la hora de cenar. ¿Trasnochó anoche?

—No sé si vino en coche.

—¿Te parece bien que la despierte yo? —pregunté mientras me metía por el pasillo.

—Yo que tú no lo haría —respondió Moza, pero yo ya estaba casi en la puerta del dormitorio de Anna. Moza me siguió, observando con inquietud cómo llamaba a la puerta de Anna, y luego la abrió y asomaba la cabeza.

—Anna, nos han invitado a cenar. Quiero que conozcas a una amiga mía.

Anna se incorporó en la cama y se apartó un mechón de cabello oscuro de los ojos. Llevaba una camiseta vieja extragrande de color turquesa, que por supuesto a ella le quedaba de muerte.

—¿Me tomas el pelo?

—No tengo sentido del humor, Anna.

—¿Quién es tu amiga?

—Vera Hess. Vive en esa casa victoriana de color gris que está al lado de la de Cheney. Puede que la hayas visto.

—La mujerona rubia. Me muero de miedo cada vez que la veo.

—Tonterías. Es estupenda. Te encantará. Pero ahora espabila. Incluso tienes tiempo de ducharte si vas deprisa.

Cuando llegamos a la puerta posterior de Vera eran casi las cinco y media. Llamé una vez y le dije a Anna que entráramos. A Vera no le gusta que los invitados llamen al timbre o den golpes en la puerta, porque la obligan a interrumpir lo que esté haciendo para ir corriendo a abrir. Sus tres hijos mayores, Peter, Meg y Abigail, de cinco, tres y casi dos años respectivamente, estaban en la cocina, sentados a una mesita de madera blanca con sillas a juego. Los gemelos dormían plácidamente en sus asientos infantiles. Los dos tenían el pelo un poco mojado. Todos estaban recién bañados y llevaban pijamas como los que se ven en algunos catálogos infantiles de ropa carísima. Ya estaban comiéndose la cena, que en el caso de Peter, Meg y Abigail consistía en sándwiches calientes



de queso y tazones de sopa de tomate, mi favorita.

Vera tiene ayuda, no voy a ocultarlo. Mavis estaba frente a la cocina vigilando la sopa, que hervía a fuego lento y olía de maravilla. Vera se ocupaba de los sándwiches de queso calientes. Anna y yo nos sentamos junto a la encimera y las observamos. Comprendí por qué Anna se sentía tan intimidada: Vera era una fuerza de la naturaleza y parecía hacerlo todo bien. Yo había trabajado con ella en la aseguradora La Fidelidad de California en los «viejos» tiempos, cuando aún estaba soltera, fumaba cigarrillos y bebía botellas de Coca-Cola que guardaba en una neverita detrás de su escritorio. Había intentado emparejarme con el que ahora era su marido, el doctor Neil Hess, un médico de cabecera encantador que a Vera le parecía demasiado bajo para ella. Resultaba evidente que estaban prendados el uno del otro y confieso que hice de cupido, que consistió principalmente en permitir que Vera se cabreara conmigo en el aseo de señoras de la oficina porque creía que flirteaba con Neil.

—¿Cómo te va? —le preguntó a Anna.

—Regular —respondió ésta.

—Kinsey me ha hablado de tu situación. Ella piensa que deberías ver a una madre en acción, así que ahora podrás verla —dijo Vera.

Levanté una mano vacilante con intención de protestar. No esperaba que Vera fuera a adoptar un enfoque tan directo. Había imaginado algo más de sutileza para que Anna absorbiera gradualmente las cualidades de Vera y lo mucho que disfrutaba ésta siendo madre. Vera tuvo a sus hijos a una edad relativamente tardía, pero se había adaptado a la maternidad como si hubiera nacido con ese don. Pensé que Vera sería el antídoto perfecto a la opinión de Anna de que los bebés eran venenosos. Los hijos de Vera eran preciosos, alegres y simpáticos. Siempre estaban dispuestos a ayudar. Cuando acabaron de cenar, los tres mayores le llevaron los platos y los tazones a Mavis hasta el fregadero, y se los dieron con un «Gracias» encantador. No fue tan cursi y empalagoso como pudiera parecer.

Cuando Vera sacó lápices de colores y cuadernos para colorear, los tres volvieron a sentarse y se pusieron a garabatear con ahínco. Peter era aplicado, Meg muy precisa y Abigail una payasa. Los contemplaba embelesada, por lo que me llevó un momento captar lo que decía Vera.

—Claro que muchas veces me vuelven loca. Ya os podéis imaginar, cinco niños de menos de seis años. Tengo suerte de poder ducharme cada dos días. Hoy se están portando muy bien, cosa que sucede una vez a la semana. Espera a que uno pille un resfriado. Entonces todos se ponen malísimos, y me lo pegan a

mí y a veces a Mavis. ¿Verdad, Mav?

—Desde luego —contestó Mavis.

—No sé si te has planteado abortar —continuó diciendo Vera—. ¿Qué piensas hacer?

—Aún me lo estoy pensando —respondió Anna.

—Puedo ofrecerte una alternativa —dijo Vera—. Esperaba tener un hijo más, pero empiezo a estar talludita y a Neil no le entusiasma la idea de que acabe como una vaca lechera otra vez. La buena noticia es que no se opone a criar a otro niño, así que si decides seguir adelante con el embarazo, podrías considerar una adopción abierta.

—¿Dar en adopción al niño? —preguntó Anna.

—A la familia perfecta, como la que estás viendo ahora. Vivimos al lado de Cheney, así que podrías ver al niño tantas veces, o tan pocas, como quisieras. Mis hijos ganarían una hermana o un hermano, y todos contentos.

—No lo sé —dijo Anna con voz indecisa—. Ni siquiera lo había pensado.

—Es una posibilidad que podrías considerar —dijo Vera, tan práctica siempre—. Travis y Scott tendrán quince meses cuando nazca tu hijo. La diferencia de edad es ideal.

Levanté de nuevo la mano.

—¿Vera? —dije interrumpiendo su propuesta—. Jonah tendrá algo que decir al respecto, ¿no te parece?

Vera rechazó mi pregunta con un gesto.

—A los hombres no les preocupan estas cosas.

—Pues a él sí —repuse—. Ya tiene tres hijos estupendos a los que adora. Está colado por Anna y le apetece mucho tener uno con ella.

Me lo estaba inventando todo porque aún no había hablado del tema con Jonah, pero mi afirmación sonó plausible.

—Olvídate de Jonah. ¿Crees que va a arrimar mucho el hombro? Seguro que no. Centrémonos en Anna, es ella quien tiene que decidirlo. Así empezó nuestra conversación, cuando me dijiste que se iba a llenar los bolsillos de piedras y a saltar desde un puente.

—¿Le dijiste eso? —preguntó Anna mirándome de pronto—. No puedo creer que se lo mencionaras.

—Tú eres la que lo dijo —repuse a la defensiva.

—¡Iba en broma!

—Lo siento.

Noté cómo me ardían las mejillas. No podía creer el giro tan abrupto que

había tomado la conversación.

—No te preocupes —dijo Vera—. Al principio yo también me sentía así. Pasas por emociones de todo tipo, pero al final las cosas se arreglan. Puede que Jonah no se oponga tanto como crees. Me refiero a que nos conoce, y podría ser una solución para todos mientras él decide lo que quiere hacer respecto a Camilla. Si cambias de opinión, tampoco pasará nada. Sólo te pido que lo tengas en cuenta cuando sopeses todas tus opciones.

—No, si la idea me atrae, y te agradezco tu opinión —dijo Anna.

Poco después, Mavis se llevó a los tres niños mayores a la sala de juegos de la primera planta mientras Vera, Anna y yo nos comíamos los bocadillos y la sopa. Vera y Anna charlaban encantadas mientras yo intentaba recordar el momento preciso en que mi plan se empezó a torcer. Ya soy mayorcita para saber que cada vez que intento hacer una buena obra acabo metiendo la pata.

Miércoles, 4 de octubre de 1989

El hecho de que Santa Teresa sea una ciudad tan pequeña tiene una ventaja: aunque vivan en ella 85.000 almas, sólo hay una estación de autobuses, una estación de ferrocarriles y un aeropuerto con un total de seis puertas de embarque. Armada con una fotografía de Fritz, hice unos cuantos viajes breves para preguntar en las taquillas de los autocares Greyhound, en las de la estación de ferrocarriles y en los mostradores de Delta, United, American Airlines y USAir. Ninguno de los empleados recordó haber atendido a Fritz durante la semana anterior. Podría haber hecho una visita a las dos compañías de vuelos chárter, pero no creí que Fritz destinara parte del dinero que había conseguido con tanto esfuerzo a fletar un avión. Para mayor seguridad, tuve una breve conversación con cinco de los taxistas que hacían cola en el aeropuerto a la espera de clientes. Ninguno reconoció la fotografía de Fritz. Cuando volviera al despacho, haría un montón de fotocopias y se las enviaría a los veinte taxistas restantes. Era posible que Fritz hubiera salido de la ciudad en coche en compañía de Austin Brown o, si viajaba solo, que hubiera hecho autoestop hasta cualquier lugar desconocido. En resumidas cuentas, no encontré ni rastro de él.

Volví a casa de los McCabe a las ocho de aquella noche. Esta vez Lauren iba en bata y zapatillas y tenía aspecto de inválida. Hollis se estaba preparando una bebida y automáticamente me sirvió una copa de Chardonnay del caro. Les ofrecí un informe verbal de lo que sabía, y luego dije:

—Antes mencionasteis que no teníais parientes cerca de Santa Teresa.

—Tengo un hermano en Topeka, pero no ha dicho ni pío desde que metieron a Fritz en la cárcel —dijo Hollis—. Mira, Fritz tiene amigos de todo tipo. Incluso le organizaron una fiesta cuando salió del correccional. Se ha estado alojando en casas de amigos los fines de semana. Es un chico muy popular. No me vengas con lo de que nadie tiene ni idea. Seguro que Fritz le comentó algo a

alguno de ellos.

—Se lo preguntaré a Troy y a Iris mañana a primera hora —dije.

—¿Y qué hay de Bayard? —preguntó Lauren.

—También está en la lista.

—Cuanto antes hables con él, mejor —dijo Lauren—. ¿Crees que serviría de algo si ponemos un aviso en algunos periódicos? ¿Los de Los Ángeles y San Francisco, por ejemplo?

—Lo dudo. Si Fritz se ha ido voluntariamente, no va a estar mirando los anuncios por palabras para ver si le enviáis mensajes.

—¿Qué quieres decir con «si se ha ido voluntariamente»? ¿Insinúas que lo han secuestrado? —preguntó Lauren.

—Claro que no lo han secuestrado —dijo Hollis con tono irritado—. El chico está forrado. Va por ahí con un montón de pasta. Lo más probable es que haya ido a Las Vegas y ya se haya fundido todo el fajo de billetes.

—No sirve de mucho especular —repliqué—. La policía de Santa Teresa hará circular su fotografía y las circunstancias que rodearon su desaparición. Si queréis localizarlo, ellos son vuestra mejor opción.

—Ya veo que tienes mucha más fe en la policía que yo —dijo Hollis.

Por enésima vez, me senté en el coche y repasé mis notas, iluminándolas con mi pequeña linterna. Cuando me encuentro en un punto muerto, mi plan de acción consiste en empezar de nuevo desde el principio y volver a interrogar a todas mis fuentes por segunda vez. Coloqué un puñado de fichas boca abajo y elegí una al azar. El nombre de Bayard había pasado a un primer plano, así que me encaminé a su casa de Horton Ravine. Ya eran las nueve y cuarto y no sabía si sería prudente presentarme en casa de alguien a aquellas horas. No creí que durmieran, pero puede que ya se hubieran puesto el pijama y estuvieran absortos en su programa de televisión favorito. El día había tocado a su fin. Casi nadie se alegra de las intromisiones, y menos aún si vienen de mí.

Ellis me abrió la puerta. Iba descalzo y llevaba pantalones de chándal y otra camiseta blanca ajustada, esta vez sin nada escrito.

—Me disculpo por la hora —dije—, pero ha surgido algo relacionado con Fritz y querría hablar con Bayard.

—Ahora está con su masajista, pero acabarán en diez o quince minutos. Le diré que usted lo espera.

—No hay prisa —dije—. ¿Le importa si voy al baño?

—Tercera puerta a la derecha —respondió, y luego cruzó el recibidor en dirección a otra ala de la casa. Confieso que me tomé mi tiempo y fui abriendo varias puertas a lo largo del pasillo. La verdad es que no me pude contener. Si Ellis no quería que echara una ojeada, tendría que haberlo dicho. Armario para los abrigos, dormitorio, dormitorio, armario para la ropa de cama.

Encontré el baño, el cual estaba decorado con motivos egipcios. Las paredes estaban tapizadas con una tela estampada con criaturas mitológicas y una profusión de flores estilizadas. Había litografías de figuras humanas dibujadas de perfil, con los brazos doblados en posturas rígidas y los pies puntiagudos vueltos de lado. El tocador de taracea se extendía a lo largo de toda una pared. El taburete del tocador tenía el respaldo de caña y un asiento de brocado en tonos azules y dorados. Habían tallado cabezas de leones y hojas de loto en las barras del respaldo. Todo era sorprendentemente elegante. Cogí los distintos frascos de perfume y los olí, pero no me puse un poco detrás de las orejas. Estaba segura de que Ellis habría detectado enseguida la fragancia robada cuando coincidiéramos en la misma habitación.

Hice uso del aseo para no levantar sospechas. A continuación, como tenía un poquito de tiempo disponible, decidí echar un vistazo a mi alrededor. Vi que había una puerta a mi derecha y la abrí, por supuesto. Fui a parar a un dormitorio para invitados en el que todo hacía juego en distintos tonos de azul: moqueta, cortinas, ropa de cama, papel pintado. No había adornos a la vista, y los dos cajones que abrí estaban vacíos. Supuse que estarían destinados a los invitados que pasaran allí el fin de semana. Me fijé en la gran bolsa de lona con dos ruedas y en la maleta expandible con cuatro ruedas, ambas cerradas y colocadas al pie de la cama. Abiertas sobre la cama había una bolsa de mano de cuero negro y una maleta pequeña que probablemente cabría en el compartimento superior de un tren o de un avión. Las prendas de la maleta —camisas, jerséis y dos pares de pantalones— estaban cuidadosamente dobladas, mientras que la ropa de la bolsa parecía metida de cualquier manera. Habría jurado que la primera pertenecía a Ellis y la segunda a Bayard, quien probablemente no tenía mucha paciencia. Me sorprendió que no le hubiera ordenado a Ellis que le hiciera la maleta. Tanto la bolsa como la maleta eran nuevas y aún llevaban las etiquetas en las que constaban su capacidad, sus características exclusivas y sus precios desorbitados. La bolsa de mano de cuero negro llevaba una etiqueta con un monograma, BAM. Bayard Nosequé Montgomery. Arthur. Allen. Axel. Admiré el jersey de cachemira azul marino que había metido en la bolsa, junto a unos auriculares y un *walkman* que sin duda le serían útiles cuando llegara a su destino.

Volví de puntillas al baño, donde me lavé las manos haciendo mucho ruido y luego busqué a mi alrededor tratando de averiguar cómo secármelas. No sé por qué los ricos son tan dados a hacer cosas así. Qué falta de consideración por su parte. Las toallas de hilo de un blanco immaculado tenían el tamaño de una servilleta, y si usaba una, las huellas de mi manaza habrían obligado al ama de llaves a enviarlas a una lavandería especializada a Dios sabe qué precio.

Decidí secármelas en la parte de atrás de los vaqueros, donde las manchas mojadas apenas se verían. Tendría que procurar no sentarme.

Cuando regresé al salón, Ellis ya había vuelto.

—Bayard dice que puede esperar en la biblioteca, allí estará más cómoda. ¿Le apetece beber algo?

—No, gracias.

Me dejé a solas en la inmensa biblioteca, donde habría disfrutado como una posea si me hubieran permitido curiosear a placer. Me limité a echar una ojeada al montón de cartas sin abrir que había en la bandeja de Bayard, a inspeccionar rápidamente su cuaderno de direcciones y a repasar la nota que había escrito en la primera página de un bloc que también llevaba su monograma impreso. En la primera línea vi las iniciales «AA» rodeadas con un círculo y un interrogante. ¿Contemplaba Bayard la posibilidad de asistir a las reuniones de Alcohólicos Anónimos? Sería un paso importante. Bajo las iniciales, había escrito 8760RAK. La combinación de letras y números indicaba que podría tratarse de una matrícula de California. Encontré una hoja en blanco y copié las notas. Luego arranqué la hoja, la doblé, me la guardé en el bolsillo y dejé el bloc donde estaba. Me senté en una silla colocada al otro lado del escritorio y así conseguí aparentar inocencia cuando por fin apareció Bayard, envuelto en un albornoz de toalla blanco.

Debía de venir directamente de su sesión de masaje, porque tenía la piel y el pelo embadurnados de aceite.

—¿Cómo estás? Siento haberte hecho esperar.

—No te preocupes —respondí—. Te debo una disculpa por presentarme tan tarde sin haber llamado antes.

—Soy como una lechuza, a mí no me parece que sea tarde.

Bayard fue hasta el otro lado del escritorio y se sentó.

—Si has venido para decirme que Austin ha vuelto, ya lo sé. Fritz dice que le dejó un mensaje en el contestador de sus padres.

—Las noticias vuelan.

—Stringer me llamó y me dijo lo mismo. Se lo había contado Iris, aunque

ella no mencionó dónde lo había visto.

—En el Clockworks, el pasado martes por la noche. Joey y ella estaban jugando al billar. Iris se preparaba para tirar cuando vio a Austin. Y luego volvió a verlo el viernes, conduciendo por State Street. Iris no podía asegurar que Fritz fuera en el coche con él, pero ésa fue su impresión.

—¿En serio? De hecho, el viernes fue la última vez que vi a Fritz.

—¿Por la mañana o por la tarde?

—Se presentó aquí el viernes por la mañana. Yo tenía hora en el dentista a las diez y media, y me mosqueé con él porque no se iba. Estaba tan pasado de rosca que pensé que iba drogado.

—¿Por qué estaba tan excitado?

—No me lo dijo enseguida, pero eso es típico de Fritz. O bien te lo suelta de sopetón antes de que se lo preguntes o se anda con rodeos, lanza indirectas y deja caer alguna cosa hasta que acaba contándotelo todo. Ésa es su forma de guardar secretos.

—¿Qué te dijo esta vez?

—Que contó alguna patraña en el banco y acabó con veinticinco de los grandes en el bolsillo. Ya me había explicado cómo pensaba hacerlo, pero no creí que se atreviera.

—Puedes imaginarte lo contentos que están sus padres —comenté—. ¿Te dijo qué pensaba hacer con el dinero?

—Supuse que había decidido pagar al chantajista, lo cual me pareció un error.

—¿Cómo vino hasta tu casa si no tiene permiso de conducir?

—Había cogido el coche de su madre, así que estaría conduciendo sin carné. En mi opinión, debería largarse de aquí.

—¿Por qué lo dices?

—Porque Austin prometió vengarse. Eso salió en el juicio. Juró que mataría a quien lo delatara, y Fritz fue el que se chivó. Por lo tanto, Austin querrá matarlo.

—Diez años me parece una espera muy larga.

—¿Qué otra opción tenía? Fritz no salió de la cárcel hasta hace cuatro semanas. ¿Cómo iba a matarlo mientras permanecía encerrado? A menos que tuviera algún amigo en el correccional dispuesto a cargárselo, a Austin no le quedaba más remedio que esperar hasta que Fritz fuera puesto en libertad.

—Tienes razón. ¿Y por qué vino Fritz a verte a ti?

—Quería que lo acompañara cuando fuera a encontrarse con el extorsionista.



Como ya le había dicho que no por teléfono, intentó convencerme en persona. Me parecía un error que fuera, y yo no iba a ponérselo fácil.

—¿Cómo acabó la cosa? ¿Decidió Fritz encontrarse con Austin a solas?

—Supongo que sí. A menos que consiguiera embaucar a algún incauto para que lo acompañara.

Al llegar a casa me dediqué a tomar un montón de notas, cosa que apenas me alivió el estrés. Este asunto me estaba poniendo de los nervios y necesitaba cambiar de enfoque. A primera hora de la mañana siguiente fui al despacho, donde llamé a Diana Álvarez y la invité a comer. Había decidido llevarla al hotel Edgewater, con la esperanza de intimidarla lo bastante para resquebrajar su glamurosa fachada. Esperaba convencerla de una idea que se me había ocurrido, y quería ser yo la que llevara la voz cantante. Antes de acabar de explicarle mi propuesta, Diana me interrumpió.

—Se me ocurre un plan mejor: pagaremos a escote. Tengo una cita fija los jueves y me gustaría que tú también vinieras. Tú pagas tu parte y yo la mía.

—Ya sé lo que quiere decir «pagar a escote», Diana. Si tienes una cita, no quisiera entrometerme.

—No te preocupes. Nos encontraremos en el aparcamiento de Ludlow Beach, junto a las mesas de pícnic. Ven a las once y media. Si llegas más tarde, el plan se irá a la porra.

—Me parece bien.

¿Cómo se las había arreglado para acabar mangoneándome?

Mi relación con Diana Álvarez era bastante compleja. Su hermano, Michael Sutton, había entrado en mi despacho hacía algún tiempo con la esperanza de contratarme. Michael había leído un artículo en el periódico, publicado en el aniversario de un secuestro que tuvo lugar en Santa Teresa muchos años atrás. Alguien había secuestrado a una niña de tres años llamada Mary Claire Fitzhugh cuando jugaba en el jardín trasero de su casa en Horton Ravine, y Michael se había acordado de repente de algo relacionado con la muerte de la niña. Estaba convencido de que, a los seis años, se topó con los dos secuestradores cuando éstos enterraban el cuerpo de Mary Claire en el bosque. Aquellos dos individuos eran, de hecho, la pareja que había exigido quince mil dólares de rescate, cosa que me pareció que delataba su falta de experiencia. Sí, los veinticinco mil que pedía el extorsionista de los McCabe eran bastantes más, pero no dejaban de ser una cantidad pequeña.

Conseguí localizar la zona que Michael recordaba, pero entonces su hermana Dee —también conocida como Diana Álvarez—, de la que estaba distanciado, se presentó en mi despacho con pruebas de que Michael había confundido la fecha, y, por consiguiente, no podía haber visto lo que afirmaba haber visto. En realidad, Michael vio a los dos individuos enterrando billetes marcados procedentes de un secuestro de «prueba» que salió tal y como habían planeado, pero del que obtuvieron un dinero que no podían gastar. Cuando los secuestradores lo intentaron de nuevo, las cosas no salieron bien y la segunda niña murió.

Antes de aquello, Michael Sutton había estado sometido a la influencia de una psicóloga especializada en recuperar recuerdos reprimidos de abusos sexuales. La psicóloga lo convenció de que su padre y su hermano lo habían agredido sexualmente. Michael acabaría retractándose, pero la familia quedó destrozada por sus acusaciones y a partir de entonces lo consideraron tóxico, al menos en opinión de Diana Álvarez. Aquel primer encuentro con ella sentaría las bases de nuestra relación, que empezó con mal pie y que ahora comenzaba a mejorar. A mi modo de ver, lo único que la salvaba era su gusto en el vestir, y me avergüenza admitir que se lo copié nada más conocerla. Ahora, cuando no llevaba los vaqueros y las botas de rigor, me ponía zapatos planos y medias negras, minifaldas y jerséis de cuello alto. Dada mi condición de investigadora dura de roer no pensaba admitírselo a nadie, pero justo es reconocerlo.

Cuando aparqué en la zona de pícnic de Ludlow Beach, descubrí que la cita fija de Diana era un hombre que tenía una camioneta desde la que vendía los perritos calientes más deliciosos que había comido en mi vida. Pura lujuria. La cola de ávidos clientes ya casi daba la vuelta al aparcamiento, y sólo gracias a que Diana se abrió paso a empujones conseguimos encontrar un sitio cerca del principio. Insistí en invitarla y a continuación debatimos las virtudes de los perritos de Coney Island frente a los que vienen rebozados en harina de maíz, los de ternera frente a los de cerdo, el estilo neoyorquino frente al estilo de Chicago, los semiahumados frente a la *Bratwurst* y los orgánicos frente a nada, ya que, por cuestiones morales, ambas nos oponíamos a la comida orgánica de cualquier clase.

Nos sentamos cara a cara a una mesa de pícnic, gimiendo y profiriendo exclamaciones de placer mientras engullíamos los perritos cubiertos de mostaza, ketchup, cebollas, pepinillos y pimientos picantes. Necesitamos tres servilletas de papel cada una para limpiarnos después. Me habría gustado tumbarme en el césped y echarme una siesta, pero me pareció poco profesional. Cuando por fin

saqué el tema del homicidio de Sloan Stevens, me sorprendió mi nerviosismo. Apenas había pronunciado la primera frase, cuando Diana me interrumpió.

—Ya te dije que al director de mi periódico no le interesa ese asunto.

—Pues vende la idea en otra parte —repuse—. No me refiero a que lo saques como noticia breve. Esto da para un reportaje largo, quizá dividido en dos o tres partes. Escucha esto: a los chicos que participaron en el crimen no les ha ido nada bien. Es como si la muerte de Sloan los hubiera marcado de por vida. Retrocede en el tiempo y cuenta la historia desde el principio, cuando Iris Lehmann robó el examen. Aquel acto dio pie a todo lo que vendría después, y las consecuencias aún resuenan ahora. Ya sabes que Margaret Seay te ayudará en todo lo que necesites. Aún conserva las transcripciones del juicio, y esos documentos contienen un sinfín de detalles.

Diana se quedó mirándome sin decir nada.

Parecía muy poco convencida. No me percaté de lo mucho que me importaba aquel asunto hasta que examiné su expresión y comprendí que no le entusiasmaba la idea de abanderar la causa.

—Fuiste tú la que dijo que esta historia tiene todos los elementos necesarios para captar el interés de los lectores: juventud, sexo, dinero, traición.

—Eso es cierto —admitió Diana. ¿Cómo iba a refutar algo que había dicho ella misma?

—Las repercusiones de un delito como éste no tienen fin. Fíjate en todas las vidas que se han visto afectadas hasta ahora por la tragedia, y los problemas aún no se han acabado.

Diana cambió de expresión.

—Vaya vaya, me parece que ya lo capto. Cuando me llamaste por primera vez para hablar de Fritz McCabe, no mencionaste por qué estabas tan interesada en los detalles del caso.

—Sí que lo mencioné. Te dije que quería hablar con todos los implicados en el asunto.

—Porque te habían contratado para investigar algo, ¿verdad?

—Puede.

—¿De qué se trataba?

Tuve que reconocérselo, Diana era como un perro de caza cuando olfateaba una historia. Iba directa al meollo del asunto, y yo sabía que no se rendiría hasta que quedara satisfecha con las respuestas.

—Preferiría no entrar en detalles —contesté—. Es un asunto confidencial.

—¿Entonces a qué viene esta conversación? ¿Qué sentido tiene seguir

hablando?

—Fritz McCabe ha desaparecido. Su padre denunció la desaparición a la policía ayer por la mañana. Algunos de los detalles saldrán a la luz de todos modos, y me pediste que te tuviera informada de las novedades.

—Vale, has conseguido captar mi interés. ¿Qué clase de novedades?

—¿Sabías que Iris Lehmann está prometida con el hermanastro de Sloan, Joey?

—No lo sabía, pero me parece bastante raro.

—A mí también, pero casi todas las relaciones sentimentales me lo parecen. La cuestión es que vinieron a mi despacho el martes, porque Iris dice que vio a Austin dos veces la semana pasada.

—¿Por qué querría volver Austin?

—Buena pregunta. —Obviamente, la historia no tendría sentido hasta que le revelara a Diana los datos pertinentes—. ¿Me guardarás el secreto?

—Desde luego.

—Parece que Austin está detrás de una extorsión relacionada con una cinta pseudopornográfica que alguien grabó hacia la misma época en que mataron a Sloan. Ha amenazado con enviar una copia al fiscal del distrito si los McCabe no pagan el rescate.

Le detallé lo sucedido hasta el momento, incluyendo el viaje de Fritz al banco y su huida con los veinticinco mil en efectivo.

—¿Por qué idearía Austin un plan así?

—Supongo que necesitará los veinticinco mil. Su vida es un desastre. En vez de convertirse en un abogado de éxito está escondido en alguna parte haciendo Dios sabe qué. Desde luego, no es el futuro que él hubiera imaginado —respondí.

—Lo que nos lleva de nuevo a tu sugerencia de que el asesinato de Sloan ha tenido unas consecuencias devastadoras para quienes lo cometieron.

—Exactamente. Y lo mismo puede decirse de Troy. Me pareció un buen chico, pero la cárcel lo descentró y puede que nunca recupere el equilibrio.

—¿Qué hay de Bayard?

—Es un gandul alcoholizado que vive de su herencia. Ahora comparte casa con la viuda de su padre, a la que Tigg debía de doblarle la edad. Y luego está Poppy Earl. Era la mejor amiga de Sloan hasta que apareció Iris Lehmann. Poppy está escribiendo un guion sobre el asesinato, con la esperanza de hacer fortuna.

—Entiendo —dijo Diana—. Tendría que pensármelo. Conozco a un par de

directores de revistas que podrían estar dispuestos a arriesgarse.

—Te daré mi opinión, por si te sirve de algo —dije—. Pica alto o déjalo correr. No pruebes suerte en publicaciones regionales de poca monta. Piensa en *Vanity Fair*, o en revistas de esa categoría.

—¡Caray! Sí que eres ambiciosa... —Diana alargó el brazo y cogió el bolso—. Haré algunas llamadas y ya te diré algo.

Levanté una mano.

—Una cosa más. Quisiera decir algo sobre tu hermano Michael.

—Ni hablar —dijo Diana con voz tajante.

—Déjame decirte sólo una cosa. No tienes que responder. Créeme, soy experta en rencillas familiares y no te estoy pidiendo que cambies de opinión. — Esperé, y al ver que no se levantaba de la mesa y se iba, continué hablando—. Michael estaba muy desorientado, y sé que hizo un daño irreparable a varias personas a las que quieres, pero después intentó comportarse como es debido.

Diana permaneció en silencio un buen rato, y cuando yo ya estaba a punto de aceptar la derrota y olvidarme del asunto, suspiró profundamente y dijo:

—Vale, de acuerdo.

Jueves, 5 de octubre de 1989

Cuando volví a casa, mientras cruzaba la verja chirriante oí gemir a Lucky. Pensé que su perro habría muerto, pero cuando llegué al jardín trasero, vi a *Killer* observándolo fascinado, sin dejar de mover la cola. Qué animal tan increíble, con su pelaje corto negro, su franja leonada alrededor del cuello y aquella cara similar a la de un oso en tamaño y forma, con la curiosidad añadida de tener un punto naranja sobre cada ojo. Lucky parecía fuera de sí, y a Pearl se le estaba agotando la paciencia.

—¿No te da vergüenza armar tanto escándalo? —preguntó Pearl.

Miré a Lucky y luego a Pearl.

—¿Qué pasa?

—Un tío se ha quedado con su cama en Harbor House.

Me llevé las manos a las mejillas.

—¡Oh, no! —exclamé, como si la noticia fuera trágica. Estaba a punto de hacer un comentario sarcástico, pero Lucky parecía tan acongojado que no me atreví a burlarme de él—. Lo siento, iba a decir una tontería. ¿Cuál es el problema?

—No me dejan llevar a mi perro.

—¿Qué van a hacer en Harbor House con un perro? —saltó Pearl—. En cuanto se descuidaran, todos los pordioseros que hubieran pedido prestado un cachorro para mendigar querrían llevarlo allí. Entre cacas y ladridos, sería como una perrera. Los sintecho se merecen algo mejor.

Los miré de nuevo a los dos.

—Creía que me habías dicho que hace doce años que tienes a *Killer*.

Lucky se sorbió los mocos y se frotó un ojo lloroso con los nudillos.

—Desde que tenía seis semanas.

—Pues si Harbor House lo aguantó todo ese tiempo, ¿por qué no va a

aguantarlo ahora?

—El perro nunca estuvo en Harbor House —dijo Pearl con desdén—. Va contra las normas. Cuando Lucky llegó a la ciudad, pasó una noche en el albergue y metió al perro en su cama a escondidas. Estaba borracho... Me refiero a Lucky, no al perro. El encargado del albergue descubrió al perro y los puso a los dos de patitas en la calle. Entonces Lucky volvió a entrar y lo destrozó todo. ¿Quieres dejar de quejarte de una vez? —dijo Pearl dirigiéndose a Lucky—. Ya me quedaré yo al perro. Es mejor vivir con él que contigo. Al menos no se tira pedos por la noche.

Entré en mi estudio y me senté frente al escritorio. Mientras buscaba las fichas en el bolso, encontré las cartas que había metido antes en el compartimento exterior. Las saqué y las repasé rápidamente. Había recibido cheques de dos clientes distintos. Ambos solían pagar con retraso, así que los cheques me alegraron el día. Las otras cartas eran la misma basura de siempre, salvo un sobre blanco con remite de Perdido. Al abrirlo encontré una hoja blanca doblada, en la que habían escrito un número de teléfono con el prefijo 406 y el nombre «Hazel Rose», alguien de quien no había oído hablar nunca. Ni siquiera recordaba haber llamado a nadie que tuviera el prefijo 406, y desconocía a qué parte del país correspondería.

Abrí el cajón de abajo del escritorio y saqué el listín telefónico. En las primeras páginas, destinadas a servicios comunitarios, números de urgencias, oficinas gubernamentales y colegios públicos, había un mapa muy útil de Estados Unidos con los husos horarios diferenciados en colores pastel, y con los numerosos prefijos indicados estado por estado. Empezando por la Costa Oeste, en el huso horario del Pacífico, recorrí la página con el dedo pasando rápidamente por los estados de Washington, Oregón, California y Nevada. Pasé al huso horario de las montañas y enseguida encontré el prefijo 406. Cubría todo el estado de Montana, donde yo no conocía a absolutamente nadie. Saqué el atlas de Estados Unidos y fui pasando las páginas del índice alfabético hasta llegar a Montana, que se encontraba entre Misuri y Nebraska. Gracias a la información escrita en letra diminuta en un recuadro, me enteré de que la población de Montana pasaba de un millón y medio de habitantes, esparcidos en aproximadamente 375.000 kilómetros cuadrados. Ahora conocía muchos datos sobre un estado que nunca había visitado, pero seguía sin saber nada acerca de la tal Hazel Rose. Volví a leer el remite de la carta, y al verlo de nuevo me resultó familiar. Exclamé «¡Ah!» cuando se me encendió la bombilla. Era la nueva dirección particular de Phyllis Joplin en el complejo residencial donde Ned

Lowe la había molido a palos. Hazel Rose tenía que ser el nombre falso de Celeste Lowe. Su nueva dirección debía de encontrarse en alguna parte de Montana, lo que no restringía mucho la búsqueda. Ned había destrozado las cajas de embalaje de Phyllis en busca de esta información, que ella había tenido la precaución de enviarme por correo.

Me senté, medité unos instantes y descolgué el auricular. Luego lo volví a colgar. Ned había conseguido pinchar el teléfono de mi despacho, así que, ¿por qué no también el de mi casa? Desmonté el auricular y estudié el interior, donde no parecía haber ningún micrófono. Antes de ponerme a gatas para inspeccionar los zócalos en busca de micrófonos de contacto y otros artilugios de espionaje, recordé el receptor de banda estrecha que había comprado años atrás en RadioShack. Saqué el receptor del primer cajón de mi escritorio y busqué pilas nuevas. Peiné el estudio hasta convencerme de que no había ningún transmisor, y *entonces* me puse a gatear por el suelo.

Volví a mirar el papel doblado y marqué el número que me habían enviado. Al cabo de seis timbrazos saltó el contestador.

Nada. Ningún mensaje, y tampoco instrucciones. Sólo silencio, seguido de un pitido.

Dije: «Hola, me llamo Kinsey Millhone. Nos conocimos en tu casa de Cottonwood hace seis meses. Me ha dado tu número una amiga común que hace poco ha sufrido lesiones de gravedad. Te agradecería que respondieras a esta llamada. No tienes que mencionar tu nombre ni tu dirección, pero es imprescindible que hablemos».

Recité dos veces mi número de teléfono y luego colgué. Puede que Celeste estuviera junto al contestador, escuchando mi mensaje. Tendría que esperar para ver qué decidía hacer en respuesta a la noticia que acababa de darle. Entretanto, me escondí el papel doblado en el sujetador, donde sabía que no lo encontraría nadie. Qué pena me doy a veces.

No tuve más remedio que volver a centrarme en el trabajo para el que me habían contratado.

Busqué en mis notas los datos que Margaret Seay me había proporcionado para localizar a Steve Ringer, Roland Berg y Patti Gibson, cuyo apellido de casada ignoraba. Me fijé en que Steve y Roland compartían dirección en una urbanización para solteros de Colgate. Tomé la 101 y me dirigí hacia el norte. Iris mencionó que le habían organizado una fiesta de bienvenida a Fritz, por lo que podrían conocer su paradero actual.

Los edificios de dos plantas debieron de construirse en los años sesenta. Los



pisos de la planta superior tenían tejados inclinados rematados por claraboyas. Los bloques de estuco estaban distribuidos en grupos de cuatro, y cada grupo de bloques disponía de cuartos para las lavadoras, un gimnasio y una enorme piscina en el centro. Los pisos de la planta baja tenían patios lo suficientemente grandes para albergar fiestas improvisadas. Dada la calidez de aquella tarde otoñal, muchas ventanas con persianas de lamas estaban abiertas y la música llegaba hasta las terrazas, amuebladas en su mayoría con muebles de jardín, barbacoas, bicicletas y plantas de interior. Vi bañadores mojados colgados en las barandillas de hierro forjado, y un tufillo a marihuana se escapaba por una de cada tres puertas. Había mucho espacio donde aparcar, y no se permitía tener animales de compañía. Al norte, los montes de Santa Inés formaban un neblinoso telón de fondo.

Me sorprendió ver a tantos residentes. Era primera hora de la tarde y supuse que trabajarían de camareros desde las ocho de la noche hasta el amanecer. El piso en el que vivían Steve Ringer y Roland Berg se encontraba en un edificio que daba a la autopista. El tráfico parecía imitar el flujo y reflujo del Pacífico, pero con abundantes gases de escape añadidos.

Subí a la primera planta y llamé a la puerta. Me abrió un joven alto y delgado en chancletas, envuelto en un albornoz raído de felpilla verde que le llegaba hasta las rodillas. Llevaba el pelo recogido en una coleta, y tenía una perilla tan rala que daba pena verla. El joven se sonó estrepitosamente con un pañuelo de papel. Calculé que tenía veintitantos. La tuerca y el tornillo que le atravesaban el lóbulo de la oreja me refrescaron la memoria.

—Eres el chico de la tienda de fotografía —dije señalándolo con el dedo.

Negó con la cabeza, como si lo hubiera acusado de hacer novillos.

—He llamado a la tienda esta mañana y Kirk me ha dicho que me coja el día libre. No quiere que vayamos a trabajar si estamos enfermos.

—No soy una inspectora sanitaria. Nos conocimos hace un par de semanas, cuando fui a la tienda y te pregunté cómo se podía duplicar una cinta.

Esta vez fue él quien me señaló con el dedo.

—La exhibicionista.

—Era un asunto de trabajo.

—Sí, claro.

—Soy investigadora privada. Kinsey Millhone.

Le tendí la mano como si quisiera estrecharle la suya y luego lo pensé mejor. El chico ya había levantado los brazos como si alguien lo apuntara, reacio a contagiarme su infección de las vías respiratorias.

—Puede entrar si quiere, pero estaremos mejor aquí —dijo, y se sonó ruidosamente de nuevo.

Alcancé a ver un trozo de la moqueta naranja, y sospeché que los electrodomésticos de la cocina serían de color verde aguacate.

—Muy bien, así tomaremos el fresco —dije—. ¿Eres Stringer?

—El mismo.

Le entregué una tarjeta de visita.

—Estoy intentando localizar a Fritz McCabe. Ha estado alojándose en casa de algunos amigos y esperaba que pudieras decirme quiénes son.

—Nosotros —respondió Stringer—. Fritz estuvo aquí un par de fines de semana, pero nos hartamos de él enseguida. Leí en el periódico que acababa de salir de la cárcel y de pronto nos llamó por teléfono, soltando indirectas no muy sutiles sobre reunir a toda la peña de nuevo. Eso fue un par de días después de que volviera a Santa Teresa.

—Le organizasteis una fiesta de bienvenida.

—Fue idea suya. Ni a Roland ni a mí nos hacía ninguna gracia retomar la relación. El tío me daba pena, pero eso no significa que se nos tenga que pegar como una lapa. Ese chico está chiflado, ¿sabe? Por una parte, ha estado en la cárcel y se las da de tipo duro, de señor sabelotodo. Pero por otra, es como si aún tuviera quince años y no se enterase de nada, porque se ha quedado atrapado en el tiempo. Ya no me caía muy bien entonces, y me pareció que tenía mucha jeta al pedirnos que le hiciéramos una fiesta. Menudo mal rollo. Nadie se lo pasó bien. Fue un marrón de la hostia, pero ¿qué podíamos hacer? Nos metió en un aprieto. Le dijimos que sí una vez y dio por sentado que se nos podía pegar de por vida. Cuando quisimos darnos cuenta, ya se había instalado aquí y dormía en nuestro sofá.

—¿Lo viste el viernes pasado?

—Sólo un momento. ¿Hay algún problema?

—Uno muy grande. Nadie ha vuelto a tener noticias tuyas desde el viernes. No ha dicho ni pío desde entonces.

—Bueno, yo lo vi el viernes por la tarde. Me llamó el jueves por la mañana y dejó caer que esperaba que lo invitáramos. Le dije que estábamos ocupados, y entonces me pidió si podía venir a pasar la noche aquí de todos modos. Le dije: «No, tío, no puedes». Joder, ese tipo no capta las indirectas. Le dije que quizás otro día, para quitármelo de encima, y luego le expliqué que Roland esperaba una llamada, así que tenía que cortar. Llamó de nuevo el viernes por la mañana, muy excitado porque había conseguido los veinticinco mil pavos.

—Eso me han contado. ¿Pensaba pagar al extorsionista?

—Supongo que sí, pero después resultó que la historia había cambiado. Se presentó aquí con una versión muy distinta. Dijo que todo había sido un malentendido. Que el chantajista no pretendía hacerle una putada. Necesitaba el dinero y no se le había ocurrido otra forma de conseguirlo. Fritz le contestó que estaría encantado de ayudarlo. A nosotros nos contó que lo consideraba una especie de préstamo a corto plazo. Según él, ese tío había prometido devolvérselo en un par de semanas.

Me quedé mirando a Stringer como si le hubiera crecido una segunda cabeza.

—¿Lo dices en serio?

—Yo sólo repito lo que Fritz me contó a mí.

—No tiene ningún sentido. ¿El chantajista era alguien a quien Fritz conocía?

—Eso me pareció. Tendría que serlo, ¿no? No le prestarías veinticinco de los grandes al primer tarado que pasara por la calle.

—¿Fritz no te dijo quién era?

—No.

—¿Se lo preguntaste?

—¿Por qué iba a preguntárselo si me importaba un carajo? Me alegré de quitármelo de encima.

Entorné los ojos, intentando comprender ese giro inesperado de los acontecimientos.

—Se suponía que el extorsionista tenía que recoger a Fritz en el centro. ¿Es así como llegó luego a tu casa?

—Exacto. Ese tío lo trajo en coche. Pensaban ir de acampada juntos a Yellowweed y por eso pasó Fritz por aquí, para pedirnos un saco de dormir.

—¿Él no tenía uno?

—Sí, pero no quería volver a su casa por si se topaba con sus padres.

—Muy considerado por su parte. Los pobres están preocupadísimos —expliqué—. ¿Sabes qué? No me gusta nada todo esto. ¿Cómo hemos pasado de un chantaje a un viajecito de acampada de dos colegas?

—A mí tampoco me gusta, ahora que lo dice. Especialmente si nadie ha tenido noticias de Fritz desde entonces. La zona que rodea Yellowweed está muy aislada. Si Fritz pensaba que podía correr algún peligro, ¿por qué fue?

—Quizás al extorsionista se le ocurrió la propuesta de la acampada para conseguir que Fritz cooperara.

—Podría ser —admitió Stringer—. Ha conocido a Fritz, ¿verdad?

—Poco después de que me contrataran.

—No es que quiera dejarlo mal, pero ese tío es patético. Haría cualquier cosa para caerte bien. ¿Sabe lo que quiero decir? Es una de esas personas que no creen que los demás vayan a aprovecharse de ellas. Fritz piensa que el extorsionista es su amigo. No llegué a ver a ese supuesto colega porque se quedó esperando en el coche, me baso únicamente en lo que me dijo Fritz.

—¿Y si se trataba de algún conocido de la cárcel? Eso podría explicar por qué Fritz estaba tan contento. Puede que fuera alguien al que hubieran soltado hacia la misma fecha que a él, y que ahora intentara conseguir dinero fácil. O eso, o es alguien de la Academia Climping.

—Si es un ex alumno de Climp, ¿a qué venía tanto secreto? —preguntó Stringer.

—Puede que Fritz se mostrara tan reservado porque sabía que tú conocías a ese tipo.

Stringer se encogió de hombros para indicar su falta de interés en el asunto.

—Bueno, la cuestión es que Fritz necesitaba un hornillo de cámping y una linterna, así que le presté los míos. Le dije en plan sarcástico: «¿Seguro que no quieres también la tienda?», y me respondió que no, que ya tenían una. Así que le pregunté: «¿Qué demonios vais a hacer en Yellowweed?». Me miró como si estuviera chalado y contestó: «¿Y tú qué crees? Vamos a liar un petardazo y a bajarnos unas birras». ¿Un petardazo? Hace años que no los llamamos así. No es que quiera pelearme con él, pero me saca de quicio. Al menos prestarle esos trastos era mejor que tenerlo rondando por casa.

—¿Y qué hay de Roland? ¿Es posible que haya tenido noticias de Fritz?

—Si las hubiera tenido, me lo habría mencionado.

—¿Fritz aún tiene tu equipo de acampada?

—Sí, pero yo ya no lo usaba. Espero que me lo devuelva, pero si no, tampoco pasa nada.

Dirigí la mirada hacia el horizonte, pensando en lo que Stringer acababa de decir. A lo lejos, donde la cordillera de Santa Inés descendía hasta el valle, vi bandadas de pájaros impulsados por las corrientes térmicas, volando en círculos como motas oscuras.

—¿Cuándo viste a Austin Brown por última vez?

—Pues hará unos diez años. El tío desapareció cuando Fritz abrió la boca y se chivó a la policía.

—Iris Lehmann cree haberlo visto dos veces la semana pasada.

—Imposible. ¿Qué chorrada es ésa? Puede que Austin fuera un cabrón, pero no era imbécil. La pasma lo detendría enseguida.

—¿Por qué diría Iris algo así si no era verdad?

—No te puedes fiar de ella. Siempre ha dicho chorradas, tanto antes como ahora.

—Bueno, te agradezco la información —dije.

—A mandar.

Cuando ya me iba, me vino algo a la cabeza. Sigo sin poder identificar el impulso que me llevó a preguntárselo, porque no era una cuestión que hubiera meditado de forma consciente.

—Una pregunta más.

—Adelante.

—Tú eres uno de los chicos que fueron a casa de Margaret Seay el día en que vació la habitación de Sloan, ¿verdad?

—Sí.

—¿Quién encontró la cinta?

Observé cómo procesaba la pregunta, que pareció pillarlo desprevenido.

—Nadie. Nadie encontró nada. La policía ya había registrado el dormitorio, así que no había nada que encontrar.

—¿Estás seguro?

—Claro que estoy seguro. ¿Por qué lo pregunta?

—Sólo era una suposición. Vaciasteis el dormitorio poco antes de que pusieran a Fritz en libertad.

—Vale, pero no capto la conexión —dijo Stringer con cautela.

—Pensaba que la cinta había aparecido aquel día. Eras seis, y me cuesta creer que nadie soltara un grito al descubrirla.

—Pues nadie gritó, y no descubrimos nada. Se lo juro por mi madre —dijo Stringer levantando la mano derecha como prueba de su sinceridad.

No me quedó más remedio que aceptar su versión de los hechos, pero me costaba encajar las piezas. Había dado por sentado desde el principio que el chantaje guardaba relación con el descubrimiento de la cinta. O bien la cinta no apareció aquel día, o Stringer no sabía nada al respecto.

Bajé las escaleras algo inquieta y me dirigí al coche. En aquel momento, el paradero de Fritz era mi principal preocupación. Fritz me recordaba a Pinocho: pese a creerse muy listo, era bastante crédulo y parecía probable que acabara juntándose con malas compañías. ¿Su objetivo era caerle bien a la gente? Seguro que entregándoles veinticinco mil pavos les caería de maravilla. A su modo de ver, así resolvería el problema. Una vez pagados los veinticinco mil, todo se solucionaría. Podía llamarlo préstamo si quería, pero la posibilidad de recuperar

ese dinero era más que remota. Aunque tampoco es que eso le preocupara mucho. Puede que incluso se estuviera divirtiendo. Había sido más listo que sus padres, había engañado al banco y todo había salido de acuerdo con el plan previsto.

Ya era hora de intentar localizarlo. Como soy muy aficionada a las obviedades, decidí empezar por Yellowweed, ya que, según las últimas informaciones, era hacia allí adonde se había dirigido. El campamento abandonado estaba muy aislado y ofrecía privacidad, lo que lo convertía en el lugar idóneo para las transacciones clandestinas. Si Fritz fue hasta allí con aquel individuo el viernes, ¿por qué no había regresado aún? Puede que el plan original del extorsionista consistiera en llevarlo hasta allí y robarle el dinero. Quizás el tipo no se había percatado de lo innecesaria que resultaba la astucia cuando Fritz estaba tan dispuesto a entregar el dinero.

Hice una parada en una gasolinera, llené el depósito de camino a la 101 y luego me dirigí al desfiladero. Mientras serpenteaba montaña arriba, vi varios auras gallipavos que revoloteaban en lo alto. Conté cuatro, con las alas abiertas en forma de uve cerrada. A veces se inclinaban de lado a lado, lo que hacía que sus plumas de vuelo tuvieran un aspecto plateado bajo la luz del atardecer. El aura gallipavo, o buitre americano, busca alimento valiéndose del olfato, lo que al parecer no es habitual en el mundo de las aves. Cuando vuela bajo hasta el suelo, es capaz de detectar el olor de los gases que anuncian la descomposición de los animales muertos. El aura gallipavo se alimenta de carroña, y considera a los animales atropellados una especie de banquete inagotable que le ofrece la vida.

Aparqué el Honda a un lado de la carretera, cerca de la ladera ascendente. Éste debía de ser aproximadamente el punto en el que Troy había aparcado su camioneta la noche en que murió Sloan. Inicié el ascenso. El campamento para *boy scouts* de Yellowweed llevaba años desierto. El camino estaba cubierto de maleza, y probablemente me iba abriendo paso a través de hiedra venenosa que más tarde me produciría un virulento sarpullido. Los letreros que jalonaban el camino estaban descoloridos. Algunos tenían los postes partidos por la mitad, dejando a la vista un ramillete de astillas irregulares. Como suele ocurrir, la excursión me hizo constatar que no estaba nada en forma. Lo que más me fastidia de realizar determinado ejercicio, ya sea ir en bicicleta, practicar senderismo, correr o levantar pesas, es que te prepara únicamente para esa actividad, pero no necesariamente para cualquier otra.

En la cima, donde el terreno se nivelaba, hice una pausa para evaluar la

situación. A primera vista, me era imposible adivinar si Fritz y su amigo habían estado ahí. Los visitantes solían acceder al campamento por el antiguo camino de grava, que dada la sequía que sufríamos no mostraría huellas de neumáticos. Una fina capa de polvo se había posado sobre la maleza, pero puede que llevara meses allí. Conté ocho buitres más congregados en una serie de árboles despojados de hojas. Aquel tiempo tan seco había provocado un cambio prematuro de estación, y el follaje se había desprendido sin mucha ceremonia.

Los buitres ocupaban las ramas más bajas de un conjunto de árboles situados a unos cincuenta metros de donde me encontraba. Me fijé en que las ramas se habían combado bajo su peso. Algunos buitres saltaban torpemente sobre el terreno yermo, en dirección a los cimientos de una de las cabañas derruidas tiempo atrás. Dos de ellos anadeaban emitiendo gruñidos y silbidos, tan torpes como los pingüinos en tierra firme. Otro permanecía erguido, con las alas extendidas para secarse las plumas. Tenía las patas manchadas de blanco, como si se hubiera defecado encima. Era evidente que habían convocado una reunión, aunque todavía esperaban la lectura de las actas. Los buitres se habían reunido confiando en obtener algún bocado sabroso, pero al ver frustradas sus esperanzas parecían malhumorados e irritables. No los perdí de vista por si me consideraban un canapé.

Tras una inspección más concienzuda, me di cuenta de que alguien había estado en el campamento hacía poco. Vi leña apilada, y los restos de un fuego de campamento apagado con agua. Cuando las toqué, las cenizas estaban frías. Habían plantado una tienda en una parcela de tierra aplanada, y habían clavado las piquetas formando un gran cuadrado. Las marcas del suelo indicaban que alguien había desmontado la tienda y la había guardado. No voy nunca de acampada, así que no sé muy bien cómo se hacen estas cosas. Al parecer, habían usado una hoja de palma a modo de escoba antes de desecharla. Vi un montoncito de tierra barrida en forma de abanico, pero resultaba imposible adivinar qué hubo antes allí.

Habían arrastrado hasta el claro un gran cubo de basura de plástico. Alguien había echado en su interior una bolsa de plástico llena de latas vacías de judías con tomate, una caja vacía de perritos calientes y el envoltorio de celofán para los panecillos de los perritos calientes. Habían rematado tan saludable festín con una bolsa de Fritos, también vacía. Como me estaba muriendo de hambre, no pude reprimir una mirada anhelante al envoltorio de un paquete de galletas bañadas en chocolate.

Recorrí todo el perímetro del campamento. Ni latas vacías de cerveza, ni

colillas de porros, ni papel de liar. No estaba segura de lo que habrían hecho para entretenerse. Vi unas cuantas cabañas viejas derruidas, con cuyos escombros habían llenado la antigua piscina. El lecho de hormigón parecía un parterre de tamaño olímpico. Casi podía oír gritar a los chicos de nueve años mientras hacían la bomba. El «relleno» de la piscina era una maraña de aspecto traicionero compuesta de vallas viejas y troncos partidos procedentes de los restos de las cabañas. Debió de discutirse si era mejor sacar los escombros o dejarlos donde estaban, pero dado que el campamento dos veces abandonado no volvería a usarse, los imperativos económicos prevalecieron. La piscina estaba rodeada de árboles centenarios, por lo que la luz solar no habría llegado muy lejos y la superficie del agua se habría cubierto de cieno y de hojas podridas.

Algunas partes del sotobosque parecían pisoteadas. Los tallos cortados indicaban que algún vehículo había aplastado la maleza no hacía mucho. Entretanto, los buitres no me quitaban ojo. Uno de ellos consiguió emprender el vuelo con un aparatoso aleteo, y dos más siguieron su ejemplo. Me preocupaba el tufillo a perro muerto que llegaba de vez en cuando. Podía haber sido un ciervo, pero no me lo pareció. El hedor no venía de ningún punto en concreto. Olisqueé en varias direcciones, pero no conseguí detectar su procedencia. Ya estábamos a jueves, y Fritz llevaba desaparecido desde el viernes anterior. Dirigí la vista hacia la parte baja de la empinada ladera. A unos veinte metros de donde me encontraba divisé un bulto. Parecía como si alguien se hubiera desplomado colina abajo y ahora yaciera inconsciente.

Bajé con mucho cuidado, intentando no perder el equilibrio cada vez que la tierra suelta se desprendía bajo mis pies y caía en una miniavalancha. Cuando llegué hasta el bulto, me di cuenta de que era un saco de dormir, al parecer vacío. Inspeccioné detenidamente la abertura, donde la cremallera se había atascado en un pliegue de tela. No vi orificios de bala, ni sangre seca. Lo dejé donde estaba. Imposible saber cuánto tiempo llevaría allí. Volví a ascender por la ladera, enviando otra cascada de tierra colina abajo.

Cuando llegué a la cima, me detuve en el claro y di un giro de trescientos sesenta grados. Puede que hubiera olido gases de alcantarilla, pero se me ocurrió que un campamento como éste, construido en pleno monte, no estaría conectado al sistema de alcantarillado de la ciudad porque los problemas logísticos no lo habrían permitido. Lo que indicaba la posibilidad de que hubiera una fosa séptica. Se supone que las fosas sépticas tienen que pasar inadvertidas. Una vez instaladas, la hierba vuelve a crecer, el tiempo pasa y quedan pocos indicios visuales de su existencia. Me acerqué a los restos de una de las cabañas y rodeé



los cimientos hasta encontrar una tubería de unos diez centímetros en el punto en que salía al exterior. Supuse que la fosa séptica debería de estar a tres metros y pico de la cabaña más próxima, así que calculé unas veinticinco zancadas y empecé a andar. Al cabo de siete minutos localicé un rectángulo de hormigón que mediría fácilmente dos metros y medio de largo por uno y medio de ancho. Ahí el hedor era lo bastante fuerte para provocarme arcadas. Me tapé la boca y la nariz con el borde de la camiseta, lo que filtró un poco el olor. Había una tapa de hormigón de algo más de un metro cuadrado en el centro del rectángulo. La tapa tenía una enorme argolla de hierro e intenté levantarla, pero al primer intento ya vi que pesaba demasiado y que no podría arreglármelas sola.

Uno de los buitres bajó volando y aterrizó sobre el hormigón dando unos cuantos saltos. Ladeó la cabeza para averiguar la procedencia del olor y luego me miró fijamente con un ojo negro y vidrioso. Tenía la cabeza roja y pequeña en relación con el cuerpo, y el cuello largo y desnudo. Por lo que sé, la falta de plumas supone una ventaja para un ave que pasa tanto tiempo con la cabeza metida en las barrigas de los animales muertos. El buitre hizo una finta agresiva dirigiéndose hacia mí y me vi obligada a retroceder paso a paso.

Regresé a la autopista por el antiguo camino de grava, bajando por la colina con mucho cuidado. Volví al coche y conduje hasta el siguiente mirador, donde había visto una cabina. Marqué el 911, le detallé a la operadora dónde estaba, qué sabía y qué sospechaba, y esperé a que llegara el primer coche patrulla. Aunque aún tardarían unas horas en confirmármelo, Fritz McCabe no se encontraba lejos de allí.

## La pistola

### Junio de 1979

Bayard estaba junto al fregadero con un paño de cocina metido en la cinturilla de los vaqueros. Eran casi las nueve, y la fiesta ya tocaba a su fin. La ventana de la cocina estaba cerrada, pero Bayard aún podía percibir el leve olor a cloro procedente de la piscina. La oscuridad no tardaría en posarse sobre el patio. Austin había abierto una gran bolsa de basura de plástico, en la que metía platos de papel y cubiertos de plástico usados, latas de refresco vacías, servilletas arrugadas y restos de comida. Austin solía creerse el rey del mambo y parecía encantado de que lo consideraran el hombre del momento. Al acabar el curso, comunicó a todo el mundo que sus padres le habían ofrecido la cabaña para celebrar allí la fiesta. Bayard tenía sus dudas. Lo más probable era que aquello fuera idea del propio Austin, y que no les hubiera dicho nada a sus padres. Ahora estaba muy ocupado borrando cualquier vestigio de la reunión. Pese a todas sus bravatas, en el fondo Austin Brown era un cobarde.

Bayard estaba agradablemente borracho. La hierba que había fumado atenuaba su embriaguez, de modo que alcohol y droga contrarrestaban sus respectivos efectos. El alcohol lo desinhibía, mientras que el cannabis lo relajaba. Bayard nunca acababa borracho perdido, y nunca perdía el control. Aquellos niños de secundaria bebían y fumaban más de la cuenta y luego perdían el conocimiento, echaban la pota, se reían como hienas y engullían todo lo que encontraban. O, en el caso de Patti Gibson y Stringer, se lo montaban en uno de los dormitorios para invitados. Bayard se puso a pensar en el diagnóstico de su padre, y en los resultados más recientes de las pruebas a que lo habían sometido. La cosa pintaba mal. Cuando le hicieron un TAC de contraste, según Maisie las tripas de su padre se iluminaron como un árbol de Navidad. Bayard

no quiso contemplar esa posibilidad. Había ciertas cuestiones en las que prefería no adentrarse, especialmente si guardaban relación con la muerte de su padre.

Había aprendido a meter los asuntos dolorosos en cajitas que luego ya no volvía a abrir; empezó a hacerlo cuando tenía cinco años y sus padres se divorciaron. Incluso a esa edad, Bayard ya era capaz de reconocer los peligros que lo acechaban. Él era el centro de los enfrentamientos. No tanto su persona, sino el hecho de ser el unigénito de Tigg y Joan Montgomery. A través de sus respectivos abogados, sus padres discutieron por la custodia legal, la custodia física, las visitas, la pensión alimenticia, la escolarización y casi cualquier decisión que pudieran tomar a partir del momento en que se separaron. Ambos tiraban con fuerza de él, y si se decantaba por uno de sus progenitores era siempre a expensas del otro, lo que también suponía un motivo de angustia. «Metámoslo en la caja», pensaba el pequeño Bayard. A veces se le pasaba por la cabeza lo fácil que sería todo cuando uno de sus padres muriera, lo que, al menos, reduciría la angustia a la mitad. En el caso de su padre, parecía como si los deseos de Bayard estuvieran a punto de hacerse realidad. Ciertas revelaciones recientes amenazaban sus expectativas económicas y aún no había decidido cuáles eran sus opciones, si es que le quedaba alguna. Por el momento, Tigg Montgomery controlaba su ira a base de medicación.

Stringer entró en la cocina con la intención de reunir a todo el mundo para organizar el viaje de regreso a la ciudad.

—¿Dónde está Iris?

—La última vez que la he visto, estaba en el sofá —respondió Bayard. Se volvió y verificó la presencia de Iris en el salón—. ¿Cómo estás? —preguntó a través de la puerta abierta.

—Me parece que voy a vomitar —contestó ella.

—Pues hazlo en otro sitio —interrumpió Stringer—. Estoy a punto de largarme y no quiero que eches la pota en mi camioneta. ¿Vienes conmigo, Michelle?

—Vale.

—No me jodas, Michelle —dijo Austin—. ¿Tú también te largas? Esto está hecho un asco. No puedes irte y dejarme así.

—Ya te dije que no puedo llegar tarde a casa. Si no me voy con él, ¿cómo voy a llegar a tiempo?

—¡No me vengas con esa chorrada! Aún hay luz fuera. ¿A qué hora tienes que volver, a las nueve? Espérate un poco y ya te llevo yo. Ya te dije que te llevaría.

—Sí, seguro. Cuando a ti te vaya bien, si es que te va bien.

Stringer asomó la cabeza por la puerta de entrada.

—Eh, Michelle, ¿vienes o no?

—Espera un segundo, ¿vale?

Stringer desapareció.

—Austin, tengo que irme a casa. De verdad —dijo Michelle—. Bayard está fregando los platos y alguien ha tirado la basura. ¿Qué más queda por hacer?

—Quiero que todo quede limpio. Hay que entrar lo que está en el patio y recoger las toallas mojadas para que pueda poner una lavadora. Sólo te pido diez minutos más.

Michelle se enfadó, pero pareció resignarse.

—Menudo coñazo. Déjame coger el bolso, lo he dejado en la camioneta de Stringer.

Austin levantó la bolsa llena de basura, hizo un nudo con las tiras de plástico y dejó la bolsa junto a la puerta trasera. A continuación posó la mirada en la encimera de la cocina, que estaba cubierta de condimentos. Volvió a tapar los frascos de ketchup y mostaza y los metió en la nevera.

Troy entró en la cocina. Se había quitado el bañador y ahora llevaba vaqueros y una camiseta blanca.

—¿Adónde ha ido Michelle?

—Había dejado el bolso en la camioneta de Stringer. Volverá enseguida.

—Me parece que no, tío. Se ha metido en la camioneta con los demás y se han ido todos.

—¿Stringer se ha marchado?

—Sí. Él, Betsy, Patti y Roland Berg. No veían el momento de irse. Como ratas que abandonan un barco que se hunde. Probablemente han pensado que les pedirías que contribuyeran a pagar el barril de cerveza.

—¿Y qué hay de Blake?

—Él también se ha ido. Vi cómo se hacía a un lado para que Michelle pudiera meterse en la parte de atrás.

—¡Maldita sea! Me había dicho que me ayudaría.

—Pues no lo creo, colega. Supongo que no quería discutir contigo.

Fritz apareció en la cocina. Se había vestido, pero aún iba descalzo.

—¿Alguien ha visto mis zapatos?

—Los llevas en la mano —respondió Austin.

—Ah, sí. Gracias.

—¿Sabes qué? Ésta es la última vez que te invito a una fiesta. Lárgate con

tus putos amigos de décimo.

Sloan presenció la conversación mientras entraba en la cocina procedente del patio. Aún iba en bikini y calzaba chancletas. Llevaba una pila de vasos vacíos de ponche que tiró a la basura.

—¿Por qué te metes con él, si no ha hecho nada?

—No tiene que hacer nada, me pone de los nervios igualmente.

—Déjalo tranquilo. No debes menospreciarlo delante de todos.

—¿Y a ti qué te importa?

—Estoy harta de que seas tan cabrón con todo el mundo.

—¿Qué, ahora eres la defensora de los pringados? Fritz sabe cuidarse solo. No necesita que vengas a rescatarlo.

—No conviertas esto en una competición para ver quién mea más lejos, Austin. Sólo te pido que no te metas con él. Y tampoco conmigo, ya puestos.

—Y yo te pido que cierres la madre y que no te metas donde no te llaman.

Sloan se echó a reír de repente.

—Dios mío, ¿has oído lo que acabas de decir? Has dicho «la madre» en vez de «la boca». Menudo lapsus freudiano. Es para morirse de risa.

—Ja, ja, ja —dijo Austin pronunciando con énfasis cada interjección—. Y, por cierto, ¿dónde está la cinta? Habíamos quedado en que la traerías.

—Me la he olvidado.

—Estoy harto de hablar de este asunto. ¿Por qué no vas a vestirte, Miss Piggy? No puedo creer que vayas en bikini con todos esos michelines. Das asco.

—¡Eh, tío! —exclamó Troy.

Sloan dejó de sonreír.

—Un comentario muy borde, incluso viniendo de ti.

—Tía, relájate. ¿No aguantas ni una broma?

—Yo que tú me andaría con cuidado —advirtió Sloan—. No te olvides de que tú quieres algo que tengo yo, mientras que yo no quiero nada tuyo.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que te he soltado una trola. No tengo la cinta en mi casa, la he dejado en otro sitio. Te la daré cuando la recupere.

—¿Y cuándo vas a recuperarla?

Sloan se encogió de hombros.

—¿Quién sabe?

—Bueno, ¿quién la tiene? No tienes derecho a dársela a otra persona.

—Pues se la he dado.

—¿Qué pretendes con esto?

—Te estoy adiestrando para que seas más amable. Sé que ni te entra en la cabeza, pero estoy segura de que puedes aprender. El trato era que o me tratabas bien, o no tendrías la cinta.

—El trato era que nadie te seguiría haciendo el vacío.

—No, Austin. Ya les habías dicho a todos que dejaran de ignorarme, y lo habías hecho voluntariamente. Dijiste que era un trato cerrado, y que si te daba la cinta, estaríamos en paz.

—Vale.

—Pero no dijiste que seguirías tratándome a patadas. No te lo voy a permitir.

—¿Sabes qué? Intentar controlarme no es que sea muy buena idea.

—Pues piénsalo.

—¿Que piense qué?

—Lo de ser más amable. Ahora, si me disculpas, iré a taparme estas lorzcas.

—Ya era hora, bola de sebo.

Sloan salió de la cocina y cruzó el salón de camino al dormitorio principal, donde había dejado la ropa.

—Menuda hija de puta —dijo Austin—. ¿Habéis oído lo que ha dicho? ¿Por qué cree que puede amenazarnos?

—¿Amenazarnos? ¿Por qué lo exageras todo tanto? —preguntó Bayard, irritado.

Austin entró en el salón y abrió el cajón de la mesa auxiliar. Saco la pistola y revisó el cargador.

—Sloan aún tiene la cinta, ¿no? ¿O te la ha dado a ti?

—A mí no me ha dado nada —respondió Bayard—. ¿Por qué estás tan cabreado?

—¿No lo captas? Sloan no piensa cooperar a menos que le lama el culo.

—Te ha pedido que seas amable —dijo Troy—. No es tan difícil.

—Escucha, capullo. Está jugando con nosotros y no pienso consentirlo. Ha llegado el momento de presionarla. Si quiere irse a su casa, primero tendrá que darnos la cinta o de aquí no va a salir.

—No puede dártela si no la tiene —observó Troy.

Austin cerró los ojos. Empezaba a perder la paciencia.

—Supongo que no te ha quedado claro. Nada de excusas: tendría que haberla traído. Te dije que te aseguraras de que la tuviera, ¿no?

—Se lo pregunté cuando entró en la camioneta y me contestó que no la tenía. ¿Qué iba a hacer, obligarla a bajarse para que viniera andando? No me dijiste que tenía que obligarla a hacer nada.

—Tendrías que haber insistido —dijo Austin—. Tendrías que haberle dejado muy claro que vamos en serio.

—¿De qué hablas? Aunque hubiera insistido, ella podría haberse negado. No tengo ningún control sobre ella.

—¿Sabes una cosa, Troy? Eres muy débil. Tendría que haberme imaginado que no podía confiarte este asunto.

—Muy bien. Soy débil. ¿Y ahora qué?

—Ahora ya me ocuparé yo.

—¿Por qué no lo dejas, Austin? —preguntó Bayard—. ¡Por el amor de Dios! Austin se lo quedó mirando y levantó un dedo lentamente en el aire.

—Una llamada.

Bayard bajó la mirada.

—No.

—¿No qué? Te estoy diciendo lo que pienso hacer si me traicionas.

—Muy bien, haz lo que quieras —dijo Bayard con tono amenazante.

—Eso es precisamente lo que pienso hacer. La llevaremos a lo alto de la montaña y la tendremos allí hasta que se dé cuenta de que vamos en serio.

Austin encontró un segundo cargador y se lo metió en el bolsillo de los vaqueros.

Bayard miró a Iris. La adolescente se levantó del sofá y se dirigió a toda prisa hacia el baño, tapándose la boca con la mano. Bayard sacudió la cabeza y luego desvió la atención hacia la pistola.

—¿Para qué la necesitas?

—Como protección.

—No, tío. No pienso participar en esto. Yo me largo —dijo Troy.

—¿Y tú, Fritz? ¿Tú también te rajas?

—No, cuenta conmigo. Aunque no quiero hacerle daño a nadie...

—«No quiero hacerle daño a nadie» —repitió Austin lloriqueando—. ¿Sabes cuál es tu problema, Fritz? Que eres un maricón de mierda.

—No es verdad.

—Entonces demuéstalo. Coge la pistola y cierra el pico.

—No la quiero. No sé qué hacer con ella.

—No me digas. Pensaba que antes te lo estabas pasando muy bien. —Austin hizo ruidos de disparos con la boca, imitando a Fritz—. A ver qué os parece: lo echaremos a suertes. El que elija la pajita más corta cogerá la pistola.

—¿Qué pajitas? —preguntó Fritz.

Austin se acercó a la chimenea, donde había cerillas largas de madera y un

montón de periódicos colocados junto a la pila de troncos.

—Usaremos éstas. Somos cuatro, ¿no? Pues cogemos cuatro. Yo partiré una y alinearé las cuatro detrás de la espalda, para que nadie las vea.

Austin sacó cuatro cerillas largas de madera de la caja.

—Una posibilidad entre cuatro. Es muy arriesgado —dijo Troy.

—No es verdad. Significa que, de los cuatro, tres no tendremos que preocuparnos. Espera un momento.

Austin se hizo a un lado y Bayard oyó el leve chasquido de la cerilla de madera al partirse. Austin se dio la vuelta de nuevo. Les mostró el puño, del que asomaban cuatro cerillas de madera alineadas.

—¿Quién quiere ser el primero?

—Yo —dijo Troy. Escogió una de las cerillas y la sacó de entre los dedos de Austin. Era una de las largas.

Austin sonrió.

—Has tenido suerte, tú te salvas. ¿Quién va ahora?

—Yo —contestó Bayard. Estudió las tres cerillas restantes, vaciló y a continuación cogió una. De nuevo, era de las largas.

Austin se echó a reír, divertido por la tensión que había provocado.

—Sólo quedamos tú y yo, Fritz. Inténtalo, y que tengas suerte.

Austin mostró las cerillas, fingiendo guiar a Fritz de una a otra de las dos que quedaban.

Fritz escogió una y tiró de ella. La cerilla no medía ni cinco centímetros.

Austin se guardó la que quedaba en el bolsillo y sacó la pistola.

—¿Vas a cogerla o no? Si estás cagado no pasa nada. No voy a presionarte.

—Dámela —dijo Fritz.

—¿Estás seguro?

—He escogido la más corta, todo el mundo lo ha visto.

Bayard lanzó una mirada a la mano izquierda de Austin, preguntándose cómo se las habría arreglado para esconder tan rápidamente la cerilla que quedaba.

Austin continuaba mirando fijamente a Fritz.

—La pajita corta no te obliga a hacer nada. Me puedes enviar a la mierda si no te gusta el plan.

—No, me parece bien. Dame la pistola.

—Así me gusta. Lo harás estupendamente. —Austin se volvió hacia el pasillo y luego miró a Bayard—. Vete a ver por qué tarda tanto Sloan.

Bayard salió del salón y cruzó el pasillo en dirección al dormitorio principal.



A través de la puerta abierta del baño vio a Iris sentada en el suelo, con la mejilla apoyada en el borde del inodoro. El aire estaba impregnado de un olor acre. Bayard se dirigió a ella desde la puerta.

—Esto no promete.

—Me encuentro fatal.

—Y no es que tengas muy buena pinta tampoco. ¿Has acabado?

—Creo que sí.

Iris se sujetó al mueble del lavabo y se puso de pie. Luego bajó la tapa del inodoro y tiró de la cadena. A continuación se inclinó sobre el lavabo, abrió el grifo y se enjuagó la boca.

—¿Tus padres saben dónde estás?

Iris negó con la cabeza.

—Se han apuntado a un retiro matrimonial para superar el estrés que les causé cuando me echaron de Climp. Se supone que volverán a casa esta noche, aunque no estaban seguros de la hora. Les dije que dormiría en casa de Poppy, pero si me llaman allí, ¿qué? Ahora Poppy no va a mentir por mí, después de lo que ha pasado. Mis padres ya están cabreadísimos. ¿Qué voy a hacer si descubren que no estoy en casa de Poppy?

—¿No se te ha pasado por la cabeza que no deberías estar aquí? No es el ambiente más indicado para una niña como tú.

Iris cerró el grifo y se secó la cara con una toalla.

—¿Para qué necesita Austin una pistola? No lo entiendo.

—Se está echando un farol. Ya lo conoces, lo hace para impresionarnos.

—Entonces, ¿todo va bien?

—Claro que sí. Sloan sólo tiene que decirnos dónde está la cinta y asunto resuelto.

—¿Crees que tendríamos que llamar al *sheriff*?

Bayard se echó a reír.

—¿Para qué?

—Para asegurarnos de que nadie se haga daño.

—En serio, Iris. ¿Vas a llamar a la Oficina del *sheriff* para que envíen a algún agente? Austin se cabrearía de mala manera. No creo que sus padres sepan que nos ha invitado a su cabaña. Sólo falta que se presente algún poli. Tenemos bastante prisa y maría aquí arriba para acabar todos en la cárcel. ¿Es eso lo que quieres?

Iris palideció y pareció vacilar.

—Estoy preocupada por Sloan.

—Pues no te preocupes más por ella. Deberías preocuparte por ti.

—Bayard, estoy empezando a asustarme. Quién sabe lo que podría hacer Austin.

—¿Quieres que se meta contigo?

—No.

—Entonces, ¿qué?

—No quiero que nadie haga nada malo.

—Pues llama a la pasma, pero luego no digas que no te lo advertí —dijo Bayard. A continuación se volvió y recorrió con la mirada el dormitorio que tenía a su espalda—. ¿Dónde está Sloan? Creía que estaba aquí.

—No la he visto, yo estaba echando la pota en el baño.

—¿No ha entrado para vestirse?

—Me parece que no.

—Entonces, ¿adónde ha ido? No se ha llevado la ropa. ¿Y ésa no es su bolsa de deporte?

—Supongo. Puede que se haya ido. Podría haber salido por la puerta de entrada.

—¡Mierda!

Bayard volvió al salón. Fritz se había metido la pistola en la cinturilla del pantalón y a Bayard empezaba a preocuparle que el muy imbécil acabara disparándose.

Austin levantó la cabeza, esperando ver a Sloan.

—Se ha ido —dijo Bayard—. Iris cree que podría haber salido por la puerta de entrada.

Iris apareció detrás de Bayard.

—¿A ti qué coño te pasa? —preguntó Austin dirigiéndose a Bayard—. Y vosotros, ¿qué hacéis ahí como unos pasmarotes? Salid a buscarla. ¿Es que hay que decíroslo todo?

—Vale, vamos a buscarla. Y luego, ¿qué? —preguntó Troy, exasperado.

—Luego la llevamos a Yellowweed y hablamos con ella.

—¿Por qué tenemos que ir hasta allí? —preguntó Troy—. ¿Por qué no hablamos aquí y después nos vamos todos a casa de una puta vez?

—Ya te irás más tarde a tu casa, tío. No te preocupes. Quiero enseñarle algo para que sepa que vamos en serio.

—¿Qué vas a hacer, desnudarla y dejarla ahí arriba? —preguntó Troy.

Austin se echó a reír.

—No me parece mala idea. Me gusta.

Bayard sacudió la cabeza y bajó la vista.

—¿Sabes qué? Esto no vale la pena. ¿Por qué no nos olvidamos del asunto y nos largamos? Podemos recoger a Sloan por el camino.

—¿Pero a ti qué coño te pasa? —preguntó Austin—. Todos estamos pillados mientras Sloan tenga la cinta. Encontradla y traedla aquí. Subiremos por la montaña, fumaremos un poco de maría y negociaremos.

—¿Y eso es todo? —preguntó Troy.

—Quiero que lo solucionemos. ¿Crees que me gusta tener que portarme como un cabrón? Pues no, no me gusta. Estoy intentando arreglarlo de manera que nadie salga perdiendo.

—Sería la primera vez —dijo Troy.

—No la tomes conmigo, Troy. Hago lo que puedo, ¿vale?

Troy lo observó un momento mientras Austin lo miraba fijamente a los ojos.

—Vale —dijo Troy—. Volveremos para recogerte en cuanto Sloan suba a la camioneta.

—Gracias.

Cuando los tres salían de la cabaña, Iris le dirigió una mirada implorante a Bayard. Estaba blanca como el papel y parecía a punto de echarse a llorar. Puede que tuviera razón sobre lo de llamar a la Oficina del *sheriff*. Bayard consideró la posibilidad de volver a entrar para hablar otra vez del asunto, pero Iris ya se había dado la vuelta.

Bayard salió al porche delantero y se subió la cremallera de la sudadera, que no era lo bastante gruesa para protegerlo del relente de la montaña. Durante la última hora había oscurecido y la temperatura había caído en picado. Troy había tenido la previsión de traer una cazadora de piel. Se sacó las llaves de la camioneta del bolsillo derecho y abrió la puerta del lado del conductor. Bayard rodeó la furgoneta y entró por el lado del copiloto.

—¿Y dónde se supone que tengo que sentarme yo? —preguntó Fritz.

—En la caja de la camioneta, gilipollas —contestó Bayard. No le gustaba nada el plan, pero no sabía cómo oponerse. Le pareció que Troy también pensaba que la situación ya se les había ido de las manos.

Cuando llegaron a la carretera, Fritz trepó a la caja de la camioneta mientras Bayard se volvía en su asiento y abría el cristal de la ventanilla trasera.

—¿Vas bien ahí detrás? —preguntó Bayard.

—Sí, pero hace un frío de cojones —contestó Fritz. Cruzó los brazos con

fuerza contra el cuerpo y acercó la cara al espacio creado por la ventanilla corredera como un cachorro ansioso por hacer su primer viaje en coche.

Troy arrancó la camioneta y cambió lentamente de sentido en la carretera.

—¿Por qué no le decimos a Austin que no la hemos visto? ¿Cómo va a enterarse?

—No podemos dejarla sola en la montaña —respondió Bayard—. ¿Y si le pasa algo?

—¿Qué le va a pasar?

—Podrían atropellarla, o algún tarado podría obligarla a subirse a un coche.

—Es mejor que enfrentarse a Austin.

—Si le mentimos, Fritz se chivará —dijo Bayard—. Ese chico es incapaz de tener la boca cerrada.

—¡Eh, que estoy aquí! Por supuesto que puedo tener la boca cerrada.

—Ahí está Sloan —dijo Troy.

Sólo habían recorrido un kilómetro cuando los faros la iluminaron a un lado de la carretera, donde avanzaba con determinación. Aún iba en bikini, pero se había puesto encima una camisa masculina de franela. En vez de chancletas, llevaba unos zapatos de hombre de la talla 46 que le daban un aspecto ridículo. Había encontrado todas esas prendas en el armario del dormitorio principal. Cuando la camioneta se le acercó, Sloan volvió la cabeza para mirarla y salió de la carretera.

Troy aparcó junto a ella.

—Estábamos preocupados por ti.

—Y una mierda. Austin os ha enviado en cuanto ha descubierto que me había ido.

—Es verdad —admitió Troy.

Sloan reanudó la marcha sin mirarlos. Troy avanzó al ralenti para ir a su paso.

—No pienso volver —afirmó Sloan.

Bayard apoyó el brazo derecho en la ventanilla abierta. El viento le alborotó la mata de pelo oscuro, lo que le daba cierto aire de inocencia infantil.

—Venga, Sloan, sube a la camioneta. Vuelve con nosotros y habla con él. No te dejará tranquila hasta que le rindas pleitesía.

—Tú deberías saberlo mejor que nadie —replicó Sloan. Levantó un dedo para indicar que entendía por qué Bayard cumplía las órdenes de Austin.

—¿Qué quiere decir ese gesto? —preguntó Fritz, y a continuación levantó el dedo índice tal y como había hecho Sloan.

—No es asunto tuyo.

Sloan se paró en seco y Troy detuvo la camioneta. En la carretera sólo se oía el zumbido del motor. Los gases de escape se mezclaron con el aroma a laurel. Bayard esperaba que Sloan decidiera volver a la cabaña con ellos.

—Sube a la camioneta, por favor —dijo Bayard—. No puedes volver a la ciudad vestida así. Son más de quince kilómetros en la oscuridad, es muy peligroso. Haz las paces con Austin y te llevaremos a casa.

Sloan se volvió y lo miró a los ojos.

—No hay trato. Ya estoy harta de él. Es un matón de mierda y quiere que pase por el aro, y no pienso hacerlo.

—¿Qué ganas cabreándolo? Sabes que no reacciona bien en situaciones así —dijo Bayard.

—¿Y a mí qué me importa? Si cree que puede mangonearme, va fresco.

Fritz bajó de un salto de la caja de la camioneta, apoyándose en la mano izquierda con un movimiento sorprendentemente grácil.

—Puede que esto ayude —dijo. Sostenía la pistola en la mano derecha, temblorosa por la falta de costumbre.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Sloan—. No me apuntes con ese cacharro.

—Sí, Fritz. ¡Basta ya! —gritó Bayard. Abrió la puerta del lado del copiloto y saltó al arcén cubierto de grava.

Fritz retrocedió un paso y la señaló con la pistola.

—Entra, Sloan. Lo digo en serio. Austin nos ha pedido que te llevemos a la cabaña, y eso es lo que haremos. —A continuación apuntó a Bayard con la pistola—. Tú sube detrás. Yo iré delante con ella.

—Mira qué bien. Te comportas igual que Austin —afirmó Sloan.

—Eso mismo. ¿Crees que soy un tarugo? Pues ahora soy un tarugo que lleva pistola, así que a lo mejor podrías mostrarme algo de respeto —dijo Fritz—. ¡Sube de una vez!

Sloan intercambió una mirada con Bayard, pero hizo lo que Fritz le ordenaba.

Bayard se aupó a la caja de la camioneta.

Sin dejar de apuntar a Sloan, Fritz se sentó a su lado y la obligó a apretujarse entre Troy y él.

—Cambia de sentido y ya podemos irnos.

Troy sacudió la cabeza con incredulidad.

—Creo que puedo conducir sin tu ayuda. ¿Te parece bien si cambio de

sentido dando marcha atrás?

—Hazlo como quieras —respondió Fritz.

Troy puso el brazo derecho sobre el respaldo del asiento y volvió la cabeza para mirar por la luna trasera. Cambió de sentido, pasó de marcha atrás a primera y volvió por donde habían venido.

Los cuatro viajaron en silencio. Bayard iba sentado en la caja de la camioneta con las piernas extendidas hacia delante y la espalda apoyada contra la cabina, sin apartar la mirada de la carretera. Fritz tenía razón, en la caja hacía mucho frío por culpa del viento. Afortunadamente, ya faltaba poco. Cuando llegaron a la propiedad de los Brown, en vez de aparcar en la calle Troy giró a la izquierda, se metió por el abrupto camino de acceso y avanzó trabajosamente hasta el aparcamiento situado frente a la cabaña.

Al parecer, Austin había oído el zumbido de la camioneta, pues salió al porche subiéndose la cremallera de una abultada parka negra. Iris apareció detrás de él. Había cogido una colcha de una de las camas para invitados y se había envuelto en ella como si fuera una capa.

Austin bajó los escalones del porche y se acercó a la puerta del lado del conductor.

—Vaya, vaya. ¿A quién tenemos aquí? —preguntó al ver a Sloan.

—Tu amiguito Fritz lleva ahora la voz cantante —dijo Troy.

Austin parecía divertido.

—No salgo de mi asombro.

—¿Y ahora adónde vamos? —preguntó Troy.

Austin trepó a la caja de la camioneta y se sentó junto a Bayard. Después se inclinó hacia el cristal corredero de la ventanilla trasera y le dio instrucciones a Troy.

—Ya te lo he dicho, Yellowweed. Vuelve a la 154 y gira a la izquierda.

Por segunda vez, Troy dio marcha atrás y cambió de sentido para meterse en Horizon Road. Bayard volvió la cabeza hacia la cabaña y miró a Iris, que no se había movido. Algo no encajaba en la secuencia de acontecimientos. No tenía ni idea de lo que pensaba hacer Austin, pero le daba mala espina. Cruzó una mirada con Iris y levantó una mano, simulando hablar por teléfono. No estaba seguro de si Iris captaría su mensaje. Cuando la miró por última vez, la adolescente aún estaba en la puerta, con la silueta recortada contra la luz del salón.

Una vez hubo desaparecido la camioneta, Iris entró en la cabaña y cerró la puerta, temblando incontrolablemente. Estaba a punto de echarse a llorar, y canturreaba en voz baja para intentar dominarse. ¿Qué esperaba Bayard que

hiciera? ¿Por qué llevaban a Sloan hasta Yellowweed si no era para algo malo?

Iris pensó en el gesto de Bayard. ¿Qué significaría? Primero le dijo que se cuidara, y que Austin se pondría furioso si se presentaba la policía. ¿Ahora quería que llamara pidiendo ayuda? ¿Y si hacía esa llamada y mientras tanto Sloan y Austin resolvían sus diferencias? Austin no se lo perdonaría nunca.

Ya tenía bastantes problemas para encima buscarse más. Dirigió una mirada al teléfono, hecha un mar de dudas. Sería mejor hacer algo. ¿Cuánto tardarían en llegar a Yellowweed? Se acababa el tiempo. Sacó un pañuelo de papel y se sonó. Luego se enjugó las lágrimas y descolgó el auricular. ¿Qué importaba si alguien más se enfadaba con ella? Marcó el número y esperó, sorbiéndose la nariz. Nada más oír la voz del hombre que contestó al teléfono, Iris empezó a llorar. Con vocecita de niña pequeña preguntó: «¿Papi? ¿Puedes venir a buscarme?».

Jueves, 5 de octubre de 1989

Esperé a bastante distancia de la cinta que delimitaba el escenario del crimen, recostada contra una roca en la que habían grabado iniciales y comentarios obscenos. La policía había acordonado una zona muy amplia a fin de llevar a cabo una búsqueda sistemática. El agente que llegó en respuesta a mi llamada estuvo al mando hasta que apareció el inspector y asumió la responsabilidad. Ya había pasado una hora y empezaba a oscurecer. El vehículo del laboratorio forense móvil subió trabajosamente por el largo camino de grava y asfalto agrietado. El coche del forense del distrito estaba aparcado a un lado de la carretera. Habían acudido dos agentes de la Oficina del *sheriff* y divisé a Cheney Phillips hablando con un policía de paisano, probablemente su homólogo en la Oficina del *sheriff* del condado de Santa Teresa. Entretanto, los técnicos de la policía científica inspeccionaban cada centímetro cuadrado del terreno, conscientes de que una vez recogidas las pruebas no habría forma de reconstruir el escenario del delito.

A los que no participábamos directamente en el acto de etiquetar pruebas y meterlas en bolsas se nos ordenó esperar en la carretera que había más abajo, donde un estacionamiento de grava proporcionaba el suficiente espacio para cuatro vehículos, el mío entre ellos. Como hacía bastante frío volví encantada a mi Honda, que seguía aparcado en el arcén. Abrí el maletero, saqué una sudadera y me la puse encima del jersey de cuello alto. Me senté en el asiento del conductor y puse en marcha el motor para encender la calefacción y calentarme un poco. Tenía hambre, pero no hubiera solucionado nada quejándome. Encontré un caramelo de cereza en el fondo del bolso y ésa fue mi cena.

Los coches que pasaban por la carretera reducían la velocidad para que conductores y pasajeros pudieran observarnos, preguntándose qué haríamos allí. Por el retrovisor vi que Cheney bajaba por el camino de acceso y caminaba a lo



largo del arcén hacia donde yo me encontraba. Cuando ya estaba cerca, salí del coche.

—¿Qué haces tú aquí? Pensaba que éste era el territorio del *sheriff* del condado.

—Podría preguntarte lo mismo —respondió Cheney—. Larry Burgess tuvo la cortesía de llamarme porque yo redacté la denuncia de Hollis McCabe sobre la desaparición de su hijo. Larry me ha contado que trabajas para los McCabe.

—Así es.

—Fuera cual fuera tu trabajo inicialmente, ahora es una investigación de asesinato, y tiene prioridad con respecto a cualquier acuerdo de confidencialidad que puedas haber firmado.

—Contestaré a todo lo que me preguntes, ¿pero podríamos hablar sentados en mi coche? Se me está congelando el culo aquí fuera.

—Por supuesto.

Tan caballeroso como siempre, Cheney me abrió la puerta del lado del conductor y luego rodeó el coche y entró por el lado del copiloto.

—Empieza —dijo Cheney.

Respiré hondo y empecé. Suponía un alivio poder contar toda la historia. Cheney sabía lo de la cinta, pero no era consciente de que había vuelto a circular tras su desaparición diez años atrás.

—Cuando les llegó por correo la nota del extorsionista, los McCabe llamaron a Lonnie Kingman y él me los envió a mí —expliqué.

—¿Y no se te ocurrió informarnos a nosotros?

—Claro que sí, pero los McCabe se negaron en redondo.

—Sé que mucha gente tiene una impresión equivocada, pero estamos capacitados para manejar situaciones como ésta. De haber sabido lo que pasaba, quizás habríamos podido ayudar.

—Era un asunto confidencial. No tenía la obligación de informaros. Me di cuenta del lío en el que estaban metidos y entendí que quisieran mantenerlo en secreto. Si hubieras visto la cinta, tú también lo entenderías.

—Estoy seguro de que ahora la veremos.

—Sin duda.

Le relaté la secuencia de los acontecimientos, incluyendo mis conversaciones con todos los implicados y los datos sueltos que había ido recogiendo a lo largo de la investigación. Para no complicar las cosas, omití a algunos de los personajes secundarios, incluyendo al padre de Poppy Earl y a su madrastra. Ya le daría más detalles luego si era necesario. Cheney lo captó todo enseguida y no

tuve que explicarle los pormenores del caso. Había sacado un cuaderno, y de vez en cuando apuntaba alguna fecha o algún dato relevante.

—El jueves pasado, el extorsionista les dejó un mensaje en el que decía que estaba harto de tantas excusas y que quería el dinero. También dijo que recogería a Fritz en la esquina de State con Aguilar el viernes al mediodía. Si Fritz no se presentaba con el dinero lo lamentaría, o algo por el estilo.

Interrumpí el relato el tiempo suficiente para explicar la forma en que Fritz había engañado al banco.

—Así es como consiguió los veinticinco mil dólares. Parece que luego se encontró con el extorsionista, tal y como éste le había ordenado.

—Muy insensato por su parte.

—Mucho —admití—. Por si te interesa saberlo, se rumorea que Austin Brown ha vuelto.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Iris Lehmann y su prometido se presentaron en mi despacho el otro día. Iris dijo que lo vio dos veces la semana pasada. El martes por la noche en el Clockworks, donde Joey y ella estaban jugando al billar, y de nuevo el viernes al mediodía cuando Iris se dirigía al banco. La segunda vez, Austin iba en coche por State a la misma hora en que el extorsionista tenía que recoger a Fritz.

—Me interesaría hablar con ella —dijo Cheney—. Continúa, por favor.

—Lauren McCabe fue a verme el lunes pasado porque acababa de descubrir que Fritz no había dormido en casa las tres noches anteriores. Para entonces, Lauren ya sabía que Fritz había falsificado su firma, lo que estaba dispuesta a pasar por alto. El extorsionista debió de recoger a Fritz tal y como estaba planeado, y aquí es donde el asunto se complica. Por lo que me han contado, el extorsionista cambió de táctica y le dijo a Fritz que el chantaje era la única posibilidad que se le había ocurrido para conseguir algo de dinero. Los dos pasaron por casa de un amigo para pedir prestado un saco de dormir y otros utensilios de acampada. Fritz tenía muchas ganas de hablar y le contó a su amigo que se había ofrecido a prestarle el dinero al extorsionista, porque éste prometió devolvérselo.

—¿Quién es el amigo que te lo contó?

—Steve Ringer, un antiguo compañero de colegio de Fritz al que todos llaman Stringer. Vive con otro ex compañero de clase en un complejo para solteros de Colgate. Tanto Iris como Poppy Earl aseguran que Austin juró cargarse a cualquiera que lo traicionara, y eso es lo que hizo Fritz McCabe. Pero algo cambió, aunque no tengo ni idea de qué pudo ser. Quizás el dinero ablandó

a Austin, si es que era él el chantajista. En cualquier caso, cuando Fritz y su colega pasaron por casa de Stringer, Fritz ya no estaba nada nervioso y parecía muy animado. Dijo que iban a subir a Yellowweed, y nadie volvió a verlo desde entonces.

—¿Qué hay de su acompañante?

Sacudí la cabeza.

—Quiso esperar en el coche y Fritz no se refirió a él por su nombre. Creo que debía de conocerlo, si no, no habría aceptado ir con él a un sitio tan remoto como Yellowweed.

—Deduzco que Fritz ya llevaba el dinero encima en aquel momento.

—Por lo que yo sé, sí —afirmé—. ¿No lo habéis encontrado?

—No.

—La verdad es que no creo que el motivo del crimen fuera el robo, si eso es lo que estás pensando. Fritz vino hasta aquí totalmente dispuesto a entregar ese dinero.

—Puede que cambiara de opinión.

—Es una posibilidad.

Cheney observaba el tráfico por la ventanilla mientras pensaba en lo que acababa de decirle.

—Alguien tendrá que establecer una cronología de los hechos.

—Puedo decirte uno de los sitios a los que fue Fritz. El viernes por la mañana le hizo una visita a Bayard Montgomery.

—¿Te lo ha dicho el propio Bayard?

—Sí. Estaba interrogando de nuevo a los testigos para ver si se me había escapado algo. Según Bayard, Fritz se presentó en su casa y le pidió que lo acompañara hasta el punto en que el extorsionista lo recogería en coche. Ya se lo había pedido una vez, pero a Bayard le pareció un plan muy arriesgado y no quiso saber nada del asunto.

Cheney cerró el cuaderno y se lo metió en el bolsillo interior del abrigo. Me dio la impresión de que quería reprenderme por mi parte de culpa en aquel desastre, pero ¿de qué iba a servir la reprimenda?

Cheney sacudió la cabeza.

—Tengo que ir a decírselo a los McCabe, y te aseguro que es una conversación que preferiría evitar. No sé cuántas veces me ha tocado dar malas noticias.

—¿Ya han identificado a Fritz?

—Falta la confirmación de alguno de sus padres. O de los dos. ¿Quieres

venir conmigo?

—No, pero iré. —Hablar con los McCabe me apetecía tan poco como a Cheney, pero alguien tenía que decírselo—. ¿Cuándo?

—Ahora es un momento tan bueno como cualquier otro. ¿Por qué no te sigo en mi coche? Podemos dejar el tuyo en tu casa y luego coger el mío.

Mientras descendía por el desfiladero, sentí que la ansiedad me zumbaba en el pecho como un enjambre de abejas en una chimenea. Ahora ya éramos probablemente unos quince los que conocíamos la muerte de Fritz. Sus padres no estaban aún entre esos quince, pero no tardarían en estarlo.

Al volver a casa, aparqué y cerré el coche. Luego asomé la cabeza por la puerta de la cocina de Henry y le conté lo sucedido. No había mucho más que decir, pero quería que supiera dónde encontrarme.

Cheney me llevó en su flamante Porsche rojo, que por primera vez no me hizo envidiar su situación económica como hijo de las clases pudientes. El padre de Cheney era el propietario del Banco de X. Phillips, negocio que constituía sólo una parte de la fortuna familiar. A mi modo de ver, Cheney estaba tan involucrado en el problema de Anna Dace y Jonah Robb que casi le pedí que me pusiera al día, pero habría sido poco oportuno dadas las circunstancias. Además, tenía miedo de que me echara la bronca por haberle presentado a Anna a Vera, impulso que había provocado la oferta de una adopción abierta.

Dejamos el coche en el aparcamiento situado detrás del edificio en el que vivían los McCabe y recorrimos la galería cubierta que unía el Teatro Axminster con la calle del fondo. Pasamos frente a la taquilla del teatro, que ahora estaba a oscuras, y torcimos a la izquierda. La entrada del edificio estaba en State Street, a tres pasos de allí. Cheney y yo entramos por el acceso de la calle y subimos por las escaleras. Cuando Cheney llamó a la puerta me situé detrás de él. Hollis nos abrió vestido con un terno impecable. Nada más vernos se puso tenso.

—Inspector Phillips. No lo esperábamos. Supongo que nos trae noticias.

—No son buenas —dijo Cheney—. ¿Le importa si entramos?

—Lo siento. Entren, por favor. Le diré a Lauren que tenemos visita.

—Estoy aquí, Hollis. ¿Quién ha venido? —preguntó Lauren detrás de su marido. Iba en camisón y se había envuelto en un chal.

—El inspector Phillips —respondió Hollis—. Él me atendió cuando fui a denunciar la desaparición de Fritz.

Cheney le dio su nombre de pila a Lauren al presentarse, lo que restó parte

de formalidad a la visita.

Lauren ya se había dejado caer en una butaca. La forma en que miró a Cheney dejaba traslucir su angustia incluso antes de que éste empezara a hablar. Desde la perspectiva de Lauren, mientras no le dijeran que su hijo había muerto, podía estar sano y salvo.

—Siento mucho tener que darles esta noticia, pero han encontrado a Fritz en Yellowweed. Parece que lleva varios días muerto.

Me fijé en que Cheney evitaba el detalle de la fosa séptica. Los muertos no van a resucitar, y no tenía sentido mencionar aquella última humillación.

Hollis se había refugiado detrás del bar, como si la reluciente colección de botellas de licor y vasos de cristal pudiera crear un campo de fuerza capaz de protegerlo de cualquier mal.

Obviamente, tanto él como Lauren estaban preparados para lo peor. La postura rígida de Hollis y la expresión derrotada de Lauren revelaban que cualquier muestra de compasión sería rechazada. Cheney explicó las circunstancias de la muerte de Fritz sin entrar en detalles escabrosos. Después de todo, ¿acaso importaba que hubieran arrojado el cuerpo a una fosa séptica y lo hubieran cubierto de tierra y de hojas? ¿Qué más daba si, en los días que habían pasado desde la muerte de Fritz, la naturaleza había empezado a descomponer sus restos?

—¿Está seguro de que es él? —preguntó Hollis.

—Teníamos la fotografía que aparece en la circular sobre su desaparición, y en su cartera encontramos más documentos identificativos. Necesitaremos que uno de ustedes vaya en algún momento al depósito de cadáveres y confirme que se trata de su hijo, pero siento decir que no existe ninguna posibilidad de error.

—¿Cómo...? —empezó a preguntar Lauren, y a continuación hizo una pausa y se aclaró la garganta—. ¿Cómo murió? Y no nos oculte nada, por favor.

—El forense aún no lo ha confirmado, así que no puede hacerse público.

—Desde luego que no —dijo Lauren.

—Parece que le dispararon dos veces a bocajarro. Dudo mucho que lo pusieran sobre aviso, y estoy seguro de que no sufrió. Descubrimos su saco de dormir donde lo habían tirado, ladera abajo. No se han encontrado casquillos, ni tampoco el arma del crimen. Es lo único que sabemos por el momento. Haremos todo lo posible para detener al responsable.

Apenas reaccionaron a la noticia, y ambos respondieron de forma mecánica. No parecían sorprendidos. Hollis explicó todo lo que había sucedido en las últimas semanas. Lauren lo corrigió un par de veces e hizo algún que otro

comentario, pero ninguno de los dos dio muestras de consternación. Hollis ya no hablaba con su hostilidad habitual, y las esperanzas de Lauren se habían desvanecido. Ninguno parecía capaz de presentar batalla. Presa del agotamiento, Lauren se tapó la cara con las manos pero no lloró. Hollis permaneció en el otro extremo del salón, silencioso por fin. No recurrió al alcohol, debo decir en su favor.

—Sus amigos quedarán desolados —dijo Hollis—. Son jóvenes, y lamento que tengan que enfrentarse a algo así. Fritz no llevaba en casa ni un mes, casi no había tenido tiempo de renovar sus antiguos vínculos.

Sus palabras evidenciaban el abismo existente entre la realidad y la imagen que se había forjado de su hijo. Hollis y Lauren hablaban como si Fritz contara con el aprecio de sus amigos, cosa que yo sabía que no era cierta. Creían que Fritz había madurado, que había pagado por sus carencias morales y se había vuelto más juicioso. Ésta era la ficción con la que vivían, la fábula que los mantenía a flote. Vi claramente cómo habían funcionado a lo largo de los años. Fritz era el centro de sus vidas. Incluso la fricción existente entre ellos se debía principalmente a su hijo. Su participación en el asesinato de Sloan Stevens había empujado a la familia por una espiral descendente, y nada les había ido bien desde entonces. La muerte de Sloan había trastocado el delicado equilibrio de los McCabe y había puesto fin a sus expectativas. Habían intentado sobreponerse. Habían hecho todo lo posible por devolver a su hijo descarriado a su vida anterior. En realidad, Fritz ya estaba fuera de control y el chantaje había eliminado cualquier posibilidad de recuperar la estabilidad familiar. Así era como había acabado todo. Ni su dinero ni su posición social los habían protegido de la tragedia.

Ni siquiera ahora se habían sentado juntos. No se tocaban, tampoco se miraban. Se enfrentarían a la irreversibilidad de la muerte de su hijo a su manera. No había una forma correcta o incorrecta de hacerlo. Yo tampoco era muy cariñosa, así que no los culpé por su frialdad, que coincidía con todo lo que sabía de ellos. No me los imaginé apoyándose mutuamente en busca de consuelo. Las acciones de Fritz habían abierto una brecha entre ellos, y su muerte les asestaría el golpe definitivo. Puede que pasaran seis meses, o quizás un año, pero al final Lauren y Hollis cortarían sus vínculos y seguirían caminos divergentes. Tenía ante mí el final de un matrimonio, la última chispa de un rescoldo que estaba a punto de apagarse.

Hollis le hizo unas cuantas preguntas a Cheney, pero su curiosidad parecía desconectada de cualquier emoción. La conversación se centró en toda una serie

de asuntos prácticos: cuándo tendría lugar la autopsia, cuánto tardarían en estar disponibles los resultados. Hollis preguntó por los trámites para reclamar el cuerpo, y Cheney le contestó que podía ponerse en contacto con una funeraria y pedir que se encargaran ellos de los detalles. Hollis mencionó el funeral, pero no se dirigió a Lauren. Parecía reflexionar en voz alta acerca de varios detalles triviales a medida que se le iban ocurriendo. Lauren continuaba inmóvil. Había ahuecado las manos y se las había colocado sobre la boca y la nariz, como si respirar su propio aire exhalado fuera la única forma de sobrevivir al sofocante desastre que había estallado en su sala de estar.

El aire parecía más denso, como si las fuerzas de la gravedad se hubieran acelerado y todos estuviéramos anclados al suelo. Pensé que Cheney tenía la responsabilidad de romper el hechizo, pero no parecía querer despedirse por si podía ofrecerles más ayuda a los McCabe. La policía de Santa Teresa adiestra a sus agentes para que muestren empatía en situaciones así. Ni Lauren ni Hollis parecieron apreciarlo, pero yo admiré las reservas de paciencia de Cheney.

—¿Hay alguien a quien quieran que llamemos? —preguntó finalmente Cheney.

Lauren negó con la cabeza.

—No se me ocurre nadie. ¿Y a ti, Hollis?

—Supongo que a mi hermano, pero no a estas horas. Podemos ocuparnos del asunto mañana, cuando sepamos a qué atenernos.

Lauren esbozó una sonrisa.

—Creo que deberíamos dejarles marchar. Les agradecemos la cortesía. No son visitas fáciles de hacer.

Cuando Cheney me dejó por fin en casa de Henry, estaba tan agotada que apenas veía lo que tenía delante. Había observado que últimamente cada vez que volvía a mi estudio sucedía algo inesperado, pero en esa ocasión todo parecía tranquilo. No vi luz en casa de Henry y la tienda de campaña tenía la cremallera subida, por lo que di por sentado que todos estarían acostados y bien arropados. Entré en mi estudio y le eché un vistazo rápido al contestador. Ningún mensaje de Celeste. Reprimí mi desilusión. No había pasado ni un día desde que la llamé para dejarle mi número. Puede que nunca se pusiera en contacto conmigo, y tenía todo el derecho a no hacerlo.

Cerré la puerta con llave, y cuando estaba a punto de poner la cadena, oí que se había armado un follón de mil demonios en el jardín de atrás. *Killer* estaba

suelto y descontrolado. Al parecer, el perro había conseguido salir de la tienda excavando un agujero en el suelo. Aún ladraba furiosamente cuando asomé la cabeza por la puerta. Le di al interruptor a toda prisa y una luz intensa bañó la parte posterior de la propiedad. Henry debía de estar en el local de Rosie, porque al oír semejante jaleo normalmente habría salido disparado por la puerta trasera de su casa, blandiendo el bate de béisbol que usa para proteger su hogar. Tampoco vi rastro de Pearl, lo que significaba que probablemente también estaría en el local de Rosie.

*Killer* se abalanzó como un loco contra la valla. Nunca lo había visto en aquel estado. Ni siquiera en nuestro primer encuentro, cuando tenía acorralados a Henry y a Pearl, me pareció tan agresivo. Intentar calmarlo no serviría de nada. Corrió paralelo a los arbustos que crecen a lo largo del límite de la parcela y arremetió contra la barrera que lo separaba del objeto de su hostilidad. Pensé en Ned Lowe. ¿Cómo no iba a pensar en Ned? En momentos de alarma, en momentos en los que me encontraba en alerta máxima, en todas aquellas ocasiones en las que mi radar interior captaba señales de peligro de cualquier clase, Ned Lowe se adueñaba siempre de mis pensamientos.

La furia del perro se fue aplacando, dejándolo en un estado de agitación. Ahora daba vueltas por el jardín con el hocico pegado al suelo, emitiendo un aullido lastimero. De vez en cuando ladraba un poco para llamar la atención. Me senté en el umbral y esperé a que *Killer* se me acercara. Le tendí una mano balbuceando tonterías mientras el perro corría de un lado para otro. Aún estaba indignado y furioso, pero probablemente ya había olvidado el motivo de su furia. Con el corazón desbocado, cogí una linterna y me acerqué a la valla, dirigiendo un haz de luz cegadora de un lado a otro. No me atreví a salir al callejón y no le di la espalda a la oscuridad, pero confiaba en que *Killer* atacaría a cualquiera que intentara hacerme daño. Después de asegurarme de que todo estaba en calma, volví de nuevo a mi estudio.

No quería dejar a *Killer* solo en el jardín, así que lo invité a entrar. El perro cruzó el umbral con cautela. Al parecer, aquél era el acontecimiento más desconcertante de toda su vida. Se sentó muy tieso, sin apenas mover su cabezota peluda mientras inspeccionaba el interior de mi estudio. Puede que oliera al gato *Ed*, pero seguro que a esas alturas ya se había acostumbrado a él. Meneó la cola con cierto recelo, tras lo cual me permitió acariciarlo y alabarlo. Llené un tazón de agua y me asombró ver cómo lo salpicaba todo al beber.

Después se acercó a la puerta, me miró para asegurarse de haber captado mi atención y luego gimió suavemente y arañó la madera. Era posible que



necesitara salir a orinar en uno de los árboles de Henry, pero me pareció más probable que estuviera preocupado por su muñequita. Lo dejé salir y correteó de un lado a otro del jardín hasta que la encontró. La agarró cuidadosamente con los dientes y la trajo hasta mi estudio. Luego la depositó en el suelo del salón y empezó a lamerla de la cabeza a los pies. Antes de cerrar con llave para irme a dormir, dejé una nota en la puerta trasera de Henry y una segunda nota clavada a la tienda para comunicarles que había invitado a *Killer* y a su bebé a pasar la noche en mi casa. No dormiría así de bien en mucho tiempo.

Viernes, 6 de octubre de 1989

El viernes por la mañana, mientras desayunaba un tazón de Cheerios, sonó el teléfono. Me acerqué al escritorio y descolgué el auricular.

Quienquiera que estuviera al otro lado respondió a mi saludo con un silencio.

Normalmente, a esa hora sólo recibo llamadas de individuos jadeantes. Mi respuesta habitual consiste en hacer sonar una bocina de aire ensordecedora y luego colgar. En este caso esperé, aguzando el oído.

—Hola, soy Kinsey.

—Me dejaste un mensaje.

Una voz femenina, y cabía suponer que se trataba de Celeste, la ex esposa de Ned Lowe, aunque yo tenía una actitud tan protectora hacia ella que había eliminado su nombre de mi agenda mental.

—Así es, y gracias por devolverme la llamada.

—¿Qué le ha pasado a Phyllis?

—Ned le dio una paliza tremenda cuando intentaba localizarte. No lo conseguí, pero aún no ha tirado la toalla.

—¿Cómo está Phyllis?

—Está ingresada en un hospital donde la cuidan de maravilla. Su médico parece optimista.

—Gracias a Dios. ¿Ned aún anda suelto?

—Me temo que sí.

—Ya sabes que robé los recuerdos que lo relacionan con esas pobres chicas a las que mató, por eso estoy tan paranoica. No me sentiré a salvo hasta que el paquete esté en manos de la policía.

—Pienso lo mismo que tú. ¿Cómo quieres hacerlo?

—No puedo arriesgarme a enviar esos recuerdos por correo, hay demasiadas cosas que podrían salir mal. Tal vez sean las únicas pruebas tangibles que lo

vinculan a esos asesinatos.

—¿Por qué no entregas el paquete en la comisaría que te quede más cerca?

—No, no —me interrumpió—. A veces los documentos se pierden, las pruebas desaparecen... Puede que alguien encuentre el paquete encima de su escritorio y lo meta en un cajón si no sabe qué hacer con él. No quiero correr ese riesgo.

—Veo que lo has pensado más que yo, así que explícame tu plan.

—Estoy dispuesta a viajar a Santa Teresa. He visto que hay vuelos disponibles en cuatro compañías distintas, con transbordos en cinco aeropuertos distintos. Una vez que haya hecho la reserva te llamaré para darte los detalles, y entonces podrás venir a buscarme al aeropuerto. Quiero que me esperes fuera, donde pueda verte.

—Me parece bien. ¿Y luego qué?

—Me llevarás a la comisaría y le entregaré el paquete al agente encargado del caso. ¿El inspector jefe Phillips?

—Exacto. Estará encantado de recibirte.

—Espero que sí. Después, puedes llevarme de nuevo al aeropuerto y acompañarme hasta la puerta de embarque. En cuanto haya pasado el control de seguridad, creo que estaré a salvo.

—¿Cuándo?

—Mañana, si estás disponible.

—Me las arreglaré para estarlo. Te refieres a este sábado —dije.

—Exacto.

—¿Recuerdas mi aspecto?

—Sí. ¿Y tú? ¿Me reconocerás a mí? —preguntó Celeste.

—Sí, a menos que hayas cambiado mucho.

—Estoy igual.

—Yo también. Esperaré tu llamada.

—Te llamaré en cuanto tenga los billetes en la mano.

No le confesé cómo había conseguido Ned la nueva dirección de Phyllis, y me alegré de que no me lo hubiera preguntado. Si Celeste me hubiese presionado, me habría sentido moralmente obligada a explicarle que Ned había acampado bajo mi despacho, desde donde había tenido acceso a todas mis llamadas. A partir de entonces había hecho todo lo posible para reforzar la seguridad, consciente de lo implacable que podía ser Ned en la consecución de sus

objetivos. Quería sus recuerdos, y si no los encontraba arremetería contra una de nosotras dos. Mejor yo que ella. En cualquier caso, aún tenía una cuenta pendiente con él.

Al llegar al despacho llamé a Cheney al Departamento de Policía de Santa Teresa.

—¿Tienes un momento? —pregunté cuando contestó y se identificó.

—Estaba a punto de llamarte para preguntarte lo mismo. ¿Quieres venir a mi espacioso cubículo?

—¿Por qué no quedamos en algún punto intermedio?

—¿Los jardines del juzgado?

—Perfecto, nos vemos allí.

Tardé unos seis minutos en llegar. Para ir hasta el juzgado tenía que pasar por delante de la comisaría, y casi esperaba ver a Cheney cuando crucé Santa Teresa Street en el semáforo. El juzgado, que ocupa toda una manzana, cuenta con un jardín situado por debajo del nivel de la calle al abrigo de la estructura principal, en la que hay una torre que años atrás albergó la cárcel del condado. El juzgado original estaba construido en estilo neogriego, pero aquel edificio quedó seriamente dañado en un terremoto de 1925. La construcción del juzgado actual, de estilo neocolonial español, se inició en 1926 y se completó en 1929, dos meses antes del crac bursátil. Las gruesas paredes blancas, el tejado de tejas rojas, las ventanas de alféizar profundo y las rejas de hierro forjado son típicos de muchos edificios de Santa Teresa de la misma época. Charles Willard Moore, un destacado arquitecto, lo llamó «la estructura más imponente que se haya construido jamás en estilo neocolonial español».

Me senté en los anchos escalones de piedra, algo fríos por encontrarse a la sombra del edificio de dos plantas que tenía a mi espalda. La sequía había quemado casi todo el césped, pero las palmeras, si bien faltas de agua, parecían aguantar bien. Miré a mi derecha y vi a Cheney cruzar el césped con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos. Levantó la mirada y, al verme, sonrió y me saludó con la mano. Intenté verlo como si acabara de conocerlo. Uno ochenta de estatura, compleción media, pelo rizado castaño. Me pregunté si sería cierto lo que me había dicho Anna. Según ella, Cheney estaba aprendiendo a acabar lo que empezaba. No sé por qué su costumbre de dejarlo todo a medias siempre me había molestado tanto. Durante nuestra relación, recordé cómo me irritaban las habitaciones a medio pintar, y aquellas telas para proteger el suelo tan largas que parecían parte de la moqueta. Me sacaba de quicio que siempre faltaran tiradores en las puertas y en las ventanas, y que el suelo estuviera lleno de taladros

eléctricos y pistolas de clavos. Ahora no hubiera reaccionado así, lo cual dice más de mi forma de ser de antaño que de Cheney. En aquella época yo era una obsesa de la limpieza y una maniática del control, características que, por lo general, no suelen considerarse muy relajantes.

Cheney se sentó a mi lado en el escalón e intercambiamos los cumplidos de rigor.

—¿Tienes alguna noticia que darme? —preguntó Cheney.

—Más bien una actualización.

Explicué cómo había conseguido el nombre falso de Celeste y el número de teléfono que tenía en otro estado. Me vi obligada a retroceder en el tiempo para incluir un rápido resumen de mi llamada inicial a Phyllis, de cómo Ned me había pinchado el teléfono y de la paliza que éste le había propinado a su ex mujer cuando intentaba obtener los datos de Celeste.

—¿Has hablado con ella?

—Le dejé un mensaje en el contestador y me ha devuelto la llamada esta mañana, está dispuesta a entregar los recuerdos de Ned. Tiene pensado volar a Santa Teresa mañana. Hemos quedado en que yo iré a buscarla al aeropuerto y la llevaré en coche a la comisaría. Cuando os haya entregado el paquete, la llevaré de vuelta al aeropuerto y la acompañaré hasta la puerta de embarque.

—¿Todo eso para evitar a Ned?

—Desde luego. Ese hombre es un maniaco. Las dos creemos que tiene poderes sobrenaturales. De alguna manera, ha conseguido desaparecer de nuevo. No sé cómo se las arregla.

—Ya volverá a aparecer en algún momento, no puede pasarse la vida huyendo. ¿En cuántos sitios se puede esconder? Si tienes suerte, la herida que le está supurando le provocará una septicemia y morirá antes de que se ponga el sol —dijo Cheney.

—Todo esto me está dando dolor de estómago. ¿De qué querías hablar conmigo? —pregunté.

—Ya llegaré a eso, pero primero creo que deberíamos hablar de la situación de Anna. Sé que estabas convencida de que teníamos una aventura.

—No es verdad.

—Sí que lo es.

—No me debes ninguna explicación —dije.

—Déjame decirte algo: lamento el engaño, pero fue lo único que se nos ocurrió hasta que supiéramos a qué atenernos.

—Vale, lo entiendo. No te preocupes.

—Venga, seguro que te molestó. Ya vi las miradas que nos lanzabas.

—No os lancé ninguna mirada —repuse.

Cheney sonrió.

—¿Estás indignada o a la defensiva?

—¿Hay alguna diferencia?

—Una muy grande. Si estás a la defensiva, significa que tengo toda la razón, pero tú lo niegas porque te da vergüenza admitirlo. Si estás indignada, tengo toda la razón y te cabrea que te haya calado.

—Pues entonces indignada, o puede que las dos cosas.

—Puedo compensártelo. Tengo información nueva. Probablemente saldrá en el periódico de todos modos, pero no se lo digas a nadie. Burgess es un poco borde.

—Palabra de honor.

—Uno de los técnicos de la policía científica encontró una pistola en Yellowweed. Estaba entre la maleza, lejos del camino, por lo que parece que el asesino la tiró allí.

—¿Pensando que nadie la encontraría?

—No estoy seguro. Es un Astra Constable.

—¿La misma con la que mataron a Sloan?

—No me cabe la menor duda. Lo sabremos seguro cuando hagan las pruebas de balística. Probablemente también la usaron para matar a Fritz McCabe.

—Esa pistola llevaba años desaparecida.

—Así es. Parece mucha casualidad que haya reaparecido como por arte de magia justo cuando empezamos a investigar.

—Pero es una buena noticia, ¿no? Me refiero a tener finalmente el arma del crimen.

—En teoría sí —respondió Cheney—. Hay tres explicaciones posibles: el asesino la tiró, se le cayó, o la dejó allí a propósito.

—¿Y si la tenía otra persona y decidió deshacerse de ella?

—Pues entonces las posibilidades son cuatro.

—Crees que se trata de Austin.

—No lo descarto, pero no acabo de entenderlo. Si Austin es el extorsionista, ¿para qué querría matar a la gallina de los huevos de oro? No me gusta la coincidencia de fechas, ni el hecho de que el Astra nos haya llegado como caída del cielo.

—Creía que la pistola estaba registrada a nombre del padre de Austin Brown. ¿Has hablado con él?

—De eso se encarga Burgess, pero seguro que el señor Brown dirá que no sabe nada al respecto.

—Bueno, ya sabéis que no subió hasta allí y que no mató a nadie —observé.

—Lo que me intriga es el móvil del asesinato. Fuiste tú quien dijo que no se trataba de un robo.

—No si Fritz estaba dispuesto a entregar el dinero. Su amigo Stringer está convencido de que Fritz conocía a su acompañante. Me pregunté si podría ser alguien a quien hubiera conocido en el correccional.

—Merece la pena investigarlo.

—Has dicho «si Austin es el extorsionista». ¿Quién más podría serlo?

—Si supiera la respuesta a esa pregunta, no estaría aquí sentado. —Cheney levantó un dedo—. Otro detalle importante: el forense encontró restos de un polvo blanco en la ropa de Fritz. Aún no tiene ni idea de lo que es, pero lo están analizando.

—¿Podría ser cocaína?

—No tiene sentido especular. El informe del laboratorio nos llegará durante el día de hoy.

El teléfono de mi despacho comenzó a sonar mientras abría la puerta. Como de costumbre, me puse histérica por si no conseguía introducir el código de la alarma en los veinte segundos previstos, aunque da tiempo más que suficiente a menos que tengas que hacerlo a contrarreloj. Conseguí entrar, y llegué a mi escritorio al cuarto timbrazo. Descolgué el auricular a toda prisa y me identifiqué.

—Kinsey, soy Erroll.

—Ay, Dios. ¿Va todo bien? —pregunté.

—Sí, no te preocupes. Siento haberte asustado. Phyllis va mejorando. Se cansa enseguida y todavía falta mucho para que esté bien del todo, pero se encuentra mucho mejor. La cuestión es que quiere verte. Lleva dos días preguntando por ti, y me ha hecho prometerle que te llamaría. ¿Te sería posible venir hasta aquí?

—Puedo ir esta tarde. ¿Tienes idea de lo que la preocupa?

—Lo único que ha dicho es que quiere hablar contigo.

Dejé la mente en blanco durante buena parte del viaje a Perdido. Era un típico

día californiano: cielo azul despejado, veintitantos grados, una brisa ligera que rizaba las olas levantando una espuma tan fina como el polvo. Las cinco islas situadas frente a la costa se divisaban con la claridad suficiente para poder contar las crestas de la cordillera. Anacapa, Santa Bárbara, San Miguel, Santa Rosa y Santa Cruz componen el Parque Nacional de las Islas del Canal, donde se puede hacer senderismo, acampada, submarinismo, piragüismo y observación de aves, actividades que me atraen tan poco que me habría cortado las venas antes que tener que practicarlas. En la isla de San Miguel el viento sopla a casi cincuenta kilómetros por hora, y eso la vuelve especialmente inhóspita, o eso me han dicho, porque nunca he estado allí. Ninguna de las islas dispone de agua, tiendas, servicios, teléfonos públicos, aseos o establecimientos donde pernoctar. Se espera que los visitantes lleven consigo comida y provisiones. ¿Qué tiene eso de divertido?

Los cuarenta kilómetros se me pasaron volando de lo absorta que estaba en mis sombrías reflexiones. Me tranquilizó ver a la mujer uniformada que hacía guardia frente a la habitación de Phyllis, pero nada me había preparado para el aspecto de ésta. Parecía haber encogido. Tenía el pelo ralo y despeinado, lo que, por otra parte, resulta normal si estás ingresado en el hospital. Las venas, de un azul muy pálido, se le marcaban en sus escuálidos brazos. Le habían puesto una vía intravenosa en el brazo derecho y llevaba el izquierdo escayolado. Aún tenía el ojo izquierdo tan hinchado que parecía un boxeador que acaba de perder un combate. Adiviné la estructura ósea de su mejilla izquierda llena de magulladuras. Puede que las cicatrices le quedaran de por vida.

La enfermera me advirtió que no alargara la visita.

Acerqué una silla a la cama y tomé la mano de Phyllis, tan fría y ligera como la nieve.

—¿Cómo va, querida?

Su voz sonó ronca por la falta de uso. La mandíbula cosida con alambre la obligaba a hablar con la boca casi cerrada.

—Se lo dije a Ned. Cuando me pegaba.

—¿Qué le dijiste?

—Que te había enviado el nombre y la dirección de Celeste. Creyó que le mentía...

—Ah, por eso volvió a tu piso para buscarla en las cajas que aún no había inspeccionado.

Phyllis asintió con mucho esfuerzo.

—Estoy muy preocupada —musitó.



—Yo también. Resulta que Ned se instaló debajo de mi despacho y me pinchó el teléfono para poder escuchar mis llamadas, así es como se enteró de tu dirección. Nunca habría pensado que pudiera burlar mis medidas de seguridad. Afortunadamente, conseguí pegarle varios tiros. Por los gritos que soltó, diría que le di al menos una vez.

—Quiere encontrar a Celeste.

—Soy consciente de ello. Ya he hablado con ella, y tenemos un plan. Va a venir en avión desde algún lugar que desconozco. En cuanto haga las reservas me llamará para decirme a qué hora llega su vuelo. Iré a buscarla y la llevaré a la comisaría, donde le entregará en mano las pruebas al inspector jefe Phillips. Él está al frente de la investigación. Después la llevaré de vuelta al aeropuerto y la dejaré en la puerta de embarque.

—Me parece muy peligroso.

—Entiendo tu preocupación, pero no veo cómo iba a enterarse Ned. Celeste está tomando muchísimas precauciones.

—No, no. Dile que no venga.

—No sé si será posible, pero lo intentaré.

En el viaje de vuelta a Santa Teresa, me pregunté si realmente habría alguna forma de cambiar los planes. No tenía ni idea de dónde cogería el avión Celeste, ni de dónde haría el transbordo. Mi única esperanza consistía en encontrarla antes de que saliera. En cuanto llegué a casa, me fui directa al teléfono. Vi que la luz del contestador parpadeaba y pulsé *play* temiéndome lo peor. Una única frase: «Llegaré a la una y cuarto en la fecha prevista».

Me saqué el papelito doblado de entre las tetas y marqué su número. Sonó muchas veces, pero esta vez no saltó el contestador. Dejé que sonara unas quince veces más y entonces colgué. Ya no podría pedirle que cancelara el viaje a Santa Teresa. Sentí que se me revolvía el estómago. La ansiedad de Phyllis era contagiosa, pero seguía sin ver cómo podía fracasar el plan. Dondequiera que Ned estuviera escondido, no iba a poder interceptarnos a ninguna de las dos. Tendríamos que seguir adelante y confiar en que todo saliera bien. Como plan, «confiar en que todo salga bien» no es precisamente de los mejores.

Viernes, 6 de octubre de 1989

Joey, descalzo y en albornoz, recogió el periódico de la mañana y lo tiró sobre la encimera que separaba la cocina del salón. Después se dirigió al dormitorio para darse una ducha. En la cocina, Iris se sirvió una taza de café mientras se hacían las tostadas. Las puso en un plato, las untó de mantequilla y las llevó a la mesa, entonces se hizo con el periódico doblado antes de sentarse. Abrió el *Dispatch*, le echó un vistazo a la portada y soltó un grito. Se levantó de golpe y casi tiró la silla.

—¡Joey! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Joey apareció en la puerta en calzoncillos. Estaba acostumbrado a los ataques de histeria de Iris y no pensaba decir nada hasta que supiera de qué hablaba su novia.

—¿Qué? —preguntó con un dejo de irritación.

Iris señaló el periódico.

—¿Qué? —repitió Joey elevando el tono.

—Fritz está muerto. Mira esto: lo encontraron ayer en Yellowweed. Lo mataron a tiros.

—No puede ser —dijo Joey.

A Iris le temblaba la mano cuando le enseñó el periódico. Joey se sentó y leyó rápidamente el principio del artículo, pasó a una página interior y continuó leyendo el resto de la noticia.

—Dios mío, es terrible —dijo Joey—. Me pregunto qué puede haber pasado.

—La hemos cagado. Estamos perdidos. ¡Dios mío! —exclamó Iris, y luego se dejó caer en una silla, pálida como el papel. Cruzó los brazos y se abrazó—. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Espera un momento —dijo Joey.

Volvió a leer el artículo con más detenimiento.

—Es terrible. Pobre tío.

—¿Deberíamos entregarnos?

Joey frunció el ceño.

—¿Por qué? Nosotros no lo hemos matado.

—Pero ¿y si investigan el chantaje y lo relacionan con nosotros?

—¿Por qué iba a ocurrírsele a nadie pensar en nosotros? Fritz es colega nuestro. Somos sus mejores amigos. ¿Cómo van a relacionarnos con algo así?

—No lo sé, pero supón que lo hagan. Puede que sea preferible ir a hablar con la policía antes de que vengan a por nosotros. Si nos relacionan con el chantaje, seremos los principales sospechosos. Los únicos sospechosos.

—Cálmate. Serénate un poco y pensémoslo bien. Vale, sabíamos lo del chantaje. Fritz se lo contó a todo el mundo, así que eso en sí no tiene demasiada importancia.

—Tienen el mensaje que dejaste. Es tu voz en el contestador.

—Eso no lo saben. Podría ser cualquiera. Austin, por ejemplo.

—¿Y si localizan la llamada?

—No pueden localizar una llamada a partir de una grabación —contestó Joey, aunque no estaba muy seguro. La tecnología no dejaba de avanzar. Quién sabía qué serían capaces de averiguar los técnicos de la policía científica.

Iris se inclinó hacia delante y metió la cabeza entre las rodillas, como si estuviera a punto de desmayarse.

—Se acabó, estamos perdidos. Si no nos entregamos y acaban descubriéndolo, ¿qué van a pensar? ¡Que somos culpables de asesinato!

—Pero eso no es cierto. Nosotros no hemos hecho nada. En el periódico pone que probablemente Fritz llevaba muerto casi una semana, y nosotros ni nos hemos acercado a Yellowweed. Ni siquiera tenemos una pistola, ¿cómo íbamos a hacerlo nosotros?

—Nos llamó a casa, ¿recuerdas?

—Pero no lo vimos. No tuvimos contacto con él. Fuimos a cenar a casa de mi madrastra, ella podrá confirmarlo.

—¿Y si repasan el registro de llamadas? ¿Cómo vas a explicar la llamada de Fritz?

—No vamos a negar que nos llamó. Les contaré lo que pasó. Fritz nos dijo que iba a encontrarse con ese tío, y que quería que lo acompañáramos.

—¿Por qué nos lo pidió a nosotros?

—Porque estaba nervioso y necesitaba apoyo moral. Le dijimos que no fuera y se cabreó, eso es todo. No sabemos nada más. Le aconsejamos que no lo hiciera. No teníamos ni idea de que se hubiera reunido con ese tío, ¿no?

A Iris le temblaba la boca e hizo una mueca poco favorecedora.

Joey le puso la mano en el hombro.

—Oye, nena, cálmate ya. No te me vayas a derrumbar ahora.

Se agachó a su lado y le acarició la espalda para consolarla, pero era consciente de que Iris ni lo escuchaba.

—Eh, mírame.

Esperó a que Iris consiguiera controlarse. Su novia respiró profundamente, se dio unas palmaditas en el pecho y luego lo miró.

Joey sacó un pañuelo de papel de la caja que reposaba sobre la mesita auxiliar y se lo dio. Iris lo cogió agradecida y se sonó.

—No hemos hecho nada —continuó diciendo Joey—. Estamos juntos en esto. No nos hemos enterado de que Fritz había muerto hasta que lo hemos leído en el periódico esta mañana. ¿O acaso no es cierto?

Iris asintió con la cabeza.

—Vamos a hablar con la policía y, entonces, ¿qué? No tienen ningún motivo para creer que estemos involucrados. Nada nos vincula a Yellowweed. Margaret responderá por nosotros, y además es verdad. Si admitimos el chantaje, sólo conseguiremos exponernos a una investigación.

Iris tenía la expresión atormentada de los condenados. Finalmente asintió con la cabeza, algo más calmada pero aún inquieta.

—¿Y si lo averiguan? —preguntó mientras retorció el pañuelo empapado.

—¿Y si no?

—¿Qué van a pensar si descubren que enviamos la nota y la cinta? ¿Y si dejaste alguna huella?

—No dejé ninguna huella, no soy tan tonto —respondió Joey—. En todo caso, si nos vemos obligados a admitirlo, lo admitiremos y diremos que no seguimos adelante. Nos echamos atrás porque nos dimos cuenta de que habíamos cometido un error. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

Iris sacudió la cabeza en silencio, imaginando terribles posibilidades que ni se atrevía a mencionar.

—Lo peor sería que lo confesáramos, lo que podría llevar a la policía a pensar que somos culpables cuando no lo somos. Nos echamos atrás, ¿recuerdas? Vale, somos culpables de amenaza, pero eso no va contra la ley. Bueno, sí que va contra la ley, pero ¡joder!, no hemos matado a nadie. Tienes

que confiar en mí. ¿Confías en mí?

Iris asintió con la cabeza, abatida.

Joey la agarró de las manos.

—A ver qué te parece. Nos ocupamos de nuestros asuntos, como si no hubiera pasado nada. Si alguien nos pregunta por lo de Fritz, diremos que lo hemos leído en el periódico y que estamos destrozados, desde luego. Era amigo nuestro y lo sentimos muchísimo, pero eso es todo.

—No quiero ir a trabajar. Puedo llamar diciendo que estoy enferma...

—Ni hablar. Podrías levantar sospechas.

—Puedo decirle a Karen que estoy muy afectada porque han matado a un amigo mío. Seguro que lo entiende.

Joey negó con la cabeza.

—Haremos lo mismo de siempre, como si no hubiera pasado nada y no tuviéramos ningún motivo de preocupación. Veremos cómo nos va hoy, y hablaremos de nuevo por la noche. ¿Te parece bien?

Iris asintió con la cabeza sin apartar la mirada de Joey, como si fuera un cachorro en una sesión de adiestramiento.

Joey la dejó en el centro para que pudiera abrir la tienda. Iris metió el bolso debajo del mostrador y se volvió hacia el espejo de la pared que quedaba a su espalda y se inclinó hacia delante para ver mejor su reflejo. Tenía muy mala cara: nada de maquillaje, los ojos hinchados de tanto llorar, el pelo alborotado. Hizo una pausa para volver a ponerse dos peinetas y un pasador, con lo que mejoró un poco su aspecto. Se sorbió la nariz. Respiró profundamente y luego exhaló, emitiendo un leve gemido. Aún la invadía la tristeza, no tanto por la muerte de Fritz como por el lío en que estaban metidos. ¿Cómo iba a descubrirlo la policía? Ni Joey ni ella habían hecho nada. Vale, habían enviado una nota para pedir dinero, lo que podría haber sido una broma.

Oyó el tintineo de la campanilla que colgaba sobre la puerta de entrada.

El hombre que entró se acercaba a los sesenta. Llevaba una americana oscura y un polo rojo. Tenía aspecto de deportista maduro. Tenis o golf, porque el ejercicio al aire libre le había bronceado la piel. Entradas pronunciadas, la frente salpicada de manchas causadas por el sol, el escaso pelo gris cortado muy corto. Le recordó a su tío Jerry: la misma edad y la misma complexión. Iris era su sobrina favorita.

El hombre recorrió la tienda con la mirada, observando detenidamente la

ropa antigua que colgaba de los percheros y las vitrinas llenas de artículos diversos. El aire olía a incienso y a perfume. El hombre se dirigió hacia ella sin prisa aparente. Cuando lo tuvo lo bastante cerca, Iris se fijó en sus pestañas, tan largas y oscuras que parecían postizas. Tenía unos labios finos con las comisuras hacia arriba, lo que indicaba que era capaz de sonreír, aunque no llegó a hacerlo. Puede que estuviera buscando algo para su mujer. Iris le miró la mano izquierda: no llevaba anillo, pero los hombres de esa edad no siempre lo llevaban.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó Iris.

—¿Usted es Iris Lehmann?

«Mierda, otra vez no», pensó Iris, sonriendo ahora de manera forzada.

El hombre sacó una funda de piel y le mostró la placa: una estrella de siete puntas con un círculo en el centro. Ponía AYUDANTE DEL sheriff en la mitad superior del círculo y CONDADO DE SANTA TERESA en la mitad inferior. Había una imagen en relieve en el centro, pero el hombre guardó la placa antes de que Iris pudiera verla bien.

—Inspector Burgess —dijo el hombre—. Oficina del *sheriff* del condado.

A Iris se le encogió el estómago. Si el inspector Burgess había venido a preguntar por Fritz, seguro que saldría el asunto del chantaje. Se quedó en blanco y le costó despegar los labios. ¿Cómo debería reaccionar si no supiera nada de lo sucedido?

—¿Puedo ayudarle en algo?

Iris se estremeció. Acababa de hacerle la misma pregunta.

—Espero que sí. Nos estamos poniendo en contacto con todos los amigos de Fritz McCabe.

—Lo he leído en el periódico. Es terrible lo que ha pasado, estoy conmovida.

—Es muy triste perder a alguien tan joven —dijo el inspector Burgess—. Ya me imagino lo difícil que será para usted.

La observó como si imaginara muchas otras cosas también, ninguna de ellas agradable. Iris vio que el policía sacaba un cuaderno de espiral y lo abría por la primera página, que estaba en blanco.

—Estamos intentando reconstruir todo lo que hizo Fritz en los días anteriores a su muerte. ¿Recuerda la última vez que tuvo contacto con él?

—Bueno, veamos... —Iris levantó la mirada, como si intentara recordar su última conversación con Fritz—. Creo que hablamos con él la semana pasada por teléfono, pero no lo vimos. Me refiero a mi prometido y a mí. Vivimos juntos, así que cuando Fritz llamó, Joey habló con él.

—¿Qué día les llamó?

Iris negó con la cabeza y luego decidió que sonaría más creíble si añadía algún detalle.

—Diría que el miércoles o el jueves, a finales de semana. No creo que Joey recibiera la llamada en viernes.

—¿Tiene idea de lo que hablaron?

—No. Se lo podría preguntar a Joey. O se lo puedo preguntar yo, y luego llamarle a usted.

—¿No le dijo nada sobre el tema de la conversación?

—Tenía que irme a trabajar, así que no hubo tiempo.

El inspector Burgess pasó una o dos páginas más, como si intentara refrescarse la memoria.

—Ya sabe lo del chantaje —afirmó Burgess dando por sentado que Iris lo sabía.

Iris vaciló.

—Algo he oído, pero no sé gran cosa. Quiero decir que no conozco los detalles.

Burgess frunció el ceño de forma casi imperceptible.

—Tenía la impresión de que Fritz se lo había explicado a todos sus amigos. Me sorprende que no se lo dijera a ustedes.

—No, no. Sí que nos lo dijo, pero nos hizo jurar que no se lo contaríamos a nadie. No creo que deba hablar de este asunto, por respeto a Fritz.

Burgess esbozó una escueta sonrisa.

—Le agradezco su discreción, y estoy seguro de que Fritz también se la agradecería. —El inspector hizo una pausa. Iris creyó que había acabado la frase, pero luego añadió—: Por otra parte, dado que Fritz ha muerto, esas reservas ya no tienen razón de ser, ¿no cree? Especialmente cuando ciertos hechos podrían arrojar luz sobre su muerte. Si le parece que mis preguntas están fuera de lugar, dígamelo. No quiero obligarla a hablar de este asunto si va a sentirse incómoda.

—¿Por qué tendría que sentirme incómoda?

—No lo sé, Iris. Eso lo sabrá usted.

—Estoy bien. No se preocupe, pregunte lo que quiera.

—Ha mencionado el viernes pasado. ¿Puede decirme qué hizo ese día?

Iris parpadeó.

—No me acuerdo. Probablemente vine a trabajar, como siempre. Seguro que hicimos alguna cosa, pero no lo recuerdo. Podría preguntárselo a Joey. La verdad es que no sé nada de este asunto. Ojalá pudiera serle de más ayuda, pero no se

me ocurre nada.

—¿Y qué hay del viernes por la noche?

Iris negó con la cabeza.

—Lo siento, no lo recuerdo.

—Tengo entendido que vio a Austin Brown un par de veces la semana pasada. ¿Por qué no empieza por ahí?

Iris no esperaba aquel giro en la conversación, pero se dio cuenta de que estaba cavando su propia tumba. No había visto a Austin ni una sola vez, era pura invención.

—No estoy segura de que fuera él. No podría jurarlo. No quiero que citen lo que he dicho por si me he equivocado.

—¿Y qué hay del chantaje? ¿Qué le contaron?

Otra vez con lo mismo.

—No mucho.

Iris se lamió los labios y volvió a quedarse en blanco. Obviamente, Joey y ella sabían más que nadie acerca del chantaje. ¿Cuántos detalles debería conocer alguien que no estuviera involucrado en el asunto?

—Tómese todo el tiempo que necesite.

Iris carraspeó.

—Sabíamos que alguien envió una copia de la cinta a los McCabe con una nota. Fritz nos lo dijo.

Burgess sacudió la cabeza y le dirigió una sonrisa fatigada.

—La dichosa cinta. Se cuele en la conversación a cada paso, ¿por qué será?

La pregunta parecía retórica, pero el inspector se quedó mirando a Iris como si esperara una respuesta.

—No tengo ni idea, la verdad.

Burgess anotó algo.

—Pero usted sabía que el chantaje se basaba en esa cinta.

—Todo el mundo lo sabía.

—¿Qué había en la cinta para que alguien estuviera dispuesto a pagar miles de dólares con tal de evitar que cayera en manos de la policía? ¿Por qué era tan peligrosa?

—No sabría decirle. Yo no llegué a verla.

Grave error. Claro que la había visto. En cuanto Joey la encontró detrás de la rejilla que protegía el conducto de la calefacción del baño de los chicos en casa de Margaret. Iris la había visto seis veces, si no se equivocaba. Ahí estaba: espatarrada, con las tetas aplastadas, colgadísima y borracha perdida mientras



Fritz y los otros la agredían con lo primero que tuvieran a mano.

—No importa —dijo Burgess con tono suave—. La veremos más tarde. Puede que el jefe quiera quedársela para verla en la reunión de la brigada mañana a primera hora. ¿Fritz no le contó nada sobre lo que había en la cinta? —preguntó Burgess sin dejar de observarla, bolígrafo en ristre.

Iris echó un vistazo al cuaderno del policía, intentando ver qué había escrito.

¿Cómo iba a responder a una pregunta sobre lo que había en la cinta? No podía alegar desconocimiento cuando Burgess la vería de todos modos. ¿Qué pensaría al ver a Troy tumbado sobre ella de espaldas a la cámara, apretando los glúteos cada vez que la penetraba? Dios santo. Y Fritz allí al lado, retorciendo su bigote imaginario mientras sostenía la lata de manteca vegetal. ¿Cuántos policías verían la cinta? ¿Por qué no alquilaban un cine y cobraban entrada?

Iris notó cómo se le encendían las mejillas. Burgess llevaba tres minutos en la tienda y ya la había acorralado. No había estado tan asustada en su vida. Sabía qué acostumbraba a pasar en estos interrogatorios: si decías una cosa ya no podías decir otra más adelante. Si te contradecías, todo el mundo daba por sentado que estabas mintiendo.

—¿Tengo que responder a esa clase de preguntas sin un abogado presente?

Burgess la miró fijamente, dedicándole toda su atención. ¿Cómo le recordaba a su tío Jerry! Este hombre tenía el mismo aire amable de su tío, aunque ahora parecía perplejo y decepcionado.

—¿Y por qué iba a necesitar a un abogado? Ésta es una conversación preliminar para recoger información. Podemos interrumpirla ahora mismo si cree que lo que diga la va a perjudicar. ¿Hay algo que yo no sepa?

—No quiero seguir hablando con usted.

El inspector Burgess cerró el cuaderno y se lo metió en el bolsillo. A continuación sacó una tarjeta y se la entregó.

—¿Qué le parece si me pone al corriente más tarde? Llámeme si cambia de opinión. Le agradezco la molestia. Cuídese.

Nada más salir el inspector de la tienda, Iris echó mano del teléfono y marcó el número de la constructora en la que trabajaba Joey. La recepcionista le dijo que Joey estaba en una obra, y que no volvería hasta el mediodía. Iris le dejó un mensaje para que la llamara, y entonces estalló en llanto. Este jodido asunto sólo podía ir a peor. ¿Qué sería de ellos?

## La ejecución Junio de 1979

Mientras subía trabajosamente por el camino de la montaña en la oscuridad, Fritz comenzó a sentir náuseas y se preguntó cómo podía haberse descontrolado tanto la situación. De alguna manera, se había visto envuelto en una guerra que no era la suya. Si Austin tenía cuentas que saldar con Sloan, ¿cómo habían acabado metiéndose en la disputa los demás? Austin lo consideraba idiota, lo que llevaba a Fritz a actuar como si lo fuera. Pasaba lo mismo que cuando su madre le decía lo mal que conducía. En cuanto se subía al coche con él, Fritz cometía alguna estupidez, como dar marcha atrás y derribar un cubo de basura. Su madre no tenía que decir ni una palabra. A partir de aquel momento, rozaba la acera con la rueda al doblar la esquina o miraba en otra dirección cuando el semáforo se ponía en ámbar. Entonces ella soltaba un grito, se agarraba al salpicadero y señalaba el coche que venía de cara y que él no había visto.

Troy había sido lo bastante listo para plantarse. Los había llevado hasta el inicio del camino y se había negado a acompañarlos más allá. A Fritz tampoco le entusiasmaba aquella expedición, pero probablemente ya era demasiado tarde para protestar. Y aunque se hubiera atrevido a hacerlo, ¿qué iba a decir? Austin no lo dejaría escapar. Durante la fiesta, Fritz se había tomado cinco vasos de ponche rosa y dos de ponche verde, y luego lo había vomitado todo mientras fingía salir a orinar. Ahora tenía la cabeza a punto de estallar, y si no le preocupara tanto hacer el ridículo, daría media vuelta y bajaría el camino a pie. Troy y él podían largarse mientras Austin hacía lo que tuviera que hacer. Seguro que acabaría humillando de algún modo a los tontos que tuvieran la desgracia de estar presentes. Fritz habría dado cualquier cosa por tenderse en la caja de la camioneta y taparse la cabeza con la chaqueta, pero era más fácil seguir

andando, a la espera del momento propicio para enfrentarse a Austin. Sí, claro. Como si eso fuera a pasar.

Oyó subir a los demás a su espalda. Austin llevaba una linterna, pero sólo él se beneficiaba del haz de luz mientras los otros tres se quejaban y maldecían. Era un camino muy poco transitado, cubierto de ramas caídas que se partían al pisarlas. Fritz no apartaba la mirada de aquel terreno tan escarpado, esforzándose por mantener el equilibrio. Como no estaba en forma, jadeaba ruidosamente y había empezado a sudar.

—Solía venir aquí de acampada cuando era *boy scout*. No sé qué estamos haciendo, tíos. Este sitio es una mierda.

—Cállate, Fritz.

Como de costumbre, Austin se dirigió a él con la voz cargada de desprecio.

—Lo digo en serio. En mi opinión, esto es una estupidez.

—Nadie te ha pedido tu opinión.

Poco después, Fritz tropezó y se le disparó la pistola. Había apretado el gatillo sin querer, pero Austin no perdió ocasión de saltarle a la yugular.

—¿Qué te pasa, tío? ¡Pon el seguro! Podrías haber matado a alguien.

—Pero...

—No me vengas con «peros», tarado.

Fritz se volvió, pero Austin le dio un golpe en el hombro.

—Eh, tío, no me des la espalda. Te he ordenado algo, y espero que lo cumplas. Pon... el... seguro.

—Antes has dicho que lo quitara. Tú lo has quitado cuando estábamos en la cabaña.

Fritz sabía que hablaba con voz chillona, pero estaba harto de que le echaran la culpa de todo.

—¿Esto te parece una cabaña? —gritó Austin—. Esto es el puto monte. Estamos subiendo por un camino en plena noche. Si te caes con el seguro quitado te dispararás, suponiendo que no nos dispaes a nosotros primero. Ven aquí. Dame eso.

Austin le arrancó el Astra de la mano y le mostró cómo se ponía el seguro del gatillo.

Fritz pensó que lo que acababa de hacer Austin era mucho más peligroso: le había arrebatado la pistola y había apuntado con ella en varias direcciones. Al menos Fritz había mantenido el cañón dirigido al camino de tierra, por lo que cuando la pistola se disparó él no estaba apuntando a nadie.

Sloan soltó un grito al oír el disparo, pero durante el resto del trayecto no

abrió la boca. Fritz supuso que habría adoptado la misma actitud que él. Era mejor callarse y hacer lo que te decían o la situación empeoraría aún más. Si le seguían la corriente a Austin, a lo mejor se olvidaba del asunto y todos podrían irse a casa.

Por fin llegaron a la muela, donde la naturaleza había ido aplanando el terreno hasta formar un enorme claro. Las cabañas, así como las salas de actos y los comedores, quedaron abandonados años atrás. Ahora el condado estaba demoliendo las ruinosas estructuras y usaba los escombros para llenar la vieja piscina, que aún suponía un peligro pese a estar vacía. Habían aparcado una excavadora cerca de un vertedero, donde se amontonaba parte de la madera. En los escasos edificios que aún se mantenían en pie, las ventanas estaban entabladas y los tablones del porche se habían podrido. Incluso en pleno auge del campamento las estructuras eran «rústicas», lo que significa mal iluminadas y sin apenas calefacción. Fritz aún temblaba al recordar las arañas lobo: grandes, muy negras y muy rápidas. De noche había cucarachas. Después de que apagaran las luces, cuando los chicos ya estaban en la cama, uno de los campistas de mayor edad gritaba: «¡Trampa mortal!», y encendía la luz. Multitud de insectos de distintas formas y tamaños correteaban en todas direcciones mientras los chicos intentaban matarlos con sus zapatillas de tenis. Otra de sus diversiones consistía en echar petardos a la fosa séptica.

Fritz y Bayard se habían quedado sin aliento después del ascenso, y Austin no estaba mucho mejor. Sloan era la única que parecía eufórica tras el esfuerzo físico. Los cuatro se detuvieron para respirar mientras Austin dirigía la linterna a los edificios de madera. Todo parecía muerto, salvo los hierbajos y la hiedra venenosa que crecían por todas partes. Aquello le recordó a Fritz un estudio de cine en el que habían cubierto las puertas de falsas telarañas con una máquina especial. Austin se acercó al semicírculo de tierra situado frente a la sala de actos. Los campistas usaban aquel anfiteatro improvisado para escuchar charlas sobre la naturaleza. Los monitores sacaban unos cuantos bancos de construcción tosca, que normalmente estaban apilados frente al comedor, para que los chicos se pudieran sentar. Fritz siempre se quedaba de pie en la parte de atrás para poder escaparse a media charla.

Una neblina baja cubría la cima de la montaña, pero el cielo estaba despejado y lleno de estrellas. Al fondo de la cordillera, un resplandor tenue se recortaba en forma de abanico contra el cielo nocturno: era la contaminación lumínica de Santa Teresa. Hacía frío y Sloan, vestida con aquel atuendo improvisado, cruzó los brazos para calentarse. Todos esperaban instrucciones mientras Austin

prolongaba su silencio para acentuar el efecto dramático.

Fritz se calentó las manos debajo de las axilas y dirigió una mirada inquieta a Bayard.

—Esto no me gusta nada.

—A mí tampoco.

Austin captó la queja.

—¿Sabes qué, Bayard? No me importa si te gusta o no.

—Estoy con Fritz. No quiero tomar parte en esto. Has dejado que Troy se fuera, ¿por qué no a nosotros? Ni siquiera es asunto nuestro —dijo Bayard.

La voz de Austin fluyó meliflua y seductora.

—¿Te estás negando, Bayard?

—Venga, Austin. Dejémonos de gilipolleces y salgamos echando leches de aquí.

—Aún no he acabado —dijo Austin.

—Pues nosotros sí.

Austin no le hizo caso.

—Eh, Sloan. ¿Qué crees que es esto?

Con el haz de la linterna, Austin iluminó una zanja de un metro de hondo por dos de largo. Sobre la tierra amontonada al lado de la zanja reposaban un pico y una pala. Luego se enfocó la parte inferior de la barbilla con la linterna, y eso confirió a sus facciones un aspecto siniestro. Era algo que los niños hacían por la noche para asustarse mutuamente.

—Uy, sí, qué miedo —dijo Sloan con sorna.

—Te he hecho una pregunta. ¿Qué crees que es esto?

Austin volvió a dirigir el haz de luz a la zanja.

Sloan se llevó la mano a la mejilla.

—Jo, Austin, no lo sé. Parece como si alguien hubiera cavado un hoyo en el suelo.

—¿Por qué no vas y te tumbas dentro para ver si es de tu tamaño?

—No tiene gracia.

—¿Ah, no? —preguntó Austin—. A mí me parece desternillante.

—Tú tienes un sentido del humor muy retorcido.

—Pero un sentido de la justicia muy fuerte.

Sloan se echó a reír.

—¿Así es como te ves a ti mismo? ¿Un tío íntegro? ¿Un hombre de honor? Porque yo sé que no es verdad, y tú también lo sabes.

—Me arrepiento de haber salido contigo —afirmó Austin—. No sé en qué

estaría pensando.

—Puede que pensaras que yo era tan horrorosa que agradecería la atención.

—Muy bueno. Se me pasó por la cabeza, ahora que lo mencionas —dijo Austin.

—Déjame decirte lo que se me pasó por la cabeza a mí. Todo este resentimiento entre los dos se remonta al maldito incidente del examen copiado, cuando alguien le escribió aquella nota al señor Lucas. Dijiste que la culpable era yo, cuando sabías de sobra que no lo era.

—Fuiste tú la que se puso a pontificar cuando te enteraste de que Poppy y Troy pensaban copiar en el examen. Les suplicaste que no lo hicieran. Y luego, mira por dónde, el señor Lucas va y recibe una nota en la que se descubre el pastel.

—Tú escribiste aquella nota.

Austin se echó a reír con incredulidad.

—¿Yo? ¿De dónde has sacado esa idea tan absurda? Me parece que has estado fumando demasiada maría.

—A ver qué te parece: había cinco candidatos al premio en memoria de Albert Climping, entre los que estábamos tú, Troy y yo. Como pillaron a Troy copiando, él quedó fuera de la competición. Entonces me acusaste a mí, y así yo también me quedaba fuera. Se supone que los profesores tienen que ser imparciales, pero son ellos los que votan, y cuando les llegue el rumor sobre mí ya puedo despedirme del premio. Tú eres el que sale ganando.

—¿Te olvidas de Betsy y de Patti?

—No pueden competir contigo. No dan la talla, y lo sabes tan bien como yo. Troy y yo éramos la competencia, y tú no soportas perder. Ansías tanto ese premio que harías cualquier cosa para que te lo den.

—No puedo creer que me estés acusando a mí.

—Pues créetelo.

—Retíralo todo —dijo Austin con voz ronca.

—Ni hablar. De ninguna manera.

—¿Te has vuelto loca? ¿Primero me amenazas con la puta cinta y ahora me sales con esto? No puedes acusarme de algo así.

—Acabo de hacerlo. ¿Tú qué piensas, Bayard? ¿Te parece razonable lo que he dicho?

Bayard miró a Sloan y luego a Austin.

—La verdad es que sí. No pensé que fueras una chivata hasta que Austin lo sugirió.

—¿Fritz? —preguntó Sloan volviéndose hacia él—. ¿Tú qué piensas? ¿Austin es culpable o inocente?

—Eh, yo no quiero saber nada de este asunto —respondió Fritz. Soltó una risita incómoda, esperando que Austin no volviera a meterse con él.

Austin se inclinó hacia la tierra amontonada cerca del hoyo que había cavado y cogió un puñado.

—Cómetela.

Sloan se echó a reír, incrédula.

—No pienso comérmela. Cómetela tú.

Austin agarró a Sloan por el pelo y le echó la cabeza hacia atrás. Luego levantó el puño e intentó meterle la tierra en la boca a la fuerza, pero Sloan movió la cabeza y la tierra cayó al suelo. Sloan emitió un sonido gutural y Fritz sintió cómo se le aceleraba el corazón. Estaba claro que Austin no había previsto esta parte del enfrentamiento. Puede que se creyera capaz de dominarla porque era más fuerte y más rápido que ella, pero Sloan tenía una voluntad de hierro. Estaba acostumbrada a los deportes de contacto y no temía los golpes. Para sorpresa de todos, le asestó una violenta patada a Austin en la pantorrilla con la puntera de su zapato de suela dura. Fritz retrocedió para evitar verse atrapado en el fuego cruzado.

Bayard abrió las manos y las movió hacia abajo, como si así pudiera poner fin al conflicto.

—Eh, venga. No os peleéis. Dejadlo ya. Calmémonos todos, ¿vale?

Fritz los miraba atónito, paralizado por la indecisión. A menudo era objeto de las agresiones de su padre, un hombre irascible que solía descargar su cólera contra él. Los enfados paternos le provocaban taquicardia, una reacción automática que se había repetido ahora. Luchar o huir eran dos de las opciones posibles, pero Fritz parecía más dado a acurrucarse y a hacerse el muerto.

El silencio envolvió el antiguo campamento mientras Austin y Sloan continuaban peleándose. Ambos gruñían y emitían algún que otro grito de dolor. Sloan le estaba ganando la partida, pero Austin también era duro y no parecía dispuesto a ceder. Los dos se detuvieron. Sloan jadeaba y sangraba por la nariz. La caza y la pesca le habían enseñado a luchar con arrojo, y no le tenía miedo al dolor. Austin supuso que al combatir contra una chica el peso y la estatura jugarían a su favor, pero Sloan era fuerte y musculosa. Además, la invadía la furia. Austin sudaba por el esfuerzo. Se agachó para coger una rama caída y la golpeó contra una roca. La rama se partió, dejando a la vista la madera astillada. Austin estaba elevando la apuesta. Sloan retrocedió, cogió carrerilla y se

abalanzó sobre él a toda velocidad. Luego bajó el hombro y arremetió contra Austin antes de que éste pudiera defenderse. Sloan se levantó en un instante, y cuando Austin recuperó el equilibrio, lo empujó con todas sus fuerzas. El chico cayó de espaldas y Sloan se echó a correr.

—¡Fritz! —gritó Austin.

Sloan llegó al otro extremo del claro, donde consiguió protegerse tras un montón de escombros. Fritz no tuvo tiempo de pensar. Una claridad inusitada agudizó su percepción. La oscuridad limitaba la información visual que recibía, por lo que sólo podía basarse en el ruido que hacía Sloan al correr. Se sintió envalentonado y se dejó llevar por el instinto. Por un momento se despojó de la inseguridad, de las preocupaciones, de cualquier temor a lo que pudieran opinar los demás sobre él. Sabía que así eran los combates: intensos y encarnizados. Austin pareció desvanecerse y Bayard desapareció. La sensación de abandonarse al momento presente lo llenó de euforia. Entretanto, Sloan seguía corriendo hacia el bosque. Fritz vio que la chica desaparecería si daba diez o quince pasos más.

Le temblaban tanto las manos que la pistola casi se le escurrió de los dedos. Quitó el seguro y metió una bala en la recámara. Entonces sujetó la pistola con las dos manos, en una imitación pasable de lo que haría un policía que se enfrenta a un delincuente. Apuntó hacia abajo y disparó, acribillando la maleza a balazos como si recortara matojos con una podadora. Sloan pareció tropezar en la oscuridad y Fritz la oyó gemir de miedo y de desesperación. Se concentró en el ruido de sus pasos, tratando de adivinar su recorrido. Sloan era incapaz de zigzaguear para esquivar las balas, como hacían en las películas. De pronto, Fritz sintió que lo invadía una sensación de poder. Se oyó un grito ahogado y entonces la oyó desplomarse. Se produjo un silencio, y Fritz se volvió hacia Austin con una sonrisa triunfal.

—¡Mira, tío! ¡Lo hemos conseguido! —Preso de la euforia, dirigió una mirada de admiración a la pistola—. ¡Joder! Este cacharro sí que mola. ¿Has visto eso? Creía que se me iba a caer de la mano. ¡Qué pasada!

Soltó un grito de entusiasmo, orgulloso de su hazaña. Miró a Austin, esperando oír unas palabras de ánimo.

—Mierda. ¿Por qué lo has hecho? Nos van a joder vivos.

Fritz miró a Austin con expresión desconcertada.

—Tú me has dicho que disparara.

—¡No es verdad! Quería que la detuvieras, no que la mataras. Ahora vete a buscarla y veremos si es grave. Toma, coge esto.



Le alcanzó a Fritz la linterna y le dio un empujón.

—No puedo haberle dado. He disparado sin mirar. Pum, pum, pum. No creo que haya acertado.

—¿Que hayas acertado? ¿Como si hubieras ganado un mono de peluche? Más te vale no haberle dado.

—Pero ahora está fingiendo, ¿verdad?

—¡Ve a buscarla de una puta vez! Joder, no puedo creer que seas tan incompetente. ¿Por qué me miras a mí? Ve a ver si está bien.

Fritz encendió la linterna. La intensidad de la luz pareció apagar los colores del paisaje. Estaba sobreexcitado. La adrenalina había inundado su organismo y lo hacía sentir eufórico. Nunca había experimentado una energía semejante. Supuso que la cocaína o la heroína tendrían efectos similares. Se sentía tan ligero como si levitara, como si se viera a sí mismo desde fuera del cuerpo. Austin no era nada. No era nadie. Él, en cambio, era extraordinario.

El corazón le retumbaba en los oídos. Cruzó el claro, siguiendo el camino que había tomado Sloan. Era muy rápida, y Fritz nunca había disparado un arma. Sloan podía estar escabulléndose entre la maleza en aquel preciso instante, y él ni siquiera sabía cómo podría encontrarla en la oscuridad.

Se abrió paso entre los arbustos, que eran muy densos y se le enganchaban en los pantalones. El suelo estaba cubierto de pinaza, y una tupida alfombra de plantas putrefactas ralentizaba su avance. Seguro que Sloan simulaba estar herida para conseguir que él dejara de disparar. Es lo que él habría hecho de estar en su lugar. Vio las ramas partidas que Sloan había pisoteado al correr y encontró un zapato que debía de haber perdido con las prisas. Pertenecía al par que le había robado al padre de Austin; probablemente ni siquiera eran de su talla.

Fritz descubrió un pie enfundado en un calcetín de algodón: era la pierna derecha de Sloan. La enfocó con la linterna y vio con alivio que no sangraba, aunque la pierna parecía muy blanca y tenía un profundo arañazo en la pantorrilla. Caderas, torso... Dirigió la luz en un amplio arco que iluminó la blancura de su cuerpo, semioculto entre la vegetación. A continuación le iluminó la cabeza. Sólo vio sangre, hueso y la cara destrozada de Sloan donde la bala la había atravesado.

La muchacha yacía con el cuerpo retorcido: las piernas recostadas de lado, el torso plano sobre el suelo con los brazos muy abiertos. Casi todo el lado izquierdo de su mandíbula era un amasijo de carne desgarrada y dientes destrozados. Sloan debió de volver la cabeza hacia la derecha, porque la bala le

había atravesado el hueso de la mandíbula destruyendo todo lo que encontraba a su paso. Tenía la mejilla en carne viva, y la tierra se le había pegado a las heridas como si fuera barro.

Fritz permaneció allí un momento, incapaz de comprender lo que veía.

Ansiaba devolverle la vida a Sloan, pero no sabía cómo.

¿Podían culparlo a pesar de que no había querido hacerlo? ¿Entenderían que era casi imposible darle a un blanco móvil cuando disparó? Se trataba de un terrible accidente, de una tragedia. Algo que había sucedido sin intención consciente por su parte.

Intentó llamar a Austin, pero no consiguió emitir ningún sonido. Tosió una vez y luego se aclaró la garganta.

—¿Austin?

Austin contestó con tono irritado.

—¿Qué te pasa, tío? Enfócame con la linterna, no veo una puta mierda.

Fritz redirigió el haz de luz de la linterna mientras apartaba la maleza para que Austin pudiera encontrarlo. Oyó pisadas a su espalda. Austin avanzaba con dificultad por el abrupto terreno, tal y como Fritz había hecho momentos antes.

—¿Dónde? —preguntó Austin.

Fritz movió la linterna. Austin alcanzó a ver la cabeza de Sloan bajo el intenso haz de luz, una maraña de pelo largo y oscuro ensangrentado en las raíces. Fritz enfocó la cara destrozada de Sloan.

—¡Hostia, tío! —exclamó Austin sacudiendo la cabeza—. Estamos bien jodidos. ¿Qué coño has hecho? —preguntó enfurecido.

Fritz se arrodilló junto a ella, parpadeando.

—Ha sido un accidente. No pensaba darle. ¿Qué posibilidades había de darle? ¡Si ni siquiera sé disparar!

—Está bien. Mierda. Lo hecho, hecho está —dijo Austin—. Acabemos con esto de una puta vez. Échame una mano.

—¡No quiero tocarla!

Austin le dirigió una mirada siniestra cargada de desdén.

—Esto es culpa tuya. No pienso hacerlo yo solo. ¡Ven a ayudarme ahora mismo!

—No lo he hecho a propósito, y tú lo sabes. He tenido muy mala suerte, ¿vale? Has gritado y he empezado a disparar, pero ¿cómo iba a saber que le daría en la cara? Al oírte he empezado a pegar tiros...

—No te he dicho que la mataras, capullo. ¿Me has oído decirlo? ¿Te he dicho que tenías que dispararle?

—Se estaba escapando. Has pegado un grito y he disparado porque creía que querías que disparara.

—No voy a ponerme a discutir contigo ahora, tenemos mucho que hacer. Ve a buscar a Bayard. Nos van a joder vivos.

Fritz parecía ausente.

—¿A qué esperas? ¡Ve a buscar a Bayard! —gritó Austin.

Fritz se abrió paso a través de la maleza e irrumpió en el claro justo cuando Troy subía por el camino de la montaña.

—¿Qué pasa?

Bayard se volvió hacia Fritz.

—¿Por qué grita Austin? ¿Dónde está Sloan?

—Allí al fondo —contestó Fritz—. Una bala la ha alcanzado mientras corría.

—¿Qué quieres decir con «ha alcanzado»? ¿Que tú le has disparado?

—No quería hacerlo —contestó Fritz. Se le quebró la voz y se dio cuenta de que estaba balbuceando. ¿Qué pasaría ahora? ¿Cómo iban a explicarlo?—. Ni siquiera sé por qué no estaba puesto el seguro. Austin me ha echado la bronca cuando lo he quitado antes y ha vuelto a ponerlo. Habéis visto cómo lo hacía, ¿verdad? Así que, cuando Sloan ha empezado a correr, la pistola no tendría que haberse disparado...

Austin apareció detrás de Fritz y se dirigió a Troy.

—Vuelve a la camioneta y trae otra pala. Tenemos trabajo.

—¿Cavaste este hoyo porque sabías que tendríamos que deshacernos de un cadáver? —preguntó Bayard.

—No, Bayard. Eso sería asesinato con premeditación, ¿no te parece? Como si lo hubiera planificado todo de antemano, lo que no es el caso. Supuse que el hoyo podría sernos útil si teníamos que enterrar la pistola.

—¿Por qué tendríamos que enterrar la pistola si no íbamos a usarla? —preguntó Bayard.

—¿A qué vienen tantas preguntas? Confía en mí, ¿vale?

—Lo pregunto por curiosidad. Si se supone que Fritz no tenía que matarla, ¿de qué serviría cavar un hoyo?

—¿Por qué me interrogas sobre un puto agujero en el suelo? Fritz es el que se la ha cargado, y ¿sabes qué? Aún no le he oído decir que lo siente. Ahora vete allí y sácala. Y asegúrate de que no te dejas nada suyo.

—¿No deberíamos buscar un teléfono? —preguntó Troy—. Podríamos llamar a una ambulancia, puede que no sea demasiado tarde.

—Sí que lo es, te lo aseguro. Traedla aquí y metedla en el hoyo. Troy, coge

la otra pala. Vamos a hacerlo bien. La enterraremos y nadie se enterará.

Más tarde, a Fritz le dio la impresión de que el tiempo había avanzado a saltos. Por eso le faltaban tantas piezas cuando intentó reconstruir lo sucedido. Bayard y él llevaron a Sloan a través de la maleza arrastrándola por los pies, tarea nada fácil porque era muy alta y parecía pesar una tonelada. Los dos aunaron fuerzas para acarrearla de espaldas por el abrupto terreno. La melena de Sloan serpenteaba por el suelo como si fuera un riachuelo, recogiendo hojas muertas y tierra a su paso. Sloan aún tenía calientes los pies y los tobillos, lo que llevó a Fritz a creer por un momento que quizá no estuviera muerta. No podía dejar de mirarle el lado izquierdo de la cara, donde la bala le había destrozado los dientes. Ahora tenía la clase de herida que sólo un muerto habría soportado.

Una vez en el claro la hicieron rodar hasta el interior de la fosa, y cuando Troy volvió con la pala se turnaron para echarle tierra encima. Troy lloraba, y Fritz se dio cuenta de que a él también le caían las lágrimas. Bayard, sentado en el suelo de espaldas a ellos, se balanceaba y murmuraba algo en voz baja mientras Austin sacaba el cargador del Astra y lo recargaba. Fritz lo observó con inquietud. Quizás Austin pensaba matarlos a todos. Acribillarlos a tiros y empujarlos a la misma zanja.

Austin les habló con tono relajado.

—Esto es lo que diremos: estábamos juntos en la cabaña, pasando el rato y bebiendo cerveza alrededor de la piscina. Algunos se fueron a su casa. Nosotros nos quedamos para limpiar un poco, y luego bajamos juntos en coche por la montaña.

—¿Y qué diremos sobre Sloan?

—Que vino con nosotros, claro. Necesitaba que alguien la llevara a casa porque Stringer se había ido sin ella, así que se subió a la camioneta con nosotros y la dejamos en el centro. Luego fuimos a mi casa, jugamos un rato al billar y estuvimos viendo la tele. Sloan estaba perfectamente cuando la vimos por última vez.

—¿Y alguien se lo va a creer? —preguntó Bayard.

—¿Por qué no iban a creérselo? —preguntó a su vez Austin—. No somos asesinos. Somos un grupito de adolescentes imbéciles. Si la pasma nos lo pregunta, diremos que estuvimos haciendo el tonto hasta que finalmente nos metimos en el sobre hacia las doce. Admitiremos que fumamos algunos porros, porque así pareceremos más sinceros.

—Es verdad que fumamos porros —dijo Fritz.

—Precisamente, capullo.

Fritz estaba muy pálido.

—¿Y por qué tienen que preguntarnos nada?

—Porque somos amigos de Sloan. Todos estábamos en la fiesta. Por supuesto que van a preguntarnos si sabemos dónde está.

—¿Y si alguien la vio en la carretera? —preguntó Fritz.

—Imposible. El amigo que la iba a llevar en coche se fue, así que Sloan se quedó en la cabaña hasta que pudiéramos llevarla al centro nosotros.

—¿Entonces no nos va a pasar nada? —preguntó de nuevo Fritz.

—Yo no he dicho eso. Pisamos un terreno muy resbaladizo y debemos permanecer unidos. Los polis son tipos duros. Debemos mantener la boca cerrada.

—Yo no diré nada, eso está claro.

Austin sacudió la cabeza.

—Sólo es cuestión de mantener la calma y contar la misma historia. Si cualquiera de nosotros se raja, todo se irá a la mierda. Y os prometo una cosa: el que confiese, es hombre muerto. ¿Entendido?

—¿Y ahora qué hacemos?

Fritz percibió un temblor en su voz que lo hacía parecer débil, aunque momentos antes se había sentido invencible.

—¿Qué crees que vamos a hacer ahora? Volver a casa y tener la puta boca cerrada. Acabo de decírtelo. Para empezar, sólo Iris sabe que hemos subido aquí con Sloan. Cuando Stringer, Michelle y los demás se han ido, Sloan estaba bien, ¿no? La última vez que la vieron había bebido más de la cuenta y estaba durmiendo la mona. Pero luego se despejó y nos pidió que la lleváramos de vuelta al centro. Le dijimos que sí, claro. Los cuatro la dejamos en el centro, en la esquina de State Street y no sé qué otra calle. Somos los únicos que saben lo que pasó en realidad, así que ahora tenemos que contar todos lo mismo y no cambiar de versión.

—¿Nadie va a denunciar su desaparición?

—¿Quién va a hacerlo? Sus padres no están en Santa Teresa. Puede que hubiera ido al cine, o que hubiera quedado con alguna amiga. No es asunto nuestro. Nos pidió que la lleváramos al centro y eso hicimos.

—¿Y si alguien encuentra el cuerpo?

—¿De qué hablas? Nadie va a encontrarla. ¿Por qué se le ocurriría a alguien buscarla aquí arriba, en un sitio tan aislado y abrupto? Si los coyotes la descubren, mejor para ellos. La desenterrarán y se la irán llevando hueso a hueso. No quedará nada para identificarla. Sólo es cuestión de mantener la

calma. Somos inocentes. No hemos hecho nada. Nos pidió que la lleváramos en coche y la llevamos. Eso es todo. Si alguien nos pregunta, diremos que estamos tan preocupados como los demás.

—Pero, Austin, están derribando el campamento. Mira todas estas máquinas. Seguro que hay tíos que suben hasta aquí cada día.

—Por eso la hemos enterrado, tarugo. Está a más de un metro de profundidad. Apretaremos bien la tierra. Quizá podríamos dejar la excavadora encima para que nadie descubra el hoyo.

—¿Y qué hay de la pasma?

—¿Qué pasa con ellos? La mayoría de los polis son más tontos que cagar de pie. Sólo tienen serrín ahí arriba —dijo Austin tocándose la cabeza—. Quieren hacernos creer que son listos, pero ¿qué hay de los porcentajes? ¿Crees que resuelven siquiera la mitad de los asesinatos que investigan? Ni de lejos. Si no avanzan con un caso pasan a otro, y la vuelven a cagar igual que siempre. No dejes que nadie te intimide. Nos apoyaremos los unos a los otros. Aunque nos interroguen por separado, lo único que tenemos que hacer es cerrar el pico. ¿Qué pruebas tienen contra nosotros? Los otros chicos que han venido a la fiesta dirán lo mismo. La última vez que la vieron, Sloan estaba perfectamente. Y si uno de vosotros se viene abajo y se va de la lengua, me lo cargaré.

—¿Qué vamos a hacer con la pistola? —preguntó Bayard.

—Mierda, tienes razón —admitió Austin.

Miró a Troy, que dio un paso atrás.

—Ni hablar, yo no pienso tocarla.

Austin le dio la pistola a Bayard.

—Cógela tú. No puedo arriesgarme a llevarla encima si me detienen.

—Yo no quiero la puta pistola —dijo Bayard—. ¿Qué coño voy a hacer con ella?

—Dásela a Iris y dile que la guarde —respondió Austin.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que yo lo diga.

Bayard hizo ademán de protestar, pero Austin levantó un dedo.

—Vale —dijo Bayard, enfadado.

—¿Alguna pregunta? —dijo Austin.

Miró primero a Fritz y luego a Troy y a Bayard, pero nadie abrió la boca.

—Muy bien, estamos listos. No se hable más. Aguantad el tipo y todo irá bien.

Viernes, 6 de octubre de 1989

Me comí el almuerzo sentada ante mi escritorio. Lo había preparado con esmero: el entrante era uno de esos sándwiches de mantequilla de cacahuete con pepinillos con los que soy tan exigente. Deben estar hechos con pan integral, mantequilla de cacahuete extracrujiente de la marca Jif y pepinillos de las marcas Vlastic o Mrs. Fanning's Bread'n Butter. Si no hay más remedio, pueden ser pepinillos en vinagre al eneldo, pero nunca pepinillos dulces. Tengo la costumbre de cortar el sándwich en diagonal, y luego lo envuelvo en papel de cera que aún doblo como mi tía Gin me enseñó. Había añadido dos galletas de la marca Milano, y como soy tan fina, metí dos servilletas de papel en la bolsa, una para usarla como mantelito y la otra para limpiarme los labios.

Acababa de disponerlo todo sobre el escritorio cuando oí que alguien llamaba a la puerta de mi despacho. Me levanté y salí al antedespacho, donde asomé la cabeza por la puerta. Troy me saludó a través del cristal. Llevaba un mono azul marino, por lo que, al parecer, venía del trabajo. Esperé pacientemente a que yo desactivara la alarma y abriera la puerta. Una vez dentro, no me molesté en volver a cerrar la puerta con llave. Si Ned irrumpía en mi despacho, Troy le daría su merecido. No era alto, pero parecía musculoso y tan sólido como una boca de incendios. Además, como sólo tenía veinticinco años le llevaba mucha ventaja a Ned. Salvo en el asunto de la locura, claro.

Troy me siguió hasta el interior de mi despacho.

—Siéntate —indiqué—. ¿No tendrías que estar trabajando?

—Es la hora del almuerzo. He comido en la camioneta mientras venía hacia aquí. Me lo he tirado todo encima.

Me senté y le señalé mi sándwich.

—¿Te importa si empiezo?

—Adelante.

—¿Qué pasa? Pensaba que estabas enfadado conmigo.

Me sonrió y vi que tenía los dientes torcidos, pero muy blancos.

—Ya se me ha pasado. He visto el artículo sobre Fritz en el periódico de esta mañana. Han encontrado la pistola Astra Constable en el escenario del crimen.

—Pues menuda coincidencia, ¿no te parece?

—No. Llamé a Stringer y estuvimos hablando un buen rato. Me contó que Fritz pasó por su casa para pedir prestado un saco de dormir, y que dijo bastantes tonterías. Me parece que sé cómo acabó la pistola en Yellowweed.

Aquello me sorprendió.

—Muy interesante. Creo que tendrías que hablar con el inspector Burgess, de la Oficina del *sheriff* del condado.

—Ni hablar. Conozco a Burgess, y es un cabrón. Me hace la puñeta siempre que puede —explicó Troy—. Y no me saques a otros cinco polis con los que debería hablar, porque sólo quiero hablar contigo.

—Muy bien.

Cogí el sándwich y le pegué un mordisco, procurando no soltar un gemido de placer. Qué gran combinación: la mantequilla de cacahuete salada, blanda y crujiente; el pepinillo delicadamente agrio. No debí de ser tan sutil como creía, porque Troy lo señaló.

—¿Qué narices es eso? —preguntó.

—Mantequilla de cacahuete con pepinillos.

—¿Lo has comido antes?

—Muchas veces, y he vivido para contarlo. ¿Quieres probarlo?

—Claro. Parece la clase de bocadillo que podría gustarles a mis hijos.

Le alcancé la otra mitad del sándwich por encima del escritorio y observé cómo mordía una esquina. Masticó y luego asintió en silencio. Dividió el resto en dos partes y se comió una mientras yo lo miraba alarmada. Sólo pensaba ofrecerle un mordisco, pero era demasiado tarde para protestar.

—No está mal —dijo.

—¿Tienes alguna teoría sobre el tipo que llevó a Fritz hasta Yellowweed?

Observé cómo se zampaba el resto de mi sándwich.

Me señaló con el dedo sin dejar de masticar.

—Ahí es donde te equivocas. Das por sentado que es un hombre.

—Ah.

—Stringer me estuvo comentando cómo se comportaba Fritz con las chicas. Pregúntaselo a cualquiera que lo conociera y todos te dirán lo mismo. Se atolondraba, se ponía muy cursi y acababa haciendo el ridículo.



—¿Estás pensando en alguna chica en particular?

—En Iris.

No pude ocultar mi escepticismo.

—¿En qué te basas?

—Te diré en qué me baso. La noche en que murió Sloan, los cuatro estábamos en Yellowweed. Es decir, Austin, Fritz, Bayard y yo. Austin intentó endilgarme la pistola a mí, y yo le dije que ni hablar. Así que le entregó la pistola a Bayard y le dijo que se la diera a Iris para que ella la guardara. Austin explicó que no podía permitirse llevarla encima por si lo detenían.

—¿Me estás diciendo que Iris disparó a Fritz? Parece muy poco probable.

—No tanto como crees.

—¿Cuál sería su motivo?

—Iris lo odiaba por lo que le hizo.

—¿Por qué lo odiaba a él y no a ti?

—Porque yo me disculpé. Le pedí que me perdonara, y me perdonó. Ahora estamos en paz.

—¿Cómo sabes que odiaba a Fritz?

—Iris pertenece a un grupo de apoyo para víctimas de violaciones y de agresiones sexuales. Lleva años hablando de Austin, siempre con mucho rencor.

—Pensaba que esas sesiones eran confidenciales.

—¡Venga ya! A las mujeres les gusta chismorrear, no pueden evitarlo. No importa de qué se trate, ni que hayan jurado solemnemente no decir nada. A la primera oportunidad agarran el teléfono y sueltan la lengua. Así es como se hacen amigas. Da miedo, ¿verdad?

—¿Conoces a alguna mujer que esté en el grupo de Iris? ¿Esa mujer te lo ha contado?

—No entremos en eso. Confía en mí, sé lo que me digo.

—Según Iris, la cinta iba en broma.

—Y tú estás convencida de que te ha mentado. Crees que nos la camelamos para que colaborara con nosotros, y eso es exactamente lo que hicimos.

—¿Por qué aceptó?

—Para seguir de cerca a Fritz. Cuando estaba con nosotros le llegaba mucha información. Adónde iba Fritz, qué hacía... Nunca la consideramos el enemigo, y no parecía ser una amenaza. Si nos hubiera dicho lo cabreada que estaba, habríamos dejado de verla. Si quieres chantajear a alguien, tienes que ocultar tu enfado.

Me moví inquieta en la silla.

Troy levantó una mano.

—Estás a punto de preguntarme por qué creo que Iris es la extorsionista. No sólo ella: ella y ese novio suyo con orejas de soplillo. Míralo desde su punto de vista: Fritz sale de la cárcel y empieza una vida nueva. Tiene el apoyo de mamá y papá y acceso a una porrada de dinero. Dice que ha pagado su deuda con la sociedad, y que es un hombre libre. Iris y Joey están sin blanca. Deberías ver cómo viven, tienen un piso del tamaño de una caja de cerillas. Veinticinco mil pavos les vendrían de maravilla, especialmente si no tienen que trabajar para conseguirlos. Y además sería dinero negro.

—Sí que me lo pregunté, ahora que se acerca la fecha de su boda. Iris tiene clase. No me la imagino casándose con un presupuesto reducido.

—¿Quieres saber qué otro motivo podía tener Iris para matarlo, ya puestos? Fritz era un bocazas. Era incapaz de guardar un secreto, por lo tanto, si hubiera descubierto que Iris y Joey estaban detrás del chantaje, habría ido derecho a la policía.

—¿Aunque pudieran llevarlo a juicio de nuevo por culpa de la cinta?

—Probablemente pensaría que el riesgo merecía la pena. Admitiría el delito cometido cuando era un joven descerebrado a cambio de protección policial.

—Si le cuento a Cheney Phillips lo que acabas de decirme, ¿estarías dispuesto a hablar con él?

—Claro, siempre que no metas a Burgess en esto. Es su caso, ¿no?

—En teoría sí, pero tampoco es que Burgess y el Departamento de Policía de Santa Teresa compitan para ver quién mea más lejos.

Cuando Troy se marchó, me senté y le di vueltas a lo que acababa de decir. Pensé en la afirmación de Margaret Seay de que la venganza no tenía por qué consistir en el ojo por ojo, bastaba con que fuera comparable o equivalente. Fritz había agredido a Iris sexualmente, y ahora ella lo había agredido a él descerrajándole un par de tiros. Parecía una represalia bastante extrema, pero si su futura suegra le había llenado la cabeza de comentarios vengativos, puede que Iris hubiera encontrado justificación a todos sus actos. También analicé la teoría de Troy. Ya que había acusado a otra persona en nombre de la justicia, no pude evitar cuestionarme sus motivos: quizá lo había hecho para que nadie se fijara en él.

Supuse que no me costaría mucho comprobar qué había de verdad en lo que me había dicho. Cogí la chaqueta, el bolso y las llaves del coche y salí a la calle.

Como de costumbre, cerré bien el despacho y me dirigí a la casa de Bayard en Horton Ravine. Una vez allí llamé al timbre y, al cabo de un momento, Maisie me abrió la puerta. Esta vez se había recogido el pelo en una cola de caballo. Vestía pantalones cortos de color azul eléctrico y una camiseta sin mangas, y llevaba unos auriculares alrededor del cuello. Tenía los brazos y las piernas bronceados y bien torneados, lo que indicaba que levantaba pesas con una asiduidad muy superior a la mía. Lo que más me sorprendió fue la ausencia total de maquillaje, que a primera vista la hacía parecer pálida y agotada. Sin embargo, al cabo de un momento me percaté de que sin base de maquillaje, colorete, máscara de pestañas y sombra de ojos estaba mucho más guapa.

Era obvio que no esperaba verme a mí.

—Oh. Pensaba que Ellis se había olvidado la llave.

—Quisiera hablar con Bayard.

—Está al teléfono con su bróker. Le diré que has venido.

—No hay prisa.

Me fijé en que las dos maletas que había visto en el dormitorio en mi anterior visita estaban ahora en el recibidor. Maisie me pilló mirándolas.

—Bayard y Ellis se irán de viaje mientras yo recojo mis cosas. El lunes a primera hora vendrá el camión de la mudanza.

—¿Bayard y tú habéis roto?

A Maisie pareció hacerle gracia mi pregunta.

—¿De verdad crees que Bayard está interesado en mí?

—Daba por sentado que teníais una relación.

—Es mi hijastro, y tiene diez años menos que yo. ¿Por qué querría salir con un mequetrefe que bebe más de la cuenta? Ha llegado el momento de cambiar de aires. Le dije que había alquilado un piso en Los Ángeles y, mira por dónde, él también se va de Santa Teresa. Probablemente para proteger su reputación.

Empecé a preocuparme por si no se me presentaba otra oportunidad de sonsacarle información.

—¿Te importa si te hago un par de preguntas sobre Sloan?

Maisie indicó su consentimiento con un gesto.

—Ya estabas casada con Tigg cuando mataron a Sloan.

—Sí.

—Tengo entendido que Tigg ayudó a Bayard.

—Llegó a un trato con el fiscal del distrito.

—Pero eso podía deberse más a su orgullo que a sus ganas de proteger a Bayard.

—La verdad es que Tigg trató muy mal a Bayard. Tigg y Joan se peleaban por él como dos perros por un hueso. Entonces Bayard era muy pequeño y lo destrozaron. ¿Sabes qué lo animaba a seguir adelante? Saber que, en el futuro, heredaría el patrimonio de Tigg, que él consideraba una compensación justa por toda la mierda que había tenido que soportar.

Bayard se acercó por el pasillo vestido con pantalones chinos, polo blanco y náuticos sin calcetines.

—Gracias por meterte en mis asuntos, Maisie. Si necesito que me compadezcan, ya te llamaré.

—No me das lástima, Bayard —repuso Maisie con tono seco—. Ya me he hartado. Tuviste una vida difícil, lo admito, pero tú eres el único culpable de tu situación actual. Si no te gusta, procura cambiar.

—Excelente recomendación viniendo de alguien que no ha trabajado ni un día en su vida. Si crees que tu consejo es tan bueno, proclámalo en una pancarta. Puede que otro te tome en serio, pero yo no. Ha sido un placer hacer negocios contigo.

—Ojalá pudiera decir lo mismo —replicó Maisie.

Por primera vez se miraron con franqueza, quizá porque finalmente mostraban ambos sus cartas. Maisie se dirigió a la puerta. Se ajustó los auriculares, encendió el lector de cedés y salió de la casa.

—Lamento la escena —dijo Bayard. Su disculpa era un intento de congraciarse conmigo, como si la sinceridad de Maisie nos hubiera avergonzado a los dos. Yo no lo veía así, pero me pareció mejor no decírselo a Bayard.

—Me alegro de haberte encontrado —dije—. Tengo entendido que te vas de la ciudad.

—Sólo el fin de semana. Voy a jugar al golf en Palm Springs. A ver si consigo perfeccionar mis tiros.

Esperaba que estuviera lo bastante sobrio para sostener un palo de golf.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana por la tarde. Solemos ir en coche, pero, para ahorrar tiempo, esta vez hemos decidido ir en avión.

—¿Te importa si te hago una pregunta más? Puede que no tenga la oportunidad de hablar contigo de nuevo.

La posibilidad de no volver a verme pareció mejorar su humor.

—¿Quieres que vayamos al salón y nos sentemos? —preguntó.

—Estoy bien aquí, no nos llevará mucho tiempo.

—Ya me he enterado de lo de Fritz, así que te puedes ahorrar el pésame —

dijo con indiferencia.

—¿No le tenías mucha simpatía?

—Era un capullo insoportable, así que no pienso llorar por él. Siento lo que pasó, pero no puedo decir que me haya afectado.

—¿Sabes que encontraron el Astra Constable en Yellowweed?

—La policía estará encantada.

—¿Recuerdas qué pasó con la pistola después de que Fritz matara a Sloan?

—Perfectamente. Lo que te voy a contar pasó en el campamento, cuando Austin nos estaba dando instrucciones sobre la coartada. Intentó endilgarle la pistola a Troy, pero Troy no quiso saber nada. Así que Austin me la dio mí, como si me estuviera entregando un premio. Yo no quería el maldito cacharro. Me dijo que sólo me estaba pidiendo que se la diera a Iris, para que ella la guardara. ¿No te parece raro, después de lo que pasó con Iris?

—¿Y ella aceptó?

—No tuvo ocasión de aceptar. Cuando encontraron el cuerpo de Sloan, la policía se nos echó encima. Investigaron a un montón de gente, claro, pero no tardaron en centrarse en nosotros cuatro. Podríamos habernos librado, pero admitámoslo: éramos unos simples aficionados. Austin y yo conseguimos mantener el tipo, aunque desde un principio tuvimos claro que Fritz se vendría abajo.

—¿Y qué hay de Troy?

—En el fondo es un *boy scout*. Si Fritz rajaba, él también lo haría. La cuestión es que, antes de que tuviera tiempo de darle la pistola a Iris, Austin se presentó en mi casa y me pidió que se la devolviera. Dijo que pensaba largarse, y que la necesitaba para protegerse. También quería evitar que la pistola cayera en manos de la policía, porque estaba registrada a nombre de su padre y Austin no quería involucrarlo.

—¿Cuánto tardó en irse después de aquello?

—No lo sé, pero dudo que se quedara mucho tiempo por aquí. Al cabo de unos días empezó a circular la noticia de que Fritz se había venido abajo y lo había confesado todo. A Austin le caería un paquete de la hostia. A mí también, claro, pero Fritz dijo que el plan fue cosa de Austin. Le sería imposible irse de rositas.

Observé el suelo, preguntándome si Bayard me estaría diciendo la verdad. Por algún motivo, me dio la impresión de que no.

—¿Tienes alguna idea de adónde fue Austin?

—No mencionó ningún sitio. Cuanto menos supiera yo, mejor para él.

—¿Y no has vuelto a tener noticias tuyas?

—Ni una palabra.

Volví al coche, y al salir de Horton Ravine vi a Maisie corriendo por la calle. Estaba a bastante distancia de la casa, por lo que había corrido a buen ritmo. Avancé otros cien metros y aparqué junto al bordillo. Cuando me alcanzó, bajé la ventanilla.

—Me parece que hemos dejado la conversación a medias. ¿Hay algo más que quieras decirme?

Maisie puso las manos en el techo del coche y se apoyó un momento mientras recobraba el aliento. Me fijé en que se le acumulaba el sudor en las arrugas del cuello.

—Habla con la madre de Sloan.

—¿Sobre qué?

—Sobre su padre biológico.

—Muy bien. ¿Por qué estás dispuesta a ayudarme ahora y no antes?

Maisie sonrió.

—A estas alturas, ¿qué tengo que perder?

Cambié de sentido y volví a adentrarme en Horton Ravine. Era un día radiante, cálido y soleado. Por desgracia, no había ni una sola nube en el cielo. Podías examinar el radar meteorológico que cubre la zona comprendida entre San Francisco y San Diego y no verías ni la más diminuta mota verde que pudiera indicar la posibilidad de lluvia. Aparqué en el camino de acceso de Margaret y continué a pie hasta la casa, preguntándome cómo se sentiría ahora que le habían arrebatado el objeto de sus fantasías sanguinarias. Acababa de llegar al porche cuando se abrió la puerta y salió un chico. Era clavado a Joey Seay: las mismas orejas de soplillo y la misma frente surcada de arrugas. El chico se detuvo al verme.

—¿Eres Justin?

—Sí. ¿Quién es usted?

Le tendí la mano.

—Kinsey Millhone.

—Ah, sí. La detective privada.

—Exacto. ¿Te importa si te hago un par de preguntas?

—¿Hay alguna forma de evitarlo?

—La verdad es que no. Será rápido.

—Muy bien, porque me esperan en el trabajo. ¿Qué quiere?

—Tengo entendido que estabas aquí el día en que vaciaron la habitación de Sloan.

—Yo y algunos chicos más.

—Mientras la vaciabais, ¿alguno de vosotros encontró la famosa cinta?

—No.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —pregunté sin poder ocultar del todo mi irritación.

—Porque Joey y yo la encontramos el año que vivimos aquí, justo después

de la muerte de Sloan. Fue como buscar un tesoro. Tenía que estar en alguna parte, pero no sabíamos dónde. De hecho, la encontré yo.

—¿Dónde estaba?

—En el baño que había entre nuestros dos dormitorios. Sloan había sacado la rejilla del conducto de la calefacción y la había metido allí.

—¿Qué pasó con la cinta?

—Nada. Joey se la quedó porque creía que acabaría encontrándole algún uso.

—Pues al final tuvo suerte.

—Bueno, sí. El primer día en el instituto de Santa Teresa, ¿con quién se topa? Con la tía que estaba espatarrada sobre la mesa de billar.

—Mira qué bien. Y aquí están años después, a punto de casarse.

Justin se encogió de hombros.

—Tu madrastra es una gran defensora de la paciencia.

—Claro, si quieres ajustar cuentas con alguien.

—¿De verdad? ¿Aquella cinta le importaba tanto a Joey diez años después?

—Quería muchísimo a Sloan. Para él era como una diosa. En cambio, Fritz McCabe era un capullo y se mereció todo lo que le pasó.

—Y ahora está muerto.

—Buena noticia. Nosotros no hemos tenido nada que ver.

Llamé al timbre y Margaret acudió a abrir al cabo de unos instantes. *Butch*, el fiel compañero de Sloan —ahora viejísimo—, la seguía con dificultad. Puede que aún tuviera la esperanza de que Sloan fuera a volver algún día. Era un perro viejo y triste, y pensar en su optimismo me volvió a romper el corazón.

Margaret se alegró al verme.

—Ah, Kinsey. Entra, por favor. Ha pasado algo y me preguntaba a quién podría contárselo. A lo mejor puedes ayudarme.

—Lo intentaré.

Esta vez, en lugar de conducirme hasta el salón, Margaret me llevó al despacho que tenía al fondo de la casa. La habitación era una leonera. Vi un gran buró lleno de facturas, cartas, catálogos y periódicos. A un lado del buró había una mesa, sobre la que reposaba una máquina de escribir. Encima de la silla giratoria, Margaret había colocado seis gruesas carpetas clasificadoras de acordeón con las pestañas muy sobadas. Los libros de las estanterías estaban colocados de cualquier manera: unos derechos, otros apilados, muchos apoyados como borrachos en los volúmenes contiguos. Había un enorme montón de tarjetas navideñas del año anterior sobre una mesa auxiliar, y un archivador metálico con tantas carpetas colgantes apretujadas que parecía imposible sacar



cualquier documento. Tenía la impresión de que Margaret era pulcra, metódica y conservadora, por lo que todo este desorden no parecía propio de ella.

Ese día vestía un traje pantalón de seda de Shantung que contrastaba con su pelo negro cortado a lo *garçon*, que se le adaptaba a la cabeza como si fuera un gorro de baño con plumas. La única joya que llevaba era un collar de dos vueltas con cuentas de oro, más pequeñas alrededor de la garganta y más grandes en la vuelta exterior. Las gafas de montura negra le daban un aire de seriedad.

—Siéntate donde puedas —dijo mientras se acomodaba en su silla giratoria de madera.

Había tres sillas más en la habitación, todas ocupadas. Hice una inspección rápida antes de decidir qué montón de papeles me sería más fácil de quitar. Escogí el de las revistas, pero, para mi consternación, al depositarlas en el suelo se desparrramaron en una avalancha de papel cuché.

—¿Por qué no me dices lo que pasa? —pregunté mientras me sentaba.

—Un inspector de la Oficina del *sheriff* ha ido a la tienda de Iris esta mañana para hablar con ella. Iris estaba disgustadísima. Acababa de leer lo de Fritz en el periódico y aún no había asimilado la noticia. Entonces se presenta ese hombre y le pregunta dónde estuvieron Joey y ella la noche del viernes anterior, como si pudieran estar involucrados en el asesinato.

—¿El agente era el inspector Burgess?

—Sí, el mismo. Iris me mencionó su nombre, pero me entró por un oído y me salió por el otro.

—Está empezando a investigar, por lo que sería un interrogatorio rutinario. Me imagino que ahora quiere reconstruir la vida de Fritz, por eso estará interrogando a sus amigos, a sus antiguos compañeros de clase y a la gente que lo conocía. Hablará con mucha gente para preguntar si Fritz tenía enemigos y cosas por el estilo. Si Iris y Joey eran buenos amigos suyos, no creo que haya ningún problema. ¿Dijo Iris por qué estaba tan disgustada?

—Bueno, a eso iba. Se quedó totalmente en blanco cuando Burgess la interrogó. El inspector le preguntó qué sabía acerca del chantaje, y ella no supo cómo responder. Fritz le había revelado los detalles de forma totalmente confidencial, así que Iris no quería traicionar su confianza. Puede que los padres de Fritz sigan empeñados en echar tierra sobre el asunto.

—La extorsión es lo último que les preocupa en estos momentos. Están intentando asimilar la pérdida de su hijo. Por otra parte, estoy segura de que el inspector Burgess comprende lo nerviosas que se ponen algunas personas cuando tienen que tratar con la policía. A mí me parece un buen hombre, y estoy

segura de que no pretendía asustarla.

—Es que la pilló por sorpresa. A Iris le preocupaba no saber cómo responder, por si se metía en una situación comprometida.

—Si está diciendo la verdad, ¿por qué tendría que preocuparse?

—Es lo que pienso yo, pero Iris no sabe nada de leyes, ni de interrogatorios policiales. Se preguntó si debería llamar a un abogado para protegerse, pero cuando se lo dijo al inspector Burgess, él la miró como si acabara de admitirle que era culpable.

—Probablemente le sorprendió que Iris se lo planteara durante una conversación rutinaria.

—No sabes si fue rutinaria o no.

—Tienes razón —admití.

—El hecho es que Iris y Joey estuvieron conmigo el viernes por la noche, porque les había pedido si podían pintar el dormitorio de Sloan. Parecía muy desangelado después de retirar los muebles, y pensé que había llegado el momento de arreglarlo. Joey fue a la droguería y compró todo lo que necesitaban, incluyendo bandejas para la pintura y rodillos. Guardo el recibo en el que constan la fecha y la hora de la compra. Más tarde, cuando ya llevaban trabajando un par de horas, pedí una pizza para los tres. También conservo el recibo.

—Serán muy útiles si Burgess lo pregunta, aunque yo no sé si ofrecería esa información voluntariamente.

—¿Por qué no?

—Burgess no la está acusando de nada en este momento. Me parece que Iris ha reaccionado de forma exagerada.

—Quizá, pero he pensado que podrías hacernos el favor de hablar con él para aclararle el papel de Iris.

—No me parece muy buena idea. Sólo conseguiría que Burgess se preguntara por qué meto yo la nariz en sus asuntos.

—¿Y si vuelve y le pregunta algo más? ¿Qué debería responder Iris?

—Puede contratar a un abogado si eso la hace sentirse mejor.

—A Iris y a Joey no les sobra el dinero, pero supongo que yo podría ayudarlos.

—Puede que ni siquiera tengas que hacerlo —observé—. Casi todos los abogados ofrecen una consulta inicial gratuita para determinar si pueden ayudarte.

—Gracias, lo tendré en cuenta. Dicho así, no suena tan terrible. En cualquier

caso, tendría que haberte preguntado en qué podía ayudarte en vez de soltarte todo este rollo.

—No te preocupes, es normal que estés intranquila.

—Agradezco tu comprensión.

Me percaté de que podríamos seguir así el resto de la tarde. Yo la consolaría, la tranquilizaría y le proporcionaría información. Ella se mostraría agradecida y me daría las gracias de nuevo. Así yo pospondría mi intención de inmiscuirme en sus asuntos personales.

—Me interesaría saber algo acerca del padre biológico de Sloan.

El rostro de Margaret, ya inexpresivo de por sí, pareció petrificarse.

Me incliné hacia delante.

—Margaret, escúchame, por favor. ¿Qué más te da después de tantos años? Sloan está muerta, no sentirá ninguna vergüenza. Entiendo que quieras protegerla, pero no veo qué importancia puede tener eso ahora.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque todo está relacionado. Tiene que estarlo —expliqué, aunque la idea se me acababa de ocurrir.

—¿Cómo?

—No sé cómo. Míralo de esta manera: los implicados en este asunto han sido los mismos desde el principio. Bayard, Fritz, Troy, Austin, Poppy y Sloan. Sloan muere, Austin desaparece. Troy y Fritz van a la cárcel, y cuando Fritz queda en libertad, lo matan a las pocas semanas. Todos estos sucesos no son casuales.

Margaret consideró mi hipótesis. Percibí un destello en su mirada, y me pregunté qué pieza del rompecabezas tendría ella.

—¿De quién se trata?

Margaret negó con la cabeza una vez, como un caballo que espanta a una mosca negra.

Me incliné hacia delante y le cogí las manos.

—Dímelo, por favor.

—Tigg Montgomery —susurró.

Volví a recostarme en la silla. No esperaba aquella respuesta y consideré las consecuencias más evidentes.

—¿Me estás diciendo que Bayard y Sloan eran hermanos? ¿Bayard era su medio hermano?

—Sí.

Esperé mientras Margaret abría y cerraba las manos, y luego siguió hablando.

—Yo trabajaba para Tigg. Esto sucedió antes de que Joan se divorciara de él, por lo que el embarazo le habría causado muchos problemas económicos. Santa Teresa era una ciudad muy provinciana por aquella época. Tigg era un hombre muy respetado, un pilar de la comunidad, y yo era su empleada.

—Debió de ser muy difícil.

—Sí que lo fue. Tigg era el amor de mi vida, y nunca lo culpé por querer ocultar la situación. Habría hecho cualquier cosa por él.

—De ahí los años de silencio —apunté.

—Le prometí que no diría nada. A cambio, él me prometió a mí mantener a Sloan. Hacia el final de su vida, cuando se dio cuenta de lo enfermo que estaba, vino a verme y me dijo que me compensaría. Pensaba dividir la herencia entre sus dos hijos.

—¿Bayard lo sabía?

—Tigg se lo dijo, pero no tengo ni idea de cómo reaccionó. Se quedaría de piedra.

—¿Y qué hay de Sloan? ¿Se enteró?

Margaret negó con la cabeza.

—No quise decírselo hasta estar segura de que Tigg cumpliría su palabra. ¿Para qué ilusionarla cuando podría no suceder? ¿Para qué abrirle la puerta si luego no podía atravesarla? Tigg lo fue posponiendo. Puede que estuviera tan enfermo que le costara pensar con claridad. Puede que le entraran dudas, o que cambiara de opinión. ¿Cómo iba a saberlo yo? No quería frustrar las esperanzas de Sloan, que es lo que habría pasado. Creo que Tigg fue sincero y que tenía buena intención, pero no actuó con la rapidez necesaria. Redactaron el nuevo testamento, pero Tigg murió sin haberlo firmado.

—¿Cuántos años se llevaban Bayard y Sloan?

—Dos.

—Creía que iban a la misma clase en Climp.

—Así es. Bayard repitió un curso por problemas de comportamiento.

—¿Qué pasó cuando murió Sloan?

—Bayard se culpó de lo ocurrido. Sabía que debería haberlo impedido. Tuvo muchas oportunidades de intervenir, pero no hizo nada.

—Pero cuando Sloan murió, todo el dinero fue para él, ¿no?

—No le importó. Sólo le importaba el hecho de haberla dejado morir cuando él podía haberlo evitado.

—¿Por qué le guardabas tanto rencor a Fritz?

—Porque fue el instrumento de Austin. Austin la quería muerta porque, en su

opinión, Sloan le había hecho daño. En realidad, Sloan no había hecho nada, pero Austin no lo veía así. Fritz era una marioneta. No tenía ningún motivo para hacer lo que hizo, salvo complacer a Austin. Bayard odiaba a Austin, por eso testificó en el juicio.

—Pero también lo hizo para quedar él libre de culpa, ¿no?

—Por las dos cosas. Saldó una cuenta pendiente, y además se protegió. No hay nada malo en ello.

—Y ahora que Fritz está muerto, ¿qué vas a hacer tú?

—Si hubiera asumido su responsabilidad, tal vez las cosas habrían sido distintas.

—No es eso lo que te he preguntado.

—No sé lo que voy a hacer, pero me alegro de que haya muerto. Siempre deseé que muriera. Puede que vaya al infierno por ello, pero no me importa.

—¿Tuviste algo que ver con su muerte?

—No, pero ojalá lo hubiera tenido.

—Eres una mujer muy dura.

—Puede que descubras que tú también lo eres —repuso Margaret—. ¿Y quieres saber cómo sé que Dios existe? Porque ha respondido a mis plegarias.

Qué conversación tan deprimente. Volví a casa preguntándome por el significado de todo lo ocurrido, pero sin entender nada. La muerte de Sloan parecía ser la lamentable combinación de una serie de elementos aleatorios: paranoia, rabia, pasividad, mentalidad de manada y poco juicio entre otros. La muerte de Fritz, en cambio, no era fruto del azar. Deduje que lo habrían matado por una razón en concreto, mientras que a Sloan la mataron sin motivo alguno. Desgraciadamente, tuvo mala suerte. No pensé que la muerte de Sloan hubiera provocado el asesinato de Fritz, pero tenía que haber algún vínculo entre ambos. Al menos aquella era mi hipótesis de trabajo, y necesitaba corroborarla. Tendría que hablar con alguien que conociera bien la historia, y que quizá pudiera ofrecerme una visión más amplia. Entonces pensé en Lauren McCabe.

Llegué al centro, dejé el coche cerca del Teatro Axminster y recorrí el pasaje techado que salía del aparcamiento. El edificio de los McCabe apareció a mi izquierda nada más salir a la calle. No hacía ni un día que Lauren y Hollis se habían enterado de la muerte de su hijo, por lo que supuse que tendrían el piso lleno de amigos dispuestos a ofrecerles apoyo, condolencias y cazuelas de comida. Cuando llegué a lo alto de las escaleras, sin embargo, no percibí señales

de vida. La puerta de entrada estaba entreabierta, y el silencio se escapaba por el resquicio como si fuera humo.

—¿Lauren? —pregunté mientras abría la puerta de un empujón.

No había ninguna luz encendida. El interior, que antes me había parecido amplio y despejado, ahora se me antojó reducido. La ausencia de luz artificial confería al salón un aire de frialdad y abandono. No vi flores recién cortadas, ni percibí el olor a comida recién hecha. No se oía ninguna voz.

—¿Lauren?

Me sentí como una intrusa al entrar sin que salieran a recibirme. Por mi primera visita aún recordaba dónde se encontraba la biblioteca, y sabía que el dormitorio de Fritz era la primera puerta de la izquierda. Pensé en adentrarme por el pasillo hasta su habitación, pero no quería invadir la privacidad de los McCabe. No oí que se acercara nadie, pero percibí movimiento en el pasillo y entonces apareció Lauren. Iba descalza, y la ropa que llevaba parecía seleccionada de un montón tirado en el suelo.

—Aquí estás —dije—. Siento haberme presentado sin llamar antes. Pensé que a lo mejor tendríais visitas.

Lauren negó con la cabeza.

—Estamos solos. Hollis duerme la siesta y yo voy de una habitación a otra, pensando que tendría que hacer algo. No culpo a la gente por evitarnos. En los manuales de etiqueta no pone nada sobre situaciones como ésta. ¿Qué le dices a una madre a la que le han matado a su niño? ¿Qué consuelo puedes ofrecerle a un padre que ha perdido a su único hijo? A la gente le resulta muy violento hablar con nosotros, y pone excusas para no venir. Intentan convencerse de que preferimos estar solos. Recuerdan lo reservados que somos, y piensan que querremos proteger nuestra soledad. En cierto modo, tienen razón. Me cuesta tratar con gente que no me cae bien.

La verdad es que me había dicho a mí misma algo muy similar, pensando que si intentaba abrazarla o consolarla, Lauren me rechazaría. A mí tampoco me entusiasma que me abracen, especialmente en situaciones en las que un apretón de manos es más que suficiente. La mayoría de las veces la gente te saluda por obligación, y finge alegrarse al verte aunque no sea cierto.

—¿No hay nadie a quien quieras que llame?

—Ése es el problema, no se me ocurre nadie. Me viene una amiga a la cabeza y entonces me doy cuenta de que no he hablado con ella en un año. No parece el momento más indicado para invitar a alguien. Intenté llamar a otra amiga a la que estuve muy unida hace tiempo. Me enteré de que murió hace dos

meses y nadie había pensado en decírmelo.

—¿Qué hay del hermano de Hollis? Lo has mencionado alguna vez.

—Tienen una relación tirante. Muy superficial. Si viniera sería un engorro. No se llevan bien y a mí me tocaría mediar entre los dos, algo que prefiero ahorrarme en estos momentos. Tendría que planificar comidas, entretenerlo y darle conversación. No puedes invitar a alguien que viene de otra ciudad y luego dejarlo solo, aunque únicamente haya venido para darte el pésame.

—Entiendo lo que quieres decir —admití—. Puede que te extrañe la pregunta, pero ¿habéis recibido más llamadas del extorsionista?

—No, y no creo que se vuelva a poner en contacto con nosotros. Si se trata de alguien que nos conoce, probablemente se habrá enterado de la muerte de Fritz. Aunque no nos conozca, nos habrá estado vigilando y sabrá lo que ha pasado. Bueno, volviendo al tema de antes, Valerie sí que vino a vernos, y disfruté mucho con su visita.

Lauren se refirió a la tal Valerie como si aquel nombre significara algo para mí. Entonces recordé que Valerie era la mujer de la limpieza con la que me crucé antes de mi primer encuentro con Lauren.

Pensé que debería confesarle a Lauren la razón por la que había ido a verla, pero me pregunté si no parecería poco considerado por mi parte cuando ella intentaba sobrellevar la muerte de su hijo. Era una de esas situaciones que, tal y como había dicho Lauren, no aparecen en los manuales de etiqueta.

—Puede que no sea el momento más oportuno, pero me han surgido algunas preguntas y no sé a quién más hacérselas.

—¿Por qué no nos sentamos?

Pasamos al salón, donde Lauren se instaló en un extremo del sofá y yo me acomodé en la butaca tapizada que había al lado.

—¿Sabías que Tigg Montgomery era el padre biológico de Sloan?

—Sí. A Hollis le había comentado sus opciones: o bien reconocerlo o mantener la información en secreto. Puede que hubiera una solución intermedia, pero a ninguno de nosotros se nos ocurrió. Tigg era enormemente conservador, un hombre chapado a la antigua. El adulterio estaba prohibido y, en su opinión, así debía ser, a pesar de que él lo practicara. Al final decidió mantenerlo en secreto. No puedo decir que me pareciera bien, pero era el jefe de Hollis y me tocó callarme.

—Bayard acabó enterándose. ¿Cómo lo supo?

—Se lo dijo el propio Tigg. Cuando rehizo su testamento, pensó que sería injusto que Bayard se enterara de los cambios después de que él hubiera muerto.

—¿Cómo reaccionó Bayard?

—Al principio se enfadó mucho. Consideraba el dinero de Tigg su recompensa por ser un buen chico y soportar el chantaje emocional a que lo sometieron sus padres cuando era un niño. Ver su herencia reducida a la mitad no le sentó bien al principio, pero luego se dio cuenta de lo mucho que quería y admiraba a Sloan. Había crecido como hijo único y de repente tenía una hermana menor. Aquello cambiaba totalmente las cosas.

—¿Crees que era sincero? ¿No estaría fingiendo?

—No puedo responder a eso. Pensé que lo había aceptado, pero Bayard siempre ha sabido ocultar sus sentimientos.

—Has dicho que Tigg era enormemente conservador. ¿Qué pensaba de que Bayard fuera gay?

—No lo sabía. Los demás estábamos enterados, pero Tigg se negaba a verlo. Como era un homóforo furibundo, si lo hubiera descubierto, no le habría dejado ni un centavo a Bayard.

Una llamada. Pensé en cómo amenazaba Austin a Bayard con hacer una sola llamada, advertencia que repetía machaconamente. De eso se trataba, de amenazar a Bayard con revelar su identidad sexual. Otra pieza del rompecabezas acababa de encajar.



Sábado, 7 de octubre de 1989

Aquella noche no dormí bien. Di un sinfín de vueltas en la cama, pensando que en algún momento descubriría una posición en la que me sentiría cómoda y me ayudaría a conciliar el sueño. En lugar de dormirme, observé cómo iban pasando los minutos en el reloj digital. Si llegué a dormir, fue a ratos. Al menos hasta la madrugada, cuando me sumí en un sueño profundo. Me desperté a las nueve con la cabeza embotada. Cómo se me habían escapado las horas. Era sábado y hacía sol, por lo que en teoría podría haber salido a correr, pero no me apetecía. Estaba preocupada por la llegada de Celeste, e intranquila por el hecho de que Ned hubiera vuelto a desaparecer. No se me ocurrió cómo podría interferir en nuestro plan, pero Ned tenía la astucia innata de un psicópata y aparecería cuando menos lo esperáramos.

Me duché. Me vestí. Desayuné un tazón de cereales. Bebí dos tazas de café que me despertaron tal y como esperaba, pero que también aumentaron mi aprensión. Un hormigueo de miedo me recorrió la columna. El avión de Celeste llegaba a la una y cuarto. Para mayor seguridad, yo saldría hacia el aeropuerto a las doce y media, de modo que me quedaban unas tres horas. Decidí ir a casa de Henry, vi que tenía la puerta trasera abierta y la mosquitera con el gancho quitado. Percibí un delicioso aroma a rollos de canela recién horneados. Di unos golpecitos con los nudillos en la puerta y Henry me invitó a entrar. Anna estaba sentada a la mesa de la cocina, sobre la que reposaban dos bandejas en las que iba poniendo masa de galletas con una cuchara para servir helado. Ahora que sabía que estaba embarazada, me recordó a una Virgen rebosante de serenidad. Sólo habían pasado dos semanas desde que descubrimos su estado y ya empezaba a tener una figura más redondeada. Toda ella parecía resplandecer.

Henry le cortó la corteza a un pan de molde y sacó una fuente con ensalada de huevos duros. Ya había preparado panecillos caseros con jamón untados de

mantequilla y hojitas de endivia con un poco de queso azul en las puntas. Vi seis bandejas de pequeños sándwiches cubiertos con plástico adherente. Al mirarlos más de cerca identifiqué sándwiches de mantequilla de anchoas y rábanos, de pepino cortado a rodajas finas con queso en crema y de cheddar curado con chutney, todos especialidades de Henry. Había dispuesto magdalenas, pastelillos variados y minúsculos profiteroles de nata en tres bandejas de plata, también cubiertos con plástico adherente para que no se secan.

—Estoy preparando una merienda para Moza Lowenstein —dijo Henry como respuesta a la pregunta que aún no le había hecho.

—Yo estoy invitada porque vivo allí. Ahora que llevo un garbancito en la barriga me muero de hambre. Devoro todo lo que pillo, no puedo frenarme. ¿Quieres ver una foto?

—Claro.

Anna se sacó del bolsillo una foto en blanco y negro de diez por quince centímetros. La imagen estaba muy borrosa, y parecía como si alguien hubiera estado haciendo ángeles en la nieve al fondo. En el centro de aquel mundo incoloro destacaba una criatura que podría haber salido de una nave alienígena —cabeza grande, cuerpo curvado en forma de C, miembros delgados, piel transparente—, unida a un cordón gris.

—Has decidido quedarte con el mocoso —dije.

—Bueno, eso aún no lo sé. He decidido seguir adelante, y esperar que todo salga bien.

—Pues yo he adoptado el mismo plan. ¿Estamos locas o qué?

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

—Mejor así. ¿Puedo probar un rollo de canela?

—Sírvelte los que quieras —respondió Henry—. Aún queda café, si te apetece.

—¿Por qué no? Estoy hecha un manojo de nervios de todos modos.

—¿Qué sucede?

—Te lo contaré cuando ya haya pasado. —Me acerqué a la cafetera, cogí una taza y la llené—. ¿A qué hora es la merienda?

—A las cuatro. Me apuesto lo que quieras a que Moza sacará el jerez y sus invitadas estarán charlando hasta la madrugada.

—¿No tienen maridos a los que dar de comer?

—Son viudas. Todas llevan a sus perritos metidos en el bolso, junto a latitas minúsculas de comida para perro. Una de ellas ha adiestrado al chucho para que haga sus necesidades en una de esas alfombrillas sanitarias con césped artificial,

por lo que ni siquiera tiene que sacarlo a la calle. Basta con doblar la alfombrilla, meterla luego en una bolsa de plástico grande y asunto resuelto.

—Éstas ya pueden ir al horno —dijo Anna.

Henry abrió la puerta del horno, cogió las dos bandejas con masa de galletas y las metió dentro. A continuación programó el temporizador y volvió a sus sándwiches.

—Me sorprende que Pearl no esté aquí —dije.

—A uno de sus amigos sintecho le pareció haber visto a Ned Lowe y han salido en su busca.

—Pues espero que sea sensata. No tiene ni idea de lo peligroso que es Ned.

—Me acabé el café y metí la taza en el lavavajillas—. ¿Necesitas ayuda?

—Lo tenemos todo bajo control, pero gracias de todos modos.

—Intentaré encontrar algo en lo que ocuparme.

Salí de casa de Henry y volví a mi estudio. Luego fui al supermercado, donde me abastecí de productos básicos como el papel higiénico. De nuevo en casa, vacié las bolsas y lo guardé todo. Había tardado cuarenta y dos minutos, durante los cuales pasé de la preocupación al aburrimiento. Me eché en el sofá con una novela policiaca y a los dos párrafos me quedé dormida. Me desperté a las doce y veinticinco, lo que tomé como un buen presagio porque me quedaba el tiempo justo para cepillarme los dientes, hacer mis necesidades y salir en dirección a Colgate.

El Aeropuerto Municipal de Santa Teresa fue construido en los años cuarenta y se asemeja bastante a una hacienda modesta: estructura de estuco, tejado de tejas rojas y buganvillas de color magenta. La zona de recogida de equipajes parece una gran cochera añadida a uno de los extremos. En la primera planta hay una cafetería y a nivel de calle un patio cubierto de césped, rodeado de un muro con la parte superior de cristal que permite observar cómo despegan y aterrizan los aviones. Me situé a unos seis metros de la entrada principal, desde donde podía ver cinco de las seis puertas de embarque.

Al cabo de unos minutos vi un pequeño avión que se bamboleaba hacia la pista en los últimos momentos de su descenso. Por vuelos anteriores, sabía que durante el brusco aterrizaje los pasajeros se aferrarían a sus rosarios procurando no gritar. Al tocar tierra, las ruedas chirriarían como zapatillas de deporte en un suelo de parquet.

Los pasajeros empezaron a llegar poco a poco a la terminal, algunos arrastrando maletas con ruedas, otros camino de la recogida de equipajes. Celeste fue una de las últimas en salir. Le había garantizado que la reconocería,

pero en realidad no estaba del todo segura. La había visto una vez hacía seis meses, y sólo recordaba que tenía el rostro ovalado, el pelo claro, los ojos oscuros y el aspecto de un prisionero de guerra recién liberado de su cautiverio. La convivencia con Ned Lowe había embotado su voluntad. Cuando la conocí, tenía una personalidad tan plana como una fotografía pegada en un cartón. Cualquier muestra de vivacidad atraería la atención de Ned y acabaría provocando su ira.

Celeste me vio y levantó una mano a modo de saludo. Parecía rehidratada, con el cuerpo henchido de confianza. No tenía una personalidad del tipo A, por lo que nunca sería una alborotadora, pero ahora se movía como si una chispa hubiera prendido en su interior. Vestía un abrigo ligero de tweed marrón. Llevaba un maletín en la mano y un bolso colgado del hombro con una correa de cuero.

—Hola, ¿cómo estás? —pregunté tendiéndole la mano. Evité mencionar su nombre, por si Ned detectaba el más mínimo indicio de la presencia de Celeste en la ciudad—. ¿Has traído equipaje?

—Sólo esto —respondió Celeste señalando el maletín.

—¿Ya has comido?

—Mejor después. Estoy muy nerviosa.

—Yo también.

Mientras nos dirigíamos a la zona de estacionamiento limitado, las dos buscamos a Ned con la mirada.

—No creo que pueda encontrarnos —afirmé.

—¿Vas armada, por si acaso?

Negué con la cabeza.

—He dejado mi H&K en casa. De haberlo pensado, la habría traído. La última vez que estuvimos en contacto le pegué tres tiros. Si hubiera podido verlo mejor, lo habría dejado inválido de por vida.

—¿Le alcanzaste?

—Más bien le rocé. No sé si en la cadera o en el muslo, pero fuera donde fuera, soltó un grito. Más tarde usó las llaves que le había robado a Phyllis para volver a entrar en el piso de ésta. Al aplicarse allí los primeros auxilios, se dejó algunas vendas manchadas que parecían indicar una herida purulenta.

—Me encanta. Estoy muy orgullosa de ti —dijo Celeste.

El viaje hasta Santa Teresa transcurrió sin incidentes reseñables. Procuré no hacerle ninguna pregunta personal, basándome en la teoría de que cuanto menos supiera, mejor. Cuando llegamos a la comisaría, aparqué en la bocacalle más

próxima y la acompañé a pie hasta los escalones de la entrada. Las dos volvimos la cabeza a un lado y a otro.

Cuando entramos en el vestíbulo empecé a relajarme. Ver a hombres y mujeres de uniforme equipados con armas letales te proporciona una sensación de seguridad inigualable. El agente de la entrada llamó al despacho de Cheney, que apareció poco después y nos acompañó hasta su escritorio. Vi cómo Celeste le entregaba el sobre con los recuerdos de Ned, y entonces me excusé y volví al vestíbulo a esperar mientras Celeste le contaba a Cheney todo lo que sabía. Los recibos de gasolina que Ned había guardado servirían para trazar el recorrido de sus viajes, y podrían ayudar a descubrir nuevas víctimas.

El encuentro duraba más de lo previsto y me fui poniendo más nerviosa con cada minuto que pasaba. Celeste no me había dicho a qué hora salía su vuelo, así que no me quedó más remedio que confiar en que estuviera pendiente del reloj. Finalmente, a las cuatro y diez vi aparecer a Cheney y crucé el vestíbulo en dirección a su escritorio.

—¿Dónde está Celeste?

—Ha ido al servicio. Dice que la vas a llevar directamente al aeropuerto y quería estar preparada por si luego quedaba poco tiempo.

—¿A qué hora sale su avión?

—A las cinco y cuarto.

Volví a mirarme el reloj.

—Pues vamos muy justas.

—Confía en la providencia —dijo Cheney.

Celeste apareció a su espalda.

—¿Va todo bien?

—Sí, pero tenemos que darnos prisa —respondí—. Son veinte minutos hasta el aeropuerto, siempre que no haya mucho tráfico.

Cheney y Celeste se dieron la mano. Conseguí acortar el intercambio de agradecimientos y despedidas dejando escapar varios bufidos de impaciencia. Siempre procuro llegar una hora antes del despegue, y ya habíamos reducido esa hora a la mitad. Al parecer, Celeste es una de esas personas a las que no les importa presentarse cuando ya han cerrado la puerta del avión, aunque luego se vean obligadas a suplicar que les permitan subir a bordo. Muchas compañías aéreas rechazan a los pasajeros rezagados una vez han cerrado la puerta. Si Celeste perdía aquel vuelo, me tocaría aguantar varias horas de cháchara intrascendente mientras esperábamos a que quedara un asiento libre en el siguiente vuelo disponible.

Volvimos a mi coche a toda prisa. Arranqué y salí del espacio en el que había aparcado antes de que Celeste tuviera la oportunidad de abrocharse el cinturón. Yo me lo abroché cuando llegamos al siguiente cruce. Me metí por Fig hasta Chapel Street, donde torcí a la derecha y recorrí seis manzanas hasta Arroyo porque sabía que desde allí se accedía a la autopista. Ocupábamos el tercer lugar de la cola en el carril de incorporación, y el flujo de vehículos se había detenido. Resulta patético ver a una mujer adulta llorar a causa del tráfico, así que me vi obligada a controlarme.

—Lo siento —musitó Celeste—. Tendría que haber acabado de hablar con el inspector Phillips un poco antes.

Si buscaba mi absolución, yo no pensaba dársela.

Al cabo de cinco minutos conseguí meterme en el carril en dirección norte. Los coches que circulaban por los dos carriles de mi izquierda llevaban puesto el intermitente, telegrafando así su intención de embestir a otros vehículos si éstos no les cedían el paso. Todos acabaríamos saliendo del coche para intercambiarnos los datos del seguro si no teníamos un poco más de paciencia. Pensé que el atasco se debería a algún accidente, pero no vi coches de bomberos, ni ambulancias ni coches patrulla con luces centelleantes.

Finalmente, el coche que teníamos delante consiguió avanzar unos metros cuando el vehículo que lo precedía dejó un espacio entre ambos. De pronto, el embotellamiento remitió y pudimos reemprender el viaje. Procuré respetar el límite de velocidad para no arriesgarme a que me pusieran una multa. Pasamos una de las salidas de la autopista. Dos. Tres. Unos tres kilómetros más adelante, salí de la 101 y me metí en la autovía. En aquel momento el tráfico era fluido, cosa que no me alivió la tensión. Miré el reloj de pulsera: las cinco menos veinticinco y aún nos quedaban tres kilómetros. La distancia no me preocupaba tanto como el tiempo que nos llevaría aparcar, cerrar el coche y dirigirnos a pie hasta la terminal, donde Celeste tendría que hacer cola para recoger la tarjeta de embarque y pasar el control de seguridad. ¿Quién me aseguraba que no fuera a surgir ningún contratiempo?

Ahora Celeste estaba tan nerviosa como yo, y eso al menos eliminó la charla insustancial mientras nos concentrábamos en el trayecto. Me metí por la salida de Airport Boulevard. Cuando llegué a la recta, busqué rápidamente con la mirada a algún agente de tráfico, y, al no ver a ninguno, pisé a fondo el acelerador. Me acerqué a la entrada del aparcamiento para estancias cortas, arranqué un tique de la máquina y seguí adelante casi antes de que la barrera hubiera acabado de subir. Celeste salió del coche mientras yo aparcaba, y ya se

dirigía a la entrada de la terminal cuando la alcancé. La prisa al menos había borrado a Ned de nuestra conciencia.

Cruzamos a toda prisa la puerta de entrada y Celeste se unió a la pequeña cola que se había formado frente al mostrador de facturación de United Airlines. Afortunadamente, la espera fue corta porque todos los pasajeros con dos dedos de frente ya habían facturado y ahora esperaban en la puerta de embarque. No llevar equipaje nos ahorró cuarenta y cinco segundos, aunque el agente de facturación miró con recelo a Celeste preguntándose si estaría tramando algo. Capté la atención del empleado, hice ademán de atornillarme la sien con el dedo, señalé a Celeste y moví los labios para decir: «Es mi hermana», como si eso cambiara las cosas. El agente de facturación le deslizó la tarjeta de embarque por encima del mostrador y la acompañé hasta el control de seguridad, situado a cinco metros de allí. Cuando lo hubo pasado, Celeste me saludó con la mano para que supiera que estaba a salvo y que ya podía irme.

Me tomé un minuto para inspeccionar los alrededores por si Ned se encontraba al acecho, dispuesto a saltar por encima de la máquina de rayos equis y agarrar a Celeste por el cuello. No vi ni rastro de él, lo que por un momento me llevó a esperar que ya estuviera sufriendo los síntomas de la septicemia: fiebre, dificultad para respirar, hipotensión, frecuencia cardíaca acelerada y confusión mental. Confieso que no esperé a que el avión de Celeste despegara. Salí de la terminal y volví al coche.

Los vehículos que abandonan el aeropuerto se ven obligados a dar la vuelta y pasar frente a la entrada por segunda vez antes de acceder al carril de salida. Este pequeño rodeo me permitió ver un taxi que aparcaba junto a la acera. Bayard Montgomery salió del lado derecho y Ellis del izquierdo. Bayard se había puesto una cazadora de cuero negro y lo que parecía ser una gorra negra de chófer con una reluciente visera de charol. Ellis llevaba una camisa blanca y un jersey rojo sobre los hombros, con las mangas anudadas delante como si se dieran la mano. El taxista dejó el motor al ralentí mientras bajaba del taxi y los ayudaba a sacar la gran bolsa de lona y la maleta expandible con cuatro ruedas que yo había visto en el recibidor de la casa de Bayard. Después sacó la bolsa de mano de cuero negro, dos maletas de tamaño mediano, una mochila, una bolsa de viaje grande de cuero, tres maletas a juego de distintos tamaños, un portatrajes y un maletín. No parecía que fueran a pasar un fin de semana en Palm Springs.

En cualquier caso, los planes de viaje de Bayard no eran asunto mío. Estaba a punto de salir de la rotonda para meterme en Airport Boulevard cuando algo me llamó la atención: al mirar por el retrovisor, vi que el mozo de equipajes

cargaba las maletas en su carrito. Me desvié hacia el aparcamiento para estancias cortas por segunda vez y busqué una plaza libre. Ni una. Di la vuelta dos veces, esperando ver luces traseras que indicaran que alguien salía, pero no detecté ningún movimiento. Podía seguir dando vueltas durante otros veinte minutos mientras Bayard y Ellis hacían quién sabe qué. Finalmente, encontré una zona de estacionamiento prohibido señalizada con franjas diagonales y aparqué allí.

De vuelta en la terminal, vi que Bayard recogía las dos tarjetas de embarque en el mostrador de facturación de American Airlines. Llevaba su bolsa de mano y se puso en la cola del control de seguridad mientras Ellis entraba en la tienda de regalos. Me fijé en que compraba varias bolsas de picoteo, dos revistas y un cojín cervical de viaje relleno de semillas de lino orgánico. Cuando Ellis salió con sus compras en dirección al control de seguridad, yo me agaché simulando observar algo que estaba en el escaparate. Bayard ya había encontrado dos asientos en la zona de espera. Al echarle un vistazo al panel de salidas descubrí que el avión en el que pensaban embarcar volaba a Phoenix, Arizona. Bayard había mencionado Palm Springs, por lo que ladeé la cabeza como un cachorro perplejo ante el cambio de planes.

Me resultaba imposible acceder a la zona en la que estaban sentados porque ya habían pasado el control de seguridad. Como no tenía tarjeta de embarque, a mí no me permitirían ir más allá del primer control. Me acerqué a ellos todo lo que pude y llamé a Bayard. Siete personas se volvieron para mirarme.

Cuando levantó la cabeza, lo saludé alegremente con la mano. Le indiqué mediante gestos que viniera hasta donde me encontraba yo y vi cómo le comentaba algo a Ellis. Gracias a mis notables dotes para la lectura labial, descubrí que decía: «Mierda, ve a ver lo que quiere ésa».

—¿Por qué tengo que ir yo? —preguntó Ellis.

—No importa, ya voy yo —respondió Bayard.

Se levantó y me dirigió una sonrisa algo forzada.

—Hola —saludé—. No esperaba verte aquí. He venido a dejar a una amiga.

—El mundo es un pañuelo —dijo Bayard sin ofrecer más explicaciones.

—¿Te vas de fin de semana?

—Sí —contestó Bayard simulando practicar un *swing*.

—Creía que habías dicho que ibais a Palm Springs, pero este vuelo va a Phoenix.

—Un cambio de última hora —explicó—. Cancelaron nuestro vuelo, así que nos decidimos por Phoenix.

—Estoy segura de que los campos de golf serán igual de buenos —dije.



—Y los hoteles más baratos.

—No hay mal que por bien no venga.

—Me alegro de verte —dijo Bayard, y luego volvió a su asiento. Cuando ya estaba sentado, esbozó una leve sonrisa de disculpa por haberse ido. Volví a saludarlo con la mano y di media vuelta.

¿Qué podía hacer ahora?

Al pasar frente al mostrador de American Airlines se me encendió una bombilla. En el bloc de notas que encontré en la biblioteca de Bayard vi las iniciales «AA» rodeadas con un círculo. Primero pensé que serían las siglas de Alcohólicos Anónimos, pero probablemente se trataba de American Airlines. Me metí la mano en el bolsillo y me felicité por tener la costumbre de llevar los mismos vaqueros cuatro días seguidos. Saqué la anotación que había hecho aquel día: 8760RAK. Puede que no fuera una matrícula de coche después de todo. La cola para facturar en el mostrador de American Airlines había aumentado, así que fui al de United.

Cuando el agente de facturación levantó la vista, le mostré con el dedo las iniciales RAK.

—¿Reconoce estas letras?

El empleado las miró.

—Es el código de un aeropuerto.

—¿Qué aeropuerto?

—El de Marrakech-Menara, en Marruecos.

Por poco se me escapa la risa.

—¿En serio? ¿Se puede volar de Santa Teresa directamente a Marrakech?

—Pues sí —respondió como si hablara con una simplona—. Sí que es posible en esta época posmoderna de viajes internacionales. Basta con volar durante treinta y cuatro horas y pagar entre tres y cuatro mil dólares por el asiento.

—¿Y 8760 es el número del vuelo?

—Eso lo tendría que preguntar en el mostrador de American Airlines.

—¿Cuál es la ruta?

—Pregúnteselo a ellos —respondió, reacio a hacer de relaciones públicas para una compañía rival.

Volví al mostrador de American Airlines y esperé mi turno en la cola. Tenía tres personas delante, y como suele ocurrir cuando uno va al banco, todas tenían problemas que requerían largas discusiones con el empleado, consultas frecuentes al ordenador, negativas con la cabeza y más discusiones. Miré la

pantalla de salidas que había en la pared que tenía a mi espalda y vi que el vuelo a Phoenix despegaba en veintiséis minutos. Ése suele ser el tiempo destinado a acomodar a los pasajeros con embarque prioritario, a los que van acompañados de niños, a los discapacitados y a los ancianos. Saqué la cabeza para llamar la atención del agente de facturación y me lo quedé mirando. Cuando levantó la vista me señalé el reloj, pero no pareció impresionarle lo más mínimo mi urgencia. Al cabo de dos minutos, el primer pasajero de la cola se apartó del mostrador y la mujer que tenía detrás ocupó su lugar. Oí el anuncio de embarque del vuelo a Phoenix y empecé a dar saltitos de impaciencia. La mujer se fue y el agente de facturación despachó rápidamente a los dos pasajeros que iban delante de mí.

Cuando llegué al principio de la cola, el empleado colocó un pequeño letrero metálico en medio de su mostrador: «Ventanilla de al lado, por favor».

—¡No, no, no! ¡Se lo ruego! Sólo quiero hacerle una pregunta breve...

—Normas del sindicato —dijo con tono displicente.

—Muy bien. Me merecen mucho respeto esas normas y soy consciente de todo lo que el sindicato hace por usted. Lo único que necesito saber es el itinerario desde Santa Teresa hasta Marrakech.

El agente de facturación parpadeó y empezó a recitar de corrido la lista de ciudades.

—Phoenix, Filadelfia, Madrid, Marrakech. Phoenix, Filadelfia, Chicago, Madrid, Marrakech. Phoenix, Detroit, Madrid, Marrakech. Phoenix, Londres, Madrid, Marrakech. Phoenix, Londres, Casablanca, Marrakech. Phoenix, Chicago, JFK, Madrid, Marrakech. Elija la ruta que elija, tendrá que volar a Madrid o a Casablanca. No sé cuántos vuelos hay desde Casablanca, pero desde Madrid sólo hay un vuelo hasta Marrakech, y es el 8760.

—Gracias.

Di una vuelta de ciento ochenta grados en busca de un teléfono público y vi uno junto a la puerta del aseo de señoras. Alguien lo usaba. Una mujer con zapatos de tacón y abrigo de chinchilla estaba en plena conversación. Me acerqué al teléfono y me situé detrás de ella, esperando que captara la indirecta. Ahora que la tenía tan cerca me di cuenta de que iba perfumadísima. La mujer ni siquiera me miró. Me puse a su lado y la observé fijamente. Entonces me vio y me dio la espalda, tapando el micrófono con la mano para que yo no pudiera oír lo que decía. Miré mi reloj de pulsera ostensiblemente. Di golpecitos con el pie. Volví a colocarme en su línea de visión e hice ese gesto con la mano en sentido circular que significa: «¡Date prisa, joder!». Ni caso.

Cogí el billetero, saqué dos billetes y me acerqué a su oreja.

—Señora, le daré veinticinco dólares si suelta el teléfono ahora mismo.

La mujer me miró sorprendida y luego miró los billetes de veinte y de cinco que yo sostenía en la mano. Me arrebató los billetes y le dijo a la persona con la que hablaba:

—Te llamo luego.

—¡Espere! Disculpe. ¿Tiene un cuarto de dólar?

La mujer suspiró con expresión hastiada, pero encontró una moneda en el bolsillo de su abrigo y me la puso en la palma de la mano antes de irse.

Marqué el número de Cheney en el Departamento de Policía preguntándome qué podía hacer si no me contestaba. Al cabo de cuatro timbrazos, Cheney descolgó el auricular.

—Phillips.

—Gracias a Dios. ¡Cómo me alegra oír tu voz!

—He estado intentando llamarte...

—Espera, espera. Yo primero...

Cheney tenía tantas ganas de contarme sus novedades que siguió hablando sin escucharme.

—¿Recuerdas que te mencioné el polvo blanco que encontraron en la ropa de Fritz? El forense lo identificó como cal viva, así que fuimos al escenario del crimen y le echamos otro vistazo a la fosa séptica donde lanzaron el cadáver de Fritz. ¿Sabes qué encontramos? Bajo la tierra de relleno y los escombros había una segunda víctima. Alguien había cubierto el cuerpo con al menos cuatro kilos de cal viva, y luego había vaciado unas seis botellas de desatascador de tuberías. Mucha gente cree que la combinación de las dos sustancias acabará disolviendo un cadáver con el paso del tiempo, pero en realidad sucede todo lo contrario...

—¡Basta ya, Cheney! —exclamé.

Cheney ignoró mi interrupción y continuó con sus revelaciones forenses.

—Si la apagas con agua, la cal viva causará quemaduras superficiales, pero el calor procedente de la reacción química momificará el cuerpo. La cal muerta absorbe la humedad de los tejidos y del suelo, e impide la putrefacción. A que no adivinas quién es.

Alguien decía por megafonía: «Rogamos al propietario de un Honda azul marino de cuatro puertas que se presente en el aparcamiento para estancias cortas y recoja su coche».

—Austin Brown —respondí.

Silencio absoluto.

—¿Cómo lo sabes?

—Bayard Montgomery lo mató porque Austin había amenazado con llamar al padre de Bayard y contarle que su hijo era gay. Tigg era un homófobo furibundo y no le habría dejado ni un centavo.

—¿De dónde has sacado esta información?

—No te preocupes por eso ahora. Bayard y su novio, Ellis, están en el aeropuerto a punto de embarcar en un vuelo a Phoenix. Su destino final es Marruecos, y me apuesto lo que quieras a que no hay tratado de extradición con Estados Unidos.

Otro silencio breve.

—Tienes razón.

«Rogamos al propietario de un Honda azul marino de cuatro puertas que vuelva al aparcamiento para estancias breves o la grúa se llevará su vehículo», repitió la voz por megafonía.

—¡Joder, la grúa se me está llevando el coche! —exclamé.

Percibí movimiento con el rabillo del ojo y miré hacia la puerta de embarque justo cuando la auxiliar de tierra se hacía con el micrófono.

—Damas y caballeros, el vuelo 5981 de American Airlines con destino a Phoenix, Arizona, está listo para embarcar. Rogamos a los pasajeros que viajen con niños pequeños, a los que tengan alguna discapacidad y a los que requieran asistencia durante el embarque que se dirijan a la puerta número cuatro.

Observé a Bayard y Ellis levantarse y recoger todas sus pertenencias. Bayard cogió la bolsa de mano de cuero negro que yo había visto en su dormitorio para invitados. Ellis fue hasta una papelería, tiró unos envoltorios de caramelos y a continuación volvió a su asiento para coger la bolsa de plástico con los artículos que había comprado en la tienda de regalos del aeropuerto. Levantó su bolsa de viaje, se palpó el bolsillo para comprobar que llevaba la tarjeta de embarque y entonces recordó que la había metido en el compartimento exterior de la bolsa. La sacó y leyó su número de asiento. Los pasajeros ya formaban una cola ordenada, encabezada por los que tenían billete de primera clase. Bayard le había guardado sitio a Ellis en la cola y los dos se pusieron a charlar mientras esperaban.

—Cheney, ya están embarcando. Es el vuelo 5981 de American con destino a Phoenix.

—Apuntado. Ya me ocupo yo, tú quédate donde estás. Voy a llamar al departamento de seguridad del aeropuerto.

Colgué el auricular y me dirigí a la puerta de embarque. La agente de

embarque acababa de llamar a los pasajeros de primera clase. El primer caballero de la cola le entregó la tarjeta de embarque a la empleada, que la pasó por la máquina, le sonrió y se la devolvió. El pasajero entró por la puerta de embarque y cruzó la puerta exterior hasta la pista de despegue.

Mientras esperaba, pensé: «¿Y si la línea telefónica del departamento de seguridad comunica? ¿Cuánto tiempo tardará Cheney en transmitir la urgencia de la situación?». Vi al agente de seguridad del aeropuerto junto a la máquina de rayos X charlando con otro empleado de la compañía.

En la puerta de embarque, el segundo pasajero llegó al principio de la cola y entregó su tarjeta a la empleada. Ésta la comprobó y se la devolvió. Bayard y Ellis avanzaron un par de pasos.

Dirigí una mirada rápida a la entrada. Tal y como me temía, no vi a ningún policía en el exterior de la terminal. Al parecer no le habían transmitido ningún mensaje al corpulento agente de seguridad, el cual había cruzado los brazos y se disponía a charlar amigablemente con su colega.

Bayard le entregó la tarjeta de embarque a la agente. Bolsa de cuero en mano, cruzó la puerta y esperó a que Ellis pasara el control.

Me acerqué al agente de seguridad.

—Disculpe.

No pareció oírme, así que no interrumpió su conversación.

—Disculpe, señor, pero alguien me ha robado la bolsa de mano. —Ahora que por fin había captado su atención, señalé a Bayard—. ¿Ve a ese hombre con la cazadora de cuero negro y la gorra de chófer? Su compañero es el del jersey rojo. Dejé la bolsa en el suelo de la tienda de regalos un momento, y cuando me di la vuelta había desaparecido.

—¿Podría identificarla?

—Sí, agente. La bolsa lleva una etiqueta con mi monograma, BAM. Me llamo Barbara Ann Mendelson. Si la abre, encontrará mi jersey de cachemira azul, mi *walkman* y unos auriculares.

El agente me miró y luego miró la puerta de embarque.

—¿A qué caballero se refiere?

—A aquel que está allí, el que acaba de salir a la pista de despegue. Cazadora de cuero negro y gorra de chófer con la visera de charol negro. El hombre que lo acompaña lleva un jersey rojo y tiene una bolsa de plástico de la tienda de regalos.

El guardia dijo algo por la radio que llevaba sujeta al hombro. Escuchó durante unos segundos y a continuación se encaminó a la sala de espera,

avanzando muy deprisa para un hombre de su corpulencia. Vi que hablaba con la agente de embarque, que se hizo a un lado para permitirle pasar. Aunque yo me encontraba en el interior de la terminal, oí que el guardia decía: «Señor, ¿puedo hablar con usted un momento?».

Los demás pasajeros se dirigieron hacia el avión formando dos hileras, una a la derecha y otra a la izquierda de Bayard, Ellis y el guardia de seguridad.

Al principio, Bayard no pareció percatarse de que le hablaban a él. Un hombre le tocó el brazo y le señaló al agente, el cual acababa de repetirle la pregunta. Bayard se detuvo. Ellis caminaba delante de él, muy cerca ya de las escaleras exteriores que conducían al avión, cuando se dio cuenta de que Bayard no lo seguía. Entablaron una conversación a tres bandas, en la que el guardia dejó claro que tenían un problema. Bayard le respondió, pero no consiguió persuadirlo para que le permitiera embarcar. Cuando Ellis empezó a protestar, Bayard le indicó mediante un gesto que se calmara. Quizá pensaba que perderían menos tiempo si se mostraban dispuestos a cooperar. El agente repitió su pregunta una vez más y los tres volvieron a la puerta de embarque.

Decidí esfumarme por si el guardia de seguridad pensaba pedirle a Barbara Ann Mendelson más detalles del robo. Salí de la terminal e intercepté a la grúa antes de que el conductor se me llevara el coche. No sé cómo logré persuadirlo de mi inocencia, pero tras frecuentes referencias al inspector jefe Phillips y a la investigación de la muerte de Fritz, de algún modo conseguí recuperar el Honda antes de que lo remolcaran hasta el depósito municipal.

Me senté al volante y traté de serenarme.

Aún había mucho tráfico, así que acepté con resignación que el viaje de vuelta sería lento. Cuando llegué a mi barrio, encontré un espacio para aparcar, salí del coche y lo cerré con llave. Después de cruzar la verja aminoré el paso. Como últimamente me había dado de bruces con tantas escenas inesperadas, decidí alargar el cuello para echar un vistazo rápido antes de pisar el jardín. Ned me atacó por detrás. Me agarró del pelo y tiró con fuerza. Levanté las manos y me aferré a su muñeca para impedir que me arrancara el cuero cabelludo. Entonces me arrastró de lado, y di un traspíe. Ned ejercía un control férreo por el simple hecho de tenerme agarrada por la cabeza. Intenté zafarme de él, pero me llevó hasta un punto del jardín alejado de la calle. No pude evitar tragar una profunda bocanada de aire, en parte por la sorpresa y en parte por el dolor. Conseguí un breve momento de equilibrio, que Ned contrarrestó poniéndome la zancadilla.

Me desplomé, pero no llegué a caerme. Ned me arrastró y me obligó a volverme para que estuviéramos cara a cara. Tenía la tez grisácea y le caía un mechón grasiento sobre la frente, lo que indicaba que llevaría semanas sin ducharse. Noté su aliento en la cara, fétido y caliente. Farfullaba palabras y frases que apenas tenían sentido, aunque no es que hiciera falta ninguna aclaración. Había vuelto para matarme, algo que yo esperaba impedir por cualquier medio. Oí un ruido rápido y me di cuenta de que Ned acababa de abrir una navaja automática.

Hasta aquel momento no me percaté de la presencia de *Killer*. Estaba tumbado entre los faldones abiertos de la tienda, lamiendo alegremente una bandeja de porexpán. Había hecho pedazos el envoltorio de plástico y ahora roía los trocitos de porexpán que estaban desperdigados a su alrededor. Su ensimismamiento resultaba sorprendente, pero no tardé en comprender que no iba a ayudarme. Mi única posibilidad de salvación llegó de la mano de Pearl White, quien acababa de doblar la esquina del estudio apoyándose en sus muletas.

—Malas noticias sobre Ned —dijo Pearl—. Se ha escapado de nuevo...

En aquel momento me vio y se detuvo en seco. Ned me retorció de nuevo la cabeza y me obligó a volverme hacia Pearl. La miré con la boca abierta, incapaz de articular palabra. Ned presionaba la hoja de la navaja contra mi garganta, donde bastaría con un solo tajo para acabar conmigo.

—¡Me cago en su madre! Supongo que ya sabemos dónde está —dijo Pearl. Y luego gritó—: ¡*Killer*!

El perro se levantó y se olvidó de su Happy Meal, aunque aún le colgaba un trozo de porexpán de la boca. Sus partes de mastín y de rottweiler hicieron aflorar en él una profunda vena de ferocidad canina. La cresta de pelo se le erizó a lo largo de la columna, y un gruñido sordo retumbó en su pecho. A lo largo de innumerables generaciones, habían criado a sus antepasados para atacar como estrategia de supervivencia. Desgraciadamente, la domesticación había ejercido una influencia similar, y ahora *Killer* se hallaba sumido en un momento de consternación perruna. ¿Qué era más fuerte, el impulso de proteger a su ama en un combate a muerte, o el entusiasmo que despertaba en él su tentempié? Pearl y yo intercambiamos una mirada rápida. Ambas esperábamos que primaran en él sus instintos más bajos.

Oí que el perro emitía un gemido gutural y lo miré justo cuando sucumbía a un enorme bostezo. *Killer* bajó la cabeza, esperé que fuera el prelude de una exhibición de ferocidad inaudita, pero vi cómo se le iban doblando las patas. Entonces se colocó de lado delicadamente y se durmió. Al parecer, Ned había

añadido un sedante a medio kilo de carne picada y *Killer* le había mostrado su agradecimiento zampándose. La imagen del perro era tan ridícula que Ned se echó a reír. Fue en aquel momento de despiste cuando Pearl aprovechó para pasar a la acción.

Cruzó la distancia que nos separaba con sorprendente velocidad para alguien de su corpulencia, por no mencionar su cadera rota. Ned no estaba preparado para el arrebató de furia que acababa de provocar. Pearl blandió una muleta y le asestó un golpe en la cabeza. Más que aturdido, Ned parecía desconcertado. Pearl le propinó otro golpe en la muñeca con la misma muleta y lo obligó a soltar la navaja, que salió disparada hacia su derecha. Después se le acercó y le clavó la punta de la muleta en la nuez de Adán. Ned emitió un sonido similar al de un gato que escupe una bola de pelo. Entonces Pearl soltó la muleta y nos abrazó a Ned y a mí con tal fuerza que los tres nos desplomamos de lado sobre la tienda de campaña, la cual se hundió bajo nuestro peso.

Ned fue el primero en levantarse, impulsado por la furia y la indignación. Aprovechando que a Pearl le costaba ponerse en pie, agarró un faldón de la tienda y trató de asfixiarla con el grueso pliegue de tela. Mientras yo intentaba liberarme de la voluminosa tienda, Ned se sentó a horcajadas sobre Pearl y la aplastó con su peso, impidiéndole respirar. Pearl agitaba los brazos y las piernas, intentando zafarse de él. Al no poder apuntarse en el suelo le costó derribarlo, pero finalmente lo consiguió. La cadera debía de causarle un dolor insoportable, porque al levantarse soltó un grito agudo. Ned había vuelto a centrar su atención en mí y luchamos sin que ninguno consiguiera imponerse al otro. El silencio se vio interrumpido por toda una serie de resoplidos y gritos ahogados. Algunos de aquellos sonidos parecían sollozos, pero allí nadie lloraba. Conseguí levantarme, empujé a Ned y le di una patada donde antes le había golpeado Pearl. Perdió el equilibrio y se desplomó, aullando de dolor.

Pearl se esforzaba por mantenerse erguida pese al dolor que la atenazaba. Los tres permanecimos inmóviles unos instantes. En plena orgía de violencia, aquél fue el momento en que podríamos haber hecho una pausa para fumarnos el consabido cigarrillo poscoital.

El descanso duró poco. Ned se abalanzó hacia delante y agarró a Pearl por las rodillas. La hizo caer de lado y volvió a sentarse a horcajadas sobre ella, inmovilizándola con su peso. Buscando desesperadamente algún arma, cogí la cadena con que Lucky solía atar a *Killer* a la piqueta de la tienda. Le lancé la cadena a Ned sobre la cabeza y alrededor del cuello, cruzando una mano sobre la otra para apretar el nudo corredizo. Ned se revolvió con furia, y entonces dio un



tirón repentino hacia delante que me lanzó por encima de su cuerpo y me hizo caer al suelo.

Pearl agarró una de las muletas caídas, se la clavó a Ned en el plexo solar y lo embistió antes de que él pudiera recobrar el equilibrio. Luego le asestó dos golpes en la cabeza con la contera de la muleta. Ned cayó de rodillas y se puso a buscar a tientas la navaja. Al encontrarla echó el brazo hacia atrás, con intención de clavársela a Pearl en cualquier parte del cuerpo. Ésta le interceptó la mano en el aire y ambos echaron un pulso para hacerse con el control. Pearl se dejó caer de rodillas y quedaron cara a cara. Los dos continuaban forcejeando, y vi que a Pearl le temblaba el brazo por el esfuerzo. Ambos se encontraban en igualdad de condiciones: la fuerza de Ned enfrentada a la corpulencia de Pearl. Permanecieron así durante al menos veinte segundos, hasta que Pearl soltó un gruñido gutural y empujó la mano de Ned contra el suelo.

Crucé el jardín en dirección al garaje, donde cogí la pala de Henry y la blandí como un bate de béisbol con la hoja paralela al suelo, a tanta velocidad que hizo silbar el aire. Si le hubiera dado en el cuello podría haberle segado la cabeza, pero Ned levantó el brazo y esquivó el golpe. El borde afilado le rasgó la camisa y le rajó la carne. De la herida brotó un chorro de sangre de un rojo intenso.

Yo sentía un dolor tan intenso que temí desmayarme. Nuestra instructora de defensa personal no nos había explicado lo extenuante que podía ser una pelea así, ni la concentración que exigía. Pearl volvió a levantarse haciendo un gran esfuerzo. Tenía la cara encendida y el sudor le resbalaba por las mejillas. Ned se arrastró hasta un punto situado a un metro de Pearl, en busca de una zona neutral donde poder recuperarse. Se levantó de nuevo, demostrando poseer unas reservas de fuerza que me sorprendieron. Ahora apenas podía usar el brazo derecho. Sudaba abundantemente, y a sus golpes les faltaba convicción. Cuando Ned se detuvo unos instantes para evaluar la situación, Pearl se abalanzó sobre él y le dio un puñetazo por detrás. Se oyó un ruido sordo, como si un saco de cemento empapado hubiera caído desde lo alto. Ned se desplomó tan tieso como una tabla. Pearl le cayó encima, en medio de la espalda. Yo estaba de pie con las manos apoyadas en las rodillas, jadeando por el esfuerzo.

Los pulmones me ardían y me había quedado sin energía. Descubrí que tenía varias heridas, pero no pude recordar ni cómo ni cuándo me las había hecho. La cara de Pearl estaba cubierta de magulladuras. Tenía un ojo morado, había perdido un diente y sangraba por la boca. Se había plantado sobre la espalda de Ned, aprisionándolo entre sus muslos para impedirle respirar.

—Mierda, creo que me he vuelto a romper la cadera, pero ahora mismo está

entumecida y no noto nada —dijo Pearl.

Rebotó un par de veces y oí una especie de bufido: era el aire que salía de los pulmones de Ned. Pearl rebotó de nuevo, aunque se estremeció de dolor al hacerlo.

—¿Adivinas lo que estoy haciendo? Eres muy lista, seguro que lo sabes.

—Pues, mira por dónde, sí que lo sé. Se llama «asfixia por compresión», y consiste en limitar mecánicamente la expansión de los pulmones al comprimir el tórax, de ahí que se vea afectada la respiración.

—«De ahí que.» Me gusta la frasecita. Estoy aquí sentada rebotando sobre Ned, de ahí que no pueda respirar. Es lo que él les hizo a esas niñas, ¿no?

—Era su método preferido —respondí—. También les tapaba la nariz y la boca, lo que probablemente aceleraba el proceso. Un procedimiento conocido como *burking*, porque lo empleó un asesino llamado William Burke.

—¿Cuánto se tarda en asfixiar a alguien?

—Pearl, cariño, antes de continuar, déjame aclararte algo. Eres consciente de que lo estás matando, ¿verdad?

—Claro —respondió.

—Pues no sé si es muy buena idea. Supón que algún vecino haya oído todo este jaleo y haya llamado al 911. Aun cuando nadie haya llamado, Henry volverá dentro de poco y seguro que llama él. Si los agentes te encuentran sentada encima de Ned, no creo que les vaya a gustar mucho.

—Eso es cosa mía.

—¿No te parece que te estás pasando?

—¿De verdad piensas pedir clemencia para este tío?

—No.

—Entonces cierra esa boca y no vuelvas a interrumpirme.

Pearl miró a Ned con una expresión casi afectuosa.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de mi tamaño extragrande, Ned? Que puedo despachurrarte como si fueras un bicho.

Le dio un golpecito con los nudillos en la cabeza.

—¿Aún estás con nosotras? No hace falta que digas nada, pero si puedes mover un dedo, sabré que sigues vivo.

Pearl observó primero la mano derecha de Ned y después examinó la izquierda.

—Mira qué bien. Buen chico. Ha movido el meñique —me comentó Pearl en un aparte. Y luego dijo, dirigiéndose a él—: Quiero asegurarme de que estés despierto, porque tengo un último consejo que darte. No te metas nunca con las

mujeres, hijo mío. Porque, si lo haces, te acabarán aplastando.

## Epílogo

Ya estamos en marzo de 1990, cinco meses después de los acontecimientos que conforman la parte principal de este informe. Jonah se encuentra en pleno proceso de divorcio de Camilla, que sigue aferrándose a él como una lapa. El hijo de Anna nacerá en dos semanas y ella aún no ha decidido lo que va a hacer. Intenta convencerme para que adopte al mocoso, pero le he recordado que estoy muy ocupada con *Killer* y con el gato *Ed*. Además, no es que tenga un gran instinto maternal, aunque supongo que podría fingirlo si no me quedara más remedio.

Phyllis Joplin, la ex mujer de Ned, se ha recuperado de la brutal agresión que éste le infligió. Ahora se ha mudado a una urbanización provista de buenas medidas de seguridad, y ha empezado a dormir de un tirón sin dar un respingo cada vez que oye un ruido. No es que ella y yo tengamos mucho en común, salvo al psicópata que compartimos durante algún tiempo. Dudo que lleguemos a ser amigas íntimas, pero a veces quedamos para tomar algo. Cuando nos vemos procuramos no hablar nunca de él.

El forense atribuyó la muerte de Ned Lowe a asfixia por compresión, el mismo método que él había empleado para asesinar a un número desconocido de chicas. Podrían haber culpado a Pearl de su muerte, pero cuando el inspector de homicidios la interrogó, ella lo miró a los ojos y dijo: «Mira, cariño, me noqueó de un puñetazo y me desplomé sobre él cuando estaba inconsciente. Ni siquiera me di cuenta de que lo estaba asfixiando. No puedes ni imaginarte cuánto lo siento». Pearl no quiso cambiar ni una coma de su declaración. En aquel momento lloraba con tanto desconsuelo que el inspector tuvo que ofrecerle un pañuelo de papel y salir de la habitación. Dadas las circunstancias, decidió aceptar la explicación de Pearl. Me he leído el código penal de California de cabo a rabo y en ninguna parte se menciona la pena por sentarse sobre un hombre hasta matarlo.

Ahora, a fin de rehabilitar su reputación, Pearl trabaja a tiempo parcial en el restaurante de Rosie y está de aprendiz con Henry. Quiere convertirse en panadera, cosa que le llevará casi tres años. Suponiendo que no pierda la paciencia.

En cuanto a mí, después de haber presenciado cómo Pearl aplastaba a Ned hasta matarlo, puede que os preguntéis si me siento mal por la forma en que murió, o por lo mucho que sufrió. Qué va. No me siento mal en absoluto.

En la mayoría de los estados, los delitos de extorsión (incluyendo el chantaje, el soborno y la petición de rescate) suelen considerarse delitos graves, y están castigados con multas, penas de cárcel o ambas cosas. Iris se puso tan nerviosa después de su conversación con el inspector Burgess que decidió llamar al número que figuraba en su tarjeta y pidió hablar con él. Sabía que Joey no estaría de acuerdo con su decisión, así que lo hizo sin consultárselo. Nada más llegar a la comisaría, Iris confesó de plano. No quería involucrar a Joey, pero le pareció que aquélla era la única forma de expiar sus culpas. El hecho de que no llegaran a ejecutar el plan obró en su favor, y aunque se les imputó el delito, quedaron en libertad condicional y no tuvieron que ir a la cárcel. El fiscal del distrito supuso que Iris ya había sufrido bastante con la divulgación del vídeo de su agresión sexual, después de que la copia que ella y Joey enviaron a los McCabe acabara circulando por toda la ciudad. Lauren no admitió nunca su responsabilidad en el asunto, pero lo cierto es que merecía alguna compensación por la muerte de Fritz. Iris y Joey se casaron y se trasladaron a Arizona, donde Joey ha abierto una sucursal de Merriweather Homes, la empresa constructora de su padre.

Fue Iris quien me reveló lo que Fritz les había contado durante la fiesta que se celebró junto a la piscina de Bayard. Al parecer, Fritz presumió de conocer el lugar perfecto para enterrar un cadáver. En aquel momento no hizo ninguna referencia específica a la fosa séptica, pero sabía de su existencia porque había pasado varios veranos de su adolescencia en el campamento de Yellowweed. Fritz le contó a Iris que, tras el cierre del campamento, él y sus amigos solían subir hasta allí. Sacaban la tapa de cemento de la fosa y competían para ver quién meaba más lejos, desternillándose cuando los chorros de orina formaban un arco que acababa en el agujero. Fritz también se lo contó a su madre, creyendo que le haría gracia la historia. No se la hizo, pero Lauren confirmó mi teoría sobre la cuestión cuando se lo pregunté.

Al reconstruir lo sucedido supuse que, nada más llegar a Yellowweed, Fritz quiso abrir la fosa séptica para mostrarle a Bayard el parecido de aquello con un ataúd. No alcanzo a imaginar qué pensaría Fritz al mirar hacia abajo y ver el

cuerpo momificado de Austin en la fosa. Probablemente no tuvo tiempo de evaluar las consecuencias antes de que Bayard le disparara y echara su cuerpo sobre el de Austin. Puede que nadie hubiera descubierto los dos cadáveres de no ser por los auras gallipavos y mi agudo sentido del olfato.

A Bayard lo detuvieron en el aeropuerto. Ellis, su novio, no estaba involucrado en los crímenes y, por lo que me han contado, volvió a la casa, empaquetó el resto de sus pertenencias y salió del estado. Siguiendo el consejo de su abogado, Bayard se negó a declarar ante la policía y no admitió ninguna responsabilidad en las muertes de Austin Brown y Fritz McCabe. A los que conocíamos la historia, no nos costó deducir que Bayard mató a Austin para impedir que éste revelara a Tigg Montgomery las preferencias sexuales de su hijo. Hoy en día nadie se avergüenza de ser gay, pero Tigg Montgomery sentía aversión por los homosexuales y habría desheredado a Bayard de haberse enterado.

Aunque este dato todavía está por confirmar, sospecho que Bayard mató a Fritz para evitar que se descubriera el asesinato de Austin, así como para poner fin a una historia que había comenzado diez años atrás. Tras una minuciosa investigación por parte del fiscal del distrito, Bayard fue acusado de ambos homicidios. Al final de un juicio largo y polémico, los miembros del jurado lo declararon inocente porque el fiscal no logró convencerlos de su culpabilidad más allá de toda duda razonable. No digo que la justicia pueda comprarse, pero si tienes suficiente dinero, a veces puedes alquilarla por un tiempo indefinido.

Atentamente,  
*Kinsey Millhone*

*Y de Yesterday*  
Sue Grafton

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Y is for Yesterday*

Ilustración de la portada: ilustración de Loredano realizada especialmente para este título. © Loredano, 2018

© 2017 by Sue Grafton. Todos los derechos reservados, incluida la reproducción total o parcial en cualquier forma o modalidad. Publicado por acuerdo con G.P. Putnam's Sons, sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC.

De la traducción: © Victoria Ordóñez Diví, 2018

Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2018

ISBN: 978-84-9066-558-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.  
[www.eltallerdelllibre.com](http://www.eltallerdelllibre.com)

**¡Encuentra aquí tu próxima lectura!**

# NOVELA **NEGRA**

---



**¡Síguenos en redes sociales!**

